

Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y
Viviana Canibilo Ramírez (compiladores)

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

50 AÑOS DESPUÉS



VOL 2. - MEMORIA

OCHOLIBROS

CLACSO

**La vía chilena al socialismo
50 años después**

Tomo II. Memoria

Henry, Robert Austin. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Henry, Robert Austin, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo II. Memoria

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
Historia y economía	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

La batalla educacional

Un sueño inconcluso 117
Carmen Vargas Torres

Las Brigadas Ramona Parra.....139
Alejandro “Mono” González

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional
de la Unidad Popular y de Salvador Allende 155
Beatrice Ávalos

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175
Zabrina Pérez Allende

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189
Marcela Gajardo

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular 207
Oscar Torres Rivera

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.
La capacitación campesina en la Reforma Agraria
de la Unidad Popular 227
Rolando Pinto Contreras

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación
cotidiana 247
Sergio Gómez Echenique

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur 263
Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Mujeres en lucha

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular	353
<i>Militza Meneses López</i>	

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide
a un partido de izquierda..... 437
Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular481
Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,
ni educación popular, ni solidaridad internacional),
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 497
Norma Stoltz Chinchilla

La visión chilena medio siglo después 515
Ronald H. Chilcote

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529
Joan Domicelj

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018545
Almino Affonso

Três anos de exílio no Chile ensinaram
o que é um processo revolucionário557
Zillah Branco

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.
La Revolución Chilena desde abajo573
Peter Winn

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

Prefacio

“Memorias” de la Unidad Popular

Tomás Moulian

El gobierno de Salvador Allende fue una fiesta, provocada por las transformaciones operadas por la Unidad Popular. Las principales de ellas fueron la estatización de la banca; la nacionalización del cobre; la creación del área de propiedad social; la intensificación de la reforma agraria; el desarrollo del poder popular a nivel municipal, a través de los llamados Comandos Comunales y Cordones Industriales; la creación de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP) para combatir el desabastecimiento; y la participación de los trabajadores en la gestión de empresas públicas.

En resumen, fue una fiesta porque intentó el tránsito del capitalismo al socialismo por la vía pacífica e institucional; un intento original, pues en casi todos los otros intentos hubo un componente armado. Pero fue una fiesta interrumpida. La alegría que se expresó, por ejemplo, en la gran marcha popular del 4 de septiembre de 1973 se transformó en melancolía pocos días después.

Eso ocurrió debido a la guerra declarada por la oposición. Algunas de las múltiples expresiones de esa guerra fueron el paro camionero

de octubre de 1972 y el alzamiento militar del 29 de junio de 1973. El primero duró un mes y buscó generar un caos que obligara al gobierno de Allende a renunciar. El segundo constituyó una especie de ensayo del golpe de Estado, el cual fracasa porque no logra movilizar más fuerzas, por lo que es resuelto en la tarde del mismo día.

Finalmente, el 11 de septiembre tiene lugar el golpe. Ese día en la mañana, Allende realiza su último discurso en el cual habla de las grandes avenidas donde transitará en el futuro el hombre nuevo. También informa que solo muerto dejará La Moneda.

Después de una mañana de lucha, Allende entra para siempre en la historia. Se une a Balmaceda y Recabarren, los grandes suicidas de la historia de Chile. Pero Allende no solo fue un héroe cívico, también fue un gran estadista, que protagoniza el gobierno más democrático de la historia de Chile.

¿Por qué el gobierno de Salvador Allende debe ser recordado hoy, cincuenta años después de la elección del 4 de septiembre de 1970? Debe ser recordado por lo que fue ese gobierno y también por lo que representa la figura del presidente.

El novelista Hernán Valdes en su libro *A partir del fin* le hace decir al protagonista: “¿Allende, por qué nos has abandonado cuando eras nuestro padre? La paternidad de Allende se debe por ser el principal impulsor de la “revolución con empanadas y vino tinto”. O sea, de un proceso donde se busca que los sectores populares sean los protagonistas. Por eso, Salvador Allende y la Unidad Popular siguen vigentes hoy pese a la derrota y a los errores cometidos. Porque un proceso de ese tipo no se ha vuelto a repetir.

Todo esto se puede ver en el libro que ustedes leerán a continuación.

En esas horas

De estación de los brotes y cerezos en flor
llegó temprano la primavera
los padres vistieron sus mejores trajes
serios, taciturnos expectantes.
La esperanza de nuevos días
auguraba festejos y alegrías.
Preparamos nuestras banderas
esperando afanosos
las noticias que anunciaran cifras
organizando pancartas y consignas.
Y aquellas horas...
que presagiaban cambios en la historia
intensas para las familias obreras
campesinos, mujeres, multitudes
se vuelcan a las grandes alamedas
Para celebrar al compañero presidente.
Nuestras horas...
jubilosas para elevar volantines

globos, cometas y bengalas hacia el cielo
corear nuestras canciones
la Unidad es Popular, todo Chile comienza a cantar.
¡Venceremos, venceremos!

Mafalda Galdames Castro

Agradecimientos

Este proyecto es el resultado del trabajo colectivo de ochenta autores, sesenta revisores y varios asesores, realizado en cinco meses durante la pandemia de COVID-19. Agradecemos a l@s autores el gran empeño de trabajar con plazos estrechos, respetando los aportes del equipo revisor. A l@s revisores, agradecemos la solidaridad de su lectura crítica y evaluación minuciosa de cada capítulo a doble ciego, en gran parte de manera relámpago. También agradecemos a los y las poetas que concedieron sus poemas para epígrafes de ambos tomos, a los artistas visuales que permitieron la reproducción gráfica de sus obras, y a los profesionales de la editorial CLACSO.

Por factores imprevistos y a veces repentinos, se ha generado un desequilibrio en la extensión de los capítulos. Nos disculpamos profundamente con las y los autores que cumplieron con el límite de palabras (5 mil), por la inclusión de capítulos bien arriba de dicho límite. En circunstancias distintas, no hubiera ocurrido. En todo caso, esperamos que se justifiquen y que la lectoría vea el valor de cada contribución en ese contexto.

Específicamente, agradecemos a Marta Rodríguez Manzano, Jessabel Guamán Flores, Gisella Rojas, Enrique Antileo, Alan Muir, Alejandro “Mono” González, Sonia Gabriela Hunter, Betty Espinosa,

Paula Fernández, Pascale Bonnefoy, Rosalind Bresnahan, Guillermo Piña, Chepe Alvarenga, Carolina Lobo Guerrero, Claudia Fábrega Vega, Roxana Valdebenito Montenegro, Sergio Grez Toso, Edgars Martínez, Sebastián Teillier, Dante Choque, Rosa García Chediak, Tino Brugos, Nicolás Villarroel Guerra, Oscar Ugarteche, Octavio Avendaño, Mario Garcés, Claudio Robles Ortiz, Paquita Civeira, José Del Pozo Artigas, Marcelo Valenzuela Cáceres, José Luis Lara Valdés, Oscar Soto, Diego Calderón, Victor Wallis, Cristian Suazo, Alexis Cortés, Roberto Guzmán, Jorge Gonzalorenna, Andrés Donoso Romo, Estela Valverde, Jorge Pinto Rodríguez, David Áviles, Raúl Holz, Camila A. Da Costa, Romina Andrea Barboza, Paulo Slachevsky, Silvia Aguilera, Jorge Osorio, José Michell de Gregorio, Jimena Alonso, Nico Acevedo, Loreto F. López G., Luis Garrido, Xabier Arrizabalo Montoro, Marcos Cruz García, Valentina Meneses, Matías Ayala Munita, Víctor Marillanca, Manuel Fernández Gaete, Mafalda Galdames, Nelson Marcelo Arredondo, Ángel Spotorno, Esteban Valenzuela, Pedro Canales, Kemy Oyarzún, Isabel Piper, Lucas Sablich, Nicolás Sticotti, Nicolás Arata, Carmen Vargas, Carla Peñalosa, Rena McGrogan, Paula Sánchez, Rafael Agacino, Susan Murray y el equipo de Informática, Universidad de Sidney.

Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después

*Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez*

El 4 de septiembre de 2020 se cumplieron 50 años de la elección del presidente Dr. Salvador Allende y el gobierno de Unidad Popular (UP). Se iniciaba así una de las experiencias democrático-revolucionarias más emblemáticas de la historia continental latinoamericana. Durante poco más de mil días, la UP presidió la creativa y controvertida Vía Chilena al Socialismo, impulsada por una coalición inquieta de siete partidos: el Partido Socialista no alineado de Allende, el Partido Comunista alineado con Moscú, el Partido Radical, el Partido Socialdemócrata, la Izquierda Cristiana, la Acción Popular Independiente y el híbrido Movimiento de Acción Popular Unitaria. Sin ser parte de la coalición, el Movimiento de Izquierda Revolucionario apoyó críticamente su plataforma socialista, argumentando que una confrontación armada con el estado capitalista y sus fuerzas armadas era inevitable.

Chile en 1970 representaba solo el 4,5% de la población latinoamericana. Sin embargo, los ojos del mundo, desconcertados,

emocionados o indignados, se fijaban en la idea de que una revolución socialista podría implementarse a través de las urnas en una sociedad capitalista, sin una sangrienta confrontación de clases. La Revolución Cubana sugería lo contrario. El candidato presidencial vencido, Radomiro Tomic, del Partido Demócrata Cristiano (PDC), argumentó más tarde que dos tercios de todos los chilenos con derecho a voto habían votado a favor del socialismo al votar por Allende o por él mismo. Ambos candidatos coincidieron en respaldar la nacionalización del cobre y otros recursos básicos, una reforma agraria integral, la nacionalización de la banca, una nueva Constitución popular, la creación de un Área de Propiedad Social, y una política exterior no alineada en la Guerra Fría.

Cincuenta años después, la Vía Chilena al Socialismo sigue siendo enigmática. Simboliza el desarrollo histórico –dentro de una formación social capitalista dependiente– de un programa para abolir el dominio imperial y neocolonial sobre la gran mayoría de la población, mediante reformas político-económicas desde arriba y lucha popular desde abajo. La fuerza de la Unidad Popular se asentaba en una alianza transversal de las clases trabajadoras y campesinas seguramente más organizadas y combatientes de las Américas en ese momento. Articuló tenuemente a los trabajadores urbanos y rurales; a profesores, intelectuales y estudiantes organizados; a trabajadores culturales; a los desposeídos; a los pueblos originarios; a organizaciones populares de tomas de tierra; a organizaciones de mujeres y juntas de vecinos; y a partidos políticos progresistas; en lo que Allende –acentuando las diferencias culturales con otras sociedades latinoamericanas– bautizó famosamente como un socialismo a la chilena, “con sabor a empanadas y vino tinto”.

La Revolución Chilena fue una convergencia de múltiples corrientes históricas, en la heterogeneidad de los territorios. Las tensiones entre los sectores constitucionalistas y revolucionarios de la izquierda chilena –incluso la izquierda del Partido Socialista, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y los Cordones Industriales, se hicieron eco de los dilemas y desafíos que aún persisten

en las sociedades latinoamericanas, respecto a las temporalidades de las luchas revolucionarias, a la complejidad de la conquista del poder popular, y al desarrollo de formas transitorias de socialización de la economía y de la política, en pos de lograr simultáneamente la emancipación laboral y el aumento de la producción.

Los intereses imperialistas en Chile eran tanto simbólicos como económicos. Simbólicamente, las potencias imperialistas dominadas por Estados Unidos temían que cualquier análogo de la Revolución Cubana de 1959, en Chile, se volviera regionalmente contagioso. La Alianza para el Progreso de Kennedy de 1961 había establecido una agenda regional de reforma agraria y educativa, junto con una vago “desarrollo comunitario”, dentro del modo de producción y el modelo de acumulación capitalistas imperantes.

Concebida por el capital transnacional como una respuesta regional tardía a la propagación de la ideología antiimperialista, la Alianza vio a Chile como una prueba de fuego de su capacidad para canalizar la agitación social hacia la modernización capitalista, mientras conservaba el dominio político a través de una coalición renovada de industrialistas y la oligarquía terrateniente. Una serie de agencias internacionales estadounidenses o dominadas por Estados Unidos formaron la infraestructura político-económica para la práctica de la Alianza; todas fueron activas en Chile desde principios de la década de 1960.

Los intereses económicos de Estados Unidos permanecieron hegemónicos en la víspera de las elecciones de 1970. El cobre fue la fuente principal de ingresos de la exportación chilena durante el siglo XX. Pero desde principios estuvo controlado por dos gigantes estadounidenses, Kennecott y Anaconda. A precios de 1970, habían exportado 3 mil millones de dólares para una inversión de 750 millones de dólares, una renta de 400%. De 1955 a 1970, Anaconda obtuvo una ganancia mundial promedio de 3,67%, pero en Chile fue 21,5%. Kennecott, con un promedio de 9,95% a nivel mundial en el mismo plazo, obtuvo un 52,8% de ganancias sobre sus inversiones chilenas. Para 1970, el capital nacional acumulado de Chile desde la

independencia era de 10 mil millones de dólares. Por lo tanto, Kennecott y Anaconda por sí solos expropiaron casi un tercio de lo que el país había acumulado, a lo largo de sus 150 años.

Durante el trienio de la Unidad Popular, una coalición reaccionaria de la oligarquía local y su expresión política (el Partido Nacional), la jerarquía de la Iglesia Católica y su expresión política (el PDC), el sector anticomunista de la pequeña burguesía y gran parte de la burguesía misma, tropas de choque de la ultra derecha como Patria y Libertad, altos oficiales de las Fuerzas Armadas, el monopolio mediático Edwards financiado por Washington, y la CIA de Richard Nixon, lanzaron un proyecto contrarrevolucionario en diversos frentes.

Primero, impusieron la asfixia económica a través de una huelga de capital que incluyó la denegación de préstamos y créditos esenciales, de repuestos para el sector del transporte, más el paro de camioneros en octubre de 1972, durante la cual la CIA les pagaba para que no trabajaran, en un intento de paralizar el país. Fue derrotado principalmente por la organización popular masiva de transporte alternativo. La creación de una escasez artificial de alimentos fue otra táctica –el acaparamiento– en gran parte derrotada por las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), respaldadas por el gobierno y la clase trabajadora. También contribuyeron a la misma causa los suministros de pescado de bajo costo por una flota pesquera soviética cercana a Chile.

Segundo, los líderes sindicales de derecha financiados por la CIA organizaron una serie de paros en minas de cobre y plantas de producción en 1972, centrados en la mina El Teniente en Rancagua. Los trabajadores del cobre se habían convertido en un grupo de élite entre la clase trabajadora, y la dependencia del cobre de Chile lo expuso a enormes pérdidas económicas, magnificadas por un monopolio internacional dominado por Estados Unidos sobre la fijación de precios, lo cual devaluó momentáneamente el precio de cobre. Nuevamente prevaleció la movilización popular progubernamental.

Tercero, la facción progresista de Tomic perdió control del PDC frente a la facción de Frei Montalva, respaldada por la CIA. A partir

de ese momento, el principal objetivo del partido fue agravar el conflicto entre el ejecutivo (Allende) y la legislatura (el Congreso), para luego incitar a un golpe de Estado por la supuesta ineffectividad del gobierno. Usó su mayoría en el Congreso para rechazar constantemente la legislación de Unidad Popular e inculpar a sus ministros, aún por sobrepasar los límites de la constitución oligárquica de 1925. El Tribunal Supremo y el Contralor General ratificaron sus ilegalidades.

Cuarto, la coalición contrarrevolucionaria lanzó una movilización masiva de estudiantes de la Universidad Católica y otros del élite en 1972, en torno a su oposición al programa de reforma educativa de la Unidad Popular (especialmente su proyecto de la Escuela Nacional Unificada, inspirado por la UNESCO) y la preservación de la educación privilegiada para las élites tradicionales. Sus protestas se volvieron cada vez más violentas, siendo apoyadas por los reaccionarios católicos del Opus Dei, más Patria y Libertad. Estudiantes universitarios estatales organizados, en conjunto con organizaciones obreras y sectores leales de las Fuerzas Armadas respondieron vigorosamente.

La Unidad Popular y la lucha popular consiguieron importantes avances económicos, sociales y culturales para la vasta mayoría de las y los chilenos. La matrícula universitaria de mujeres se triplicó. La matrícula de estudiantes de clase trabajadora y campesina aumentó en más del doble. El analfabetismo se redujo a la mitad (duplicando todos los registros anteriores), y estaba en camino de ser eliminado para 1976. Se introdujo la educación bilingüe para el pueblo mapuche, el grupo indígena más grande de Chile. La atención médica gratuita pasó a estar disponible universalmente, con especial énfasis en las mujeres y los niños. El cobre fue nacionalizado y las ganancias se invirtieron en vastos proyectos públicos: por ejemplo, la vivienda pública experimentó una expansión inédita.

En solo tres años, la mayoría de los campesinos fueron liberados de sus terratenientes. La Unidad Popular expropió 3.282 latifundios en 1971 y 1972 –más que el doble del régimen demócrata cristiano

(1964-1970) en un tercio del tiempo— y un total de 6 millones hectáreas de tierra (150% más que el PDC). La UP eliminó los latifundios en junio de 1972. La sindicalización del sector agrario aumentó en dos tercios durante el trienio, organizando 313.700 trabajadores rurales o el 20% de todo el campesinado chileno. Se crearon unos 100 Consejos Campesinos para unificar y consolidar el poder popular rural.

La redistribución del ingreso favoreció a los pobres. Floreció la cultura popular: músicos como los Parra, Inti Illimani y Quilapayún se unieron en torno al proyecto de Unidad Popular. Las obras del galardonado Nobel Pablo Neruda y otras literaturas de alta calidad estaban libremente disponibles. De hecho, Quimantú, la editorial estatal, publicó cinco millones de libros en dos años y medio, duplicando lo que se había publicado en Chile durante los setenta años anteriores. Se nacionalizó la banca, para atender a todos los chilenos. En resumen, el alcance y la velocidad vertiginosos de los avances populares han sido rarísimos en la historia latinoamericana sino mundial, con excepción de la Revolución Rusa.

Sin embargo, entre 1890 y 1970 hubo 23 sublevaciones militares en Chile, costando la vida de miles de trabajadores y campesinos. La facción del Partido Socialista encabezada por el secretario general Carlos Altamirano se opuso a la Vía Chilena, calificándolo como destinada a terminar en derrota. Pero la facción constitucionalista de Allende, junto con el Partido Comunista dominante en la UP, permanecieron leales a la Constitución de 1925 en todo momento, presumiendo una respuesta oligárquica única, por la cual cedieran el poder sin una confrontación de clases y abrieran el camino al socialismo.

Apenas una década antes, la Revolución Cubana había llegado al poder a través de una lucha armada de clases. Fidel Castro debatió con Allende los méritos de ambos caminos en el icónico “Diálogo de América”, durante su célebre visita a Chile en 1971. A su regreso a Cuba, Castro notó con aprensión que la Vía Chilena había ganado el gobierno pero no el poder real. El 11 de septiembre de 1973 —el día en que Allende iba a anunciar un plebiscito para reemplazar el

parlamento bicameral dominado por la burguesía con una asamblea popular unicameral— un golpe militar respaldado por la CIA destruyó la Vía Chilena brutalmente, imponiendo una dictadura fascista que duraría 17 años. Pero como ha demostrado el octubre chileno de 2019, en las últimas palabras del cineasta Patricio Guzmán a su épico documental de la década de 1970, la Batalla de Chile aún no ha terminado.

Sobre este proyecto

Si bien el trienio de la Unidad Popular ha generado una gran literatura mundial, sigue siendo un tema de relevancia central para la reflexión crítica sobre los caminos al socialismo, sus formas, ritmos y obstáculos. El proyecto vigente es resultado de un profundo esfuerzo colectivo para alabar y criticar al mismo tiempo la Vía Chilena, a 50 años del triunfo de Salvador Allende y la Unidad Popular, desde variados enfoques. Formamos un colectivo de unos 80 autores, 60 revisores y el equipo editorial de CLACSO, habiendo producido conjuntamente unos 70 capítulos organizados en dos tomos en 5 meses. Eso, en medio de la doble crisis del capitalismo mundial: la COVID-19 y la nueva catástrofe económica. Destacamos especialmente la contribución solidaria y ejemplar del equipo revisor: revisaron al menos un capítulo por revisor/a, a doble ciego, aportando comentarios y frecuentemente hasta versiones revisadas en “control de cambios” para las versiones finales de cada capítulo, todo en un plazo muy corto.

Desde los inicios buscamos la pluralidad política, la equidad de género y la presencia de contribuyentes indígenas y su historiografía, como intento de expandir y profundizar los análisis y testimonios. Para este proyecto, la Historia y la Memoria tienen igual valor, expresado a través de estudios y relatos complementarios. Es, además, una obra de homenaje, que intenta presentar a las nuevas generaciones latinoamericanas, la trascendencia del hito histórico que fueron, al decir de Frank Gaudichaud, los mil días de la Unidad Popular.

En el *Tomo I (Historia)*, la lectoría encontrará tras el prefacio de Faride Ferán, un conjunto de 29 capítulos divididos en seis partes temáticas. La primera, sobre “Cultura y Feminismos”, contiene cinco capítulos que tratan de los feminismos interseccionales durante la UP, los cambios en la cultura, en la educación y la producción literaria. La segunda parte, “Lucha Popular y Derechos”, reúne cinco trabajos sobre la experiencia de lucha cotidiana de los trabajadores, los sentidos populares de la política, el protagonismo comunitario y el sistema sanitario de la UP. En la tercera parte, “Poder y Partidos”, se encuentran cinco capítulos sobre los partidos de izquierda, las polémicas de la Revolución Chilena bajo la mirada del presente, las alianzas políticas tejidas en las luchas sociales, la historia del FRAP hasta la UP y las relaciones entre la Revolución Cubana y la Vía Chilena.

En la cuarta parte, titulada “Económica y Reforma Agraria”, están reunidos otros cinco capítulos sobre la nacionalización del cobre, la reforma agraria, las luchas campesinas, el problema de la productividad, las crisis de desabastecimiento y el paro patronal de 1972. En la quinta parte, “Luchas Indígenas y Territorio”, se encuentran otros cinco capítulos sobre la larga temporalidad de la lucha indígena, el *Cautinazo*, las relaciones de alianzas y tensiones entre el pueblo mapuche y el marxismo, más las particularidades culturales y territoriales en las movilizaciones por la recuperación de las tierras usurpadas en Wallmapu. En la sexta parte, “Imperialismo y Contrarrevolución”, están cuatro trabajos sobre las estrategias y actuación de las derechas durante el trienio, las maniobras de la sedición, las fuerzas que generaron el golpe de 1973, la participación de Estados Unidos y la cuestión militar.

En el *Tomo II (Memoria)*, con el prefacio de Tomás Moulian, la lectoría se encuentra con una colección irremplazable de memorias de la época, con testimonios históricos y políticos sobre la Vía Chilena producidos por 29 chilenos, 3 estadounidenses, 2 brasileños y 2 australianos. Entre ellos hay pobladoras, campesinas, obreros, trabajadores fiscales, educadores, estudiantes, intelectuales, dirigentes

políticos y valientes militantes sociales, que aportaron con su trabajo para construir un Chile mejor.

Estas memorias fueron entrelazadas especialmente para este libro, producidas con magno esfuerzo por sus autores. Para muchos, traen consigo no solo dolorosos recuerdos sino pesadillas, pero igual demuestran un espíritu combatiente y luchador, merecedor de admiración, que sirve como ejemplo para futuras generaciones. Lo que hicieron estos autores fue una síntesis de militancia histórica, reflexión y proyección que, como dice Violeta Parra, mezcla “dicha y quebranto” en “el mismo canto”. La memoria de la alegría popular y compromiso político que se realizó con la elección de Salvador Allende y la Unidad Popular hace 50 años, y las conquistas populares, es un hilo común entre todos los autores. “Los mejores años de mi vida”, muchos expresaron. Hay aquí reflexiones, análisis y pronósticos imprescindibles para un futuro siempre presente, que pueden también ser leídos como un “acervo de sabiduría política”.

En este tomo hay 4 capítulos que se diferencian de los demás. El primero, que abre el tomo, es una investigación sobre la memoria y la política desde una perspectiva analítica, que entrega posibilidades interpretativas a lo que viene. Además, hay dos capítulos que traen consigo las memorias de otras personas (y no de sus autores), por medio de entrevistas colectivas. También se reedita una entrevista de la revista *Punto Final* relevante a los debates dentro de los partidos de la Unidad Popular.

Agradecemos profundamente la enorme solidaridad de todas y todos los participantes en este proyecto colectivo, realizado en solo 5 meses de junio a noviembre del 2020, ya sea como autores, revisores, o asesores. También agradecemos al equipo de la editorial CLACSO, por su generoso apoyo en tiempos tan difíciles, y la confianza que depositaron en este proyecto. El conjunto de estos esfuerzos demuestra la duradera relevancia de la Unidad Popular, y la lucha monumental en que se situaba, para los pueblos de Nuestra América, más las y los explotados de todo el mundo.

¡Venceremos!

Historia y economía

Memorias rebeldes

El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile

G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.

Introducción

En el Chile de la posdictadura se han librado luchas por la memoria, que principalmente han tenido como centro de la controversia el sentido del pasado dictatorial que se inicia con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, que derrocó al gobierno de la Unidad Popular (UP) encabezado por el presidente Salvador Allende. Como todo proceso de construcción de memorias, estas disputas responden a las condiciones de los momentos en que ellas se han desplegado, y a las relaciones de poder que las memorias han permitido sostener o subvertir al interior de la sociedad.

Es así, que en los últimos treinta años el recuerdo público de la UP y de Salvador Allende, ha estado mayormente hegemonizado por la memoria que la dictadura construyó sobre su propia acción política, la que incluyó al período previo (la UP) como el antecedente que

condujo y demandó la intervención heroica y salvadora de las Fuerzas Armadas contra el avance del marxismo internacional.

Sin embargo, se han elaborado recuerdos alternativos a esa memoria hegemónica y, según las circunstancias, han logrado expresarse a pesar de las dificultades que les impuso un contexto transicional en el cual tanto la UP como la figura de Allende, asisten como “invitados de piedra” o figuras incómodas y casi indeseadas.

Como veremos a continuación, ciertas urgencias del escenario posdictatorial pero sobre todo ciertas agencias políticas, han intervenido para que el período del gobierno popular liderado por Allende, sea relegado del espacio público de las memorias, o bien sometido a un control simbólico que busca impedir la reedición de las fracturas y divergencias que ese proceso significó también al interior de las fuerzas de izquierda.

A través de un recorrido por los últimos treinta años, y que incluye una aproximación al período previo de la dictadura, ofrecemos una crónica de las condiciones que fueron configurando diversos contextos favorables o desfavorables a la recuperación del proyecto popular y su líder histórico, Salvador Allende.

Se trata de un ejercicio de memoria sobre nuestro pasado inmediato, pero también de un esfuerzo reflexivo y comprensivo sobre la relación entre memoria y acción política, que nos permiten sostener que en el contexto del levantamiento social que desde octubre de 2019 vive la sociedad chilena, por medio de los cuales se repudia y contesta el modelo neoliberal radical instalado por la dictadura y consolidado por los gobiernos de la transición a la democracia, la figura de Allende y el período de la UP se revisitan o recuperan a través de un trabajo de memoria en torno a un pasado de luchas políticas.

Es por ello que el tránsito que exponemos puede ser entendido como una memoria que se abre paso gracias a contextos de rebeldía popular, que han convocado el recuerdo del proyecto político liderado por Salvador Allende, y que, por lo tanto, no temen filiarse con el entusiasmo, compromiso y radicalidad que caracterizó a ese momento.

De esta manera, recogemos las expresiones recientes que el levantamiento social chileno ha articulado en torno a la UP y Salvador Allende, como parte de unas memorias rebeldes donde la fecha del triunfo electoral del proyecto popular, 4 de septiembre, ha concitado por primera vez la proliferación de acciones conmemorativas públicas en distintos espacios. Hemos experimentado, además, una verdadera irrupción de memoria, facilitada por el intensivo uso de redes sociales y formas virtuales de comunicación, producto de la situación de pandemia global que ha signado el año 2020, por medio de las cuales personas anónimas se han atrevido a relatar su recuerdo del día del triunfo, donde prevalece un sentido histórico del desafío que se abría en aquel momento.

La Unidad Popular y Allende sometidos en el recuerdo que elaboró la dictadura

Cuando aún no se habían extinguido las cenizas del incendio provocado por el asedio de los aviones *hawker hunter* al Palacio de La Moneda el 11 de septiembre de 1973, la naciente dictadura comenzó a construir y promover una memoria que, desde entonces, justificaría su acción política. En ella, la UP y Salvador Allende ocuparían el lugar reservado al origen de todos los males que habían sido remediados gracias al golpe de Estado. Esta es la memoria que ha sido descrita con un sentido de memoria como salvación, donde el gobierno de Allende se recuerda como una pesadilla que dirigió a la sociedad al desastre, rescatada gracias a la acción heroica y patriótica de las Fuerzas Armadas que habrían puesto fin a mil días de angustia.

Esta memoria se alimenta de episodios que son recordados como traumáticos para una parte de la sociedad chilena opositora a la UP y que apoyó el golpe. Integrada por el empresariado, sectores acomodados y un segmento de la clase media más conservadora. De esta forma, concurren a este recuerdo, las largas colas producto del desabastecimiento, el boicot y el acaparamiento; las tomas de industrias y

faenas productivas que pasaron al área social y a ser conducidas por obreros/as y operarios/as con asesoría del Estado; las tomas de fundos y grandes propiedades agrícolas y forestales, amparadas en la Ley de Reforma Agraria que buscaba aumentar la producción en sectores estancados y que habían obligado al país a depender de las importaciones.

Amparada en la imaginación de lo posible, la memoria como salvación se expande a situaciones fantasiosas que incluyen la toma y usurpación de casas en barrios acomodados, y el ultraje a las hijas o mujeres de las familias. De hecho, el rumor de hordas de pobladores/as que irían a ocupar y saquear las viviendas, convocó la conformación de colectivos barriales de protección comunal llamados PROTECOS.

Por otra parte, una vez derrocada la UP, la dictadura produjo diversas publicaciones dedicadas a la propaganda, en las que se popularizaba la necesidad del golpe ante la amenaza de un ejército irregular integrado por nacionales y extranjeros, sobre todo cubanos, que desde el interior del propio gobierno popular iban a ejecutar un autogolpe que incluía el asesinato de dirigencias de izquierda y opositoras, y cuyo nombre en código era “Plan Z”. Esta versión circuló especialmente a través de un ejemplar titulado *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*, preparado por el historiador Gonzalo Vial en colaboración con miembros de la Armada.

Esta memoria se promovió insistentemente durante los 17 años de dictadura, haciendo uso de diversos medios, entre los que se contaba el monumento “Llama de la libertad eterna”, erigido en el barrio cívico frente al reconstruido palacio de gobierno, y que simbolizaba la liberación del país del marxismo internacional.

Las acciones dirigidas a hegemonizar esa visión del pasado, incluyeron también operaciones de anulación de las señales públicas de la UP y del propio Allende. Se renombraron villas y poblaciones que habían sido bautizadas en referencia a proyectos revolucionarios, se taparon murales y ocultaron rayados y consignas. Y el emblemático edificio del Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral

conocido también como UNCTAD III, obra arquitectónica y de ingeniería colectiva y popular, construido en un plazo récord de 275 días entre los años 1971 y 1972, para acoger la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas en Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por su sigla en inglés) que se desarrolló en Santiago de Chile en los meses de abril y mayo de 1972, fue renombrado Edificio Diego Portales y ocupado como sede de la Junta militar, mientras duró la reconstrucción de La Moneda. Adicionalmente, por disposición de la Junta militar, los restos de Salvador Allende fueron sepultados de manera privada en un pequeño cementerio de la ciudad costera de Viña del Mar pocos días después del golpe de Estado, con la intención de impedir homenajes y conmemoraciones. Sin embargo, la ubicación de la tumba era un secreto a voces que concitó discretas romerías en total sigilo, pues la dictadura solía asediar los funerales de sus opositores/as y las acciones públicas de un recuerdo colectivo crítico o disidente, las que eran constantemente reprimidas y censuradas.

El sentido del pasado del proyecto revolucionario de la UP quedó signado como fracaso, y no como derrota, mientras que la figura de Allende emergió en él como un presidente sin capacidad de conducción y excedido por las propias fuerzas radicales y extremas de su sector.

Hacia el fin de la dictadura, cuando esta debía enfrentar la campaña por el plebiscito que daría paso a elecciones populares, la memoria de la UP como un período de caos y violencia contra la propiedad privada, se consolidó en una narrativa que usaba ese pasado para promover el miedo de regresar a ese momento de inseguridad y desabastecimiento, en contrapunto con la memoria salvadora que retrataba a la dictadura como 17 años de orden, seguridad y prosperidad económica. De esta forma, el trabajo de memoria realizado por la dictadura abarcó siempre la temporalidad 1970-1990, donde la visión negativa de la UP sostenía, comprometía y exigía un juicio positivo del régimen dictatorial y su política.

El difícil camino del recuerdo de la Unidad Popular en la posdictadura

Tras el fin de la dictadura, se abrió un nuevo escenario para el recuerdo del pasado reciente. Muy temprano el documentalista Patricio Guzmán realizó “Chile. La memoria obstinada” (1997). Constituye un verdadero tratado de cómo funciona y opera la memoria colectiva en un país que vivió un largo período de terrorismo estatal, y que debe enfrentar las consecuencias de esa experiencia histórica. En el documental, Guzmán ensaya diversas formas de recuerdo que se mueven entre reposicionar referencias a la UP, y visibilizar la tragedia de las violaciones a los derechos humanos que se inauguró con el golpe de Estado. Entre las muchas escenas logradas magistralmente, hay una que expresa especialmente el tono que tendrían las memorias de la UP, que no se habían dejado avasallar por la memoria hegemónica del caos. Se trata de una conversación entre diversos colaboradores de Salvador Allende, ex integrantes de la Guardia Armada Presidencial (GAP) y una mujer que trabajaba en La Moneda, todos de origen popular. Revisando fotografías para recordar personas y situaciones, se animan a contar anécdotas y abandonar un tono trágico, mientras la mujer dice en voz muy baja y casi imperceptible “fueron los mil días más felices de mi vida”.

Aunque la dictadura había terminado, las fuerzas políticas que condujeron el proceso de transición a la democracia y la propia sociedad enfrentada a la redemocratización, vieron constreñidas las posibilidades de abrir una conversación pública sobre el pasado reciente que incluyera al período de la UP y al propio Allende. Al mismo tiempo, estas fuerzas ejercieron una autocensura, que de acuerdo a la misma trama hegemónica, produce un recuerdo autocrítico que revisa su responsabilidad en el trágico desenlace que tuvo el proyecto popular.

Los “nuevos” gobernantes fueron interpelados por organizaciones de víctimas y de defensa de los derechos humanos para enfrentar las violencias de la dictadura, reconstruir una historia negada

por su versión oficial, generar mecanismos que permitieran la reparación del daño producido y garantizar el juicio a los/las culpables. Frente a las demandas de “verdad, justicia y reparación”, se respondió construyendo un recuerdo público del padecimiento de los crímenes de lesa humanidad, como unas memorias trágicas más útiles a la denuncia política y judicial, y que actúan como fundamento de las políticas de reparación dirigida a quienes se ha determinado que fueron “víctimas directas y sus familiares cercanos”, según consiguieron la “Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1990) y de la “Comisión Nacional Contra la Prisión Política y la Tortura” (2003). Esas memorias se circunscriben a una temporalidad específica que arranca el día del golpe y llega hasta el 11 de marzo de 1990, día en que asumió el primer presidente electo. En ellas, las víctimas se recuerdan en tanto el daño que les fue infringido por agentes del Estado, a través de detenciones, torturas, asesinatos y desapariciones, mientras sus identidades políticas vinculadas al proyecto derrocado, han quedado eclipsadas y silenciadas.

Aunque no sin dificultad, esas memorias trágicas consiguieron un lugar en el espacio público, interpelando al recuerdo heroico y salvador del golpe y la dictadura, pero sin lograr deconstruirlo. Más bien forzados a reconocer la verdad testimonial, jurídica y oficial de las violaciones a los derechos humanos, los adherentes a la visión salvadora, las incluyeron como “errores” que no empañaban la gran obra económica e institucional del régimen, y que por el contrario con el pasar de los años, y sobre todo a partir de la inauguración del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en la ciudad de Santiago en 2010, han resignificado a la UP como la principal responsable del golpe, apelando a un contexto que justificaría este hecho y los crímenes que le siguieron.

Por otra parte, la posibilidad de abrir un espacio al recuerdo público de la UP que excediera el sentido prescripto por la dictadura, pareció inconveniente para la estabilidad del proceso de redemocratización, en tanto en las propias fuerzas que habían resistido a la dictadura no había consenso sobre la valoración de esa experiencia,

más aún cuando el desplome de los “socialismos reales” promovió una revisión de los caminos seguidos por el proyecto popular encabezado por Salvador Allende. A la vez, las propias memorias del golpismo se veían amenazadas con un posible cambio de signo de ese pasado revolucionario, que se habían esmerado por circunscribir al caos y el desgobierno, vinculado a sentimientos negativos.

Así fue que tanto el gobierno de la UP como el propio Allende se transformaron en los invitados de piedra del Chile de la transición, sin lugar más allá del restringido al fracaso, y en el mejor de los casos, a la derrota. Los recuerdos felices, de las ilusiones de cambio, de acciones de solidaridad, resistencia y justicia social, así como todas aquellas memorias de carácter afirmativo y vinculadas a emociones positivas como la alegría, quedaron relegadas a susurros expresados en la conversación y espacios privados.

Si bien en el año 1991 los restos de Allende fueron retirados de su sepultura en el cementerio Santa Inés en Viña del Mar, y trasladados a un mausoleo en el Cementerio General de Santiago, previa ceremonia de funeral oficial el 4 de septiembre, ese breve episodio de fervor popular entre quienes desde los márgenes lograron participar del sepelio, no permitió reivindicar públicamente su figura. Por el contrario, las dificultades para la inclusión de Allende en términos distintos a los ordenados por la dictadura, se hicieron explícitas en el debate que se abrió a partir de la iniciativa legislativa de diputados del Partido Socialista y Partido por la Democracia el año 1991, para erigir tres monumentos al derrocado presidente, a ser localizados en Santiago, Valparaíso y Punta Arenas. Las discusiones en el congreso y fuera de él, permitieron advertir que escasos dirigentes de los distintos partidos de la coalición gobernante estaban dispuestos a reivindicar la figura de Allende y mucho menos identificarse con él.

Finalmente, la iniciativa logró avanzar solo gracias a que el mismo año fue asesinado el senador Jaime Guzmán, líder del partido de extrema derecha Unión Demócrata Independiente y ferviente colaborador de la dictadura, para el cual sus seguidores también exigieron un monumento, a cambio de aprobar el de Allende. Fue así como

a pesar de sus detractores, el monumento logró ser ubicado junto al palacio de gobierno e inaugurado el año 2000, donde permanece hasta el día de hoy. Es escenario de homenajes de todo el mundo en fechas emblemáticas como su natalicio, el 4 de septiembre –día del triunfo de la UP– y el 11 del mismo mes, día del golpe de Estado.

La imposibilidad de una escucha pública que permitieran hablar en voz alta desde un sentido distinto sobre la UP y el presidente Allende mantuvo silenciadas esas memorias y relegadas a un carácter subterráneo. No obstante, como veremos a continuación el tiempo para esas memorias comenzó a acercarse hacia el final de los años 2000.

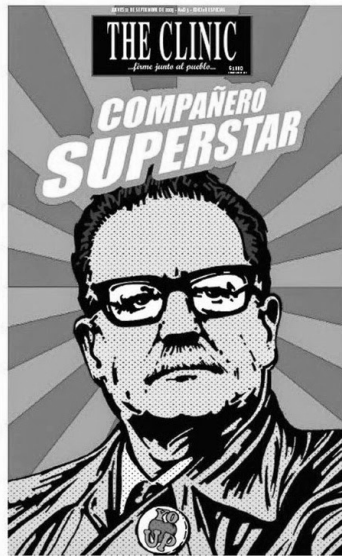
Abriendo paso al recuerdo

Cada año al llegar el mes de septiembre, Chile entra en un trance conmemorativo con motivo del 11 de septiembre. Las memorias trágicas dominan la escena pública a través de la emisión de programas especiales que rescatan la voz de sobrevivientes y familiares de detenidos/as desaparecidos/as y ejecutados/as políticos/as, por distintos medios se reitera el bombardeo a La Moneda, y se reproduce el último discurso de Salvador Allende. Por su parte, agrupaciones de víctimas y organizaciones de derechos humanos convocan cada año a la romería que se inicia en el centro cívico, y finaliza en el Memorial del detenido desaparecido y ejecutado político al interior del Cementerio General.

En este contexto, la figura de Allende prevalece como un héroe trágico, consecuente hasta sus últimas horas con el mandato recibido desde el pueblo, para conducir el gobierno de la UP. Sin embargo, lentamente un sentido distinto de su persona comenzó a gestarse en el año 2003 cuando el semanario *The Clinic* incluyó su imagen en la portada con motivo de la conmemoración de los 30 años del golpe de Estado. Bajo la frase “Compañero superstar”, el presidente aparecía retratado en una estética pop que lo arrancaba del motivo trágico,

para reinstalarlo como ícono cultural, capaz de ser apropiado por un público más joven y menos vinculado generacional o testimonialmente con la catástrofe personal, social y política que el golpe y la dictadura habían significado para miles de chilenos y chilenas.

Aunque un recuerdo alternativo de Allende comenzaba a abrirse paso lentamente, la UP no lograba entrar al espacio público de la memoria desde un lugar distinto al instalado por la dictadura. En la mencionada portada de *The Clinic*, Allende porta en la solapa un distintivo donde se lee “I love UP”, en un intento por incluir al proyecto popular, pero desde la dimensión del consumo de la memoria como nostalgia del pasado.



Fuente: Portada semanario *The Clinic*, 11 de septiembre de 2003.

Por aquella época, algunas producciones audiovisuales de difusión masiva, intentaron retratar el período de la UP. Una de ellas fue la telenovela “Hippie” (2004), del canal de señal abierta de televisión de la Universidad Católica, que de manera simplificada mostraba las

tensiones sociales y en parte ideológicas de la época. Al mismo tiempo se estrenaba la película “Machuca” (2004), que tuvo un gran éxito nacional e internacional, pues lograba retratar con gran veracidad, y en un tono emocional donde prevalecía la alegría y la efervescencia, los últimos días del gobierno popular desde la mirada de un niño de clase alta que vive las controversias y convulsiones del proceso en su hogar y su escuela privada, la que experimenta un ejercicio de integración social. El punto de vista del niño que comienza a entender las dificultades del proyecto liderado por Salvador Allende y el cambio que se produce con el golpe, logró gran aceptación y provocó una incipiente conversación pública sobre el período que, sin embargo, se perdió como una gota en el océano.

El centenario del natalicio de Salvador Allende, el año 2008, concitó diversas actividades conmemorativas en distintas partes de Chile y el mundo. Estas acciones de recuerdo y homenaje ya no podían ser soslayadas por los sectores detractores que se habían esforzado por ignorar el impacto de la figura del ex presidente a nivel mundial, expresado tempranamente en monumentos y nombres de calles en distintos países. De esta manera concedieron, en parte, recordarle como un adversario que, a pesar de haber liderado lo que consideraban el peor gobierno de la historia chilena, había demostrado consecuencia con sus ideales políticos al morir en La Moneda. Por otra parte, ese mismo año la señal abierta de Televisión Nacional transmitió el programa “Grandes chilenos”, con el objetivo de elegir al chileno que más hubiese contribuido a construir el país. Sometida a votación popular y en línea, a partir de desde una lista de 40 personajes, Salvador Allende resultó vencedor.

Así, un recuerdo reivindicativo de Allende se fue abriendo paso hasta que la sociedad chilena comenzó a entrar en un álgido tiempo de politización expresadas en las masivas movilizaciones estudiantiles del año 2011. Con un amplio repertorio de demandas bajo la consigna “educación pública, gratuita y de calidad”, el movimiento estudiantil liderado por los/as universitarios/as configuró un

escenario apropiado para recordar y reflexionar las pérdidas a las que la dictadura había sometido a la ciudadanía, entre ellas la educación como un derecho. La propia figura de Allende concurrió a las marchas y protestas callejeras, ya sea a través de afiches y pancartas e incluso con personificaciones, donde se leía la frase “los sueños de Allende son posibles”.

En este sentido, el clima de politización no solo articulaba una crítica al pasado dictatorial y a la situación actual caracterizada por un modelo neoliberal salvaje, sino que al hacerlo comenzaba a demandar referentes que permitieran imaginar un futuro alternativo, y para ello se recurría al pasado de la UP y a la figura de Allende. De esta forma, la rebeldía de miles de jóvenes movilizados/as, se encontraba con la resistencia al olvido de íconos que resultaban útiles a la lucha política que se desplegaba.

La rebeldía del presente convoca a las memorias de los mil días que se resisten al olvido

A las movilizaciones que se iniciaron el año 2011 le siguieron muchas más convocadas por diversos movimientos que impugnan los legados de la dictadura. Sin embargo, no fue hasta 2019, cuando la sociedad chilena comenzó a protagonizar un levantamiento social de amplio alcance, que las figuras de Allende y la UP aparecen insistentemente en muros y pancartas, a través de diferentes formas performativas que fueron hermanando rebeldías del pasado y del presente. Así hemos visto como una y otra vez se cruzan frases que ya no se esconden ni se dicen en voz baja, sino que se *graffitean* con orgullo en el centro neurálgico de Santiago: “Allende, vive”, “Venceremos”, “Las Grandes alamedas se abrieron” o “La historia es nuestra y la hacen los pueblos”.

Se trata de señales de una memoria que ha logrado rebelarse, a pesar de las operaciones de silenciamiento a la fue sometida por el proceso de transición que consagró el modelo neoliberal instalado

por la dictadura. Aliada con las nuevas formas de expresión del arte callejero, de las prácticas populares de protesta y las consignas emblemáticas del levantamiento social, ella logró aparecer públicamente, preparando así el camino para la conmemoración de los 50 años del triunfo de la Unidad Popular.

En este contexto, distintos sectores sociales han retomado abiertamente las palabras, discursos, ideas e incluso, propuestas programáticas de transformación social del proyecto popular liderado por Salvador Allende. Incluso, algunos sectores que salieron masivamente a la calle apelaban a los ideales políticos de la UP, ante el fracaso de una transición que no logró una restitución democrática con justicia e igualdad, y al contrario, fortaleció un régimen político restringido y, claramente, neoliberal que profundizó desigualdades sociales y económicas.

De esta forma ha resultado evidente que el levantamiento social iniciado en octubre de 2019, recurría a imágenes, discursos y símbolos, para articular imaginarios sociales sobre ciertos eventos del pasado y presente, que han permitido comprender el carácter constructivo del pasado en relación con el presente. Se trata de un trabajo de memoria en el que se efectúan vínculos más explícitos y visibles con el pasado de la UP y el propio Allende. La visibilidad de signos y señales del proyecto popular y de la figura del expresidente, tiene el efecto de devolverle a ese período un lugar de reconocimiento legítimo en la historia, pese a la persistencia de una versión oficial que se lo niega. La imagen de Allende no solo constituyó un ícono en las calles, en las protestas y en las consignas, sino que su figura se transmutó modernamente a los tiempos, transformándose en *stickers*; dibujos con su rostro que ilustraron mensajes masivos en las redes sociales y de mensajería instantánea para apoyar el movimiento y su demanda social. Se volvió un ícono de y para las transformaciones deseadas y exigidas por las personas movilizadas.



Stickers: Javier Velasco

Tras ascender a la presidencia, en su primer discurso ante un Estadio Nacional repleto, Allende señaló que “ha llegado, por fin, el día de decir basta. Basta a la explotación económica. Basta a la desigualdad social”. Y precisamente casi cincuenta años después, las mismas frases resonaban de diversa manera, en las calles de las ciudades de Chile. Una de las críticas más importantes esgrimidas en el marco del reciente levantamiento social, fue hacia la desigualdad social generada por el sistema socioeconómico imperante que en vez de haber sido resistido por los gobiernos de la posdictadura, fue radicalizado por diversas medidas que expandieron la lógica neoliberal en vez de restringirla. De ahí que la frase que se gritó en diferentes lugares del país, “No son 30 pesos sino 30 años”, por un lado, hacía referencia al alza de 30 pesos del pasaje de metro de Santiago que propició la primera ola de protestas, pero por otro, denunciaba el continuismo de 30 años del modelo heredado de la dictadura.



Fotos: Jorge López y Nelson Araya

La crítica a la desigualdad social apareció en diversos carteles de protesta haciendo alusión a la crisis educativa, de salud, de vivienda, de pensiones, de trabajo, de género, entre otras problemáticas actuales. Es así que las protestas de octubre han respondido en las calles a décadas de desigualdad, a la vez que efectúa el mismo llamado de transformación social y política del gobierno de la Unidad Popular.

En este escenario de movilizaciones, el reposicionamiento de expresiones tomadas de discursos o arengas de Allende, tales como “El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse”, “Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica” y “Es el día de la dignidad nacional porque Chile rompe con el pasado”, refuerzan y valoran la rebeldía, la radicalidad y el rupturismo que parece demandar el presente. De esta manera, esas memorias alimentan las resistencias que demanda el presente.

Luego de casi un año de iniciado el levantamiento y en medio de la pandemia global de COVID-19, se conmemoraron los 50 años del triunfo de la Unidad Popular. Como nunca antes, el 4 de septiembre, fecha de la victoria, convocó una serie de homenajes y acciones de recuerdo organizadas y transmitidas virtualmente a través de diversas plataformas y redes sociales. En ellas se compartieron testimonios del día del triunfo, en los que prevalecían recuerdos de la alegría y las celebraciones en las que se había participado, junto a las reflexiones sobre el gran desafío que se debían enfrentar desde el mismo día de los resultados. Por otra parte, diversos foros, conversatorios y paneles con analistas e intelectuales, revisaron la experiencia de la UP y la figura de Allende, desde una posición más abierta a la valoración de su proyecto e ideales, en vez de sucumbir prontamente a la crítica desde el lugar de la derrota. Procesos como la nacionalización del cobre, la reforma agraria, los avances en la salud pública, la democratización de la educación y el desarrollo de viviendas sociales para quienes protagonizaron tomas de terreno en la década de la década de 1970, se comienzan a visitar a partir de lecturas críticas sobre la falta de una autonomía medioambiental en la actualidad, la mercantilización de la educación, la salud y la vivienda, la persecución de las tomas

sociales actuales, no solo desde colectivos activistas, sino también en universidades y algunos sectores políticos de izquierda.

Puede decirse que en este breve pero vertiginoso lapso, se construye una memoria reivindicativa, donde el contexto actual ha favorecido el reconocimiento de la creatividad que supuso el proyecto popular, y sus esfuerzos por construir un orden más justo e igualitario, desarrollando un ciclo de políticas sociales en solo mil días.

De esta manera, las rebeldías y rebeliones del presente convocan el recuerdo de las rebeldías del pasado y de procesos de transformación radical, como fue la experiencia de la Unidad Popular liderada por Salvador Allende. Pues para pensar el futuro alternativo que reclama el levantamiento social iniciado en octubre de 2019 en Chile, es necesario también reordenar las fuerzas que dominan el pasado.

Referencias

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. (1991). *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. Santiago de Chile: Ed. Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.

Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura. (2004). *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Santiago de Chile: Ed. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura.

Secretaría General de Gobierno. (s/f). *Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile*. Santiago de Chile: Secretaría General de Gobierno.

Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores

Héctor Vega

En su segundo mensaje presidencial ante el parlamento, Allende resumía así su pensamiento: “la gran cuestión que tiene planteado el proceso revolucionario que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalidad actual puede abrir paso a la de transición al socialismo”. Esa institucionalidad revolucionaria podía suceder a la institucionalidad burguesa siempre que se “mantenga abierta al cambio y a las fuerzas sociales que le den su contenido. Solo si el aparato del Estado es franqueable por las fuerzas sociales populares, la institucionalidad tendrá suficiente flexibilidad para tolerar e impulsar las transformaciones estructurales sin desintegrarse”. Esa era la clave del proyecto institucionalista de transición al socialismo propuesto por Allende. Se trataba de un programa antiimperialista, antimonopólico y antioligárquico, dentro de la *institucionalidad burguesa* (itálica del autor).

Propuesta de cambios estructurales: un destino fallido

En ese marco había dos campos de actividad cruciales en la práctica de la tesis allendista. Uno era la Ley de Reforma Agraria y el otro, la creación y desarrollo del Área de Propiedad Social (APS). En ese contexto surgen dos tipos de organización del trabajo, que en un sentido lato la Ley de Reforma Agraria admite sin explicitarlos y aún menos reglamentarlos. Ellos son los Centros de Reforma Agraria (CERA) y los Centros de Producción (CEPRO). Las dificultades se incrementan cuando paralelamente a estas nuevas formas de organización en el área social de la agricultura, se constituyen los primeros Consejos Comunales Campesinos (CCC). Aunque estos últimos tenían una existencia más bien burocrática y afectaban solo tangencialmente a los campesinos –sobre todo de aquellos más apartados del Valle Central–, no dejan de ser mirados con temor por la oligarquía rural. La derecha acusa de ilegales a los CCC, como a toda la nueva organización cuyas bases se originan en los CERA y los CEPRO.

En relación al APS, las bases jurídicas para su creación provienen de la llamada República Socialista de 1932 a saber, el Decreto Ley N° 520 de 1932 que se invoca en el caso de las requisiciones y diversos artículos del Código del Trabajo que resolvían casos en el proceso de las intervenciones. Existiendo un argumento jurídico incontestable, los propietarios afectados se concentraron en la prueba de situaciones de hecho que a su juicio eran ficticiamente creadas por la Unidad Popular (UP) para justificar de esa manera la intervención y posteriormente la requisición de las industrias que luego debían pasar al Área Social. En el curso de 1971 el gobierno envió un proyecto de ley en el que se definían tres áreas: estatal, mixta y privada. En él se contemplaba la estatización posible de todas las empresas cuyo capital y reservas, más utilidades, excediera en 1969, los 14 millones de escudos (un millón de dólares a curso oficial de ese entonces). A 1971 se habían estatizado 79 empresas las que representaban menos de un cuarto de los grandes monopolios. Además, tres sociedades anónimas, con un capital superior a 200 millones de escudos permanecían fuera de

todo control por parte del gobierno. Con respecto a dos de ellas, Cía. Manufacturera de Papeles y Cartones y la Sudamericana de Vapores, CORFO abrió poderes compradores de acciones. Esta operación a la postre fue boicoteada por la derecha y nunca llegó a materializarse su incorporación al APS. De la lista de 79 empresas estatizadas en forma total o mayoritaria, 5 eran de la Gran Minería del cobre, 14 de la industria, 5 de infraestructura y 10 bancos. De las 45 restantes, 38 eran industrias intervenidas o requisadas, de las que 8 eran textiles y otras tantas alimenticias. Circulaban rumores, alimentados por la oposición, sobre la cantidad de empresas que debían pasar al APS, que nunca fueron desmentidos oficialmente por el gobierno. Se sembraba así la incertidumbre entre los empresarios. ¡Se llegó a hablar hasta de 200 empresas!

Los dos niveles de acción mencionados llevaban a cambios estructurales que les permitirían a los trabajadores acceder a la dirección del Estado, lo que situaba la estrategia al nivel de la dirección de la UP para, en primer lugar, entender lo que ocurría, y luego pavimentar la ruta para obtener apoyo popular al proyecto institucionalista de Allende. Fue un tiempo demasiado corto para acercar posiciones entre trabajadores, gobierno y los partidos de la UP. Ya en el segundo semestre de 1972 y en 1973, período de paros patronales y graves conflictos, era evidente para los sectores de trabajadores más conscientes que el proyecto institucionalista se encontraba agotado.

¿Qué había pasado? La dinámica de los hechos sociales y el desarrollo de la conciencia en el sujeto social de los cambios a saber, los trabajadores, difícilmente se acomodaban a las respuestas tardías de la clase política con su proyecto de nueva institucionalidad. Los objetivos económicos y sociales sobrepasaban con mucho la organización y funcionamiento de los ministerios, de la administración de justicia y de la gestión legislativa. Estas contradicciones se pusieron especialmente en evidencia cuando Allende trató de romper el juego de los grupos financieros y empresariales. Es más, cuando trató de implantar el sistema de ejecución directa en la construcción de obras públicas, se encontró con el sabotaje de los propios funcionarios del

Estado. La ejecución directa era un esquema a través del cual el Estado programa y ejecuta sus proyectos, contratando directamente la mano de obra, los profesionales y los materiales. Las grandes empresas constructoras monopolizaban el mercado, imponiendo precios y modalidades de construcción. Al ver afectados sus intereses por la política del gobierno, buscaron apoyo en los propios funcionarios del estado quienes se encargaron de sabotear las obras. En esos días era habitual el desabastecimiento de materiales, las inasistencias injustificadas y el abandono lisa y llanamente de las obras en construcción. Sobre este punto, los pobladores habían adquirido conciencia con la denuncia y control constantes de las obras que se realizaban en las poblaciones.

Las acciones de boicot dentro del aparato institucional de la República se multiplicaron en otros ministerios. Se cita el caso dramático del Ministerio de Salud, cuando el Colegio Médico decide boicotear, aún a costa de la salud de la población, el plan de medicina social del presidente Allende. El apoyo a la democratización de la salud alcanzaría su punto fuerte cuando comienzan a operar coetáneamente al paro de los camioneros de octubre 1972 las brigadas de vigilancia y los comités de defensa de hospitales y centros de salud por los trabajadores del sector.

Al boicot en la urbe se suma el del campo. Fue el caso de los poderes compradores de ganado organizados a través del mercado mayorista de carnes y operadora de las Plantas Faenadoras de Carnes en el territorio nacional (SOCOAGRO), entidad estatal que intenta, en la temporada de compras de ganado 1970-1971, sustituir masivamente los monopolios de compra de los ganaderos particulares, evitando la tradicional situación de especulación y desabastecimiento. Para sorpresa de los funcionarios encargados de las compras, pese a llegar billete en mano, el ganado desaparece y no hay vendedores. Las antiguas ferias, en connivencia con los grandes ganaderos, deciden no vender y sacrificar el ganado antes que entregarlo a los poderes compradores estatales. En lugar de actuar conforme al estado de emergencia que se vivía en ese instante, la reacción de SOCOAGRO

era lenta y burocrática. En muchas instituciones de la época no se concebía la participación de los campesinos, pequeños productores y pobladores, quienes eran directamente afectados con el boicot de los ganaderos. En las crisis de octubre 1972 y agosto-septiembre 1973, la ofensiva de los gremios patronales se traducían en el desabastecimiento sistemático de la población y la organización activa del mercado ilegal de la carne. La capacidad organizativa del estado era sobrepasada. Su ineficacia era manifiesta frente a la organización del enemigo en acciones directas, apelando a métodos terroristas, desconocidos hasta entonces en la lucha social.

Acciones desde la base en el territorio de Aysén: Estado y pobladores

Problemas técnicos en las planchas aislantes de las cámaras frigoríficas de difícil reposición en el corto plazo redujeron la capacidad de frigorización de la Planta Faenadora de Carnes de Chacabuco Aysén (PFC) administrada por SOCOAGRO en Puerto Chacabuco, en un 50%. El ganado excedentario debía ser trasladado a los mercados del norte antes que las nevazones cerraran el acceso al puerto de embarque de Chacabuco. Siendo jefe del Equipo de Operaciones Zonales de la Oficina de Planificación Agrícola del Ministerio de Agricultura me correspondió dirigir a comienzos de 1972, la evacuación de 12 mil bovinos y 60 mil ovinos hacia los centros de consumo del norte del país. Sin la sacrificada colaboración de los trabajadores de los servicios del agro en labores de dirección y control de faenas, y las asociaciones de pobladores, la comercialización de la producción excedentaria no habría sido posible. El ganado debía ser trasladado a la PFC a más tardar a fines de febrero pues ya en marzo por efecto de las nieves era imposible evacuarlo del Baker, Alto Río Cisnes, Emperador Guillermo, lago Elizalde, Ñirehuao, zonas de veranadas, etcétera. El ganado del Baker se transportó en camiones a través Argentina canalizándose finalmente hacia la PFC de Osorno. Con el personal

de SOCOAGRO abrimos un poder de compra del ganado que debía ser embarcado desde el puerto de Chacabuco. De no realizarse esa operación las pérdidas para los pobladores de la zona por falta de poder comprador habrían sido incalculables. Una operación compleja, venciendo la burocracia local (me tocó despedir a los jefes zonales de INDAP, CORA, y SAG), se hizo cargo del abastecimiento de la Planta, verificación de oferta de los productores, organización de los embarques y transporte (líneas navieras locales a Puerto Montt y la motonave Lago General Carrera a San Antonio), y recepción del ganado en el puerto de San Antonio. Esta experiencia demostró que un equipo gubernamental, en colaboración con los pobladores de la región de Aysén podía en condiciones difíciles, reemplazar operaciones de mercado privado que no solo aumentaban los costos sino que además incumplían plazos restringidos, considerando las dificultades del terreno y las urgencias del transporte. La planificación del estado reemplazaba operaciones que por años habían sido realizadas por privados. Nótese que debí requisar los buques de la línea local, cuya disposición se negaba por la administración de Empremar sin motivo justificado. El apoyo de los pobladores fue crucial en esta operación. Al igual que la experiencia de la construcción evocada más arriba, la planificación por el estado era posible, aun en el caso de desconexiones con las instancias centrales de ODEPA y SOCOAGRO, en problemas que finalmente fueron decididos en el terreno. A casi 50 años de los acontecimientos aún pienso que esta planificación en el terreno podría haberse generalizado ante el boicot al gobierno planteado por la derecha y los gremios patronales.

La lógica del golpismo

El sector freísta de la democracia cristiana actuaba en esa época en dos vías, en una buscaba acusar constitucionalmente a Allende y en otra intentaba socavar la base social que había permitido su elección. Algunos de los sacristanes más fieles de Frei, como el sociólogo

y periodista Claudio Orrego Vicuña y su ex ministro Andrés Zaldívar, llaman desembozadamente a los gremios y a la clase media a pasar a la ofensiva. Orrego formula una estrategia que califica como *la táctica de los generales rusos*, es decir, permitir el avance en territorio enemigo de tal manera que le sea imposible abastecer sus líneas de avanzada, quebrantando así el centro de estabilidad de sus operaciones. En este caso, el *Moscú* de Allende era la paralización del transporte y del comercio. La tesis de Orrego plantea sin eufemismos el pensamiento de Frei, quien solapadamente y a través de su pluma dice a los golpistas, “no se apuren, el sistema tiene sus propios gérmenes de destrucción. No es necesario ir a un ataque frontal, el desgaste llevará a deponer a Allende a un costo mínimo”. Los elementos fascistas del golpe se movían en la sombra, controlando primero el cono sur del territorio central (Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue) y posteriormente el resto del territorio, esta vez mediante el Ejército (1973).

En los primeros meses de gobierno, la derecha busca desestabilizar al gobierno de la UP, lo que lo obliga a tomar el control de la economía y organizar una estrategia de emergencia que impida la virtual liquidación de las divisas y una devaluación catastrófica de la moneda. El crédito público debía restablecerse; los contratistas se encontraban prácticamente impagos desde hacía tres meses y el país afrontaba una seria paralización de las obras públicas. A la virtual neutralización de los grupos derechistas en la primera hora del triunfo electoral de Allende, sucede la rápida reorganización del enemigo. A medida que se avanza en las soluciones económicas de emergencia, la dirección superior de la UP entiende que las instituciones resolvían de manera insatisfactoria las exigencias del programa de 1970. Se notan serias discrepancias entre la dirigencia de la UP y sectores de la izquierda no integrados a tareas de gobierno. Entre estos se encontraba el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Estos sectores encuentran respuesta en el sector altamiránista del Partido Socialista (PS), sectores del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y de la Juventud Radical Revolucionaria (JRR).

Políticamente se planteaba la creación de un poder popular capaz de asegurar la conducción del proceso al socialismo. Fuera de la UP, el MIR postula que debe irse a la toma inmediata y total del poder. Se argumenta que si no se marcha rápido, identificando y asilando al enemigo de clase, se corre el riesgo de convertirse en prisionero de la legalidad burguesa, frustrando el naciente poder popular. Tarea a emprender por los trabajadores y no por funcionarios. O se crea el poder popular o se arriesga la viabilidad del proceso. En síntesis, es la institucionalización de los cambios versus la creación del poder popular.

La reunión del Arrayán

Esta contradicción central condujo a la crítica interna dentro de la UP, autocrítica formulada en la reunión del Arrayán. El tema de la izquierda revolucionaria aparece abordado elípticamente en los acuerdos que allí se toman. Podría considerarse como una referencia el análisis de los puntos críticos del desarrollo de la experiencia de la UP. El tema del MIR es silenciado, quizá como un esfuerzo por aparecer al exterior como un bloque sin grietas internas. Otro tema excluido son las relaciones entre la UP y el Partido Demócrata Cristiano (PDC). De haberse abordado ambos temas habrían revelado las diferencias entre el Partido Comunista (PC), que ponía el énfasis en “ganarse las clases medias” y lo que llamaba la “batalla de la producción” y los sectores del PS integrantes de las posiciones y prácticas de la izquierda revolucionaria. Con estas omisiones se cometía un grave error pues, por una parte, se negaba la posibilidad de discutir cara a los trabajadores las diferencias de fondo, y por otra, se sugería que cualquier antagonismo debía cargarse a la cuenta de “las provocaciones de la ultraizquierda”.

Al excluirse el tema del MIR y de la izquierda revolucionaria, las declaraciones más importantes del Arrayán se quedaban en un puro formalismo. Resulta difícil ver cómo las proposiciones de avance

revolucionario contenidas en la Declaración Final podían realizarse sin definir concretamente las fuerzas y el papel que ellas jugaban en la realización de los acuerdos.

Al no definirse las relaciones con el PDC, la Declaración falla en lograr una abertura hacia el partido mayoritario de Chile. Esa situación, más que una debilidad del oficialismo en la UP, o una eventual victoria de la tendencia revolucionaria, revelaba la incapacidad de lograr un diálogo que comprometiera realmente a la clase trabajadora. Un examen de los puntos de discrepancia con el PDC habría significado enfrentar al freísmo con la base demócrata cristiana que ya desde el comienzo mismo del pasado régimen había iniciado una trayectoria, y que difícilmente podía estar de acuerdo con las prácticas de la clase patronal.

La derecha del PDC quedaba así con las manos libres para conspirar y buscar el golpe. La realidad de clase del PDC llevaba a pensar en un aliado en avances importantes propuestos por la UP. De hecho, el programa presidencial de Radomiro Tomic en las elecciones de 1970 era muy similar al de Allende. ¿Cómo entonces realizar esa alianza? Pues, en acuerdos, programas y acciones comunes en fábricas, predios y yacimientos mineros. Suponer acuerdos entre las directivas del PDC y de la UP era ilusorio pues ni siquiera la UP había logrado superar el sectarismo en su frente interno. En resumen, la exclusión en los acuerdos del Arrayán de las relaciones con el MIR y con el PDC, llevan esas declaraciones a un puro formalismo, pues no se ve cómo pueden ser viables cuando los temas que posibilitan su realización son excluidos.

Para el oficialismo y, particularmente el PC, la alternativa de poder popular pasaba por la política de “ganarse las clases medias”. Eso significaba la formación de un frente pluriclasista e implicaba un acuerdo entre partidos, excluida (por supuesto) la derecha y grupos disidentes de derecha del Partido Radical. Sin embargo, la política de acuerdos parecía agotada pues cada avance en el programa o mera proposición de reformas desde la base, llevaba a una crisis correlativa de las organizaciones partidarias. De esta manera, el frente

pluriclasista con amplia participación de los sectores izquierdizantes de la democracia cristiana, era una solución superestructural.

La crisis planteada por la paralización del transporte (octubre de 1972) y del comercio impulsa a la izquierda revolucionaria a plantear en el seno de los Cordones Industriales, y de las organizaciones poblacionales, las llamadas *tareas de la clase*. Básicamente, esas tareas se dirigen a echar las bases de la organización territorial del poder popular mediante los Cordones Industriales y los Comandos Comunales. A partir de esa organización debía establecerse el transporte y la locomoción colectiva, la distribución de alimentos y otros productos de consumo. Además, debía exigirse la inmediata requisición e intervención de las industrias paralizadas, y organizar al interior de las industrias las Brigadas de Vigilancia y Comités de Defensa.

El acuerdo con los gremios patronales

El paro patronal de octubre tiene por virtud dar un contenido concreto a las tareas discutidas en la base social cuando se plantea la expropiación inmediata de toda la actividad del transporte, base de la acción golpista de los patronos. Igualmente se pide la toma total de las industrias por los trabajadores y su no devolución; el control total del aparataje de la distribución, administrado en solo un 30% por el Estado; sanciones contra la burocracia del Ministerio de la Vivienda y de Obras Públicas. Estas tareas resultan lógicas si se tiene en cuenta que durante el paro de octubre, la ciudadanía sin distinción de clases, debió enfrentarse al comercio, camioneros, colegios profesionales, profesores de la Universidad y... lumpen a sueldo.

La Declaración del Arrayán excluía cualquier línea política alternativa a la estrategia institucional de los partidos de la UP. Sin embargo, era notorio que la propia izquierda revolucionaria –sea esta MIR o las tendencias dentro de los partidos de la UP– no había solucionado sus propios problemas orgánicos y malamente podía siquiera constituirse en interlocutor de un diálogo. Sus activistas visitaban

fábricas, medios obreros y pobladores, sin entrar realmente en la experiencia de trabajo vivida por ellos. Esa experiencia tenía sus propios caminos y para los trabajadores era fácilmente identificable el problema central, esto es, su participación, tanto dentro de los mecanismos de su propia empresa, como en el proceso nacional de cambios, del cual se les decía que eran los principales protagonistas. Gradualmente, la realidad en las fábricas y los campos de la reforma agraria condujo a los trabajadores por caminos muy diferentes a los de la burocracia partidaria con un punto de duda sobre las propuestas de la izquierda revolucionaria. Esto llevó en los hechos, a la desvinculación entre las directivas políticas y los trabajadores en el seno de los Cordones Industriales. Desde su interior se apreciaba un ejército laboral políticamente neutralizado de 400 mil trabajadores efectivamente incorporados al Programa de la Unidad Popular. Más preocupante aún era la situación de inseguridad de aquellos no efectivamente incorporados al Programa, contingente no inferior a 1 millón 300 mil trabajadores –subempleados, trabajadores precarios de la construcción, pirquineros, pequeños comerciantes, minifundistas, afuerinos, voluntarios, mapuches en comunidades empobrecidas, artesanos (Vega, 1984, pp. 299-303, 312-315). Es el momento en que Allende decide dar un golpe de timón, atrayendo hábilmente a algunos militares y al comandante en jefe del Ejército, el general Carlos Prats. Con esto se buscó parlamentar separadamente con los cabecillas de los gremios patronales, ofreciéndoles la garantía política de la presencia de los generales en su gabinete.

Todos comprenden que se ha logrado un acuerdo transitorio basado en el cumplimiento de los acuerdos que la presencia de los generales avala. El gabinete conocido como el “gabinete UP-Generales” (4 de noviembre de 1972) es una solución superestructural. Se entiende que la pacificación social se hará bajo la dirección de los militares. La derecha gana puntos importantes pues el gobierno se compromete en el Acta de acuerdo con los gremios patronales en el título de Política Permanente, excluye a la central de compras y distribución más grande del país, CENADI (ex CODINA) de la lista de las

empresas monopólicas que debían entrar al Área de Propiedad Social. Esto fue una concesión en una materia crítica de la que la oposición se había servido para poner al gobierno contra la pared. De hecho, la Confederación del Comercio detallista y de la Pequeña Industria y Artesanado declaró haber asumido el control de CENADI. Se salvaban las apariencias expresando que CENADI estaría ligado a la Comisión Nacional de Abastecimiento, organismo burocrático por crearse. Ni siquiera en la distribución directa al consumidor era admitido el control del gobierno, pues se leía en el acuerdo que las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP) no tienen como función expresa la venta directa de productos al público. Se acuerda, además, que la comercialización y venta directa al público correspondía al “comercio detallista inscripto en el Registro Nacional de Comerciantes, Pequeños Industriales y Artesanos de Chile o en el Rol Nacional de Comerciantes de Ferias Libres, Ambulantes y Estacionados de Chile o por las cooperativas, y de acuerdo con este criterio se reprimirá toda manifestación de mercado ilegal y de clandestinaje” (*Declaración del gobierno 4 de noviembre 1972*). Con ello se detenían las acciones y la experiencia que los trabajadores del Cordón Cerrillos, hecho no menor pues estos habían logrado vender productos de las industrias de la comuna directamente al público en la plaza de Maipú.

En cuanto a la toma de empresas, el gobierno limita dicha acción a aquellas que correspondan a su abandono por parte de los propietarios y/o ejecutivos; asegura la protección de los propietarios que se sienten amenazados y dispone las medidas administrativas para la restitución de sus derechos en caso de haber sido objeto de tomas infundadas. En resumen, quedaba en manos de los patrones parar la empresa, alegar falta de garantías y exigir al gobierno el cumplimiento del Acta de acuerdo y pedir la represión contra los trabajadores. Se ignoraba el *lock-out* patronal, arma utilizada por la oposición patronal en los dos últimos años. Una frase parecía zanjar el problema “(el gobierno) actuará con energía ante el sabotaje patronal contra la producción”. Al no explicarse con el mismo detalle que el de la

toma, en que se definía un criterio, la Declaración quedaba convertida en un puro formalismo verbal.

En relación a la huelga de los camioneros se reconocía que “no existe el control del capital extranjero y no existen empresas monopólicas, sino una gran cantidad de camioneros propietarios de uno o dos camiones, y un número muy reducido de empresas medianas”. Se destacaba que “los legítimos intereses de los transportistas privados han sido y serán respetados por el Gobierno, pues coinciden con los intereses de la mayoría del pueblo de Chile”. Sorprendentemente se echaba tierra al hecho comprobado y notorio de que el paro de los camioneros había sido financiado por la CIA. Se les ofrecía garantías en nombre de “las exigencias de la seguridad nacional y a la responsabilidad que tiene el Gobierno de garantizar el abastecimiento de la población en cualquier circunstancia”. La respuesta de los camioneros no fue otra que demandar que todo el Programa de la UP debía someterse a la institucionalidad vigente. Concluían “los gremios sostendrán junto a las empresas, las acciones legales que procedan y esperamos que las sentencias judiciales y los dictámenes de la Contraloría sean respetados”.

En el trasfondo, el general Prats definía el papel de las Fuerzas Armadas en la solución política de Allende, como una “coparticipación” de partidos políticos con las Fuerzas Armadas. Deslindaba su actividad de las soluciones políticas que era necesario encontrar para resolver los problemas económicos. Textualmente expresaba: “eso no nos compete. En la pugna de los partidos políticos nos cabe neutralidad”... “Nosotros los militares no acariciamos la idea de reemplazar al poder civil, ni es nuestra misión” (Prats, 1972). A la época de estas declaraciones, el golpismo recién comenzaba a germinar en el seno de las Fuerzas Armadas y el general Prats contaba con el respaldo, al menos aparente, del Alto Mando. Debían transcurrir aun tres meses (elecciones parlamentarias de 1973) para que los conspiradores entendieran que solo una aventura golpista y por traición podía derrocar al gobierno popular.

La lucha social en los últimos días de la Unidad Popular

A partir del paro patronal de octubre un nuevo factor se agrega con vigor a las demandas de la ciudadanía, a saber, los pobladores de la periferia de Santiago. En el otoño de 1973 se organizan operaciones conjuntas de trabajadores y pobladores que protestan por la tramitación a que son sometidos con ocasión del Plan de Emergencia para el invierno de ese año. Los pobladores se colocan a la vanguardia de los movimientos que se gestan en poblaciones y fábricas. Pobladores y trabajadores son reprimidos en el centro de Santiago cuando protestan por la destitución de funcionarios de una agencia distribuidora estatal (Agencias Graham) y plantean un esquema de distribución directo en las poblaciones, basado en la generalización del sistema de canasta popular. A estas manifestaciones se agregan las acciones conjuntas protagonizadas por obreros y campesinos de la Comuna de Maipú que llevan a cabo tomas de predios. Las manifestaciones adquirieron relevancia en todo el territorio nacional. La disyuntiva entre el plano institucional y el plano real de la lucha social hace crisis en el seno de los partidos de la agrupación de gobierno.

El 21 de agosto (1973), 500 trabajadores convocados por la Central Única de Trabajadores (CUT) y los Cordones Industriales de Osorno formaron guardias obreras que apoyaron la acción del Jefe Provincial de Dirinco y del Intendente cuando se ordenó abrir los negocios ilegalmente cerrados desde el 17 de agosto. En mi calidad de presidente del Cordón Industrial Centro Osorno me tocó encabezar la participación de los cordones de la zona en esa manifestación, la que obedecía a acciones del Regimiento Arauco N° 4 y la policía, destacando el allanamiento de la CUT de Osorno por tropas del regimiento cuya justificación era el control por la Ley de Control de Armas y Explosivos y las tomas masivas en el sector rural por la recuperación de tierras de las comunidades mapuches en los fundos de Coihuería y Trosquilmo. El Cacique de Butahuillimapu

declara “los latifundistas empujan a las autoridades para que nos saquen de nuestras tierras con carabineros armados como para una guerra”. En mi relato de los acontecimientos describo el allanamiento del vehículo de la Intendencia cuando este se dirigía junto con funcionarios de DIRINCO al local del almacén Burnier, cerrado ilegalmente, para proceder a su apertura. Mientras se producían estos hechos, la plaza era rodeada por una compañía del regimiento. En el intertanto, frente a la Intendencia se instalaban ametralladoras punto 30, apuntando directamente a los trabajadores. Las tropas avanzan y rodean las posiciones de los trabajadores. Algunos dirigentes recorremos las filas de los trabajadores imponiéndoles sobre los detalles del operativo y de los métodos persuasivos que se ponen en práctica. Nos reagrupamos en torno a la puerta principal de la Intendencia. Se escucha la voz del Intendente que da cuenta de su cometido y del vejamen que se le infirió. Se denunciarán los hechos y se pedirá la salida de los oficiales responsables. Si nadie asume su responsabilidad, discutiremos la realización de un paro total”. Pido a los compañeros que despejen y se dirijan ordenadamente a los cordones para discutir y evaluar lo sucedido. Parte de este relato fue publicado por *Punto Final* (9 de septiembre de 1973).

El dilema de la Unidad Popular

La contradicción constante coloca a la masa de trabajadores y pobladores en la tensión de actuar aún al margen de los canales orgánicos de la UP y de la izquierda revolucionaria *si fuere necesario*. La vanguardia de los Cordones Industriales y las poblaciones en Santiago se sitúan más allá de los partidos de la UP. Se incorporan nuevas fuerzas que nunca antes habían actuado orgánicamente en la CUT. Esas fuerzas se agrupaban fundamentalmente en los Cordones Industriales y poblaciones.

El hecho crucial que deja planteada la experiencia chilena es si acaso puede llegarse a una transformación de las estructuras políticas,

sociales y económicas, a través de las instituciones burguesas. La experiencia de la UP echa por tierra toda la mitología política en la que creyeron los políticos de la izquierda chilena. El primer mito que cae es la prescindencia política de los militares chilenos. Otro mito que cae es la independencia política de los tribunales de justicia. Un corolario del mito –espero, definitivamente roto para los trabajadores chilenos– fue que era posible lograr una transformación gradual del contenido de clase de las instituciones económicas chilenas y de sus estructuras. A partir de ese corolario se montó la estrategia de las expropiaciones progresivas y en términos generales del gradual control de la economía. Mientras en la superficie los golpistas abren un paréntesis de negociación y regateo, en el fondo se prepara una de las más sangrientas represiones de que se tiene conocimiento en la historia de América. La experiencia demostró que no era posible proponer cambios a medias, pues ellos inevitablemente conducían a poner en peligro la continuidad de las transformaciones que se realizaban.

Referencias

Prats, C. (1972). Entrevista en revista *Ercilla* 1950. semana del 29 de noviembre al 5 de diciembre.

Punto Final. (1973, 9 de septiembre). Informe Especial “Osorno bajo la boca del fusil”, pp. 12-13.

Vega, H. (1984). *L'économie du populisme et le projet de passage au socialisme proposé par l'Unité Populaire au Chili*. Bruxelles: Institut de Sociologie U.L.B. Centre d'Étude de l'Amérique Latine.

Cabañas a la orilla del mar

Una promesa de la Unidad Popular

Valentina Rey Domínguez

“Mi mamá se sentaba en la arena, miraba el mar y decía: estas sí que son vacaciones. Primera vez en la vida que tengo unas vacaciones así”, rememora Nelly Andrade con emoción y una nostalgia que parecieran transportarla a ese momento exacto en el que por primera vez disfrutó del mar (entrevista personal, 21 de mayo de 2020).

Tenía 18 años cuando en enero de 1972 veraneó en las grandes cabañas de color café ubicadas en la playa de Tongoy, en la nortina región de Coquimbo, uno de los tantos balnearios populares contruidos durante el gobierno de Salvador Allende. Su familia nunca había ido y nunca más volvió a ir a aquellas cabañas.

Pero no importó. Disfrutó tanto esos 15 días de verano con sus cuatro hermanas, su padre, madre y Gerardo, el joven dirigente de la Central Única de Trabajadores (CUT) que conoció al segundo día de su llegada al complejo vacacional. Gerardo Rubilar Morales tenía 24 años, militaba en las Juventudes Comunistas y era el encargado de abastecimiento de los balnearios populares. Viajaba todo el verano de balneario en balneario repartiendo la mercadería para los veraneantes. Fue amor a primera vista. Andrade se enamoró apenas vio

al hombre de un metro setenta y cinco, espalda ancha y voz fuerte. Fue el inicio de una intensa, dura y hermosa historia de amor.

La familia de Nelly era muy activa políticamente, de tradición y militancia socialista. Celebraron el triunfo de Allende y la Unidad Popular (UP) como si fuera un triunfo propio. Por eso su padre fue tan responsable con la oportunidad de veraneo que se les ofreció. Él trabajaba en la compañía de electricidad Chilectra y fue un compañero quien le cedió su puesto para el verano de 1972. El año siguiente, cuando Andrade fue seleccionado por su sindicato, él rechazó la invitación.

De alguna forma eso era la UP, un movimiento social y político que transformó la vida de las personas. La vía chilena al socialismo pasó de ser un sueño, una bandera de lucha, a una realidad. Luego de tres derrotas como candidato a la presidencia, Allende llegó a La Moneda en 1970 acompañado por los partidos políticos de izquierda que levantaron su candidatura, pero, sobre todo, llegó al gobierno con las y los trabajadores, con los estudiantes, con los Centros de Madres y las Juntas de Vecinos, entre tantas otras organizaciones populares.

Sin embargo, llegar al socialismo no era una tarea fácil. Allende y quienes lo apoyaban sabían que no bastaba con estar en el poder. Sabían que era necesario crear las condiciones para transitar hacia un Estado socialista y las “40 primeras medidas” del programa de gobierno buscaban sentar esas bases. Miguel Lawner, arquitecto y hombre cercano a Salvador Allende, recuerda que el proyecto de la UP comenzó como un esfuerzo grupal con verdadero compromiso voluntario, asumido con cariño y trabajo. Todo paso que daban era de la mano de organizaciones sociales, de trabajadores y partidos políticos.

A través del esfuerzo colectivo, las primeras 40 medidas se concibieron a partir de largas sesiones de trabajo, en las que participaron grupos de profesionales junto a quienes habían levantado el proyecto de la UP desde sus inicios. En esas instancias se elaboraron propuestas que luego fueron presentadas ante organizaciones sociales, sindicales, poblacionales, Centros de Madres y partidos políticos,

entre otros. Ellos, a su vez, debían hacer sugerencias, incorporar nuevos puntos o rechazar las ideas iniciales. Y fue en una de aquellas reuniones donde se creó la medida N° 29: Educación Física y Turismo Popular.

Arturo Martínez, entonces militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), partido que integró la UP, y presidente de uno de los sindicatos del cordón industrial de Vicuña Mackenna en Santiago, recuerda que el derecho al descanso no alcanzó a ser una demanda de las y los trabajadores, porque fue una propuesta impulsada por la CUT que Allende asumió de forma inmediata en aquellas sesiones de trabajo. “Los sindicatos se incorporaron de forma activa en colaborar. Había mucho trabajo voluntario para armar el proyecto”, explica Martínez en una entrevista personal el 31 de marzo de 2020.

La promesa

Quién se hubiese imaginado que, en 19 concurridas playas de Chile, el presidente Salvador Allende instalaría complejos vacacionales para las y los trabajadores del país. Sin que nadie lo esperase, las Villas de Turismo Social, reconocidas socialmente como la medida de los “balnearios populares”, nacieron de los primeros decretos del presidente recientemente electo.

Para las familias que tenían los recursos para salir de vacaciones todos los veranos, eran solo unas cabañas a la orilla del mar, pero para las y los obreros no eran una mera construcción. Aquellos complejos turísticos representaban el reconocimiento del esfuerzo de todo un año; eran tiempo para compartir con sus familias, para descansar y olvidarse por unos días de sus responsabilidades cotidianas; solo debían pagar una modesta suma de dinero, aproximadamente 10 escudos por 15 días de descanso. Si bien el nivel de inflación de aquella época no permite hacer un estimado confiable de la equivalencia de

10 escudos hoy, para fines de 1972 el salario mínimo en Chile era de 122 dólares, equivalente a 2.390 escudos.

El 5 de septiembre de 1970, Allende prometió crear una nueva sociedad. La vía chilena al socialismo no se quedaba solo en el cambio al modelo económico, sino que era un cambio a la estructura completa de la sociedad. Y entre aquellas promesas de la UP, se asomaba de a poco el derecho al descanso.

Así fue como más de 20 mil trabajadores a lo largo de todo Chile tuvieron la oportunidad de disfrutar de 15 días de veraneo. Tres años duró la medida N° 29, que permitió crear 19 recintos vacacionales para las y los trabajadores junto a sus familias en diferentes playas del país. Era una oportunidad a la que tenían que optar a través de sus sindicatos, Centros de Madres y Juntas de Vecinos.

La promesa de Allende se materializó rápidamente en las icónicas cabañas de techos cafés y forma de “A”. Eran amplias, livianas y de fácil construcción, lo que permitió que para el verano de 1971 algunos complejos vacacionales recibieran a más de 100 familias expectantes para lo que serían sus primeras vacaciones en la playa, con todo incluido. Durante el resto del año, las cabañas servían como espacio de reunión para sindicatos y organizaciones sociales, y también como un lugar de formación para estas, liceos, universidades y partidos políticos.

“Los trabajadores veían con bastante simpatía y aprecio las actividades del gobierno popular, porque estaban dirigidas a personas que habían sido ignoradas por muchos años, que nunca habían sido reconocidas y por primera vez se buscaba la forma de incorporarlos”, relata Arturo Martínez.

Levantando cabañas

Durante aquellos años, la CUT, como máxima organización de representación y articulación sindical, trabajó directamente con el gobierno. En más de una ocasión Allende nombró este período como

la “República del pueblo trabajador” y de a poco, aquel compromiso se fue materializando. A la par con la construcción de los primeros balnearios, en enero de 1971 se comenzaron a dictar las primeras escuelas sindicales apoyadas por el Estado.

Para entonces las vacaciones no eran un derecho asegurado, sino más bien un beneficio que algunos sindicatos habían acordado con sus empleadores. Solo unos pocos lograron crear complejos vacacionales para su uso particular. Sin embargo, la medida N° 29, “Educación Física y Turismo Popular” (Programa 40 medidas de la Unidad Popular, 1969) rompía con aquella exclusividad y le ofrecía la oportunidad histórica a las y los trabajadores, junto a sus familias, de veranear en un complejo de cabañas turísticas totalmente equipadas, con actividades recreativas diarias, todas las comidas del día y lo más importante para varias familias y trabajadores: frente a la playa. En 1971 conocer el mar era un sueño inalcanzable para muchas personas y por primera vez en la historia, un gobierno convirtió aquel sueño en una garantía.

Una vez iniciado el gobierno de Allende, el 4 de noviembre de 1970, 39 de las 40 primeras medidas del programa fueron acogidas por distintos ministerios para su puesta en marcha. La medida N° 29 quedó huérfana.

“Nadie sentía que tenía que asumir esa responsabilidad, pero no pasaron ni diez días cuando Allende llama al ministro de Vivienda y Urbanismo, Carlos Cortés, y le pregunta por los balnearios”, recuerda entre risas Miguel Lawner (entrevista personal, 14 de abril de 2020), entonces director ejecutivo de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU). De inmediato, el ministro Cortés, que no había participado en la elaboración del programa y no tenía idea de aquel proyecto, armó un equipo.

Con la misma rapidez con la que Allende ordenó dar inicio al proyecto, el 20 de noviembre de 1970, Cortés creó la Comisión Coordinadora del Plan de Balnearios Populares. El 23 de diciembre del mismo año, Allende solicitó la autorización al Ministerio de Bienes Nacionales para tomar posesión de terrenos fiscales y construir ahí los complejos vacacionales.

La intención del S. Gobierno de realizar, a la mayor brevedad un plan de Balnearios Populares que posibilite el descanso anual de los trabajadores y sus grupos familiares, en forma sana y digna y con iguales oportunidades para todos (Decreto 755).

Dentro de la comisión coordinadora, Cortés definió que la planificación y la construcción de los balnearios populares le correspondían a la Dirección de Planificación del Equipamiento Comunitario (DIPEC) del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. En poco tiempo la DIPEC tenía todo organizado: el proyecto se financiaría a partir del presupuesto nacional, mientras que los talleres de arquitectura del Ministerio de Vivienda y Urbanismo diseñarían una maqueta de los balnearios.

Aquella propuesta consideraba la construcción de las cabañas con paneles prefabricados en madera de pino, porque así serían más livianos para su transporte (Lawner, 2018). El Ministerio de Vivienda y Urbanismo realizaba reuniones periódicas entre sus distintas entidades dependientes, donde se iban informando los avances de los diferentes proyectos, entre esos el de los balnearios.

Entre fines de noviembre y los primeros días de diciembre de 1970, el presidente inició el proceso para la creación de los balnearios populares. Las primeras cabañas fueron inauguradas a fines de enero y principios de febrero de 1971.

La medida N° 29 incluía el mar

Los sitios para instalar los complejos vacacionales fueron seleccionados según la disponibilidad de los terrenos en manos de Bienes Nacionales, pero siempre considerando la petición personal de Allende: para las y los trabajadores, lo mejor. Por lo tanto, se buscaron terrenos en las mejores playas del país. Probablemente no fue una tarea fácil, puesto que Chile cuenta con 6.435 kilómetros de costa frente al Océano Pacífico. Sin embargo, finalmente se decidió construir los primeros veinte balnearios en Arica, Iquique, Mejillones, Chañaral,

Coquimbo, Tongoy, Los Vilos y Pichidangui, en el norte; en Pichicuy, Puchuncaví, Loncura, Ritoque, Las Cruces, Santo Domingo y Lago Rapel, en la zona central; y en Llico, Duao, Pelluhue, Tomé y Lota, en el centro-sur del país. Para febrero de 1971 ya eran 13 los balnearios que estaban recibiendo a las primeras familias que viajaban desde distintas partes del país para disfrutar sus 15 días de descanso.

En la cuenta pública anual del 21 de mayo de 1971, el presidente Allende comunicó que durante ese año serían 13 los recintos vacacionales habilitados, pero seguirían trabajando para completar los 20 balnearios prometidos dentro de la primera etapa. El resto de las construcciones, incluyendo la precordillera como lugar de veraneo, se proyectaba que estarían listas a finales de 1973, pero el golpe militar dejó todo trunco. En aquel discurso Allende fue muy enfático al decir que era necesario que el turismo renunciara a su carácter de actividad de élite “a la cual han tenido acceso (...) solo las minorías con capacidad económica suficiente para poder pagar un turismo de lujo” (Montalva, 2017). Desde ese momento y pensando en el futuro, dijo, las vacaciones serían un derecho asegurado.

Ese mismo año en Quillota, Región de Valparaíso, María Angélica Barrientos, de familia tradicional cristiana, pero con consciencia social, decidía que no podía mantenerse al margen de las transformaciones sociales. “Durante los primeros años de la Unidad Popular empecé a percibir que la juventud también tenía participación política y que una joven sin militancia no podía estar realmente insertada en lo que era el compromiso con el trabajo de Salvador Allende”, recuerda Barrientos (entrevista personal, 11 de octubre de 2019). Con 19 años, la estudiante universitaria decidió ingresar al MAPU.

Durante ese año trabajó en tareas de alfabetización en un campamento en Valparaíso y recuerda que la gente no se imaginaba cómo podía ser el proyecto de los balnearios. “Lo conversábamos en el campamento con los grupos organizados y ahí pensaban que era muy inalcanzable para ellos, pero cuando se vio que todo era tan rápido, organizado y que era cuestión de subir a los buses y partir, fue increíble”, cuenta Barrientos.

En 1972, mediante el decreto 1.289 se modificó la Ley 800 de Tierras y Colonización del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, con el objetivo de reglamentar el uso de los terrenos fiscales ocupados por los balnearios populares. Esta sección, dirigida específicamente a la medida N° 29, tenía como objetivo “obtener una mejor y más racional distribución y planificación del uso del suelo, para fomento y atribuciones de la Dirección”.

La derecha se opuso al proyecto, acusando al gobierno de apropiarse de terrenos de forma ilegal. Sin embargo, la mayoría de aquellas cabañas se levantaron en tierras fiscales, es decir, pertenecientes al Estado, que mediante el departamento de Bienes Nacionales del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, le entregó los sitios a empresas privadas y sindicatos de construcción de cada región para que instalaran las cabañas. En tanto, los terrenos pertenecientes a privados fueron adquiridos bajo la Ley Orgánica de la Corporación de Mejoramiento Urbano de 1966; esta permitía disponer, expropiar y comprar terrenos “que sean necesarios para la ejecución de proyectos de desarrollo y mejoramiento urbano” para su uso público.

Los diarios se llenaron de columnas de figuras de la derecha expresando su molestia y preguntándose ¿qué vendría después de esto? No tardó en aparecer la propaganda negra, que decía que la UP ocuparía las casas privadas de veraneo para construir ahí las Villas de Turismo Social. La gente se alteró, pero nadie tomó las casas y probablemente nadie consideró esa posibilidad.

Pese a los cuestionamientos, la construcción siguió adelante. Algunas empresas privadas de las zonas donde se instalarían las cabañas se adjudicaron la tarea de levantar los complejos vacacionales bajo la supervisión de la DIPEC. Mientras, la Dirección de Turismo se haría cargo de la administración de los balnearios y su equipamiento.

La Consejería Nacional de Desarrollo Social asumió la labor de seleccionar a los grupos de trabajadores que irían a los balnearios, los que cada verano recibían aproximadamente a 500 personas en total. El objetivo era que salieran de sus ciudades y conocieran el país, y

por lo mismo el destino de las vacaciones no eran las playas que les quedaran más cerca. Todo este trabajo fue apoyado por las Juntas de Vecinos, Centros de Madres y sobre todo por la CUT. Esta última tenía la responsabilidad de entregar el listado de las y los trabajadores pertenecientes a sus sindicatos afiliados que se beneficiarían de las vacaciones, además de dotar con mercadería las cabañas, contratar personal para la cocina de los balnearios, los equipos de monitores que realizarían actividades de recreación durante los días de verano, y conseguir los buses para transportar a las familias. Aquello quedó a cargo del departamento juvenil de la CUT, que tenía una oficina especial para cumplir con esta medida; sin embargo, el trabajo siempre se realizó en conjunto con la DIPEC.

El gobierno tenía la intención de traspasar la propiedad de los complejos vacacionales a la multisindical. Es más, se iniciaron los trámites para dicho traspaso, pero había un problema con los estatutos de la multisindical que le impedía hacerse cargo legalmente de los terrenos.

Veranos con “todo incluido”

Cada complejo vacacional tenía la capacidad para recibir a 500 personas por temporada de verano, desde diciembre hasta febrero. Dependiendo del tamaño de los terrenos, se construyeron entre seis y diez cabañas con forma de “A”. Cada una tenía seis camas (a veces incluían camarotes) y se podían agregar hasta dos más, dependiendo de las familias, que se consideraban de forma completa: padres, madres, abuelos e hijos.

A petición del presidente Allende, los comedores fueron construidos para el uso colectivo. Así las familias podían compartir durante las comidas y además se evitaba que las mujeres, como era habitual, quedaran a cargo de cocinar en sus cabañas. De eso se ocupaba el personal contratado por la CUT y las organizaciones a cargo de los balnearios.

Las universidades y las juventudes de los partidos políticos que integraron la UP crearon grupos de voluntariado para el trabajo de monitores, quienes estaban a cargo de supervisar que se cumplieran las normas. Pero, sobre todo, eran ellos quienes organizaban las actividades que se realizaban durante la jornada. Se pegaron afiches de estencil a lo largo de todo el país informando sobre los balnearios populares e invitando a la juventud a formar parte de los equipos de monitores.

María Angélica Barrientos, estudiante de pedagogía en artes plásticas, fue una de esas jóvenes que trabajó como monitora en el balneario de Las Cruces, en la zona central del país, en el verano de 1972. Era, además, un trabajo remunerado. “Fue el primer dinero que gané (...) Tuvimos cursos intensivos para entrar a los balnearios. Yo lo hice en un lugar cerca de Rancagua [zona centro-sur del país], una casa de fundo donde se juntó a muchos jóvenes y nos fuimos preparando; había militantes de partidos políticos, independientes y extranjeros también”, cuenta con un dejo de nostalgia.

Si bien no se podía escoger a qué balneario ir a trabajar, sí se podía decidir el área al que querían pertenecer: arte, artesanías, periodismo, deporte, u otras. Principalmente el rol de los monitores en los balnearios consistía en realizar actividades diarias para entretener a niños, niñas, jóvenes y adultos. María Angélica se integró al área artística.

Recuerdos del mar

Entre diciembre de 1970 y enero de 1971, el municipio de Santo Domingo, en la costa central, le traspasó un terreno fiscal de 11 hectáreas, ubicado en Gran Avenida Phillips N° 2, al Ministerio de Vivienda para la construcción de un balneario popular. El sitio olvidado por los habitantes de la comuna, encerrado entre un camino de tierra, el humedal del Río Maipo y el mar, se preparó rápidamente

para recibir a cientos de familias que se disponían a pasar un verano feliz en febrero de aquel año.

La pequeña playa del litoral central que parece una isla entre todas las comunas que bordean la costa, por su acceso complejo, pero, sobre todo, por la exclusividad económica del sector, sorprendió a sus habituales adinerados veraneantes. Con espanto descubrieron que tendrían que compartir el mar con trabajadores de diferentes partes del país durante los meses de verano en que iban y venían las y los nuevos vecinos. De un día para otro, ese mar que creían que les pertenecía bañaría a cientos de familias obreras con su prole.

Las seis cabañas en A, de techos café oscuro apoyadas en los paneles de madera, ubicadas entre pinos y arbustos, fueron testigos de la sorpresa que se llevaron las familias al bajar de los icónicos buses azules Castro Caride-Pegaso que transportaban a las y los trabajadores. Descendían las familias completas, abuelos, mamás, papás, niños y niñas; algunas incluían a sus primos o sobrinos, y así todos juntos esperaban tranquilamente que los monitores les asignaran una cabaña mientras no le quitaban los ojos a ese mar oscuro.

Por primera vez veían el mar explotando en las rocas y espumando sobre la arena negra. La expectativa crecía cuando se encontraban de frente con las seis enormes cabañas, de madera barnizada, con diez piezas cada una y con capacidad para diez personas por habitación. Cada familia se instalaba en una pieza que tenía dos o tres literas y una cama de dos plazas. Eran las familias las que decidían si poner algún tipo de decoración mientras durara su estancia. La cocina y comedor eran construcciones simples pero amplias, que se ubicaron a pocos metros de los bloques de cabañas.

En Santo Domingo el comedor tenía vista al mar. Nadie se cansaba de verlo, de escucharlo; sobre todo los niños, que podían pasar horas a la orilla de la playa haciendo castillos y túneles. Si bien Chile es angosto, y a su larga costa se puede llegar desde cualquier punto del país en un par de horas, eran miles los trabajadores que nunca habían visto el mar.

Miguel Lawner fue un fin de semana a conocer el balneario de Santo Domingo. Llegó un sábado y se fue el domingo por la tarde. Justo le tocó compartir con trabajadores de la fábrica textil Progreso. Si bien él sabía en qué consistía este proyecto, quedó impactado. “No había cómo sacar a los niños del agua. La gente estaba muy feliz; fue un éxito muy significativo”, recuerda.

Todos los balnearios contaban con la misma logística. Podía variar el número de habitaciones de las cabañas, que dependía de la capacidad del terreno. Para Nelly Andrade, aquellas cabañas eran todo un misterio antes de conocerlas. Su familia fue invitada por un amigo de su papá, que le ofreció que fueran ellos en su lugar. No lo pensaron dos veces, prepararon los bolsos, trajes de baño, las sábanas y partieron a conocer las cabañas en el balneario de Tongoy.

“Hasta ese momento no sabíamos lo que eran las cabañas. Habíamos visto en las películas que eran casitas chiquitas de madera, pero no conocíamos ninguna. Las comenzamos a contar y vimos cinco largas cabañas. Cada bloque tenía capacidad para cinco familias”, recuerda Andrade. Les costaba imaginar cómo podría ser esa semana. Les parecía raro no tener que llevar nada, ni teteras, carpas ni ollas, todo lo que alguna vez habían llevado a sus campamentos de verano.

Al bajar de los buses los llevaron hasta el patio para luego hacerlos pasar a los comedores, donde les explicaban las normas de convivencia y cómo funcionaban los balnearios. Si bien las familias tenían libertad plena para disfrutar de esa semana de descanso, el proyecto era colectivo, por lo que había reglas para asegurar el bienestar de todos y todas. Por ejemplo, en el comedor, cada persona tenía que retirar sus platos y dejarlos en unas bandejas grandes para el lavado. El orden, el aseo y la limpieza de todo el lugar eran por turnos. Cada día un bloque de cabañas se encargaba de lavar la loza, hacer el aseo de los baños, patio y comedor. Nadie reclamaba ni se molestaba; eran tantas personas que las tareas se realizaban rápidamente y así el resto del día era para jugar y descansar.

Andrade recuerda que ese verano tenía un himno: *Plegaria a un Labrador*, del cantautor Víctor Jara. La canción sonaba sagradamente

todas las mañanas por alto parlante y todo el mundo la entonaba al levantarse. Era una especie de impulso para iniciar el día, las tareas y, sobre todo, el descanso.

En cada uno de los balnearios las y los monitores dirigían las actividades para el día y la noche. Siempre había juegos, talleres, concursos; no había tiempo para aburrirse. María Angélica Barrientos recuerda que las actividades eran una opción, porque las familias también podían escoger tener un momento a solas en la playa o donde quisieran. Lo importante era que supieran que había cosas que hacer si lo deseaban. Todo estaba planificado. Las y los monitores se juntaban por la noche, evaluaban el día y creaban las actividades del día siguiente.

“En mi área se pintaba, se hacía muralismo, se enseñaban técnicas básicas de esténcil y grabado, todo junto con una educación de lo popular y comunitario, de lo que era el socialismo que queríamos alcanzar”, dice Barrientos.

Las actividades incluían talleres de teatro, baile y deportes, entre otros. Arturo Martínez fue monitor en el balneario de Santo Domingo, y recuerda que la gente proponía actividades y las organizaban, sobre todo las que tenían que ver con números culturales y artísticos. “Mis mejores recuerdos son del canto popular, porque me gustaba mucho el tema, entonces yo organizaba actividades en torno a eso. Recuerdo mucho a los cantantes Pedro Yáñez y Jorge Yáñez, que iban a los balnearios y compartían su canto”, relata.

Para esos veranos se organizaron giras artísticas y culturales en las que distintos grupos musicales y teatrales recorrían durante esos dos meses los diferentes balnearios populares. Así fue como en febrero de 1971 apareció sorpresivamente el grupo de rock chileno Los Blops, integrado por Eduardo Gatti, Juan Pablo Orrego, Julio Villalobos, Juan Contreras y Sergio Bezard, en las cabañas de Santo Domingo para animar la fogata y el guitarreo de la noche. Nadie podía creer que la reconocida banda nacional, liderada por Eduardo Gatti, estuviera sobre esa arena negra para compartir con ellos. Esa noche fue eterna, incluso para las niñas y niños. Ese verano, Los Blops pasaron

por Tongoy, Los Vilos, Papudo, Rapel y Santo Domingo. Se subían a los buses donde iban otros artistas y partían a un lugar diferente cada día.

La espontaneidad de las y los trabajadores convirtieron en una especie de ritual las fogatas hasta el amanecer, al igual que las noches de canciones, chistes, bailes y juegos. La brisa marina, helada al caer el sol, no era un impedimento a la hora de escoger una canción para el guitareo de medianoche o un baile para los más inquietos. Eran noches interminables en las que nadie quería dormir; todos luchaban para mantenerse despiertos, contra el miedo de que, al despertar, algo hubiese arrasado con todo y esos veranos se quedaran en un recuerdo lejano.

Risas que se convirtieron en silencio

La polarización política y la creciente violencia en el país se comenzaron a sentir durante el verano de 1972 y 1973. Cuando Nelly Andrade conoció a Gerardo Rubilar, encargado de abastecimiento de los balnearios, él enfrentaba algunas críticas en torno a la alimentación, pero su compromiso con el gobierno de la UP la enamoró.

Para Rubilar era fundamental que no se perdiera nada de comida, porque en aquel momento los camiones que salían de la CUT, cargados de mercadería para los balnearios, muchas veces tenían que enfrentar a miembros del grupo paramilitar de derecha Patria y Libertad que los interceptaban para robar su carga. Por lo tanto, no era fácil que los camiones llegaran completos, pero lo hacían. En muchas ocasiones los camiones tuvieron que ser escoltados por la policía y funcionarios de la seguridad municipal de las comunas donde estaban los balnearios.

Entre las y los trabajadores que iban a veranear, había militantes de partidos políticos de izquierda y también gente que no pertenecía a ninguna organización en particular, pero la mayoría tenía un compromiso social con el gobierno y su proyecto, recuerda Barrientos. El

canto, la poesía y el teatro era político y comprometido, y a pesar de las diferencias que pudieran existir entre los mismos veraneantes, todas las discusiones eran en un tono de respeto.

Era inevitable que la política fuese un tema, afirma Arturo Martínez, pero no porque eran militantes, sino porque eran personas sindicalizadas, o que habían participado en tomas de terreno, que veían en la política un espacio para la transformación social.

“Había discrepancias de cómo enfrentar el proceso, pero era bonito porque se hablaba, se aprendía. En ese tiempo había mucha cultura política”, explica.

Si bien los balnearios aspiraron a entregarles lo mejor a las y los trabajadores y sus familias, entre el olor a mar, la arena gruesa y las dunas, se notaba una diferencia abismal entre quienes iban a las cabañas populares y la clase social que vivía en esas playas. Tal vez fue esa realidad injusta lo que alentó a algunas familias que veraneaban en el balneario de Las Cruces a buscar un enfrentamiento con la gente de la comuna.

“Fue una insensatez –cuenta Barrientos–, nos fuimos al pueblo, todo el campamento, con guitarras y cantando llegamos a la playa. Nos instalamos y nos fueron a echar con la policía. Se armó una pelea y toda la gente estaba muy identificada con sus posturas políticas. Estaba Patria y Libertad ahí”.

Esa aventura les costó varias noches en vela. Las familias se tuvieron que organizar y hacer guardias nocturnas porque se veían antorchas dando vueltas por fuera de las cabañas, por lo que pensaron que en cualquier momento podrían atacar el balneario. Pero nunca pasó nada; todo quedó en una amenaza, una provocación.

Hasta ese momento María Angélica Barrientos nunca había salido de su casa. Fue ese verano el que la hizo crecer y vincularse de forma real con el trabajo de la UP. “Fue todo tan rápido, todo tan corto, fue como las ganas de empezar algo y nos cortaron de golpe las alas”, reflexiona.

Una promesa que desapareció en el mar

En 1973 Barrientos no fue a trabajar de monitora a los balnearios. Estaba embarazada y tenía otros compromisos, pero no se imaginó que no volvería a pisar la arena gruesa de Las Cruces. En septiembre de ese año las y los trabajadores vieron derrumbar su República. Poco después, los balnearios populares se cerraron abruptamente.

Los militares se apropiaron de las cabañas de veraneo en Santo Domingo, Pichidangui, Puchuncaví y Ritoque. Eran lugares perfectos, lo suficientemente grandes y equipados para sus nuevos planes. En el balneario de Santo Domingo fueron concentrados jóvenes conscriptos del Ejército y suboficiales de Carabineros que prontamente se transformarían en agentes represores.

Santo Domingo se convirtió en la primera escuela de instrucción de agentes de la naciente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), dirigida por el coronel Manuel Contreras. Poco después, el extinto balneario popular se convirtió en un sitio de detención y tortura, uno de los más de 500 centros de prisión política en Chile.

Mientras, en Puchuncaví y Ritoque, las cabañas fueron ocupadas para mantener a prisioneros políticos. Los 16 balnearios restantes fueron repartidos por las Fuerzas Armadas como botín de guerra. Algunos hasta el día de hoy funcionan como cabañas de veraneo para militares.

La promesa de la Unidad Popular, las cabañas a la orilla del Pacífico y el sueño de las y los trabajadores, desaparecieron en el mar.

Referencias

Allende, S. (1970). Para qué hemos vencido. Discurso proclamado en el Estadio Nacional un día después de su triunfo electoral. Documento de archivo en *Los mil días de Allende*, Fontaine A. y González Pino, M. (1997) Centro de Estudios Públicos.

Frei Montalva, E. (2017, febrero). “Veranos en un país que ya no existe”. Santiago: El Ciudadano.

Lawner, M. (2018). *La construcción de un sueño. Sitio de Memoria Rocas de Santo Domingo*. Chile: Fundación por la Memoria San Antonio.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (1966, 25 de agosto). Decreto 483: Aprueba la Ley Orgánica de la Corporación de Mejoramiento Urbano. Santiago. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?i=13698&f=1968-02-08>

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (1970, 20 de noviembre). Decreto 755: Comisión Coordinadora del Plan de Balnearios Populares. Santiago. *Archivo Corporación de Memoria y Cultura Puchuncaví*, http://melinka.proyecto.pw/uploads/r/archivo-corporacion-de-memoria-y-cultura-puchuncavi/4/6/464/MINVU_COMISION_COORDINADORA_BALNEARIOS_1970.pdf

Rebolledo, J. (2013). *El despertar de los cuervos*. Santiago: Ceibo Ediciones.

Segovia, A. (1972). *Un verano feliz*. [documental]. Departamento de Cine y Televisión de la Central Única de Trabajadores CUT. <https://www.youtube.com/watch?v=BwqXdtx5gZU>

Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente

José Miguel Carrera Carmona

“La juventud de la Unidad Popular debe ser el ejemplo en el trabajo, en el estudio, en la lealtad al pueblo y en la vocación heroica por servir a Chile por sobre todas las cosas”.

Salvador Allende, 21 diciembre 1970,
discurso a la Juventud.

Anima a este escritor, rescatar el impacto de la “vía al socialismo” de Salvador Allende y las consecuencias para la vida juvenil de esa época, primero como felices actores de una obra libertaria, luego testigos del dolor de la derrota, hasta llegar a ser protagonistas activos de los esfuerzos para terminar con la dictadura de los militares golpistas y de otras dictaduras latinoamericanas. Devinieron en combatientes internacionalistas que admiraban a los luchadores del interior de esos años de resistencia, finalmente pudieron ser como ellos, enfrentar directamente a la dictadura. Un número no menor dejaron la vida en Centroamérica y en Chile; los sobrevivientes nunca dejaron de ser allendistas, independiente de las organizaciones a que pertenecieron.

El pueblo chileno recuerda la obra de Allende porque también fue suya, las tareas de su gobierno se transformaron en acción colectiva, la razón de ser de miles y miles, no importaba la edad, era un gobierno de todos. Eso fundamenta el que nunca se deje de recordar a ese hombre tan digno. Vale aclarar que no ha sido así la actitud de casi la totalidad de los partidos que formaron la Unidad Popular, en especial sus dirigentes, que recuerdan a Allende de forma oportunista para los eventos electorales y nada más, nunca se han planteado retomar la senda de sus ideas, obras y ejemplo.

Recién asumido Presidente, habló a los jóvenes: “Necesitamos, reclamamos y pedimos la energía creadora de la juventud, su lealtad revolucionaria que será puesta sin quebrantos al servicio de Chile y del pueblo. La juventud chilena recorrerá los valles, los campos, las aldeas, las poblaciones, llevando el mensaje redentor, la voluntad, la decisión creadora y revolucionaria del Gobierno Popular” (Allende, 21 diciembre 1970, discurso a la Juventud).

Los jóvenes vibraron con los días del gobierno popular, creyeron, razón por la cual muchos de ellos, impactados por el criminal golpe de Estado de 1973, abandonaron proyectos personales para ser parte de los esfuerzos políticos y militares que terminaron con la dictadura pinochetista. Es deber rescatar las vivencias de los que tomaron ese camino.

Gastón Palma tenía 10 años en 1970, mostró interés en los problemas de los obreros: “Admiraba a mi abuelo, militante del Partido Comunista, mueblista, dirigente poblacional y deportivo; supo con su ejemplo y explicaciones educarme en la problemática de la lucha de clases. Asistía a las concentraciones en compañía de mis tías, en especial recuerdo las que se hacían para la campaña presidencial de Salvador Allende. Mi madre no era militante, pero se identificaba con Allende, lo defendía y le hacía propaganda”. Ya mayor, ingresó a la Escuela Inter Armas Antonio Maceo y se graduó de oficial formador de militares cubanos, combatió como internacionalista a la contra nicaragüense en el Ejército Popular Sandinista, siendo parte de la misión militar de Cuba que incluía a chilenos como él. Gastón expresó:

Recuerdo que el viernes 4 de septiembre de 1970, mi abuelo estuvo pendiente de las noticias en la radio; en la noche, cuando la votación ya era favorable a Allende, en el barrio era todo alegría, la mayoría de los vecinos celebrando y puso la bandera chilena en la casa; cuando Allende se dirigió al país, puso la radio más fuerte y se juntó con los vecinos a escuchar. Al otro día la alegría se sentía, la mayoría de los vecinos estaban contentos y hablaban del futuro que favorecería a los trabajadores.

Ismael Camacho llegó desde Europa a la escuela militar, su oficial fue Gastón:

Cuando el compañero Presidente asumió el 4 de noviembre de 1970 tenía 14 años, estaba en la básica, participé en las campañas de propaganda de la UP. Recuerdo cuando vino a mi población, La Victoria, una toma de terrenos. Cuando Allende hablaba era claro y cautivante, hablaba a nosotros, los niños, de sus promesas de gobierno: la campaña de alfabetización, el medio litro de leche, educación gratuita y muchas otras promesas que se fueron dando para el pueblo. Sus discursos me daban ganas de luchar como él.

Beatriz Toledo, con 20 años, resume sus recuerdos pensando en la felicidad que derrochaba su padre el 4 de septiembre; junto a Maira Rodríguez fueron parte del grupo de 10 médicas militares incorporadas a la guerrilla sandinista en 1979. Maira reflexiona sobre ese día, tenía 18 años: “La tensión política durante la campaña electoral se sentía en las calles, eran habituales los enfrentamientos entre los bandos. Y no eran piedras, cuántas veces tuvimos que salir arrancando de los balazos de grupos armados derechistas. La transición entre el 4 de septiembre y el 4 de noviembre, no fue fácil, los ataques ultraderechistas no se hicieron esperar, el 20 de octubre de 1970 asesinaron al general Rene Schneider”.

Durante el gobierno de Allende, para Gastón, tuvo gran importancia la lucha ideológica: “Se fomentó la lectura, circulaba la revista infantil *Cabro Chico*, la *Firme* y los libros de la Editorial Quimantu. Se escuchaba a Víctor Jara, Violeta Parra, Inti Illimani, Quilapayún, Patricio Manns, Joan Manuel Serrat y otros. Miles de menores de edad

y embarazadas del país se beneficiaron del programa Medio Litro de Leche. Las escuelas repartían bolsas de leche en polvo para el mes y nos servían jarros de leche y galletas”.

En La Victoria, Ismael cuenta que la gente comenzó a mejorar sus ranchitos:

Se juntaban los vecinos ayudándose unos a otros, nosotros lo mismo, hacíamos adobe a patita pelada, pisábamos la mezcla de barro y paja, los grandes llenaban los cajones para darles forma, se arreglaban techos y los cierres de las casas. Antes del Gobierno Popular, la mayoría cocinábamos con leña o carbón; y ahora muchos compraban cocinas a parafinas o gas, aparecieron las antenas de televisión en techos, se compraba ropa, incluso pasamos de juguetes que nosotros hacíamos a los que ahora compraban nuestros padres.

En Chuquicamata vivía Rosita Sepúlveda, de 18 años; cuando ganó Allende era dirigente estudiantil socialista. Para ella los días de la UP fueron luminosos:

Esa sensación de estar participando en algo muy grande, histórico y que debíamos responder al Programa del Presidente y la UP... Recuerdo imborrable fue estar ahí cuando el comandante en jefe Fidel Castro visitó la zona y me correspondió saludarlo a nombre de los estudiantes del Loa... Salvador Allende se convirtió en presidente siguiendo todas las leyes burguesas, pero era evidente que no permitirían que el pueblo llegara el poder, la única oportunidad que teníamos era defendiendo el proceso, tuvimos la razón, pero no tuvimos la fuerza y el costo fue y es muy alto.

Rafael Méndez, el 11 de septiembre de 1973 tenía 12 años, cumplió tareas políticas en la Jota: “Denunciábamos a los que hacían mercado negro; recuerdo que pasábamos la noche cerca de un almacén de algún momio y vigilábamos si metían mercadería o no, para después denunciarlo por acaparamiento; en ocasiones me quedaba en el local del Partido haciendo vigilancia con gente más adulta, cuidando los locales”.

Cincuenta años del inicio del gobierno de Salvador Allende –1970– derrocado a sus mil días, por la fuerza del brazo armado de la derecha política, las Fuerzas Armadas chilenas. A pesar de eso, el tema militar sigue siendo un tabú para la izquierda chilena. ¿Es posible instalar una discusión al respecto? ¿Seguirá la fuerza siendo materia exclusiva de la derecha en Chile, para usarlas cuando estime conveniente?

La fundamentación teórica del golpe de Estado de 1973, según el Acta Institucional N° 2 (1976) indicó: “las Fuerzas Armadas y de orden en cumplimiento de su deber esencial de resguardar la soberanía de la Nación y los valores superiores y permanentes de la chilenidad a justo y legítimo requerimiento de aquella, asumieron el 11 de septiembre de 1973, la conducción de la República con el fin de preservar la identidad histórica, cultural de la Patria y de reconstruir su grandeza espiritual y material”. Para los militares golpistas, la identidad histórica y cultural de la Patria, así como su grandeza espiritual y material, estaba amenazada por el gobierno de Salvador Allende y se propusieron “salvar el alma nacional”, sin escatimar para ello la violación de los derechos humanos de sus compatriotas.

Nuestro acervo cultural nos indica que aparte de los poderes estatales, el ejecutivo, legislativo y judicial, existen “otros”, no consagrados que históricamente han intervenido en las grandes decisiones del país y estas “intervenciones” han significado grandes tragedias. Nos referimos a los poderes militar, empresarial, eclesiástico y al que nunca aparece ni siquiera mencionado en las Constituciones que nos han regido, el supra poder extranjero, que en este período histórico son los gobiernos de Estados Unidos, de pésimo prontuario en Chile y América Latina.

Cualquier cosa puede pasar en Chile, porque estos poderes, en especial los no consagrados, se consideran con el derecho de proteger sus intereses por sobre la gobernanza de turno. Y que estos poderes así decidan, ya parte también de nuestro acervo cultural; los chilenos somos así, dicen ellos “los decididores”, asumen que siempre hemos sido permisivos, libre albedrío para ellos y consecuencias terribles para nosotros.

En la letra de “La Cantata Santa María de Iquique”, de Luis Advis, se advierte de las masacres sucedidas y las que pueden acontecer en el país: la Matanza de la Escuela Santa María de Iquique, del 21 de diciembre de 1907 por órdenes del presidente Pedro Montt; la Matanza de La Coruña, el 5 de junio de 1925, por mandato del presidente Arturo Alessandri Palma; la Masacre o Levantamiento de Ranquil, en junio y julio de 1934; y la Masacre de la dictadura cívico-militar de Pinochet, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. Y la última, la brutal represión al estallido social de octubre de 2019 bajo la presidencia de Sebastián Piñera.

Ha sido, por tanto, a través de la acción de las armas, que de acuerdo a la Constitución imperante, la “sociedad” coloca en las Fuerzas Armadas y del orden, el método clásico de “protección del alma nacional”, como se han resuelto los conflictos sociales en Chile. La Doctrina Militar institucional ha sido históricamente beligerante con la ciudadanía; asumió que en el seno del pueblo anida el enemigo interno, y las prácticas represivas siempre han beneficiado los intereses políticos y económicos de la clase más pudiente.

Las últimas palabras de Salvador Allende reflejaron ese conocimiento cultural de los golpes y represiones de los poderes fácticos chilenos: “El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse” (discurso del 11 septiembre 1973).

Debíamos estar alertas, no dejarnos provocar ni masacrar, defender las conquistas alcanzadas y el derecho a una vida digna y mejor, que los golpistas estarían en nuestras casas para reconquistar el poder. Eso nos dijo el Presidente. Para sobrevivir en las condiciones impuestas por los golpistas había mucho que aprender y actuar, echar mano al acopio cultural acumulado en años de represión y explotación que incluye, sin lugar a dudas, la ciencia y el arte militar antirrepresivo o popular. Había que cuidar y esconder a tantos perseguidos con la solidaridad que abunda en nosotros. Con la autodefensa para resguardar a las organizaciones políticas y sociales, proteger las escuelas y universidades, defender las conquistas sindicales en los centros de trabajos y vivir con dignidad en las poblaciones. Pasada la resistencia inicial,

había que hacer las cosas bien para mantenernos informados, conocer los alcances de la represión, establecer modalidades de contactos, reuniones, denuncias, mítines, rayados, panfletos, en definitiva, superar la derrota con otros medios. Y lo principal, sacar al tirano del poder.

En los años posteriores, los golpistas aplicaron la represión de forma más selectiva en los centros de trabajo, estudios, en el campo y la ciudad, contra los dirigentes y militantes de la izquierda y el pueblo allendista. Lo anterior provocó que el actuar popular de protesta, nuestro arte militar, se realizara en lugares más confiables y seguros, donde vivíamos; las poblaciones pasaron a ser teatros de operaciones. En ellas se desarrollaban los principales enfrentamientos. El empleo de barricadas era importante, con materiales caseros que se recopilaban mucho antes y en el secreto colectivo de los pobladores. Los cierres de calles defendidos por todos y el empleo de piedras, bombas molotov y “miguelitos” que frenaban la irrupción de las fuerzas represivas. Por lo general este accionar se hacía durante los apagones, la penumbra protegía, pero de igual forma los militares con sus vehículos de guerra penetraban, causando muertos, heridos y detenidos entre los pobladores.

La magnitud, fuerza y variabilidad del accionar en las Jornadas de Protesta entre los años 1983-1986, así como el tipo de participantes y las múltiples organizaciones sociales, estudiantiles, políticas y de grupos de combate sorprendió no solo a la dictadura sino hasta los propios convocantes de las protestas. Fue nuestra estrategia. Se evidenció el acumulado cultural de lucha y experiencia del pueblo chileno. La necesidad creó nuevas formas de organización, grupos de combate, milicias, combinaciones de autodefensa. En esas luchas de resistencia los chilenos fuimos conociendo nuevos tipos de lealtades, las que se crean en la lucha ofensiva, lo que superaba los dolores y frustraciones de los primeros momentos del Golpe, de las primeras luchas defensivas. Este tipo de lucha, las protestas, cambiaron la mentalidad y fue el camino elegido para la construcción de las fuerzas necesarias para las nuevas etapas.

En esta resistencia, los principios del arte militar estuvieron presentes: la instrucción, la iniciativa, la sorpresa, la decisión, el uso acertado de los distintos medios para frenar la represión. La

cooperación y concentración entre fuerzas. La moral, el uso de factores políticos y psicológicos para desmoralizar a los oponentes y romper la voluntad de represión. La seguridad que complementa la sorpresa y el apoyo logístico de carácter permanente. La tradición cultural de auto defensa viene de la época de lucha contra el invasor español, esto se oculta, es poco investigada, pero está latente como respuesta al abuso institucional hasta nuestros días. La resistencia a la dictadura acopió conocimientos y experiencias en el tema militar, y eso fue una conquista teórica y práctica del pueblo, que hoy no se debe olvidar.

Se requiere iniciar o continuar un camino de investigación de la cultura combativa chilena, tal como se ha hecho en lo relacionado con las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura. Así como se han construido, producto de ese esfuerzo, varios museos de derechos humanos, debe haber museos de la memoria combativa del pueblo chileno. ¿Habrá razones para que todavía no existan?

¡Es una guerra! Anunciaron los terroristas de Estado en septiembre de 1973, con el fin de aplastar el ejemplo de la Unidad Popular y de Allende; sus generales, al declararla, tomaron como enemigo a los propios ciudadanos que juraron defender de agresiones externas: el pueblo chileno.

Por estudios y experiencia militar adquirida, es sabido que una guerra debe cumplir tres grandes objetivos:

- I. Destruir las fuerzas enemigas que enfrentan.
- II. Controlar el territorio o teatro de operaciones.
- III. Romper la voluntad de lucha del pueblo atacado, destruyendo su moral combativa.

Esto último es esencial, pues garantiza el triunfo total. ¿Cumplieron esos objetivos estratégicos, los golpistas?

Al margen de que cada objetivo merece un análisis particular, en esta opinión solo generalizaremos. Las fuerzas populares que ayer apoyaron y defendieron a Allende, a pesar de la desigualdad de fuerzas y medios, fueron destruidas; las que luego enfrentaron la dictadura

también. Los militares controlaron rápidamente el territorio nacional. Pero, repetimos la pregunta ¿destruyeron la voluntad de lucha? ¿La moral combativa fue aplastada? ¿Todos los combatientes perseguidos, apresados, relegados, expulsados del país, renegaron de sus ideas? ¿El pueblo chileno olvidó a Salvador Allende y su sueño socialista? ¿Son historias olvidadas las vidas de Miguel Enríquez, Raúl Pellegrín, y tantos otros héroes del pueblo chileno?

A pesar del terror impuesto en esos años de dictadura, y la posterior denegación de justicia, por la decisión de Patricio Aylwin de implementar su doctrina de juzgar en la medida de lo posible a los criminales violadores de DDHH, de Eduardo Frei de salvar de la justicia internacional al dictador preso en Londres, o del deseo de dejar que las instituciones funcionen de Ricardo Lagos, circunscribiendo los crímenes a responsabilidades individuales y no a doctrinas institucionales, y a pesar de la “Transición Democrática” que explica el estado de injusticia y corrupción que vivimos en nuestros días, ¿Perdimos nuestra voluntad de lucha los chilenos?

No, rotundamente no. Prueba de ello es que jóvenes como Rafael, Gastón, Ismael, y muchachas como Maira, Rosita y Beatriz, y muchos más, se transformaron en combatientes, aprendieron el oficio militar e hicieron su aporte luego en la lucha contra la dictadura que derrocó al gobierno legítimo de Salvador Allende. Las historias de esos muchachos y muchachas que vibraron con las tareas que les demandaba la Unidad Popular y sus partidos, son aún desconocidas. Rafael, Mayra y Beatriz fueron guerrilleros y actores directos del triunfo de la Revolución Sandinista en 1979; Rosita, Gastón e Ismael contribuyeron a la defensa de esa Revolución cuando fue atacada por los contras y el imperialismo estadounidense; entraron finalmente a Chile aportando junto a los mayoritarios que nunca salieron de Chile, en los combates antidictatoriales. No se puede perder lo aprendido, el “estado del arte” alcanzado sirve para el presente y futuro. De ello es destacable reivindicar la memoria de los combatientes como un deber permanente. Siempre debe haber una mirada estratégica en la lucha revolucionaria. La unidad de los combatientes y el pueblo debe ser monolítica. El

sectarismo es nefasto como método de formación y práctica política y el proceso de acumular ideas nuevas y fuerzas no termina nunca.

No, definitivamente, los golpistas nunca destruyeron la voluntad de lucha del pueblo chileno. El estallido de octubre de 2019 es la prueba palpable. La semilla estaba sembrada y brota nuevamente en la juventud combatiente.



Internacionalistas en Nicaragua durante el acto de solidaridad con Chile. Escuela Militar Carlos Agüero del Ejército Popular Sandinista, septiembre 1979.

De izquierda a derecha, segundo, de rodillas, Raúl Pellegrín, futuro jefe del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y de pie, octava posición el autor del texto.

Fuente: autor.

La vida de un Cordón Industrial

Miguel Silva

En estas páginas veremos cómo funcionaba el Cordón Cerrillos-Maipú, sus logros y limitaciones. En fin, dar respuesta a la pregunta ¿cómo era el Cordón Cerrillos? Pero también veremos cómo reaccionó el Cordón Vicuña Mackenna a los acontecimientos de los mil días de la Unidad Popular (UP).

En la comuna de Maipú laboraban alrededor de 46 mil trabajadores en unas 250 industrias de las más dinámicas: fibras textiles, aluminios, línea blanca, neumáticos, vidrios, manufactura de cobre y el centro de distribución de combustible para la capital. Las 16 empresas textiles y las 77 empresas metalúrgicas, conformaban más del 50% de empresas que poseían sindicatos. Además, una quinta parte de los sindicatos de la comuna eran nuevos, formados recién en 1971 y 1972 (Silva, 2020).

Se registró un total de 63 huelgas en 1972, de las cuales 55 correspondieron al sector industrial y 8 al sector rural. De esas huelgas, solo 3 fueron legales. Eran largas y participaron en ellas 6.341 obreros y 3.154 empleados. Casi la mitad de los trabajadores vivían en otras comunas, entonces lo que ocurría dentro de la comuna podía ser

transmitido hacia afuera (Cordero, Sader y Threlfall, 1973). Sin embargo, donde residían más empleados, trabajaban muchos obreros. Quizás así podamos entender mejor el hecho de que al concentrar una gran masa de trabajadores, el Partido Nacional (PN) logró tener una base muy poderosa y que la alianza PN-Democracia Cristiana (DC) eligiera como alcalde a un militante demócratacristiano.

En lo que al sector agrícola se refiere, las comunas de Maipú y Barrancas proveían el 70% de las hortalizas que consumía Santiago, siendo la fertilidad de sus suelos una de las más altas del país. Pero la explotación de los trabajadores temporeros enriquecía a una multitud de intermediarios. Por su parte, los campesinos del área reformada se veían obligados a “vender en verde” –es decir, que vendían la cosecha en el momento en que la sembraban– con el fin de conseguir el dinero necesario para semillas y fertilizantes. De este modo, en el momento de la cosecha los precios del mercado eran mucho más elevados.

En 1968 hubo 43 huelgas en Melipilla, zona agrícola cercana a Maipú; en 1969 hubo 53 y una movilización culminó con una marcha a pie a Santiago y con 14 tomas de fundo. Se formó “Campesinos al Poder”, una federación campesina escindida de otra ligada a la DC.

Para los campesinos de Melipilla la colusión de los jueces con los terratenientes no es una cuestión teórica; la han visto con sus ojos y sufrido en su pellejo. Más de 120 campesinos detenidos, lanzados a los caminos con sus familias, atropellados y escarnecidos por el magistrado local, Hugo Olate. Hasta que el 9 de mayo de 1972, saturados de abusos, no pueden esperar más e invaden el local del Juzgado, patean las puertas y sacuden las murallas, mientras el magistrado se refugia tembloroso en una oficina cerrada con llave y tranca (*Chile Hoy*, 29, 29/12/73).

La gran utilización agrícola del suelo tenía en parte como causa el hecho de que no hubiera tantos campamentos dentro de la comuna. Cerrillos-Maipú y el campo cercano conformaron entonces, un área

de gran concentración de trabajadores de la ciudad y el campo con una historia de lucha.

El nacimiento del Cordón

El Cordón Cerrillos-Maipú nació de las reivindicaciones locales de la comuna, como por ejemplo las demandas por locomoción colectiva, consultorios médicos, hospitales y viviendas permanentes. Se gestó, a principios de abril del año 1972, una movilización que culminó con una gran reunión abierta destinada a la discusión del problema de la locomoción. Se hicieron presentes los pobladores de varios campamentos y Juntas Vecinas, incluso algunas controladas por la DC. Asimismo, hicieron acto de presencia el regidor del Partido Socialista (PS) por la Municipalidad de Maipú, dirigentes de la DC en representación del alcalde e incluso unos miembros del Frente Nacionalista Patria y Libertad (PL), grupo paramilitar fascista. Se trataba de una reivindicación poblacional elemental, y por ello, muy amplia.

Los que impulsaron la reunión fueron cuadros obreros del PS actuando en calidad de pobladores residentes de la Comuna. Se planteaba además, ir trabajando hacia el logro de lo que se llamó un Cabildo Abierto, en el cual se efectuaría la articulación entre obreros, pobladores y campesinos de la Comuna. El mismo día que tuvo lugar la movilización, se realizó una primera reunión y de allí surgieron tres comisiones –salud, vivienda y locomoción– con el fin de prepararse para el Cabildo. El propio alcalde había comprometido su asistencia para tal ocasión.

El día en que se llevó a efecto el Cabildo, contó con una participación efectiva de 300 a 400 personas; unos cien pobladores del campamento “El Despertar de Maipú”, el sindicato campesino “La Rinconada de Maipú”, más sindicatos y grupos de trabajadores de diversas industrias. En un categórico rechazo a la Municipalidad como institución y a la persona del alcalde de la DC –quien no asistió– se

planteó la necesidad de instaurar en su reemplazo un poder paralelo a la Municipalidad, un “Comando” Comunal.

Se acordó igualmente que todos los presentes impulsarían su formación en las organizaciones de base respectivas: Juntas de Vecinos, Centros de Madres y las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP). De esa forma un Consejo local de Salud logró incorporar alrededor de treinta sindicatos. También se lograron mejoras parciales en el problema de la locomoción y los pobladores lograron que las autoridades se acercaran a los campamentos para conocer sus problemas.

En este contexto surgió el Comando Coordinador de los Trabajadores. El detonador fue la concomitancia de las luchas en tres industrias por el ingreso al “Área de Propiedad Social”, área estatal de la economía. Influyó también el darse cuenta que las tramitaciones a que eran sometidos pliegos de peticiones, provenían de las negociaciones políticas entre la UP con la DC que continuaban hasta fines del mes de julio. Tras estas motivaciones, cobraba fuerza la idea de organización y movilización “desde abajo”, es decir, organización sin burocracia y límites impuestos desde “arriba”.

El sector izquierdista del PS necesitaba, en ese momento, concretar una alternativa “revolucionaria” frente a las propuestas de repliegue y negociaciones del gobierno de la UP y del PC surgidas del cónclave de Lo Curro del mes de mayo y pasaría a constituir, al menos en una primera instancia, el elemento impulsor del Comando Coordinador de Trabajadores. Según algunos de sus militantes, querían algo como “la gestación de un poder popular territorial más allá de los sindicatos y partidos políticos” que alcanzara “la superación de las discrepancias tácticas existentes entre los partidos”, el cual tomaría la forma de un consejo comunal de trabajadores basado en el “modelo soviético” (Silva, 2020).

Podemos ver en acción estas distintas políticas en la fábrica industrial CIC (Compañía Industrial de Catres (Cisterna, 2017), donde se enfrentó el día 15 a una huelga legal por pliego de peticiones. El día

17 de junio, se tomó la fábrica para exigir su paso al Área de Propiedad Social.

Los trabajadores de CIC procedieron a la ocupación del local de la industria, luego de votar la huelga a raíz de una discusión del pliego de peticiones y no entendimiento entre los trabajadores del sindicato industrial y la gerencia en los puntos que se solicitaban.

Los trabajadores de la sección mueblería, donde había mayoría socialista, querían lograr la intervención de CIC y el paso de esta industria al Área de Propiedad Social.

Por otro lado, la sección metalúrgica, donde existía mayoría comunista y DC, planteaba que se había elegido un mal método (la toma), que no había que 'apresurar' de manera irresponsable el paso de CIC al Área de Propiedad Social y que los trabajadores aún no estaban preparados para dar el paso.

El día miércoles 21 de junio, triunfó la posición PC-DC –“la batalla de producción”– con 458 votos, en contra se pronunciaron 368 trabajadores (*Punto Final*, 160, 20/6/72).

Dos días antes de esa votación, el día 19, empezó una huelga en Perlak (fábrica de conservas), y otra en Polycron, productora de fibras y algodones sintéticos. Paralelamente, los pobladores tomaron nuevamente el camino en protesta por el problema de la locomoción colectiva. Apedrearon micros y tomaron el puente de La Aguada. Los choferes de las máquinas, por su parte, alegaron falta de repuestos de los vehículos municipales. Solo 10 de los 47 estaban en servicio activo.

Luego, un pequeño grupo de obreros de Perlak, acompañados por algunos trabajadores de las industrias Aluminios El Mono, Polycron y CIC. Se tomaron, el día 22, el Gabinete del Ministerio del Trabajo, lo que provocó un enfrentamiento entre la ministra de Trabajo y un dirigente sindical de Perlak. Peor aún, Patria y Libertad secuestró al padre del Presidente del sindicato Perlak. ¿Qué pasó?

Aproximadamente una semana después, el 28 de junio, la comuna volvió a estremecerse. Esta vez fueron los trabajadores de la Maestranza Maipú quienes acudieron a la huelga en protesta por la mala administración de la empresa y por el retardo de su incorporación al Área de Propiedad Mixta y ocurrieron dos importantes reuniones.

En la primera de ellas, impulsada por los obreros de Perlak, Polycron y Aluminios El Mono, participaron trabajadores de aproximadamente unas diez industrias con el propósito de discutir el problema de las intervenciones y “dar la pelea juntos”. La segunda reunión tuvo lugar al día siguiente y esta vez agrupó a los trabajadores de unas treinta industrias. La asamblea acordó llevar a cabo una toma de los caminos de acceso a la comuna, como una manera de presionar al gobierno por la solución de los diversos conflictos, y principalmente, por el paso al Área de Propiedad Social de Perlak, Polycron y Aluminios El Mono. Partidos de izquierda estaban presentes, pero un dirigente del PC señaló que en su opinión, el mítin iba en contra del gobierno y se retiró. Claro, el PC apoyaba la política oficial del gobierno y no cedió a la presión desde abajo.

Fue en esta asamblea donde se constituyó el Comando de Trabajadores de Cerrillos-Maipú. En su Plataforma de Lucha del Comando de Trabajadores se lee que quería apoyar al gobierno y al presidente Allende, expropiar las empresas monopólicas, pero también instalar el control obrero de la producción a través de consejos de delegados revocables por la base (*Chile Hoy*, 5, 14/7/72).

De acuerdo a lo decidido en la asamblea del día anterior, el 30 de junio se procedió a la toma de caminos en los diversos puntos neurálgicos de la comuna. Participantes en la acción distribuyeron volantes para estimular la realización de asambleas e incorporar la mayor cantidad de organizaciones en las discusiones. A las 15 horas llegaron a la toma el Intendente de Santiago, el Subsecretario del Trabajo y tres miembros del Comité Central del PS, y tres horas más tarde se hizo presente el mismo ministro de Economía, Carlos Matus quién vino con el Decreto de requisición de Perlak en la mano y anunció

también la decisión de intervenir Aluminios El Mono y Polycron durante el transcurso de la semana. ¡Parecía una victoria!

Sin embargo, el Comando de Trabajadores decidió efectuar otra gran manifestación de protesta el día 12 de julio debido a las nuevas tramitaciones a que eran sometidos, como repudio al Poder Judicial y al Parlamento y en solidaridad con los campesinos de Melipilla en conflicto. Ese mismo día, los trabajadores de la Federación de Trabajadores de Conserva (FETECO) se tomaron cinco fábricas de conservas... pero como respuesta, la Ministra del Trabajo desconoció la personalidad jurídica de la Federación.

El Comando de Trabajadores y el paro de los camioneros

Sin embargo, luego de meses de mucha acción, el Comando de Trabajadores se desactivó. A fines de septiembre, una reunión para enfrentar los problemas relacionados con la intervención de Maestranza Cerrillos no logró reunir a más de seis industrias. En ella se hicieron duras críticas al PS y su directiva ordenó el retiro del partido del Comando de Trabajadores. Es decir, la presión ejercida por su partido y el gobierno era más fuerte que su adhesión al Comando.

Sin embargo, el Comando logró reunirse nuevamente el día 3 de octubre a raíz de las tramitaciones sufridas por Calvo, industria que comenzó una huelga ese mismo día. Miles de trabajadores de Maipú desfilaron en una ruidosa manifestación que se concentró finalmente entre las calles Teatinos y Morandé en el centro de Santiago. Exigían el paso de la fábrica de calzados Bata y Calvo al Área de Propiedad Social.

A las 10 de la mañana dichos trabajadores en gran número, tripulando camiones pesados, llegaron hasta el centro de la ciudad y se estacionaron frente a la Plaza de la Libertad obstaculizando el movimiento de vehículos en la Alameda que se dirigían a Estación Central. (En un comunicado) dicen 'los reaccionarios encontraron una

nueva artimaña para sabotear las intervenciones disolviendo las empresas intervenidas y creando de inmediato otras nuevas. De esta forma, eliminaron la participación de los obreros en la dirección y administración, y al mismo tiempo traspasaron a las nuevas empresas las máquinas y el capital, lo que escapa al control obrero... Tal es el caso de Miguel Calvo y Cía. Ltda.' (*La Tercera*, 5/10/72).

Se decidió, tras varias reuniones del Comando, efectuar una nueva toma solidaria en la comuna, la cual no llegó a materializarse por cuanto se inicia ese momento el paro de los camioneros contra los planes del gobierno de cambiar el sistema de transportes. En un intento de controlar –por lo menos un poco– el sistema de transporte, el gobierno había puesto un plan de crear una empresa estatal del transporte en la zona de Aysén. El gremio de los camioneros, tanto local como nacional, se opuso a la medida y se organizó para salir en paro el día 10 de octubre de 1972. Pocos días después, la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) acordaba instruir a los industriales a paralizar sus actividades.

Durante los días de paro, los pequeños partidos de la izquierda revolucionaria presentes en Cerrillos-Maipú, intentaron dar mayor organicidad al Comando de Trabajadores, eligiendo para ello una Directiva Provisoria, conformada por activistas políticos: uno del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), uno del PS, uno del Partido Comunista Bandera Roja (PC-BR) y uno del Partido Comunista Revolucionario (PCR). Sin embargo, una asamblea realizada el día 17, contó con la asistencia de solo 6 sindicatos, aunque fue durante este período del otoño del año que el Comando de Trabajadores asumía el nombre del Cordón Cerrillos-Maipú. A su vez, donde los ejecutivos o patrones adhirieron al paro, los obreros ocuparon las plantas y mantuvieron la producción bajo su dirección. Tenían el apoyo de los partidos del gobierno.

Se produjeron movilizaciones de los trabajadores con el fin de abrir el comercio que había cerrado sus puertas y de tomarse los camiones paralizados, pero Maipú aportó muy poco a nuevas formas de

distribución. En Sumar (textiles) se procedió a la requisición de dos camiones; en Fantuzzi (industrial) se organizó la distribución de comida, y en Perlak (alimentos), los trabajadores crearon un caldo especial para niños, elaborado por técnicos del Servicio Nacional de Salud (SNS) y en máquinas acondicionadas con la ayuda de las fábricas del Cordón. Mientras, Polycron vendía confort en una feria popular (*Chile Hoy*, 20, 27/10/72; *Punto Final*, 170).

Mientras tanto, en una reunión organizada por la CUT provincial para discutir las elecciones, la delegación del Cordón Cerrillos-Maipú propuso la no devolución de empresas intervenidas y los obreros de la empresa Calvo y ofrecieron 50 camiones de la planta –en ese momento en sus manos– para enfrentar el paro camionero.

En fin, durante el paro de octubre quedó demostrado que la capacidad del Comando-Cordón era todavía muy limitada. Sin embargo, en una u otra forma, la mayoría de las empresas tomadas seguían en manos de sus trabajadores. Además, en la comuna se registraron solamente tres huelgas en noviembre y ninguna en diciembre.

Mientras tanto, no tan lejos de Cerrillos, el vuelco de la confianza que provocó el paro de los camioneros se expresaba en la coordinación poco usual de solidaridad. Por ejemplo, el Sindicato Único de Trabajadores de Textil Progreso entregaba la siguiente declaración pública:

1°. Solidarizamos con la huelga que sostienen los compañeros trabajadores de la Industria “Vidrios Lirquén” por considerar que sus peticiones son justas, ya que van en beneficio directo de los trabajadores.

2°. Solicitamos enérgicamente que las autoridades de Gobierno den una pronta solución a este conflicto acaecido una vez más por intransigencia patronal... (*El Siglo*, 13/8/72).

Escuchamos a uno de los dirigentes del Cordón Vicuña Mackenna, Mario Olivares, de Muebles Easton. Él nos da su versión acerca de la formación del Cordón donde trabajaba:

El Cordón Vicuña Mackenna surge como una necesidad y expresión de los trabajadores, yo diría que fundamentalmente a partir de la crisis de octubre. Surge como la necesidad de expresarse los sectores revolucionarios del movimiento del sector Vicuña Mackenna. Y eso tiene que ver con una diferencia más que táctica, más bien estratégica, porque los sectores sindicales PC se plantearon que la tarea del momento era cumplir las cuarenta medidas que era el programa del gobierno popular y no pasar más allá de eso. Y lo otro era ganar la batalla de la producción y la disciplina. De lo que se trataba era que una vez que avanzáramos a cumplir las cuarenta medidas, hasta allí llegaba el proceso de avance hacia el socialismo; y había que asegurar la producción y distribución para todo el país.

Por nuestro lado, cómo avanzar creando las medidas para una sociedad realmente socialista. Esto pasa por profundizar el enfrentamiento con la burguesía para ir creando un poder popular como en la producción y la distribución...

Se llamó la primera convocatoria, si lo recuerdo bien, en el sindicato de Elecmetal, en donde se convoca a todos los dirigentes sindicales revolucionarios que están por esa posición de avanzar hacia el socialismo. No eran delegados, sino dirigentes sindicales revolucionarios. Y de allí, los sectores reformistas nos acusaron a nosotros de intentar romper la unidad del proceso etc. Las primeras reuniones eran de 30 o 40 sindicatos.

De hecho, en la dirección del Cordón se iba alternando el poder entre las manos del MIR y el PS; la idea fue que todos los dirigentes del cordón fueran accediendo a la dirección para evitar la burocracia. Entonces, había un acuerdo, que por supuesto era político, de alternar la dirección del cordón. Cada dos o tres meses hacíamos el cambio.

Pero lo que pasó fue que en el ampliado del Cordón, todos los delegados eran dirigentes sindicales, delegados de sus sindicatos. En algunos casos elegidos, otros porque eran militantes de tal partido y esa era su posición de ir al Cordón. En el caso mío, fui democráticamente elegido por la asamblea. En esos grandes ampliados se discute ahí las líneas de acción, del quehacer, y llevarlas a las bases para implemen-

tarlas en las propias bases. Recuerdo que en nuestra empresa de 500 trabajadores terminamos a combos. Se dividía. Por un lado, se achoclonaron los comunistas y muchas veces terminamos en puñetazos, discutiendo posiciones. Pero bueno, es la democracia.

Por supuesto había también los cuadros políticos de cada partido, pero no conocía a nadie que fuera dirigente del Cordón que no fuera dirigente sindical (Olivares, comunicación personal, Santiago 1995).

Carlos Mújica, trabajador de la empresa metalúrgica Alusa en el Cordón Vicuña Mackenna, está en acuerdo y desacuerdo con lo anterior:

Es cierto, en ese tiempo trabajamos juntos, porque yo fui mapucista e hicimos una alianza de trabajo con el MIR. E incluso con un sector del PC, que entendía porqué lado había que montar los cañones. O sea, la gente que tenía claridad, había gente muy buena. Algunos de los militantes del PC eran militantes porque el papá es comunista. Entonces, para no tener problemas con el papá, no decían nada al partido.

El cordón fue como el origen de una confederación, o sea antes no se hablaba de una federación. Cuando nace el cordón, había un enlace de todas las empresas, no siendo como una confederación que agrupa todas las textiles, por ejemplo, o los puros molineros. Aquí había una confederación mixta, donde entran todos los viejos, de Alusa, de Luchetti, los metalúrgicos, los de Progreso, IRT, Cincino, Standard Electric.

Entonces había que juntarse y plantear las necesidades de los trabajadores. Eso permitió organizar y también dar apoyo al gobierno en su política de las cuarenta medidas. Pero en los sindicatos no se discutió mucho el asunto nacional, sí en reuniones un poco clandestinas de los dirigentes de los cordones, los dirigentes más avanzados, más políticos de los partidos. Ahí estaban el MIR, MAPU, el PC y el PCR, una cachada de viejos. Se discutía a nivel de dirigentes, no a nivel de base. O sea la base estaba un poco colgada de esta cuestión.

Eran los dirigentes que discutían las cosas. La directiva volvió, sí, pero las reuniones de los sindicatos eran tan largas que los viejos

comenzaban a irse. Cuando llegamos a discutir los asuntos fuertes, quedó al último. Entonces, los viejos, por irse luego a la casa lo aprobaron sin saber lo que estaban aprobando. Se arrancaron un poco con los tarros... (Mujica, comunicación personal, Santiago 1995).

Bueno, el paro provocó el crecimiento de las actividades sindicales de la zona, y del cordón en particular. Mario Olivares da su opinión respecto a esa situación:

Muchas empresas están tomadas por sus trabajadores en contra del paro. Recuerdo que en el área que controlamos tuvimos la capacidad de controlar, vía estos destacamentos. En el Cordón tuvimos expropiadas y tomé parte en eso. Me atrevo a decir por lo menos tuvimos unas 200 máquinas expropiadas. Nos paramos en la calle, yo mismo lo hice, armado, y las llevamos a la empresa para que no paráramos la producción. Donde yo trabajaba, teníamos unas 10 máquinas para el transporte. Y la bencina salió de los medios de la empresa misma.

Los empleados en general trabajaban. En la única empresa donde había enfrentamiento, entre trabajadores y empleados, era en IRT, allí realmente era mayoritaria la DC dentro de los empleados y obreros. Echaron a los obreros que no estaban con ellos. Se produce una toma y los fachos, como los llamamos nosotros, se tomaron la empresa. Era la empresa más conservadora en la zona. En las empresas fuera del sector social, los empresarios se fueron y las empresas fueron reabiertas por los trabajadores y tratamos de hacerlas marchar.

Fue un período corto, trabajamos con las materias primas que quedaban, no más que eso. Después, en muchas empresas privadas, cuando se acabó el paro de octubre, el patrón cuando volvió y para mantener su empresa, se vio en la obligación de acceder a “cogestionar” un poco en algunos aspectos con los trabajadores. Aún así, nosotros tuvimos una experiencia rica como revolucionarios, de cómo construir una sociedad socialista, socializante. Eso fue, que nuestra empresa era de punta, muy moderna, que producía muebles muy bonitos –la estructura interna, por ejemplo, de roble– pero en esta industria el mueble que producía era orientada fundamentalmente a la burguesía del país; bonito, elegante y carísimo.

Por supuesto, los trabajadores que fabricaban esos muebles no tenían acceso a ellos. Entonces, decidimos que, teniendo la empresa en nuestro poder, nosotros definimos un proceso desde el punto de vista económico, y también porque nosotros como revolucionarios queríamos construir el socialismo. Como era improbable que la empresa pasaría al área social porque no estaba contemplada en la lista de la UP, y porque había diferencias dentro de la propia izquierda dentro de la empresa sobre el tema, lo primero que planteamos fue sanear la empresa, porque estaba en mal estado por el desmanejo del viejo dueño, y después dijimos que debería tener la capacidad de subsistir en términos económicos.

Entonces, ¿cómo podemos asegurar eso, con la línea para la burguesía? Pero vamos a tener otra segunda línea de producción, de un mueble bonito, digno y barato para el trabajador: la línea popular. Y eso hicimos.

Además, construimos un casino de autoservicio, servicio de bienestar, un consultorio médico dentro de la empresa para todos los trabajadores y sus familias, una biblioteca maravillosa y comenzamos a trabajar con nuestros hijos dentro de la empresa. Formamos un grupo de teatro, integrando las familias también. En general, eso pasó en muchas empresas estatales e intervenidas (Olivares, comunicación personal, Santiago 1995).

En Alusa, Carlos Mujica dice:

Nosotros, la gente, decidimos tomar la empresa en apoyo del gobierno, pero no hubo sectarismo para echar afuera a los opositores. La gente que quería quedarse se quedó y tomaron posiciones en los puestos claves. Además del interventor, los que tenían posiciones adentro, trabajó muy contenta en toda la intervención Alusa. Incluso había una deuda con una empresa por una máquina que se vendía para procesar materias primas en Alusa y de la intervención sale toda esa deuda. La empresa entregó con ganancias, no fue una de esas donde la gente dice que había robos.

La distribución fue igual como antes. Todo lo que se hacía se vendía a las empresas que compraban la materia prima para sus procesos.

Hacíamos el envoltorio para los alimentos: galletas, sopa, fideos Luchetti, los helados. Entonces, siempre tuvimos los mismos clientes. No hubo una baja, todo lo contrario. En ese tiempo, la gente tenía más poder adquisitivo, entonces por eso había una escasez de cosas. Como Alusa, la gente no podía comprar lo que se hacía ahí, habría que comprarlo a una empresa como Savory, la que tendría que tener maquinaria para envolver. ¿Para qué sirve el papel para envolver helados?

O sea, todo lo que se hizo se entregó a los clientes. No había gerente, pero había un interventor. El presidente del sindicato era el presidente del sindicato, y punto (Mujica, comunicación personal, Santiago 1995).

La devolución de las empresas y el conflicto militante, partido y dirigentes base

Orlando Millas, dirigente del PC, estaba encargado por instrucciones del gobierno y de Salvador Allende, de llevar a cabo la devolución de las empresas tomadas durante el paro de octubre. Pero gran número de los dirigentes de las empresas tomadas eran militantes del PS, dirigentes sindicales de base que también creían en la UP.

Javier Bertín describe las consecuencias prácticas (burocráticas) de este conflicto:

Los representantes de las fábricas en el cordón eran los mismos dirigentes sindicales. El tamaño de las reuniones dependía mucho de la coyuntura, pero ya estamos hablando de 80, 100 personas en su gran mayoría dirigentes; eran casi asambleas. Los dirigentes volvían e informaban de los acuerdos del cordón en sus respectivas asambleas de trabajadores. Y, por supuesto, este informe, esta participación, dependía también de la concepción que tenía el dirigente. *Si el dirigente era burocrático y de vieja cuña, pasaba la información necesaria y nada más. Si era un dirigente con una visión nueva, que realmente era comprometido con la estrategia del poder popular, se preocupaba que todos*

sus compañeros estuvieran lo más ampliamente informados posible sobre lo que el cordón había hecho (Bertín, comunicación personal, Santiago 1996).

Guillermo Rodríguez, también del MIR Cerrillos, tomando en cuenta que el presidente del Comando-Cordón era Hernán Ortega, interventor de Fantuzzi y Enrique Ramírez dirigente del seccional del PS, agrega que:

En la etapa de mayor concurrencia, simplemente las asambleas funcionaban de acuerdo al Presidente [quien previamente tenía trazado sus objetivos a alcanzar en la asamblea, junto a su fracción de Partido (PS)] y las restantes fuerzas políticas o activistas trataban de “meter” algún punto a discutir a como diera lugar, originándose muchos conflictos porque la “máquina” del PS o de quien fuera el conductor del Frente específico, impedía la discusión vía manipulaciones (Rodríguez, comunicación personal, Santiago 1997).

A nivel nacional, el Secretario General del Gobierno (PS) declaró que en las discusiones internas del Comité Central del PS, realizadas en el mes de noviembre, se había concluido que los comandos comunales “deberían ser presididos por el Intendente, el Gobernador o el Subdelegado”, para “robustecer” (es decir, controlar) la organización del pueblo en su misma base. Sin embargo, a pesar de todas estas presiones, el Cordón Cerrillos respondió a la presión de trabajadores de las empresas tomadas y rechazó con fuerza la devolución de estas propuestas al Plan Millas.

El día 25 de enero de 1973 se levantaron barricadas en Cerrillos con la participación de trabajadores de muchas empresas del Cordón; exigían el traspaso de varias empresas al área social. La composición de la “directiva provisoria” del Cordón se nota en el tono “analítico” (y el largo) de su documento el día 30 de enero (*Tarea Urgente*, Nº 1, 16/2/1973). En esa misma publicación, el Cordón Vicuña Mackenna confirma que:

En Asamblea celebrada el lunes 29 de enero, hemos resuelto lo siguiente:

1. No devolver ninguna empresa requisada o intervenida con motivo del paro nacional de octubre.
2. Rechazo unánime al proyecto denominado “Proyecto Millas” por no expresar el verdadero pensamiento de los trabajadores y contribuir a detener el proceso revolucionario que nos conduzca al socialismo.
3. Exigir que los autores de dicho proyecto expliquen a los trabajadores las intenciones con que fue planteado y que asuman la responsabilidad política e histórica que ello significa... (*Tarea Urgente*, No 1, 16/2/1973).

El mismo día 30, los Cordones Cerrillos, Vicuña Mackenna, Ñuñoa-Macul, más obreros de la construcción, se manifestaron frente a La Moneda en contra de la política conciliadora del nuevo gabinete; conversaron con Allende. Enrique Ramírez estaba en la reunión:

Yo estaba en la reunión con Allende cuando invitó a los dirigentes sindicales de Maipú-Cerrillos a La Moneda para plantear la situación de los cordones. Allende, recuerdo, hablaba de la gran crisis del cobre, problemas económicos internacionales, la situación del boicot y la gente hablaba que ellos querían una respuesta diferente. Bueno, cuando fuimos a plantear los temas, Ortega habló primero y Allende lo trató como infiltrado, que no teníamos nada que ver con el PS; hubo una discusión bastante dura (Ramírez, comunicación personal, Santiago 1996).

Distribución y producción

El paro de octubre subrayó que la distribución de los bienes no estaba bajo el control del gobierno. Sin embargo, en un intento de no provocar a la DC puesto que existían posibilidades de acuerdo con ella, el gobierno no quería presionar para tomar control de esa distribución. Sergio Juárez, el nuevo gerente general de la distribuidora

estatal Agencias Graham, estaba sujeto a estrictos límites respecto a lo que podía hacer:

Nosotros, una empresa del estado, de propiedad de todos los chilenos, íbamos a distribuir los uniformes escolares. Sin embargo, a pocos días que se iniciara su comercialización, por resolución del general Bachelet (de la Dirección Nacional de Consumo, DINAC), se nos señaló que los uniformes serían distribuidos por la Cámara de Vestuario, una asociación privada patronal (*La Tercera*, 2/4/73).

Se confirmaba este tipo de problemas en Perlak:

El general Bachelet (de DINAC) nos dijo a los dirigentes que no debíamos entregar los productos a (Agencias) Graham. Nosotros íbamos a tener materias primas *siempre que* otorgáramos a DINAC, informó Santos Romeo de Perlak (*Punto Final*, 181, 10/4/73).

Fue durante esos primeros días de abril que los trabajadores de Prodinsa y Sylleros –industrias de Cerrillos productoras de cables de hierro, que mantenían una huelga por 26 días exigiendo la requisición de la fábrica y un aumento en sus sueldos– procedieron a levantar barricadas que ubicaron en el camino Santiago-San Antonio.

Última Hora conversó con el presidente del Sindicato Industrial Copihue quien explicó: “Nosotros como trabajadores estamos con el Gobierno Popular y su programa. Resguardamos su cumplimiento, pero cuando somos tramitados largamente y nadie da un corte a nuestros problemas, nos movilizamos para reclamar un poquito de atención” (*Última Hora*, 7/4/73).

Una asamblea de cordones realizada en Fantuzzi, resolvió organizar una manifestación de apoyo. Dirigentes del cordón fueron recibidos por el Ministro del Interior, quien anunció la requisición inmediata de Sylleros. Esa noche, Hernán Ortega del Cordón Cerrillos, declaró una gran victoria para los trabajadores (*El Mercurio*, 6/4/73; *La Tercera*, 6/4/73).

Mientras tanto, Salvador Allende se dirigía al país por cadena nacional para denunciar “la determinación de un sector de trabajadores

y pobladores para llevar adelante una escalada destinada a tomar algunas industrias, algunas empresas, fundamentalmente las distribuidoras estatales y privadas” (Silva, 2020).

Escuchemos una discusión entre trabajadores y campesinos del Cordón Cerrillos sobre las frustraciones que sentían. El encargado de la Comisión de Distribución de Perlak, carpeta en mano, agregaba:

A Agencias Graham le entregamos mensualmente, en salsas de tomate, un millón cien mil unidades, y esas no se ven... en sopas, incluyendo las de guagua, le pasamos 42 mil 900 unidades y no vemos nada de eso en las poblaciones.

Y les voy a contar, compañeros, que la semana pasada un compañero inspector de la empresa pudo constatar cómo se le entregaba una caja de salsas a un pequeño comerciante a nada menos que 2.500 escudos. ¿Y saben a cuánto sale de aquí? A 550 compañeros.

Un agricultor pidió la palabra:

A los trabajadores nos interesa entregar la producción a nuestros hermanos de clase; nos interesa producir más, pero no para que se lo lleven los ricos, no para el mercado ilegal, no para las señoras del barrio alto...

Aquí compañeros, debemos ver bien una cosa; las distribuidoras que el Estado controla no tienen más de un 25 o 30% de la distribución en general, donde se están vaciando los esfuerzos de los obreros y campesinos... Entonces compañeros, falta la segunda pata, falta expropiar más... (*Chile Hoy*, 48, 11/5/73).

Mario Olivares describe la situación que conoció en Vicuña Mackenna...

Hay un problema de desabastecimiento y de mercado ilegal; nosotros tenemos que ser capaces de garantizar a la gente que no le falten sus cuestiones básicas y de ahí surgió una feria de todas las empresas intervenidas o estatizadas para exponer sus productos. Era una feria abierta, la hacíamos en Vicuña Mackenna con Miguel León Prado los

días sábado. Todas las empresas vendían casi a precio de costo, como una manera de combatir el mercado ilegal y el desabastecimiento.

Sin embargo, casi no logramos organizar la distribución, fue muy incipiente. Pero básicamente lo que se logró al asegurar las necesidades del trabajador fue que en cada empresa intervenida o del área social, los trabajadores formaran un “economato”. Y después se comenzó a producir para cubrir las necesidades básicas de los trabajadores de la empresa. Era un intercambio, un cambalache, cambiamos marquesas por fideos de Luchetti, cosas de ese tipo, pero no fue nada más que eso, cosas muy embrionarias. Otra cosa; si la empresa era más o menos bien administrada, la empresa pagaba los sueldos. Pero si en la empresa se había dejado la escoba, derechamente el estado estaba cubriendo para mantener los sueldos del trabajador.

Nosotros hablamos del poder total del trabajador en todos los niveles, pero en la realidad era un discurso no más, agitativo, porque nunca tuvimos claro en términos concretos, la forma de tener la gestión, la producción y la administración de la empresa. Nunca tuvimos una cuestión elaborada (Olivares, comunicación personal, Santiago 1995).

Carlos Mujica de Alusa, agrega:

Recuerdo que aquí en el canal podía ver el pescado, la pasta de dientes, el pollo y en los almacenes no vienen. A Codina, el distribuidor de alimentos, llegaba un camión grande y compraba de todos los viejos los productos que tenían para abastecer a la población. Gastaban unos 30 mil pesos y llegaba el gallo del camión y ofrece 200 mil pesos y compra todo. Entonces, había escasez de alimentos. Eso también el cordón intentó controlar. También organizamos un economato adentro. A través de Codina, que fue la distribuidora, se compraban cosas, tantos kilos de azúcar, té. Y sobre Luchetti, después de la intervención, fuimos a decir que somos 300 y necesitamos 1.600 kilos de fideos por decirlo, como una cooperativa (Mujica, comunicación personal, Santiago 1995).

Quedó claro que para ganar el control sobre la distribución sería necesario tomar el control de predios y empresas. En fin, la presión que ejercía el gobierno y los partidos de la UP ya no bastaba para convencer a sus bases que debían disciplinarse. Es más, la victoria de la UP en las elecciones de marzo parecía probar que más radical, mejor. En junio, los trabajadores se tomaron el local de un antiguo matadero municipal. Los campesinos de los Centros de Reforma Agraria (CERA) llevan la leche y toda la producción chacarera y se vende allí, directamente a los pobladores. Los compañeros de las JAP y de las otras organizaciones poblacionales se encargan de la distribución de todo el abastecimiento que llegaba.

El ministro de Agricultura, Pedro Hidalgo, se hizo presente al día siguiente de la toma y se reunió con la directiva del Consejo Campesino y del Cordón, en la industria Perlak. Firmaron allí un acta de acuerdo que fue dada a conocer esa noche en una asamblea general, en presencia del encargado del Ministerio de Agricultura, Alfredo Páez. Las medidas adoptadas con el Ministerio contemplan la toma de posesión de los fundos expropiados anteriormente por la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) y la expropiación de los otros al plazo más breve.

En fin, ya estaba claro que los cordones tenían poder. Incluso...

Los cordones industriales Vicuña Mackenna y Cerrillos, a través de un acuerdo con el Servicio Nacional de Salud, lograron que hasta las industrias del área social intervenidas o requisadas, llegaran equipos de dentistas, a prestar atención a los trabajadores.

Desde hace más de un mes, tres equipos de jóvenes dentistas han estado prestando sus servicios en las industrias Fantuzzi y CINTAC (*Última Hora*, 25/6/73).

El Tanquetazo. La reacción del Cordón Cerrillos

Como ensayo de golpe, el teniente coronel Souper organizó la sublevación de su regimiento blindado a fines de junio. Santos Romero de Perlak cuenta que:

A las nueve y veinticinco minutos del viernes 29, un primer comunicado señalaba que habría que concentrarse en las fábricas y tomarlas, controlar y requisar alimentos, medicinas, combustible y vehículos. Y enviar un delegado a la “central” del cordón.

A los pocos minutos de este instructivo, la totalidad de las industrias del sector eran ocupadas por los trabajadores. Se requisaban decenas de vehículos y de inmediato se organizaban las guardias, comités y brigadas.

El consejo Comunal Campesino de Maipú ocupó todos los fundos; cortó los caminos y abastecimiento a los intermediarios, entregando exclusivamente al mercado popular de la comuna que desde hace algunas semanas permanecía bajo el control de los pobladores. Los campesinos requisaron vehículos y se pusieron bajo los órdenes del Comando Central del Cordón Cerrillos.

En otros comunicados, el cordón acató una decisión de la CUT de marchar al centro de Santiago (*Chile Hoy*, 61, 10/8/73).

De hecho, la CUT ordenó la toma de las industrias, pero luego planteó la devolución de algunas de ellas. Javier Bertín (comunicación personal, Santiago 1996) recuerda:

Llegado el Tanquetazo, tenemos una situación e incluso un Ortega radicalizado y con un sector del PC, radicalizado también. Entonces, se reúne el cordón, creo que fue en Cobre Cerrillos, y se empieza a discutir el plan de movilización para resistir el Tanquetazo.

El compañero (operativo MIR) llevaba listas; se propone un comité encargado de operaciones, otro de comunicaciones, etc.; se propone una estructura político-militar y los dirigentes lo recogieron de inmediato. Fue bonito porque en ese momento había unidad, confianza. Obviamente se cuotea, porque todo en ese momento era cuo-

teado, entonces, en todas estas instancias, comunicaciones, logística había de todo compartido y entre las diversas fábricas.

Enrique Ramírez cuenta que:

Yo trabajaba en la industria CIC y el día del Tanquetazo se hizo una asamblea, se tomó la industria y fui elegido como delegado de la industria. Toda la gente llama a Fantuzzi donde Ortega era interventor y se organiza la respuesta... la toma inmediata de todas las industrias de Maipú-Cerrillos, lo que se realizó en todas las empresas. Pero después, una vez que termina el problema en la mañana, toda la tarde hubo una asamblea de delegados y de gente que llegó de todas partes para discutir cual era la respuesta concreta.

En esa reunión de 400 personas se discutió la respuesta que fue la toma prolongada de industrias y junto con los trabajadores, la toma de los fundos de Maipú, una cosa inédita que brigadas de trabajadores fueran y apoyaran al movimiento campesino (Ramírez, comunicación personal, Santiago 1996).

Así se vivía la situación en Vicuña Mackenna, según Mario Olivares...

Cuando se produce el Tanquetazo del 29 de junio, allí tuvimos una capacidad de respuesta muy grande. Yo estaba encargado de un destacamento de 50 trabajadores armados de la empresa, de varios partidos, incluso del PC. En la brigada de nosotros, había gente de todo. Del PC había un viejo que creo era campeón latinoamericano de levantamiento de pesas, una bestia.

Yo puedo hablar del Cordón donde estaba. Nosotros tomamos todas las empresas del área. Controlamos absolutamente todo. Había directrices tomadas de antes, porque era obvio lo que iba a pasar tarde o temprano. En ese marco, tanto en la dirección del cordón como en el ampliado, ya se habían definido los pasos a seguir. Y esto a su vez se había llevado y discutido dentro de cada sindicato y todos sabíamos qué hacer. El Cordón tenía relaciones con la mayoría de las empresas del sector, incluso con el área social...

No solo controlamos la zona, desde Avenida Matta hasta Agrícola, sino avanzamos hacia el centro por la tarde... Había un paso importante en esos días, porque sin decirlo, el PC empieza a hacerse parte del Cordón. Pero no me cabe ninguna duda que había una instrucción a sus cuadros sindicales. Pero nunca lo dijo públicamente. Por una parte, seguían atacando lo que llamaban el “ultraizquierdismo”, pero por otra, había bajado su tono, su dureza.

De hecho, las bases del PC empiezan a participar activamente desde el paro de octubre en el Cordón. Hay gente que llegó sin comunicarse con el partido, que la opción que tomaban era de ellos. Por supuesto, que pasaron por control de cuadros o algo similar, pero muchos sectores comenzaron a acercarse, algunos con complicidad de la dirección local del partido, por lo menos.

Bueno, de hecho, la CUT zonal virtualmente desaparece, existe solo en el papel no más, pero no tiene ninguna expresión, porque mayoritariamente los trabajadores son parte del Cordón (Olivares, comunicación personal, Santiago 1995).

Los trabajadores discutían, pero también ponían atención a los discursos de los dirigentes “políticos” como Carlos Altamirano. En una reunión después del Tanquetazo en la fábrica Elecmetal del cordón Vicuña Mackenna, Hernán Ortega conversaba con Altamirano y un trabajador socialista de base dijo:

Resulta que si sabemos que somos los más claros (los socialistas), tenemos entonces la posibilidad de orientar a la masa compañero, y eso depende de que seamos fuertes, enérgicos... Porque aquí ya hay payasadas que no sirven para nada, como el cuoteo y esas otras cosas... Que nos den la autoridad para incentivar aquí, en la base, esta necesidad de tomar el poder. Porque eso es lo que ya está claro.

Los trabajadores vamos a decir no a la devolución (de las empresas tomadas el día 29), y nosotros, consecuentes con la clase, vamos a tener que estar al lado de la clase y decir: no, no la vamos a entregar.

Entonces, hasta dónde el Partido va a ser capaz de tomar decisiones, de decirle al Gobierno que también respalde nuestras posiciones (*Última Hora*, 14/7/73).

En la práctica, “no a la devolución” impulsó un enorme movimiento en contra de la derecha y de la devolución de las industrias tomadas que exigía el gobierno. Primero en Cerrillos, el día 18 de julio y luego en Vicuña Mackenna al día siguiente, los cordones mostraron un aumento notable en su poder de convocatoria:

Las barricadas se levantaron primero en Cordón Cerrillos. El miércoles 18, más de 5 mil obreros, apoyados por el Consejo Comunal de Maipú, ocuparon la comuna...

A las 10.30 de la mañana los trabajadores detuvieron sus labores, movilizándose hacia la Plaza Buzeta. Allí repudiaron los desalojos y exigieron que las 12 industrias que se encontraban tomadas en Maipú, además del resto del país, pasen al área social.

Las barricadas con toma de camino se prolongaron hasta las cinco de la tarde (*Chile Hoy*, 59, 27/7/73).

Al día siguiente, el jueves 19, se reunieron con representantes del gobierno para definir la intervención y la no-devolución (fue solucionada la intervención de cinco fábricas). Pero ese mismo día, el Directorio de la CUT señaló que:

La CUT rechaza (además), explícitamente, el anunciado intento de provocar un paro con tomas en algunas industrias, pues este no obedece a ningún acuerdo actual emanado de nuestra organización (*De Frente*, 27/7/73).

Parecía que, por un momento, el gobierno y la CUT habían perdido el control y que los cordones tenían más poder que el parlamento. Sin embargo, luego, en agosto, todos los cordones perdieron su dinámica; sabían que ya venían los ataques de la derecha, pero no sabían cómo reaccionar frente a la inactividad del gobierno. Ya conocemos las consecuencias.

Referencias

Cisterna, E. (2017). “La historia de los cordones industriales vive y se traspasa de generación en generación”. <https://www.laizquierdadiario.cl/La-historia-de-los-cordones-industriales-vive-y-se-traspasa-de-generacion-en-generacion>

Cordero, M. C., E. Sader y M. Threlfall. (1973). *Consejo Comunal de Trabajadores y Cordón Cerrillos-Maipú: 1972 Balance y perspectivas de un embrión de poder popular*. CIDU/PI/DT.

Silva, M. (2020). <http://revistadefrente.cl/breve-historia-del-cordon-cerrillos-maipu-por-miguel-silva/>

Publicaciones

Chile Hoy, N° 5, 14/7/72.

Chile Hoy, N° 20, 27/10/72.

Chile Hoy, N° 48, 11/5/73.

Chile Hoy, N° 59, 27/7/73.

Chile Hoy, N° 61, 10/8/73.

Chile Hoy, N° 29, 29/12/73.

De Frente, 27/7/73.

El Mercurio, 6/4/73.

El Siglo, 13/8/72.

La Tercera, 5/10/72.

La Tercera, 2/4/73.

La Tercera, 6/4/73.

Punto Final, N° 170, s/f.

Punto Final, N° 160, 20/6/72.

Punto Final, N° 181, 10/4/73.

Tarea Urgente, N° 1, 16/2/1973.

Última Hora, 7/4/73.

Última Hora, 25/6/73.

Última Hora, 14/7/73.

Entrevistas

Carlos Mujica, comunicación personal, Santiago 1995.

Javier Bertín, comunicación personal, Santiago 1996.

Mario Olivares, comunicación personal, Santiago 1995.

Ramírez, Enrique, comunicación personal, Santiago 1996.

Rodríguez, Guillermo, comunicación personal, Santiago 1997.

La batalla educacional

Un sueño inconcluso

Carmen Vargas Torres

Entre 1970 y 1973 milité en las Juventudes Comunistas y también estudié Pedagogía en la Universidad de Chile. En este último año me encontraba ejerciendo como profesora suplente y cursando la especialidad de música en la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas, en su Plan Vespertino. Fui exonerada por la dictadura militar después del golpe de 1973, junto con miles de otros estudiantes a través del país.

Reinicié mis estudios en el año 1992 a través de la Agrupación Nacional de Estudiantes Sancionados (ANEUS), la cual dio origen a un programa de restitución de estudiantes exonerados después de varios años de lucha. Logramos ser reconocidos por el gobierno de Patricio Aylwin y Ricardo Lagos como ministro de Educación. Este último, en consenso con las nuevas autoridades y como forma de reparación, aceptaron el ingreso de más de mil estudiantes a las universidades tradicionales desde donde habían sido expulsados.

Desde 1993 y hasta 1996 fui elegida por mis compañeros para presentarlos ante las autoridades de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), antes Facultad de Filosofía y

Educación de la Universidad de Chile (conocida como El Pedagógico). Egresé en 1996 como profesora de Educación General Básica con especialidad en matemática e inglés. Me jubilé en el 2019, a la edad de 69 años y con un severo glaucoma.

Período 1964-1970

Fue una mañana de 1964, previo a las elecciones presidenciales cuyos candidatos eran los señores Jorge Alessandri, Julio Durán, Eduardo Frei y Salvador Allende, cuando una vecina nos invita a participar en un comando propagandístico del Frente de Acción Popular (FRAP) para trabajar por la segunda postulación del candidato Allende. Tenía apenas 13 años de edad y mi padre simpatizaba con este debido a su tendencia radical, razón por la que me autorizó a participar. Me motivaba el Programa Presidencial, cuya propuesta de justicia, paz y solidaridad, me resultaba interesante y atractivo para una joven católica como yo.

Recuerdo con simpatía las campañas presidenciales de esa época. Entre los electores de las diversas corrientes políticas convenían apuestas de distinta naturaleza. En caso de ser el perdedor, estos debían pagar con lo pactado como bañarse con ropa en una pileta que se encontraba frente a La Moneda. Otros debían colgarse “colas” de papel o género y caminar por las calles del centro de Santiago, y en especial por la Alameda, exhibiendo con dignidad su derrota y la validez de su palabra, u otras creativas y variadas formas. Sin embargo, la alegría e ingenuidad de las personas y de los grupos que tranzaban estos acuerdos, no lograban avizorar las intenciones de los grupos conservadores en su “campaña del terror”, infundiendo miedo y desconfianza en un gran porcentaje de la población, así como las prácticas de “cohecho” en el proceso electoral. En esta segunda postulación, nuevamente el candidato izquierdista Salvador Allende pierde las elecciones y asume Eduardo Frei Montalva, representante del Partido Demócrata Cristiano.

Período 1970-1973. Campaña y contexto político

Los tiempos y acciones de las personas cambiaron bruscamente y la siguiente campaña electoral, en especial los grupos derechistas y conservadores serán más beligerantes y agresivos.

En 1970 y con mis 19 años, recientemente ingresada a la Universidad de Chile, específicamente a la Facultad de Filosofía y Educación, conocí a dirigentes del Centro de Alumnos cuyo presidente era Orel Viciani. Me llamó la atención la digna y fraternal acogida que él y los jóvenes estudiantes comunistas brindaban a los estudiantes nuevos (mechones), invitándolos a participar en encuentros culturales, folclóricos, deportivos, así como trabajos comunitarios en las poblaciones aledañas. Los estudiantes desarrollaban actividades de acuerdo a su especialidad cuyas prácticas eran réplicas implementadas bajo la concepción de política estudiantil aplicada por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), en ese momento liderada por Alejandro Rojas Winer.

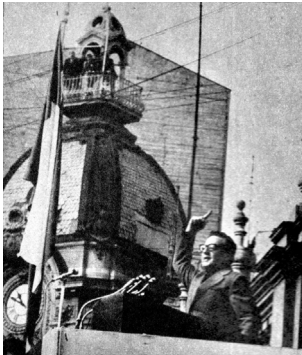
La FECH había levantado como su candidato al doctor Salvador Allende, que representaba los ideales de las juventudes de la época; estos lograron comprometerse en su campaña en torno a un Programa de Gobierno de 40 medidas base. Fue este Programa de la Unidad Popular (UP) plasmado en principios de solidaridad, justicia social, igualdad de derechos, paz y amor al prójimo, el que permitió aunar un conglomerado de partidos políticos, desde cristianos (Izquierda Cristiana, MAPU) hasta radicales, comunistas e independientes que lograron encontrar un denominador común para un nuevo Chile, justo y promisorio.

Bajo esta bandera de paz y justicia, me incorporé al comando, ahora como estudiante universitaria y un candidato presidencial que se postulaba por tercera vez. Aunque Allende había declarado que su gobierno sería “revolucionario”, jamás levantó, ni proyectó una lucha armada. Por el contrario, fue un hombre que profesaba la paz y el respeto, no solo en su palabra sino también en su actuar; también se declaraba “democrático” y lo confirmamos en su proyecto

inclusivo, participativo y dialógico. En esta tercera contienda, sus competidores políticos fueron Radomiro Tomic, militante del Partido Demócrata Cristiano y Jorge Alessandri Rodríguez, representante del Partido Nacional y de la derecha tradicional.

Una vez allí, me incorporé a la dinámica de los grupos de estudiantes y me sumé activamente a las actividades artísticas, culturales y sociales que se llevaban a cabo y que estaban enfocadas en promover la campaña presidencial del doctor Salvador Allende. Estas actividades consistían en talleres de alfabetización, construcción de plazas, juegos infantiles, plantación de árboles y diálogo permanente con los pobladores participantes de Lo Hermida, La Faena, Villa Macul y otras. También salíamos los domingos de casa en casa para dar a conocer el Programa del Gobierno Popular y sus beneficios de carácter social, laboral, educacional, cultural y económico. Cada Facultad se comprometía a trabajar su área de acuerdo a su carrera.

Triunfo de don Salvador Allende



Eran las 2 am del 5 de septiembre de 1970 y desde los balcones de la FECH, el doctor Salvador Allende confirma su triunfo y agradece su victoria a los estudiantes y al voto del pueblo de Chile. El éxito de su candidatura ya era una realidad.

Me encontraba trabajando en la recopilación de votos de manera telefónica, en el Comando del Partido Socialista, ubicado en la calle Amunátegui, del centro de Santiago. Nos acompañaban Aniceto Rodríguez y otros dirigentes y personalidades de la UP. Una de las personas que se encontraba al otro lado de la línea y que era mi colaborador en dicha tarea fue el compañero Mario Fuica, asesinado más tarde por la dictadura. Habíamos acordado presentarnos y conocernos, sin embargo, en esa

multitud que ya se había congregado en La Alameda, jamás se pudo hacer realidad.

Este trabajo de registrar nuestros propios cálculos, permitió tener claridad del proceso electoral, y tener información previa de los resultados. Confirmado el triunfo del candidato, nos dirigimos hacia La Alameda para sumarnos a la apabullante celebración. Se había hecho realidad el sueño que por años muchos jóvenes y miles de trabajadores, mujeres y desposeídos esperaban, el tan anhelado triunfo con la esperanza de un mundo mejor y más justo. Tenían ahora un presidente de los pobres, un “salvador” que prometía construir un país cuyas bases estaban impresas en su Programa de las 40 Medidas y que lo habían llevado al triunfo, no solo propio, sino de todo un pueblo.

Los trabajos voluntarios



Durante las vacaciones de verano e invierno tradicionalmente se ejecutaban los trabajos voluntarios en regiones y provincias. En el verano de 1971 fueron organizados, coordinados y dirigidos por la FECH, la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado (FEUT) y la Federación de Estudiantes Secundarios (FESES). Salió de la Estación Central de Ferrocarriles de Santiago de Chile un tren con dirección al sur de nuestro país, llevando cientos de jóvenes pobladores chilenos y extranjeros que también quisieron hacer su aporte, jóvenes alegres, comprometidos, soñadores y entusiastas de lo que se comenzaba a construir, se abría un mundo nuevo y esperanzador.

Yo me quedé en casa porque estaba enferma, hasta envidia sentía cuando vi por televisión la despedida que les brindaba el Presidente. Estos soñadores e idealistas se distribuyeron en diferentes grupos y

a diferentes lugares. Mis hermanos que se habían enrolado, acamparon en la Escuela e Iglesia de las reducciones mapuche de Quintrilpe y Curileo de Temuco, donde fueron acogidos por los lugareños con afecto y respeto facilitándoles la estadía. Allí desempeñaron tareas de alfabetización, sindicalización (deberes y derechos de los trabajadores), reparación de techumbre y salas de clase de la escuela misma. No todo era trabajo, los domingos se dedicaban a jugar fútbol y a la chueca (juego practicado por los mapuche). Esta práctica de inclusión y acercamiento, permitió romper el hielo y la desconfianza de ese pueblo hacia los “chilenos”, promoviendo a su vez la concientización y sensibilización de los jóvenes acerca de su lucha por la recuperación de sus territorios usurpados y expropiados a través de leyes ajenas e impuestas desde la colonización hasta la actualidad.

En el verano del año 1972, salió de la Estación Central “El Tren de la Cultura”, organizado y financiado por el Ministerio de Educación, con el fin de acercar el arte al pueblo. Muchos artistas recorrieron distintos lugares del país, llevando variadas disciplinas a zonas sin acceso a formas de representación cultural. Fue así como una caravana de poetas, folcloristas, cantantes, comediantes, actores y actrices, realizaron diferentes expresiones artísticas durante el tiempo que duró este particular trabajo voluntario. Campesinos de Chillán, Talca, mineros del carbón de Lota y Coronel, los mapuche de la Araucanía, pescadores de Puerto Montt y muchos otros, fueron los espectadores que acogieron jubilosos y deslumbrados este regalo del gobierno popular y los artistas.

Posteriormente, y a consecuencia de los nuevos requerimientos, se activó con más énfasis la Oficina del Servicio Voluntario (ONSEV), dependiente del Ministerio de Educación, siendo designado por el gobierno el profesor normalista Manuel Guerrero Ceballos –cruelmente asesinado después por sombríos personajes de la dictadura– quien en coordinación con el general Carlos Prat lograron movilizar miles de voluntarios al sur de Chile. La función de ONSEV era coordinar estudiantes y gobierno, con el fin de complementar proyectos orientados al cumplimiento del Programa.

En ese mismo año se ejecutó un importante proyecto en la 4ª región, la construcción del Dren de Cabildo en que participaron más de mil jóvenes de las universidades de Chile, Católica y FESES, superando toda expectativa de los organizadores, tanto en participación como en el cumplimiento de objetivos. La finalidad de este proyecto fue rescatar aguas subterráneas para el regadío, favoreciendo la agricultura de las zonas de Cabildo, La Ligua y sus aldeaños. Aquí me desempeñé como secretaria, coordinando algunas tareas de asistencia a los voluntarios, a dirigentes en sus funciones quienes eran de distintas corrientes políticas (Juventudes Radicales, Socialistas, Comunistas, y otras), atención de los padres que visitaban a sus hijos para cerciorarse de las condiciones físicas y emocionales, en especial de los menores de edad.

Cabe destacar que los dirigentes que estuvieron a cargo de los trabajos voluntarios en esta zona tuvieron un comportamiento ejemplar, tanto en el trato hacia los jóvenes, como entre ellos mismos, siendo de las distintas corrientes políticas arriba mencionadas, nunca presencié diferencias de criterio tanto en lo laboral como en lo político. Trataban con tal madurez los compromisos, aun cuando debían enfrentar situaciones extremas.

Otra obra destacada, ejecutada por los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado (UTE), fue la plantación de tamarugos en el norte grande, entre la 1ª y 2ª región: zona desértica y muy seca, pero con el Loa presente, río que atraviesa desde la cordillera al mar y que a ratos se sumerge en las arenas del desierto de Atacama. El objetivo del proyecto era incrementar la producción del tamarugo y rescatar esta zona desértica aprovechando sus bondades para la agricultura de la región y sus habitantes.

Recuerdo también la construcción de un canal de regadío en la 6ª región, en el que participaron la FECH, la FESES, la UTE y 200 trabajadores que nos apoyaron con su experiencia. Sumaban 800 voluntarios de distintas actividades entre estudiantes y trabajadores. Se trasladaron a la provincia de O'Higgins, en especial a la ciudad de Rengo, para construir un canal, uniendo río Claro con el estero Zamorano. Se cubrían 1200 metros de largo favoreciendo el regadío de 9 mil hectáreas que beneficiarían a más de 1800 pequeños

agricultores. Semanalmente se premiaba a los mejores voluntarios con libros. Mi hermana Angélica quien me acompañaba, fue destacada como una de las mejores de esa semana.

Importante fue el grado de responsabilidad, esfuerzo y laboriosidad de los muchachos más jóvenes y el grado de conciencia con el nuevo acontecer sin haber tenido experiencia alguna en estas actividades (al parecer había intuición de clase), así como la acción de las mujeres quienes laboraron con chuzo y pala a la par de los hombres.

Sabido es que Chile es territorio de frecuentes temblores y terremotos, no fue la excepción durante el mandato del presidente Allende. Fue el día 8 de julio de 1971 que un terremoto sacudió la zona de Illapel con diversas réplicas. Allí estuvieron siempre los jóvenes, prestando su colaboración con gran sacrificio, durmiendo y alimentándose no en las mejores condiciones ya que eran situaciones inesperadas y de carácter urgente. Fue así como participé en el trabajo de reconstrucción junto a mi hermana Carolina, mis compañeros de facultad y jóvenes de otros países que venían con la idea de contribuir y vivir la experiencia chilena. El compromiso y amor por el otro superaba todo obstáculo. Dormíamos en una gran carpa de circo y padecíamos frío, agotados después de la pesada labor de levantar toneladas de adobe. Nos conformaba la gran cantidad de paltas que nos convidaban los vecinos de Illapel.



El sentido de la solidaridad propio de la juventud, permite construir un mundo a la medida de sus valores y de su creatividad; y en este caso estaban muy bien afianzados. Se evidenció esto en el arte con el nacimiento explosivo de músicos, pintores, grandes muralistas, actores, folcloristas, poetas, tejedoras, ceramistas, entre otros, quienes pusieron su creatividad al servicio de

la causa revolucionaria, produciéndose aquí un acercamiento de las personas sin importar origen étnico, religioso y/o económico. Allí

estuvo lo más granado de la sociedad con su riqueza de sentimientos, emociones y plasmado en la base de sus creaciones.

Interés internacional

El compromiso de la juventud con los sectores populares se iba acrecentando a medida que se avanzaba en la materialización del programa. Grande era el entusiasmo cuando se iba confirmando que no eran solo palabras al viento y/o registradas en el papel, sino que ellos mismos eran gestores y actores de los cambios y logros obtenidos en el poco tiempo de gobierno.

La responsabilidad que sentía el Presidente, persona políticamente realista, era tal que lo dejaba entrever en sus discursos, manifestando que se debía seguir trabajando mucho más para fortalecer el gobierno y obtener “realmente” el poder. Se evidenció claramente en uno de sus discursos en el Estadio Nacional y con motivo de celebración de un año de su gobierno, ante un público de 100 mil partidarios donde dijo que “era distinto conquistar el gobierno que alcanzar el poder”.

A medida que el gobierno avanzaba se iban sumando más y más adeptos. Los ojos del mundo estaban pendientes de este proyecto revolucionario experimental y el avance de sus resultados. “Nunca en la historia de Chile un gobierno ha tenido tanto respaldo popular como el del doctor Salvador Allende”, publicaba en su último número del año 1971 la revista estadounidense de izquierda *The New Republic*, “ningún mandatario de país latinoamericano alguno puede mostrar un poder tan grande como el que desplegó en las dos oportunidades el presidente de Chile”.

Así es como jóvenes de otros países comienzan a visitar el proceso chileno, entusiasmados por vivenciar, colaborar y participar de un proceso inédito en el mundo. Compartimos con estudiantes provenientes de Argentina, Uruguay, México, Estados Unidos, España,

Noruega, Checoslovaquia, República Dominicana y otros países de Asia, Europa y América.



Mi experiencia educativa

Dentro del mandato del presidente Salvador Allende, uno de los proyectos educativos era ampliar la cobertura educacional, pero al no existir la infraestructura suficiente, la estrategia fue habilitar buses antiguos en desuso como salas de clases. Este proyecto obtuvo gran acogida en la población generando gran demanda de profesores y personal administrativo.

En este contexto docente, siendo estudiante de pedagogía en el año 1971, me ofrecieron reemplazar la plaza que había dejado el profesor titular Manuel Guerrero Ceballos en la escuela pública “Centro Educativo Experimental de Cultura Popular Doctor Alejandro del Río”. Guerrero Ceballos había salido en comisión de servicios al Ministerio de Educación. Este centro educacional se había instalado a partir de la década de 1960 con la aparición del “Principio de Normalización”,

el cual se implementó para dar respuesta a los niños con necesidades especiales. La escuela dependía del Departamento Pedagógico del Ministerio de Educación para escuelas especiales y experimentales. Por esta razón, se encontraba comparativamente mejor implementada en recursos respecto a establecimientos públicos de la época. Tenía profesionales para brindar apoyo psicológico y social tanto a los padres como a los niños. A pesar de ello, no se lograban cubrir las necesidades reales de un porcentaje determinado de alumnos de la comunidad educativa debido a diversos factores: el número de estudiantes por sala de clase excedía el mínimo requerido para brindarles una mejor atención; siendo hijos de trabajadores con bajos ingresos no lograban superar el nivel de pobreza, en ocasiones los niños asistían sin zapatos y un vestuario mínimo en pleno invierno; junto a sus numerosas familias vivían en precarias condiciones en tomas de terrenos.

Los profesores más comprometidos con la causa social apoyábamos a estas familias fuera del horario de clases en especial los días domingos y en el terreno mismo de la toma, levantando, construyendo y techando mediaguas, abriendo y limpiando calles del barro generado por las lluvias. Recuerdo con cariño y admiración a mis colegas, con quienes compartí estas actividades: Sergio Muñoz, María Teresa Herrera, Adela Córdova y Guillermo Venegas entre otros, destacaban por su amor y compromiso en el bienestar de los estudiantes.

Dicha experiencia fue un gran contraste con mi anterior experiencia docente en el colegio privado “Saint John School”, comprobando las diferencias en ambos sistemas, tanto en infraestructura, nivel socioeconómico y cultural. Era un colegio bilingüe, de atención personalizada, inserto en una comuna de nivel acomodado, con padres profesionales en su mayoría. Más recursos y asesoramiento pedagógico.

A pesar de la diferencia del contexto general entre ambos establecimientos, logré apreciar y valorar el nivel de vocación, ética y amor por el ejercicio profesional de los docentes, así como la calidad de su trabajo. Develaba la excelente formación de la mayoría de estos profesores egresados de las Escuelas Normales.

La Escuela Nacional Unificada

A partir de 1972 se proyectaba en el programa de gobierno un nuevo sistema educativo nominado Escuela Nacional Unificada (ENU); se debatía en todos los estratos de la sociedad chilena, instituciones, iglesias, juntas de vecinos y muchas otras instancias, acerca de lo conveniente para el futuro del país y su crecimiento en todas las áreas. Este proyecto a grandes rasgos, consistía en educar al niño desde su primera infancia, descubrir sus potencialidades; a partir de esta base, orientar el trabajo formativo desarrollando sus propios talentos a través de un proceso educativo acucioso para culminar con un profesional realizado, comprometido y feliz. El proyecto se debatió en nuestra escuela y de alguna forma sentimos que íbamos bien orientados; sin embargo, la lucha ideológica y el debate aquí también estaba presente, la resistencia al cambio de los profesores conservadores, hacía predecir el futuro que le esperaba a dicho proyecto.

Sedición

Paralelamente, las reacciones de los grupos derechistas se comienzan a evidenciar, el temor al continuo y acelerado avance del proceso político; el aumento de las votaciones dejando en evidencia el creciente apoyo al gobierno en las elecciones parlamentarias y de alcaldías, sin armas ni violencia. Dichos temores, y sin hacerse esperar, comienzan a frenar el proceso revolucionario a través de paros gremiales, ocultación de alimentos, mercado ilegal y desabastecimiento general. Grupos de Patria y Libertad distribuyeron volantes en el centro de Santiago, señalando 8 medidas para derrocar al gobierno, entre las cuales recuerdo que mencionaban el sabotaje a las fuentes de trabajo estatales y el llamado a agredir directamente a los “violentistas” de izquierda. Los actos de sedición se promovían en los diarios de la época como *El Mercurio*, *Últimas Noticias* y *Tribuna* (órgano oficial del Partido Nacional). Decían, por ejemplo, “No hay camiones”,

“No hay micros”, “No hay bencina”, “Paro de advertencia realizarán médicos”, “Los comerciantes en estado de alerta” y otras acciones.

La respuesta no se hizo esperar, los jóvenes y trabajadores desarrollaron acciones a fin de aplacar los efectos del boicot: jóvenes de diversos sectores populares junto a estudiantes muy jovencitos (entre 15 y 18 años) ayudaban en la recuperación y descarga de productos desde trenes y contenedores cargados de alimentos, que a consecuencia del desorden que generaban los grupos derechistas no alcanzaban a llegar a las poblaciones. La colaboración con otros estudiantes en el aumento de la producción en la Editorial Nacional Quimantú, había que responder frente a compromisos que había adquirido el país con otros países hermanos. Esta editorial era empresa privado-estatal (40% propiedad del gobierno). Los libros de Quimantú se vendían a muy bajo precio en librerías y quioscos. El gobierno como una forma de acercar la lectura y dejarla al alcance de los sectores populares, había convenido con su director abaratar costos de manera que estuviesen al alcance de todos.

En el barrio

Paralelamente a estas actividades laborales y estudiantiles, trabajé en mi barrio. Se había organizado un Comando de Unidad Popular (CUP). Participamos con mi vecina y amiga Adriana Cubillos, quien se asilaría posteriormente junto a su esposo e hija en Suecia. Este comando se inició con 200 vecinos aproximadamente de diferentes corrientes políticas, quienes facilitaban espacios para reuniones y actividades de planificación para tareas y proyectos vecinales propios, destinados al mejoramiento de la población.

Juntas de Abastecimiento y Control de Precios



En respuesta al boicot ejercido por la derecha en el ocultamiento de alimentos, se crearon y organizaron las Junta de Abastecimiento y Control de Precios (JAP). Estas juntas cumplían un papel muy importante controlando y gestionando con los comerciantes la distribución de alimentos y otros productos a los vecinos con el fin de evitar la especulación, el acaparamiento, el mercado ilegal y la venta indiscriminada de productos de primera necesidad.

Las JAP fueron organismos legales creados a través de la resolución N° 112 de la Dirección de Industria y Comercio del Ministerio de Economía, publicada el 4 de abril de 1972 en el Diario Oficial. Su función fue velar por un eficaz control de los precios y luchar contra la especulación y los monopolios. Bajo el gobierno de Allende se crearon 2500 JAP, 1500 estaban en la ciudad de Santiago.

Mi madre se incorpora a trabajar en una de las JAP junto al equipo del barrio. Ellos controlaban la entrega, la venta justa y la llegada de los alimentos a los vecinos del sector. Ella y mi tía fueron simpatizantes de la candidatura de Jorge Alessandri y lucieron con orgullo la bufanda de azul y rojo que les había regalado el “paleta”. Fue además miembro activo de la iglesia Católica “San Juan Bosco” de la comuna de La Cisterna, donde colaboró en la entrega de los desayunos, la repartición de ropa y alimentos de “Cáritas Chile” a familias

vulnerables. En esta misma iglesia mis padres contrajeron matrimonio, nos bautizaron y confirmaron y bajo este mismo precepto mi madre sintió que debía estar en este nuevo frente.

JAP:
duro
con los
especuladores
que duran
menos

- Atacadas por la Derecha.
- Defendidas por las dueñas de casa y los trabajadores.
- Terror de los acaparadores y sinvergüenzas.



EN EL BARRIO EL SALTO DE SANTIAGO LA VIDA ES MUY COMPLICADA PARA LOS ESPECULADORES

¿TREINTA LUCAS EL KILO DE PAPAS? COSAS QUE SUCEDEN CUANDO LA "JAP" NO SE HA METIDO EN EL BAILE

Algunos vecinos se destacaron por su incansable lucha por erradicar prácticas de acaparamiento y mercado ilegal ejercidas por algunos vecinos y comerciantes de nuestra población; ellos desarrollaron una intensa campaña de esclarecimiento y diálogo permanente, explicando la importancia de fortalecer las JAP, así como los beneficios explícitos del programa de gobierno para nosotros como pobladores. Fue así como sobresalieron los vecinos Juan Roa, Aurelio Ahumada, María Carmona, Diana Vargas, Manuel Recabarren y otros.

Este último fue dirigente gremial de los gráficos de la Editorial Universitaria y Editorial Nascimento, además presidente de las juntas de abastecimiento de San Miguel, por eso, como tantos otros, vulnerable a ser detenido y desaparecido. Sus hijos y nuera embarazada, salieron uno a uno en su búsqueda, nunca regresaron. Don Manuel Recabarren fue nuestro vecino y esposo de Ana González, una emblemática mujer que realizó una incansable lucha por develar la verdad de sus seres queridos. Anita, buscando más lejos, llegó a instancias superiores para exponer su caso en la Asamblea de las Naciones Unidas. No cesó su incansable tarea de indagar y denunciar las injusticias contra los derechos humanos hasta el día de su muerte en octubre del 2018. Nunca volvió a saber de sus seres queridos.

Mi padre, en ocasión de haber ido a comprar materia prima a la comuna de Nos para continuar trabajando con su personal y en medio de un paro de camioneros, fue testigo de la violenta forma en que muchos de ellos eran obligados a paralizar sus labores en contra de su voluntad. Esto y otras acciones lo hicieron decidirse para participar activamente en el gremio del cuero y el calzado. En agosto de 1973 se realizó el último congreso de la Asociación de Pequeños Industriales del Cuero y el Calzado (APICAL) en el edificio de la UNCTAD, siendo electo como director. El ejercicio de su cargo nunca pudo concretarse por los acontecimientos del día 11 de septiembre.

Año 1973: fin de la UP y comienzo de la dictadura cívico militar

Vladimir (quien será mi esposo en 1976) y yo éramos estudiantes de la carrera de Música, de la Universidad de Chile. Me encontraba cursando la especialización de la carrera de pedagogía y vivíamos en el hogar universitario que la Facultad tenía en la calle Erasmo Escala en el centro de Santiago. Estudiábamos en la Escuela Musical Vespertina dirigida por la señora Marta Gayán.

A las 6:30 am del 11 de septiembre de 1973, nos encontrábamos haciendo “cola” a media cuadra del hogar universitario, nos correspondía el turno para comprar el pan, cuando sentimos ruidos y explosiones. Alguien grita, “¡Golpe militar! ¡Están en la Universidad Técnica del Estado!”.

Consternados, regresamos rápidamente al hogar de estudiantes para hacer abandono de este y dirigirnos a la Facultad junto a otros estudiantes. Apenas salimos del hogar universitario fue allanado y baleado por grupos militares quienes buscaban a compañeros específicos. Llegados a la Universidad nos dirigimos a los subterráneos con la idea de protegernos de las bombas y balaceras. Se organizó una reunión de estudiantes, algunos profesores y el decano, Sr. Piga, con la finalidad de planificar la estadía, racionar los alimentos y resguardarnos. Algunos estudiantes más osados subimos al piso catorce y fuimos testigos impotentes del bombardeo a La Moneda, así como del ataque a la sede del Partido Comunista ubicado en la esquina de Teatinos con la calle Compañía. A mediodía fuimos allanados por carabineros armados que habían logrado entrar al edificio rompiendo las grandes puertas de cristal. Dieron un ultimátum al decano para hacer abandono del edificio y disolver el grupo. Salimos en pareja, ahora hacia la Facultad de Medicina que se encontraba en Avenida Independencia con calle Gamero. En el camino íbamos esquivando camiones, tanques y balas “locas” por la calle Morandé, también a militares parapetados en los muros y rincones de la calle que habían salido de sus cuarteles y que igualmente sentían temor de lo que les pudiese ocurrir a pesar de que el pueblo estaba desarmado. Ellos cubrían todo el centro de Santiago.

Nos dirigimos a la Facultad de Medicina. Allí nos encontramos con muchos más estudiantes que también habían llegado movidos por las mismas circunstancias, y se encontraron con sus escuelas intervenidas por militares y no habían logrado retornar a sus hogares. Durante los tres días que estuvimos confinados, nos distribuimos entre la Universidad y el Hospital José Joaquín Aguirre que están comunicados por los patios y jardines, a la espera de nuevas instrucciones.

En ese nuevo contexto, logramos ver y apreciar el ir y venir de las patrullas militares con muertos y heridos dentro del Hospital, a consecuencia de los enfrentamientos y fusilamientos. El día 14 de septiembre se levantó el toque de queda y pudimos volver con nuestras familias.

La apertura de la Escuela Musical Vespertina donde estudiábamos había venido a cubrir las necesidades de muchos trabajadores diurnos y de especialización para profesores ya titulados. Tras el golpe de Estado, la Escuela no volvió a abrir sus puertas, fue cerrada para siempre y nosotros quedamos con nuestra formación inconclusa. Muchos de los estudiantes del horario diurno fueron expulsados y detenidos, como la estudiante Teresita Carvajal, desaparecida desde entonces.

Fueron los rectores delegados nominados por el gobierno militar quienes vinieron a poner “orden” en el funcionamiento y en las nuevas estructuras organizacionales de las universidades: Universidad de Chile y sus sedes correspondientes, Técnica del Estado, de Concepción. En la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el régimen militar aplicó represión, persecución, expulsión y detención de estudiantes; también cambio de funcionarios, de docentes y autoridades. Entre ellos, Hernán Ramírez Necochea, decano de la facultad; Astolfo Tapia, secretario general de Estudios; Fernando Ortiz, profesor del Departamento de Historia. Su emblemático caso produjo gran dolor, consternación e impotencia entre los compañeros de la Facultad, tras ser detenido y desaparecido por agentes de la dictadura cuando se encontraba en el aeropuerto. Otros profesores que dejaron de ejercer y que tuvieron especial relevancia fueron Eduardo Carrasco, profesor del departamento de Filosofía; Arnulfo Rubilar y Dafnae Abba, ambos del Departamento de Educación General Básica. El caso de nuestro compañero de carrera, el estudiante Patricio Irigoyen (Lobo Fischer), también del departamento de Educación General Básica, fue detenido y torturado en el Estadio Nacional, quien falleció a los pocos meses de ser liberado, producto de las secuelas de las torturas. Particularmente la Universidad de

Chile fue atomizada para así poder controlar su funcionamiento. Las sedes regionales ahora serían nuevas universidades dirigidas por rectores delegados.

Al año siguiente, marzo de 1974, fueron publicadas las listas de los estudiantes seleccionados para continuar sus carreras, mientras el resto de los jóvenes exonerados, deambularon entre la cesantía, el exilio y el destierro; así como muchos estudiantes que por diferentes razones se encontraban fuera de Chile se les condenó a vivir en el exilio al prohibirles el regreso a su país.

El 24 de septiembre, el día del funeral del poeta Pablo Neruda, salí con destino a la casa de mi amigo Patricio Figueroa, quien fuera presidente hasta esa fecha del Centro de Alumnos de la Facultad de Música Diurno, para solicitarle su compañía al funeral. A pocos metros de llegar, divisó un grupo de militares armados subiéndolos a él y su padre a un camión militar. Inmediatamente me devolví a casa y me remití a obtener información a través de los medios de comunicación. Esa misma noche fue allanada mi propia casa por un contingente de carabineros.

Eran las 2 am cuando sentimos un gran pedrazo sobre el techo de nuestra casa. Mis padres no se encontraban allí y los hermanos habíamos decidido permanecer todos juntos como presagiando el acontecimiento. La noche estaba completamente oscura, solo alumbraba una bengala del helicóptero que los acompañaba y como fondo una gran balacera en las cercanías. Era la mayor de mis hermanos y abrí el ventanal del segundo piso cuando sentí los culatazos en la puerta. Solo vi el brillo de las armas, el sonido de sus armas. Me conminaron a bajar para abrirles la puerta: “¡baja, vieja! ¡prende la luz!”. No encontraba el interruptor y las piernas me temblaban descontroladamente. Cuando vi la gran cantidad de hombres con los rostros desfigurados y los ojos rojos, fue tal el susto que me paralicé y no atiné para abrir la puerta con la premura que se me exigía, de una patada y sin permiso la abrieron agolpándose por toda la casa, chocándose entre ellos y registrando todos los rincones.

A mis dos hermanos menores y a mí, nos tiraron al muro después de unos culatazos, le solicité al señor que iba a cargo de la patrulla que tuviera respeto por mis 6 hermanos porque estaban a mi cargo, sus edades fluctuaban entre los 11 y 18 años nuestros padres no habían podido regresar por el toque de queda. El resto del contingente se encontraba en los dormitorios con el resto de mis hermanos. De pronto, aparece el jefe superior y me pregunta “¿Dónde están las armas? ¿Es usted la profesora del colegio de adentro?” Respondí afirmativamente y con un dejo de esperanza que todo terminase allí. Inmediatamente preguntó si éramos allendistas y asentí con temor. Mi padre tenía material de la fábrica que fue confundido por armamento. Nos sugirió desechar todo material que pudiese comprometer y revelar nuestras tendencias políticas y nos dice que pronto vendrían militares. Llamó a su cuadrilla que asaltaba furtivamente nuestros alimentos y los metían en sus morrales. Concluí que fui reconocida por este oficial, debió verme en algunas ocasiones cuando concurrí a la comisaría por mis estudiantes. El oficial nos cuidó la espalda.

La resistencia del pueblo continuó tratando de tomar todas las medidas de seguridad, pero el soplónaje y la persecución se evidenciaba en todos los espacios comunes. El rol de la iglesia Católica fue preponderante, no solo la Vicaría de la Solidaridad con los presos políticos detenidos y desaparecidos, sino que también acogió y facilitó los espacios de sus comunidades para que la gente se pudiese reunir, proteger y replantear frente al nuevo contexto social y político. En estos espacios, nacieron nuevos artistas como “Mayarauco”, “Aquelarre”, “Grupo Semilla”, “Julio Serey”, “Los Zunchos”, “Capri” Hidalgo, “Nano Acevedo” entre otros. Algunos de ellos lograron grabar obras trascendentales como el grupo “Ortiga” con la “Cantata de los Derechos Humanos”, apoyada por el relato del actor Roberto Parada, padre de José Manuel Parada, degollado cruelmente por agentes de la dictadura militar junto a Manuel Guerrero y Jorge Nattino.

Esta toma de poder por las armas, amparada por Estados Unidos y por los grupos económicos, demostró el miedo a que este modelo de

la Unidad Popular se replicase en otros lugares del mundo. Apareció entonces la otra cara de la medalla, que mostraba la peor parte del ser humano, arrastrando antivalores, egoísmo, dolor y muerte. Emplearon la persecución, desaparición y tortura a miles de personas a través de inimaginables formas hacia un gobierno legítimo, a un pueblo sin armas y a un presidente consecuente con su palabra de mantenerse en el poder por la vía pacífica y democrática; ratificándose incluso en los últimos momentos de su actuar cuando solicita al pueblo volver a sus casas; en ningún momento llamó a la resistencia. En su último discurso de la mañana del día 11 de septiembre, Allende hizo el llamado a comprender que será otro el momento para retomar la lucha. Ese día el presidente no abandonó La Moneda. Ese sacrificio nos demostró la grandeza que pueden albergar muchos seres humanos sin mezquinos intereses.

Finalmente, se consolida la dictadura, dejándonos a merced de las nuevas autoridades, los nuevos delegados militares. Fue el fin del proyecto de un pueblo de trabajadores, de jóvenes y mujeres que añoraron construir un mundo nuevo y mejor. Años de lucha por abrir caminos de justicia social donde todos cabíamos en esta larga y angosta faja de tierra; solo se necesitaba un poco de amor y voluntad al recordar que eran beneficios recíprocos, justos y equitativos; y cuando miramos al otro como hermano de una misma historia, bajo una misma cultura y un mismo cielo, aparece esta concepción de mundo que nos permitió construir “sueños reales” que comprobadamente podían concretarse. Si bien era el fin de la UP, sin perder la ilusión, Allende se despide y nos deja la certeza de que vendrán nuevos y mejores hombres y mujeres, que permitirán abrir nuevos caminos y crear espacios dignos para acogernos a todos de manera igualitaria y fraterna. Si esta experiencia les sirve a otros u otras, verán que es el amor por el hermano y con él, que podrás construir un nuevo y mejor mundo, desde cualquier frente sin perder la esperanza que así será.

Referencias fotográficas

Barraza, F. y H. Ehrmann. (1971). *Revista Ahora*. Santiago: Empresa Editora Nacional Quimantu Ltda.

Taufic, C. (1970). *Revista Ramona*. Sociedad Impresora Horizonte Ltda.

Las Brigadas Ramona Parra*

Alejandro “Mono” González

Herencia histórica y cultural del gobierno de Salvador Allende

Desde la época de los pueblos en las cavernas, hay registro de sus huellas y el espacio de su hábitat. Hoy, entre las grandes diferencias sociales, los muros siguen siendo ese espacio y soporte para que la mujer y el hombre de la población se comuniquen (entiéndase por población el núcleo humano en el espacio común que habita). Ahí no solo deja sus mensajes –sueños, aspiraciones, frustraciones– sino lo hace en conjunto con otros habitantes, en forma colectiva en su espacio territorial. En la actualidad, las limitaciones al acceso a los medios de comunicación masivos, lo mueve a esta actitud de expresión.

*Por razones de la doble crisis global del capitalismo –la económica y la pandemia– el autor ha solicitado que Viviana Ramírez, como coordinadora del Tomo II, ubique a las imágenes dentro del texto. Se espera haber cumplido.



Además, la omisión que esos medios hacen a las poblaciones sensibles a la delincuencia y la droga, pero que tienen un alto grado de deserción escolar, de cesantía, hacinamiento, abandono en la marginalidad. La sociedad ve en esas poblaciones solo la "vulnerabilidad", palabra o terminología del Estado y del sistema. Hay una gran sensibilidad en estos habitantes para involucrarse en autoeducarse, en generar en sus espacios expresiones culturales. Hoy, el muralismo es parte de ese patrimonio. Es un lenguaje nacido de ahí. Ante la omisión comunicacional de los medios oficiales, surge esta cultura alternativa, a la que llamo una cultura del malestar, una cultura marginal del descontento.

El mural urbano es un medio de comunicación, en cuanto dar a conocer la situación del país, y el mural de la calle tiene sus leyes visuales propias: el espectador está en movimiento, a distintas velocidades, distancias y ángulos, a luminosidades cambiantes del día, es anónimo, efímero, con materiales precarios, intención de poner presencia, opinar. Va a provocar la vista del espectador, y altera el paisaje visual.

Sobre los primeros murales callejeros

Durante la campaña de 1970 nos dimos cuenta de que había que dar un paso más adelante en la toma de este soporte urbano como medio de comunicación de masas: una forma más organizada y especializada para racionalizar los materiales, la movilidad y la presencia nuestra más continua y en todos los espacios. Además, por un problema de respuesta inmediata a los aconteceres políticos en el día a día, hay que tener presente que esa presencia tenía riesgos: era y es clandestina, y con jóvenes voluntarios. Eso inspiró el nacimiento de las Brigadas Ramona Parra (BRP).



Cuando se iniciaron las brigadas –en la línea de tiempo y en su contexto– se estaba instalando el Teatro Callejero, la performance, los hippies y su estética, las revueltas estudiantiles en París, y en la capital de México con la masacre en la plaza de Tlatelolco, anterior a las Olimpiadas de 1968 que se iban a desarrollar en ese lugar. Estaba la guerra de Vietnam y los movimientos pacifistas, el Pop Art, el Op-Art y el Arte Urbano. También estaban en los barrios de los negros, los Panteras Negras, los Chicanos en San Francisco interviniendo sus calles o en el Bronx, acontecimientos mundiales como la Guerra Fría, influyendo fuertemente en los jóvenes. Hay algo natural sucediendo en Chile: los movimientos antiimperialistas, la lucha por la tierra en contra del latifundio y la explotación feudal del campesino, y por la reforma agraria. También la industrialización y la lucha por nuestras riquezas básicas: el cobre, el salitre. Las campañas de Allende desde 1952 a la presidencia fueron sumando distintos partidos y pensamientos en torno a la

maduración de lograr unidad. Fue lo que sucedió con la campaña de la Unidad Popular (UP) de 1970.



Durante las elecciones de 1964 –donde salió elegido Eduardo Frei Montalva– usaron una campaña publicitaria manejada utilizando un logo, imponiendo una palabra FREI, colores de la bandera y la estrella, que se repitió en todo el país coordinada del mismo tamaño y tipografías, y uniforme con un equipo pagado y organizado. Conformamos y desarrollamos una orgánica desde la Comisión de Propaganda a nivel nacional para darle la orientación, consigna, y preparación técnica a través de una Brigada Central. Eso, para que sus integrantes fueran después monitores. En cada región y/o población importante teníamos una brigada de jóvenes voluntarios. La campaña de Allende –hasta su triunfo– implicaba tener nuestra palabra en todas partes, y la tarea era: “Todos los muros para el pueblo. ¡Allende, Venceremos!”



Logrado el triunfo de Allende, la tarea estaba en la construcción y cumplimiento de los planes y Programa del Gobierno Popular. ¡A construir el hombre nuevo! Ahí surgen a nivel nacional las imágenes, acentuando la consigna y dándose inicio al movimiento muralista con una mano de obra especializada durante la campaña. La idea era de acentuar las palabras con las imágenes y hacer más atractivo el mensaje y la actitud, correspondiendo al concepto del “hombre nuevo comprometido con su propio destino”. Pero además, seguir tomando posesión del soporte urbano y con más calidad, atractivo en el trabajo de su intervención.

Asumido el gobierno de Allende, se organizó un encuentro internacional de periodistas e intelectuales en algo llamado “Operación Verdad”, en respuesta a lo que había ocurrido antes de las elecciones. Durante la campaña presidencial, desde la derecha se hizo la llamada “Campaña del Terror”. Operación Verdad intentaba mostrar al mundo las intenciones y el programa del nuevo gobierno. Además, se quería despertar una solidaridad internacional que desde los inicios del gobierno de Allende empezó a suceder debido a que propiciado públicamente por Estados Unidos, trataban de boicotear y aislar a

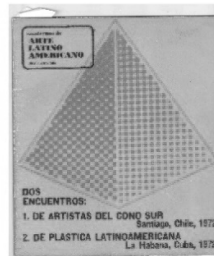
Chile. Llegaron de todo el mundo invitados (incluso de ahí surge la idea del Museo de la Solidaridad Salvador Allende). Nosotros teníamos las ciudades llenas de murales: La Nueva Cultura Visual Colectiva. Dentro de estos invitados llega el presidente de los Críticos de Arte Del Círculo de Periodistas de España, Moreno Galván –hay que tener en cuenta que en España todavía estaba Francisco Franco que de alguna manera fuera el ideólogo militar del futuro golpe de estado que diera Pinochet–, conocido por tener siempre las maletas listas porque pasaba detenido.

Al llegar a Chile le impresionaron los murales –como a todos los periodistas internacionales que fueron nuestros principales promotores– y al bajar del avión manifestó que en Chile se “hacía un legerismo de abajo para arriba”. Se refería a la temática del pintor francés Fernando Leger, conocido en todo el mundo y que trazaba obreros, trabajadores de la construcción, parejas, bicicletas, en base a colores primarios y trazado negro. Su referencia a “desde abajo” era que estos los ejecutaban trabajadores, estudiantes, jóvenes que en ese entonces no eran artistas, y hacía referencia a una parte de las influencias que podíamos tener. Pero eso también tenía que ver con una cultura que se estaba manifestando desde abajo y no dirigida desde “arriba”, como se acostumbraba. Desde las aspiraciones populares.

Siempre ha sido pregunta obligada de estudiantes, periodistas o parte de las conversaciones sobre las influencias de esta manifestación cultural. Siempre nada puede tener “originalidad” sino ser parte de algo que otros antes hayan hecho: en política nada es casual, es parte de procesos y aquí de la maduración política hecha unidad y manifestada en una expresión cultural con influencias del muralismo mexicano por lo social. Pero sacándolo a la calle con personas que no eran artistas, las comunicaciones, los procesos de la imprenta, la Lira Popular o literatura de cordel, la serigrafía, la tipografía, los diálogos del público: espectador y el mensaje.

Se fortaleció la relación con los artistas locales invitándolos a pintar a la calle. El Instituto de Arte Latinoamericano estrechó sus

lazos con la Dirección Artística Nacional de las Brigadas Ramona Parra por medio de Miguel Rojas Mix, que nos ayudaban a la reflexión y orientación artística, nutriéndonos. Participamos en el “Primer Encuentro del Cono Sur de Artistas Plásticos” y posteriormente en el “Primer Encuentro Latinoamericano de Artistas Plásticos” en la Casa de las Américas en La Habana, Cuba, en 1972, con el Museo de Arte Contemporáneo y su director Guillermo Núñez, para organizar la Primera Exposición de Arte Brigadista, a cuya inauguración fue Allende y Matta, con el cual pintamos el mural el “Primer Gol del Pueblo de Chile”.



Según opinión en esa época de José Balmes, había más estudiantes pintando en la calle con los brigadistas que dentro de la universidad: en la calle es donde estaba pasando todo. Pintábamos todo el día, llenamos de murales las ciudades, las zonas urbanas; borrábamos los del día anterior para hacer otros en los lugares más públicos. Los acontecimientos presionaban la temática y sus contenidos eran efímeros en la medida que los acontecimientos se precipitaban. También nos exigía en este taller abierto que nosotros lo habíamos hecho propios. Con la práctica y especialización encontramos un

estilo propio del trazado negro, el color plano, la imagen y la consigna y la mano de obra especializada entre el trazador-rellenador y fondeador. La rapidez en la ejecución heredada de lo clandestino, de la urgencia, llegando a la síntesis y metáfora de la imagen y a la uniformidad del lenguaje visual en todo Chile como si fuera una sola mano. Nos apropiamos de muros claves de la ciudad y colocamos presencia.



El trabajo permanente y las exigencias del momento hacían que fuéramos perfeccionando en calidad. Trabajamos a la vista del público, con los cuales no solo teníamos que ser sinceros y francos. Habíamos asumido la comunicación de promover nuestras ideas con imágenes y tenían que ser directas para llegar al peatón: nuestro público callejero. En la medida que avanzaba el proceso, los murales del exterior empezaron a ser solicitados en las sedes sindicales, juntas de vecinos, iglesias y centros comunitarios.

Este avance no estaba exento de dificultades. En la parte interna me llamaron la atención por malgastar los materiales en pintar

“monitos” sin entender culturalmente lo que estaba surgiendo; y también, varios pintores por hacer todos los murales en el mismo estilo (crítica de algunos hasta hoy) sin entender la identidad característica en el estilo. Las consignas y murales reflejaban los acontecimientos en principio a construir, después a cumplir metas de producción, siguiendo contra el boicot y sabotaje de la derecha y luego contra la guerra civil y “No al Golpe”. Por eso hablamos de una bitácora de los acontecimientos en los muros.

En dictadura

Para el día del golpe había más/menos cien brigadas en Chile constituidas por diez a doce compañeros. No eran numerosas en cantidad de integrantes porque así tenían más movilidad en las calles para confundirse entre la población. Se escoge la calle para expresarse porque es nuestro soporte natural. Siempre nuestra consigna era y es ganar la calle, ganar los muros, ahí está nuestra presencia, nuestra imagen, a rostro descubierto, aunque sea clandestino y precario. Agregamos a esto el papel de los brigadistas durante la década de 1980.



Con sus murales estaban presentes en manifestaciones culturales-deportivas-sociales-políticas. Por ejemplo, se efectuaban en época de la dictadura de Pinochet dentro de las poblaciones, en las protestas, en momentos que les llamábamos momentáneamente territorios liberados. Su continuidad se mantenía en las siguientes protestas. Además, servían para organizarse y darse tareas. De ahí viene que, cada día, las protestas como manifestación ciudadana antidictadura fueran creciendo, y se intervenía con murales, imágenes y texto las sedes sociales, las iglesias, las escuelas: los espacios que reunían a la comunidad.

Pero había otro fenómeno nacido de ese régimen represivo y desde sus organizaciones en el aprendizaje de resistencia respondían a eso. Eran organizaciones grupales poblacionales, compartimentadas por seguridad, con jerárquica orgánica dentro de la población y conocimiento de su territorio. De ahí si se estudia, hubo muchas brigadas en distintas partes (poblaciones y provincias) con diferentes nombres y estilos, y con una fuerte imaginaria de denuncia antidictadura, y de sueños que aparentemente no "obedecían" a una jerarquía orgánica partidaria central, como las BRP, más vertical en época del gobierno de Allende, en la década de 1970 para responder en forma inmediata y coordinada con imagen y estilo común, logrando una unidad de estilo e identidad a nivel nacional.

En la dictadura su orgánica se daba en el conocimiento y encuentro de participación con la realidad política y clandestina en la dictadura directa. Son esos momentos coyunturales que los unía en un espacio territorial y dolor común. Lograban objetivos de presencia en los espacios al estar separadas unas de otras y ser independientes. Así se puede entender la existencia hasta hoy de ese patrimonio muralista, adaptándose a la realidad y los soportes, pasando de una etapa a otra y promoviendo militantes a distintas tareas.

La propaganda clandestina era acumular experiencia, conocimiento urbano, respuesta y reacción inmediata. Su importancia fue que a través de las protestas y en esos encuentros, se dieron su propia organización en torno a una lucha común. Y que además se

identificaba con la herencia recibida del gobierno de Allende, con una expresión cultural retomando el uso de los muros y de sus espacios públicos, como forma tradicional del movimiento popular.

Del golpe en 1973 a la década de 1980, la tarea era reorganizar todo el movimiento popular y partidista, sobreviviendo a detenciones, desapariciones, delaciones, cesantía, represión, e inseguridades. Entre 1980 y 1990, entre las protestas y lucha antidictadura, entre propaganda y cultura, de hecho, muchos de los muchachos y muchachas brigadistas post dictadura fueron hijos del rigor, nacidos en la dictadura. Por lo general, el trabajo callejero fue y es tarea de los jóvenes por su estado físico. Pero eso no significa que algunos de los viejos brigadistas no tuvieran nexos como “maestros” en talleres poblacionales, o que participaran de algunas jornadas de murales o en trabajos de organización interna. Hay que entender que con las protestas resurgieron en las poblaciones su fuerte desarrollo hacia la década de 1990. Pero venían impregnados contra la dictadura, con esperanza de que la salida fuera distinta. Se esperaba un cambio de la Constitución, pero aún no se hace con verdad y justicia. Todavía están en discusión procesos, sin saber la verdad de detenidos desaparecidos y de castigo. Entendiendo este período sombrío de la dictadura, podemos comprender lo que ha venido.

Hasta hoy los medios de comunicación están lejos de las fuerzas de los trabajadores, o de los partidos o movimientos progresistas y liberadores. Nuestras ideas siempre han tenido su desarrollo en forma “subterránea”. Hay una hegemonía cultural que es de las ideologías dominantes, los medios de prensa, la televisión, la radio, que pertenecen a esos sectores y además son “apadrinados” y “subvencionados” por el Estado y el sistema como por las empresas privadas. Frente a esa hegemonía siempre las fuerzas populares han tenido que usar otros medios para comunicar y hacerse oír y estar presente. Los muros –desde siempre– han sido el soporte como espacio para propagar nuestras ideas, nuestras consignas que orienten y eduquen y conozcan lo que pensamos, lo que queremos y porque luchamos.

Pero 50 años después, las condiciones históricas son distintas. La apatía de los jóvenes en un principio, decepcionados de esta democracia en la medida de lo posible, los alejó de los partidos funcionando cupularmente, endureciendo el distanciamiento de la participación ciudadana en las decisiones. Las debilidades ideológicas, las dudas y contradicciones, eso repercutió fuertemente en los partidos de izquierda, que fueron absorbidos y neutralizados por el sistema. También vienen secuelas de la dictadura, además debilidades nuestras de carencia de medios para sustentar una continuidad en permanencia en la calle con las brigadas. Igualmente, en forma natural y no exenta de contradicciones, personalismos o caudillaje, entre la porfía y la autogestión, hoy hay brigadistas que han vuelto a levantar presencia en los muros, en diferentes puntos del país, que están en actividad y haciendo talleres, con más fuerza desde el estallido de octubre de 2019.

¡NI UN PASO ATRÁS!

Trabajadoras unidas por nuestros derechos



8 de marzo - Día Internacional de la Mujer Trabajadora
BRIGADA RAMONA PARRA

Las brigadas son una expresión urbana donde hay mayor población. Las calles más importantes de las zonas urbanas cuestan cubrirlas y tener presencia, porque quedan pocos muros en los centros de las ciudades. Pero los ejes centrales y la presencia fuerte están en el corazón de las poblaciones pobres. Surgen y se desarrollan ahí. Ellos avalan este arte popular y esta expresión, siempre utilizaron la idea de que la calle en la población es el patio común de sus habitantes. Además,

ocuparlos es tomar posesión de nuestra propia casa: es poner bandera, es memoria, es esperanza, es parte de nuestra terapia social, es levantar la autoestima en la población con presencia creativa de nuestros sueños comunes.

Herencia

Consideramos –y ahora con más fuerza– que el mural en las poblaciones está impregnado de los sueños y esperanza de los marginados, de sus luchas pasadas desde Recabarren hasta hoy, del descontento instalado con el estallido social de octubre 2019.

La expresión en los muros representa su bitácora de la historia de nuestro país. Lo llamo Patrimonio de los Trabajadores, de los ciudadanos. Además, ocupa los espacios “propios” de la población en sus calles, que son el patio de sus casas, digo de poblaciones, de casas populares y pequeñas con muchos allegados, que por lo general les quedan chicas. Salen y habitan sus calles y estas son intervenidas por ellos, es su espacio común.

El grafiti, con esto de la globalización tiene y se ha desarrollado con estilos e influencias cruzadas y muy parecidas de un lugar a otro. Aunque sea distante, hoy la información es más inmediata. Pero en Chile el muralismo ha tenido una característica de identidad muy propia. Creo que con presencia fuerte como referencia a muchos jóvenes, hay muchos grafiteros que están derivando a ocupar los espacios urbanos con métodos y materiales o técnica muralistas.

Hay que entender que el mural brigadista es colectivo, social. Es comunicar, incitar. Es participativo por la comunidad. El grafiti es más “individual”, de tribu, aunque los orígenes de ambos son antisistémicos. Pero en Chile están derivando a un muralismo muy propio: ver las ciudades. En Santiago se puede ver en la Calle Santa Rosa desde Franklin hasta Vespucio, o poblaciones con sus Museos a Cielo Abiertos o Gran Avenida al llegar a Vespucio, expresiones muy hermosas. Pero más que influencias, los que están en la calle saben

que el respeto se gana por la consecuencia, la calidad, la persistencia. Es un taller abierto donde uno o una muestra su trabajo, y participa resignificando los espacios comunes. Hay muy buenos exponentes urbanos jóvenes que reconocen su despertar visual con los murales de las Brigadas Ramona Parra.



El peligro siempre está en cómo el sistema –las grandes empresas– tiente a estos jóvenes a trabajar para ellos para imponer marcas y productos, alejándolos a perder su verdadero origen. Los neutralizan en la eficacia antisistémica. Eso se ve porque la expresión urbana es una manifestación generacional, y es un muy buen segmento de consumo. Los pintores urbanos son de autogestión, y es muy tentadora esta oferta. Lo mismo pasa con las galerías de arte, que observan a estos grafiteros al estar en la calle. La empresa privada olfatea que tiene una buena fuente de mercado. En la calle no se busca el éxito, se busca ocupar los espacios, decir que existimos, soñamos y denunciamos. Para mantener la independencia de nuestro trabajo, es libertad, es compartir, es comunicarnos.

Lo que hay que considerar es que tanto las universidades como la academia, o la élite de las Artes Visuales, siempre han visto el arte urbano como una expresión menor. El arte verdadero para ellos está

en la formación académica –legítima– que “trascienda”. Estamos hablando cincuenta años de una manifestación que ya es patrimonio e identidad cultural, con estilo y características propias del Arte Brigadista, digna de estudios. Hemos visto crecer a jóvenes con talento pintando en las calles. Nos levanta el ánimo ese atrevimiento a correr riesgos, además de esfuerzo por posicionarse de un muro y de la historia.

En Chile, el muralismo urbano también está considerado como arte menor. Es curioso que en ninguna universidad nuestra exista un taller de muralismo. En otros países hay cátedras. Hoy se comenta mucho y hay gran preocupación por los jóvenes en investigar y hacer tesis. Pero no son fomentadas por la academia, sino por el vacío histórico que estos jóvenes sienten. Este vacío es presencia y herencia de la dictadura que quiso poner olvido a esta cultura popular.

Hoy es autogestionado, nada ligado a aportes privados que puedan sujetarlo a condicionamientos y a perder la independencia. Mucho menos está ligado a publicidad que “vende y promociona productos”. Menos aún a las ONG, porque las platas pueden llegar de terceros (triangular) como de lavado de dinero. Hay poblaciones donde hay mucho movimiento de droga, y muchas veces los narcos quieren hacer aportes que no se aceptan por consecuencia. Además, el mismo sistema fomenta una neutralización para quitarle eficacia al mensaje, y a la larga debilita. Pero sí aceptando aportes de los pobladores, de sindicatos u organizaciones sociales de lucha por la identidad y solidaridad.

Desde su fundación hasta el golpe había una orgánica con Dirección Nacional dependiente de la Comisión Nacional de Propaganda. Cuando vino el golpe había más menos 120 brigadas con una composición de 10 a 12 miembros, cada una con un encargado. Con el golpe esto se desmanteló, pasando sus integrantes a la clandestinidad, o al exilio. Muchos fueron presos, torturados, desaparecidos. Eso fue un retroceso en el movimiento popular. La dictadura blanqueó los muros, haciendo desaparecer toda manifestación o huella o registro cultural.

Hoy, desde antes, en ascenso durante el estallido social de octubre, hay un gran auge Brigadista y muralista, desarrollándose grupos colectivos como Brigadas Ramona Parra, con una orgánica y estructura a nivel nacional en movimiento. Eso no sucede solamente en el trabajo muralista de intervención urbana, sino también en su estructura política que ha encantado a los jóvenes a participar y cambiar Chile.



Luchando por educación “para todas y todos”

La visión educacional de la Unidad Popular
y de Salvador Allende

Beatrice Ávalos

Comienzo a redactar este artículo, recordando con emoción el momento en que salimos la noche del 4 de septiembre con mis vecinos hacia Agustinas, Alameda y hasta la Iglesia de San Francisco a celebrar lo que era ya un triunfo seguro. Eran gritos, canciones, abrazos.... Era el comienzo de lo que sentíamos implicaría la construcción de un mejor Chile para todos, y en especial, para la diversidad de ese pueblo que se reunía allí.

Introducción

El estado de la educación formal en el Chile de fines de la década de 1960 era el producto de una larga evolución de lucha, logros y falencias en torno a abrir oportunidades para su población. Su cobertura se había definido inicialmente con la Ley de Instrucción Primaria de 1860 y afianzado, en medio de luchas políticas y empuje de

educadores como Valentín Letelier y Darío Salas, con la ley de obligatoriedad de la educación primaria (1920) cuyo centenario acaba de celebrarse. En el curso de ese desarrollo se habían creado escuelas normales y el Instituto Pedagógico para la formación de docentes de nivel primario y secundario. El concepto de educación pública se había hecho parte del ideario de los grupos políticos que asumieron la presidencia de la nación entre 1925 y 1960, entendiendo que la educación y la salud eran atención preferente del Estado, como lo expresa el gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1938-1944). Entre 1940 y 1957 la matrícula de la educación primaria aumentó en un 68% y en un 157% en el nivel secundario (Campos Harriet, 1960).

Pero hacia la década de 1960 se constataba que la educación era desigual en cuanto a cobertura y desigual en cuanto a efectividad. El crecimiento de la matrícula escolar se había estancado y la deserción escolar había alcanzado niveles intolerables (Ponce de León, 2018). Solo un tercio de los estudiantes completaba la educación primaria, y solo 17% completaba la educación secundaria. La promesa educativa de la primera parte del siglo XX no se cumplía.

Esta situación afectaba también a muchos países del mundo y en particular a los de América Latina. En consecuencia, las reuniones de la UNESCO en Lima, Perú (1956) y en Santiago de Chile (1962) alertaron sobre la necesidad de asegurar enseñanza primaria obligatoria y gratuita para la población en edad de recibirla, para lo cual recomendaron el aumento del gasto en educación a un 4% del PIB. También se solicitó ampliar el acceso a la educación secundaria y universitaria. Atender a estas recomendaciones requería examinar en detalle la situación y planificar un programa de cambios, como lo había sugerido la reunión de ministros de educación de América Latina (Washington, D.C., 1958). El gobierno de Jorge Alessandri (1960-1965) comenzó el proceso estableciendo una oficina de planificación en el Ministerio de Educación con el fin de analizar los requerimientos educativos y proponer cambios. El proceso concluyó con la recomendación de una reforma integral de la educación, la que

sería asumida por el gobierno siguiente de Eduardo Frei Montalva (1965-1970).

En lo que sigue, el capítulo examina la reforma educacional realizada durante el gobierno de Frei Montalva en cuanto a cobertura y cumplimiento de estudios, equidad en logros educativos y niveles de participación de la sociedad en la construcción de los cambios. La situación resultante se toma como el punto de inflexión para introducir la política educacional del presidente Salvador Allende y de la Unidad Popular, y lo central de lo que pudo y no pudo realizar. La reflexión final aproxima la intención de políticas cruciales de Allende al presente educacional de Chile y se refiere a las definiciones legales actuales que validan lo que la Unidad Popular quiso realizar.

Avances e insuficiencias de la reforma de Frei Montalva

Los problemas de cobertura y de logro educativo suficientemente diagnosticados en los procesos de planificación a comienzos de la década de 1960 impactaron decisivamente en la política de “democratización” educacional asumida por el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva. Una de sus expresiones, esencialmente cuantitativa, fue garantizar “ampliamente las oportunidades de ingreso, permanencia y ascenso en el sistema educacional sin otro límite que las condiciones intelectuales del hombre” (Discurso del presidente Eduardo Frei Montalva en ocasión de la puesta en marcha de la Reforma Educacional, 1966). Para lograr este fin, se impulsó la expansión de la matrícula, se instaló un importante programa de construcciones escolares y se invirtió en asistencialismo principalmente a través de la Junta de Auxilio Escolar y Becas. Se proyectó la expansión del sistema educativo hacia el nivel parvulario y la educación de adultos mediante una Ley de Guarderías y Jardines Infantiles y una sección ministerial de Adultos. Se propició el desarrollo de la educación extraescolar mediante programas del Instituto Nacional de Capacitación Profesional (INACAP), centros de madres y centros

juveniles como también a través de la creación de la Promoción Superior del Trabajo.

“Modernización fue la segunda vertiente de la reforma educacional del gobierno de Frei Montalva. Si bien no tuvo una definición precisa, esta política se expresó en importantes transformaciones de la estructura, contenidos y procesos pedagógicos del sistema educacional. Se propuso modificar “las técnicas de enseñanza” e incorporar “métodos más científicos”, adaptar “los avances de la educación moderna a las condiciones existentes en Chile”, adecuar “la estructura y funcionamiento de los servicios educacionales del nuevo sistema”, establecer “modernas técnicas de administración” y otorgar “preocupación y recursos a las tareas de formación y perfeccionamiento del profesorado” (Frei Montalva, 1966, p. 6). Conocidos son los efectos de estas políticas: el establecimiento de una estructura del sistema educativo que rige hasta hoy, la reformulación del currículum escolar, elaboración de textos-guías y preparación acorde de docentes a cargo del nuevo Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas (CPEIP). Se ampliaron las bibliotecas escolares y los laboratorios científicos para las escuelas y se revitalizó la *Revista de Educación* establecida en 1928. Es decir, la propuesta modernizadora avanzó en forma importante.

Fue más difícil, sin embargo, avanzar en la meta de democratizar las oportunidades educacionales y lograr cambios sustantivos en el acceso universal a la educación y en la retención escolar. La pirámide educacional no logro aplanarse en forma suficiente (Núñez, 1990; Farrell, 1986). Los menos beneficiados por la educación reformada fueron los niños provenientes de sectores rurales. El año 1970 solo el 18% de estos niños había sobrevivido y completado los 8 años de educación básica comparado con 48% de los sectores trabajadores urbano-industrial, 71% de sectores medios y el 100% de niños de la clase alta profesional y gerencial (Schiefelbein y Farrell, 1982). Por otra parte, la educación media seguía siendo principalmente humanista-científica ya que la mayoría de los estudiantes preferían esta opción (66%) a la opción técnico-profesional (Avalos, 1972).

Por otra parte, la conducción de la reforma del gobierno demócratacristiano no se asentó en una discusión más amplia sobre educación, sus problemas y las soluciones propuestas. Debido a la fragmentación de las asociaciones sindicales docentes, su participación fue difícil de lograr. Solo hacia el final del gobierno de Frei Montalva, los principales organizaciones existentes se unificaron en el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación (SUTE) con miembros principalmente de los partidos Radical, Socialista y Comunista. El SUTE constituiría una entidad de importancia clave en la elaboración de la política educacional del gobierno de Salvador Allende y en la conducción del sistema educacional (Farrell, 1986).

La propuesta educacional de la Unidad Popular y su vigencia histórica

El título de esta sección refleja el que un elemento central de la política educacional de la Unidad Popular y del presidente Allende, la Escuela Nacional Unificada no lograra ir más allá de ser una propuesta. Pero el título también sugiere que elementos centrales de las políticas educacionales del gobierno de Allende reflejados en metas de justicia social y participación social, sí avanzaron a pesar de dificultades coyunturales. Esta sección, por tanto, considera estos elementos refiriéndose inicialmente a la visión internacional y a las ideas pedagógicas del momento.

Pensamiento y política educativa en el contexto nacional e internacional

La década de 1960, como recuerda Gajardo (2018), fue testigo de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y de movimientos que dieron forma a la nueva nación cubana. En Chile, a partir de 1967, los estudiantes universitarios habían asumido una lucha exitosa por transformar sus instituciones, y derivado hacia la izquierda política a miembros de la Democracia Cristiana que pasaron a constituir el

MAPU, uno de los partidos que serían parte de la Unidad Popular. Su efecto implicó “una ruptura en el interior de las élites dirigentes y un cuestionamiento a los papeles sociales atribuidos a los profesionales, a los universitarios y a la Universidad. La reproducción de los “cuadros dirigentes” y el rechazo de los valores que informan el desempeño de tales papeles agrieta un mecanismo importante de control social tal como es el sistema educativo” (Faletto, 1979).

En cuanto a perspectiva educacional, en esa década exhibieron posiciones intelectuales que dirigían la atención hacia temas de equidad y justicia social respecto de los grupos sociales desaventajados. La presencia en Chile de un grupo de intelectuales brasileños exiliados a causa de la dictadura militar de su país, influyó en la discusión socioeducativa y en programas de cambio. Entre ellos, se destacaron Ernani Fiori y Paulo Freire. Fiori, contribuyó a la remodelación académica de la Universidad Católica de Chile posreforma durante la rectoría de Fernando Castillo Velasco, y a la creación del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), dirigido inicialmente por Jacques Chonchol, quien llegaría a ser uno de los ministros de Allende.

Paulo Freire dio forma en Chile a una perspectiva crítica de análisis de la educación y sus procesos (Freire, 1968; 1989), elaborada trabajando con grupos campesinos como consultor del gobierno chileno en el Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria (ICIRA). Además, compartió su pensamiento educacional y político con una diversidad de jóvenes e intelectuales que llegarían a comprometerse con las propuestas y programas de la Unidad Popular. La influencia política de Freire fue tal, según documenta Gajardo (2018, p. 34), que a fines de 1968 el gobierno de Chile no renovó su contrato “bajo acusaciones de provocar en un contexto político cada vez más radicalizado, la politización de algunos grupos sociales, especialmente de organizaciones campesinas y redes de pobladores urbano-marginales”. Sin que el término llegara a usarse específicamente en las propuestas educativas de la Unidad Popular, el concepto freiriano de “concientización” acuñado en Chile marcó el pensamiento de muchos de los educadores que se unieron a esa idea

y los argumentos que dieron contenido a las propuestas del Congreso Nacional de Educación en 1971 y de la Escuela Nacional Unificada (Hernández, 2011; Núñez, 2003).

En Chile, y a partir de escritos y conferencias públicas, Freire introdujo el concepto de la concientización, un neologismo para el cual no existe una definición precisa. Desde un punto de vista pedagógico, la noción remite a un aprendizaje orientado hacia la percepción de realidades económicas, políticas y sociales como requisito indispensable de la acción política y social; desde una perspectiva filosófica, vincula ciencia y existencia, hace consciente la realidad y las contradicciones del mundo humano. Remite, además, a una epistemología donde, de manera ecléctica, se mezclan muchas escuelas de pensamiento filosóficas, sociológicas, psicológicas y pedagógicas Gajardo (2018, p. 29).

El rol de la educación en el desarrollo humano y social en América Latina había sido discutido en las reuniones de Ministros de Educación en Lima (1956) y en Santiago en 1962. Pero la reunión en Lima (1969) de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) fue quizá la más importante en términos de análisis crítico-socioeconómico mirando hacia la década siguiente y su influencia en el pensamiento intelectual de la Unidad Popular, reconocida de paso por Sepúlveda (2020).

En lo que respecta a educación, el Informe CEPAL indicó que las reformas en América Latina debían guiarse por principios de derechos humanos: (a) equidad expresada como educación obligatoria, igualdad de oportunidades educacionales más allá de la obligatoria, antidiscriminación y medidas compensatorias; (b) desarrollo de los recursos humanos requeridos por la educación; (c) aseguramiento del bienestar de niños y jóvenes; y (d) participación popular en las tareas de desarrollo (United Nations Economic and Social Council, 1969, p. 199). Como se verá más adelante, estas metas formaron parte del programa de la Unidad Popular.

La tercera fuente internacional de influencia fue el Informe Faure elaborado por una comisión de la UNESCO (Faure et al., 1972).

Según lo indica Núñez, este informe “fue uno de los cuerpos teóricos, para preparar el Informe ENU” (Núñez, 1990, p. 179).

El Informe Faure diseñó las características cambiantes del escenario político, cultural y educacional mundial con vista a la educación del futuro. Su foco político incorporó una remirada al concepto de democracia más allá de entenderla como un conjunto de garantías jurídicas que protegen al ciudadano de arbitrariedades. En su relación con la educación, la democracia “debe permitirle [al ciudadano] participar en las responsabilidades y en las decisiones inseparables de una sociedad promocional; ... único medio capaz de reforzar la exigencia de educación, pues la relación de igualdad democrática no podría existir –o seguir existiendo– entre clases separadas por una desigualdad de instrucción demasiado grande (Faure et al., 1972, p. 32).

El Informe Faure insistió en la importancia de la escuela, pero una abierta a la sociedad y con una mirada de futuro marcada por el avance de la tecnología y el cambio. Examina y propone integración en todas las etapas y formas institucionales de la escuela, lo que pasaría a ser la base de la propuesta de Escuela Nacional Unificada: “Abolir las barreras artificiales o anticuadas entre los diferentes órdenes, ciclos y niveles de enseñanza, así como la educación formal y la no formal; implantar gradualmente, y primero para ciertas categorías de la población activa, posibilidades de educación iterativa (de ‘educación recurrente’) (Informe Faure, p. 273).

Educación en el programa de la Unidad Popular y en los discursos del presidente Allende

Luego de 40 años, la visión educacional de la Unidad Popular sigue vigente en sus rasgos principales, si bien su expresión refleja el escenario educativo de las décadas de 1960 y 1970. En relación a la condición social del pueblo, el programa de la Unidad Popular atribuyó al capitalismo, como lo hizo el documento de CEPAL (United Nations Economic and Social Council, 1969), la persistencia de altos índices de pobreza en Chile y “las postergaciones de todo orden que sufren

los obreros, campesinos y demás capas explotadas”. De ahí definió la necesidad de contar con la gran visión de “una nueva cultura orientada a considerar el trabajo humano como el más alto valor, a expresar la voluntad de afirmación e independencia nacional y a conformar una visión crítica de la realidad”. Por tanto, al plantear las tareas en todo orden a realizar, el Programa de la Unidad Popular delineó como meta educacional la formación de un pueblo “socialmente consciente y solidario, educado para ejercer y defender su poder político, apto científica y técnicamente para desarrollar la economía de transición al socialismo y abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto (Programa Unidad Popular, 1969, p. 28).

Claramente, una meta de esta amplitud no podía lograrse en un período presidencial, pero marcaba con claridad los componentes de lo que sería un programa educacional que encaminara hacia adelante el proceso: educación anclada en pensamiento crítico y desarrollo de sentido solidario, conocimientos científicos y tecnológicos acorde con lo que se percibía sería el tenor de los años futuros y que enfatizaría el Informe Faure (Faure et al., 1972) y capacidad de aprecio y ejecución de las artes –en buenas cuentas una educación amplia en las capacidades en las que se aspiraba a formar.

Si bien el Programa de la Unidad Popular (1969) contiene un preanuncio de la Escuela Nacional Unificada (ENU) al proponer el establecimiento de un “sistema educacional único y planificado”, sus propuestas concretas no eran “revolucionarias”. El proyecto educacional presentado se ancla inicialmente en una denuncia de tasas preocupantes de analfabetismo, repetición y deserción, algo que no había logrado disminuir el gobierno anterior de la Democracia Cristiana, concluyendo con esto que no se habían sentado las bases para una verdadera democratización de la educación. Por tanto, tenía sentido proponer el establecimiento de escuelas unificadas de “básica y media, en cada comuna rural, en cada barrio y en cada población de las ciudades de Chile”. La realización de una amplia campaña de alfabetización y la implementación de un “Plan Nacional de Becas Escolares”, con foco

en la clase obrera y campesina, correspondía claramente al objetivo de asegurar educación para todos, especialmente pensando en aquellos sin acceso o que no completaban su escolaridad mínima. No podía ser objetable la propuesta de establecer salas cuna y jardines infantiles con prioridad para los pobres. Tampoco era conflictivo proponer el desarrollo de formas de enseñanza basadas en métodos activos y propiciadores de pensamiento crítico, pues este enfoque era parte de la visión educativa de Paulo Freire y antes había marcado la reforma educacional de 1929 inspirada en la pedagogía de John Dewey. No se desconocía la importancia de reformas del gobierno anterior y al contrario se les aseguraba amplio respaldo para lo cual se asignarían recursos suficientes. Lo que sí era nuevo con respecto a esa reforma y otras anteriores, fue proponer una nueva modalidad participativa para su diseño e implementación: “La transformación del sistema educacional no será obra solo de técnicos sino tarea estudiada, discutida, decidida y ejecutada por las organizaciones de maestros, trabajadores, estudiantes y padres y apoderados dentro de los marcos generales de la planificación nacional (Programa Unidad Popular, 1969, p. 30).

Con esto, el Programa de la Unidad Popular establecía distancia respecto de lo que había sido una debilidad evidente de la reforma educacional del presidente Frei, diseñada principalmente por especialistas académicos, con limitada participación de los docentes y más bien criticada por ellos (Fischer, 1979).

Lo que sí resultó ser conflictivo fue la siguiente indicación del Programa:

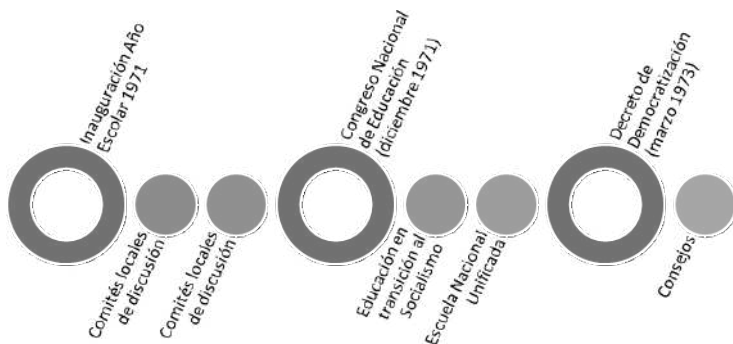
Con el objeto de hacer realidad la planificación de la educación y la escuela única nacional y democrática, el nuevo Estado tomará bajo su responsabilidad los establecimientos privados, empezando por aquellos planteles que seleccionan su alumnado por razones de clase social, origen nacional o confesión religiosa. Esto se realizará integrando al sistema educacional el personal y otros medios de la educación privada (Programa Unidad Popular, 1969, p. 29).

Como lo comenta Farrell (1986), esta propuesta atentaba contra lo máspreciado en las convicciones tanto de los demócrata cristianos como de los grupos conservadores, y por cierto de la Iglesia Católica. Encarnaba la posibilidad de que el Estado debilitara o terminara con la educación privada. Frente a esta situación, y dado que la confirmación de Allende como presidente requería de voto parlamentario suficiente para ello, se obtuvo el apoyo del Partido Demócrata Cristiano a cambio de la firma de un Estatuto de Garantías Democráticas. Este incluyó tres acápites que aseguraban la existencia de la educación privada en el sistema nacional de educación, con su propia forma de administración y financiamiento estatal, aunque solo para establecimientos privados sin fines de lucro.

En camino hacia la Escuela Nacional Unificada

Las acciones de cambio educativo que tendrían lugar durante el gobierno de Allende se anunciaron en el discurso de inauguración del año escolar en 1971, se discutieron en congresos locales establecidos con este fin, se acordaron durante el Congreso Nacional de Educación y se regularon mediante el Decreto de Democratización de la Educación. El proceso y sus hitos centrales se ilustran en la figura siguiente:

Figura 1: Hitos en el desarrollo de política y modalidades de cambio educacional (1971-1973)



En su discurso de inauguración del año escolar en 1971, Allende presentó la visión de educación que regiría las políticas y anunció el tenor de cambios que debían realizarse en los próximos años. Para ello, debía instalarse un amplio proceso de democratización de la educación, y múltiples canales educativos equivalentes en importancia y valor a una escuela “abierta”: “Toda sociedad debe ser una escuela, y la escuela debe ser parte integrante de esa gran escuela que debe ser la sociedad”. La forma concreta de los cambios educativos requeriría a su vez de amplia participación “para hacer posible que esa reforma educacional que anhelamos sea el producto de una comunidad” (Allende, 1971).

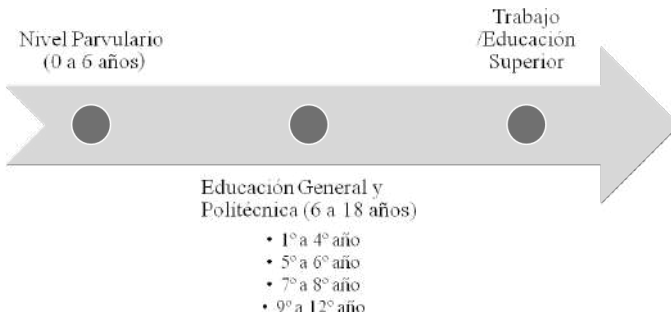
El llamado a participación se concretó en la organización de una diversidad de comités locales para discutir las ideas y propuestas en preparación para lo que sería el segundo hito indicado en la figura 1, el Congreso Nacional de Educación. Realizado entre el 13 y 17 de diciembre de 1971 bajo la conducción del Sindicato Único de Trabajadores (SUTE), la Confederación Única de Trabajadores (CUT) y el Ministerio de Educación. El Congreso contó con 928 delegados oficiales de todo el país, representando a sindicatos docentes y funcionarios del sistema público y privado, padres de familia y organismos comunitarios, estudiantes de la educación media, normal y universidades públicas y privada y otros organismos como iglesias, organizaciones culturales (Núñez, 1990). En síntesis, se trató de una gran reunión para la discusión y acuerdo en torno a cuatro temas principales: (a) planificación de la educación en transición al socialismo; (b) futura escuela nacional unificada (ENU); (c) necesidades y problemas educacionales y tareas de la construcción socialista; y (d) la política de democratización. Sin embargo, solo los dos primeros temas –planificación de la educación y ENU– fueron aprobados unánimemente. Si bien hubo críticas a aspectos de organización y participación que fueron documentados por asistentes (Miranda en Fischer, 1979), a nivel del gobierno se consideró como un gran logro, y Allende declaró que las políticas educacionales y acciones futuras de su gobierno se basarían en los acuerdos del Congreso.

El tercer hito indicado en la Figura 1 –el documento legal para instalar el sistema educativo reformado– fue enviado para su aprobación en marzo de 1973 a la Contraloría General de la República. En lo medular, este Decreto asentaba el principio de amplia participación en los procesos y decisiones educacionales (Miranda en Fischer, 1979), mediante el establecimiento de tres tipos de comités en los niveles: (a) local o municipal; (b) provincial, uno en cada una de las 25 provincias del país; y (c) regional en cada una de las 10 regiones. Como lo indica Farrell (1986), estos comités funcionarían bajo el Consejo Nacional de Educación proporcionando consejo y colaborando con la burocracia estatal en la planificación, implementación y evaluación de las políticas educacionales. Además de estos comités, se autorizaba el establecimiento de otros tres tipos de consejos a nivel de las instituciones escolares: (a) de trabajadores de la educación; (b) de la comunidad escolar (padres, alumnos, profesores y administrativos; y (c) de consejo directivo escolar. Con esto se completaba la política de participación del presidente Allende. Pero como lo señala Farrell, al tiempo de su promulgación definitiva en abril de 1973 y después de responder a objeciones de la Contraloría General de la República, “el país entero ya estaba sumergido en un debate mucho más crítico, relacionado con la iniciativa política de la Escuela Nacional Unificada” (Farrell, p. 142).

La Escuela Nacional Unificada (ENU): un proyecto que no pudo ser

Al declarar como propósito amplio la educación permanente y la educación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, la ENU recogió el lenguaje del Informe Faure (1972) al que se hizo referencia antes. Su contenido central se vinculaba con un establecimiento (o más de uno) que ofreciese educación general, politécnica y profesional. En lo medular, la propuesta mantuvo la estructura existente de una escuela de 12 años establecida en la reforma anterior del presidente Frei, con algunas modificaciones y con importante variación en los contenidos y actividades curriculares (figura 2):

Figura 2: Estructura de la Escuela Nacional Unificada



La diferencia central de la ENU con la escuela de 12 años de la Reforma de 1965 era su enfoque curricular dirigido no solo a la formación general sino también a la profesional y técnica, desde los primeros años del ciclo básico hasta el fin de la trayectoria escolar. Su orientación central se definió como sigue:

La Educación General y Politécnica ayudará a la adquisición de los fundamentos científicos de las ramas más importantes de la producción de bienes y de servicios, al dominio teórico y práctico de la tecnología y al conocimiento y solución de los problemas sociales que afectan al país. Esto se logrará por medio de la íntima vinculación entre la escuela y la vida, la enseñanza y la producción, la teoría y la práctica, haciendo de este modo la educación más vital, el conocimiento más científico, el desarrollo más pleno, y asegurando en cada joven la formación del hombre, del ciudadano y del productor (Informe sobre Escuela Nacional Unificada, 1973).

Se incorporan actividades libremente elegidas en los primeros ocho años de la escuela y se introduce a lo largo de este período actividades de relación estudio-trabajo y trabajos voluntarios. El ciclo de 9º a 12º año incluye una diversificación en tres planes: común, electivo y de especialización, permitiendo una especialización tecnológica. En términos de su gestión, la ENU conformaría “complejos educacionales” ubicados y gestionados en los Consejos Locales de Educación. En

la práctica, la ENU sería un “complejo” en el que se ubicarían los establecimientos fiscales en una jurisdicción determinada.

Reflexión final

En otro momento histórico, la propuesta de la ENU hubiese despertado una discusión probablemente intensa entre políticos, especialistas de la educación y entre lingüistas amantes de una expresión castellana simple y no ideológica (Farrell, 1986), pero no se hubiese convertido en el fuerte gatillador de la revuelta civil y militar que derrotó a la democracia. De ahí, la necesidad de exprimir de la propuesta ENU, del programa educacional de Unidad Popular y de las expresiones mismas del presidente Allende, aquello que tuvo o que sigue teniendo relevancia hoy, si bien lo hizo hace casi dos décadas uno de sus gestores importantes (Núñez, 2003).

Volviendo a los temas de la primera parte de este artículo, tal vez lo más importante de la visión educacional de la Unidad Popular fue su énfasis en lo que hoy llamamos “justicia social”. En su discurso de 1971, Allende anunció una lucha sin cuartel “para que se desarrollen en condiciones similares las capacidades de los niños, al margen de las contingencias de una sociedad injusta, que abre todas las posibilidades a unos pocos y cierra posibilidades a la inmensa mayoría de nuestros niños”. En los tres años de gobierno, la Unidad Popular efectivamente logró que la matrícula escolar de todos los niveles creciera en 17,4% (Núñez, 1990). Hubo aumento de cobertura de la población de 0 a 24 años de 47% en 1970 a 54,5% en 1973. Chile se había adelantado con sus políticas a la campaña mundial de “Educación para Todos” iniciada en 1990, en Jomtien, Tailandia. Pero el apoyo legislativo sólido en Chile llegaría mucho más tarde con las leyes General de Educación (Ley 20.370, 2009) y de Inclusión (Ley 20.845, 2015), que establecen educación sin ningún tipo de discriminación ni en la entrada a la escuela ni en los procesos educativos dentro de ella. Allende había mostrado un camino para esta visión de política.

El segundo legado de la propuesta educacional de Allende y de la Unidad Popular fue la concepción de un sistema educativo descentralizado, funcionando con principios de gestión democrática en consejos de administración regional, provincial y locales de educación, y en la gestión de los establecimientos escolares. Invocando principios similares, este legado se materializó en 2017 en Chile, con la Ley de Educación Pública (Ley 21.040) que establece un sistema local de gobierno con “una definición amplia de calidad educativa, de mejoramiento continuo, cobertura nacional, no discriminación, equidad, igualdad de oportunidades, colaboración, trabajo en red, educación ciudadana, inclusividad, participación local y comunitaria, entre otros” (Ávalos y Bellei, 2019).

Finalmente, si bien no tuvo una expresión concreta en las políticas formales de la Unidad Popular, más allá de señalar que su formación debía tener lugar en la universidad (Núñez, 2003) el rol de los/las profesoras o trabajadores de la educación, como se los designó entonces, fue importante en su diseño e implementación. Allende reconoció el valor de la tarea de enseñar y sus palabras al respecto sirven para concluir este artículo:

Maestros, maestros de mi Patria, he querido conversar con ustedes y decirles cuánto confiamos en su apoyo. Ustedes son depositarios de una tradición que ha colocado al magisterio chileno en un prestigio reconocido más allá de las fronteras nuestras; ustedes siempre supieron de las horas duras, del esfuerzo y del trabajo desconocido y negado ... ustedes son el gran filón en que el pueblo confía ... para hacer posible las grandes transformaciones que anhelamos, porque ustedes son los que forman la mente del niño, que será el ciudadano de mañana (Allende, 1971).

Referencias

Allende, S. (1971). Palabras del Presidente de la República Compañero Salvador Allende, Pronunciadas en el Estadio Chile al Iniciar el Año Escolar 1971. Santiago: Dirección de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. www.marxist.org

Ávalos, B. y C. Bellei. (2019). Is Chilean education departing market-oriented and New Public Management systems. En C. Ornelas (ed.), *Politics of Education in Latin America*. Boston: Brill-Sense.

Ávalos, B. (1972). Educación y transformación social. Análisis de las realizaciones educativas de la Reforma Educacional (1965-1970) y sus proyecciones para una nueva política educacional. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, CEREN, 11.

Campos Harriet, F. (1960). *Desarrollo Educacional 1810-1960*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Faletto, E. (1979). La dependencia y lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*. Enero-Febrero, pp. 40-49. https://nuso.org/media/articles/downloads/506_1.pdf Recuperado: 12 septiembre 2020.

Farrell, J. P. (1986). *The National Unified School in Allende's Chile. The Role of Education in the Destruction of a Revolution*. Vancouver: University of British Columbia Press.

Faure, E., F. Herrera, A. R. Kaddoura, H. Lopes, A. V. Petrivski, M. Rahne-
ma y F. Champion Ward. (1972). *Apprendre à Être*. Paris: Unesco (versión en castellano, Madrid: Alianza Editorial, 1973).

Fischer, K. B. (1979). *Political Ideology and Educational Reform in Chile 1964-1976*. Los Ángeles: UCLA Latin American Center Publications.

Frei Montalva, E. (1966). Discurso con ocasión de la puesta en marcha de la Reforma Educacional. Departamento de Cultura y Publicaciones, Subsecretaría de Educación.

Freire, P. (1968). *Pedagogía del Oprimido*. Santiago: PIIE y U Tecnológica Metropolitana (2018). Trad. PIIE.

Freire, P. (1989). *La educación como práctica de la libertad*. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Gajardo, M. (2018). *Paulo Freire: crónica de sus años en Chile*. Academia.edu

Hernández S., M. A. (2011). La política educativa de la Unidad Popular (12970-1973): el rol de la Escuela Nacional Unificada en la estrategia política de la U. P. Santiago: Tesis de Grado U. Alberto Hurtado.

Ley 20.845 (2015). *De Inclusión Escolar que Regula la Admisión de los y las Estudiantes, Elimina el Financiamiento Compartido y Prohíbe el Lucro en los Establecimientos que Reciben Aportes del Estado*. Santiago: Ministerio de Educación.

Ley 20.903 (2016). *Crea el Sistema de Desarrollo Profesional Docente y Modifica Otras Normas*. Santiago: Ministerio de Educación de Chile.

Ley 21.040 (2017). *Crea el Sistema de Educación Pública*. Santiago: Diario Oficial de la República de Chile.

Ley 20.370 (2009). *Ley General de Educación*. Santiago: Ministerio de Educación.

Ministerio de Educación Pública (1973). Informe sobre Escuela Nacional Unificada. En *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación* 2, Enero 2014. <http://www.historiadelaeducacion.cl/index.php/CCHE/article/view/87/75>

Núñez, I. (2003). La ENU entre dos siglos. Ensayo histórico sobre la Escuela Nacional Unificada. Santiago: LOM y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. <http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0066051.pdf>

Núñez, I. (1990). *Reformas Educativas e Identidad de los Docentes. Chile, 1960-1973*. Santiago: Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE).

Ponce de León, M. (2018). La política y las políticas educativas. En S. Serrano, M. Ponce de León y R. Mayorga (eds.). *Historia de la Educación en Chile (1810-2010), III, Democracia, exclusión y crisis (1930-1964)* pp. 63-92. Santiago: Taurus.

Programa Básico del Gobierno de la Unidad Popular. Candidatura Presidencial de Salvador Allende (26 diciembre 1969). Santiago. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7738.html>

Schiefelbein, E. y J. P. Farrell. (1982). *Eight Years of Their Lives: Through Schooling to the Labor Market in Chile*. Ottawa: International Development Research Center.

Sepúlveda, A. (2020). *La Unidad Popular. Los Mil Días de Salvador Allende y la Vía Chilena al Socialismo*. Santiago: Penguin Random House.

United Nations Economic and Social Council (1969). Second United Nations Development Decade: *Social Change and Social Development Policy*. Lima, Perú, Economic Commission for Latin America, 13th session.

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más

Zabrina Pérez Allende

La memoria es una construcción que selecciona cuidadosamente los recuerdos, especialmente, los años que determinaron mi caminar, 1969-1973. Nacimos en la década de 1950. Vivimos en un país de luchas, de desencuentros, asesinatos de campesinos, estudiantes, obreros, trabajadores, de grandes confrontaciones ideológicas, políticas y sociales. Poderosas movilizaciones populares se hacían sentir en las calles. Alza importante del movimiento obrero, campesino y estudiantil, con conciencia de clase, avanzaba en pasos agigantados, con gobiernos elegidos por votación popular e interrumpido, drásticamente, por el golpe militar, el 11 de septiembre de 1973, encabezada por el dictador Augusto Pinochet.

Esa es nuestra historia...

El mundo dividido en dos grandes bloques: capitalismo y comunismo. Y ya había sido declarada una guerra –“la guerra fría”– lo que determinaba que de este lado del mundo “occidental y cristiano”, todo movimiento social que cuestionara el poder era visto como una amenaza comunista.

En el año 1959 vimos como una pequeña isla caribeña, Cuba, de tan solo 1.100 kilómetros de largo, había hecho una revolución. Se enfrentó al país más poderoso del mundo, Estados Unidos. Un día, triste y amargo para todo nuestro entorno, fue el asesinato de Ernesto Che Guevara, en octubre de 1967. Fue apresado vivo en el pueblo de La Higuera, en Bolivia, la noticia recorría toda nuestra América morena. En 1968, el “Mayo Francés”, cuando estudiantes e intelectuales parisinos se levantaron para protestar contra el régimen económico, cultural y educacional y contra la política colonialista de su país.

En esos años todo se debatía, todo era objeto de discusión, porque lo que se estaba cuestionando era el sistema reinante, los valores vigentes. Mi hogar no estaba exento a esas discusiones, tenía el sello de un allendismo a ultranza, los temas de política nacional e internacional eran recurrentes en la mesa de los días domingo en familia.

Veíamos en la televisión, las imágenes de Vietnam, el horror de muertes de campesinos, niños y adultos destrozados por las bombas napalm. Escuchábamos a Víctor Jara, Mercedes Sosa, Quilapayún, Inti Illimani, los Olimareños, Violeta Parra, Daniel Viglietti, Joan Manuel Serrat, Joan Báez, Atahualpa Yupanqui, Piero, Sandro, los Beatles. Frecuentábamos las peñas folclóricas “Chile Ríe y Canta” y “la Peña de los Parras”. La música fue muy importante para nuestra generación, hasta hoy nos siguen sus voces y nos evoca a ese período de guitarreos, largos encuentros de cantos, compañerismo y solidaridad. Leíamos los poemas de Mario Benedetti, Pablo Neruda, Roque Dalton, Miguel Hernández, o Nicolás Guillen. En esa época, era muy reconfortante leer a Mafalda de Quino. Tan así, que le decía a mi madre, “soy mafaldiana, no me gusta la sopa”. En las discusiones más militantes, sacábamos los libros de los clásicos: Marx, Engels, Rosa Luxemburgo, Trotsky y Lenin.

Con gran admiración, entusiasmo y esperanza, pensábamos que era posible un mundo mejor. Veíamos las experiencias de Envar El Kadri en Taco Ralo, Tucumán; el Movimiento de Liberación Nacional (MLN)-Tupamaros, encabezado por Raúl Sendic; y del propio Miguel Enríquez, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Nos íbamos un poco más lejos y observábamos la experiencia vietnamita del general Giap, la china de Mao Tse Tung y su guerra prolongada; la bolchevique con Lenin, la lucha contra el colonialismo francés en Argelia o la del pueblo palestino y su Organización para la Liberación Palestina.

La primera revolución latinoamericana, la Cubana, encabezada por los comandantes hermanos Fidel y Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y el Che Guevara, la sentíamos tan cercana, tan posible... era nuestra revolución. Los escritos de Ernesto Guevara, el Che, eran de cabecera. Un hombre querible, por su posición crítica, antiimperialista... Era un hombre nuevo, ejemplo de honestidad, entrega por su conciencia de clase... queríamos ser como el Che.

Así, nos iniciamos en política...

Nos incorporamos a organizaciones políticas que planteaban o surgían a la luz de la Revolución Cubana, era nuestro imaginario colectivo. En ocasiones, en contradicción con las posiciones políticas reformistas o socialdemócratas. Creíamos en la Revolución. Se hacían grande murales y rayados callejeros con consignas elaboradas por las organizaciones políticas y sociales, se volanteaba, se entregaban boletines afuera de las fábricas, en las escuelas y las universidades, en las poblaciones, del mismo modo se repartía y vendía los periódicos de los partidos políticos.

Se planteaban las distintas visiones de la realidad del momento. Siempre con el apoyo irrestricto al gobierno popular de Salvador Allende. Nos unía la decisión de comprometernos en el proceso de la vía al socialismo, de ser coherente en la práctica de las ideas revolucionarias que a diario íbamos adquiriendo.

Participar y sumarse a alguna organización política no era difícil. El país estaba dividido en tres tercios: la derecha, representada por el Partido Nacional; el centro, representado por el Partido Demócrata Cristiano; y la izquierda, que era una coalición de partidos políticos que lo componía mayoritariamente el Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Social Demócrata, Izquierda Cristiana, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y otros más pequeños.

Soy hija de esa generación, que se debatía entre el capitalismo y el socialismo. Crecimos escuchando a los adultos sobre política en las reuniones familiares, en las escuelas, con lo/as amigo/as, en la calle, en la locomoción colectiva, en el trayecto hacia la escuela, universidad o trabajo.

Unidad Popular

El conglomerado político se formó en octubre de 1969, en reemplazo del Frente de Acción Popular, con motivo de las elecciones presidenciales de 1970. Conformada por el Partido Comunista, Partido Radical, Partido Socialista, el MAPU, el Partido de Izquierda Radical, la Acción Popular Independiente y la Izquierda Cristiana. Además, contó con el apoyo de la Central Única de Trabajadores (CUT). Para los simpatizantes de la Unidad Popular (UP) se formaron los Comités de la Unidad Popular.

El 4 de septiembre de 1970, todo Chile y América Latina, estaban pendiente de los resultados electorales, por ser el primer país que un presidente socialista llegaba a la presidencia por la vía electoral: “la vía pacífica al socialismo”.

Mis padres ansiosos, nerviosos por los resultados electorales, nos tenían a los tres hermanos en absoluto silencio para escuchar cada cómputo por la radio y la televisión nacional. Ya en horas avanzadas de la noche, anuncian, reconocen el triunfo de la Unidad Popular, encabezada por el doctor Salvador Allende Gossens, con el 36,61% de los votos, contra Jorge Alessandri Rodríguez, candidato del Partido Nacional con el 35,25% y el 27% restante para Radomiro Tomic, del Partido Demócrata Cristiano.

Horas más tarde, una manifestación espontánea de miles de seguidores de la UP, en pleno centro de Santiago, recibió el primer discurso del recién electo Presidente, dirigido a los trabajadores y a los sectores populares, donde reafirma su compromiso con su Programa de Gobierno y sus 40 medidas. La alegría del pueblo se hacía sentir,

familias completas con cánticos y consigas no paraban de bailar como en un verdadero carnaval. Uno de los momentos más felices vividos por el pueblo chileno. Allende asumió el cargo el 3 de noviembre de 1970.

A la edad de 13 años, al calor del triunfo popular en 1970, me incorporo a la juventud socialista. Fue por una invitación a una asamblea de izquierda al interior del Liceo N° 5 de Niñas, que durante la semana llamaba por medio de carteles pegados en los muros del viejo e histórico edificio, ubicado a pocas cuadras de la casa de Gobierno y a una cuadra del edificio que fue la sede de la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo, más conocida como UNCTAD III. (Fue terminado en 275 días, con miles de voluntarios para lograr terminarlo para la conferencia. Recuerdo que todos los días había un inmenso letrero, afuera de la construcción, que mostraba los días que faltaban para su término. Se logró el objetivo y se realizó la conferencia en 1972). Ahí, justo ahí, en pleno centro de Santiago, inicio mi militancia.

En la asamblea, me preguntan: “¿en qué partido usted milita compañera?” Y ante la numerosa asamblea me declaro socialista. Una de las participantes dice, “tu papá es socialdemócrata y es candidato a regidor por la comuna de Ñuñoa” (en la que vivíamos). “Sí efectivamente, pero yo soy socialista porque soy marxista y mi papá no lo es”, respondí.

Al término de la asamblea, las militantes socialistas me abordan y me preguntan “¿en qué núcleo, seccional o regional perteneces?” Me hablaban en un idioma que no conocía... Solo sabía que era socialista porque escuchaba las eternas discusiones de mi padre con sus correligionarios que creían en una economía mixta. Se declaraban no marxistas. Nunca estuve de acuerdo con ellos. Desde ese día me incorporo al núcleo Camilo Torres de la Juventud Socialista de la séptima comuna del Regional Centro. El Núcleo al cual pertenecía estaba compuesto por 50 militantes y simpatizantes en la jornada de la mañana y había otro, llamado Nadezhda Krupskaya, de 50 compañeras en la jornada de la tarde.

La opción de militancia que cada una tomó era una opción de vida, que muchas veces traía confrontaciones con los padres. Muy por el contrario, otras no teníamos problemas, era sentirse con el apoyo y la complicidad de verdaderos compañeros en la construcción de la sociedad que queríamos. Las madres, con una formación más conservadora, siempre el miedo estaba presente en ellas por el riesgo a perder la vida. Nosotras, jóvenes y temerarias, no sentíamos ese temor; por el contrario, siempre fuimos de la primera línea. Amábamos la vida, y estábamos dispuestas a arriesgarla para realizar los cambios profundos en la sociedad. No había otra posibilidad que el camino ya trazado por el propio peso del contexto y de la historia en nuestras espaldas.

Con morral de lana o cuero al hombro, zapatos bajos o zapatillas, pantalón de jeans, pelo atado, sin maquillaje, cara lavada. Nos sentíamos desafiando a la sociedad que inculcaba lo contrario para las mujeres. Buscábamos la independencia, dejábamos a muy temprana edad nuestra casa paterna (a los 16 años dejé mi familia) y construíamos espacios como la sociedad que queríamos construir.

Unidad Popular: construyendo socialismo

La participación no era, ni es un fin en sí mismo, sino una herramienta para avanzar en la toma de conciencia de clase, para lograr el poder real del pueblo en su conjunto.

Los estudiantes secundarios estábamos agrupados y coordinados por territorios. El Liceo N° 5 de Niñas (establecimiento donde estudiaba), el Liceo N° 8 de Hombres, el Comercial N° 3, el Liceo N° 10 (el único mixto del sector) y el Liceo N° 13 de Niñas (hoy Carmela Carvajal), eran parte de la coordinación estudiantil. Todos pertenecientes al Cordón Vicuña Mackenna.

Cada estudiante militante o simpatizante de la UP se hacía sentir como parte de una gran familia: respetuoso, solidario, cómplices, con principios y valores, siempre en imagen y semejanza del

Che. Sentirse y sentirnos libres, independientes, protagonistas en la construcción del país que soñábamos. Cada día nos dotábamos de herramientas necesarias para convertirnos en hombres y mujeres comprometida/os, pensantes, militantes donde nos encontremos, en la escuela, universidad, en el sindicato, en las orgánicas políticas, en hombres y mujeres revolucionaria/os.

El contexto estudiantil era reflejo de lo que sucedía en la política a nivel nacional: grandes debates, encuentros, desencuentros, y un alto nivel de politización y una participación masiva de los estudiantes, posiciones políticas que representaban los tres tercios (izquierda, centro y derecha). Todos agrupados en la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (FESES), que logró masificarse y alcanzó un nivel de relevancia política. El trabajo principal de la Federación y de los estudiantes de izquierda fue la lucha por la implementación de la Escuela Nacional Unificada (ENU).

Los estudiantes secundarios que pertenecían a la educación fiscal técnica, industrial y especial estaban agrupados, a nivel nacional, en una organización denominada Federación de Estudiantes Industriales, Técnicos y Especiales. Los liceos comerciales tenían otra organización, la Federación de Estudiantes de Comerciales (FECOCh). Las tres federaciones tenían una relación muy estrecha, todas controladas por la izquierda. Los estudiantes secundarios de derecha se concentraban en los liceos emblemáticos, como el Instituto Nacional y en los colegios particulares. La FESES se quiebra en el contexto de las elecciones de la Federación, porque la Democracia Cristiana se retira de la mesa política en la que proponía delegados por colegio para las votaciones, y la izquierda “un hombre, un voto”. Sabían que con la propuesta de la izquierda perdían la votación.

Los Centros de Alumnos eran elegidos por todos los estudiantes de cada liceo, y siempre con la representación de los tres tercios. En el liceo donde estudiaba, la derecha tenía la presidencia, luego la DC y la izquierda en tercer lugar. En el año 1973 se logra ganar la presidencia y fui elegida presidenta del Centro de Alumnas: por primera vez en la historia de ese liceo la izquierda ganó.

La derecha en esa época era muy agresiva, tenía como apoyo a la ultraderecha, el comando Rolando Matus y Patria y Libertad. Eran contrarios a la implementación de la ENU.

Recuerdo que las alumnas de mi liceo nos comentan que recibieron una información: al día siguiente, la derecha junto a la Democracia Cristiana, harían un paro nacional y se tomarían los liceos y colegios de Santiago. Al recibir la noticia, nos organizamos y decidimos tomar el liceo en la mañana muy temprano. Éramos alrededor de 100 alumnas, pocas para el recinto tan grande. Teníamos que cubrir muchas posibles entradas y sabíamos que nos enfrentábamos a la retoma del liceo por el comando Rolando Matus y Patria y Libertad.

Justo al lado del liceo se estaba construyendo un gran edificio que hoy es de la Universidad de Chile. Fuimos hablar con los trabajadores para solicitar apoyo en caso de la retoma. El jefe de las obras nos dijo que no podían abandonar el trabajo. Le propusimos en caso de emergencia podíamos tocar la campana del liceo; aceptó y nos dijo que solo en caso de emergencia. Estábamos en asamblea organizando los turnos cuando una de las alumnas que estaba de guardia en los techos nos manda un mensaje diciendo que los de derecha se estaban metiendo por la sala de música y venían armados. Nosotras, para defendernos, solo teníamos algunas ondas, nunchakos y palos, pero con eso no lográbamos controlar la situación. Sin pensarlo dos veces, comenzamos a tocar la campana a todo dar. En pocos minutos aparecieron unos 50 obreros con sus cascos y sus herramientas de trabajo, palas, picotas y martillos. Los de derecha, que entraron decididos a sacarnos del recinto, vieron a los trabajadores en masa y con sus herramientas en alza. Rápidamente escaparon por donde entraron. Aún tengo esa maravillosa imagen de solidaridad de los trabajadores. El conflicto de fondo era por la inminente implementación de la ENU.

Escuela Nacional Unificada

La ENU fue impulsada por Salvador Allende, quien intentó hacer una profunda reforma educativa integral permanente; un proyecto de transformación de la educación que involucró a diversos actores como docentes, estudiantes, padres y organizaciones sociales. Su objetivo principal fue cambiar el sistema educativo tradicional, al que consideraba elitista y clasista, y reemplazarlo por uno nuevo, capaz de asegurar a los trabajadores el acceso a la educación de calidad, igualitaria sin distinción de género, democrática, participativa, pluralista y acorde con las necesidades económicas del país, esencial para la construcción de una sociedad más justa, que permita mejorar sus condiciones de vida.

La propuesta de la reforma educacional de la UP significó, para un país polarizado, la reacción de los dos tercios de la población estudiantil (la derecha y la Democracia Cristiana), múltiples marchas en las calles céntricas, rayados callejeros, tomas en las escuelas y liceos, medios de comunicación al servicio de los empresarios y de los poderosos, debates y fuertes enfrentamientos. Medios que denunciaban su temor al avance de una sociedad socialista que no permitirían a ningún costo.

Así, la “vía pacífica al socialismo”, no se lograba ver...

Los estudiantes de izquierda, nos esforzábamos-preparábamos para ganar la lucha ideológica en los diversos frentes naturales que nos encontrábamos. Cada día crecía y masificaba la propuesta del proyecto ENU. Al mismo ritmo o tiempo, crecía el apoyo popular de la población chilena al difícil proceso de la UP pero faltó tiempo. Los mil días de la “vía pacífica al socialismo” no fueron suficientes para producir cambios en una sociedad conservadora, apoyada por Estados Unidos, donde la derecha y los sectores de centro, representada por la Democracia Cristiana eran fuertes y con trayectoria electoral.

Cada propuesta que el Poder Ejecutivo llevaba al Senado eran grandes debates y finalmente rechazados. La derecha, en conjunto

con el centro, tenían mayoría en el parlamento. Fue un período muy difícil de gobernar con esa oposición tan agresiva...

Paro de los camioneros y empresarios

En octubre de 1972, en el contexto del paro nacional realizado por los dueños del transporte y el gremio de los camioneros, apoyado por los empresarios y los partidos de derecha y centro, representada por la Democracia Cristiana, los más reaccionarios –huelga que duró más de tres semanas– profundizó el desabastecimiento económico y de alimentos para la población. El gobierno de Allende se vio en la necesidad de decretar el Estado de Emergencia...

Ante el agresivo ataque de los sectores de la burguesía contra el gobierno y al pueblo chileno, los trabajadores, en conjunto con los partidos de la UP y el MIR, dan nacimiento a los Cordones Industriales. También fue muy importante la participación y la formación de las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP) y los Cordones Comunales o Comandos Comunales.

Una de las experiencias significativas vividas en esa época fue la participación en el Comando Comunal del Cordón Vicuña Mackenna, donde en conjunto los estudiantes de todos los liceos organizados y coordinados, obreros, trabajadores, pobladores de la Séptima Comuna, nos organizamos para abrir los locales comerciales donde la derecha tenía acaparado los alimentos. Por supuesto con fuertes enfrentamientos, logramos repartir los alimentos a todas las familias del sector previamente catastrado. La participación de un núcleo de prostitutas que vivían y trabajaban en el sector fue vital. Años después, época de dictadura, esas compañeras abrieron sus casas para refugiarnos en casos de emergencia; las teníamos como casas de seguridad. Un día recurrimos a las compañeras después de una reunión a pocas cuadras de ellas. Nos avisaron que nos estaban vigilando, y nos fuimos con Claudio Thauby cortando el seguimiento a San Camilo a una de sus casas (hoy Claudio es parte de la lista de

los 119 compañero/as detenidos desaparecidos desde la Villa Grimaldi). Ellas nos protegieron y nos libraron, en ese momento, 1974, de la DINA.

Los Cordones Industriales cumplieron una función muy importante en el proceso de la UP. Propiciaron las tomas de los medios de producción y las fábricas, y el control de la sociedad por parte de la clase trabajadora. Entregaron respuestas concretas al problema del desabastecimiento y la falta de alimentos para la población, un hecho que agudizó la lucha de clases de la época.

La política implementada por Allende y el sector mayoritario de la UP, decidieron la incorporación de militares al gobierno. Nosotras como núcleo de estudiante y militantes del Partido Socialista, escribimos una carta al Presidente manifestando nuestro descontento a la decisión tomada. Sentíamos que era nuestro deber hacer presente nuestra opinión porque representábamos la voz de los estudiantes de la coordinación de los liceos. Recibimos respuesta del compañero Presidente, en la que nos manifiesta que él, si bien es militante del Partido, ante todo respetó a la mayoría representada al interior de la UP. Es decir, valoró la opinión del Partido Comunista de Chile.

La decisión tomada tuvo rápidamente repercusiones, *ad portas* de un golpe de Estado, propiciado por los mismos oficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros en que ellos habían depositado su confianza para detener la agresividad de la derecha reaccionaria, sin darse cuenta de que ellos siempre han representado a los grandes capitalistas nacionales. Meses más tarde, la traición, el complot que se venía gestando, la represión a todo/as el pueblo activo y consciente y por supuesto, la destrucción de lo que habían conquistado los trabajadores.

En marzo de 1973 se llevaron a cabo las elecciones parlamentarias, en medio de una gran crisis económica, social y política. La derecha y el Centro, representada por la Democracia Cristiana, estaban convencidos de que el resultado de las elecciones les permitiría obtener los dos tercios en el Congreso para acusar constitucionalmente a Allende. Sin embargo, los candidatos de la UP logran una

significativa victoria del 43,3%, muy por sobre los 36,3% obtenidos en las elecciones presidenciales. Los resultados para la oposición fueron desbastadores... acusando, incluso, de fraude electoral. Al no conseguir sus objetivos de derrocar constitucionalmente a Allende, aceleran, preparan y consolidan un golpe militar. Sus primeros preparativos, el “Tanquetazo”.

Sublevación militar

La sublevación de un sector de los militares del Regimiento Blindado N° 2, liderado por el teniente coronel Roberto Souper en contra del gobierno de la UP tomó lugar el 29 de junio de 1973. Al hecho se le llamó “Tanquetazo” porque hicieron presencia con dieciséis vehículos pesados armados, especialmente tanques que cercaron el Palacio de Gobierno y el Ministerio de Defensa. Los tanques abrieron fuego contra estos edificios. El Palacio de Gobierno recibió alrededor de 500 impactos de bala de ametralladoras, mientras que la Guardia de Palacio disparó más de 450 balas. El comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, soldado leal al gobierno popular, logró controlar la sublevación.

El presidente Allende convocó ese mismo día 29, a una manifestación frente al Palacio de La Moneda. Salió al balcón en compañía de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y rindió homenaje a las fuerzas leales del Ejército de Chile, de la Armada Nacional y de la Aviación y a cinco civiles que perdieron su vida, como consecuencia de la sublevación militar. Sin embargo, a no más de tres meses, el 11 de septiembre de 1973, las tres ramas de las Fuerzas Armadas más el Cuerpo de Carabineros derroca, por medio de un golpe de Estado, liderado por Augusto Pinochet, al gobierno elegido democráticamente del presidente Salvador Allende Gossen quien muere en La Moneda defendiendo el gobierno popular.

Resistencia y detención

El 11 de septiembre de 1973, a la 8 de la mañana, nos reunimos en una asamblea estudiantil (aprovechando un paro de la derecha) con unas compañeras de mi liceo en la sede del Partido Socialista, ubicada en Vicuña Mackenna con Las Tranqueras. Luego de anunciarnos que había un alzamiento de las Fuerzas Armadas y que el golpe de Estado venía ya, sin saber lo que significaba con claridad lo que significaba, desalojamos la sede para dirigirnos al Liceo N° 8 de Hombres, lugar común de concentración de los estudiantes del sector. Desde ahí escuchamos el último discurso de Allende y asistimos, impotentes, al bombardeo de La Moneda. Los estudiantes resolvimos ir en apoyo a las industrias intervenidas por los trabajadores del Cordón Vicuña Mackenna. Cuando fui a buscar el maletín de primeros auxilios a mi casa, me enteré de que mi padre, que trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas (frente a La Moneda) era uno de los defensores del gobierno de la UP. Posteriormente será detenido, acusado de francotirador y llevado al Estadio Nacional.

Me dirijo al Cordón Vicuña Mackenna para incorporarme a la resistencia al golpe en las industrias del sector. El 12 de septiembre a las 7 de la mañana nos allanan y detienen en la Industria Easton Chile. Nos trasladan a la Escuela Suboficiales de Carabineros, posteriormente al Regimiento Tacna, y finalmente al Estadio Chile, hoy Estadio Víctor Jara.

En el bus de carabineros que nos traslada al Estadio Chile entono la Marsellesa Socialista porque prefería “morir cantando que llorando”. Soy la primera detenida que ingresa al Estadio Chile; allí, sufro apremios ilegales y soy testigo de torturas y asesinatos de compañera/os. Nos encontrábamos cerca de 7 mil en un recinto que no cabían más de 3 mil personas.

Para mi sorpresa, un día me llaman por los parlantes y me fueron a buscar unos militares para presentarme a la guardia principal; pensé..., nuevamente a interrogatorio. Nada de eso. Cuando llego al

lugar, veo formados los “Boinas Negras” que estaban a cargo del Estadio y en la puerta central veo a tres hombres vestidos de Policía de Investigaciones, armados con fusiles. Uno de ellos era mi padre disfrazado de policía (sorpresa grata para mí, lo hacía muerto). Cuando lo miro me da vuelta la cara...con esa actitud entendí que a cualquier costo me sacaba de ese recinto. Luego de recibir la última arenga con amenaza de muerte, de parte de la comandancia, en presencia de todos, me dice que me tiene que entregar a la Policía de Investigaciones. Creo haber sido la primera y única rescatada de ese lugar, por un padre cómplice de toda la actividad política de su hija, mi fiel e incondicional compañero socialdemócrata.

Y, nos persiguieron, y persiguieron...

Alguno/as debieron abandonar el país, otra/os pasaron a la clandestinidad, otra/os se encuentran sus nombres en la lista de los detenida/os desaparecida/os o ejecutada/os político/as; otra/os fuimos secuestrado/as en las cárceles clandestinas de la dictadura. El año 1975 fui apresada en calidad de detenida-desaparecida en el ex cuartel Terranova, hoy Parque por la Paz Villa Grimaldi. Posteriormente, fui trasladada a otro centro clandestino llamado “Cuatro Álamos”, para finalmente ser reconocida como prisionera política y en libre plática en “Tres Álamos”.

Como dice mi compañero, “todo/as entregamos la vida, alguno/as la perdieron y otra/os tenemos la obligación moral de transmitir nuestra historia”. Solo nuestra convicción, con principios y valores aprendidos por nuestra historia, nos hace seres más libres y más dignos. Seremos como el Che.

Políticas de cambio educativo en Chile

Allende entre Frei y Pinochet

Marcela Gajardo

La experiencia chilena ha producido una abundante serie de escritos y reflexiones sobre la educación y sus diferentes aspectos políticos, sociales, económicos y culturales. Entre ellos, y muy especialmente entre los generados durante décadas pasadas, destacan aquellos que dan cuenta de algunas tendencias de cambio radical que privilegiaban respuestas educativas pertinentes no solo para niños y niñas en edad de obligatoriedad escolar, sino también para jóvenes y adultos con escolaridad incompleta o sin escolaridad. Muchos de ellos, tradicionalmente marginados de la vida económica, social, política y cultural del país.

Los intentos por vincular los procesos educativos a la producción y la vida comunitaria, los esfuerzos por superar la disyuntiva trabajo intelectual/trabajo manual, el propiciar una participación activa de los sujetos en la gestión de las prácticas educativas, la fijación de objetivos y contenidos en función de la realidad, intereses y necesidades de la población fueron elementos que –junto a otros– se conjugaron para introducir a grupos e individuos en una perspectiva de formación que desarrollara, además de sus conocimientos y habilidades,

su capacidad de organización, comunicación y reflexión sobre realidades y procesos sociales, políticos y económicos.

Esta tendencia democrática y participativa se vio bruscamente interrumpida el 11 de septiembre de 1973, fecha en la que se revirtió el proceso de cambios que venían sucediendo en la sociedad chilena. Una política económica liberal sustentada en la privatización y regulación de las actividades productivas por el mercado con el libre juego de la oferta y la demanda, vino a sustituir modelos que perseguían transformar las relaciones de propiedad e incorporar a los trabajadores a la gestión del aparato productivo. A su vez, el Estado, que había asumido una participación progresiva en la vida económica y social del país, redujo su papel a una función autoritaria de control social que se reprodujo no solo al interior de los sistemas de enseñanza sino en el conjunto de la sociedad. Las políticas de privatización vigentes para la actividad económica y la supresión de los organismos de representación política y estructuras de participación de los trabajadores, significaron un vuelco radical para la educación chilena en general, y particularmente para las prácticas de educación no formal. De hecho, ubicada en el contexto del conjunto de medidas restrictivas adoptadas en el campo de la educación y la cultura, la imposición de un modelo autoritario de desarrollo nacional acabó con la mayor parte de las políticas y programas que, combinando en una misma línea a objetivos a la educación básica, técnica y social, tendían a ofrecer una formación integral a los sectores marginales del agro y la ciudad.

Estas memorias se ubican en la perspectiva de relacionar el desarrollo de la educación pública chilena con la evolución ideológica y política del país en el período comprendido entre 1965 y 1973. El objetivo es ilustrar como a determinados momentos históricos y políticos, correspondieron ciertos tipos de proyectos educativos por parte de los grupos conductores del Estado. El ejercicio está enteramente basado en estudios –algunos inéditos o escritos bajo seudónimo a poco tiempo del golpe militar– de autores que se preguntan a qué grupos o clases sociales favorece tal o cual organización escolar, por

una parte, y qué discursos educativos contribuyen a explicitar y, en consecuencia a inculcar, por otra.

Tomando como base los escritos publicados bajo seudónimo *La educación en Chile de Frei a Pinochet* (1977) y el informe *Sistema Nacional y requerimientos del desarrollo nacional. La educación chilena en el período 1964-1974*, se ha dividido este texto en tres apartados: el primero da cuenta de los principales rasgos de la política educativa del gobierno de Eduardo Frei (1965-1970); el segundo se refiere a las políticas educativas del gobierno de Salvador Allende (1970-1973). Por último, un tercer apartado se refiere a las políticas educativas de la Junta Militar en los años que siguieron al golpe de Estado en 1973.

Políticas educativas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1965-1970)

Tres elementos caracterizaron la reforma integral de la educación chilena durante este período: i) la ampliación de la cobertura del servicio educacional para garantizar acceso universal a niños y niñas en edad escolar; ii) la modernización y diversificación de la educación secundaria para introducir niveles de formación media técnico-profesional, y iii) la mejora cualitativa de la enseñanza mediante una revisión de los planes de formación inicial y perfeccionamiento docente. Para tales fines se construyeron nuevos establecimientos escolares, se extendió la educación obligatoria de seis a ocho años, se crearon instituciones a cargo de ensayar fórmulas para evitar la deserción temprana y se preparó a técnicos y profesores en todos los niveles de enseñanza. Además, se revisaron planes y programas; materiales didácticos y mecanismos de evaluación y promoción escolar.

La primera base de las políticas de transformación del sistema educacional fue la elaboración de un conjunto de planes para garantizar iguales oportunidades de acceso, permanencia, progresión y egreso en el sistema escolar. El segundo elemento fue el de la reformulación del nivel medio o secundario de la enseñanza para

acercarlo a la vida productiva. Hecho que se materializó en una reforma curricular que introdujo nuevas materias de estudio y ciclos de enseñanza para una mejor adecuación de la formación secundaria a los requerimientos del desarrollo nacional. Un tercer elemento, el de la denominada “educación permanente”, que incluía la alfabetización, educación de adultos y formación para el trabajo, corrieron en forma paralela a las transformaciones ocurridas en el sistema escolar mediante un conjunto de medidas que garantizaran un aumento rápido de las tasas de escolaridad, transformando el liceo tradicional en una rama educativa con salidas diferentes y alentando el desarrollo de nuevas modalidades de enseñanza fuera del sistema escolar.

La evidencia disponible indica que, dentro de los cambios introducidos en la estructura del sistema escolar, fue en la educación no formal y de adultos donde se expresaron con mayor nitidez las características del proyecto educativo del gobierno demócratacristiano del presidente Frei Montalva. Bajo su gobierno, estas modalidades educativas adquirieron un estatuto e institucionalidad propia. Las tradicionales campañas para disminuir el analfabetismo, organizadas con base en el voluntariado y medidas remediales del sistema escolar, se empezaron a articular con políticas más amplias de desarrollo rural, transformaciones agrarias o desarrollo comunitario. Una legislación específica permitió la implantación de un conjunto coordinado de actividades en el dominio de la educación no formal, posibilitó la reorganización del servicio de educación de adultos y permitió una mejor coordinación entre escuelas vespertinas y nocturnas, centros de educación fundamental y comunitaria y escuelas medias de educación de adultos, ofreciendo además un mejor aprovechamiento de capacidades instaladas en el sistema regular de la enseñanza, tal como se lo evidencia en un informe de la época dando cuenta de lo que sus autores llamaron *Formas muertas y dinámicas en nuestra educación de adultos* (1964), por una parte y *El desarrollo de la capacitación campesina en Chile* (1974), por otra.

La formación técnica y social de la fuerza de trabajo ocupada directamente en la producción de bienes estuvo preferentemente en

manos del Instituto Nacional de Capacitación Profesional (INACAP) en coordinación con numerosas organizaciones privadas –especialmente filantrópicas y universitarias– que adoptaron la función de apoyo y cooperadores en la acción educativa del Estado. A su vez, las políticas de capacitación y formación campesina desde 1965 en adelante se encuadraron, dentro de los marcos jurídicos diseñados, para ser ejecutados por entidades públicas. La Corporación de la Reforma Agraria (CORA), el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario (INDAP), el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA) y el Fondo de Educación y Extensión Sindical (FEES) fueron los organismos encargados de ejecutar las políticas y programas de capacitación técnica, social y sindical de campesinos jóvenes y adultos.

Paralelo a la acción estatal, en el agro operaban un conjunto de entidades privadas creadas con el fin de atender demandas educativas del sector campesino y paliar deficiencias del sistema escolar. En su mayoría católicas o de inspiración cristiana, estas organizaciones venían desarrollando actividades como estas desde la década de 1950 en adelante y fueron claves en promover la innovación metodológica con el fin de mejorar la relevancia y pertinencia de la educación, adecuar contenidos a la realidad y necesidades de sus beneficiarios y capacitar para una reforma agraria que tenía urgente necesidad de apoyo técnico para mejorar la producción agrícola y lograr que las unidades reformadas se adaptaran a las existencias estructurales y políticas de nuevas formas de tenencia de la tierra.

Ejemplo de lo anterior fueron las políticas y los programas de educación de adultos impulsados y coordinados desde el Ministerio de Educación (MINEDUC), partidarios, en ese período, de una educación fundamental o educación de la comunidad que fuera más allá de enseñar nociones básicas de lectura, escritura y cálculo. Las autoridades de la época sostenían que alfabetizar sin elevar, paralelamente, el horizonte de posibilidades de progreso económico y social de los entornos sociales donde se originaba el analfabetismo, sería una tarea de limitadísimos resultados. Educar adultos sin cambiar

las condiciones que incidían en la deserción escolar solo contribuía a alimentar un tradicional círculo vicioso. Por ello, las políticas educativas del gobierno de Eduardo Frei Montalva priorizaron la creación de una unidad administrativa autónoma, con financiamiento propio, a cargo de diseñar y ejecutar un tipo de enseñanza diferente a la de los niños, basados en la concepción de que los adultos son sujetos con conocimientos adquiridos mediante su experiencia social y laboral, que debían ser atendidos en las situaciones concretas en las que se encontraban. Para tales efectos se creó una Jefatura de Planes Extraordinarios de Educación de Adultos a cargo de impartir una educación básica de tres años de duración y un nivel medio de cuatro años. Para la alfabetización se adoptó y adaptó el método del profesor Paulo Freire a la realidad chilena, durante los cuatro años que duró su exilio en Chile (1964-1969), y se fijaron nuevos planes y programas de estudio que procuraban una mejor adecuación de métodos y contenidos a las necesidades de la población adulta y de trabajadores en medios urbanos y rurales, buscando la reflexión de los adultos sobre su situación ocupacional y entorno social.

Políticas educativas durante el gobierno de Salvador Allende (1970-1973)

Las políticas educativas del gobierno de la Unidad Popular encontraron su punto de partida en un diagnóstico sobre la anterior situación educacional. A juicio de las nuevas autoridades, la raíz de los problemas enfrentados por la educación nacional se encontraba en la desigual distribución de las oportunidades educativas por la vigencia de un modelo capitalista de desarrollo, social y económicamente estratificado. Si bien se reconocía el progreso logrado por el gobierno de Frei Montalva, sostenían que tales reformas educativas no lograban garantizar el derecho de niños y niñas en edad de obligatoriedad escolar a un acceso universal a las escuelas, requiriéndose por tanto

una política de igualdad en el acceso, permanencia y resultados del sistema para toda la población en edad de obligatoriedad escolar.

Los principales objetivos de la política educacional incluían tres elementos: i) igualdad de oportunidades, sin distinciones, para la población en su conjunto; ii) educación de trabajadores abierta para poblaciones sin escolaridad que requerían calificarse para participar en actividades productivas y sociales y, iii) reestructuración administrativa y descentralización como contribución esencial de la educación a las transformaciones sociales. La propuesta para el logro de los objetivos consistió en trabajar por la instauración de un sistema nacional de educación que involucraría a los distintos niveles de la educación regular, la educación no formal y la educación superior a través de las universidades. El nuevo sistema nacional sería unificado y se vincularía estrechamente con las necesidades del desarrollo económico, social y cultural del país. Al centro del sistema se ubicaría la Escuela Nacional Unificada (ENU), que abarcaría las modalidades científico-humanista y técnico profesional. Teniendo como núcleo a la ENU, entidad pública abierta a todos los grupos sociales sin segmentación, pago o selección, las políticas educativas del gobierno de la Unidad Popular además proponían: i) una reestructuración administrativa y la descentralización de la gestión del sistema educacional; ii) una integración de la educación privada al sistema nacional de educación sometida a control especial con el objeto de reducir afanes de lucro y, iii) formación y desarrollo profesional de un cuerpo de profesores comprometido con los cambios y respaldada por un efectivo mejoramiento de sus condiciones de trabajo.

Mediante un estatuto económico del magisterio, las políticas gubernamentales para profesionalizar el trabajo docente contemplaban una “escala única de remuneraciones”, con un sueldo base común y asignaciones según méritos profesionales. Incluía una jornada de trabajo con menos horas de clase que las que había hasta entonces para posibilitar el cumplimiento de otras funciones técnicas y de perfeccionamiento profesional. Adicionalmente, aspiraba a una democratización del desarrollo profesional docente ampliándolo a

la totalidad del magisterio. Estas orientaciones básicas de la política educacional fueron expuestas en el Mensaje Presidencial al Congreso Nacional de Educación realizado en 1972 donde el Presidente refrendó la democratización del sistema educativo como pilar fundamental de la política educacional del gobierno de la Unidad Popular y la plena participación de organizaciones, técnicos y otros actores sociales, en la definición de las prioridades educativas. Según evidencia registrada por centros académicos independientes (Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación, CIDE, 1971), el temario del congreso incluyó el análisis de las necesidades y problemas culturales y educacionales del pueblo de Chile; la planificación del sistema nacional de educación en el tránsito hacia el socialismo; la política de democratización educacional como respuesta a las exigencias de una nueva educación; la escuela nacional unificada como institución representativa y las bases para un proyecto de ley de democratización de la educación, que nunca llegó a implementarse.

Concordante con el propósito de democratizar el acceso a una educación relevante para las necesidades del modelo de transformación económico social, las políticas para la población adulta –excluida de los beneficios del sistema escolar– se sustentaban en un mejor aprovechamiento del sistema educativo y su apertura a satisfacer demandas de la clase trabajadora, según se lo explicaba en documentos oficiales (1972). El diagnóstico indicaba que era evidente que los organismos del Ministerio de Educación dedicados a la educación de adultos no conformaban una estructura coordinada, ni mucho menos un sistema coherente y continuo que pudiera dar respuesta a las carencias educacionales de la población activa y a los intereses de los trabajadores. Las modalidades existentes para atender necesidades de esta población eran pobres e inadecuadas y no existía una política de capacitación para el trabajo que podría haber sido liderada por el INACAP, si este hubiera sido concebido para tales fines. Como contrapartida, se proponía un sistema integrado de educación de trabajadores cuya novedad consistía en disminuir el peso de la edad como criterio de distinción y definir la actividad educativa de los adultos

en función de la posición que estos ocupaban en la estructura ocupacional y productiva. En este contexto, se utilizaron indistintamente las denominaciones educación de trabajadores y educación popular, entendiéndoselas como el conjunto de acciones educativas que, en los ámbitos de la alfabetización, formación general básica, enseñanza tecnológica y formación o capacitación social, contribuirían a formar a los trabajadores de los sectores agrícola e industrial para la gestión de las unidades productivas de las que formaban parte y para un mejor desempeño organizacional en lo referido a toma de decisiones.

Las tensiones que la política educacional del gobierno de la Unidad Popular generó en el país son de conocimiento público. El análisis de los debates y realizaciones es para muchos una etapa concluida. Sin embargo, a medio siglo de distancia es necesario decir que al momento en que la sociedad chilena inició este proceso de transformación estructural, a comienzos de la década de 1970, el sistema educativo continuó funcionando con su lógica habitual y puso su peso en la lógica de las transformaciones sociales que los partidos políticos que conformaban la Unidad Popular se proponían introducir. Esto acarreó nuevos conflictos y divisiones. Por ejemplo, el objetivo de la democratización del sistema que, tal como se proponía, atentaba contra principios y valores de actores vinculados a las entidades de la Iglesia y grupos de inspiración cristiana, hizo que estos terminaran plegándose a condicionamientos más permanentes. Así, persistió una continuidad institucional e ideológica con las políticas educativas anteriores al gobierno de la Unidad Popular tanto como en las prácticas de educación de adultos que se daban en el marco de las transformaciones agrarias y actividades de sindicalización campesina asociadas al proceso de reforma agraria. De hecho, INDAP, CORA e ICIRA mantuvieron su estatus institucional como organismos del Estado dedicados íntegramente a diseñar políticas de formación y capacitación para una profundización de los procesos de reforma agraria, por una parte, y la formación de cuadros técnicos para el manejo de las unidades reformadas, por otra. Clave

en este período fueron las investigaciones dedicadas a buscar nuevos métodos de enseñanza para adultos campesinos y el diseño de mallas curriculares asociadas a los procesos de transformación en el agro. De esa época son también las políticas de alfabetización campesina asociadas al método de concientización ideado por Paulo Freire, como un proceso que contribuía al cambio cultural aplicado masivamente a través de los programas de alfabetización de la Jefatura de Educación de Adultos del Ministerio de Educación, en asociación con CORA, INDAP y el FEES en el campo de la sindicalización campesina.

Según estudios sobre la política educacional del gobierno de la Unidad Popular, la estrategia predominante consistía en introducir gradualmente ciertas rupturas en la lógica de las políticas educacionales vigentes y formular nuevos criterios sociales y políticos en las orientaciones de la enseñanza en el sistema formal, considerando también las prácticas no formales. Sin embargo, el agravamiento de los conflictos de clase produjo algunas contradicciones al interior de los partidos de la Unidad Popular y dentro de la oposición se agudizó el debate a favor o en contra de las reformas propuestas. Se generó además una dependencia cada vez mayor entre la educación y el juego político nacional. También perdió peso relativo el compromiso político entre los partidos de gobierno y de la oposición, establecido como parte de las garantías constitucionales exigidas por el Parlamento para votar la ratificación de la elección presidencial de 1970, indicando que el gobierno no tocaría la enseñanza privada ni institucional, ni financiera ni ideológicamente. Tampoco abordaría ninguna reforma que contrariara las disposiciones constitucionales. Sus políticas solo estaban referidas al sistema público de educación y mejoras conducentes a garantizar iguales oportunidades de acceso a una educación pública de calidad al conjunto de la población. Esto explica el énfasis en la creación de un sistema nacional de educación que, usando las bases legales existentes, proponía transitar gradualmente hacia el establecimiento de un sistema nacional de educación

de trabajadores puesto al servicio de la construcción de una nueva sociedad.

En la práctica y debido a lo anterior, la gran reforma de estructuras de la ENU prevista para 1972 debió postergarse debido a los conflictos y tensiones políticas entre el gobierno y el Congreso Nacional; del gobierno con las organizaciones del magisterio; de las organizaciones de padres y apoderados y diversas fracciones de partidos y movimientos sociales y políticos. Los conflictos políticos e ideológicos se apoderaron gradualmente de la arena educativa y no fueron pocos los actores sociales –profesores, estudiantes, padres de familia y administrativos– que se pronunciaron públicamente contra lo que definieron como tentativas de estatización de la educación obligando al gobierno al abandono definitivo de su proyecto de dirección pública, de naturaleza estatal, de toda la educación chilena. También se renunciaba así a todo control o regulación de la educación privada reconociéndose de paso una autonomía relativa de ese sector para seleccionar estudiantes y fijar cobros por la provisión de servicios educativos. En el último año del gobierno de la Unidad Popular previo al golpe militar, la política educacional pasó a supeditarse enteramente a las exigencias de la política contingente y se vio limitada por las tensiones de conflictos ideológicos entre fuerzas sociales antagónicas y, no pocas veces, fuerzas internas dentro de la propia coalición de gobierno.

Políticas educativas de la Junta Militar de Gobierno (1973-1990)

El período abierto el 11 de septiembre de 1973 cambió completamente el contexto y la orientación de las políticas educativas que se habían venido formulando hasta esa fecha. Se inició con una represión brutal y sistemática al cuerpo docente, estudiantes, académicos, políticos y personeros de iglesia. Continuó con una transformación radical de los marcos institucionales y las políticas educativas para ponerlas bajo la autoridad de las Fuerzas Armadas e inauguró un período de

gobierno de excepción que se extendió más allá de la década de 1970. Publicada por la comandancia de los Institutos Militares a fines del año 1974, una circular sentó las bases de lo que sería la política autoritaria del gobierno en materia educacional. Prisión o condenas a todos los profesores directamente involucrados en actividades del pasado gobierno en tareas directivas o políticas; intervención de centros académicos y universidades; decretos de expulsión o caducidad de contratos de profesores e investigadores universitarios; intervención militar en centros educativos y escolares; nombramiento de “delegados militares” en tareas de fiscalización y castigo más la decisión de establecer un doble sistema de dirección de los procesos educativos: la del Ministerio de Educación y la del Ministerio del Interior que, por intermediación de sus delegados locales o regionales, se encargaban de vigilar todos los aspectos ideológicos, disciplinarios y relativos a la seguridad en las redes escolares y administrativas del país.

Una política económica sustentada en una concepción liberal y privatizadora, sumado a un estilo de conducción política autoritario y la reimposición de valores tradicionales en lo cultural, redujeron el papel del Estado en la educación a funciones disciplinarias y de control social que se reproducían al interior del sistema regular de la enseñanza y de las prácticas educativas que se daban al margen de él. Para la educación de adultos, en general, y la de trabajadores, en particular, las medidas adoptados por el gobierno de la Junta Militar significaron un cambio radical en la orientación que habían venido teniendo estos procesos. De hecho, se eliminaron todos los programas vinculados a la formación de trabajadores, técnica y social, reduciendo esta actividad al campo puramente ocupacional. Tales medidas se empezaron a implementar desde 1973, legalizándose a partir de 1976 con la promulgación del Estatuto de Capacitación Ocupacional y Empleo (DL 1446), que creó una estructura *ad hoc*, el Servicio Nacional de Capacitación Ocupacional y Empleo (SENCE), en el Ministerio del Trabajo, estableciendo con acuciosa precisión los márgenes en que se daría la ejecución y financiamiento de políticas

y programas educativos en el campo laboral. Tomando como base estructural a las empresas, se estipuló que el financiamiento de estos programas quedaría bajo su responsabilidad, pudiendo su ejecución realizarse a través de instituciones, públicas o privadas, debidamente autorizadas por el SENCE.

En lo que concierne a políticas y programas para el sector rural y movimientos campesinos, los cambios que introdujo el Estatuto tuvieron consecuencias aún mayores. Significó la inmediata desaparición del FEES y la consecuente derogación de los mecanismos que hacían posible el financiamiento de las actividades de las organizaciones sindicales campesinas. Estas obtenían recursos de dos fuentes: directamente de sus asociados y a través de un mecanismo indirecto originado en aportes de empresas agrícolas que, recaudados a través de la Dirección del Trabajo, eran distribuidos por el FEES en forma proporcional a la representatividad de cada organización. Parte importante de estos recursos se destinaban a la formación técnica y social de los campesinos sindicalizados.

En lo que concierne a los programas regulares de educación de adultos, impartidos por el Ministerio de Educación, estos volvieron a ser impartidos como parte de la estructura ministerial eliminándose la Jefatura de planes extraordinarios de educación de adultos, a cargo de la ejecución de las políticas intersectoriales de alfabetización y capacitación campesina. Suprimidos los programas integrales de formación técnica y social en el ámbito comunitario, las actividades ministeriales se restringieron al desarrollo de programas de educación a distancia a través de materiales de autoinstrucción. Este tipo de actividades empezaron a ejecutarse desde inicios de 1974 extendiéndose a otros organismos o agencias educativas. En 1978 los programas de teleeducación adquirieron notoriedad nacional al impartirse a través de la red nacional de televisión. El programa de formación tecnológica realizado por diversas empresas, con financiamiento SENCE, introdujo la autoinstrucción con material programado, emisiones televisadas y práctica en talleres. Si bien estos programas educativos tuvieron la virtud de introducir

nuevas formas de enseñanza-aprendizaje, ubicada en el contexto de las políticas educativas de la Junta Militar, significaron la anulación de las formas colectivas de aprendizaje, un énfasis en el desarrollo individual y limitaciones derivadas del uso exclusivo de medios de comunicación.

En este contexto general, las acciones de los organismos no gubernamentales y centros académicos independientes, que sobrevivieron gracias a los recursos provistos por organismos internacionales y agencias de cooperación internacional, pasaron a jugar un papel clave en el rescate de lecciones que dejaron prácticas pasadas. En el marco de sus actividades se desarrollaron modelos educativos alternativos que, durante años, alimentaron el trabajo de comunidades de base y movimientos de educación y cultura popular. En su mayoría, estas actividades formaron parte de las estrategias de sobrevivencia, laboral y política, de organizaciones como Bolsas de Cesantes, Comedores Populares, Comités de Vivienda, Programas Padres Hijos de apoyo escolar, entre otras surgidas de la propia comunidad para la búsqueda de soluciones a problemas sociales, políticos y económicos. En dichas estrategias permanecieron, durante largo tiempo y hasta llegado el momento de la transición a la democracia, los principios y valores que, durante los períodos de gobierno de Eduardo Frei y Salvador Allende, alentaron la formulación de políticas conducentes a ampliar las oportunidades educativas de los sectores menos privilegiados y mejorar la calidad de la enseñanza y los resultados del aprendizaje en las escuelas públicas de Chile. A esas políticas y programas, especialmente entre comienzos y mediados de la década de 1990 se los conoció, genéricamente, como Programas de Mejora de la Calidad y Equidad de la Educación (MECE) en los niveles preescolar, básico, medio y superior.

Comentarios finales

El desarrollo de la educación chilena aún está marcado por la historia de los gobiernos de Frei, Allende y Pinochet y sus tres modelos de organización para las políticas de educación formal y no formal. Tres discursos pedagógicos ideológicamente distintos, que explicaron en su momento otros tantos proyectos sociales y políticos. De ahí que su análisis no deje a nadie indiferente.

Mientras durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva existía un relativo consenso sobre los problemas educativos del país y las formas de abordarlos, durante los gobiernos siguientes existía un profundo disenso en la materia. El proyecto educativo del gobierno demócrata cristiano se centró en resolver la crisis del sistema escolar para ofrecer iguales oportunidades de acceso a la población en edad escolar y sentar las bases de una política de educación permanente para que la población adulta pudiera integrarse a los cambios como movimiento y organización social. Durante el gobierno de Allende, en cambio, el ambiente político era otro. El debate entre actores se había ideologizado y su foco estaba puesto en modelos organizacionales centrados en la dirección y gobierno de los servicios de la educación y la cultura. Se había polarizado el debate entre los fines de la educación pública y privada, el sistema escolar estaba en manos de los movimientos estudiantiles y las organizaciones sociales y de trabajadores se mantuvieron al margen de las polémicas que acarreó la transformación educacional. A nivel nacional, la política educacional pasó a depender completamente de las exigencias de la transformación política: pasar de una simple búsqueda de reformas sectoriales a una acción tendiente a situar el poder del Estado al servicio de reformas definidas en el programa de gobierno. Esto visibilizó la existencia de corrientes y divisiones internas en el seno de la Unidad Popular. Una que proponía introducir cambios por la vía legal, y otra que definía la coyuntura educativa como completamente dependiente de la lucha por el poder y vinculaban los problemas

educativos a la contingencia de los problemas políticos e ideológicos considerados urgentes.

El año 1973 marcó el estallido de las divergencias políticas dando lugar a dos tipos de proyectos educativos sin relación ni coordinación. Los defensores de las posiciones oficiales practicando una política de contención y apaciguamiento del movimiento estudiantil –un actor inesperado en el escenario de la política nacional– por una parte, y por otra, sectores políticos radicalizados que alentaban las movilizaciones por una intensificación de las luchas sociales. La apuesta inmediata no era solo controlar el sistema escolar sino promover una toma de conciencia y preparación para alcanzar el poder del Estado, un desborde que tuvo múltiples manifestaciones, lo que finalmente trascendió lo puramente educativo y terminó expresándose en políticas y prácticas desarrolladas al margen del sistema escolar como iniciativas y proyectos de educación popular.

La reforma agraria

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular

Oscar Torres Rivera

Introducción

Mi presencia en el movimiento social y político de Chile, y particularmente en el movimiento sindical campesino, data de 1962, cuando cursaba los estudios de Derecho en la Universidad de Chile. En 1963, siendo estudiante, me acerqué y asistí como “delegado fraterno” al Tercer Congreso Nacional de la Central Única de Trabajadores (CUT). En la misma época (1963-1964) inicié mis charlas en el campo. La primera fue en el sector llamado Calle Larga, cercano a la ciudad de Los Andes.

Después de eso se multiplicaron las charlas y cursos a lo largo del país, en el movimiento sindical de Arica a Punta Arenas, y junto al campesinado entre Atacama y Llanquihue, hoy Región de Los Lagos. Mi inserción y colaboración con el mundo campesino no se ha interrumpido nunca, ni durante la dictadura cívico-militar, ni en los últimos años posexonerado político desde 1973.

La sindicalización y la movilización campesina: reivindicaciones laborales y por la tierra

El período entre 1963 y 1970 fue de un enorme despliegue de movilizaciones y reivindicaciones campesinas. En las zonas norte (Atacama y Coquimbo), centro (entre Valparaíso, Región Metropolitana hasta el Maule) y la zona sur (Ñuble a Los Lagos), se creaban comités presindicales y se presentaban pliegos de peticiones socioeconómicas a los patrones y a las empresas agrícolas. Memorables fueron en esos años, el conflicto en el fundo “Los Cristales de Curicó”, la Toma del fundo “San Esteban” en Los Andes, la huelga en los fundos de Melipilla, en Coquimbo (La Serena), y otros.

Los conflictos laborales iniciados por reivindicaciones de ese tipo derivaron en reclamos mayores sobre las tierras y su propiedad, y se fueron multiplicando las peticiones de expropiación. La elección de Eduardo Frei Montalva en 1964, con su programa de “Revolución en Libertad”, posibilitó el inicio de la sindicalización campesina y la Reforma Agraria. Esto significó que se ampliara rápidamente la base organizacional y la “sindicalización” se extendiera por el país. Cuando se dicta en abril de 1967 la Ley de Sindicación (16.625) y en julio de ese año la de Reforma Agraria (16.640), todo este proceso movilizatorio se institucionaliza y alcanza reconocimiento legal.

En estos años, antes de 1970, mi experiencia de trabajo sindical y de capacitación tuvo lugar en el Instituto de Capacitación Sindical y Social (INCASIS), en el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y en el Fondo de Educación y Extensión Sindical (FEES). Ya durante la Unidad Popular (1970-1973), mi experiencia se realizó como director del FEES.

Fondo de Educación y Extensión Sindical (FEES)

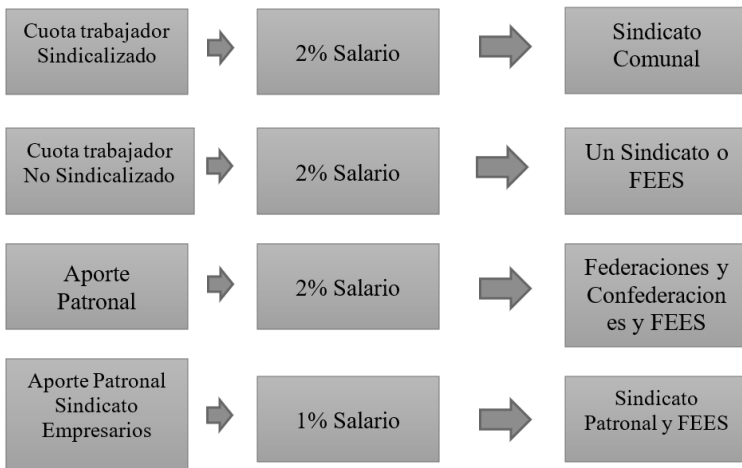
La Ley de Sindicalización Campesina N° 16.625 de 1967, inspirada en las normas de la OIT (Convenios 87 y 98, sobre libertad sindical y negociación colectiva), permitió una sindicalización fuerte y masiva.

Un texto inicial de la ley se había elaborado en el seno de las organizaciones campesinas afines al gobierno, junto a la Unión de Campesinos Cristianos (UCC) y la Asociación Nacional de Organizaciones Campesinas (ANOC), ambas inspiradas en la acción social y sindical del sacerdote Alberto Hurtado Cruchaga (más tarde canonizado por la Iglesia Católica, dándole el estatus de “santo”). En el gobierno, los abogados y profesores de UC de Santiago, William Thayer (ministro del Trabajo), Ernesto Yávar, (subsecretario), Ramón Luco y Patricio Cabrera adaptaron el texto. A este último, abogado del Servicio de Seguro Social (SSS), se le reconocía la redacción principal de la ley.

La base del sindicato fue territorial (la comuna), pudiendo ingresar trabajadores rurales de diverso tipo de empresas y los trabajadores independientes. La escala representativa subió a la Provincia (división territorial administrativa de la época) y al nivel Nacional. Fue la Ley de Sindicalización que creó el FEES. Para esto se pagaría un porcentaje de los salarios tanto por los trabajadores y los empleadores, como en el esquema siguiente:

Sistema de Financiamiento del FEES

Ley Sindical Campesina N° 16.625 de 1967 (Art. 14)



Después se aprobó el Estatuto del FEES (DFL N° 6, 1968), que establecía como los recursos debían gastarse, con reserva de un 10% para los gastos de administración, y lo demás compartido por mitades para programas generales de capacitación y extensión, propiciadas por el FEES, y para programas de capacitación sindical, ejecutados directamente por las organizaciones. La distribución de los recursos directos de las organizaciones se daba en proporción a la representatividad numérica de sus afiliados, que era establecida cada año por la Dirección del Trabajo a través de la presentación de nóminas que presentaban los sindicatos, federaciones y confederaciones. Criterio que se respetó sin excepciones.

La recaudación de los fondos la hacían los empleadores mensualmente y se la entregaban a los sindicatos comunales de trabajadores y a la Dirección del Trabajo, depositando los aportes legales, que los distribuía entre las Federaciones Provinciales, las Confederaciones Nacionales y el FEES, en las proporciones que la ley indicaba. Para efectuar esta recaudación hicimos un convenio con el Banco del Estado de Chile, con sucursales en todo el país. En el período 1970-1971, junto con Inspectores del Trabajo y los funcionarios del INDAP (inspectores *ad-hoc*), incrementamos la fiscalización en los fondos, tanto del pago de los salarios como de las imposiciones previsionales y la cotización de la ley sindical campesina. Se obtuvo una buena recaudación, que hasta entonces estaba atrasada por sabotaje patronal. Se ha calculado que durante casi seis años (1968-1973) se recaudaron y administraron alrededor de siete millones de dólares.

El sistema de financiamiento de la ley fue novedoso para la legislación chilena de la época y también para la actual. Los trabajadores pagaban “cuotas” a sus sindicatos. Los empleadores “aportes”. La novedad consistió en la “obligatoriedad”, en un lenguaje cuidadoso que evitara caer en el “Campo Tributario” común de la Constitución de 1925.

Mi llegada al FEES

El Ministerio del Trabajo designó a un abogado, entre sus asesores con experiencia anterior en la OEA, para que instalara y diera marcha al FEES. Con Estatuto y Reglamento aprobados, en enero de 1968 ya se hacía posible la instalación de la Oficina y sus primeros programas operativos.

La legislación adecuada era bastante compleja puesto que nació jurídicamente como un organismo dependiente de la Dirección del Trabajo. Las autoridades de la época me informaron que la idea era una institución enteramente autónoma. Para evitar las resistencias legislativas a un organismo de influencia en el campesinado, estaba planeado eliminar esta dependencia de la Dirección del Trabajo en el último trámite legislativo, ¡pero los encargados de hacerlo se olvidaron! Finalmente salió con la dependencia, lo que generaría problemas operativos.

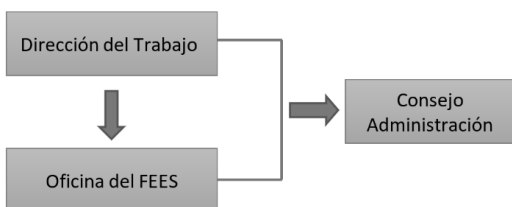
Para despejar las muchas dudas que esto suscitaba, el FEES solicitó a la Contraloría General de la República un dictamen que precisara su naturaleza jurídica institucional y las reglas que le eran aplicables en diversos campos de su acción. Este paso demoró varios meses y cuando salió el pronunciamiento el abogado renunció, pues le parecía que el dictamen era ininteligible y que no se podría instalar y gestionar la Oficina. Entre tanto, había cambiado el ministro del trabajo (para Eduardo León Villarreal) y subsecretario (para Ernesto Yávar Castro) y había inquietud y premura por echar a andar este organismo, clave en la aplicación de la Ley Campesina.

En esta circunstancia, yo trabajaba en el INDAP dirigido por Jacques Chonchol y me llamaron para asumir la dirección del FEES, la que acepté si se me permitía la aplicación plena de la ley. Me refería a no discriminar en el ámbito de la pluralidad de las organizaciones campesinas, cualquiera que fuera su inspiración ideológica. Cuando pregunté el criterio de selección para ofrecerme este cargo, me dijeron que era mi estrecho contacto con las organizaciones campesinas

y la experiencia que ya tenía en la capacitación sindical. En el principio, me tocó trabajar con el abogado Patricio Larraín (DC), que era director del Trabajo. Tuvimos muy buenas relaciones laborales.

Fondo de Educación y Extensión Sindical

DFL N° 6, 12 de Enero 1968 – D.S. 105, 24 Abril 1968



Programa que ejecutamos en el FEES

La Oficina del FEES se organizó en distintos departamentos y unidades. Para la operación de los recursos, estaban la Jefatura, la Asesoría Legal, los departamentos de Contabilidad y Administración, los cuales mantuvimos una estrecha relación con la Dirección del Trabajo y su Departamento de Organizaciones Sindicales. Para los programas operativos se crearon tres unidades: Capacitación; Estudios, Difusión y Publicaciones, y Control de Aportes.

La Unidad de Capacitación tenía como responsabilidad preparar los cursos y programas de capacitación iniciales al campesinado, además de supervisar y evaluar los programas de las organizaciones campesinas. Se encargó de los contactos con el Ministerio de Educación, en su Jefatura de Educación de Adultos, para elaborar un Programa de Alfabetización Campesina, como un carácter de urgencia. Se contrataron decenas de profesores en los campos para cursos vespertinos y nocturnos. Se entregó material didáctico y lámparas para alumbrarse.

La Unidad de Estudios tenía como misión investigar diversos temas de la realidad campesina en relación con el avance cuantitativo de la sindicalización, sus características, los avances y obstáculos, la evaluación del control de los aportes y otros.

La Unidad de Difusión y Publicaciones editaba las Cartillas Laborales (fueron nueve libritos sobre derechos laborales campesinos), además de imprimir material de capacitación y de los Estudios. La revista y el periódico/mural mensual *Avancemos* fue una publicación de difusión hacia los sindicatos comunales, federaciones y confederaciones. Se entregaba directamente a los sindicatos campesinos, con dibujos y pocos textos, y se los colgaba en espacios comunes para información colectiva.

El clima de trabajo en el FEES fue amable y de camaradería. Fueron colaboradores del FEES, en distintos momentos, los siguientes profesionales:

- Asesoría Jurídica: Ramón Rivas, abogado, profesor Universidad de Chile (cuya expertiz en el Derecho Público y Administrativo fue clave para superar la compleja y equívoca legislación de la construcción institucional del FEES) y Eugenio Prado.
- Administración: Mario Pantoja, Rubén Godoy, Cristina Rioseco, Gloria Briano, Rebeca San Martín, Héctor Salinas, Misael Garrido y Baltazar (don Balta), como choferes. Los auxiliares: Héctor Garrido y Pedro Colipí.
- Contabilidad: Nelson Toro, Oscar Hrepic, Fernando Tapia, Oscar Araya, Pascual Yáñez, Sonia López, Juan Ivanovich, Ma. Angélica Álvarez de Araya, Víctor Reyes.
- Capacitación: Willie Moth Che, Luisa Rossier, Luis Lizana, Valeria Ambrosio, María Luisa Palma, María Angélica Morales, Paz Zulic, Ángela Alliende, Gabriela Troncoso y Teresa Gómez.
- Estudios: Wilson Cantoni (sociólogo/antropólogo brasileño), María Emilia Palma, Manuel Donoso, Marco Antonio Gramegna,

Eugenia Ruiz Tagle, Zaida Macías y Francisco Encina (se exilió en Austria; ya en democracia fue electo diputado por el PS en Coquimbo en 1993 y reelecto cuatro veces hasta el 2010, tocándole reemplazar en la Presidencia de la Cámara).

- Difusión y Comunicaciones: José María Arrieta, Nelson Soto, Ricardo Jaramillo, Guillermo Ríos y Eduardo Castillo (fue el redactor de las Cartillas Laborales. En la década de 1980, fue abogado del Instituto Indígena del Obispado de Temuco, en la Araucanía; asesoró la creación “autónoma” de la UC de Temuco y participó de la experiencia de los “Centros Culturales” y la reorganización del movimiento indígena, especializándose en derechos humanos).
- Control de Aportes: Ángel Magaña, Carmen Cubillos, Ingrid Jullerat, Sergio Marchant, Margarita Martínez, Carlos Arriagada y Jaime Delgado.

Los Convenios con las Confederaciones

Entre 1969 y 1973, las Confederaciones presentaron para la aprobación del Consejo del FEES sus respectivos programas de capacitación campesina a ejecutar directamente por ellos. Además de la capacitación, los programas incluían asesorías técnicas, promoción y extensión sindical campesina. Fueron aprobados junto con los respectivos recursos financieros, de acuerdo con su representatividad legal en las bases del movimiento sindical campesino. Inicialmente estaban con las confederaciones Libertad, Ranquil y Triunfo Campesino.

En 1970, la meta sumada de las tres confederaciones fue capacitar 43.645 campesinos en distintos cursos y jornadas en terreno. Para los años siguientes, la cifra era mayor. Después se agregarían la Federación Sargento Candelaria (independiente), la Confederación Unidad

Obrero Campesina (UOC) y la Confederación Provincias Agrarias Unidas (de derecha, con poca representación).

Además, el FEES inició algunas alianzas institucionales con el Ministerio de Educación, el Centro de Estudios Agrarios de la Universidad Católica (CEA) y el Instituto Nacional de Capacitación Profesional (INACAP), donde también se desarrollaron programas de capacitación para la Reforma Agraria y derechos laborales, alfabetización con el método psicossocial (de Paulo Freire), estudios sobre la realidad chilena y capacitación técnico-productiva.

El FEES en el Gobierno Popular

Por haber salido de la DC al MAPU, fui confirmado para seguir en el cargo por el Gobierno Popular en 1970. Debí trabajar con Juan Arredondo (abogado, del PR), director del Trabajo, con quien también tuvimos muy buenas relaciones laborales y con el ministro del Trabajo y Previsión Social, José Oyarce (PC, antes dirigente de los ferroviarios). Tuvimos un trabajo en colaboración cercana y cordial.

Cuando hubo cambio de gabinete ministerial en 1972, asumí Mireya Baltra (PC, dirigente de los suplementeros, de la CUT y parlamentaria). Su Ministerio fue corto, de junio a noviembre. Luego, en un tercer cambio de gabinete, ingresaron los dirigentes sociales Luis Figueroa como ministro del Trabajo (entre noviembre de 1972 y julio 1973), comunista y expresidente de la CUT, con quien tuvimos una estrecha relación; y Rolando Calderón como ministro de Agricultura, socialista, dirigente campesino de la Ranquil y de la CUT. El cambio de ministros se hizo frecuente con la crisis política. En los últimos meses del Gobierno Popular (julio a septiembre de 1973), terminamos con Jorge Godoy (PC), en el Ministerio del Trabajo.

Luis Figueroa era un obrero de la construcción, con trayectoria en la Juventud y en el PC. Sin muchos estudios formales, tenía una amplia formación práctica y política. Destacaba su inteligencia y capacidad para situarse en la realidad. Esto facilitó mucho para que

entendiera rápidamente el significado de la tarea del FEES. Ante el golpe de Estado debió asilarse y recibió la solidaridad de Suecia, como muchos otros chilenos. Falleció en Estocolmo.

Presión por la Reforma Agraria y recuperación de tierras mapuche

Al momento de asumir el Gobierno Popular (04/11/1970), la presión por implementar la Reforma Agraria estaba al máximo. El movimiento sindical campesino se había transformado en un actor relevante que venía ejerciendo como motor de empuje de dicha reforma y hacia el proceso de expropiaciones. Además de la presión campesina, se intensificaba la de los mapuche por la recuperación de su territorio histórico, perdido por la colonización española y la ocupación por parte del Estado chileno en los siglos XIX-XX. Además, la presión se había intensificado por la presencia política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) en las zonas de Arauco y Cautín. La estrategia de recuperación de tierras consistía en las “corridas de cercos”, esto es, trasladar los cercos de los predios colindantes con los “huincas”, a las dimensiones que señalaban los “títulos de merced”, entregados por el Estado de Chile en el territorio mapuche (desde mediados de 1800 en adelante).

A iniciativa del sociólogo Wilson Cantoni (FEES), quien estaba especialmente preocupado de observar la movilización mapuche en la zona de Lautaro (Provincia de Cautín), y de paso asistir al II Congreso Nacional Mapuche, que se realizó en diciembre de 1970, decidimos concurrir a terreno para asistir a estos acontecimientos cuando se estaba iniciando el nuevo Gobierno. Allí observamos y entrevistamos a hermanos mapuche en la zona del conflicto y asistimos al Congreso el fin de semana, en una Escuela de Temuco. Participaron en su clausura el ministro Chonchol y el presidente Salvador Allende. En ese Congreso conocimos a Antonio Millape (IC) que resultó electo

presidente y a Melillán Painemal, profesor primario de gran oratoria y liderazgo, de larga trayectoria en el movimiento indígena. En el Congreso se preparó un pre-proyecto de “Nueva Ley Indígena”. El profesor Painemal sobrevivió al golpe de Estado y lo encontramos durante la década de 1980 como dirigente mapuche de los ahora llamados “Centros Culturales”. Estos fueron una forma de reconstruir el movimiento indígena en la dictadura de Pinochet.

Las exigencias de la movilización mapuche y campesina obligaron al Gobierno Popular a trasladar su gestión a Temuco, donde se instaló el ministro Chonchol y los ejecutivos de la CORA, para avanzar con las expropiaciones en la zona sur (“Cautinazo”) y procurar disponibilidad de tierras para los mapuche y los campesinos del sur, en respuesta a las “corridas de cercos” y a sus acciones en pro de la “reforma agraria mapuche”.

En el período de la UP, el proceso de sindicalización campesina se amplió y profundizó, alcanzando a más de 300.000 trabajadores rurales. Por la conflictividad del momento, las nóminas de los afiliados a los sindicatos que se iban a presentar en la Dirección del Trabajo el 30 de agosto de 1973, fueron postergadas al 30 de septiembre, lo que no alcanzó a ocurrir por el golpe de Estado del 11.

Entre 1967 y 1970, el sindicalismo campesino había alcanzado cerca de 140.000 afiliados. En 1971 sobrepasó los 200.000 y en 1972, se acercaba a los 300.000 afiliados. Esa era la base con la cual trabajábamos la capacitación. Podría estimarse que la cifra en 1973 se acercaba a casi el 80% de la masa asalariada en el campo.

La Negociación Colectiva había avanzado con centenares de pliegos de peticiones, convenios o contratos colectivos y hasta Fallos de Arbitraje, con extensión de los derechos y beneficios a nivel departamental, agrupando y/o extendiéndolos a trabajadores de territorios apreciables, aplicando en su extensión la nueva ley campesina.

Se ha estimado que a 1973 las fuerzas de los sindicatos campesinos de las Confederaciones Ranquil (PC-PS) y UOC (MAPU-OC), que apoyaban al Gobierno Popular, tenían una representatividad del

50,05%; que la Confederación Triunfo Campesino (DC) y la Confederación Nacional Campesina (Iglesia Católica), era 40,95%.

Consejos Comunales Campesinos

La idea de los Consejos Campesinos nació en el período de la UP, siendo Jacques Chonchol ministro de Agricultura. La propuesta fue generar una organización que integrara la fuerza de las diversas organizaciones de base campesina: sindicatos, cooperativas, comités de pequeños agricultores, asentados de la reforma agraria, organizaciones juveniles, vecinales, de mujeres rurales y otras de diverso tipo. Para su reconocimiento legal, se dictó al inicio del Gobierno (21/12/1970) el Decreto Supremo N° 481, sobre los “Consejos Comunales Campesinos”.

La idea venía del Programa de la UP y fue especialmente impulsada por los personeros del PS, en particular Adrián Vásquez, en la dirección del INDAP. Los primeros pasos se habían dado en la Provincia de Cautín, en Temuco (Araucanía actual) y fueron parte de estrategias de desarrollo y lucha distintas: por un lado, los “fieles” al Decreto y la estructura formal y a la “legalidad del proceso de Reforma Agraria” (DC, PC, ciertos sectores del PS, MAPU, IC, PR). Por otro, ciertos sectores del PS (ELN/Elenos) y el Movimiento Revolucionario Campesino (MRC) sustancialmente, partidarios de sobrepasar los límites de la ley de RA, generalizar las tomas de los predios sin que importara necesariamente su tamaño y acelerar a fondo el proceso reprimiendo fuertemente al sector empresarial. Se despreciaba los “Consejos por el Decreto”, por los “Consejos por la Base”. Esta diferencia estratégica se expresaría políticamente en toda la política de reforma de la época y finalmente en todas las materias en el país, hasta la caída del Gobierno Popular.

El segundo año del Gobierno Popular vivimos dos hechos trascendentes para nuestro ámbito de trabajo como FEES.

Ruptura de la Confederación El Triunfo Campesino y Constitución de la Confederación Unidad Obrero Campesina

En el verano de 1972 se realizó el II Congreso Nacional de la Confederación El Triunfo Campesino, en la ciudad de Castro, isla de Chiloé. Era un Congreso difícil pues venía precedido de las fuertes diferencias políticas en su interior respecto a respaldar o no la acción del gobierno de la UP que encabezaba Salvador Allende. La Confederación se había constituido en pleno gobierno de Eduardo Frei Montalva (1967), en la ciudad de Curicó. Desde su constitución había sido dirigida por líderes campesinos vinculados a esta tendencia, con variantes respecto al proceso de Reforma Agraria y de la misma sindicalización (Pedro Pablo Montecinos, Victoriano Zenteno, Rodolfo Haverbeck, entre otros). En la Federación, Eduardo Frei en Santiago y en otras regiones los campesinos se inclinaban por la elección de Salvador Allende. La Confederación era fruto del trabajo promocional del INDAP en esta época.

Con las rupturas en el interior de la Democracia Cristiana (Junta Nacional de Peñaflores, 1968), la caída de la Mesa Directiva de Rafael Gumucio, la rebeldía de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC) que encabezaba Rodrigo Ambrosio y otros hechos, se había constituido el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) en mayo de 1969. Como se sabe, este nuevo grupo político integró la UP y levantó como precandidato presidencial a Jacques Chonchol.

Hacia el verano de 1972, primer año del Gobierno Popular, la Triunfo Campesino estaba fuertemente dividida en este apoyo. El Congreso confirmó esta fuerte división. Ante la imposibilidad de zanjar bien esta diferencia, siete Federaciones Provinciales de la Confederación decidieron retirarse del Congreso y proceder a erigir una nueva Confederación, la Unidad Obrero Campesina, que se constituiría finalmente en Santiago en diciembre de 1972 y a la que dirigieron Carlos Morales, Andrés Tapia, Raúl Aravena, Manuel Oliveros y otros dirigentes de regiones. Este proceso pude acompañarlo de muy cerca como miembro de la Comisión Agraria del MAPU.

La Huelga de Melipilla y la Toma del Juzgado (mayo de 1972)

Se había producido una gran movilización en esta importante área rural de la Región Metropolitana (Santiago) y parte del conflicto giró en torno a la toma, desalojo y retoma del fundo “Millahuín”. El conflicto suscitó la solidaridad de los sindicatos de San Antonio, que también paralizaron. Fue un conflicto emblemático y también generaba fuertes tensiones políticas al interior de la UP, con fuerzas en el campesinado, por las diferencias estratégicas y tácticas con otras fuerzas del campesinado, el MIR y un sector del PS.

En este marco se convocó a una reunión de la Comisiones Agrarias el día anterior. La reunión se hizo en el local de la Confederación Ranquil (calle Dieciocho). Asistieron Enrique Avendaño (presidente de la Ranquil), Gerardo Vidaurre (PS), y yo (MAPU). Se analizó, lo que en el momento era un rumor, que había ciertos sectores que querían tomar el Juzgado. Concordamos que un hecho como este solo perjudicaría al Gobierno Popular con el Poder Judicial, con quien por su política de cambios (Reforma Agraria) ya tenía varios problemas y tensiones acumuladas.

El acuerdo al que se llegó fue que había que impedir que esto se produjera. La historia es conocida. El juez Olate, el 9 de mayo de 1972, se consideró secuestrado al ver ocupado su tribunal y, ante la falta de fuerza pública local que lo restituyera, informó directamente a la Corte Suprema en Santiago. Lo que siguió fue que el Presidente de la Corte Suprema llamó al presidente Allende y este pidió al intendente de Santiago (Alfredo Joignant) y al subsecretario de Justicia (José Antonio Vieragallo) que solucionaran el problema y restituyeran al juez Olea en su despacho. Como se sabe el hecho fue trascendente, con consecuencias negativas.

Programa del FEES en 1972-1973

Mientras tanto en el FEES, además del Programa y Convenios con las Confederaciones Campesinas, fortalecíamos el programa

institucional con las Alianzas Institucionales y Organizativas, algunas de las cuales ya venían desarrollándose desde el período anterior. Se fortaleció el trabajo con el MINEDUC, INACAP, CEA-UC. Se agregó el Convenio de Cultura con la CUT y Universidad Técnica del Estado (Depto. de Teatro). Estos programas fueron:

1. *Convenio con el Ministerio de Educación, División de Educación de Adultos de Alfabetización Campesina:* se estimaba importante de superar el analfabetismo adulto, pues todavía tenía relevancia en plena segunda mitad del siglo XX (el Censo de 1960 había marcado 60,74% para el área rural).
2. *Capacitación Técnico-Profesional con INACAP:* iniciativa de Agustín Alberti, desde la CORFO y Servicio de Cooperación Técnica (SERCOTEC). Alberti venía de trabajar en el Centro Internacional de Formación Técnica (CINTERFOR) de la OIT, en la ciudad de Turín, Italia. En el seno de CORFO y del SERCOTEC obtuvo importante apoyo de países europeos que patrocinaron la instalación de centros especializados. El INACAP se constituyó en octubre de 1966. La idea del Convenio era calificar mano de obra agrícola en tres especialidades: Fruticultura (Centro Pascual Baburizza, Los Andes), Mecánica Agrícola (Centro Maquinaria Agrícola, San Fernando) y Ganadería (Centro Pupunahue, Osorno).
3. *Capacitación Dirigentes Nivel Superior:* convenio con el CEA-UC. La idea era ir más allá de la capacitación propia de cada Confederación, entregando a los dirigentes seleccionados por ellas una formación que les permitiera herramientas de conocimiento de mayor envergadura de la realidad nacional (coyuntura y proyección) y propuestas de solución generales.
4. *Capacitación y Difusión Cultural:* convenio con la CUT y la UTE (Grupo de Teatro). La idea era exhibir obras del teatro social a los campesinos y sus comunidades y motivarlos a crear grupos de teatro y obras con un contenido social rural.

Al momento del golpe de Estado, estaban en plena ejecución todos estos programas, los que quedaron violentamente interrumpidos.

Nueva Ley Indígena: la creación del Instituto de Desarrollo Indígena (IDI) en la sede del FEES

En septiembre de 1972 se dictó la Ley N° 17.729, que estableció normas sobre “indígenas y tierras de indígenas”. Creó además el IDI y dictó disposiciones sobre materias judiciales, administrativas y educacionales.

El proyecto había sido presentado con mucha expectativa por los Pueblos Indígenas. Sin embargo, en su tratamiento legislativo fue enteramente desfigurado, saliendo una pálida legislación a lo esperado.

Puesta en marcha la ley fue designado como primer director el profesor René Aucapán. En los primeros días, mientras se efectuaban los trámites de instalación y recepción de los bienes institucionales del IDI, le ofrecimos él y a su asistente Marilú Curivil, las oficinas del FEES en Santiago en la calle Dieciocho, para que llevaran adelante sus tareas iniciales antes de instalarse en Temuco.

La ruptura y división del MAPU

En octubre de 1972 se realizó el Segundo Congreso del MAPU, el que con nuevos estatutos eligió un Comité Central más amplio. Algunos miembros de la Comisión Agraria fuimos elegidos en este Comité. En la Secretaría General, Oscar Guillermo Garretón y en una vicepresidencia Eduardo Aquevedo (Concepción). Otros dirigentes destacados después de Rodrigo Ambrosio (fallecido en mayo de 1972) eran Jaime Gazmuri y Enrique Correa. En el seno del MAPU se perfilaba y desarrollaba la discusión ideológica, estratégica y táctica, sobre el

carácter de la Revolución Chilena y sobre la vía e instrumentos más apropiados en que estaba envuelta la Unidad Popular y demás fuerzas de izquierda.

Los debates y las diferencias se hacían presentes en el Gobierno y especialmente en las organizaciones de masas y en las provincias.

En marzo de 1973 se produce este rompimiento y pocos meses después al resolverse la pertenencia legal del nombre MAPU, el grupo de ruptura decide llamarse MAPU OBRERO CAMPESINO, simbolizando su compromiso con los sectores laborales de la ciudad y el campo (dirigentes de la CUT, Eduardo Rojas y Daniel San Martín; La Confederación Unidad Obrero Campesina, encabezada por Carlos Morales, Andrés Tapia, Raúl Aravena, Humberto Vergara, Oscar Cruz, Oscar Valladares, Luis Medina, Carlos Ulloa, Rodrigo Valenzuela, Justo Argandoña y Carlos Cortéz (Coquimbo), Manuel Oliveros (Linares), Raúl Flores (Ñuble) Hernán Navarro (Puerto Montt), y otros.

Entre marzo y septiembre de 1973 se vivió con esta ruptura y tensión en el seno de las fuerzas populares del país. Con la perspectiva del tiempo y lo vivido en todos los años posteriores, no tenemos recuerdo que estas diferencias políticas hayan entorpecido el trabajo con el movimiento campesino, a pesar de las diferencias entre los colaboradores del FEES y las que tenían las organizaciones mismas.

La capacitación de jóvenes trabajadores en maquinaria agrícola en la Unión Soviética

Seleccionados por los partidos Comunista y Socialista y por la Confederación Ranquil, algunos jóvenes trabajadores fueron elegidos para ir a la URSS a aprender sobre las máquinas agrícolas compradas por el gobierno de Allende. Se nos pidió la colaboración para la fase de reunión en Santiago y su capacitación previa antes del viaje. Decidimos readecuar nuestras instalaciones de las oficinas del FEES en la calle Dieciocho. La capacitación fue abordada por la Confederación Ranquil. El objetivo del viaje era la formación y adiestramiento en la

operación de esta maquinaria que había sido importada desde países del área socialista como Rumania y Bulgaria. Sin embargo, los jóvenes campesinos viajaron a la URSS pocos días antes del golpe de septiembre de 1973.

Con el golpe, tanto el Director del Trabajo como yo fuimos exonerados el 19 de septiembre. De los funcionarios, algunos permanecieron en su trabajo hasta su despido y otros salieron al exilio.

La interrupción de un proceso democrático y de justicia social impulsado por el Movimiento Popular

El golpe y la devastación del movimiento campesino y sus soportes ha sido bastante informado y documentado, y por eso no entraremos en repeticiones de lo que ocurrió con los dirigentes de los partidos, del movimiento social (CUT y Organizaciones Campesinas) y de quienes lucharon por la transición socialista. Se ilegalizó a la CUT y las Confederaciones Ranquil y Unidad Obrero Campesina.

En los años siguientes la reconstrucción organizativa y el reagrupamiento fueron las tareas del momento. Más tarde, en la década de 1980, vino la preparación de un “Programa Alternativo para la Democracia”, la creación de la CNC y el MUCECH (Sindicales con Cooperativas Campesinas y Asociaciones Gremiales).

Memorial y Recuerdo

Nuestro homenaje y recuerdo a:

Manuel Donoso, sociólogo, quien fue fusilado en el patio del Regimiento Rancagua en la ciudad limítrofe de Arica, en la zona norte, a la que se había trasladado los meses anteriores a septiembre de 1973.

Wilson Cantoni, sociólogo y antropólogo, que llegó a Chile exiliado del golpe de Estado que derribó al presidente João Goulart en Brasil y que falleció en un nuevo exilio en Costa Rica, Centroamérica.

José María Arrieta, periodista, que nos dejó cuando vivía el exilio en España.

Referencias

Correa, M., R. Molina y N. Yáñez. (2005). *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. 1962-1975*. Santiago: LOM Ediciones.

Foerster, R. y S. Montecino. (1988). *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches. 1900-1970*. Santiago: CEM.

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa

La capacitación campesina en la Reforma Agraria de la Unidad Popular

Rolando Pinto Contreras

Una breve introducción

Hablar de desafíos y contradicciones en una actividad de formación política y de desarrollo de capacidades de gestión socioeconómica y agrotécnica de campesinos, beneficiarios de la Reforma Agraria, agrupados en Asentamientos o en Sociedades Agrícolas de Reforma Agraria (SARAS), en un horizonte aspiracional del campesino de ser beneficiario de una parcela privada individual, es procurar explicar el nudo fundamental de una acción política estratégica del gobierno de la Unidad Popular (UP) y que no pudo ser concluida, por la interrupción del golpe de Estado Cívico Militar, el 11 de septiembre de 1973 y por las propias insuficiencias y contradicciones que teníamos los actores del gobierno.

La capacitación campesina, que según el Programa de Gobierno, era una acción prioritaria para el proceso de transición democrática al socialismo, ya que se depositaba la responsabilidad social de

producir los alimentos para el pueblo chileno, en estos campesinos asentados, requería enfrentar con mucha claridad teórico-práctica unitaria, a dos grandes obstáculos político-sociales existentes en el Chile de 1970/1973.

El primer obstáculo era la concertación de fuerzas políticas sociales de la oligarquía terrateniente chilena, que se venía organizando y planteándose abiertamente en contra de cualquier acción de reforma agraria (1958-1967) y enseguida, ya instalada esta realidad en la sociedad nacional (1968-1973), disfrazar su discurso pseudo democrático y defensor de la propiedad privada en la realidad rural, tergiversando y oponiéndose por la fuerza al funcionamiento legal del gobierno popular; según Oscar Oszlak (2018) llegando a destruir sus cultivos y plantaciones, además de negarse a sembrar sus tierras, para causar el desabastecimiento de la población.

Desde el punto de vista político y social contextual, se trataba de avanzar al desafío estratégico de transición democrática popular, enfrentando a una derecha golpista y a un reformismo centrista modernizante, que al poco andar se sumaron al intento golpista, para impedir la consolidación del programa revolucionario del gobierno.

Con respecto a las contradicciones internas de la UP sobre lo que debía desarrollarse con la capacitación campesina, como desafío estratégico de contribuir al cambio social, era ponerse de acuerdo sobre cómo desarrollar con esta capacitación, el cambio de conciencia de esos campesinos que, en su vida de inquilinos abusados y explotados por sus patrones, introyectaban la imagen de una doble relación de poder.

Por un lado, identificar el saber producir la tierra, con la calidad de ser dueño de la misma; y por otro, aceptar que solo se puede hacer producir la tierra si se sabe mandar al que la trabaja.

Ambas dimensiones del poder introyectaban en el campesino la imagen del patrón, sus capataces y los profesionales rurales, que trabajaban con él, como los que sabían hacer.

De esta conciencia dominada, el proyecto político de la UP aspiraba transformarla en conciencia crítica de autonomía productiva

campesina. En este sentido, esa capacitación debía ser una acción cultural de cambio estructural de la historia y la situación protagónica que reclamaba el pueblo chileno de los campesinos beneficiados con la Reforma Agraria.

Una cultura nueva que significaba construir una organización de los asentamientos centrada en la solidaridad y el compromiso de los campesinos con el propósito de transición socialista que proponía el gobierno de la Unidad Popular.

En ese contexto inédito es que comienza a desarrollarse la capacitación, mostrando desde su inicio una contradicción estructural de no comprender en profundidad y disciplinadamente, de parte de los partidos que constituían la UP, esa transformación actuarial del campesino de reforma agraria.

Entre otras contradicciones más operativas, aquí señalamos las que, a nuestro entender, no se superaron en todo el proceso de capacitación que realizamos entre el 4 de marzo de 1971 y el 11 de septiembre de 1973:

¿Cómo lograr un cambio protagónico del campesino inquilino sin modificar al mismo tiempo su conciencia afirmada en un modelo patronal, reemplazado ahora por el Estado?

¿Cómo romper en la conciencia campesina la identidad de “propiedad individual de la tierra expropiada” sin destruir, al mismo tiempo, el principio capitalista, históricamente dominante, de asignar la tierra expropiada, en parcelas individuales privadas?

¿Cómo intentar un protagonismo solidario del campesino beneficiado con la reforma agraria, estando estos en una situación de marginalidad histórica de la decisión de producir alimentos para otros, sin que tuvieran en su horizonte vital alguna práctica organizacional de trabajo productivo colectivo o social?

Todas estas preguntas constituían el marco político referencial de las acciones que había que desarrollar en la capacitación campesina, pero no todos/as los/as que estábamos en las instituciones del agro, teníamos la misma consideración sobre la complejidad social y humana de ese proceso concientizador del campesino.

Para algunos, la cuestión se resolvía con el cambio del discurso político y bastaba con ordenarle a los campesinos que el acceso a la tierra no era para reproducir relaciones capitalistas y patronales, sino colaborativas y socialmente solidarias, entre todos los campesinos, sus familias y con el pueblo trabajador del país.

Para otros, desgraciadamente los menos, debíamos avanzar en una capacitación que lograra instalar una conciencia colectiva y solidaria, a través de un proceso de transición persuasivo, dialógico e instrumentalmente constructivo social, pero vinculado directamente con la acción productiva colectiva del asentado. En esta visión de la capacitación no solo permitiría alcanzar una conciencia transitiva propia a la función social de la producción agropecuaria, necesaria para el país, sino que desarrollar, al mismo tiempo, una conciencia protagónica social del campesino de reforma agraria.

Y siendo este, esencialmente, el gran desafío histórico que tenía el Gobierno Popular con esa capacitación política y técnico-productiva de campesinos de la reforma agraria, nunca hubo acuerdo sobre el cómo hacer esa capacitación, en un período de dos años y medio de transcurrir histórico dramático.

Y es justamente por este corto período histórico que teníamos por delante, lo que hace emerger de manera presionada una variedad de orientaciones y acciones de capacitación, según lo establecía el jefe o coordinador de cada acción institucional.

De esta manera, en algunos casos, la capacitación se ejecutaba, entonces, como una prescripción vanguardista ajena al mundo campesino, que además se fortalecía con la disposición legal de asignar en parcelas familiares individuales la tierra del asentamiento.

Este horizonte de asignación de tierras constituía el modelo de propiedad y trabajo a la que aspiraba el campesino; pero ello fomentaba una imposibilidad material de alcanzar para todas las familias campesinas asentadas esa distribución de tierras.

En otros casos, la capacitación se convertía en un proceso formativo instrumental que no consideraba la concientización social del campesino y su familia, si no que en una preparación para su

función económica “modernizadora” del nuevo empresario agrícola, surgido con la asignación de parcelas individuales.

Y en el menor de los casos, en una acción comprometida con el proyecto de transición socialista del gobierno de la UP.

Con este panorama político, la capacitación, a pesar del logro de haberla unificado como un Programa Nacional de Capacitación Campesina, en la práctica el reconocimiento de la autonomía de líneas diversas de la capacitación, permitió la continuidad de la fragmentación de ofertas de capacitación, según la línea de acción que se asentó en esa institución nacional.

Paralelo a este problema insoluble de la capacitación, emerge una nueva controversia política en el seno de la UP. La oportunidad y el momento de hacer esta asignación de la propiedad de la tierra expropiada.

Entre los partidos políticos que constituían la UP se generó una disputa ideológica sobre las salidas de asignación colectiva de la tierra expropiada. Sin embargo esta disputa, tampoco resuelta en el período del gobierno, tuvo su impacto en la capacitación al no tener claridad sobre el tipo de desarrollo económico rural al que debiera apuntar las acciones diversas de la capacitación.

Hasta el mes de agosto de 1973, previo al golpe de Estado Militar, se habían expropiado un total de 4.394 predios que funcionaban como SARAS o Asentamientos y se lograron asignar en Parcelas Familiares o Individuales de Reforma Agraria y en Cooperativas de Reforma Agraria, el 31,8% de ellos. Al final del gobierno popular y sumadas las asignaciones realizadas en el gobierno de Frei, resultaba que 42% de los predios expropiados, efectivamente se transformaron en Parcelas Individuales de Reforma Agraria.

Pues bien, ese era el escenario político y social en que se desarrolla la capacitación campesina, en el gobierno de la Unidad Popular. Y este escenario, también jugaba determinadamente en la organización y la intervención del Estado nacional en esa Capacitación Campesina.

Características institucionales de la Capacitación Campesina, previa al gobierno de la Unidad Popular

La estructura institucional del sector rural en Chile tenía una lógica de gestión diferenciada y fragmentada de la ejecución de sus acciones de asistencia técnica, atención crediticia y capacitación según el tipo de productores rurales y/o campesinos que existían en el Chile de 1960 a 1970.

De esta manera, existía el Servicio Agrícola y Ganadero (SAG) que atendía a los productores rurales de mayor tamaño productivo y de capitales invertidos. Este SAG se encargaba de impartir sus acciones de Asistencia Técnica, principalmente visualizando relaciones capitalistas eficientes y rentables, y desde el año 1964, se agrega el propósito de “relaciones humanistas y con justicia social”.

Estaba el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario/INDAP que tenía tres grandes funciones de organización/capacitación campesina: la sindicalización de los campesinos asalariados, para lo cual había que capacitarlos sobre los contenidos y propósitos de la Ley correspondiente; la organización de los pequeños productores rurales en Cooperativas de Primer Grado, esto es, en cooperativas que realizaban las tareas de compra de insumos, el acopio de sus producciones y la comercialización conjunta de sus productos; y la Asistencia Técnica y Financiera para estas organizaciones.

Y la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) que junto a la responsabilidad legal y ejecutiva de la Reforma Agraria y de la Asignación de tierras a los campesinos beneficiarios de la Reforma Agraria, se ocupaba de la Alfabetización y nivelación escolar de los adultos campesinos, asuntos relacionados con la organización social de las familias y los Asentamientos y de la Capacitación técnica productiva y de la gestión financiera y laboral de los asentados. Los “Asentamientos de Reforma Agraria” eran las unidades agrícolas en que funcionaban, de manera transitoria, los campesinos favorecidos con la expropiación de los latifundios. En esta capacitación campesina

del “sector reformado”, colaboraba estrechamente el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), organismo de la FAO que apoyaba técnicamente al gobierno chileno y cualquier otro gobierno latinoamericano que tuviese procesos de reforma agraria.

Además de estas tres grandes instituciones del Estado para el desarrollo del sector rural, que dependían directamente del Ministerio de Agricultura, existían otras instituciones sectoriales del Estado que se ocupaban de impartir capacitación técnica a asalariados campesinos o rurales, como eran la Corporación Nacional Forestal (CONAF) y el Servicio Agrícola Mecanizado (SEAM), ambos dependientes de la CORFO.

Con la llegada del gobierno de la UP y por solicitud del propio Allende, comienza un proceso de reestructuración institucional de la Capacitación Campesina, en una doble perspectiva: por un lado, el cambio de la estructura institucional de la capacitación campesina; y por otro, el cambio del sentido estratégico y operacional de la capacitación campesina.

La capacitación de campesinos/as como Programa Nacional del gobierno de la Unidad Popular

De manera general, los propósitos políticos inmediatos de la capacitación señalaban, como uno de los pilares transformadores de la sociedad chilena, la preparación de los campesinos beneficiados con la reforma agraria como actores protagónicos del nuevo poder económico-social y productivo del Chile, que debía avanzar hacia una transición socialista.

Tres eran las líneas políticas que constituían esta capacitación: su cambio institucional, su énfasis estratégico transformador de la Sociedad Rural y la modalidad pedagógica de una educación interactiva y emancipadora de su propuesta formativa.

El cambio institucional

Además, hasta el año 1970, la modalidad de la capacitación campesina era el Curso formal en una sala de clases, que funcionaba en las Centrales de Capacitación que había adaptado arquitectónicamente cada institución del Agro, de las casas patronales expropiadas. En forma general funcionaban como “Escuelas de Capacitación Campesina”. Y los contenidos se referían a programas elaborados por los Departamentos de Capacitación centrales de cada institución y los capacitadores viajaban desde Santiago a las diversas zonas rurales del país.

El gobierno de la UP entiende que la fragmentación institucional y la modalidad “escolarizante de la capacitación” hacían perder el perfil formativo que tenía el Estado para transformar a los campesinos en actores protagónicos de la Reforma Agraria y por otro, en relación a la inversión presupuestaria del fisco en la capacitación, multiplicaba los costos de funcionamiento paralelo del Estado.

La primera acción que desarrolla el gobierno popular es integrar y organizar la Capacitación en un Programa Nacional de Capacitación Campesina, único y usando racionalmente los recursos que estaban divididos en las diversas instituciones gubernamentales. Se agrupan, entonces, a todas las Unidades Institucionales que tuvieran acciones de educación y/o capacitación campesina uniendo sus recursos económicos y profesionales, para ofrecer líneas comunes de formación a los campesinos y no fragmentos de una capacitación clientelista.

A este programa nacional, el gobierno, bajo la coordinación del Ministro de Agricultura, convocó a la formación de un Comité Técnico a todos los organismos del Estado, las del Ministerio de Agricultura o de cualquier otro Ministerio, a las diversas Confederaciones Campesinas (en ese momento existían 4) y a diversas instituciones privadas no gubernamentales, que tenían presencia de Educación en las áreas rurales.

Las líneas de la capacitación campesina

Este Comité Técnico determinó cinco líneas de capacitación y las coordinaciones institucionales específicas que asumirían la ejecución de las mismas:

1. La línea de fortalecimiento de la sindicalización Campesina. Coordinación INDAP, el FEES y las Confederaciones Campesinas.
2. La línea de Educación Regular de Adultos y Jóvenes Rurales: Dirección de Educación de Adultos del MINEDUC y el equipo social de CORA.
3. La línea Técnica Productiva y de Gestión Socioeconómica: CORA, con el apoyo del SAG e INDAP y organizaciones campesinas de reforma agraria (Asentamientos y SARA).
4. La línea de Asistencia Técnica y Crediticia a la Pequeña Propiedad Agropecuaria y Forestal: INDAP, SAG y CONAF, más representantes de Cooperativas Campesinas.
5. La línea de Capacitación de mecanización Agrícola: SEAM y CORA.

Y tal como decíamos en la introducción, el asentar cada una de estas líneas en una institución coordinadora se comete el error de continuar la fragmentación de la capacitación campesina. Por esta razón en la continuación de este texto solo nos referiremos a la línea de Capacitación N° 3, que fue la que nos correspondió coordinar, desde junio de 1971 hasta la interrupción del golpe de Estado en septiembre de 1973.

En relación al sentido estratégico de la Capacitación Agroeconómica y Técnico-productiva

La entendimos desde el inicio del gobierno de la UP, porque así estaba definida en el Programa de Gobierno, como una habilitación productiva y social protagónica social de los campesinos beneficiarios de la Reforma Agraria y de los pequeños productores organizados en Cooperativas Campesinas de Primer Grado, para la transición democrática popular al socialismo, que se iniciaba con el gobierno de Allende.

Este protagonismo campesino tenía una doble implicancia política y técnico-productiva estructural para el proyecto de transformación revolucionaria que se iniciaba con el gobierno UP. Por un lado, asegurar la alimentación que requería el país para el desarrollo equilibrado y de mejoramiento nutricional del pueblo; y, por otro, la concepción del campesino como actor fundamental del cambio rural y nacional que representaba el gobierno popular. El Campesinado y la clase obrera, eran el eje conductor del cambio social y de profundización democrática que se deseaba desarrollar en Chile.

La conciencia protagónica del campesinado era la expresión transversal de la capacitación, debía ser desarrollada en cada actividad de capacitación que se destinara a los campesinos y sus familias, beneficiados con la reforma agraria.

Por tanto, la capacitación campesina debía tener ese doble propósito político: desarrollar su conciencia productiva y social protagónica y constituirse conjuntamente con la clase obrera chilena, en el poder popular que sustentara el cambio socialista para Chile.

De las cinco líneas de capacitación que había definido el Comité Técnico Nacional de Capacitación Campesina, las dos más próximas a esta visión estratégica de la formación protagónica social del campesinado, eran la N° 3 “Capacitación Agro-productiva y de gestión técnico-administrativa de la Unidades de Reforma Agraria”, coordinada desde CORA; y la N° 4, “Asistencia Técnica Productiva y

Crediticia de las Cooperativas de comunidades indígenas y de la pequeña producción campesina”, coordinada desde INDAP.

Los objetivos, contenidos e instrumentos de las acciones de capacitación campesina, con los beneficiarios de la reforma agraria

Como ya dijimos, nos referiremos en este apartado fundamentalmente al diseño y la ejecución de la línea N° 3.

A partir del año 1971 la capacitación se hacía en los predios mismos de los asentamientos (bodegas o salas de reuniones de los campesinos y sus familias), y formando Círculos Culturales, se desarrollaban los contenidos que emergían de la Planificación Productiva, de su desarrollo productivo y del control/evaluación del avance de la producción. Se trataba de reuniones con todos/as los campesinos del Asentamiento y el rol de capacitador lo realizaba el funcionario técnico zonal, con el apoyo de algún profesional del nivel central de la línea de Capacitación. El centro temático lo constituía la planificación productiva del asentamiento y el cambio de vida de ser una familia “inquilina o asalariada” a un grupo responsable de la producción de alimentos para el país.

Las preguntas que tenían los campesinos y sus familias asentadas tenían que ver con esta responsabilidad protagónica de ser productores colectivos:

1. ¿Cómo planificar las actividades productivas, ahora que no está ni el patrón ni el capataz del fundo que lo ordenaba?
2. ¿Cómo llevar el control de avance de las actividades productivas, cuestión que la resolvían el capataz del fundo y los jefes de área designados por este?
3. ¿Quién debía ser el responsable de la compra de insumos (semillas o granos), abonos y químicos para la siembras, administración de la maquinaria o implementos agrícolas para siembra,

cuidado y cosecha de los productos? Todo esto lo hacía el patrón y el capataz, pero ahora ¿quién?

4. ¿Dónde se guardarían todos estos insumos e implementos agrícolas?
5. ¿Cómo comerciarían y con quién su producción agrícola y pecuaria?
6. Y otras preguntas que mostraban la inseguridad del campesino asentado.

La respuesta, en un primer momento (marzo a junio de 1971) era la que daba el técnico funcionario zonal, en acuerdo con el profesional de apoyo del nivel central. Y ambos reproducían la misma jerarquía del fundo: alguien elegido por sus pares hacía de capataz y este designaba a los responsables por acciones productivas.

La organización curricular y los instrumentos de la capacitación campesina

Desde el momento que asumí la Coordinación de esta línea, venía con una visión pedagógica crítica emancipadora que implicaba la transformación y el desarrollo de la conciencia campesina, descalificando en ella, la introyección de la imagen del “patrón” como modelo productivo a seguir. Este propósito significaba realizar, de forma colectiva y conjunta, la planificación productiva, los asentados comenzaban a desarrollar una conciencia campesina solidaria y autónoma. Esta visión la habíamos aprendido en ICIRA trabajando directamente con Paulo Freire (1968-1970) y sabíamos que esa nueva conciencia implicaba un trabajo educativo distinto entre el técnico y el campesino.

Mi preocupación en ese momento era triple:

1. ¿Cómo no reproducir la verbalización del cambio de conciencia del técnico y del campesino?

2. ¿Cómo diseñar una acción educativa interactiva en que el técnico y el campesino se concientizaban entre sí mediatizados por la corresponsabilidad protagónica de la producción alimentaria para el país?
3. ¿Con qué instrumentos avanzar en esta doble perspectiva?

En diálogo con los técnicos más progresistas del nivel central y con el apoyo pedagógico de Paulo Freire, diseñamos un modelo pedagógico de construcción social, en torno al eje material de la producción.

Además, en ICIRA, había un grupo de agrónomos y extensionistas rurales, de origen francés, que habían creado en Argelia y en Cuba un sistema de planificación centralizada de la producción, con participación campesina en la base. Uno de los instrumentos de este sistema era una propuesta de Plan Productivo Socializado.

Este Plan productivo nos pareció interesante pero sin su énfasis “Centralizador”. Comenzamos a reinventar este instrumento hablando de un Plan anual por rubro productivo, diferenciado a la producción dominante en la Zona Agropecuaria y al rubro dominante por los campesinos asentados. De esta manera, construimos un Plan que detallaba las acciones productivas que implicaba el rubro bien producido, así como una visión política transformativa de la conciencia del campesino. Esta visión adaptada del Plan Productivo la habíamos diseñado en ICIRA durante el tiempo que duró mi coordinación nacional del Comité Técnico de Capacitación Campesina (enero a junio de 1971).

Desde el momento que asumo la coordinación de la línea N° 3 de la Capacitación Agrotécnica y de Gestión Campesina de la producción, con el equipo Central de CORA y los profesionales de ICIRA, diseñamos la estrategia curricular de la Capacitación de los Campesinos Asentados.

El diseño pedagógico

Teníamos un principio pedagógico que adoptamos y que orientó el diseño formativo de la capacitación: “no verbalizar el cambio de conciencia, sino que desarrollarla como nueva práctica de trabajo productivo campesino”.

Este principio nos permitió visualizar la estrategia de trabajo:

1. Cada integrante del equipo central junto a los equipos zonales de la capacitación agrotécnica, acompañaban al Comité de Producción de los asentamientos existentes en la zona en el proceso de elaboración del Plan Anual de Producción del Asentamiento, en los rubros definidos por el conjunto de las familias del asentamiento.
2. El equipo de funcionarios zonales y nacionales de apoyo se reunían con el Comité de Producción y elaboraban interactivamente el Plan Anual de Producción por rubro. Lo que hablaba y sobre él se desarrollaba el diálogo, era el Plan de Producción Anual. No era un diálogo abstracto sino sobre la producción planificada.
3. Cada Comité de Producción de los asentamientos existentes en la Zona de Reforma Agraria se definía un espacio de reunión del asentamiento donde en los muros del local se pegaban las diversas hojas que comprendía el Plan Anual de Producción por Rubro de ese Asentamiento. Así para todos los asentamientos existentes en la zona de Reforma Agraria.
4. El Plan Anual de Producción estaba compuesto por cinco páginas Excel. Cada hoja del Plan tenía un propósito formador colectivo, por eso la necesidad de pegarlo en un local visible donde todos los campesinos y sus familias podían observarlo, leerlo y comentarlo.
5. La primera hoja llevaba el nombre del asentamiento y el rubro productivo planificado, así como los nombres de todos los integrantes del Comité de Producción. El propósito formativo era

desarrollar la identidad productiva de los campesinos, posicionándose como protagonistas de la planificación.

6. La segunda hoja se refería a las tareas asociadas a la preparación del suelo para la siembra o plantación y el período de tiempo que debía tomar la realización de esta tarea agrícola. El propósito formativo era ver esta tarea como una acción que comprometía a todos los asentados y sus familias.
7. Una tercera hoja detallaba las tareas asociadas a la siembra o plantación del rubro, así como los abonos que se incluían para proteger el desarrollo de la planta o la semilla; las horas trabajo que aportaba cada campesino o su familia y una fecha de término de esta actividad. Es como la página del descubrimiento de productor de vida y de la responsabilidad de hacerlo bien.
8. La cuarta página era un calendario de tareas y del momento de realizarlas, las horas trabajo hombres o mujeres de cada una, hasta el momento de la recolecta o cosecha del rubro cultivado. El propósito era visualizar la proyección productiva en el año agrícola; esto se vinculaba con la concientización protagónica del campesino, en tanto que productor de alimentos.
9. Esta cuarta página servía además al equipo técnico para calendarizar sus reuniones de continuidad y avance del cumplimiento del Plan Productivo Anual. El control de esta progresión del avance productivo correspondía a la directiva campesina de cada asentamiento, esto como una manera de implicar a la comunidad en la responsabilidad de vigilar el cumplimiento del Plan.
10. En una última página estaba la programación de la cosecha y la comercialización y/o entrega de la producción del rubro a la instancia de acopio del Estado de Chile. El propósito era materializar el producto del rubro como un trabajo colectivo.

11. La asamblea de familias asentadas conocía la propuesta del Plan de Producción, expuesto por el presidente del Comité de Producción del asentamiento, apoyado por el técnico de área que había asesorado la formulación del mismo; los participantes de la asamblea hacían preguntas para el esclarecimiento y de las responsabilidades atribuidas a los miembros del asentamiento; proponían algunos cambios y finalmente se aprobaba el Plan y se sugerían los nombres de las personas que asumían la realización de las actividades planificadas.
12. Una vez finalizado el año agrícola realizado, una nueva asamblea de las familias asentadas evaluaba la calidad del proceso vivido, destacaba los logros productivos del asentamiento, señalaba los aspectos mejorables para el Plan Productivo del año agrícola siguiente y aprobaba el balance de costos y beneficios sociales y económicos, presentados por el o los Cajeros Bodegueros que había nombrado la asamblea.

Principales logros del proceso de capacitación vivido

1. Era notable el cambio de actitud y de la capacidad de expresarse analíticamente de los/as asentados/as. En muchos se notaba una autoestima y un auto refuerzo de su incipiente rol protagónico, en tanto productor colectivo. Claramente estaban transitando hacia una conciencia histórica crítica y solidaria.
2. Este trabajo formativo permitió ciertos logros productivos no previstos en el Programa de Gobierno como, por ejemplo, el aumento de la producción agrícola nacional desde el momento que se comienzan a explotar las tierras expropiadas y que en el tiempo del proceso expropiatorio se habían mantenido sin ser trabajadas. Al iniciar una explotación planificada aumenta la cantidad de tierras en calidad y en los cultivos más requeridos por la sociedad nacional.

3. Un tercer logro, más directo del proceso de capacitación, para el año agrícola 1972-1973, los asentamientos campesinos atendidos por los funcionarios de áreas en el año agrícola 1971-1972, elaboran, sin la participación de funcionarios, sus propios Planes de Producción. Y realizan asambleas de evaluación y balance contable y organizacional al término del año agrícola (marzo-abril de 1973).
4. Particularmente en los años 1971 y 1972, se organizan en paralelo dos cursos de especialización en tareas administrativas, contables, almacenamiento y de control de avance productivo para hijos e hijas de las familias asentadas, en cada una de las áreas de reforma agraria. Estos cursos, más de carácter pedagógico tradicional, se les llamó “Formación de Cajeros Bodegueros” y tuvieron como docentes a los mismos funcionarios de Áreas y de Nivel Central, que apoyaban en la habilitación protagónica a los campesinos de Reforma Agraria.

Se formaron un total de 1800 Cajeros Bodegueros en el país.

5. Pero también hubo un logro para los funcionarios y profesionales de la Línea N° 3: asumieron con humildad y respeto el trabajo formativo de los campesinos con los cuales trabajaron, dialogaron con ellos, los escucharon y aprendieron de ellos y fueron capaces de entender su trabajo técnico-político como un proceso comunicativo persuasivo e interactivo.

Algunas reflexiones finales

Estábamos en una línea correcta y acertada de capacitación, estábamos transitando hacia un mayor protagonismo productivo social de los campesinos de reforma agraria; los equipos técnicos-funcionarios del Programa adquirían un mayor compromiso y una conciencia política colaborativa con los campesinos de reforma agraria. En fin, la coordinación del programa constataba estos logros pedagógicos

y productivos de campesinos y funcionarios. Había un espíritu de equipo en que nos sentíamos apoyando una transformación social de la cultura rural.

Sin embargo, hay aspectos de nuestra acción que podrían haber sido mejores. Sin dudas, en un escenario políticamente contradictorio y conflictivo no se generaron las condiciones necesarias para masificar esta pedagogía. Hasta hoy tenemos el sentimiento que tuvimos más obstáculos internos en la UP que apoyos, más críticas que reconocimientos. Tampoco hubo tiempo y oportunidades para debatir estas situaciones. Después vino el miedo y el horror. Y todo el tiempo pensamos en como continuar viviendo.

Lo lamentable es que la “alegría” para el mundo campesino y para todos/as aquellos/as que nos descubrimos como educadores rurales emancipadores, todavía no llega. Agradecer a tantos campesinos y campesinas que confiaron en nosotros, como caras visibles del gobierno de la UP, que tuvieron que continuar su vida llena de abusos y revanchas patronales, siempre hostigados por las fuerzas represivas de la dictadura. Estas fuerzas reaccionarias revirtieron el proceso de reforma agraria pero no la conciencia protagónica del campesino de reforma agraria. Re-expropiaron los derechos de muchos campesinos parceleros que, en muchos casos, les significo vender sus parcelas y que hasta hoy no han recibido ningún reparo de justicia de parte de los gobiernos de transición democrática que ha tenido el país.

Nos hemos reencontrado con algunos/as de ellos/as. Nos hemos reconocido y nos hemos contado nuestras vidas, pero, sobre todo, nos hemos reconfortado con el recuerdo de nuestra experiencia de capacitación realizada. Y ellos/as la califican como la única relación humana y de respeto que han tenido en sus vidas campesinas.

Tal vez, para mí, esta sea la mejor evaluación de una acción de capacitación inconclusa y que tanta emoción nos causa recordarla.

Referencias

- Faiguenbaum, S. (2017). *Toda una vida. Historia de INDAP y los campesinos (1962-2017)*. Santiago: FAO e INDAP, Impreso en Gonsa S.A.
- Falaha, B. (1996). *Création Sociale dans la Réforme Agraire Chilienne*. Paris: L'Harmattan. Colección "Alternatives Rurales".
- Ortega, E. (1987). *Transformaciones agrarias y campesinado. De la participación a la exclusión*. Chile: CIEPLAN.
- Oszlak, O. (2016). *La trama oculta del poder. Reforma Agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-2973*. Santiago: Lom Ediciones.
- Pinto Contreras, R. (1979). *Educación de Adultos en América Latina. Análisis comparativo de tres casos nacionales de Educación de Adultos y cambio político nacional: Chile, Perú y Venezuela*. Tesis de Grado para optar al grado de Doctor en Ciencias de la Educación, Universidad Católica de Lovaina (KUL), Bélgica.
- Villela, H. (2019). *Saqueo y exterminio de la clase campesina chilena. La contra reforma agraria del régimen civil y militar, 1973-1976*. Santiago: Lom Ediciones.

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación cotidiana

Sergio Gómez Echenique

El proceso de reforma agraria en Chile tuvo una evidente dimensión épica, dada la movilización campesina que la acompañó y el haber logrado el fin del latifundio. Esto ha sido debidamente resaltado, sobre todo con motivo de los recientes actos conmemorativos realizados a propósito de los 50 años de promulgación de la Ley de Reforma Agraria de 1967.

Si bien en otras oportunidades me he referido a esa dimensión, en esta ocasión me centraré en las dificultades que tuvo su aplicación. Sin embargo, siempre es necesario tomar en cuenta como contexto algunos antecedentes globales, que consideran los procesos de continuidad y de ruptura que lo condicionaron.

Por ejemplo, hay que recordar que el proceso de reforma, que comienza con el gobierno de Eduardo Frei Montalva, usando la ley de Alessandri, fue antecedido por una activa movilización social por parte de quienes serían sus beneficiarios. Sobre la organización campesina, cabe destacar la masiva constitución de sindicatos de asalariados agrícolas en el campo al amparo de una ley que permitió el

reconocimiento legal –nunca antes logrado– de la organización y permitió la actividad sindical a través de los mecanismos de negociación colectiva que ella establecía. Para tener una idea de la situación del movimiento campesino a fines del gobierno de Allende se puede señalar que existían 282.617 trabajadores sindicalizados, es decir, casi la totalidad de los asalariados estaban organizados en sindicatos comunales los que, a su vez, formaban federaciones provinciales y estas, confederaciones nacionales. Por otra parte, existían 308 cooperativas campesinas que agrupaban a 75.000 pequeños agricultores y minifundistas.

Para realizar las actividades sindicales, la ley establecía un mecanismo de financiamiento que aseguraba las bases materiales para que pudiera funcionar. Se estableció un eficiente mecanismo, donde cotizaban tanto los trabajadores como los empleadores y se contó con recursos para financiar a las organizaciones, sus actividades e, incluso, para realizar programas de formación de dirigentes. Para dar una idea de su dimensión, entre 1969 y 1972 la actividad sindical en el campo tuvo acceso directo a la suma de 22.6 millones de dólares.

En definitiva, a comienzos de la década de 1960 se estructuró un movimiento campesino relativamente joven, con un liderazgo expresivo que tenía múltiples formas de movilización con una demanda atractiva: la reforma agraria a la que se iba aproximando a través de la presentación de pliegos de peticiones, la declaración de huelgas legales e ilegales y la ocupación de predios. Al mismo tiempo, el movimiento estuvo marcado por una fuerte dependencia de los partidos políticos y, como consecuencia del principio de la libertad sindical establecido en la ley, se constituyeron tantas organizaciones como expresiones políticas partidistas existieran.

El resultado fue un proceso masivo y relativamente breve. Durante la aplicación de la ley de Reforma Agraria se expropiaron 5.809 propiedades agrícolas con 720.000 hectáreas de riego permanente y eventual (58% del total) y 1.370.000 hectáreas de secano arable (38% del total nacional). En el período 1965-1970 se afectaron 1.408 predios

(23,4% de la tierra regada del país) y se benefició a 21.290 familias de asalariados permanentes de los predios que en su mayoría trabajaban en grandes latifundios mal explotados, ubicados en la zona central. Este proceso es, en gran parte, el resultado de la presión que ejerció la organización sindical. Entre 1970-1973 el proceso se masifica: se expropiaron 4.401 predios correspondientes al 35,3% de la mejor tierra regada en función del tamaño; el proceso abarcó al país en su conjunto, alcanzando a 39.869 familias.

El foco de mi análisis está puesto en las dificultades que tuvo la aplicación de la reforma en su historia cotidiana, dificultosa, llena de avances y de retrocesos, vivida por anónimos protagonistas y me centraré en identificar las dificultades que se encontraron en su implementación –causas e intentos de solución– aspectos normalmente ignorados, cuando se relata su versión épica. Tuve la suerte de acompañar este proceso como profesional cuando me iniciaba en el oficio de la sociología y pude registrar este complejo proceso que ahora tengo oportunidad de compartir (Gómez Echenique, 1994). Este es el propósito de este trabajo, que se centra en un aspecto específico –y a la vez crucial del proceso de reforma agraria– que corresponde al período que sigue a la expropiación de la tierra y que se refiere a modelos organizativos establecidos para que los campesinos beneficiados por la reforma pudieran dar seguimiento a la producción de estas tierras. Este proceso se convirtió en un grave problema político que generó agudos conflictos entre los campesinos que participaban y porque fue acompañado por una baja en la producción de alimentos.

Presentaré estos procesos en cuatro partes. En las dos primeras, se da cuenta de los diferentes tipos de organización transitoria aplicadas y los problemas que manifestaron. Luego, se explica cómo se llegó a una comprensión de la naturaleza de dichos problemas y se identificaron vías de solución. En un tercer apartado, se reseñan los intentos por superarlos y su abrupto fin como consecuencia del golpe de Estado. Termina con algunas reflexiones sobre los temas tratados y con un balance que recoge la percepción de los principales actores.

Del fin del latifundio a la necesidad de producir alimentos

En la definición de las características de las organizaciones transitorias para dar continuidad a la producción, lo que estaba en juego no era una cuestión baladí. Se trataba, ni más ni menos, de definir el modelo de propiedad de la tierra como destino final de la reforma. Mientras el planteamiento de la Democracia Cristiana sostenía la propiedad privada individual para la casa habitación y el huerto destinado al autoconsumo familiar, y la propiedad privada cooperativa para la empresa productiva; los planteamientos del programa de la Unidad Popular sugerían avanzar hacia “formas superiores de propiedad” que enfatizaban en lo colectivo y lo estatal. En ambos casos, el énfasis se centró en discusiones más bien especulativas por sobre la aplicación de políticas específicas, más que en la definición de cuestiones prácticas. La prioridad del esfuerzo, tanto del Gobierno de la DC como el de la UP, se centró en el proceso de las expropiaciones, por razones de urgencia y posibilidades efectivas, y no en la de avanzar en el proceso de la asignación definitiva de las tierras expropiadas. Además de la falta de consenso sobre el tema, se trataba de un proceso complejo y engorroso desde el punto de vista de su implementación.

La aplicación del programa de gobierno de la Unidad Popular en el campo tenía como objetivo central la expropiación de todos los predios superiores a 80 HRB (Hectárea de Riego Básica, medida de equivalencia) con lo cual se terminaba el latifundio y se suponía que, simultáneamente, se lograba la adhesión política de los campesinos beneficiados y se aumentaba significativamente la producción. Además, se establecía una forma transitoria de organizar la producción, con la que se superarían los problemas que mostraban los asentamientos durante el gobierno de Frei Montalva. Paralelamente, se buscaba un aumento importante de la producción, incorporando nueva fuerza de trabajo y se avanzaba hacia formas socialistas de producción. Como si todo esto no fuera suficientemente ambicioso,

en algunos predios con alta inversión y desarrollo tecnológico se instalarían haciendas estatales con el objeto de constituir modelos eficientes en la producción de los rubros que fueran fundamentales en cada región del país.

Los modelos de organización de la producción

En la medida que avanzaba el proceso de las expropiaciones –más que duplicando el número de casos, en menos de la mitad del tiempo, comparado con el gobierno anterior– crecía una pugna política en torno a los modelos para organizar la producción una vez que los predios expropiados se constituían en unidades reformadas. Además de aumentar los conflictos internos dentro de la coalición de gobierno, surgían problemas graves y urgentes que había enfrentar, entre ellos, una fuerte caída en la producción y crecientes conflictos entre los propios participantes en la reforma, lo que aumentaba el conflicto político mayor que enfrentaba el gobierno.

El Asentamiento Campesino, modelo que venía del gobierno de Frei, definido de acuerdo a la Ley de Reforma Agraria de 1967 era “la etapa transitoria inicial de la organización social y económica de los campesinos, en la cual se explotan las tierras expropiadas por la Corporación de la Reforma Agraria durante el período que media entre la toma de posesión material hasta su asignación” y establecía entre tres y cinco años para organizar la producción.

Con el tiempo, el funcionamiento de los Asentamientos fue presentando una serie de problemas. Unos se referían a la reproducción de la forma como se expresaban las relaciones de poder heredadas de la hacienda. En efecto, el hacendado había sido excluido, pero la estructura de relaciones sociales predominantes en la hacienda, permanecía. En la práctica, el personal de vigilancia fue reemplazado por los dirigentes del asentamiento, en su mayoría antiguos dirigentes sindicales. Estos nuevos líderes, pasaron a ser quienes “destinaban” a los trabajadores (vale decir el resto de los asentados) a las labores que

debían realizar durante cada jornada. Así las cosas, los dirigentes dejaban de ser trabajadores directos como sus compañeros y pasaban a cumplir tareas de vigilancia. Paralelamente, se fue creando un cierto clima de mutua complicidad entre dirigentes y bases, lo que condujo a que los asentados manifestaran marcadas preferencias por elegir como dirigentes de los asentamientos a quienes resultaban ser más permisivos. Dicho en otros términos, tenían mayores posibilidades de ser electos aquellos que eran menos estrictos en las exigencias de disciplina laboral. También hay que señalar los problemas más estructurales que llegaron a tener los asentamientos en su funcionamiento, como el sistema de organizar el trabajo para la producción y a la forma como se estableció la remuneración, que serán tratados más adelante.

Al asumir el gobierno de la Unidad Popular, se planteó la necesidad de modificar el modelo del Asentamiento y sustituirlo por el de Centro de Reforma Agraria (CERA). Este pretendía superar los problemas referidos a cuatro cuestiones centrales: a) el hecho de constituir una unidad reformada en cada predio expropiado dificultaba realizar inversiones en lugares dispersos y de ahí la opción por agrupar predios, relativamente cercanos; b) limitar la explotación individual de las tierras asignadas para uso familiar; c) creación de un fondo comunal con los excedentes que se generarían en estas nuevas unidades reformadas cuyo destino sería el desarrollo local de modo que beneficiara al conjunto de campesinos, mantuviera un vínculo y evitara una separación de las familias directamente beneficiadas; y d) reforzara la incorporación de mujeres y jóvenes.

En la medida que el modelo del Asentamiento se identificaba con la posición política del Partido Demócrata Cristiano y la de los CERA con la posición de los partidarios de la Unidad Popular –en el marco de una situación de conflicto político– surgió el modelo de los Comités Campesinos que, en la práctica, resultaron ser una fórmula que rompía una situación de empate de fuerzas. En efecto, se llegó a este modelo cuando el gobierno intentaba organizar un CERA y los campesinos se oponían porque estimaban que este modelo llevaba de

contrabando la idea de constituir haciendas estatales y porque ellos defendían el Asentamiento. Es necesario advertir que en la práctica tan solo se trataba de disputas de nombres ya que el funcionamiento de la mayoría de las unidades reformadas, cualquiera fuera su denominación, era bastante similar.

A esto habría que agregar el caso de los Predios Intervenidos. Este procedimiento no estaba contemplado dentro del proceso de reforma agraria. Fue surgiendo como una respuesta frente a la generalización del conflicto social en el campo expresado en paralizaciones laborales de fundos privados. La intervención de un predio era un instrumento legal que consistía en la reanudación de faenas bajo las órdenes de un funcionario de gobierno, nombrado por el Ministerio del Trabajo. Este mecanismo fue utilizado cuando: a) se producían conflictos graves en predios que no eran legalmente expropiables; y b) en un predio ya expropiado sin que mediara la toma de posesión, ocurrían paralización de faenas. La intervención debía ser un mecanismo transitorio, y en ningún caso podía sustituir el mecanismo de la expropiación. En la práctica esto último fue lo que ocurrió. En algún momento del año agrícola 1971-1972 se llegó a tener sobre 500 fundos intervenidos en el país.

Finalmente, hay que mencionar los Centros de Producción (CEPRO). Este modelo correspondía a las haciendas estatales que se establecerían en aquellos predios, o grupos de predios, que fueran considerados estratégicos para el desarrollo de la agricultura o de la economía del país; requirieran inversiones de larga maduración; con fuerte concentración de capital, muy alta rentabilidad o uso de tecnologías avanzadas; y que tuvieran complejos agroindustriales. Una condición necesaria para su constitución era la voluntad mayoritaria de los campesinos para establecer este tipo de modelo y la aceptación del Estado como señal de que se cumplía con las condiciones antes señaladas.

Los principales problemas

Hay que dejar en claro que uno de los conflictos políticos más serios al interior de los diversos organismos públicos que intervenían en el proceso de la reforma agraria durante el gobierno de la Unidad Popular fue justamente el de los diferentes modelos para organizar la producción, como reflejo del problema de fondo ya esbozado sobre el destino de la propiedad de las tierras expropiadas. Existen factores que llevaron a que los problemas se agudizaran, entre ellos: a) la extrema lentitud del aparato gubernamental de los organismos encargados de la implementación de la reforma para llegar a acuerdos administrativos en áreas políticamente complejas; b) la incapacidad del aparato de comunicaciones y de capacitación del gobierno para enviar mensajes relativamente claros; y c) la capacidad de los partidos de la oposición al gobierno para bloquear, junto a algunos grupos campesinos a las iniciativas gubernamentales.

Como ya se ha indicado, al margen de los modelos formales de organización que se implementaron, todos los cuales se esperaba que solucionaran los problemas a través de la elaboración de reglamentos, seguían manifestándose los mismos problemas que podrían resumirse en dos: el sistema de remuneraciones y a la forma de organizar la producción.

En este contexto, a fines de 1972, llegó hasta el Ministerio de Agricultura en Santiago una delegación de dirigentes campesinos militantes de partidos políticos integrantes de la Unidad Popular para manifestar que no tenían interés en seguir participando en experiencias colectivistas –fueran Asentamientos, CERA o como se llamaran– y que tenían una fórmula alternativa para organizar la producción. Esta consistía en establecer un sistema en que cada campesino individualmente arrendaba una o dos hectáreas a la unidad reformada para ser trabajadas en sistemas de “mediería”. Esto es, en forma individual, cada campesino establecía una “mediería” donde sembraba con el Asentamiento o con el CERA. Analizando la propuesta junto

con los dirigentes campesinos se llegó a un primer diagnóstico con base en la situación real en el sector reformado y el sistema de remuneraciones, caracterizado de la siguiente manera: a) el campesino recibía un monto fijo, como anticipo, independiente de la cantidad y la calidad del trabajo que aportaba; b) la diferenciación de los ingresos, existente en la práctica, operaba a través de la explotación individual de recursos productivos comunes que realizaban los trabajadores permanentes del sector reformado; c) contrastaba con el anticipo igualitario que recibían los miembros de las unidades reformadas, el sistema de trabajo “a trato”, de acuerdo a tareas realizadas, que aplicaban a la fuerza de trabajo contratada (temporal o permanente) lo que significaba, en la práctica, la implantación de incentivos entre los campesinos que no eran miembros plenos de las unidades reformadas; d) el sistema del anticipo identificado con el “valor de la igualdad”, a su vez, se identificaba con la realización de la reforma agraria de la misma manera en que los campesinos tendían a identificar una posible diferenciación en los ingresos con el retorno a la situación del latifundio; e) el anticipo laboral fijo, en la forma indiscriminada en que se lo practicaba, era percibido como una conquista de los campesinos del sector reformado; y f) la idea del anticipo igualitario había sido reforzado por los funcionarios gubernamentales y por el propio aparato institucional que no solo había fomentado el sistema sino que, incluso, había impedido la realización de experiencias de diferenciación de remuneraciones que los campesinos, por propia iniciativa, habían comenzado.

Avanzando hacia un diagnóstico y principios de solución

Para avanzar en la comprensión de esta situación puntual se inició una reflexión que permitiera distinguir algunas situaciones concretas, con características especiales que se asociaban al desarrollo que, en general, habían tenido las unidades reformadas. Existía una primera situación en que los campesinos no tenían conciencia de la

falta de incentivos y donde el valor de la igualdad se encontraba profundamente enraizada. En esta situación, una posible diferenciación del ingreso era vista como una vuelta a la estructura jerárquica del latifundio, donde el patrón distribuía favoritismos ofreciendo ascensos individuales a los campesinos que contaban con su confianza. Esta situación se reflejaba en la insistente frase de los campesinos cuando se les preguntaba como era su situación actual, comparándola con la de la hacienda. La respuesta era la misma: “acá todos somos iguales”. Este valor de la igualdad era impulsado por los menos responsables en el trabajo, y los dirigentes más conscientes y los mejores trabajadores, que constituían una minoría, tenían que aceptar tácitamente los acuerdos de “la mayoría de la asamblea”.

La segunda situación observable en aquellas unidades donde existía una mayor conciencia sobre los vicios que tenía el anticipo fijo. En estos casos, se había vivido la experiencia y existía conciencia de que los mejores trabajadores, quienes al comienzo se esforzaban en el trabajo para el colectivo, habían decaído en su esfuerzo y se habían asimilado al ritmo de trabajo que impusieron los menos responsables. En estos casos, los dirigentes y la asamblea habían establecido sistemas de control que aseguraban el pago de los días efectivamente trabajados; sistemas de sanciones contra el ausentismo; y algún grado de diferenciación en la remuneración para algunos trabajos. La frase que resumía mejor esta situación planteaba que: “Somos todos iguales, pero trabajamos más o menos iguales”.

En la tercera situación se podía encontrar una mayor conciencia de los problemas que tenía el anticipo fijo al margen de la cantidad y calidad del trabajo. Más aún, en algunos casos, los propios campesinos habían intentado implantar salarios diferenciados para algunas tareas y un sistema de normas de trabajo en algunos rubros. Pero, el aparato de gobierno se los había impedido. Hay que dejar en claro que, en la medida en que existía conciencia sobre los problemas que tenía el trabajo en común sin un sistema de incentivos adecuado, y que este problema no se resolvía, crecía la presión por la explotación individual y luego por la parcela individual. Esto no obedecía

a motivos ideológicos sino que el sistema de la empresa individual ofrecía un sistema automático de incentivos. Esto era una realidad en los asentados, donde efectivamente se encontraban en una situación de igualdad de oportunidades. Esto es importante de resaltar ya que normalmente la crítica que se hacía a la ideología liberal radicaba en el hecho de que no se ofrece igualdad de oportunidades mediante la competencia. El proceso de reforma agraria lograba establecer una cierta igualdad de oportunidades.

Por estas razones se propuso un sistema flexible y progresivo que partiera desde el diseño de mecanismos para asegurar que solo se pagaba los días efectivamente trabajados (lo que constituía un claro avance para los predios que se encontraban en la primera situación) hasta la elaboración de un complejo sistema de normas de trabajo y de regulación moderna de la producción (tercera situación). Se suponía que, en la medida que existiera una diversidad de situaciones iniciales y que los incentivos se adecuaban a la realidad concreta en que iba a operar, se hacía indispensable establecer un sistema flexible adaptable, tanto a las condiciones objetivas de las distintas unidades productivas como al nivel de conciencia de los campesinos. Solo de este modo se podría asegurar que el sistema de incentivos resultara operativo y eficaz.

A mediados de 1973 el equipo de trabajo designado elaboró una propuesta que contemplaba tres tareas centrales que debería enfrentar el aparato estatal agrario y las organizaciones campesinas. Ellos eran: a) aumentar la producción agropecuaria; b) desarrollar el control social sobre la comercialización de productos agropecuarios; y c) fortalecer y ampliar la base social de apoyo al proceso de reforma agraria mediante el desarrollo de nuevas relaciones de producción en el campo.

Como ya se ha planteado, la realidad del sector reformado en aquellos momentos indicaba que, más allá de los reglamentos, existían mínimas diferencias entre Asentamientos, CERA y Comités Campesinos. Los propios campesinos se habían encargado de homogeneizar las diferencias formales y habían desarrollado, al margen

de reglamentos y a veces contra la voluntad de algunos funcionarios, formas propias de organización del trabajo y explotación de la tierra con diferentes grados de socialización. Formas que iban desde la explotación individual, total o parcial de la unidad productiva hasta la explotación colectiva, racional y eficiente, de la tierra.

Estas manifestaciones reproducían algunas de las formas tradicionales del trabajo campesino y dependían de variables como: historia laboral, formas de explotación del suelo (mecanizada, no mecanizada, secano, regadío), naturaleza de la explotación (chacra, cultivo extensivo, ganadería, lechería), conciencia alcanzada. En definitiva, la práctica fue demostrando que habría sido un error pensar que mediante la promulgación de reglamentos rígidos, que contemplaban formas avanzadas de socialización de la unidad productiva, se podían imponer dichas formas. Los problemas de fondo eran dos:

Primero, la *falta de asignación de responsabilidades* respecto a los rubros de explotación y a los medios de producción que pertenecen al colectivo. Con esto, se hacía aparecer a *todos* los campesinos como responsables de los medios de producción que se utilizaban en los diversos rubros y de los procesos productivos en cada uno de ellos, lo que en la práctica significaba que *nadie* era realmente responsable.

Segundo, la *forma de remuneración del trabajo* a través del anticipo laboral fijo, independiente de la cantidad y calidad del trabajo efectuado y de la repartición del excedente (cuando existiera) que tampoco discriminaba el esfuerzo que habían puesto los campesinos en el proceso productivo. Esto en la práctica significaba un desincentivo al trabajo y a la producción en el colectivo y la concentración del campesino en el goce y en el huerto donde operaba un incentivo automático.

Lo fundamental para superar esta situación consistía en partir de la realidad concreta que cada predio tenía y desde allí, orientar y encauzar la experiencia campesina hacia un nuevo sistema de organizar las labores donde se respondiera a los dos problemas que hemos presentado, vale decir, que se asignaran responsabilidades respecto a todas las actividades productivas del predio y que se estableciera

un sistema de remuneraciones que ligara el ingreso al esfuerzo realizado.

Los dos criterios señalados están muy vinculados y en conjunto constituyen lo que en aquella época se denominó como un Sistema de Gestión Predial. Para llevarlo a la práctica se debían establecer equipos de producción y un sistema de remuneraciones manteniendo el principio de igualdad de oportunidades. Resultaba fundamental que la remuneración estableciera una estrecha vinculación entre el ingreso de los campesinos y el esfuerzo que realizaban, garantizando que todos, cualquiera fuera el rubro o actividad que realizaran, tuvieran la posibilidad de tener un ingreso similar siempre y cuando realizaran un esfuerzo similar. La implementación de este nuevo sistema de gestión predial requería partir de la experiencia campesina, de la realidad concreta del predio, y debía ser individualmente aplicada en cada una de las unidades reformadas.

Durante 1973 se pretendió ampliar el trabajo realizado, al inicio solo a una región de la zona central, y trabajar en todas las zonas del país, eligiendo en cada una de ellas un número reducido de predios que fueran representativos de la zona y donde se dieran las condiciones, objetivas y subjetivas, para su aplicación. También se pretendía iniciar en forma prioritaria este nuevo sistema de gestión predial en todos los CEPRO. Estos se convertirían así en foros de irradiación de las nuevas formas de organizar el trabajo productivo al resto del sector reformado. Algo que en la práctica no hubo condiciones ni tiempo para aplicar.

Algunas reflexiones y balance final

A medio siglo de distancia interesa reiterar algunos temas que marcaron el período:

1. Modelos estructurados y el ideologismo predominante. Resulta muy difícil entender los diferentes modelos que se propusieron

en el período 1970-1973 sin considerar el exagerado ideologismo que caracterizaba a la sociedad chilena en aquella época. En realidad, se suponía que existía una relación directa entre el modelo que se implementaba a nivel predial y el sistema socioeconómico global que resultaría. Este ideologismo impedía observar los problemas reales que tenían las unidades reformadas. Al recordar el calor del debate en torno a estos modelos y su grado de politización, cabe preguntarse sobre las condiciones que se dieron para que la sociedad chilena llegara a esta situación. Pero el tema escapa a los objetivos de este trabajo.

2. Participación campesina. Si bien es cierto que los modelos aplicados tenían un alto componente ideológico y eran definidos por las cúpulas políticas, hay que reivindicar una activa participación campesina en la definición de los principales modelos. En efecto, tanto en la formulación de los Asentamientos como en el Sistema de Gestión Predial, la evidencia muestra que los campesinos jugaron un papel central.
3. Capacidad de respuesta del gobierno. Los antecedentes expuestos muestran una cara del gobierno de la Unidad Popular poco conocida. Frente a la existencia de problemas, se podía observar una actitud pragmática para enfrentarlos. El problema radicó en que, dado el nivel que había alcanzado el conflicto político en el país, los funcionarios que estaban encargados de estas tareas no podían dedicarse a ellas. Por el contrario, debían ocupar su tiempo en buscar soluciones a los problemas que surgían de las disputas políticas en vez de atender los problemas de fondo que afectaban al sector reformado.
4. Posibilidades de autocorrección del gobierno de la Unidad Popular. No se puede negar que el país había llegado a 1973 en un clima político de enfrentamiento y la economía se encontraba descontrolada. Sin embargo, el propio proceso que había conducido a tal situación contenía desde adentro la capacidad de corrección. El

asunto era que para plantear las medidas correctivas en el sector reformado, primero tenía que madurar la crisis. El problema fue que cuando hubo enfrentarla, el propio clima de polarización impidió que pudiera superarse.

Concluyendo, un balance de este período desde el punto de vista de la organización campesina y de la reforma agraria permite afirmar que este proceso se caracterizó por una agudización del conflicto social, durante el cual desaparece el latifundio. Este es, quizás, el único cambio irreversible que ha perdurado hasta la actualidad. Por ello, resulta de interés profundizar en la percepción y el significado de la reforma. Para los actores directos, propietarios y asalariados agrícolas, el proceso de reforma se confunde con un período en el cual se estructura y expresa un poderoso movimiento social en el campo, mediante sindicatos de empleadores y de trabajadores. El gobierno no fue un actor neutral, sino que tomó posiciones muy definidas. El resultado fue el del fin de una época. Para todos se acabó el mundo de la hacienda. Para los campesinos, en general, este proceso terminó con una relación servil y significó alcanzar una dignidad de la que antes no gozaban. A su vez, para un grupo significativo de propietarios desembocó en una experiencia traumática, ya que condujo a terminar con una pesada herencia asociada a los valores inherentes a la propiedad rural que por generaciones les pertenecía.

Por su parte, en el caso de numerosos trabajadores que participaron en las unidades reformadas, la percepción de esta experiencia tuvo algo de frustración dados los problemas que surgieron en torno a la organización del trabajo y al sistema de remuneraciones ya comentados. A esta situación se debe agregar la forma como se procedió a la liquidación las unidades reformadas y la asignación de parcelas –ambos procesos plagados de revanchismo y arbitrariedades– que contribuyó a dejar un recuerdo no siempre positivo para quienes participaron en esta experiencia.

Así concluye un trozo de una historia cotidiana, dificultosa y llena de avances y retrocesos, que marcó una época del campo chileno que ya llegó a su fin.

Bibliografía

Gómez Echenique, Sergio (1994). *Movimiento Camponés, Resposta Empresarial e Reforma Agraria. Uma década de aprofundamento democrático no campo (1964-1973)*. Tesis de Doctorado presentada en la Universidad de Sao Paulo. Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Sao Paulo. Sao Paulo, Brasil, octubre.

Radicalidad agraria de la Unidad Popular

Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur

Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek

Profundización de la Reforma Agraria para acabar con el feudalismo hacendal

La Unidad Popular (UP) buscó cumplir la totalidad de sus cuarenta medidas siendo, para muchos expertos las más relevantes: la nacionalización del cobre, la creación del área social de propiedad con la estatización de grandes empresas y, la número 24, Reforma Agraria de Verdad: “Profundizaremos la Reforma Agraria, que beneficiará también a medianos y pequeños agricultores, minifundistas, medieros, empleados y afuerinos. Extenderemos el crédito agrario. Aseguraremos mercado para la totalidad de los productos agropecuarios (Unidad Popular, 1970)”.

Los datos son categóricos en favor de la voluntad de revolución en el agro: el gobierno de Frei distribuyó tres y medio millones de hectáreas en seis años de gestión, mientras la UP en tres años repartió a comunidades campesinas (asentamientos) seis y medio millones de hectáreas en una combinación de lucha social con ocupaciones de latifundios y negociaciones encabezadas por la Corporación de

Reforma Agraria (CORA) que pagaba indemnizaciones menores cumpliendo la ley.

La superación de las relaciones semif feudales que se mantenían en el agro chileno (Salazar, 1985; Kaufman, 1972) estuvieron presentes en los programas del Partido Comunista (PC) y del Partido Socialista, (PS) pero no lograron ser eje de acción real en el período de los gobiernos encabezados por el Partido Radical (1938-1952) que se concentró en la industrialización de algunas ciudades, pero en una suerte de acuerdo tácito del centro con la derecha, no se tocó la propiedad agraria vetada por la poderosa Sociedad Nacional de Agricultura (Oszlak, 2016; Avendaño, 2017 y 2018).

El cambio comenzó con las luchas de los mismos campesinos a mediados de la década de 1950 demandando sindicatos en la industria del vino en Molina, cerca de Curicó, y a su vez tierras. lo que contó con el apoyo del PC y de los sectores progresistas de la Iglesia Católica encarnados por los obispos Manuel Larraín y Raúl Silva Henríquez los cuales iniciaron la repartición de fundos de diferentes obispados a los campesinos ante la inamovilidad de la política y la llamada reforma agraria de “macetero” del gobierno derechista de Jorge Alessandri (1958-1964), quien dictó por presión de la Alianza para el Progreso, de John F. Kennedy una ley de reforma agraria que solo consideraba entregar tierras en desuso de propiedad del Estado. En la década de 1960 se incubó la generación de dirigentes campesinos e intelectuales revolucionarios anticapitalistas de raíz cristiano-marxista que propician el comunitarismo como vía no capitalista de desarrollo (Valenzuela, 2014), radicalizados con el Concilio Vaticano II y, por el propio proceso empujado por el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970) de “tierra para quien la trabaja”, que incluyó una nueva ley y el impulso a la sindicalización de cien mil campesinos. Desde la juventud rebelde de la Democracia Cristiana (DC), intelectuales y campesinos, se creó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) en 1969, sumándose a la revolución de Allende y ocupando un rol clave en la radicalización de la reforma agraria con sus datos inequívocos: como ya dijimos, en los seis años de Frei

(1964-1970) se expropiaron tres millones y medio de hectáreas (1400 predios, 600 mil hectáreas promedio por año), más que triplicándose en intensidad con Allende con 4.400 predios y 6.5 millones de hectáreas, con un promedio de más de dos millones anuales entregadas a los campesinos.

El Presidente Allende dio cuenta en sus mensajes al Congreso Pleno, con el mapucista Chonchol en agricultura, de la fuerza del proceso que ha empujado y su feroz resistencia que incluyó matanza de ganado y atentados, orquestados por la CIA y la ultraderecha, desde los albores de su Gobierno: “La expropiación rápida del latifundio que lleva a cabo la CORA ha desatado una violenta campaña de la reacción que advierte la decidida voluntad de la UP de cumplir el programa. Esta campaña se caracteriza por lo siguiente: amedrantamiento a los pequeños y medianos agricultores magnificando por la prensa, radio y el rumor los conflictos sociales que se plantean en el campo, tergiversación manifiesta ante los campesinos de que el programa agrario de la UP, y sabotaje a la producción agropecuaria con el objeto de provocar una disminución de la cantidad de alimentos producidos en todo el país y crear una crisis que vuelque a las masas contra el Gobierno” (Allende, 1971, pp. 144-145).

Un año después, en un informe de claro mensaje anticapitalista, el Presidente es explícito en su estrategia de demoler la concentración y lograr la democracia económica socialista “1972 marcará el fin de la hegemonía oligárquica que a través de la propiedad de los instrumentos esenciales del dominio social –los latifundios, la banca y los monopolios– mantuvo en la subordinación económica a nuestro pueblo, se enriqueció cuanto pudo, e hipotecó el país al extranjero (Allende, 1972, p. 12). Luego, en su orgullo, da cuenta que la agricultura creció en promedio entre 1966 a 1970 al 2,5% mientras en 1971, con masiva expropiaciones, lo hizo a 5,8% (p. 15).

Después, la historia se sabe: el sabotaje sin fin y el prolongado paro de octubre de 1972 contra el gobierno popular que solo se superó por el activo rol de la Juntas de Abastecimientos y Precios que se multiplicaron en todas las provincias (Cofré, 2018), incluyendo el

vínculo con los asentamientos campesinos y la logística de distribución que aportaron las empresas públicas y las fuerzas armadas. Allí la UP cumplió la segunda promesa de su política agraria: asegurar los mercados a pesar de la agresión CIA-oligarquía. El propio Jacques Chonchol rescata en su exilio en Francia tanto lo revolucionario y lo modernizador de la política agraria de la UP –el propio Allende profundizó el Plan Frutícola en la zona central–, además de dotar de más alimento a un pueblo que vivió la expansión del consumo con las mejoras salariales y el auge económico 1970-1972, hasta la intensificación del sabotaje por la CIA y la ultraderecha (Chonchol, 1977).

El testimonio de mapucistas desde su ruralismo comunitarista y socialista

La generación ruralista, redentorista y revolucionaria de mapucistas y cristianos radicalizados ocupó un papel protagónico teniendo como epítome al precandidato presidencial del MAPU en 1970, Jacques Chonchol, que luego fuera ministro de agricultura de Allende y férreo defensor del proceso, argumentando una y otra vez que la reforma agraria fue fecunda, un proceso histórico de mayor igualdad para romper el feudalismo. El MAPU provino de la juventud rebelde de la DC, la Teología de la Liberación, las universidades y, sobre todo, de la inserción en la Reforma Agraria. Seleccionamos declaraciones del exsecretario general Oscar Garretón, del MAPU del poder popular, y de cuatro militantes agraristas del MAPU Obrero Campesino (sector Gazmuri) que propiciaba el orden en la Revolución, en línea con Allende: René Aucapán de la Araucanía, que lideró la lucha indígena ruralista; Dióscoro Rojas, del Maule que ha reivindicado la cultura campesina; y los activistas de la reforma agraria de Rancagua Ricardo Sazo y Gladys Goeder (Valenzuela, 2014).

Oscar Guillermo Garretón: la radicalización campesina fue más relevante que la obrera

Durante años nombrar a Oscar Garretón provocaba escozor, olor a pólvora y revolución. Carlos Altamirano (PS), Miguel Enríquez (Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR) y Oscar Guillermo Garretón (MAPU), fueron los tres hombres más buscados tras el golpe de Estado. A Oscar Garretón le correspondió liderar la fracción partidaria del Poder Popular en la división del MAPU en marzo del año 1973. Treinta años después presidía la Fundación Chile, un centro pro innovación económica, en el gobierno de Michelle Bachelet y mantiene varios negocios hasta en la propia Industria Azucarera Nacional, IANSA. Su origen radical, a fines de la década de 1960, comenzó al conocer el feudalismo rural; es la historia del muchacho estudiante de la Universidad Católica que se impacta con la pobreza de los campesinos en un latifundio de Pichilemu, la costa de la entonces provincia de Colchagua.

Hay una frase tuya en la tesis de Cristina Moyano sobre el MAPU: somos desertores de la clase alta.

Cosa es lo que somos nosotros como personas y otra cosa son los MAPU, porque parte de la realidad del MAPU no es solamente los García-Huidobro, los Gazmuri... No es tan cierto eso de la clase alta. Tiene un componente mayor a lo que es habitual de los partidos de la izquierda, pero la verdad es que no hay un solo partido de izquierda que no haya tenido aristócratas. Lo sé porque Allende iba a las casas de mis padres. Recordemos que Eugenio Matte fue socialista, que Carlos Altamirano era Orrego por el lado de la madre y que el primer candidato presidencial del PC fue Vicente Huidobro, el poeta, dueño en ese tiempo de la Viña Santa Rita. Pero me peleé con mi familia: lo más violento fue cuando yo me hice demócratacristiano, ellos eran conservadores.

Víctor Barrueto dice eso, que el MAPU fue más hijo de la Iglesia que de la DC.

El MAPU no fue un mero hijo de la DC, ya que hubo un proceso de evolución mayor. En ese proceso yo diría que nosotros fuimos influidos por la inquietud por lo que estaba ocurriendo en el país, por el compromiso con los pobres, y con un cambio cultural que iba más allá de lo católico. Los estudiantes quieren entregar su conocimiento al país. Era muy fuerte. Tú ves en ello un cambio cultural tremendo en la universidad, en ese tiempo si uno quería entregarse al país o ser generoso tenía que meterse en la política o cura.

¿Cómo te vinculaste a la lucha agraria?

Mis primeros trabajos fueron sobre el desarrollo del movimiento cooperativo en la zona costera de la provincia de Colchagua. Es una zona de una pobreza increíble y de un latifundismo agresivo. Me tocó hacer encuestas en la zona de Tanumé, fundos de la familia Aspillaga, que correspondían a Pichilemu, y allí vi la pobreza dura, los niños sin zapatos, niveles de desnutrición, falta de escuelas, ausencia de contratos laborales y libertad personal y de movimiento de las personas. ¡Campesinos viviendo como en el Medioevo!

La reforma agraria fue más importante que la cuestión industrial, donde podía haber más PC y PS. La cuestión agraria que es muy fuerte en el origen del MAPU. No son casualidad que en los fundadores estén Jacques Chonchol, Jaime Gazmuri... es parte de la reforma agraria porque fue parte del proceso de cambio de la DC.

Una investigación del profesor John Strasma del Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin dice que Pinochet no se atrevió a revertir completamente la reforma agraria porque efectivamente había un problema productivo y de industrialización serio del campo.

Era un problema real. Iniciamos el programa de Tomic y después seguimos con el de Allende. Yo hice el estudio de las 91 empresas, que inicialmente era para el programa de Tomic: sobre el proceso de decisión de las grandes empresas, seleccionamos a las mayores de todos los sectores económicos, analizamos sus características y después los cruces de directorios, los grupos económicos que existían, etc. Ese estudio sirvió después de base para lo que hizo Fernando Dhase (sobre concentración de la riqueza) y luego para el programa de gobierno. Todos hablaban de la lista de las 91 empresas y como estaban controladas, lo que daba sustento a la idea de impulsar tres áreas de propiedad del programa de Allende (privada, mixta y estatal). Pero la otra dimensión esencial fue profundizar la reforma agraria en un doble sentido tanto socialista de igualdad como progresista de modernización de la decadente vida hacendal de la oligarquía.

René Aucapán, mapuche: el MAPU acuñó la idea de unidad obrero-campesina

René Aucapán Aucapán vive cerca del aeropuerto internacional de Santiago en Pudahuel, pero confiesa que nunca ha volado: “soy un hombre de la tierra, un mapuche del MAPU”, dice en tono irónico en su pequeña y nueva casita que paga con su sueldo de profesor *normalista*. MAPU significa *tierra* en mapudungún, la lengua que aprendió de su madre que lo crió y educó en el sur de Chile, Victoria, Región de la Araucanía (Wallmapu).

¿Cómo llegaste al MAPU?

A Victoria llegaron los mapucista Silva Solar, Alberto Jerez y Rafael Gumucio que propiciaban la vida comunitarista que ponía a los campesinos como principal sujeto histórico. Victoria fue un pueblo bien especial, mi madre había bajado aquí a parirme en 1946; en la década de 1960 era muy aislado pero tenía la característica de tener colegios, con un desarrollo agrícola bastante avanzado, de contar, incluso, con una maestranza. Entonces había empresas madereras, agricultura, mecanización, había molinos. Era una vida social muy rica y muy diversa, y había también todo tipo de patronos, algunos que se colocaban con la gente y otros muy conservadores. El municipio de Victoria fue un municipio de derecha. De manera que yo me crié en ese ambiente y tomé entusiasmo con las cosas sociales y mi identidad indígena desde muy temprano. Era como el *patito feo*, imagínate: nacido y criado con mi madre toda la vida, hasta que falleció el año pasado, viví con ella toda la vida. Ese era mi referente social. A nosotros nos causó admiración la propuesta de sociedad comunitaria anticapitalista con Silva Solar y Gumucio, que incluía lo rural en el centro. Hay que recordar que el MAPU acuñó la idea de la *unidad obrera campesina*, que además representaba una diversidad muy grande de encuentro de gente de distintas condiciones: gente cristiana, otras que venían de condiciones sociales extremadamente altas que no tenía problemas con embarrarse los pies.

¿Cómo se apoyó la dignidad campesina e indígena?

Yo nunca dejé de ser un campesino indígena. Profesionalmente soy profesor pero siempre trabajé mucho con las organizaciones campesinas; cuando estaba en Santiago trabajaba con los parceleros en Isla de Maipo y me pidieron ser coordinador de la Unión Obrero Campesina en la zona Metropolitana. En la época de Allende estuve en el sur, y un año y medio en el gobierno en la cuestión indígena, de 1972 a 1973. Me llamaron para que me viniera a Santiago porque había

que asumir la Dirección de Asuntos Indígenas y había que construir un nuevo proyecto de servicio público llamado Instituto Desarrollo Indígena.

Dióscoro Rojas, cantautor, gestor de festivales culturales antidictadura: el verde-rojo que prefería las rancheras al Che Guevara

Oriundo de la zona campesina de Talca, donde se integró al MAPU desde su familia demócrata cristiana “apostólica y romana”, dice con ironía. Fue parte del círculo de los Parra (Nicanor, Violeta, Roberto). Inventó los festivales de la cultura *Guachaca*, expresión chilena que se refiere al hombre pícaro que mezcla tradiciones campesinas y citadinas de “los de abajo”.

¿Fuiste DC o te metiste directo al MAPU?

Yo era de la ronda DC, como mi mamá. Como uno viene del campo, Frei era muy importante; yo venía de Lontué, soy hijo de campesina. Después se dio la industrialización, mi papá era tonelero, se dan las primeras luchas campesinas. Estaba el obispo don Manuel Larraín, por ejemplo, el papá del diputado Lorenzini, era un tipo extraordinario, creó la ley de sindicalización campesina, la ley de los días de lluvia y la semana corrida, cosas que fueron fundamentales. Fue poco reconocido en la historia, pero él fue el propulsor de la reforma agraria, antes que el cardenal Silva. Cuando caen detenidos los primeros dirigentes campesinos en Molina, el Obispo hace una declaración histórica en Talca: “si caen presos los campesinos, el Obispo también se va preso” Y eso que era Larraín Errázuriz. La Iglesia era otra cosa, don Manuel era propulsor de muchas transformaciones, como la reforma agraria por ejemplo. Él es el que les da el paso a los democratacristianos dentro del Partido Conservador, les da la bendición. Es importante también porque él deja afuera a todas las

congregaciones que, según él, eran clasistas, como el Opus Dei. Era obispo de Talca pero además presidente de la Confederación Episcopal Latinoamericana (CELAM).

Yo no puedo decir que mi mamá estaba mal porque ella era campesina y adhería a los principios de la DC por lo que hacía por los campesinos. Mi papá y mi mamá eran de misa y además de la DC pertenecían a la *Cofradía del Carmen*. Ella cantaba en el coro, mi papá tocaba las campanas de la Iglesia, para nosotros la iglesia tenía otra representatividad. Yo fui acólito y presidente de los acólitos, entonces mi vida se relacionaba con la iglesia y porque la Iglesia casi nos daba de comer. Acuérdate de Cáritas Chile, que nos daba la harina y todas las cosas, porque nosotros éramos once hermanos y mi papá era alcohólico, entonces la cosa no era tan fácil. Lo otro que es importante es que la única posibilidad que teníamos para seguir estudiando era a través de la Iglesia. Por eso mi hermano mayor se hace sacerdote, es doctorado y es lo que quería don Manuel Larraín, que lo tuvo como secretario en Talca. Mi otro hermano después también estudió en el seminario, y todos de una u otra manera pasamos por la Iglesia, que era el conducto para poder estudiar.

¿Y cómo te convertiste en el líder de la dimensión campesina de la música y del MAPU cultural?

En el año 1970. Yo era el mejor de la escuela, gané muchos festivales en el sur cuando empecé a cantar y me di cuenta que la música me iba a sacar del pueblo alcohólico, de mi padre alcohólico, y cuando salí me encontré en el Conservatorio Nacional. Yo creo que fui el único que aprovechó este proceso de la reforma. Antes de entrar al conservatorio se hizo una reforma que impulsaba que los alumnos no necesitaban tener 5 años de teoría, 5 años de armonía y de contrapunto además de presentar una serie de composiciones. La carrera en ese tiempo era muy exigente y eso hizo reconocer la música popular chilena y por ahí entré yo. Me acuerdo que Cirilo Vila entendió y me dejó adentro.

¿Al MIR lo encontrabas ideologizado?

Yo encontraba más bien extraño como se vestían los miristas. Yo no soy adherente del Che Guevara, y cuando sucede lo de Cuba estaba preocupado de ir a tocar rancheras a las fondas, del partido de fútbol del domingo. El Che Guevara no era tema. Entonces, cuando veo gente de barba, en el campo no se veía mucha gente con barba y con mantas negras. Yo lo encontraba extraño, para mí era raro. Veía gente muy educada, que sabía muchas cosas y las decían muy bien y bonito, y seguramente tenían razón, pero en lo sustantivo yo encontraba que no tenían razón, no me calzaba lo que ellos decían.

Es importante lo que estás diciendo porque reconoces la tradición del canto de raíz chilena, que no es el canto idealizado militante marcial que hacía Quilapayún, con los ponchos negros.

En el conservatorio se dio la discusión. A esa altura ya era del MAPU. No había ningún MAPU en el Conservatorio. Yo venía del MAPU de Talca. Además era un cantante relativamente conocido, porque a los 16 y 17 años participaba en un programa de radio, escribía en el diario, dirigía la academia de folclore en mi colegio porque había ganado muchos festivales para la región. Entonces sentí que el MAPU era un partido muy pequeño pero había hartos amigos que eran más simpáticos y estaba el hecho de que habían salido de la DC.

¿Por qué lado viene tu vínculo con los Hermanos Parra?

Mi hermana Catalina se casó con Roberto Parra, el de *La Negra Ester*. Yo se lo presenté, pero además yo viví con él en la época dura porque el tío Roberto cantaba en todas las peñas que yo dirigía. En el conservatorio se dio la discusión si la música popular era la comprometida y nosotros decíamos que la escucha el pueblo, incluyendo la raíz campesina y de rancheras guachacas. Lo más importante de la vida es la vida, lo vital, cómo vivir. Esa música comunitarista viene

del sujeto campesino que despertó con Frei y Allende y fue clave en el MAPU.

Ricardo Sazo, líder del MAPU-OC en Rancagua: el moderado que tomó las armas el 11 para la resistencia campesina

Ricardo Sazo aprendió en el Liceo Oscar Castro de Rancagua con el cura Miguel Caviedes que llegó a ser obispo de Osorno, asesor de la Juventud Estudiantil Católica (JEC) en dinámicas de grupos para las comunidades cristianas de base y métodos del Ver, Juzgar y Actuar. Sazo ha sido siempre MAPU y en la época de la UP trabajó en la reforma agraria y estuvo con la línea allendista del MAPU Obrero Campesino de seguir la línea legal. Sin embargo, el día del golpe no tuvo miedo, y con el alcalde de la cárcel de Rancagua, Carlos Lira, también del MAPU Obrero Campesino empuñaron dos rifles y marcharon a la zona popular al nororiente de Rancagua, tras las escaramuzas de resistencia en la noche del 11, enfilaron hacia los asentamientos más comprometidos en la comuna de Graneros. Sintieron el terror de la gente y la consecuencia de la familia que se atrevió a esconderles.

¿Fuiste democratacristiano?

Tenía alma de democratacristiano, pero nunca fui militante. Al MAPU entré en su fundación en el año 1969, llegué por estos amigos líderes de la JEC que habían sido todos democratacristianos y habían emigrado al MAPU. Yo era una generación distinta, en el año 1969 tenía como 18 años y ellos tenían 24 años, estaban en la universidad, habían sido *rebeldes* de la DC.

¿Qué te radicalizó?

Eso es algo que tiene que ver con una cuestión que viene desde que era niño. Escribiendo mi vida desde la política, mi primera rebeldía

fue cuando fui a una casa de unos ricos, en la zona de Cauquenes. Me metí a nadar a la piscina y me echaron la familia de los ricos. Yo era sobrino de un trabajador de ese fundo me prohibieron nadar en la piscina y ahí empecé a mirar la vida distinta.

¿Por qué te quedaste en el MAPU más agrarista?

Teníamos base campesina en San Vicente de Tagua-Tagua, que era un sindicato que habíamos afiliado a la confederación Unidad Obrera Campesina, y en la población *Esperanza* y en algunos sectores del *oriente* de Rancagua. Yo creo que teníamos la idea y la voluntad, el sueño, de construir igual un socialismo que no estuviera en el límite de lo que aspiraba el marxismo más clásico, que era la dictadura del proletariado, o sea pensábamos que podía haber de verdad una vía socialista, como decía el presidente Allende, *con olor a empanada y vino tinto*.

Tú, siendo del MAPU moderado, tomaste las armas para el golpe. Carlos Lira cuenta la historia, lo terminan deteniendo a él en una casa en Graneros, pero ustedes tiraron las armas en el campo, ¿verdad?

Cuando me arranqué con las armas, con Carlos Lira nos fuimos a Graneros, a una casa de unos campesinos, compañeros que conocíamos de la reforma agraria, donde pensábamos que podíamos arrancar y estos campesinos se asustaron. (Silencio, luego responde con solemnidad.) Siempre nos preparamos para que en algún momento fueran a derrocar al presidente Allende y siempre dijimos que lo íbamos a defender. Entonces fui coherente en ese momento en defenderlo, aunque fue una locura porque pudieron haberme matado y me siento contento de haberlo hecho porque es un testimonio de lo que uno piensa de la vida.

¿Y las armas las enterraron o quedaron botadas en un potrero?

Sí, las enterramos en la casa de un campesino y después descubrieron donde estaban enterradas y lo tomaron preso por mucho tiempo. A mí no me agarraron porque me fui y Carlos Lira se quedó callado y el campesino también, nunca dijeron que yo era el tercer extremista que se había dado a la fuga. En un artículo de *El Rancagüino*, tres días después del 11, en primera página decía *Descubierto el auto de Carlos Lira y andaba con otro extremista que se dio a la fuga* y el auto lo dejé botado en el sector La Cruz a la entrada a Rancagua.

Gladys Göeder, del MOC Proletario: “de los campesinos es el reino socialista de los cielos... en orden”

Gladys Göeder, cuentan los antiguos militantes de la izquierda de Rancagua, “era una rubia agringada que causaba temblores con su belleza, pero se ponía dura cuando le tocaba defender al compañero Allende”. Fue la candidata a diputada del MAPU por el distrito de O`Higgins en marzo de 1973. Fue detenida, tras vivir una difícil clandestinidad en poblaciones de Rancagua entre familias católicas y evangélicas. Tras su encarcelamiento en el *Buen Pastor*, fue relegada con su marido Omar Jofré a Talca, con quien después del golpe siguieron trabajando en el mundo campesino el MAPU-OC Proletario, liderado por Fernando Ávila y vinculado a la Confederación Unión Obrero Campesina del compañero Raúl Aravena. Mi idea del Reino de Dios era la fraternidad desde lo rural, un mundo idílico de tierra comunitaria de todos. Por eso mi generación del MOC fuimos agraristas y con Omar alentamos la eficiencia de la CORA para apurarse en entregar las tierras a los campesinos en base al cumplimiento del programa de Allende; íbamos y veníamos entre los tribunales, las reuniones de la UP y las negociaciones con los campesinos para que aceptaran que no podían quedarse con todo el fundo y debíamos actuar bajo el programa y la ley de reforma agraria. Muchos

profesionales de la CORA eran del MAPU. Otros agitaban ir más allá y eso generó tensiones innecesarias porque acá en la zona central repartir hectáreas con riego a los asentamientos era productivo. Se requería fortalecer la gestión de los asentamientos pero no tuvimos unidad, y la mitad vivía en nuevas movilizaciones y tomas de fundos, que aportó al colapso.

A modo de colofón: la Reforma Agraria pervivió acabando con el latifundio

Así como la dictadura no se atrevió a privatizar CODELCO (la empresa estatal de cobre) pero sí creó un Código Minero que hoy permite que el 70% de la producción sea privada, tampoco hubo vuelta atrás total en las relaciones feudales en el campo donde los hacendados no pagaban salarios y millones de campesinos vivían sin dignidad, convirtiéndose en una innovación revolucionaria estructural (Valenzuela y Del Alcázar, 2013). Carretón, como Sazo, relatan que observaron y vivieron las humillaciones de los terratenientes en la actual Región de O'Higgins: los fundos de la zona Cauquenes en la cordillera y el de los Aspillaga vecinos de los Errázuriz en la costa al norte de Pichilemu, lugar de dominio de la llamada oligarquía castellano vasca, la que generó el capitalismo rentista y extractivista minero y de monocultivos de exportación basado en la amplia explotación a los campesinos (Salazar 1985; Zeitlin y Ratcliff, 1988). El feudalismo chileno hacendal como antiguo régimen (Bellisario, 2013). Los mapucistas lideraron la radicalización de la reforma agraria en el ámbito campesino en una mezcla "ordenada" de apoyo a la sindicalización, al sujeto colectivo –desde el mapuche al cantante popular campesino–, lo que pasó por el extraordinario trabajo de la CORA, que logró repartir legalmente seis millones y medio de hectáreas en menos de tres años de gobierno. Un proceso histórico nunca visto que se tradujo en la alta polarización en el campo (Loveman, 1976) siendo emblemático el asesinato del dirigente mapucista Maureira y sus cuatro hijos en

Lonquén (al sur de Santiago) y arrojados a hornos de cal. A la izquierda de estos mapucistas, que daban vida a los asentamientos –comunidades como los soviets, el Ayllú Aymará, los ejidos mexicanos o los pervivientes lofs mapuche–, se ubicaron el Frente de Campesinos Revolucionarios (FCR) del MIR, alentado por facciones socialistas y del propio MAPU.

La transformación fue tal que no pudieron volver atrás del todo y a la dictadura no le quedó otra que dar parcelas individuales de cinco hectáreas a muchos campesinos porque la UP había pagado su costo legalmente en los procesos expropiatorios, no obstante exigió muchas devoluciones en una contrarreforma que volvió atrás en torno a la mitad de lo obrado, por la vía de privatizar el agua, terminar con el apoyo directo técnico y crediticio a los campesinos, subsidiar forestales y aislar a comunidades que vendieron sus tierras en las agudas crisis económicas de 1975 y 1983 (Avenidaño, 2017; Gómez, 1986; Bengoa, 1988).

El comunitarismo socialista apoyó a Allende, como utopistas indios americanos desde Bartolomé de las Casas a los Cristianos por el Socialismo, que aglutinó a 400 sacerdotes y monjas revolucionarias, y que en la militancia se inclinó por el eje MAPU-Izquierda Cristiana, donde la cuestión agraria y la utopía liberacionista se juntaron en el actor más invisibilizado por las propias grietas del estado desarrollista, luego minorizado por el neoliberalismo. Allende y la UP fueron devolución revolucionaria de tierras y dignidad a la ruralidad liberada de los feudos.

Después, en dictadura, los mapucistas trabajaron en ONG de apoyo a los campesinos bajo el alero del cardenal Silva Henríquez y la cooperación europea, en un esfuerzo parcial de apoyo a parceleros y cooperativas campesinas sobrevivientes a la contrarreforma neoliberal. La mapucista Cecilia Leiva, que fue ministra de agricultura con Michelle Bachelet en 2007, reconoció a la generación de ruralistas revolucionarios: “Confesando tener una fuerte vinculación con la agricultura de toda la vida, destacó el surgimiento en el año 1975 de la Academia de Humanismo Cristiano, de la que derivaron

centros de estudios en torno a diversas temáticas. Allí estuvieron el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA), formado e integrado por la misma ministra, el Grupo de Estudios Agro-regionales (GEA) (Iglesia, 2007)”.

El trabajo tuvo impactos débiles, ante la concentración económica y el apoyo de la dictadura al monocultivo forestal, que sigue vigente hoy en otros rubros, sin transformación del agro en democracia hacia modelos de mayor equidad, condenando a la mayor inequidad y pobreza salarial a las cinco regiones del centro sur que concentran la mayor ruralidad y rezago: O´Higgins, Maule, Ñuble, BíoBío y Araucanía (IDERE, 2019), por lo que, junto al despertar social y la fuerte movilización mapuche, el grito por tierras y nueva reforma agraria asoma a medio siglo de la UP para que los productos “campesinos lleguen al mercado”, convirtiéndose en una reforma revolucionaria que pervivió parcialmente y sigue vigente.

Referencias

Allende, S. (1971). *Primer Mensaje Ante el Congreso Pleno*. Talleres Gráficos Servicio Prisiones.

————— (1972). *Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno*. Talleres Gráficos Servicio Prisiones.

Avendaño, O. (2017). *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973. Representación de intereses, gradualismo y cambio estructural*. Santiago: Lom Ediciones.

Avendaño, O (2018). “Estado, terratenientes y campesinos: de la Reforma Agraria a la Contrarreforma” en M. Canales, J. Razeto y R. Valenzuela

(coord.). *Casta y sumisión. Chile a los 50 años de la Reforma Agraria*. Santiago: Social Ediciones, pp. 25-53.

Bellisario, A. (2013). El fin del antiguo régimen agrario chileno (1955-1965). *Revista Mexicana de Sociología*. 75, pp. 341-370. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0188-25032013000300001&lng=es&nrm=iso

Bengoa, J. (1988). *El poder y la subordinación. Historia Social de la agricultura chilena*. Tomo I. Ediciones Sur.

Chonchol, J. (1977). *Chili: de l'échec à l'espoir*. París: Editions du Cerf.

Cofré, B. (2018). La lucha por “el pan” y la defensa del “gobierno popular”: las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios en la Vía chilena al socialismo. *Izquierdas (Santiago)*, 41. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000400224>

Gómez, S. (1986). “Tenencia de la tierra, Chile 1965-1985”. *Documento de Trabajo* N° 286. FLACSO.

IDERE. (2019). *Índice de Desarrollo Regional*. ICHEM- U. Autónoma.

Iglesia Católica. (2007). http://www.iglesia.cl/detalle_noticia.php?id=5562 (2007) revisado el 11 de octubre 2020.

Kaufman, R. (1972). *The Politics of Land Reform in Chile. 1950-1970. Public Policy, Political Institutions, and Social Change*. Cambridge: Harvard University Press.

Loveman, B. (1976). *Struggle in the Countryside. Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*. Bloomington: Indiana University Press.

Oszlak, O. (2016). *La trama oculta del poder. Reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*. Santiago: Lom Ediciones.

Salazar, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios*. SUR.

Unidad Popular. (1970). *Programa de la Universidad Popular*. Sin editorial.

Valenzuela, E. y J. Del Alcázar. (2013). *Chile 73*. Valencia: Ediciones de la Universitat de Valencia.

Valenzuela, E. (2014). *Dios, Marx y el MAPU: Cristianismo, Revolución y Renovación en Chile, 1969-1989*. Santiago: Lom Ediciones.

Zeitlin, M. y R. Richard. (1988). *Landlords and Capitalists. The Dominant Class in Chile*. Princeton: Princeton University Press.

Mujeres en lucha

Evocando la Historia

Francisca Rodríguez Huerta

Va a hacer un año que con entusiasmo concurrí a la invitación del presidente de la Confederación del Cobre a conformar un comité para impulsar una campaña para conmemorar los 50 años de la victoria de la Unidad Popular (UP). El triunfo de nuestro abanderado, el compañero Salvador Allende Gossens, en la elección presidencial del 4 de septiembre de 1970 fue el mayor triunfo del pueblo de Chile. La invitación fue muy amplia, la mayoría de los concurrentes provenían de movimientos sociales y varios en esa época militábamos en las juventudes de los partidos políticos que conformaban la UP.

En la presentación de los y las concurrentes con emoción nos fuimos reconociendo y de inmediato empezaron a brotar las luchas en nuestras memorias. La mayoría éramos los jóvenes de ayer, los que sembramos mística, alegría y audacia en esa gran contienda política, en la que por cuarta vez el pueblo trabajador y los sectores populares perseguían el sueño de llegar al gobierno. Se proyectaba un gobierno que pusiera al pueblo en el centro de su política, que nos garantizara y nos diera perspectivas de un amplio futuro para la juventud, lleno de oportunidades para construir una vida digna y una patria feliz

para todos. Y aun cuando no era muy explícito en los discursos de la época, también lo era para todas.

Este reencuentro, donde nuestros rostros marcaban el paso de los años e incluso nos costó en algunos casos reconocernos, nos llenaba de alegría el saber que aún estábamos, que existíamos, que habíamos sobrevivido y, sobre todo, no habíamos claudicado. Que continuábamos persiguiendo el reto interrumpido brutalmente por el golpe fascista que encabezaron las Fuerzas Armadas y que impulsara el imperio para derrocar al gobierno del pueblo legítimamente elegido.

Fueron torrentes de emociones que hicieron brotar en nuestros corazones el ímpetu de esa época, volvieron a renacer muchas ideas. Como si nos hubiéramos quedado congelados en el tiempo, programamos y llenamos de acciones y contenido el año que teníamos por delante y hacer de la conmemoración del Cincuentenario una gran celebración de ese gran triunfo del pueblo.

La conformación de este comité nacional rápidamente nos llevó por los caminos de la evocación. Desde nuestros recuerdos y experiencia se abría una senda que nos permitía revivir con fuerza, en las conciencias populares, lo que perseguía el programa del Gobierno Popular, plasmada en sus mil días. Su evocación y difusión aportaría, animaría y daría mayor fuerza a las grandes batallas que los movimientos sociales de los trabajadores, las mujeres, los estudiantes, ambientalistas y sectores populares llevan adelante hoy, sin lograr construir amplios espacios de convergencia y unidad en la acción.

Esta era una de las tareas más importantes: ¿cómo lograr que esta gran experiencia, que aun anida en nuestra memoria y en nuestras conciencias, al revivir la historia de lo que fueron, las luchas de los trabajadores de nuestra generación de la década de 1960, pudiera traspasar a las nuevas generaciones y los nuevos liderazgos, aunque fueran solo parte de los contenidos históricos? ¿Cómo ayudar a que los jóvenes de hoy puedan asimilar el inmenso valor político de la unidad asentada en los valores y principios de clase y de los jóvenes de ayer, que durante largos años han conocido los horrores de la dictadura? Muy poco o nada se ha hablado de lo que significaron los

avances del pueblo y el país durante nuestro Gobierno Popular, de la heroica lucha por sostenerlo y hacer frente a la acción sediciosa que desató el imperio, desde el primer momento que se avizoraba el triunfo de Allende.

Preparar el cincuentenario sería un reto. En 2019, después de tantos años, el pueblo chileno rompió el silencio popular e inundó las calles contra el avasallamiento del neoliberalismo. Estábamos ciertos que desde nuestra travesía por lo que fue el gobierno de la UP podríamos aportar un camino hacia la construcción de un proyecto político popular de unidad, que marcara un objetivo común desde nuestras luchas cotidianas y por el cual podamos alcanzar los grandes anhelos de justicia y lograr retomar el camino hacia una nueva sociedad, interrumpido por el golpe militar. Y, ¿por qué no? Hacia una sociedad socialista, proyectando el futuro que quisiéramos para las actuales y nuevas generaciones que, ante el avance arrollador del capitalismo, ven incierto su futuro.

Los largos años de dictadura, marcados por el terror y la muerte, nos legaron un sistema capitalista neoliberal y nos dejaron un país que aún no sana sus heridas. No le ha sido fácil al país recuperarse del temor y de la desconfianza, ni derrotar el odio y la rabia acumulada por tantos años de dolor. Un conjunto de factores que se han vivido como derrota generan incluso desprecio y encono entre los nuevos sectores de izquierda, a los partidos políticos y la política, especialmente entre los jóvenes. El sistema mantiene la concepción del apolitismo partidario que conlleva a la vez a un signo de mucho desaliento y una ausencia de objetivo y de estrategia en común para avanzar.

Mis recuerdos y mi participación en la Unidad Popular

Desde mi actuar, no solo fui parte del triunfo de UP. Junto a cientos de miles de jóvenes fuimos gestores de la gran epopeya de nuestro pueblo y la campaña se enriqueció y fortaleció con el accionar de la juventud. Sin duda vivíamos momentos plenos, de una gran

participación popular y política que involucró a los y las jóvenes, en muchos casos rompiendo prejuicios y la severa tutoría de los padres. Las muchachas nos íbamos integrando en la vida política social y cultural que con fuerza florecía en esos tiempos. Sin computación ni redes virtuales, el canto se hizo rebeldía y en los muros expresábamos las palabras y dibujamos nuestros grandes anhelos.

¡Qué tiempos aquellos, donde la esperanza nos hacía invencibles y el cansancio, el tedio o la desesperanza no tenían lugar! Llenamos el país de los comités juveniles de la UP, cada partido se enorgullecía de su juventud, y nosotros y nosotras de nuestra militancia en los partidos. Desde lo colectivo y unitario, creamos mil formas de organizarnos y expresar nuestras demandas: los encuentros culturales constituían verdaderos espacios de formación política. En nuestros locales, los diarios murales iban estableciendo la orden del día y contenían las tareas a llevar a cabo, los turnos de atender las sedes, los grupos para las salidas de propaganda, las algaradas juveniles a las poblaciones o al campo. Allí quedaban escritos nuestros éxitos, las anécdotas, pero también las dificultades o falta de material, los apoyos desde los adultos para cuidarnos o reforzar las energías para los ataques y asaltos permanentes que sufríamos de los adversarios. Los enfrentamientos eran fuertes, sobre todo con los grupos de matones contratados por la derecha y Patria y Libertad, movimiento que integraban jóvenes fascistas que actuaban armados. Los linchacos y cadenas eran como sus símbolos de guerra. La disputa por los muros era una batalla permanente. A veces, el mismo día nos borraban los rayados. Era una lucha constante, pero indispensable para que nuestra palabra y nuestro candidato se enquistaran en la memoria y en la conciencia del pueblo.

Los debates del programa popular se daban en todos los espacios, debatíamos de frente con las otras fuerzas políticas y la Democracia Cristiana. Todas las tardes, después de nuestro trabajo o después de los estudios, nos encontrábamos en los locales, “Las Casas del Pueblo”, y nos preparábamos para salir a perifonear (equipo de micrófono y parlante donde en altavoz se avivaba la campaña), para divulgar

las primeras 40 medidas a implementar que el futuro gobierno se comprometía a llevar adelante; un primer paso primordial de nuestro programa, sentar las bases de un cambio social, político y económico en nuestro pueblo. Era nuestro llamado a votar por Allende.

Las canciones fueron nuestras armas de batalla; tal vez lo más relevante es que dieron una especial característica a nuestra campaña. Importantes grupos emergieron, particularmente de las filas de las juventudes comunistas: Inti Illimani, Quilapayún, Aparcoa, Víctor Jara e Isabel Parra fueron tal vez los más populares, pero en cada lugar había una guitarra y voces de lucha y esperanza. El pueblo cantaba “Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente, será el pueblo quien construya un Chile muy diferente”. Por doquier brotaron los cantos al programa y nuestro himno de la campaña, el que luego se convirtió en himno de lucha de todos los pueblos del mundo, hasta los más pequeños lo entonaban: “Venceremos, venceremos, mil cadenas habrá que romper. Venceremos, venceremos, la Unidad Popular al Poder”.

La candidatura de Allende generó fuertes alianzas entre las juventudes políticas de los partidos que integraban la UP, pero también con otros sectores sociales del mundo cultural y de la juventud ligada al mundo católico o de otra vertiente de la religión que se fueron involucrando en la campaña. De este modo, la UP se convirtió en el mayor espacio político de la izquierda chilena y del pueblo trabajador, y así logró burbujear la conciencia popular. Los jóvenes de esa época éramos parte central; la discusión política instalada en todos los sectores nos llevaba a un debate permanente y casi siempre muy acalorado, pues la disputa de las ideas entre los jóvenes era fuerte.

Esta disputa de ideas ya venía desde el triunfo de Eduardo Frei Montalva sobre Allende, en la elección presidencial anterior de 1964. El triunfo de Frei fue proclamado como el triunfo de la patria joven, pero su gobierno, bajo la consigna de la “revolución en libertad”, tenía como objetivo aplacar en el pueblo, y en especial en la juventud, la efervescencia del triunfo de la Revolución Cubana e impedir otra Cuba en América Latina. Pero a pesar del fuerte apoyo de Estados

Unidos y de su Alianza para el Progreso, el gobierno de Frei y los esfuerzos del imperio terminaron en fracaso.

Sin lugar a dudas nuestra lucha era revolucionaria, queríamos cambiar el mundo y con devoción mirábamos la experiencia de la URSS, nos inspirábamos en el heroísmo de los vietnamitas y el triunfo de la Revolución Cubana. Leíamos mucho, estudiamos y nos empapábamos de sus experiencias y logros, en la resistencia del pueblo cubano y su revolución. Con ese ejemplo y con una gran conciencia e identidad de clase, construimos fuerza, unidad y acción, e hicimos frente a la inmensa campaña del terror que la derecha desplegó durante el desarrollo de la campaña y en todo el ejercicio del Gobierno Popular.

Había que fortalecer nuestra acción y hacer frente a esta campaña que con sus siniestros mensajes copaba radios, diarios y la televisión. Era un bombardeo diario de las amenazas que implicaría un Gobierno Popular; cada mensaje que se esparcía hoy nos puede resultar burdo, pero en esa época no lo era. Por tanto, nuestras estrategias comunicacionales dependían de la creatividad y la audacia para enfrentar tan siniestra campaña financiada por la CIA y la ITT (la transnacional estadounidense de las comunicaciones). De ahí que cada juventud política formó sus brigadas de propaganda; sin duda, la más emblemática fue y ha sido la brigada Ramona Parra de la Juventud Comunista, que recorrió el país y se multiplicó en miles de brigadistas. Los y las jóvenes iban descubriéndose en sus dones de artistas, emergieron por doquier los muralistas, los artistas del pueblo que nos dotaron de mística y nos otorgaron identidad.

Aun cuando había notables diferencias en la estrategia futura y en las definiciones de la vía pacífica hacia el socialismo, éramos la juventud allendista en todo el país, esa juventud que desde todos los territorios a lo largo y ancho de nuestra patria, luchó y construyó. Lo hicimos con mucho entusiasmo, contra la represión, los ataques de los grupos derechistas y la propaganda del terror desatada por la CIA, la ITT y la oligarquía nacional. Ellos hacían lo imposible por generar miedo e inseguridad mediante su campaña del terror dirigida

al pueblo y especialmente a las mujeres madres, pero ni con todo el dinero sucio invertido por el imperio, pudieron frenar el avance del pueblo unido y organizado.

La juventud trabajadora, campesina estudiantil y pobladora no fue espectadora de este gran proceso de transformación económica y social de Chile. Al contrario, la juventud fue protagonista fundamental de esta etapa de la vida Patria, así lo dijo Allende en la noche del triunfo: “Necesitamos, reclamamos y pedimos la energía creadora de la juventud, su lealtad revolucionaria que será puesta sin quebrantos al servicio de Chile y del pueblo. Hoy iniciamos un hecho de honda significación solidaria y humana. La juventud chilena recorrerá los valles, los campos, las aldeas, las poblaciones, llevando el mensaje redentor, la voluntad, la decisión creadora y revolucionaria del Gobierno Popular. El cansancio más que centenario de los viejos luchadores será reemplazado por la energía juvenil, para hacer de Chile una Patria distinta: la Patria sin distinciones de todos los chilenos, independiente en lo económico y soberana en lo político”.

El 4 de septiembre de 1970

Aún permanecen en nuestra memoria la euforia de la victoria en las urnas del 4 de septiembre de 1970, la desbordante alegría del pueblo que se vivió en la madrugada del 5. Yo había sido apoderada general en los recintos de votación de La Cisterna. Cerca de la medianoche no daba más de cansancio, el agotamiento era enorme y solo pensaba irme a la cama con el corazón hinchado de alegría. De verdad que en esos momentos mi cuerpo no respondía, mis pies no daban un paso más. Cuando me retiraba del comando, no podía creer lo que veían mis ojos. Eran multitudes que, en camiones, bicicletas, auto o sencillamente caminando, el pueblo que se iba al palacio presidencial, con banderas y pancartas, gritando: “¿Adónde va esta gente? ¡A ver al Presidente!”. Por arte de magia, mi cansancio desapareció para plégame a las columnas que desde todos los puntos brotaban como un

torrente del río que nos arrastraba a las grandes alamedas de Allende, para celebrar y sellar un compromiso aún más grande.

En nuestros juveniles corazones, anhelantes de ese Chile Nuevo, que junto al pueblo íbamos a construir, nos propusimos firmemente que no nos dejaríamos arrebatar este triunfo. Sabíamos que por delante venían dos meses duros, teníamos que redoblar nuestras fuerzas, ser vigilantes y cauteloso para no caer en las provocaciones que nos querían conducir al caos y así darle razón a su campaña del terror. Pero también había que programar, la juventud tenía un papel relevante en el nuevo gobierno y una gran responsabilidad en la concreción de las primeras 40 medidas del futuro Gobierno Popular.

Vale destacar que en el país había un período de un gran ascenso de la organización popular, un fuerte movimiento estudiantil y una gran organización de los trabajadores, una significativa expresión de luchas por sus demandas de los pueblos originarios, especialmente del pueblo mapuche. Había una creciente organización de las mujeres y esta gran capacidad de fuerza organizada en unidad y coordinación, desde la lucha social y política, yo participaba activamente en la construcción y concreción de líneas programáticas y de acciones a desarrollar desde lo local a lo nacional.

Allende toma posesión, el 4 de noviembre

Y llegó el gran día. Después de muchas batallas, negociaciones políticas con el centro, y de hacer frente a las conspiraciones de los poderes fácticos para impedir que asumiera la presidencia nuestro compañero. Sufríamos escalofriantes ataques desde los sectores más derechista de la burguesía nacional, y los grupos fascistas de Patria y Libertad, dirigido por el abogado Pablo Rodríguez Grez, quien arengaba señalando “el pueblo elegirá entre democracia y marxismo y se actuará por la razón o la fuerza”. Estas definiciones eran un aviso hasta donde estaban dispuestos a llegar para impedir que Allende asumiera la presidencia. Una alerta fue el vil atentado para asesinar

al general René Schneider, comandante y jefe de las Fuerzas Armadas, que llevó cabo un grupo de Patria y Libertad el 21 de octubre de 1970, por mantener la actitud inquebrantable y patriótica de respeto a la constitución y al rol patrio de las Fuerzas Armadas. Después de tres días de agonía, el general falleció. Fueron muchos los actos e intentos previos a la ascensión a la presidencia del presidente Allende que llevaron a cabo estos sectores, pero a pesar de todas las intrigas y conspiraciones nada pudo impedir que el 4 de noviembre el compañero Allende fuera investido como presidente de Chile, por la decisión soberana de nuestro pueblo.

Fue un día de júbilo, de tanta alegría un día rebosante de futuro. Un día de gloria. Iniciábamos una nueva etapa en nuestra historia, todo era nuevo para nosotros, desde el Tedeum en la catedral, la Parada Militar y la gran fiesta popular en la alameda, llena de escenarios donde actuaron cientos de artistas. Como decía el programa, la cultura y la educación tendrían un papel muy importante y significativo en nuestro gobierno, y así fue. Ese día de gloria, por fin llegó el pueblo a La Moneda y como dijo nuestro partido “se abrió una nueva etapa en la Historia de Chile. También en la vida del Partido Comunista, en la cual dirigentes y militantes aportarán decisivamente a hacer realidad el tan soñado y necesario objetivo a favor del pueblo”. Y esa fue una cierta y santa verdad.

Y salimos con más fuerza, ahora éramos gobierno y teníamos la gran tarea, la inmensa tarea, desde cada lugar, desde cada sector de velar porque nuestro esperanzador programa se concretara paso a paso. A la vez, generar más fuerza y organización para defender al gobierno, ya que la acción dirigida desde la CIA, el Pentágono y la arcaica derecha criolla para derrocar nuestro gobierno estaba en marcha desde antes del triunfo.

Los partidos políticos y la organización popular

En esa época había conducción política y un respeto y reconocimiento de la importancia de los partidos. Aunque también profundas diferencias en el camino conducente a nuestra vía criolla hacia el socialismo, como decía Allende, con empanadas y vino tinto. Los choques más fuertes eran precisamente en los sectores juveniles y con quienes propiciaban la aceleración del proceso por la vía armada para alcanzar el socialismo. Nosotros, los Jotosos (militantes de las Juventudes Comunistas o JJCC), abrazábamos la tesis de la vía democrática del programa de la UP y del partido, de abrimos paso en la lucha política de masas y con las masas y con estas posiciones nos resultaba más difícil la tarea. Sin dudas, en esa etapa de la vida, la juventud está llena de inquietudes y anhelos por hacer la revolución lo más rápidamente posible y era sobre todo entre los sectores de los estudiantes donde más prendía esto de la lucha armada. Además, como el pueblo estaba ansioso de rápidos cambios, se había esperado tanto, que en este su gobierno, sus demandas y exigencias debían tener prontas respuestas y así emergieron los cordones revolucionarios en los sectores industriales y en los campesinos, con las tomas de empresas y fundos, algunas indiscriminadamente a modo de acelerar el proceso.

Era muy fuerte influencia que tenía la Jota en las organizaciones juveniles en los sectores poblacionales, estudiantiles y de los trabajadores. Nuestra tarea principal era ser parte del frente de masas, tanto en las organizaciones de los estudiantes, en la población, en las juntas vecinales, centros de madres, centros culturales, clubes deportivos y las y los jóvenes trabajadores en los sindicatos. Por muy importante que fuera la responsabilidad política, la primera responsabilidad era la propia organización. Sin duda que esto nos favorecía para lograr acuerdo y ser constructores en la aplicación del programa. En fin, en cada organización o comité de la UP en los barrios y en las faenas había profundos debates para priorizar las medidas planteadas desde

el gobierno. Una tarea importante fue formar comités de vigilancia en cada espacio, pues la acción de los sectores sediciosos también actuaba en cada lugar. Más aún cuando la parte de la Democracia Cristiana más allegada a la derecha se les sumaba. Ellos, más que la derecha tradicional, tenían una fuerte ascendencia en los sectores poblacionales, especialmente en las juntas vecinales, los centros de madres y centros culturales, que habían sido creados en el gobierno de Frei, en su programa de promoción popular. Pero ahí también estábamos, era parte de nuestra lucha y disputa de las masas.

Lo más importante fue la creación de los Comité de Unidad Popular (CUP) durante la campaña. Reforzados y ampliado ahora por el pueblo allendista, que era sin dudas el sector mayoritario en los CUP, fueron estratégicos en cada lugar para la implementación de las medidas emanadas del programa del gobierno y las 40 medidas. En este contexto, surgieron nuevas orgánicas, especialmente para las definiciones territoriales de las obras de mejoramiento de sus sectores.

Nosotros, las y los jóvenes de la UP, nos dimos la tarea de construir mediante el trabajo voluntario mil plazas para el esparcimiento y la recreación. El trabajo voluntario era el mayor espacio de unidad de la juventud. Ahí surgía una emulación muy significativa, pero también aparecían las diferencias de línea trazada hacia el socialismo, entre la vía no armada, que se sustentaba en la lucha de masas del gobierno, y los sectores más radicales que nos definían de “reformistas”.

En este contexto, los comandos pasaron a conformarse en frentes políticos de la UP, donde se anclaba la dirección del frente juvenil, de mujeres, de trabajadores, que eran frentes sectoriales de carácter nacional y pasaron a ser el núcleo mayor de la unidad, integrado por los máximos dirigentes políticos que convergían en el comando nacional. Desde las juventudes políticas, se integraba Gladys Marín (secretaria general de la Jota), Carlos Lorca (Juventud Socialista), Frans Vera (MAPU), Luis Badilla (IC). Ya no recuerdo otros nombres, pero ahí estaban todas las juventudes de los partidos de la UP.

Las juventudes en los mil días de gobierno

Este fue un salto grande. Muchas compañeras y compañeros pasaron a ocupar importantes responsabilidades en el gobierno a lo largo del país, ser parte de las estructuras del gobierno. En nuestro caso, no se les eximía ni en sus responsabilidades como militante, ni como integrante de alguna orgánica popular. Recuerdo que estos cargos por supuesto también se disputaban y/o se establecían cuotas, que se definían desde las diferentes instancias y comité políticos de la UP.

Fueron mil días de gobierno y en cada uno surgían cosas nuevas. Todo el aparataje que se puso en marcha desde la CIA y la derecha fascista, que no trepidó en nada para generar un clima de ingobernabilidad, los ataques y los sabotajes a la producción y el acaparamiento y desabastecimiento de los alimentos y hasta los elementos más básicos que se requiere en hogar. Lo hacían para crear pánico, miedo y desesperanza en el pueblo. Fue una acción permanente que trajo consigo el surgimiento del llamado mercado ilegal. Acá jugaron un importante papel los comités de vigilancia, había que cuidar la producción y pesquisar los acaparadores, velar por la distribución de alimentos y cosas esenciales. Así el pueblo se organizaba y resistía.

Los trabajos voluntarios se acrecentaron para responder al llamado del presidente a elevar la producción y a garantizar que los alimentos llegaran a la gente. Así las brigadas de trabajo voluntario se multiplicaron en el campo para aportar en las cosechas a cargar y descargar los camiones, o construir las plazas, o irse a plantar tamarugo. Allá estuvo Manuel Guerrero (una de las víctimas del caso de los degollados, en marzo de 1985) sembrando la pampa del Tamarugal; más de 2.000 muchachas y jóvenes fueron por 3 meses a los trabajos voluntarios del verano del 1972 en Cabildo, para la construcción del dren, represa subterránea que pondría bajo riego una gran cantidad de hectáreas de tierra de la Reforma Agraria.

Cuando nos recibió a nuestra llegada en el Estadio de Chile, hoy Víctor Jara, dijo Allende: “los jóvenes, acometieron el trabajo más

duro, una obligación revolucionaria. Creo en la voluntad rebelde, pero constructiva, de los jóvenes de mi Patria”. En nuestro gobierno se creó la Secretaría Juvenil de la Presidencia y en el Ministerio de Educación, el Servicio del Trabajo Voluntario y muchos cargos relacionados con el desarrollo y futuro de la juventud fueron ocupados por jóvenes en todo el país.

Los trabajos voluntarios y las brigadas de propaganda constituyeron una identidad muy próxima de la juventud con el gobierno, fueron muchas acciones y hazañas que marcaron nuestras vidas para siempre. Los que sobrevivimos de esa generación sentimos tan fuertes los lazos creados al paso de los años que cuando nos encontramos seguimos viéndonos como ayer, como jóvenes que estábamos construyendo el futuro socialista de la patria de Allende.

Frente de Mujeres de la UP y las JAP

En septiembre del 1972 pasé a formar parte del trabajo de las mujeres. Una de las importantes misiones que me correspondió asumir, bajo la dirección de María Elena Carrera (senadora del Partido Socialista y presidenta del Frente de Mujeres de la UP) y Marta Melo (también del PS), fue ser responsable de la comisión de organización. La actriz Carmen Barro (Izquierda Cristiana) estaba a cargo de las comunicaciones; también estaba Nora Maluenda (Partido Radical) y otras compañeras que no recuerdo su nombre pero su imagen está aún en mi memoria; todas estábamos en representación de los partidos de la UP. Acá había un clima diferente, de mucha camaradería entre las mujeres. La solidaridad estaba a flor de piel entre este grupo de dirigentes, de ellas recibimos la tarea de armar las bases de la futura Secretaría de la Mujer. Era un mandato del presidente.

Luego, la Secretaría fue creada por decreto presidencial y para su funcionamiento el presidente entregó a las mujeres la torre de la UNCTAD III, para ser compartida con la Secretaría Nacional de la Juventud. La UNCTAD fue el edificio construido para que fuese la sede

de la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo, la mayor obra edificada heroicamente en pocos meses con el trabajo de obreros y muchas jornadas de trabajo voluntario. Después se instaló la Junta Militar y fue sede del gobierno ilegítimo de Pinochet.

Asumió como directora (o presidenta) la compañera Moy de Tohá (en ese tiempo pesaba el apellido del marido, aún más si este era el ministro del Interior del Gobierno) y bajo la responsabilidad de la compañera Irma de Almeida estaba la dirección del edificio, ambas compañeras del PS. El trabajo y las acciones del Frente de Mujeres de la UP era muy amplio y dirigía el accionar de varias instancias que ya venían del anterior gobierno, como la institución de los CEMA y la Central Organizadora de los Centros de Madres, que en el gobierno popular pasó a llamarse COCEMA. Los CEMA estaban en todo el país. Esta organización originalmente estaba orientada a acentuar el papel de las mujeres como dueña de casa y a mejorar sus habilidades domésticas, pero ahora había que redireccionar su rol y darle un sentido social y político a la participación de las mujeres, es decir, generar propuestas para ir identificando sus derechos y avanzar a la plena emancipación y, a la vez, llevar a la práctica el programa del gobierno.

Para la época, los Centros de Madres eran instancias muy importantes. De hecho, fue la primera organización de las mujeres en el campo. También se fueron creando CEMA en los centros de trabajos, un primer eslabón de cambio al interior de los sindicatos, pues en este tiempo aparecen más fuerte y claramente las reivindicaciones de las mujeres en su doble rol de trabajadoras y amas de casa. Acá se abordaba lo que sería el futuro Ministerio Social y de Protección a la Familia, que se consignaba en la medida 11, y aunque había algunas contradicciones frente a lo que se proyectaba para este ministerio, se impulsaban debates y contenidos con mucha dedicación, abriendo paso a la generación de medidas que verdaderamente avanzara por los caminos de la igualdad entre hombres y mujeres ante la ley y la sociedad.

Bregábamos por una verdadera emancipación de la mujer y la carga que se vino encima fue el criminal desabastecimiento instalado por la reacción. En este contexto las Juntas de Abastecimientos y Control de Precios (JAP) contra la inflación y especulación, impulsadas en un inicio por el gobierno, tomaron un fuerte impulso popular. Recuerdo que en un encuentro nacional de mujeres de la UP, en el Estadio Chile se llamaba a las mujeres a enfrentar con más fuerza el aumento provocado por los inescrupulosos que generaban problema del abastecimiento, junto con la necesidad de crear masivamente las JAP en cada población y en todo el país.

Estas nuevas organizaciones populares emergieron desde las Juntas de Vecinos. El desabastecimiento afectaba fuertemente a las mujeres, lo que hizo que alcanzaran un protagonismo muy grande en su confrontación y un salto en su hacer político y social. Las JAP impulsaba a las mujeres y pobladoras a una acción más dinámica, las sacaba de la casa y se provocaba un despertar muy fuerte en sus conciencias. Había que programar entre todos y todas para garantizar una justa distribución en las poblaciones y una vigilancia activa para desbaratar el acaparamiento y denunciar el mercado ilegal. Acá se ejerció el poder popular y una toma de conciencia en la cual éramos una pieza fundamental para llevar a cabo el programa. A la vez, era necesario cuidar y defender el gobierno de los ataques más directos y golpeadores, como era la escasez de alimentos, el sabotaje a la producción, el acaparamiento y los centros de distribución.

El papel de las JAP se plasmó en una nueva organización popular, donde las mujeres entraron a participar más activamente e incluso aumentaron su participación en los consejos comunales. Esto las llevó a intervenir también en la definición de los programas de producción y programación, así como los planes de inversiones y expropiaciones ubicadas en sus comunas, en un claro ejemplo de cómo el gobierno promovía la participación, como un ejercicio pleno de democracia popular.

Recorriendo el país para construir comunicación entre pueblo y gobierno

Esta fue una de las grandes tareas de la Comisión Femenina del Partido, plasmada en el hacer del Frente de Mujeres de la UP. Me tocó recorrer el país reuniéndonos con las organizaciones locales, llegar a los más remotos lugares, recorrer en un pequeño avión Serna, y en lancha en el archipiélago de Chiloé, pequeñas islas donde resultaba casi imaginario que desde Santiago pudiéramos estar ahí. Fui con un oficial civil, que registraba los niños nacidos o las personas fallecidas, a la vez casaba a parejas que por tiempo esperaban para obtener la libreta de matrimonio. Esto era muy importante para la época y yo informando de lo que acontecía para el pueblo en este nuevo gobierno que garantizaba a todos los niños medio litro de leche diario, que se multiplicarían las escuelas y la campaña de alfabetización ahí en las islas. Así me interiorice de cómo y qué frecuencia iban las visitas de la lancha que daba atención a los problemas de salud que la medicina ancestral no podía resolver. En fin, era muy emocionante ver la gran esperanza de la gente y como a través de radios a pila se informaban del curso de las cosas y de cómo era una tarea del pueblo elevar la producción y la campaña por sembrar trigo para garantizar el pan para el pueblo.

Son tantas las cosas que se llevaron a cabo esos mil días, donde nuestro activismo y el trabajar directamente con la gente nos permitía avanzar, a pesar de los problemas que incluso surgían entre nuestras propias fuerzas. Hubo, sin duda, grandes incomprendiones, no entender que este era un proceso donde teníamos que acumular fuerzas en el pueblo para avanzar y consolidar el gobierno para llevar a cabo el programa. No se podía acelerar el proceso, pues el enemigo, al igual que hoy, tenía una gran capacidad de conspiración, con muchos recursos y un poder comunicacional que lograba llevar el centro hacia la derecha. Sabíamos que con el avance en los resultados de las elecciones municipales de 1971 aun no alcanzábamos la

mayor unidad, o esta se deterioraba antes visiones, a nuestro juicio, anticipadas, de cómo acelerar el proceso caminando hacia a una lucha más frontal, mientras la otra concepción estaba de avanzar con el pueblo unido y organizado.

La revolución interrumpida y la que viene

Nuestra revolución fue interrumpida brutalmente con el golpe fascista, la gran traición de las Fuerzas Armadas al pueblo de Chile y de sectores políticos que traicionaron sus postulados democráticos. Tal vez nunca pensaron lo que venía con el fascismo, o fueron demasiado ilusos creyendo que ellos volvería el poder, que serían los salvadores del caos que había generado la derecha y el imperio. Qué duro, ¿verdad? Y lo que es peor, muchos de ellos aún no aprenden la lección.

La dictadura fue atroz. Quiso eliminar los partidos de la UP, a los dirigentes sindicales y populares, a los dirigentes juveniles. Se ensañó más aún con las mujeres, desde sus mentes autoritarias y patriarcales, surgieron las más crueles y sangrantes torturas, como un castigo por meterse en política.

Pero el pueblo resistió y luchó incansablemente por recuperar la democracia. Al lograrlo, nuevamente la traición: se impuso y se pactó la salida y la tan anunciada alegría no llegó. Se entregó al país al neoliberalismo, que supuestamente nos llevó a la cumbre del desarrollo. Quedamos solos, desde los canales solidarios internacionales, tan importantes en nuestra lucha contra la dictadura. Solo veían los avances glorificadores del capital y nosotras y nosotros en nuestra búsqueda incansable por verdad y justicia, y por reconstituirmos socialmente, lo que no era fácil.

Quedaba el miedo y el sufrimiento del pueblo, la descontrolada persecución, el terror vivido... Hábilmente el sistema lo hizo recaer en los partidos de izquierda y con el curso que tomaron el accionar de importantes dirigentes que se los ganó un exilio reformista, el

sistema logró instalar el apoliticismo, especialmente en la juventud. A mi juicio, poco o nada conocen de la historia de la lucha del pueblo y los mil gloriosos días de Gobierno Popular. También se logra anidar el temor en las mujeres, que temen volver a vivir los horrores de la dictadura y poner en peligro su gente. Así entramos en un círculo donde el temor, la desconfianza y el descrédito hacia la política y los políticos se anida en la conciencia de la gente.

Sin duda que la pérdida de casi dos generaciones de luchadores y luchadoras aporta esta desconcertante concepción en las nuevas generaciones, donde son los asesinados y los desaparecidos los que están instalados fuertemente en nuestra memoria. Poco o nada se habla de los mutilados o los muertos en vida que dejó la tortura en sus mentes y cuerpos. Son anónimos o desamparados, lejos de la reparación. Así vive mi hermano, hoy en una casa de reposo, nos llena de dolor cada día, que nos cuesta solo a nosotras, su familia.

A pesar de todo, los de ayer y hoy sabíamos que el terror no sería eterno. Aún quedan, como decía un compañero, los tenaces y las tenaces, que avivamos la llama para animar el fuego ardiente que va floreciendo en la juventud. La juventud actual con la fuerza, la garra y la pasión al igual que los de ayer, pero con otra mirada hacia los problemas que ha generado este actual sistema, que nos arrebató día a día nuestros derechos, hipoteca nuestra soberanía, abre las puertas a los saqueadores de nuestros bienes nacionales, elimina los derechos de las y los trabajadores, niega el derecho y la posibilidad del estudiar y el pleno desarrollo de la juventud, abre la puerta al narcotráfico... Todo bajo la constitución dejada como herencia maldita de Pinochet.

En fin, llegó el momento de decir: “el pueblo no aguanta más”. Los estudiantes encendieron la llama y se propagó por todo Chile. No fue, como dice el gobierno, “un estallido social”: el 18 de octubre de 2019 se dio paso histórico a un levantamiento popular que unió todas las luchas sectoriales en una sola. ¡Fuera Piñera, fuera la constricción pinochetista! Queremos Asamblea Constituyente para que el pueblo, como ayer, sea constructor de su destino.

Chile despertó. Dejamos de ser gente para ser nuevamente pueblo. Como un torrente emergió el debate político y brotaron por miles los cabildos abiertos, en plazas, parques, gimnasios, sedes comunitarias y sindicales, también en las escuelas, universidades, comunidades e iglesias. Chile despertó y mostró al mundo la mentira de este sistema, denunció el fraude del sistema político y los amarres con el capital. Esto venía avanzando en las luchas sectoriales de los trabajadores de la salud, los profesores, los ambientalistas, el movimiento feminista que emergían con una fuerza y una mística renovadora y audaz. Las acciones de resistencia eran permanentes en el pueblo mapuche, la represión y militarización de sus territorios era escandalosa y dolorosa, aún más cuando se daba desde los gobiernos a los que abrimos paso en democracia.

Todo era avance en los movimientos, pero demasiado sectoriales. Y fue esa audacia y rebeldía de las y los jóvenes, muchos de ellos y ellas aun niños, lo que despertó la conciencia popular e irrumpió con fuerzas renovadas en la lucha popular.

La aparición del nuevo COVID-19 ha jugado en nuestra contra, pero no ha apagado la fuerza movilizada del pueblo. Estos 50 años de conmemoración del triunfo de la Unidad Popular ha ocupado los mayores espacios virtuales de difusión, despertando y generando una gran conciencia y un conocimiento más amplio, oportuno e indispensable para las luchas actuales. De una u otra manera vamos venciendo la batalla por dominar la tecnología, esto nos ha facilitado el reencontrarnos con la historia, tomar de ahí lo necesario para volver a construir, como decíamos ayer, “un Chile nuevo”, el que soñara y por la que dieran su vida Salvador Allende y miles y miles de mujeres y hombres de nuestra patria.

Sin duda que aún nos falta recuperar más confianza y derrotar las desconfianzas instaladas, restituir una izquierda verdadera que permita al pueblo creer en la política, construir una amplia unidad, respetándonos en nuestras diferencias, cuando son de formas y no de fondo. Que militar en un partido político también sea un derecho respetado y no estigmatizado. Es seguro que de esta pandemia

saldremos más sabios y sabias, fortalecidas y fortalecidos. Como ayer, estamos superando los miedos al virus para derrotar la pandemia mayor, que es este capitalismo salvaje y opresor que caerá por la fuerza del pueblo.

¡Con Allende en la memoria, mil veces venceremos!

Mis memorias

Mafalda Galdames Castro

Tenía 15 años el año 1967, cuando conocí al profesor Galleguillos que era director del Liceo Integral N° 1, ubicado en la entonces Tercera Comuna de Santiago. Fue un pedagogo reconocido por su vocación de servicio, su activismo militante y la libertad de enseñanza que impartía en aquel plantel educativo. Solo estude un año en ese colegio, que era mixto. Mi madre rápidamente me retiró para alejarme de las ideas revolucionarias que estaban germinando en mi cabeza. Demasiado tarde fue aquello, porque la semilla ya estaba sembrada. En la presentación del primer día de clases de la Escuela Técnica Femenina, a la que fui trasladada, ubicada en esa misma comuna, la profesora añadió a mis palabras: “cuidado con esta jovencita porque viene de un colegio revolucionario”. No estaba equivocada, a los pocos días, un grupo de alumnas tomamos el colegio y participamos activamente en ese proceso nacional histórico que fue la Reforma Educacional del 1968.

La militancia comenzó ese mismo año. Apenas llegué a estudiar Bienestar Social, ingresé al Centro de Alumnas asumiendo el cargo de delegada ante la Federación de Estudiantes Técnicos e Industriales

de Chile (FEITECH), que generalmente estaba codirigida entre el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC). Además participaba en el organismo auxiliar del PS, que era la Brigada de Estudiantes Profesionales Socialistas (BEPROS).

La participación política consistía en asistir a las Escuelas de Formación de Cuadros para conocer la teoría y práctica revolucionaria, la responsabilidad y la disciplina militante; participar en los trabajos voluntarios, que por aquella época estaban coordinados por la Oficina Nacional del Servicio Voluntario (ONSEV), dependiente del Ministerio de Educación. La ONSEV reclutaba a los estudiantes en los colegios de enseñanza media para, después de un breve adiestramiento en las vacaciones de verano, ir en caravanas a las regiones apartadas del país a trabajar con las comunidades rurales e indígenas, apoyando en la construcción de sedes comunitarias, postas de emergencia sanitaria, arreglos de colegios, talleres de costuras, nutrición e higiene. Participe activamente con roles dirigenciales en dos oportunidades: en una de ellas, en el sur de Chile, estuve en trabajo voluntario de verano durante un mes, viviendo en una cabaña que servía de posta de primeros auxilios para la comunidad, junto a ocho compañeros en Santa María del Llaima, comuna de Melipeuco, cooperando con los habitantes mapuche del sector en labores agrícolas, de primeros auxilios y de capacitación en costura básica. Después, para la reconstrucción del terremoto de 1971 que azotó al norte del país, permanecemos 20 días en un colegio compartiendo con los damnificados, construyendo mediaguas (casas de madera prefabricada de fácil armadura) que servirían de hogar a las familias que perdieron sus casas.

Cuando triunfó la Unidad Popular (UP) con el compañero Allende, que postulaba la *Vía Pacífica al Socialismo*, fuimos miles los chilenos que salimos a las calles a celebrar eufóricos de alegría el triunfo del presidente elegido en las urnas. Yo en ese tiempo aún no tenía derecho a voto.

La vida militante entonces asume nuevas exigencias y la orden del partido fue que todo socialista debía establecer su activismo en

el territorio que habitaba o trabajaba. Fue así que nuestra participación como estudiantes se encausó en la Seccional del PS en la Tercera Comuna, sin que dejáramos la FEITECH y la BEPROS. Nuestro núcleo de la Técnica 2, ingresó en la estructura regular del Partido y entonces la casa ubicada frente a mi antiguo colegio, el Liceo Integral N° 1, pasó a ser nuestro segundo hogar. Desde la Escuela Técnica, prácticamente todos los días nos íbamos a compartir momentos de estudio, alegrías, anécdotas, romances, noviazgos y turnos en los centros estratégicos que el devenir del día a día nos iba exigiendo e imponiendo. Teníamos una estrecha relación política y afectiva con los adultos del partido, establecimos lazos de amistad con los dirigentes sindicales que pertenecían a nuestra Seccional y las actividades partidarias se entrelazaban entre el compromiso militante y las relaciones afectuosas con los trabajadores sindicalizados, con los que se iban formando como una gran familia.

Mi tiempo durante cuatro años de secundaria, se dividía entre el activismo dirigencial estudiantil y el activismo militante. Quienes compartimos esos años, que sobrevivimos a los períodos claros-oscuros de esta historia común que tenemos miles de chilenos, no podemos dejar de señalar y coincidimos en eso, *que fueron tiempos imborrables*. No podemos hablar de metáforas, estamos hablando de sucesos, estamos recordando procesos y estamos haciendo memoria para que nuestros hijos e hijas y los hijos/as de nuestros hijos/as conozcan la verdadera historia de esos hombres y mujeres que fuimos, solidarios, valientes y comprometidos por una causa y por una idea, jóvenes comunes y corrientes que muchas veces sol usamos el don de la palabra como única arma para trabajar por una sociedad más justa, más igualitaria. En cambio, terminamos recibiendo acciones de terror y desesperanza. En esta forma de trabajo conjunto surgieron amistades y relaciones que, de no mediar estas situaciones que nos ubicaron en la misma senda del camino, tal vez nunca nos hubiésemos conocido.

Ese fue el caso de los cientos de estudiantes que hicimos nuestra enseñanza en la Tercera Comuna. Allí “los hijitos de su papá”, como

llamábamos a los alumnos de familias con mucho dinero y propiedades que venían de provincia a estudiar al Internado Nacional Barros Arana (INBA), se juntaban con alumnos de familias humildes de los otros colegios y escuelas. También allí establecimos estrechas amistades con los/las alumnos/as de la Universidad Técnica del Estado (UTE), hoy Universidad de Santiago de Chile (USACH) y de las Escuelas de Museología y Veterinaria de la Universidad de Chile, que se encontraban ubicadas al interior de la Quinta Normal (parque de recreación y paseo familiar). Ellos venían a enseñarnos la interpretación marxista de la historia, el manifiesto comunista o la teoría revolucionaria. Fuimos privilegiados/as porque durante tres años fuimos la vanguardia –la clase pequeñoburguesa según la teoría de Marx–, éramos felices, el mundo giraba vertiginoso y nosotros girábamos con el mundo. Fuimos desempeñando nuestro rol histórico, éramos la avanzada, los protagonistas, los llamados a conducir los procesos de cambios, los llamados a trabajar sin descanso por la patria socialista, por un país en que hombres y mujeres accedían a los espacios políticos a nivel barrial, comunal y regional. Las Brigadas Elmo Catalán, más conocidas como BEC, eran nuestros espacios de expansión comunicacional, los rayados, las marchas, los mítines, todo estaba a nuestro alcance y todos los compromisos los asumíamos con alegría y mística revolucionaria.

Solo teníamos que tomar la decisión para integrarnos al proceso de cambios que venían a pasos agigantados. Y así era: nos preparábamos, teníamos formación política, reuniones locales, asambleas, seminarios, grandes congresos programáticos, nos reconocíamos en las calles por nuestra vestimenta, nuestras camisas color amaranoto o verde oliva. A las lecciones teóricas se sumaron más tarde las clases de defensa personal, porque había “que estar preparados”, se nos decía. Desde la juventud hicimos excursiones al campo a cooperar y participar del proceso de reforma agraria, estuvimos en varias oportunidades en un Fundo en Ocoa, localidad ubicada en la Región de Valparaíso, donde se extraía la miel de palma. Durante la UP se consideró brutal el exterminio de aquellas palmas nativas

centenarias y hubo que establecer un plan de manejo para recuperarlas y conservarlas.

En lo personal, fui una alumna muy querida por mis compañeras de colegio. Mi espíritu de trabajo incansable les exigía, las hacía participar en jornadas y campamentos de trabajo voluntario para ayudar a los pobladores/as en los sectores más pobres y estar presentes en las poblaciones, en los hospitales y en las tareas de abastecimiento de nuestra comuna.

En mi rol estudiantil, el año 1971, fui elegida, junto a otro dirigente de la Escuela Técnica 4, a participar de las deliberaciones y propuestas desde la enseñanza técnico profesional junto a las directoras de los colegios de todo el país y una delegada docente de cada establecimiento en la consulta del futuro proyecto de la Enseñanza Nacional Unificada (ENU). Este Primer Encuentro se realizó en la provincia de Los Andes, en un internado agrícola masculino, que se encontraba en un fundo expropiado por la Reforma Agraria. Esa participación significó varios hechos trascendentales para mi vida y participación política.

Mi mamá, que hasta ese momento siempre pensaba que yo perdía mi tiempo cuando llegaba tarde a casa, ese día me fue a dejar hasta la salida del bus desde el local del Magisterio. Allí, mientras llegaban los delegados/as me estaba esperando Juan Hernández, el presidente de FEITECH, que luego del golpe militar pasó a integrar la lista de detenidos desaparecidos junto a otros compañeros. Juan saludó a mi madre señalándole la importancia de mi participación en este Encuentro para la educación técnico profesional. Luego y casi inmediatamente, viene también la profesora delegada de mi colegio, la que felicita a mi madre halagando mi comportamiento dirigenzial y para tranquilizarla le dice que no se preocupe por mí, pues ella me cuidará personalmente. En esos diálogos estábamos cuando llegó muy formal y estirada otra señora. En esta ocasión no hubo presentaciones, le señalé a mi madre que esa persona, que ni siquiera se dignó a mirarme, era la directora de mi colegio. Ella, junto a la directora de la Técnica 4, no se alojaron en los pabellones dormitorios

que compartimos en el internado mientras se realizó el Encuentro. Todas las tardes, esas dos señoras que tenían a sus alumnos como representantes de la Federación, pagaban un taxi que las llevaba al único hotel que existía en la ciudad de Los Andes. Un día contamos con la asistencia del director de la Enseñanza Técnico-Profesional, y estando en el comedor nos pusimos a conversar. Cuando se enteró del comportamiento de las directoras, me dice: “no te preocupes, voy a mandar una carta al Consejo de Profesores de tu colegio felicitando tu participación”. Yo sonreí y pensé, terminado el encuentro se olvidará.

Mi madre desde esa vez dejó de recriminarme por mi activismo político y apoyo las decisiones que en el futuro iría tomando mi vida. Cuando había pasado más de una semana de vuelta de Los Andes, en un día muy normal, todas las profesoras me abrazaban, la profesora jefe se dirige a mi curso para decir el orgullo que siente el colegio de recibir, desde el Ministerio de Educación, una carta donde el director de la Enseñanza Técnico-Profesional agradece mi valiosa participación en ese Primer Encuentro Nacional de Educadores. Solo conservo una fotografía que me tomo la profesora Aída en una placita del patio del internado, junto a una gran tinaja de barro que tiene una hermosa enredadera llamada flor de la pluma. Está fechada el día 25 de septiembre de 1971 y dice: “recuerdo del Primer Encuentro Nacional de la Enseñanza Técnico-Profesional”.

Creo que fue ese año que obtuve un reconocimiento en un concurso de poesía de la Caja de Compensación Fabril, que era la institución gremial a la que se encontraba afiliada la Fábrica Nacional de Aceites (FANAC), donde trabajaba mi padre como obrero hacía más de 25 años. Participé en esta convocatoria sin avisar a nadie en mi hogar y para mi papá fue una sorpresa cuando la asistente social lo llamó a su oficina para comunicarle la buena noticia. El premio fue un reloj de pulsera, fui mi primer reloj y se me entregó públicamente en la fiesta de navidad que todos los años realizaba la fábrica, en que los hijos de los operarios participábamos activamente, ensayando todo un mes en la preparación de una representación teatral navideña, y en

que el punto culminante era la llegada del “viejo pascuero” para entregar los regalos a cada familia del operario. Por supuesto esa vez en el escenario di la lectura al poema premiado.

Eran los años de un Estado benefactor, con una industria nacional que implementaba el bienestar social y se respetaban los convenios sindicales de los trabajadores, era frecuente que la profesional llamada “Visitadora” fuera a los hogares para ver de cerca las condiciones de vida de los operarios. A veces mi madre fue a ver a la *Visitadora* a contarle sus problemas y vi a la *profesional* (con su capa gris que le otorgaba prestancia), en el turno en que mi padre se encontraba en casa, para señalarle su comportamiento. Mi papá se enmendaba, pero pasado un tiempo volvía a sus andanzas. Como operario, mi padre, que había emigrado joven desde el campo a la ciudad, era un trabajador que cumplía sagradamente con sus turnos laborales: de once de la noche a las siete de la mañana, de siete a tres de la tarde y de tres a once de la noche. Mi madre sagradamente le esperaba junto al brasero de carbón encendido en las noches de invierno cuando le correspondía cumplir con este turno. Acompañándola en esas horas que se hacían largas, mientras ella tejía yo hacía mis tareas escolares, le comentaba mis lecturas, bordaba los manteles y confeccionaba mi propia ropa, con lo que aportaba mi granito de arena a la precaria economía de mi hogar. Esperanzado en una jubilación digna para sus tiempos de vejez, seguía trabajando cuando vino el golpe de Estado, en cuyo régimen de terror el año 1979 creó el llamado Plan Laboral, asestando un duro golpe a las organizaciones sindicales y a la clase trabajadora. Esta Reforma Laboral surgió unida al sistema de pensiones, como las actualmente repudiadas AFP. Se aplicó la política de libre mercado y a través de dos decretos leyes sobre negociación colectiva y organización sindical (D. L. 2756 y 2758) la política neoliberal fue cambiando drásticamente el sistema de jubilación existente a esa fecha, declarando, entre otras cosas, que la jubilación laboral por años de servicio se limitaba a un período máximo laboral de once años, privatizando además todas los beneficios y prestaciones sociales.

El año 1972 postulé a la UTE, como era mi sueño de estudiante, y habían varias razones para tener puestas mis expectativas en esa universidad: quedaba cerca de mi casa, allí estudiaban mis compañeros y amigos, ese centro de estudios era el referente principal para los hijos e hijas de los obreros. Además, allí se fraguaban los proyectos revolucionarios. Pero para alegría de mi madre, solo quedé en la Universidad Católica de Chile, en la carrera de pedagogía básica con mención en castellano. Ya estábamos en tiempos de polarización política y la verdad es que mi ingreso allí fue un error... Pero no podía defraudar a mi madre que tenía todas sus expectativas puestas en mi futuro profesional. Fui la única hija de cinco hermanos que hizo estudios universitarios, y venir desde una Escuela Técnica era un logro aún mayor, pues la enseñanza estaba segmentada y solo los liceos humanistas preparaban a sus alumnos/as para ingresar a la Universidad, por lo que desde mi graduación ya estaba destinada a ser una obrera especializada.

Me propuse continuar mis estudios en contra de todos los obstáculos. Venía con una beca Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB), que me permitía estudiar y comer gratis en el casino. Mi vestuario era claramente de muy inferior calidad al de mis compañeras de clase. Nunca tenía dinero, no tenía tema con ellas. En sus conversaciones que no fueran sobre vanidad femenina, jugaban a la canasta en sus ratos libres (juego de cartas propio de la clase alta), iban a la piscina que tenía el Campus y yo ni siquiera sabía nadar. Por nuestras opiniones, en las disertaciones o conversaciones, los pocos alumnos que pensábamos diferente éramos catalogados como *upelientos*. Yo me había incorporado al único núcleo socialista de no más de seis o siete estudiantes que pertenecíamos a distintas carreras que se impartían en el Campus.

En agosto de ese año fui al local de la Tercera Comuna porque se preparaba una Conferencia Seccional en un balneario en que se habían construido instalaciones para acoger a las familias de los trabajadores y pobladores que no tenían recursos para tener vacaciones. Se les llamó Balnearios Populares, y se alcanzaron a construir al

menos cinco de ellos en diferentes regiones del país. Estaban planificados por sistemas de turnos de quince días para cada grupo familiar y eran atendidos por monitores bajo la orientación del área de Desarrollo Social creada por el gobierno de la UP.

Fui a esa Conferencia y allí comenzó mi romance con un militante, que desde la Tercera Comuna había pasado a integrar el Comité Regional del PS. Fue todo vértigo, la situación política del momento, las amenazas contra el gobierno, mi situación de orfandad y trasplante territorial estudiantil, lo que me llevó a asumir situaciones límites en un breve período. Ya se estaban anunciando asonadas golpistas, fueron dos meses intensos. Se concretó el paro de los camioneros para boicotear la economía y desestabilizar al gobierno popular, ya las fuerzas opositoras estaban en su apogeo planificando, en forma subterránea y/o abiertamente, todas las medidas que significaran desaforar al compañero presidente. La Reforma Agraria, la Nacionalización del Cobre, y el futuro proyecto ENU, los programas de vivienda social; eran el peor atentado a las fuerzas opositoras que conformaban la derecha latifundista, la iglesia Católica, los sectores empresariales, las fuerzas armadas y los grupos de ultraderecha.

Un día 5 de octubre del año 1972, salí de mi casa de la población Los Nogales muy temprano en la mañana y a menos de dos meses de iniciado mi romance, yo estaba en el Registro Civil, ante un juez que nos casó autorizado por él “en ausencia de sus padres”, dijo. Yo aún era menor de edad y nos recomendaron que antes de presentarme ante ellos, consumara el matrimonio, para que no tuvieran oportunidad de declararlo ilegal. Así fue como en pleno “paro de octubre” de los camioneros, que estaban decididos a desestabilizar al gobierno de la UP, yo contraí matrimonio. Ese fin de semana había un pleno de Vivienda y antes de irnos, pasé por el trabajo de mi hermana para contarle que me había casado, que tranquilizara a mi madre, que yo estaba bien y que pronto iría a verla. Cuando fuimos una semana más tarde a casa de mis padres abracé a mi mamá y lo primero que me pidió fue la libreta de matrimonio, para cerciorarse que efectivamente yo había cumplido con la ley civil para irme de casa. Su alivio

fue tan grande que nos invitó a tomar la once que compartimos esa tarde agradablemente en familia.

La población Nogales tuvo muchos episodios tristes desde los primeros días de la dictadura. Un comando de carabineros llegó a instalarse en la tenencia ubicada en la población. El día 16, o sea, tres días después del golpe militar, el “Escuadrón de la Muerte”, como fue llamado por mis vecinos, sacó de su hogar a tres hermanos de la familia Lobos Cañas, de 28, 25 y 16 años de edad los que fueron asesinados sin piedad. A los pocos días arrestaron al hermano de mi mejor amiga, “el Vitoco”, que tenía mi edad cuando fue asesinado a unos metros de nuestras casas y, una vez muerto, lanzado al *zanjón de la aguada*, nombre que tenía el canal que dividía nuestra población por la mitad. Lo mismo sucedió con otro vecino llamado Roberto, de 26 años. Otro chico vecino, apodado Lito, sufrió el mismo destino que el hermano de mi amiga. El primero de octubre, otra matanza estremeció a la población: el mismo escuadrón sacó a tres jóvenes que jugaban taca-taca, el mayor Rogelio, de 18 años, murió por 12 impactos de bala en su cuerpo; Miguel, con 18 impactos, y el menor, Marco, que arrancó de las ráfagas con tres impactos de bala. Ese era el procedimiento: hacerlos correr para dispararles por la espalda. El día 20 de octubre, otro vecino muere escapando por una pandereta de la casa donde había buscado refugio. Por esos mismos días, tres obreros sin militancia política reconocida fueron encontrados cada uno con un balazo en la cabeza en el sector Lo Errázuriz de la comuna de Maipú. Fueron numerosos los allanamientos en nuestros hogares, se sacaba a los pobladores durante la noche y se les llevaba a la cancha de fútbol con amedrentamientos. Se sacaba por la fuerza a vecinos, muchos de ellos amigos de mi infancia y adolescencia, y lanzados a metros de las casas al canal. Sin mediar suplicas ni ruegos de las familias fueron asesinados bajo las características de fusilamientos colectivos. Esos crímenes en su mayoría quedaron sin justicia ni culpables, porque una vez hecho abandono, el Escuadrón de la Muerte, la tenencia fue quemada, para encubrir bajo los escombros, posibles archivos o documentos que pudieran delatar a los culpables.

La población Nogales volvería a la noticia pública por un hecho noticioso que recorrió el mundo: sucedió el día 2 de julio de 1986. Un comando militar capturó al periodista y fotógrafo Rodrigo Rojas De Negri y a la estudiante de la Universidad de Santiago (ex UTE) Carmen Gloria Quintana, quienes fueron brutalmente golpeados, y quemados vivos, siendo llevados y arrojados en un camino rural en la comuna de Quilicura, ubicado en las afueras de Santiago. El horroroso acto cometido contra estos jóvenes, que se encontraban en una barricada y que cubrían una de las muchas protestas sociales que organizaban los pobladores e mi antiguo barrio, terminó con la vida de Rodrigo y dejó para siempre a Carmen Gloria con las secuelas de sus profundas quemaduras en su cuerpo.

El 11 de septiembre de 1973 yo tenía cinco meses de embarazo. Mi rutina era por las mañanas ir a la universidad y por las tardes mi labor como tesorera de la Juventud en la Tercera Comuna. Mi compañero esa noche hizo turno en el Regional Santiago Centro. Me desperté con los bombardeos que llegaban nítidos hasta la pieza que habitábamos en un barrio de la comuna. La Tía que nos arrendaba en su casa, me hizo sacar todos los afiches que había en nuestra habitación y me ayudó a esconder cuanto libro de literatura marxista encontró en su camino. Tenía libros nuevos recién comprados para la campaña de finanzas, nunca fueron recuperados. Ese día alcancé a juntarme con algunos compañeros en el local para quemar cuanto material nos pudiera delatar o comprometer.

Debimos abandonar la pieza que habitábamos. Este arriendo era transitorio, pues de un momento a otro esperábamos trasladarnos a un campamento ubicado en la actual comuna de Las Condes, pues allí en un predio de 50 hectáreas se estaba construyendo la Villa San Luis, posteriormente Carlos Cortés, en homenaje al ex ministro de Vivienda de la UP que había fallecido abruptamente. La primera etapa de departamentos sociales ya había sido entregada a 152 familias en abril de 1972 y un número de 800 familias llegaron a ser favorecidas hasta 1973. En la segunda etapa ya estaban instaladas nuestras mediaguas provisorias, para asegurar la postulación

a los departamentos que se entregaban por orden de prelación, por lo que muchos compañeros militantes jóvenes ya vivían en sus mediaguas.

Tuve que gestionar rápidamente la salida del campamento y logré conseguir un camión que llevó mi casa a un sitio en otra comuna ubicada fuera de Santiago. Este proyecto de vivienda emblemático de la UP, desde el punto de vista político y social buscaba romper con la segregación socioeconómica de la ciudad, integrando a diversos niveles socioeconómicos y grupos etarios en un mismo espacio urbano. Yo tuve suerte; las familias que se quedaron allí después del golpe comenzaron a ser hostigadas y posteriormente 800 familias de ese campamento fueron desalojadas y dispersadas a diversos puntos de la capital. Y no conformes con eso, el 28 de diciembre de 1976, un grupo de 112 familias que habitaban los departamentos fueron desalojadas a medianoche, 17 de ellas fueron dejadas en un sitio abandonado de la comuna de Pudahuel, 20 familias en una cancha de la comuna de Santa Rosa, 8 en un campo de San José de Maipo y 4 de ellas en un basural en Lo Curro. Las familias restantes fueron todas llevadas a la comuna de Renca.

Al otro día del golpe comenzó un peregrinar de casa en casa, y nuestros pasos militantes fueron tomando diversos caminos. Mi madre me encontró de casualidad en casa de una cuñada, porque desesperada me buscaba pensando que podía estar entre los muertos. Me ofreció su apoyo y muchas veces, desde que se inició ese proceso de salvarnos, llegamos a encontrarnos en la casa familiar con mi compañero para pasar algunas horas juntos. Mi padre ante los allanamientos quemó mi correspondencia, mis escritos juveniles y toda documentación que significara poner en peligro mi vida.

Tenía 21 años. Ellos nunca supieron la verdadera dimensión que fue tomando mi sobrevivencia en tiempos de dictadura. En aquellos días yo escribí este poema:

El día..
debía comenzar alegre
pero de pronto,
lo alegre se tornó triste
se acallaron los bullicios
terminaron sus rondas los niños
los padres se pusieron grises
y nosotros los de entonces
acallamos nuestras voces
y lloramos en silencio
sin comprender su muerte
el barrio humilde de nuevo se vio triste
triste fue su partida
así lo supo la pandilla.

Mi primer hijo nació un 6 de enero de 1974. Debí atravesar toda la ciudad en un micro destartalado que hacia su último recorrido antes del toque de queda desde San Bernardo hasta la Quinta Normal (ex Tercera Comuna), al Hospital San Juan de Dios. Llegué media hora antes de parir en la más absoluta pobreza; no llevé un ajuar, porque no tenía nada. “A los cinco minutos del día seis en *pascua de negro* nació tu hijo”, me dijo cariñosamente la auxiliar de salud. Como simbolizando el devenir que me esperaba junto a mi bebé, la solidaridad familiar se fue manifestando con ropita y alimentos.

El segundo hijo supe perfectamente cuando fue engendrado, porque cuando Daniel tenía menos de tres meses de vida, mi compañero fue detenido junto a una de sus hermanas y su cuñado, permaneciendo en el campo de prisioneros de Tejas Verdes. Lo supe porque me avisaron que le habían visto allí. Cuando mi madre se enteró por otro compañero de lo que había pasado, me mandó a buscar para que regresara a casa, y así lo hice. Mientras cuidaban a mi pequeño, acudía día tras día a todas las puertas institucionales que pudieran darme noticias de su paradero. Un día ya estaba anocheciendo cuando mi mamá fue hasta mi cama, donde estaba con el niño, y me dice que mi marido y su hermana estaban en casa. Le abracé llorando

desesperadamente, entonces mi hermano en un gesto solidario me dice que él se irá a dormir a otra casa para que yo pueda hablar e intimar en este reencuentro. Así el día 31 de enero de 1975 nació mi hijo al que le dimos por nombre Silvio Eugenio.

Alejandro Parada fue otro de los compañeros de la Tercera Comuna que se unió en matrimonio con Angélica, mi amiga y compañera de la Escuela Técnica, en aquellos difíciles días. Alejandro era estudiante de medicina veterinaria, fue detenido el día 30 de julio de 1974, sacado de su casa en la comuna de Cerrillos en un operativo de la DINA, cuando Angélica tenía ocho meses de embarazo. Estuvo detenido en Londres 38 y Cuatro Álamos donde fue visto por última vez. Tenía 22 años.

Ariel Elías, mi tercer hijo, nació en una situación aún más imborrable para mi vida, pero esa es una historia para otro relato de mis memorias. Su primer nombre le fue otorgado en homenaje a nuestro compañero de la Tercera Comuna: Ariel Mancilla Ramírez, egresado de Construcción Civil de la UTE, tenía 26 años y era miembro del Comité Central clandestino en Chile. Fue detenido el día 6 de marzo de 1975, estaba casado con Ema y tenían una hija pequeña llamada Mariana. Fue visto por última vez en muy mal estado en Villa Grimaldi y hasta la fecha se encuentra desaparecido.

En marzo del año 1976, debí realizar una misión política en la ciudad de Mendoza. Por seguridad lo hice acompañada de una cuñada. Recuerdo muy bien el día, la calle San Martín estaba muy concurrida y el comercio con sus tiendas abiertas, yo estaba observando una vitrina cuando a través de los cristales veo una figura masculina de cabellera melenuda al estilo afro, rápidamente me di vuelta y veo a mi querido Mono, como le decíamos cariñosamente a Juan Hernández. Fue una alegría inmensa, nos abrazamos emocionados, intercambiamos breves palabras, le dije dónde estaba hospedada y quedamos en juntarnos por la tarde. Me vino a buscar cuando ya estaba oscureciendo. Y nos fuimos caminando hasta una plaza de grandes arboledas que se encuentran en Mendoza, no nos habíamos visto en casi cuatro años. Él me contó que estaban trabajando junto con

Manuel y Luis, todos habíamos sido amigos. Ellos habían llegado a Mendoza en el año 1974 y participaban en actividades de enlace con el partido y en una posible estructura denominada Comisión de Consenso del PS. De temas políticos no hablamos en profundidad porque claramente no podíamos hacerlo; las misiones obedecían a compartimentos distintos de trabajo en clandestinidad. Conversamos de mi vida, de la edad de mis hijos, recordamos la fiesta de mi matrimonio en casa de Ruth, las anécdotas de la FEITECH y tantos recuerdos que por momentos olvidamos la razón de nuestro encuentro. No sentimos como pasaron las horas, cuando el frío comenzó a penetrar en nuestros cuerpos y concluimos que era hora de separarnos. Y así empezamos lentamente el camino del regreso.

Juan fue detenido en la vía pública, junto a Luis y Manuel, el día 3 de abril de 1976. Tenía 23 años. Testigos informaron que en el operativo militar participaron fuerzas conjuntas de la policía militar argentina y agentes de la DINA. También hay testimonios que afirman que fueron trasladados por tierra desde Mendoza hasta Villa Grimaldi (centro de tortura) donde se les vio hasta finales del mes de abril de 1976.



Discurso el día de la graduación de enseñanza media (secundaria).



Primer Encuentro Nacional de la Enseñanza
Técnico Profesional - Los Andes 1971.

Referencias

Galdames, M. (1984). *20 poemas en el Destierro*. México DF: Casa de Chile (Original publicado en Revista de Talleres Andamios de la Poesía en Chile, 1978).

Galdames, M. (2010). *Mujeres Bonitas*. Santiago: Forja.

Galdames, M. (2016). *Hoy es el Tiempo*. Santiago: Forja.

El Ministerio que no fue

Carmen Gloria Aguayo

Me alegra la posibilidad de participar en este libro sobre la memoria de los 50 años del triunfo electoral de la Unidad Popular. Un tiempo que fue muy importante en mi vida. Durante la campaña, anunciábamos la creación de un Ministerio de la Familia. El candidato, Salvador Allende, conseguía aplausos diciendo que se ocuparía de los asuntos de la mujer.

Instalado el gobierno, yo estuve a cargo de la institución que debía ser la base del futuro Ministerio: la Consejería Nacional de Desarrollo Social. Era un organismo creado por el gobierno de la Democracia Cristiana, que dependía formalmente de la Presidencia de la República y cuyo estatuto administrativo pertenecía a una Corporación del Ministerio de la Vivienda. Tenía su sede en Santiago y delegaciones en todas las provincias. El país comprendía 23 provincias y, como Santiago se dividía en cuatro, había 27 subdelegados. Disponía de 600 funcionarios de planta y su presupuesto estaba aprobado por ley. Empecé a vivir el período de “estado de gracia”. Así se llama a los días iniciales de un mandato. Todo era alegría y entusiasmo; teníamos por fin los medios, la gente y la plata para cumplir nuestros

ideales, nuestros sueños de trabajar con los pobladores, con los sectores más pobres que se concentraban alrededor de las ciudades.

Llegué con tanto optimismo que todo me parecía posible: iba a ser una jefa diferente. Como mi título oficial era consejera nacional, sería la “compañera Consejera” y tendría buenas relaciones con el sindicato y con todo el personal. Mis relaciones con el sindicato de funcionarios fueron, en general buenas. A pesar de eso, tuve que afrontar dos huelgas.

Recibía cada mañana los recortes de la prensa referidos a los temas sociales. La Consejería estaba a menudo presente, a veces celebrando, otras criticando y atacando. Me hice el propósito, muy sano, de no contestar nunca las críticas.

Una de nuestras primeras medidas fue el cambio del antiguo nombre de Consejería de Promoción Popular, buscando uno que nos sirviera mientras esperábamos al Ministerio de la Familia. Acordamos que se llamara Desarrollo Social. Los creativos diseñaron un bonito logo: “De Soc.”, y pasé a llamarme consejera de Desarrollo Social. Viví ese primer tiempo con exaltación, con la convicción de que todas nuestras esperanzas se harían realidad. Sentimiento que era compartido por una gran parte de los chilenos. Recibía ofertas de trabajo voluntario de personas, asociaciones, instituciones que querían colaborar.

Cumpliendo mi propósito de ser una jefa diferente, queriendo que me sintieran como una compañera, cercana, empecé a escribir unas cartas circulares que enviaba a todo el personal. La primera, fechada el 18 de noviembre de 1970, dirigida a los funcionarios de la Consejería de Desarrollo Social dice:

Compañeros: Al ser designada como Directora Nacional, junto con saludarlos, quiero decirles que el nuevo gobierno de la Unidad Popular necesita para cumplir su tarea de iniciar la creación de una nueva Sociedad, de la cooperación y la participación consciente y activa de los trabajadores y del pueblo organizado. Con el fin de aprovechar la experiencia que hayan acumulado en su trabajo, les pido la elabora-

ción de un informe escrito donde hagan presente lo realizado hasta ahora, su visión crítica de esa acción y proposiciones que quieran sugerirnos para nuestro actuar en el futuro. Esperando el aporte positivo de las respuestas y sugerencias y rogándoles que, dentro del nuevo espíritu de la Unidad Popular, todos los trabajadores la consideren como una compañera, los saluda.

En otra de las primeras circulares transcribí algunos párrafos de lo que dijo el Presidente cuando se dirigió a los Ministros, Subsecretarios y Jefes de Servicios. Se trata de una improvisación, el tono es muy familiar y por eso revela su pensamiento íntimo:

El momento histórico que vive nuestro país necesita de hombres con valores nuevos y con una moral intachable. Como Uds. ven, el problema es bastante serio porque estamos haciendo un camino propio. Nosotros no somos un país socialista ni estamos caminando a la autogestión. Somos un gobierno que frente al país ha dicho que va a hacer cambios dentro de los cauces legales, creando tres áreas distintas de la economía y tenemos que adecuar a esto lo que hemos planteado. Sin que nadie nos señale el camino porque el camino que hemos fijado lo hemos señalado nosotros, y no hay modelos a quien copiar. Y a cada paso nos topamos con dificultades que lógicamente se irán haciendo cada vez mayores. Por eso necesitamos la cooperación en cuanto a ideas, sugerencias y aun la crítica, por cierto interna, de los funcionarios.

Cuando hay una medida que indiscutiblemente no es justa, no es conveniente o es errada, es preferible reconocer un error que persistir en él. Y en el caso actual, con tanta mayor razón. Y en ese sentido, yo les advierto que he sido y seré inflexible. Como seré inflexible y, perdón que lo plantee, porque casi no solo es innecesario, sino que podría estimarse una advertencia imprudente, el que no habrá nada ni nadie, que me impida sancionar a un funcionario incorrecto. No habrá jefe de partido ni directiva colegiada alguna que me haga cambiar de criterio. Comprobada una incorrección, si el jefe respectivo no procede, se irán el funcionario incorrecto y el Jefe. Porque ese es el responsable. Y eso se los advierto por primera y última vez; pero

eso va a ser así. Y no puede haber ni compadrazgos ni puede haber vinculación política o familiar de ningún tipo. Y en eso creo que tenemos también que demostrar que tenemos un criterio diferente. Que no es el gobierno de un hombre. Yo soy un compañero de Uds., a quien el pueblo ha entregado esta responsabilidad, y que la siente como una responsabilidad común, y solo sobre la base de la cooperación de Uds. y la movilización de las masas y con la elevación del nivel político de los sectores populares, podremos cumplir esta tarea que ningún otro pueblo ha cumplido hasta ahora.

Definición de objetivos y programas de acción

Muy al inicio elaboramos el documento “Políticas y objetivos de la Consejería de Desarrollo social”. Aquí algunos extractos que muestran la mística con que enfrentábamos la nueva misión:

Las tareas que hoy enfrenta nuestro pueblo son las más trascendentales de la historia. Una nueva y más alta responsabilidad le corresponde a la Consejería Nacional de Desarrollo Social. No hay desarrollo social sin un alto grado de organización y de participación de los trabajadores, y no hay desarrollo social sin un alto grado de conciencia de los que impulsan las transformaciones sociales. La población será nuestro campo de trabajo entendiendo que ahí se encuentran los que trabajan y los que no trabajan, los cesantes, los que viven de trabajos esporádicos, los muy pequeños comerciantes, los artesanos como los gasfiteros, los carpinteros... Hay que trabajar con las antiguas organizaciones que existen en las poblaciones: Centros de Madres, clubes deportivos, centros juveniles, etc., con el propósito de llevarlas a tomar conciencia de su propia condición y si es posible, al compromiso con las tareas de cambio que propone el gobierno.

Enseguida se fijaban objetivos generales para orientar los programas. En el primer punto planteaba buscar un gobierno directo, que el pueblo fuese el actor. Lo puntos eran:

1. Activación y consolidación de la conciencia de clase de los trabajadores, tendiente a facilitar su incorporación a las responsabilidades de Gobierno a nivel local, regional y nacional.
2. Organización de la comunidad trabajadora.
3. Creación de mecanismos de participación y control del aparato del Estado y responsabilidades de Gobierno por parte de la clase trabajadora.
4. Formación de base económica para las organizaciones de la comunidad de trabajadores.
5. Recuperación y desarrollo de nuestra cultura nacional.

Hoy lo veo como un sueño, un hermoso deseo. Nos entregamos enteramente al trabajo. Verdaderamente. No importaban los inconvenientes, ni el cansancio. Era una misión impuesta por un ideal.

Programas desarrollados

Entre los dos primeros programas desarrollados por “De Soc.” estaban los Balnearios populares y los Saltamontes. Este segundo fue el programa que mejor interpretó nuestros propósitos de conseguir, a través de la elevación de conciencia, un verdadero cambio cultural.

Los “Grupos motivadores de comunicaciones en terreno”, que se llamaron Saltamontes, estaban formados por 10 o 15 jóvenes de diversas profesiones: periodismo, educación física, teatro, folklore, plástica, trabajo social, artesanía, teatro de títeres y parvularios (estos eran indispensables para permitir que las madres de niños chicos pudieran participar). Recibían una capacitación intensiva, concentrados en un internado. Debían conocer el programa de gobierno, sus objetivos y las etapas necesarias, además de la metodología de su intervención. Luego se iban a vivir durante 21 días en una población. Después de hacer un prediagnóstico, los animadores creaban

una pequeña obra de teatro en la que presentaban su visión de la población y los problemas que les parecían más evidentes entre los que habían visto. Al finalizar la intervención, luego de tres semanas, se terminaba con otra obra de teatro, esta vez creada y actuada por los mismos pobladores, donde reflejaban su propia visión. Cuando los Saltamontes se retiraban dejaban tras de sí unos pobladores distintos de los que habían encontrado. La transformación era notoria.

Otro hecho estratégico del gobierno popular conducido por “De Soc.” fueron los programas de salud guiados por la meta de entregar medio litro de leche por niño chileno. Los resultados fueron más que buenos, en algunos casos, espectaculares. El que fuera entonces Ministro de Salud dice: “La instalación, puesta en marcha y distribución de 47 millones de kilos de leche en polvo provocó una dramática reducción de las formas más severas de desnutrición”. La mortalidad infantil, cuando asumió el gobierno en 1970 era de 79 por mil; ya en 1971 bajó a 70,5 por mil. ¡Casi 10 puntos en un año!”. El encargado de los programas de nutrición del Servicio Social de la Salud testimoniaba: “El 60% de los menores de dos años internados en el Hospital Roberto del Río en enero de 1971, presentaba algún síntoma de desnutrición. En junio la desnutrición afectaba solo al 12%”.

Otros proyectos creados por “De Soc.” fueron las guarderías infantiles, las plazas de juegos y el programa Penélope, que formaba a las pobladoras a producir tejido artesanal. Además, se creó una consulta nacional sobre proyectos de ley sobre el servicio social de la mujer.

El proyecto de ley para la creación del Ministerio de la Familia

Decía el preámbulo del proyecto:

El 50% de los niños menores de 15 años está en estado de desnutrición; una mayoría pavorosa de los escolares no han alcanzado los niveles de la inteligencia normal; la madre que, obligada por la necesidad, sale a trabajar, deja los niños jugando solos en la calle o en-

cerrados con llave en una pieza; una cuarta parte de la población no tiene casa; la mujer ejerce, sin ayuda ninguna de la técnica moderna, los más duros trabajos de la casa antes y después de volver del trabajo fuera; el padre de familia no recibe en su alimentación lo necesario para rendir en su trabajo, y se agota en una larga jornada por un mínimo salario mientras el verdadero producto de su trabajo va al bolsillo del dueño del capital. En una sociedad socialista, en cambio, todo estará al servicio de la familia trabajadora; el nuevo Estado Popular la protegerá, la economía planificada velará por sus necesidades, la nueva cultura y educación valorizará su dignidad.

Se proponía que el Ministerio iba cumplir la función de dirigir las políticas orientadas a la familia, centralizando los organismos e instituciones creadas para este fin. Entre ellas, estaban el Consejo de Defensa de Menores; la Casa Nacional del Niño; la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas; la Fundación Centro de Madres (CEMA); la Fundación Nacional de Jardines Infantiles; el Hogar de Menores y el Auxilio Social.

El Presidente firmó el proyecto que estaba mandando al Congreso en un acto solemne que reunió una gran multitud frente al edificio de la Intendencia en Valparaíso. Estuve, junto a Salvador Allende, en los balcones frente a la multitud que llenaba la plaza rodeando la estatua de Arturo Prat. La situación tenía algo de simbólico, casi de realismo mágico, con una futura ministra embarazada. El acto repercutió largamente con títulos y fotografías en la prensa, casi siempre para celebrar, pero alguna vez también para aprovechar de atacarnos. Empezó entonces el largo trámite en el Parlamento.

El primer año fue bueno para el gobierno

En las elecciones municipales del mes de abril, los partidos de la Unidad Popular obtuvieron casi el 50% de apoyo, superando ampliamente el resultado de la elección presidencial. Se estaba cumpliendo el programa. Se había empezado a crear el Área de Propiedad Social

(APS). Ya se contaba con el 90% de la banca privada. Muchas empresas monopólicas habían sido expropiadas. No solo el cobre es propiedad de todos, también el salitre, el carbón, el acero. Progresaba la Reforma Agraria. La nacionalización del cobre, en especial, fue sentida como un gran triunfo. Hasta a mí llegaron los periodistas para preguntarme qué papel debía asumir la mujer ante esta determinación del gobierno, a lo que respondí: “El cobre es nuestra riqueza fundamental. Chile vive de ese sueldo. (...) A pesar de que el cobre salía de las minas chilenas no era chileno; solo una parte quedaba en Chile. Esto quería decir que estábamos dando una parte de nuestro sueldo a gente más rica que nosotros”. Al aumentar la producción, había más empleo y mayor consumo. Me acuerdo cuánto me alegraba saber que los pobres compraban cocinas, colchones, ¡colchones! Es decir que algunos dejarían de dormir amontonados, que gozarían de tener cama propia. Sentíamos que estábamos cumpliendo y que lo hacíamos respetando las condiciones de nuestra “vía chilena al socialismo”.

En cuanto a la condición de transición, es decir, de los cambios paulatinos dentro de la institucionalidad de acuerdo con las condiciones de la realidad no había, sin embargo, la misma unanimidad. Tampoco entre nosotros en Desarrollo Social, donde algunos insistían en avanzar más rápido. Problema que aumentó más adelante al interior de la Unidad Popular y que terminó por crear grandes dificultades al Presidente. Pero a fines del primer año, el balance era muy positivo.

Dificultades en el camino

Fueron esencialmente de dos tipos las dificultades que tuvimos que enfrentar: una, desde la extrema izquierda y otra, desde la extrema derecha. Ya en el año 1972 aparecen los problemas que estaban latentes en el proyecto mismo, en la posibilidad de hacer una revolución en la legalidad, el pluralismo y la libertad. Problemas en el país, en

la Unidad Popular, en mi partido, el MAPU, y en Desarrollo Social. El clima político había empezado a deteriorarse seriamente a raíz del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, alto dirigente demócrata cristiano quien fuera ministro del Interior de Eduardo Frei, que trajo como consecuencia el acercamiento del Partido Demócrata Cristiano al bloque opositor de las fuerzas de la derecha.

Desarrollo Social en su segundo año

Después de una reunión con todos los delegados y de una crítica y autocrítica de nuestro quehacer, se elaboró un nuevo documento llamado “Política General, Objetivos, Estrategia, Líneas de Acción y Metodología de Trabajo de la Consejería de Desarrollo Social para 1972”. La introducción al capítulo de los objetivos muestra la radicalidad del lenguaje: “El objetivo estratégico fundamental es movilizar a las masas trabajadoras con miras a la toma del Poder Total en nuestra sociedad y, como parte de tal meta, incorporarlas al proceso de toma de decisiones del Gobierno y comprometerlas con el proceso de construcción del socialismo”.

El documento empieza por reconocer la falta de programas dedicados a “conseguir la incorporación de la mujer a la construcción del socialismo en la etapa presente. Debemos recuperar a la mujer proletaria de la dominación económica e ideológica de la burguesía”. Se refiere luego a las “500.000 compañeras que están incorporadas a los Centros de Madres que, a pesar de haber sido impulsados por el reformismo burgués, son el frente más natural de la mujer”. Me alegra leer en este documento creado por dos jóvenes sociólogos socialistas el reconocimiento de esta ausencia en los partidos de la Unidad Popular. Yo conocí el menosprecio que tenían por los Centros de Madres donde “cosían, tejían y copuchaban las mujeres de la Democracia Cristiana”. Conocí también, y ya desde antes, la pretensión de querer que se incorporaran junto con los hombres en igualdad de condiciones. ¿Cómo podían ignorar la vida de la mujer pobladora a

cargo de sus hijos (tenía un promedio de seis), y de todos los trabajos en su casa y muchas veces con un compañero violento y golpeador que apenas traía la plata para el sustento? Las reuniones de los partidos políticos comenzaban a las seis o siete de la tarde y se prolongaban hasta la noche.

El Centro de Madres que impulsó primero la iglesia y después la Democracia Cristiana se reunía después de almuerzo. Por eso celebró lo que entonces dijeron:

La sociedad capitalista somete a la mujer proletaria a una doble explotación: la explotación del sistema capitalista hacia la clase trabajadora y la explotación del hombre en el hogar. Esto se refleja en el restringido acceso de la mujer al proceso productivo y a su dependencia del 'jefe de hogar' y en el trabajo no remunerado ni protegido por reglamentación alguna que realiza la mujer en el hogar. La mujer es el elemento más difícil de incorporar a las tareas revolucionarias. La actitud y conducta reaccionaria tradicional de la mujer proletaria es culpa de la ideología burguesa reafirmada por las revistas 'para la mujer'.

Agregaron, sin embargo, otra convicción: "Si pretendiéramos entregar a la mujer otras orientaciones programáticas que estuvieran dirigidas a reivindicaciones específicamente femeninas estaríamos cayendo en el feminismo, tendencia típicamente burguesa"; afirmación que hoy parece curiosa pero que reflejaba el rechazo, no solo en la izquierda, sino generalizado, a la sola idea del feminismo.

Proyecto de ley: el destino del Ministerio de la Familia

El 29 de julio de 1972, la Comisión de Gobierno del Senado abordó el estudio del proyecto de ley de la Cámara de Diputados que iba crear el Ministerio de la Familia y Desarrollo Social.

¿Qué fue de este tan anunciado proyecto de ministerio? Siguió su camino en el Congreso, desde los diputados a los senadores, ida y

vuelta, votando nuevas indicaciones. Nadie se oponía a un proyecto tan popular, pero no avanzaba. Lo levantamos con tanta fuerza, con nuestros deseos de hacer algo grande y bueno, como un símbolo de la vida nueva que queríamos para las mujeres, para los niños, para los más débiles y necesitados. Sucumbió con el golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973.

Memorias de una mujer campesina

Alicia Muñoz Toledo

Los patrones se sentían dueños de nosotros

Yo nací el 6 de octubre de 1946, en el fundo Las Trancas, en la provincia de Maule. El pueblo más cercano era Molina. La hacienda era aislada, muy pegada a la Cordillera. Yo era muy pequeña cuando mi familia se cambió a la hacienda Agua Fría, que estaba al lado, y ahí pasé mi niñez. A los 10 años me dieron responsabilidades muy grandes a pesar de ser tan pequeña. Fueron años muy largos para mí, porque era muy chica pero tenía mucho trabajo.

Antes de trabajar, estudiaba en la escuelita que había en el campo. Un día llegaron las patronas y le dijeron a mi mamá que necesitaban que fuera a trabajar a las casas patronales de la hacienda. Era una hacienda feudal. Necesitaban que recogiera hortalizas y verduras de la huerta para llevársela a la maestra de cocina. Ese fue mi primer trabajo en el fundo. Estaba obligada a trabajar en condiciones de despojo. Me obligaban a dormir en la casa de los patrones, no me dejaban ir a mi casa. Tenía que trabajar muchos días para tener permiso para ir a mi casa, a ver a mi familia.

Siendo muy pequeña ya tenía mucha inquietud por estar fuera de mi casa y trabajar para estos señores feudales. Tenía que asumir una obligación de estar en ese trabajo, donde no existía un sueldo formal, sino un régimen de pulpería, que repartía insumos básicos endeudando a las trabajadoras y los trabajadores del fundo. Eran malos los productos que le entregaban a los trabajadores.

Los patronos se sentían dueño de nosotros, las personas. Ellos decidían todo: eran propietarios, policía, jueces. Nosotros éramos como sus presas fáciles. Había mucho acoso sexual y las mujeres, por temor, sentían necesidad de quedarse calladas. Yo, como era niña chica, hablaba mucho, era inocente y no comprendía lo que estaba viviendo, todo lo contaba, si había acoso del patrón, si manoseaba las trabajadoras. Yo pensaba “no, no puede ser. Es un viejo abusador”. Me fue dando mucha rebeldía.

Yo vivía en el fundo más arriba de la Cordillera, el último de la montaña. No había posibilidad de leer diario y de informarse. Poco a poco, clandestinamente fue llegando gente con alguna literatura, algún afiche, propaganda, todo muy clandestino. Era muy pequeña cuando escuché a tres campesinos importantes que habían ido al norte, a la salitrera, y trabajaron allá. Ellos se formaron sindicalmente en las minas del salitre, donde la conciencia de clase del trabajador venía con un crecimiento político muy grande y afloraba rápidamente. Los hombres que trabajaban en la salitrera volvían con un conocimiento sindical nuevo y los escuchaba cuando hablaban de lo que significaba el sindicato, sobre cómo el país iba implementar la reforma agraria y que había que educar a la gente. Eran muy entendidos políticamente. Los escuchaba como niña chica y me impactaba mucho. Quería buscar la forma de trabajar en ese sindicato clandestino.

Creo también que mi vida de niña trabajadora me hizo tener rebeldía, indignación. Y logré entender las causas de nuestra situación al escuchar a los dirigentes del sindicato, cuando todavía era secreto. Esas cosas llamaban la atención y me convocaban a descubrir mi

condición de clase. Había mucha gente que no conocía y no entendía nuestra condición de clase oprimida.

Curas, patrones y acoso

En esos años, el trabajo campesino era de sol a sol. Muchas veces llegaban misiones con curas y hacían la “novena”, como se llamaba, todas las tardes. Se salía del trabajo y se debía pasar a la novena porque todos los trabajadores debíamos confesarnos con un cura. Eran dos curas, uno haciendo el rosario en la novela y otro confesando a la gente. Y ahí uno se daba cuenta el engaño que hacían con esas famosas misiones. Los campesinos hacían su confesión, que era como una entrevista, y la gente contaba sus secretos: un lazo que no se entregó, o que tal o cual trabajador había sacado un novillo por la puerta de abajo del fundo, y otras cosas que se hacían para tener un poquito más de condiciones de vida. Y los curas se lo contaban a los dueños. Yo era muy chica, pero eso me parecía curioso. El secreto que se se decía al confesarse con el cura era el máximo secreto y el cura supuestamente se lo guardaba. Al otro día se iba de nuevo a la misa recibir la comunión. Era todo sagrado.

Cuando entendí que los curas contaban los secretos a los patrones, empecé a rebelarme. Pero mis compañeras se enojaron conmigo porque decían que no tenía respeto, que a los patrones se les respetaba. Yo les respondía: “claro, ¿cómo ellos no nos respetan a nosotras? Mientras más jóvenes seamos, más quieren que estemos a su lado porque se creen dueño de nosotras. ¿Cuántas mujeres de aquí están saliendo con hijos del patrón?”

Había momentos del año que se sumaban 12 trabajadoras mujeres como nanas en la casa patronal. Los propietarios eran tres familias de latifundistas y cada familia contrataba dos nanas por integrante familiar. Normalmente éramos 6 trabajadoras, sin embargo, en la temporada de verano, cuando llegaban los familiares,

podíamos llegar a ser doce nanas. Todas que teníamos que dormir en la misma pieza, muchas veces dos en la misma cama.

Había un patrón acosador que a las 6 de la mañana nos golpeaba la puerta de la pieza. Si nadie contestaba, porque estamos durmiendo, empujaba la puerta, entraba y empezaba a bajar las sábanas de nuestras camas para ver si estábamos desnudas, para ver nuestros cuerpos. Así era de insolente. Era extremadamente violento. Estos años fueron muy difíciles, parecieron muchos años. Y tal vez no fueron tantos, porque yo era muy chica, todavía una niña.

Mi madre

Mi madre era analfabeta. En otra hacienda donde había vivido con su familia y muchos hijos, fue lechera. Ordeñaba las vacas en la mañana y en la tarde. Luego hacía quesos y entregaba la leche en la hacienda. Pero no tenía salario, como mucha gente que vivió en la hacienda y trabajaba sin sueldo. En todas las haciendas había mujeres como ella, que participaban de la producción. Ella sabía todo de memoria. Cuando se murió llevó todo ese conocimiento en su cabeza. Ella hizo un trabajo invisible para ayudar a los hombres a desarrollar su sindicato clandestino en el fundo. Preparaba en la noche una bolsa con tortilla de rescoldo, con harina tostada, pan y queso y la enviaba a los hombres de la reunión. Cuando volví de la casa patronal, cuando me dejaron salir, ví a mi madre preparando la bolsa y le pregunté para qué está arreglando eso y ella me respondió “tengo que mandarle a una gente que necesita”. Lo que no decía era que le gustaba apoyar al sindicato, en forma muy lejana y clandestina. Nadie sabía que mandaba una bolsa con pan, tortilla, miel, harina tostada, y mate para los hombres. Estaban haciendo algo muy bueno los compañeros.

Reforma agraria y Centro de Madres

Cuando tenía 20 años y Eduardo Frei Montalva era presidente se instaló la reforma agraria en el país, junto con la ley de sindicalización campesina. Eso fue muy importante a pesar de ser todavía joven. Ahí conocí el gobierno de la Democracia Cristiana que se veía como un cambio importante, ya que no eran comunes las políticas sociales para campesinas y campesinos. El sindicato, que era clandestino, se hizo visible. Se legalizaron los papeles. La sindicalización campesina era solo para hombres. Sin embargo, nosotras la tomamos como algo bueno también. En principio, no entendía mucho. Entonces, vino la idea de hacer un Centro de Madres (CEMA) dentro del sindicato, que era una salida de la mujer a la vida pública en el campo. El hecho de ir a una reunión del Centro de Madres y, además, dentro de un sindicato, fue un avance importantísimo para nosotras. Aprendí qué significaba estar organizada y participar. Empecé a crecer y darme cuenta cómo las mujeres podíamos participar en la reforma agraria que tanta dignificación les traía a los campesinos. Fue una lección muy importante. En el CEMA logramos entender la importancia de nuestra participación como mujeres campesinas.

Fue para mejorar las condiciones de vida en el campo que vino la reforma agraria, para dignificar a los campesinos. Para que la tierra se le entregara al que la trabajaba, en conjunto con la familia. A mí me ayudó a evolucionar en mis conocimientos, de que era algo bueno. Las mujeres no nos dábamos cuenta de que no estábamos incluidas en la reforma agraria. Solo sabíamos que estábamos siendo dignificadas como campesinas. Fue muy importante para mi crecimiento personal y para entender lo que significaba organizarnos como mujeres y participar. Trajeron máquinas de coser para capacitarnos para hacer ropa para la familia. Éramos de una pobreza muy grande, muy aislados. No había locomoción colectiva en esos años. Además, empezó a venir la gente del pueblo, de los partidos, de las comisiones agrarias a alfabetizar en el campo. Había mucha gente analfabeta, que no fue a la escuela, como yo, que me sacaron de tercero preparatoria.

Triunfo de Allende

Fue durante el gobierno de la Democracia Cristiana que vino la campaña para el nuevo candidato de la Unidad Popular, para el presidente Salvador Allende. Ya estaba convencida de trabajar en la campaña, me gustaba lo que veía en Allende. Yo tenía muy poca conciencia, pero fue grandioso e importante para mí cuando ganó la UP. Ese momento fue lo máximo que pude ver de alegría en los campesinos. Las mujeres y los hombres gritaban que era nuestro gobierno, el que nosotros queríamos. Y decíamos “vamos a trabajar más, porque el gobierno es nuestro”. Fue tan maravilloso que viajé a Santiago cuando se estaba celebrando en la Alameda. Fuimos un grupo de campesinas y campesinos a festejar. Era una fiesta, todo se transformaba en fiesta por el hecho de que por primera vez en nuestra historia, jóvenes trabajadoras y trabajadores de fundo, tomábamos conciencia de que éramos personas y teníamos derechos.

Recuerdo que el presidente dijo que ese triunfo había sido del pueblo y que, por favor, nos fuéramos tranquilos a la casa y que no hiciéramos caso a ninguna provocación. Él entendía la felicidad que teníamos después de tanto intento que había hecho como candidato. Venció el pueblo, decíamos, el pueblo ganó.

Gobierno popular y movilización campesina

Durante el gobierno de Salvador Allende hubo la expropiación del fundo donde trabajaba y se trabajó para hacer un Centro de Reforma Agraria (CERA). Se empezó a tratar la tierra en conjunto, una especie de cooperativa: en la madera, en la siembra, en el carbón, hasta donde pudimos. Después, como se sabe, vino el golpe militar y todo volvió a cero. Mi experiencia como mujer trabajadora fue trabajando en el CERA.

Mi actividad política fue participar en las movilizaciones que se hacían en el fundo cuando estábamos a punto de la expropiación y

durante el CERA. Como era un fundo de Cordillera, muy aislado y lejano, no había locomoción. Solo teníamos un camión en el que poníamos lienzos con “Viva el Presidente Allende” e íbamos al pueblo, recogiendo toda la gente, bajando de la Cordillera para participar de eventos o marchas.

Así hicimos para llegar a la marcha la primera vez que el presidente Allende llegó al pueblo de Molina. El presidente iba a cada punto en el que se estaba implementando la reforma agraria. Entonces, también saludó a los campesinos de la región del Maule. Cuando llegamos al pueblo de Molina, participamos activamente con nuestros compañeros y algunas compañeras también. Estos eventos de masas fue lo que me hizo crecer y entrar de a poco en la militancia. Era maravilloso que el presidente llegara a saludarnos en nuestros pueblos lejanos. Entonces, valorábamos mucho las movilizaciones para apoyar al presidente y recibirlo cuando hacía gira en el país.

No llegué a ser militante del Partido Socialista, simplemente era seguidora del sindicato. Además, estaban los principios de la alfabetización con la metodología de Paulo Freire, que llegó al campo a través de las personas que iban a capacitar campesinos desde las comisiones agrarias. Me fui interesando en lo que era tanto la participación de la mujer como también de la parte política. Fui entendiendo lo que era militar en un partido político, sin llegar a ser afiliada en ese tiempo. Yo seguía una intuición, con las ganas de participar. Aprendí que teníamos que luchar para tener un lugar en la sociedad. Luchar para no entregarte al latifundista, al patrón de fundo, al que te toque vender la fuerza de trabajo.

Del campo a la ciudad, de la ciudad al campo

Fueron tiempos dichosos. Nuestras amistades, el colectivo, la vida comunitaria que estábamos empezando a vivir... Fue nuestro apogeo de la participación en el proceso revolucionario de un presidente elegido por el pueblo. Sin embargo, solo teníamos el gobierno y había

otros poderes que los tenía la burguesía. Por lo tanto, había que trabajar con mucho cuidado y sin equivocarse.

En este tiempo, para orgullo de mi vida, tuve cuatro hijas. Me casé en el campo pero pronto el padre de mis hijas se fue a Santiago y me quedé allí. Entonces, viajaba mucho a Santiago con las niñas para ver al padre y después volvía al campo. Viví ese proceso de ir y venir. Eso me permitió tener mucha participación en movilizaciones en Santiago de apoyo al presidente y me permitía traer al campo más información, más literatura para aprender de lo que se hacía en la ciudad, para implementarlo en la medida que se podía en el campo y en las conversaciones.

Hacíamos charlas sobre cómo se veía el proceso, cómo se veía cada una de las personas, las mujeres, los hombres, los niños que sentían cuando el presidente hablaba. Allende decía que estaba agradecido de su pueblo, del obrero que trabajó más, de la campesina que supo entender el valor de la tierra, de los jóvenes cuando recibieron su medio litro de leche, de los niños... Él estaba preocupado por los niños de su país, trabajaba para que la desnutrición desapareciera y que no hubiera ninguno desnutrido. También que la salud pública fuera un derecho para todas. Él era tan visionario que cuando hablaba, colocaba en su discurso a toda la gente de su país. Por lo tanto, esa era nuestra conversación. Lo recuerdo como los años dichosos.

El rol de los campesinos en la revolución

A partir de allí, los campesinos fueron una parte brillante en la organización popular. ¡Cómo eran capaces! Los dirigentes de los sindicatos fueron realmente responsables y leales al presidente. No había dirigente campesino que aceptara que un empleado del Estado no respondiera a su responsabilidad. Me acuerdo cuando vi la actitud de unos dirigentes llamándoles la atención a empleados públicos del Ministerio de Agricultura por alguna conducta que no estaba de acuerdo.

Los dirigentes campesinos tuvieron esa capacidad de hacer el control social en un proceso que iba camino al socialismo. ¡Nosotros teníamos el gobierno! Se veía, se sentía que teníamos el gobierno. Pero también en los discursos se entendía que *solo* teníamos el gobierno. Había otros poderes que estaban absolutamente controlados por la burguesía, por lo tanto, el trabajo popular era delicado, para avanzar el proceso y apoyar al gobierno. Nadie podía caer en el boicot al gobierno. Eso lo aprendí al escuchar a los dirigentes y de sentir los cambios para mejorar nuestra vida en el campo. Teníamos que apoyar a Allende.

Allende nos cambió la vida

El gobierno del presidente Allende nos cambió la vida, absolutamente. ¡Nos cambió la vida! Nosotros éramos gente pobre, no era fácil tener un par de zapatos. Con el gobierno de Allende, por ejemplo, empezó a llegar la locomoción colectiva al fundo. Antes, para ir al pueblo, había que subir en un camión junto a la carga del momento que podía ser madera, carbón o trigo. Íbamos sobre la carga, las mujeres, hombres y niños. Los caminos eran muy malos. El peligro de morir por cualquier cosa, como caernos desde arriba de la carga, era muy frecuente, pero era la única forma de viajar al pueblo desde la Cordillera.

Una de las primeras cosas que empezó a trabajar el sindicato, inmediatamente después del triunfo fue que entrara un autobús al fundo, aunque sea una vez por semana. Subía en una noche y al otro día, bajaba. Eso fue muy importante para la gente: tener un autobús para viajar. Lo otro importante fue que el sindicato garantizó al Centro de Reforma Agraria se llevara una posta de primeros auxilios, para que la gente tuviera dónde ir a tomarse la presión, que supiera cómo tomarse la fiebre o cualquier emergencia. Eso también fue un adelanto por primera vez visto en esta hacienda. Además, hubo capacitación. Y empezamos a acceder a algunos libros muy básicos que nos llevaban los dirigentes sindicales y los profesores.

Allá había una escuela con una única salita, donde trabajaba un profesor para alumnos de primero básico hasta el quinto. Había una fila de bancas de silla para cada curso y ahí estaba. De ahí me sacaron las patronas para que fuera a trabajar. Pero hasta ahí llegaban los niños, hasta el quinto año básico y ahí quedaban. Eso era lo que hacía antes la escuela. Algunos padres lograban llevarlos al pueblo para que estudiaran el secundario o la escuela técnica agrícola en Molina. Pero pocos y algunas veces ya no volvían, se iban a trabajar en otros campos. Pues con Allende, esta escuela también se mejoró. Llegaron más profesores al campo y se amplió la infraestructura para que los niños fueran a la escuela mucho más cómodos, que hubiera dos profesores para atender a los alumnos del campo.

Las mujeres colaboraban mucho con el proceso de adelantos rurales. Ayudaban en la posta de salud, a los enfermeros o a las personas que llegaban, a atender en los primeros auxilios.

Del campo chileno a la URSS

Cuando el presidente Allende recibió la maquinaria agrícola de los países socialistas, se preguntó cómo manejar estas máquinas si realmente no había mecánicos que las conocieran. Entonces fueron cien jóvenes a capacitarse a los países donde fueron fabricadas, en la Unión Soviética. Eso fue una experiencia maravillosa. Jóvenes que se fueron a la Unión Soviética, muy alegres, sabían que iban en búsqueda de capacitación para volver al proceso de construcción del socialismo en su país, con una misión a cumplir.

A mí me tocó ir a Santiago a acompañar a dos sobrinos, hijos de distintas hermanas quienes se fueron a capacitar en maquinaria agrícola a los países socialistas. Volverían en dos años. Salimos del Fondo de Extensión Sindical (FEES) y me tocó dejarlos en el aeropuerto, donde nunca habíamos estado. Tengo el recuerdo vivo de llegar al aeropuerto y ver por primera vez un avión tan de cerca.

El golpe, el dolor

Después viene el golpe militar y todo lo que significó la contrarreforma agraria. Tremendamente doloroso. Lloré mucho cuando me dijeron: “al presidente Allende lo mataron”. Uno no se daba cuenta que venía una represión tan grande y tan cruel como la que vino. Había compañeros que decían “tenemos que tener cuidado, los militares van a llegar aquí”. A la semana ya estaban en el fundo. Algunos alcanzaron a salir. Yo me fui a Santiago. Pero algunos no lograron salir y fueron torturados en el mismo fundo, fueron masacrados. Unos cayeron presos, como pasó con mi hermano y otros compañeros.

Ahí empieza un peregrinar y la dictadura a devolver las tierras a los antiguos dueños, a pesar del pago de las tierras que el gobierno de Allende le había otorgado. La gente del fundo Agua Fría los echaron a todos, los botaban por los caminos, por las riberas pedregosas, para arriba en la Cordillera. A la gente la dejaron en un pueblo muy chiquitito, no sabían cómo moverse. Así vivimos unos cuantos años, con la ayuda de algunos otros pobres. Todo lo que teníamos en el fundo lo tomaron los patrones. No pudimos sacar nada.

La dictadura fue un desafío. Yo había madurado, pasado por tantas cosas. Sabíamos que a Allende lo habían matado. Era tanta pena y tanta rabia que nos daba la rebeldía para participar con mucha más fuerza en la lucha contra la dictadura y ayudar a los compañeros presos. Fue un peregrinar tremendo, para buscarlos en los distintos campos de concentración.

Mis hijas, las alianzas de mujeres rurales y la lucha de hoy

Tengo mucho orgullo de tener mis cuatro hijas. Tuve un matrimonio muy tortuoso, muy duro. Estuve muy poco con el padre de mis hijas, nos separamos rápidamente. Me quedé con ellas que son para mí, hasta hoy, el orgullo más grande de la naturaleza. Mis hijas son maravillosas.

Siempre estuve entre el campo y la ciudad junto con ellas. Creo que eso es lo que me llevó a participar activamente en el sindicalismo rural después de la contrarreforma agraria hasta hoy. Uno trae la raíz tan arraigada del campo que no te puedes ir a la casa tranquila con lo que estaba pasando después.

Por eso me he jugado la vida: por tener organizaciones vivas de mujeres, sobre todo de campesinas, indígenas, afrodescendientes. Hoy, de las mujeres migrantes del país y del extranjero. Mantener una organización como la nuestra, la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), no es fácil. Sin embargo, lo llevas en la sangre por todo esto que aprendí en aquellos momentos tan dichosos del gobierno popular.

Y con eso pagamos. Pagamos a toda la gente que dio su vida, toda la gente que fue desaparecida, asesinada y torturada. Es lo único que le podemos pagar a la entrega de esos compañeros y compañeras y del mismo presidente Allende: con nuestro compromiso de mantener el puño en alto y mantener la organización viva y siempre moviéndose, organizándose, planteando los deberes y derechos que tienen cada ser humano.

Quiero agradecer por participar de esta publicación y tener la oportunidad de revisar estas memorias que traigo como mujer campesina. Son muy dolorosas al recordarlas, dan mucha pena cuando uno sabe que el proyecto era tan maravilloso, el camino al socialismo. Sin embargo, la realidad nos mostró otra cosa y aquí estamos haciendo el empeño a la vida.

¡Viva la reforma agraria!

¡Viva la Unidad Popular!

¡Viva Salvador Allende!

Desde La Victoria a la victoria

Memoria de una militante pobladora

Yolanda Álvarez

Trataré de contarles un poquito de mi vida. Me desarrollé en la lucha de contingencia política durante la Unidad Popular. La verdad es que cuesta mucho recordar sin que duela. Para que nos conozcamos un poco, les contaré que soy la menor de 13 hermanos de los cuales solo sobrevivimos siete. Los otros seis murieron envueltos en paños mojados en el hospital Barros Luco, en Santiago. Un día escuché a mi madre decir que la pobreza es muy cruel y el dinero no tiene sentimientos. Mi padre era militante del Partido Comunista y uno de sus dirigentes.

Fue así como nació en mí un grito ahogado de rebeldía. Crecí y me formé en la población La Victoria, que fue la primera toma de terreno en Chile y creo también en Latinoamérica. La pobreza, el barro y la falta de agua eran constantes problemas. Había que levantarse de madrugada y hacer cola para esperar la cuba, un camión que nos llevaba el agua potable. Para mí, una niña de casi cuatro años, ver tanta gente trabajadora, buena de adentro y sufrida, era algo que no entendía. Todos los vecinos trataban de ayudarse entre ellos. Yo recuerdo que sacaba azúcar y un poquito de té para regalarle a una abuelita

que me daba pan hecho en las cenizas de su brasero. Siempre la veía quemar azúcar y ponerla en una tacita con cáscara seca de naranja que guardaba, pasándole a cada una de las cáscaras una pitilla con una aguja lanera. Colgaba sus cascaritas de naranjas, limones, manzanas. Ella vivía solita y era mi amiga.



La Victoria: toma de terreno en 1958. Fuente: Anónima. Humberto Fuentes ("Compañero Fuentes"), padre de la autora, aparece en círculo.

En el año 1968 me casé con un hombre excepcional: mi amor, mi compañero, mi profesor, mi todo. Tenía solo 15 años cuando nos casamos. Yo era feliz porque iba a ser tratada como adulta. Pero él, mi amor, me jugó una muy mala pasada, pues fue y me matriculó en la escuela para que siguiera estudiando, y por lo menos que terminara la primaria. Bueno, de estudiar... nada, ya que el primer día de clases se hizo una asamblea para elegir al centro de alumnos y fui elegida presidenta.

Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) existieron muchos campamentos de terrenos tomados donde todavía los pobladores vivían sin agua y sin electricidad. En el año 1969, con el

comienzo de las tomas de terrenos de la Violeta Parra (en Cerro Navia), organizado por el Partido Socialista, en el cual participé como pobladora. Esa fue mi primera experiencia de lucha cuerpo a cuerpo con el Grupo Móvil de los pacos. Creo que fue en mi población donde aprendí ... no, mejor dicho me formé. Comprendí quién era y lo que tenía que hacer para ser parte de la historia de la clase trabajadora chilena.

En octubre del 1969 nace la Unidad Popular. El doctor Salvador Allende Gossens fue elegido como su candidato presidencial para las elecciones de 1970. Los pobres estábamos felices y nos comprometimos a trabajar en su campaña para la presidencia.

Llegaron las tan reñidas elecciones presidenciales y por muy poco margen –dicen los políticos profesionales– el triunfo era de Allende. Al chileno le gustaba cambiarse de ropa, ponerse sus mejores pilchas y salir a cumplir con el único derecho que ellos tenían. Yo personalmente no voté, no tenía la edad para hacerlo. El día de las elecciones fue muy intenso en el campamento, todos los pobladores en alerta máxima ya que la derecha no descansa nunca. Mandaban provocadores y hubo guardias permanentes. Las milicias populares ya se empezaban a formar, los hombres y mujeres jóvenes, todos querían participar.

Cuando Allende ganó, la gente del campamento salió a las calles, gritando, llorando de alegría. Se sentían parte importante del proceso. Ellos creían que teníamos el poder, seríamos un país socialista, seríamos todos iguales. El pueblo salió a celebrar, y en las poblaciones se hicieron carnavales. Ya éramos gobierno y tendríamos que trabajar mucho. Nuestra Revolución con empanadas y vino tinto, palabras del presidente, había comenzado. No veíamos lo que se nos venía encima.

También recuerdo que el día del triunfo estábamos todos los compañeros en uno de los campamentos sin casa, el 26 de Julio, y fue un día de fiesta cívica. Ese campamento fue una toma de los terrenos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile. Al tiempo tuvimos que cambiar a los terrenos de la población José María Caro; fue

difícil al principio. Tuvimos que enfrentarnos con el lumpen de la población para ganarnos el respeto y así poder vivir tranquilos. Luego del triunfo de Allende, en el primer año de la UP, los campamentos se transformaron en poblaciones, donde cada poblador construyó su casita y parte de sus sueños se habían cumplido. En el desarrollo de su futura población sabíamos que no sería fácil. Nada jamás fue fácil para la clase trabajadora chilena.

Al ser elegido Allende, nos encontramos en plena tarea de trabajos: haciendo veredas, plantando árboles, haciendo cursos de alfabetización, recibiendo educación política, aprendiendo a poner inyecciones. En fin, nuestro compromiso con la revolución era que creíamos poder llegar a tener un futuro mejor para los pobres. Todo esto nos demandó mucha entrega personal. Vivíamos para servir a la comunidad sin olvidar que además se trabajaba, se estudiaba y se militaba. Mientras tanto, me había inscripto en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Todos los compañeros miristas sabíamos que esto recién empezaba.

En las poblaciones empezamos a organizarnos para sentirnos parte de un proceso que nos daría la posibilidad de ser actores de nuestra historia. Fueron los tres años más felices del pueblo trabajador chileno. Los días los hacíamos de 48 horas: se trabajaba, se estudiaba, nos preparábamos para vencer. Se formaron cuadrillas de trabajo voluntario. Empezamos a organizar y aprendimos una gran lección. Teníamos que hacer la revolución, teníamos que luchar hasta lograr el socialismo, teníamos que juntar el campo y la ciudad y prepararnos. Para ello teníamos grandes sueños y en esto nos encontrábamos.

Desde la primera semana de gobierno empezaron las campañas del terror de la derecha furiosa por haber perdido. Luego empezamos a vivir el caos. El mercado ilegal apareció y en las industrias hacían boicots, rompiendo las maquinarias para causar cesantía. Estados Unidos y sus lacayos nacionales, los que nunca faltan –los vendepatrias, los dueños de los medios de comunicación e información– entregaban información falsa a la población, usando todos

los medios a su alcance para desestabilizar al gobierno de Salvador Allende.

En el año 1971, en Santiago, vivimos un temporal de nieve que dejó miles de pobladores damnificados. Fue terrible. Aún recuerdo los gritos de las madres con sus hijos heridos, los techos de las casitas de madera con fonolas y palos atravesados. No sostuvieron el peso de la nieve, colapsando y aplastando a sus moradores. Los gritos de los pobladores despertaron en mí esta rebeldía que hasta hoy me acompaña. Desesperados, tomamos la escuela del sector y organizamos una olla común para ayudar y alimentar a las familias damnificadas. Luego pedimos ayuda que llegó, creo de la Municipalidad. También dijeron que traerían unas medias agua para las personas damnificadas y que arreglarían los techos de las casas de los pobladores. Al otro día nos mandaron frazadas; eso fue toda la ayuda que se recibió.

El último año de la Unidad Popular vivimos momentos muy críticos. No nos quedaba tiempo para prepararnos para defender a nuestro gobierno y sus conquistas. Pasábamos día y noche cuidando las torres de alta tensión, para que los grupos de derecha no dinamitaran las torres de la Empresa Nacional de Electricidad Sociedad Anónima (Endesa), ya que varias veces fue atacada, dejando sin electricidad a la población y luego culpaban al gobierno. Formamos comités de vigilancia para protegernos de los atentados que la derecha mandaba a ejecutar. No daban la cara sino que le pagaban a los lumpen mientras a ellos les pagaba el imperio yanqui.

El 10 de septiembre por la noche veníamos de una reunión, y nos pareció muy extraño encontrarnos en la calle San Pablo atestada de militares muy jóvenes y muy asustados. Me acerqué a uno que se veía como superior y le pregunté: “¿Usted nos podría decir qué está pasando?” El militar muy educadamente se dirigió a nosotros y nos dijo: “No se preocupen, estén tranquilos. Nosotros estamos cuidando que no haya desmanes. Estamos protegiendo al ciudadano y somos fieles al gobierno. Y ahora váyanse a sus casas”. Cosa que hicimos. Nos despedimos de los compañeros y nos retiramos cada uno a

nuestros hogares. Pero ya las cartas estaban echadas, ya no teníamos más que esperar.

El 11 de septiembre nos despertaron los gritos y las piedras en el techo. Salimos alarmados y medios atontados, ya que estábamos muy cansados. Esperábamos el golpe pero no para ese día. Compañeros de la vecindad gritaban, todos llorando. Nos decían: “¡Hubo un golpe de Estado, compañeros! Díganos qué tenemos que hacer”. Nosotros les dijimos: “¡Tenemos que marchar a La Moneda y darle nuestro apoyo al compañero presidente Salvador Allende!”. También les dijimos que haríamos algunas llamadas telefónicas y nos reuniríamos en la tarde para explicar los acontecimientos. Fue terrible para nosotros no poder explicar lo que estaba ocurriendo.

Nosotros nos arreglamos, pusimos ropa interior, cepillos de dientes, y nos fuimos dejando la casita cerrada. Con el corazón y dientes apretados, nos preparamos para resistir. Camino a La Moneda descubrimos que los milicos habían sitiado todo Santiago. Solo quedaba esperar, y lo demás ya lo sabemos. Quedará para otras memorias.

En estos cincuenta años de aniversario de la elección de Unidad Popular, se debe rendir un homenaje a la lucha de un pueblo que quiso cambiar su historia. Creyó que se podía hacer la Revolución sin quemar un cartucho, “con empanadas y vino tinto”, como dijo el presidente Allende. En tres años aprendimos mucho y fuimos participantes activos del proceso de la Unidad Popular. Me siento orgullosa de haber vivido esos tres años y haber luchado codo a codo junto a los pobladores, trabajadores, estudiantes y campesinos, ayudándoles a sacar sus productos de la tierra para que no faltara en las mesas de los hogares chilenos.

Solo quiero dedicar estas memorias a los y las compañeros que entregaron lo mejor de ellos trabajando, estudiando, y organizando su población para entregar a sus hijos un país más humano. Lo que en tres años Salvador Allende le entregó al proletariado chileno por primera vez fue el derecho a forjar su destino, algo que la derecha y el imperio no permitió. Honor a todos los compañeros y compañeras que fueron cruelmente asesinados y otros desaparecidos.

Es difícil recordar los tres años de la Unidad Popular sin que se te apriete el pecho y corran tus lágrimas. Recordar esos años de lucha, hacer memoria de lo vivido hace cincuenta años, cuando tantos revolucionarios dejaron sus vidas y todos nuestros sueños se ahogaron en sangre. Todavía me cuesta entregar antecedentes de mi participación y la de muchos compañeros que no sobrevivieron al golpe criminal de los milicos patrioterros.

Es importante recordar que el MIR siempre fue un movimiento clandestino. Después que Salvador Allende es elegido presidente, se hace un poco al público, pero siempre tuvimos la Policía Política detrás de nuestros dirigentes. Los sobrevivientes de las torturas siguieron haciendo resistencia y luchando contra el fascismo chileno. Honor y Gloria para el compañero presidente Salvador Allende, Miguel Enríquez y muchos más. Para ganar una Revolución se necesita un pueblo con conciencia y fusil.

¡Patria o muerte, Venceremos!

Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular

Militza Meneses López

*A María Inés, Patricia, Alicia, Juana, Narda,
María Angélica, M. Cristina, Verónica,
Mercedes, Carmen, Gloria y América
con cariño y admiración.*

Introducción

Una vez leí que los vencedores son los que escriben la historia oficial de los países, son los triunfadores quienes imponen su interpretación de los hechos históricos, su verdad. Y así sucedió en Chile hasta no hace mucho tiempo. Durante décadas, “upeliento/a” fue una forma despectiva de referirse a los vencidos, un estigma, una marca de menosprecio que justificaba todo aquello que la barbarie de la dictadura cívico-militar les hizo vivir. Ser upeliento/a era una anomalía casi genética que había que borrar de la faz de la tierra; por eso se

eliminó a familias completas sin misericordia y con el mayor de los ensañamientos. Los cuerpos de las mujeres fueron el botín de guerra para civiles y militares golpistas, las upelientas no solo sufrieron torturas, sino también brutales violaciones.

Con la política del exterminio se pensó que se ponía término a la Unidad Popular (UP), no solo a través del derrocamiento del gobierno, sino también de la eliminación de sus adherentes y una política sistemática de violaciones a los derechos humanos que buscaba infundir terror en la población. Sin embargo, consideramos que el proceso social, político y cultural llevado a cabo en la UP fue de tal intensidad para aquellos y aquellas que lo vivieron, que allí se forjaron hombres y mujeres que fueron actores fundamentales de una experiencia de transformación estructural inédita en Chile. Esta tenía como condición de posibilidad el empoderamiento y compromiso de trabajadores/as, pobladores/as, profesionales y estudiantes con los ideales que impulsaban el cambio social en distintos ámbitos de la vida en sociedad. Es precisamente esta encarnación del proceso en quienes fueron sus protagonistas lo que ha hecho que todos los intentos por silenciar este legado hayan sido inútiles, porque la UP vive en las acciones, valores y convicciones de los/as vivieron activamente ese período.

Sin dudas un papel fundamental en este proceso lo tuvieron las mujeres, quienes fueron parte entusiasta y comprometida de este sueño de país desde distintas trincheras y con un fuerte sentido del deber. El trabajo que se presenta a continuación habla de ellas y a través de doce relatos nos cuentan cómo vivieron la UP. Algunas iniciaban su vida profesional, otra era dirigente secundaria, otras eran dirigentas en sus poblaciones y otra era campesina, algunas militaban en partidos políticos y otras no. Cada una aceptó la invitación a contar su experiencia. Les agradezco la generosidad de compartir lo que a juicio de todas fueron los años más felices de su vida.

Dado el contexto de cuarentena por COVID-19, las entrevistas se realizaron de forma remota a través de la aplicación WhatsApp y otras plataformas online. Entre julio y agosto del 2020 se les solicitó

que reflexionaran en torno a tres ejes: el primero fue el significado que tuvo para ellas la UP; el segundo, el rol de la mujer en este proceso y, finalmente, el tercero, fue identificar los aprendizajes adquiridos que permitieron años más tarde hacer frente a la dictadura cívico-militar de Pinochet.

El significado de la Unidad Popular

El proceso vivido durante la UP tuvo como uno de sus aspectos más destacables una fuerte imbricación entre el tejido social y el sistema político, donde las excluidas por primera vez se sintieron triunfadoras y parte de un país que podían transformar a través del trabajo comprometido con una causa que superaba los egoísmos individuales.

Era la sensación de que podíamos ser mejores y vivir mejor. (...) Fue una posibilidad de soñar para todos los excluidos para las mujeres, para los trabajadores, para los niños (María Inés).

Era bueno porque apostábamos al resto a la humanidad, a la gente, a los demás. Teníamos que trabajar y vivir para el resto. El mensaje de Allende nos indicaba que se podía cambiar la historia. (...) creíamos que ese mundo mejor era posible (Mercedes).

Nos sentíamos triunfadores de algo con lo que habíamos soñado, que finalmente era una realidad (Gloria).

Fue un proceso maravilloso desde el punto de vista de la dignificación de los campesinos y las campesinas (Alicia).

Por mil y tantos días los obreros, obreras y trabajadores y trabajadoras de este país fueron importantes en el pensamiento, acción y corazón del compañero Presidente (Narda).

El triunfo de la Unidad Popular fue el resultado de una larga y sostenida batalla del pueblo de Chile (Carmen).

Ellas tomaron conciencia de que no solo producían objetos en los que distorsionadamente podían ver la esencia de sí mismas, al decir de Marx, sino que producían la vida misma y sus relaciones cotidianas, las que estaban en sintonía con un proyecto de país. Esta idea se repite en los relatos de las entrevistadas, por eso era necesario aportar a este nuevo Chile desde sus espacios laborales y locales, acciones que debían estar guiadas por una clara conciencia de clase.

Esta transformación global del país tenía que ver con el proyecto, tenía que ver con lo que estaban haciendo desde la salud pública (Patricia).

En el lugar donde trabajaba me correspondió realizar tareas que jamás habría imaginado para mí, por mi formación laboral. Pero en esa expresión de triunfo éramos capaces de realizar cualquier tarea (Gloria).

Gran energía, optimismo y capacidad de sentirme como mujer joven y estudiante, que podía aportar en muchas tareas para el desarrollo de nuestro país (María Cristina).

Aprendimos a resistir y organizarnos. Teníamos claridad política y conciencia de clase (Alicia).

Solo darme cuenta que estaba haciendo un aporte al programa de la Unidad Popular me llenó de felicidad. Creo que nunca en mi vida habíamos sentido todos los que ahí trabajábamos una pasión tan grande por hacer lo que estábamos haciendo (María Angélica).

El reconocimiento del otro, la pertenencia y apropiación del proceso de revolución con empanadas y vino tinto fueron condición de posibilidad para la consolidación de un tupido tejido social al que, desde distintos lugares, los sujetos sociales asumieron que tenían el deber de contribuir.

Todos éramos parte de ese proyecto. Fue un período espectacular que te remece la vida, te transforma (Patricia).

En esos mil días se dio vuelta la historia en este país y nosotros la vivimos, la vivimos intensamente (Mercedes).

Fue el despertar del pueblo al saber que podíamos tener la oportunidad de tener nuestros derechos (...). Que tuviéramos derecho a la educación, a vivienda, a muchas cosas que nos habían negado los gobiernos conservadores anteriores (América).

El gobierno de la Unidad Popular constituye (...) una gran tentativa revolucionaria de hacer de Chile un país verdaderamente independiente y soberano, por crear una sociedad más justa y construir una democracia que fuera un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo (Carmen).

La UP, por tanto, fue la suma de estos múltiples vínculos que generaron sociabilidad, apoyo mutuo, información, sentido de pertenencia, horizontalidad, democratización y creatividad. Cabe señalar que esta apropiación colectiva de un proyecto revolucionario se enmarca en los numerosos procesos político-sociales desarrollados en América Latina a partir de la década de 1960.

Las mujeres entrevistadas señalan que en ese período se creía que otro Chile era posible, y que para ello se requería el trabajo disciplinado y comprometido, no solo desde la vida partidaria sino desde todas las dimensiones que componen la vida en sociedad.

En la calle éramos millones de personas. Era brutal desde el punto de vista de las emociones. Era un período de profunda transformación, esto de avanzar a la patria socialista era una cosa impensada. Era espectacular, como uno se iba nutriendo desde lo teórico y desde lo concreto, que era lo fundamental (Patricia).

Creer que podíamos cambiar la historia, alcanzar una vida mejor, un mundo mejor desde la población. Tener mejores condiciones de vida (Mercedes).

Para mí fue esperanzador, éramos una misma clase. Estábamos rompiendo con cadenas que venían de la colonia (Alicia).

A través de la propuesta programática de la Unidad Popular se podía lograr que los trabajadores alcanzaran una vida digna que dependía de todos los hombres y mujeres, para lograrlo (María Cristina).

Por primera vez en la historia del país se constituyó un poder popular que ejercían aquellos y aquellas a los que jamás se les dedicó una línea en los libros de historia. Aquellos cuyas vidas cargaban con el estigma de la infamia. Aquellos desposeídos de la tierra cuyo cuerpo y trabajo pertenecían al hacendado, entre tantos y tantas desterradas de la historia y despojadas de un poder que, desde tiempos remotos, se concentró en un pequeño grupo de la población que acumulaba la riqueza y los privilegios. A través del poder popular era posible redistribuir la riqueza que los y las trabajadoras contribuían a producir y, a su vez, resguardar los derechos políticos, sociales, económicos y culturales frente a los injustificados privilegios de cuna.

Fuimos dueños de nuestra vida. Antes, en el fundo, el terrateniente era dueño de las tierras y de nuestras vidas. (...). Vivíamos esclavizados, no éramos personas para poder acceder a la radio o al diario, estaban prohibidas esas cosas (Alicia).

Por una vez en la historia fuimos privilegiados (Carmen).

Mirando hacia atrás puedo afirmar que fue la época más feliz de toda mi vida (Gloria).

Mis recuerdos son muy alegres, se veía por fin la sonrisa en esos rostros ennegrecidos por el carbón. (...) estábamos movidos por un ímpetu increíble, desprendido de todo interés personal (...) período que recordaré como pleno, lleno de júbilo, de muchísima felicidad (Carmen).

Salvador Allende en el relato de las entrevistadas es reconocido como el Compañero Presidente quien tenía el rol de encabezar este profundo conjunto de transformaciones dotando el proceso de legitimidad y confianza. Por eso, no es de extrañar que encontremos frases de profunda admiración hacia su persona.

Recuerdo de Allende su consecuencia, la admiración, el aprecio y la confianza que despertaba en la gente (Carmen).

Allende ha sido el único ídolo que he tenido en mi vida (María Inés).

El poder popular fue una potencia acumulada que tuvo en sus raíces experiencias de vida y procesos históricos anteriores. Fue un capital social que tenía su basamento en la memoria histórica que supuso el empoderamiento de grupos sociales históricamente excluidos que vivieron la experiencia de pasar de ser vulnerables, débiles, invisibles y miserables hacia un sujeto político capaz de transformar y consciente de que dentro de sí habitaba una potencia de acción creadora.

Un gran triunfo del pueblo y mucha esperanza (María Inés).

Fue la esperanza de tener mejor condición de vida y terminar con la desigualdad de la gente (Juana).

Significó poner muchas esperanzas (Mercedes).

La UP representó un cambio de sociedad fundamental, un sueño, una utopía (Verónica).

Fue un período demasiado intenso de mucha participación, involucramiento (Patricia).

Un período de gran energía, optimismo (María Cristina).

El espíritu de la UP imprime una nueva mentalidad sociopolítica y de vinculación con lo político que cuenta con la certeza de la posibilidad de terminar con las injusticias sociales y que ello requería del protagonismo de aquellos que habían sido invisibilizados. Esta sensación está presente en los recuerdos de nuestras entrevistadas, quienes subrayan la felicidad que experimentaron en el desarrollo de este proceso.

La sensación de felicidad por haber logrado el triunfo del presidente Allende, por el que llevábamos luchando tanto tiempo, fue algo muy grande (Gloria).

Un período que recordaré como pleno, lleno de júbilo, de muchísima felicidad (Carmen).

Fue un período en el que sentías que estábamos transformando el mundo, haciendo una patria distinta (Patricia).

Rol de la mujer durante la Unidad Popular

La UP significó la salida de muchas mujeres de sus hogares, quienes se sumaron al esfuerzo colectivo de construir un Chile más justo al que contribuían cotidianamente a través del trabajo codo a codo con los hombres en sus organizaciones y en las calles.

Las mujeres estábamos presente en todos los espacios (Patricia).

La orientación era que nosotras éramos de igual a igual con los pares hombres, que nada iba a ser imposible para nosotras las mujeres (Mercedes).

La mujer comenzó a despertar en ese período, nos dimos cuenta que podíamos luchar al ladito de los hombres y obtener los beneficios que queríamos (América).

El protagonismo de la mujer durante la UP adquirió dimensiones masivas, como nunca, y se sembró la semilla de una toma de conciencia que pasó de ser una conciencia de clase hacia una conciencia de género (Carmen).

Las mujeres ocuparon espacios de liderazgo, donde por primera vez ellas eran las que gestionaban y dirigían las distintas acciones desarrolladas en espacios laborales y poblacionales. Es preciso señalar que algunas de las entrevistadas indicaron que la paridad en la participación no existía, y que en ciertos casos la igualdad era de la puerta de la casa hacia fuera. Sin embargo, subrayan, significó un despertar en muchas mujeres que no dudaron en ocupar puestos de liderazgo y salir por vez primera de sus casas.

En esa época, aún las mujeres no se habían incorporado masivamente como ahora al trabajo remunerado. Igual se destacaron y fueron tomando roles en los sindicatos, defendiendo sus derechos. También se desarrollaron como pobladoras en el trabajo comunitario, luchando por viviendas básicas, salud. Participaron activamente en la organización de las juntas de abastecimiento, donde se repartían alimentos de manera equitativa, ya que prontamente la derecha comenzó a boicotear la llegada de alimentos (María Cristina).

Las mujeres eran grandes dirigentes. Se movían en el nivel poblacional, sindical y algunos gremios donde había un gran número de mujeres. La paridad no existía, pero sí harta participación. En el período histórico era todo muy progresista. La tarea concreta era tan brutal, el foco eran los niños, la alimentación escolar, entre otras tareas impostergables. (Patricia).

El rol de la mujer fue estar presentes en todas las esferas de la vida. En todo podíamos aportar (Narda).

Sin dudas, este despertar a la vida pública en las mujeres contribuyó a su desarrollo personal y político, lo que reconocen ha marcado el resto de su experiencia de vida.

Acá había un protagonismo importante, dejamos de ser diferentes en términos de salir a la calle. La mujer trabajadora (...) tenía el compromiso de trabajar y hacer mejor la historia, desde aprender a cocinar, a hacer todo más rápido para tener más tiempo para participar (Mercedes).

Siento ahora, que en realidad ese tiempo fue para mí como un ejercicio de desarrollo personal, como una escuela de vida (Gloria).

Las mujeres que participaban en los Centros de Madres, por ejemplo, sintieron un despertar. Por primera vez salieron a la vida pública, se sensibilizaron sobre la situación que vivíamos, conversaban sobre sus problemas, sus hijos y tantas otras cosas que nos hacían crecer en la medida en que nos reconocíamos en las alegrías, las penas y los sueños de otras (Alicia).

El protagonismo social y político de la mujer en el gobierno de la UP adquirió dimensiones masivas (...) despertó en las mujeres la rebeldía de ser, hacer y decidir (Narda).

El rol de las mujeres fue fundamental. Pusieron su fuerza, su ímpetu, sus sueños, sus esperanzas en sacar adelante este proyecto que no era solo un gobierno, era un proyecto que les permitía avanzar a una sociedad más justa y participativa (Verónica).

Las mujeres comenzaron a integrarse en las organizaciones sociales, centros de madres, centros culturales a tener más presencia y participación. Salió de la casa (María Inés).

La fuerte imbricación entre el movimiento social y el Estado se observa en el compromiso del trabajo cotidiano que las mujeres asumían desde la responsabilidad de que, si no estaban ellas presentes, conscientes y participando activamente, no se podían alcanzar los cambios requeridos en todas las dimensiones de la vida social. El gobierno de la UP era de ellas y debían trabajar desde los distintos espacios donde se encontraban. A su vez, ellas constatan el reconocimiento del Compañero Presidente a las mujeres en este período.

Las mujeres empezamos a cumplir muchos roles (Gloria).

Como las mujeres luchamos en la campaña por el triunfo de Allende, el triunfo también fue nuestro (María Inés).

Los primeros días de marzo del año 1973, Allende entregó unos edificios que quedan frente al metro Pajaritos y, en lugar de entregar las llaves al hombre, llamó a su esposa y las entregó a ella. Uf! No te imaginas lo que significó para nosotras, las pobladoras (Mercedes).

Creo que las mujeres empezamos a realizar actividades porque había libertad para emprender cosas. Había espacio para que yo me pudiera expresar en esta nueva forma de ver las cosas. (...) comenzamos a organizar las tareas, a dirigirlas (Gloria).

Allende nos llamó a participar, sensible a nuestras demandas. (...) crea la Secretaría de la Mujer (...) aumentó el fuero maternal, obligó

a las empresas a tener salas cunas (...) se formaron las brigadas de salud, vivienda y educación (Narda).

Las mujeres pudimos comenzar a desarrollarnos y tener más libertad en muchos aspectos que antes no teníamos. Aprendimos a luchar y saber que estando en la calle podíamos obtener lo que era justo (América).

El presidente Allende respaldó el movimiento de mujeres con hechos y no con promesas paternalistas, incluso con el desagrado de varios dirigentes de la Unidad Popular atravesados por la tradicional ideología patriarcal. (...) Estimuló la participación de las mujeres en varias áreas, en empresas donde se desarrollaba control y administración de la producción, en las juntas de abastecimiento y control de precios, en la autoconstrucción de viviendas y policlínicos, en las juntas de vecinos y comandos comunales (Carmen).

Este reconocimiento por parte de Allende al trabajo de las mujeres, el sentido de aportar a transformaciones estructurales por vez primera en el país y ver a muchas de ellas en puestos de decisión, fue una inyección de energía que se plasmó en un fuerte compromiso, que se tradujo en la acción de un sujeto político, social, cultural y económico. Esto se deja ver en el campo y la ciudad. Así lo relatan nuestras entrevistadas.

En la hacienda, el sindicato impulsa una conciencia en los trabajadores de darse cuenta que éramos explotados. Si todos éramos explotados, todos y todas debíamos luchar juntos para terminar con esto. Cuando se instala el sindicato nace el centro de madres (...). Los sindicatos decían que había que formarlos porque las mujeres teníamos que jugar un papel. (...). Teníamos delegadas que participaban en las reuniones del sindicato, aún cuando la opinión generalizada era que en el sindicato solo participaban los hombres (Alicia).

Hubo estímulo a la sindicalización y participación en general de la mujer en todas las áreas de producción. En los sindicatos del carbón las mujeres participaban con derecho a voz en las asambleas sindicales y muchas de las reivindicaciones que se ganaron en la empresa

fueron peticiones hechas por mujeres, por ejemplo, que el familiar que se les pagaba fuera entregado a las mujeres y no al marido (Carmen).

Algunas de ellas reconocen este compromiso en sus madres, las emociona recordar su entusiasmo y las enorgullece volver a encontrarse con ellas, en sus recuerdos, a través de valiosas acciones. Todas pudieron colaborar, desde donde quisieran y como pudieran, en este proyecto de un país nuevo.

Ella (su madre) tenía la firme convicción que se podía cambiar este país donde ella creció sin oportunidades, sin valorización, sin espacios que le permitieran mostrar que era una persona con capacidades y aptitudes. Y que podía ejercerlas, no solo en el espacio privado, sino que ahora podía aportar en el espacio público. Fue así como la vi formar el centro de madres, trabajar en la JAP y marchar, marchar mucho para apoyar al compañero Presidente que le dio una oportunidad de incidir y participar como nunca antes había podido hacerlo (Verónica).

Mi madre preparaba calladita pancito amasado y queso para los compañeros que de forma clandestina estaban formando el sindicato en el fundo. Ese era su aporte. Luego también llevó comida y compañía a nuestros amigos y familiares presos en dictadura (Alicia).

Aprendizajes

El primer aprendizaje que destacan del período de la UP es el amor a la vida y a los otros. Comparten el sentimiento de que, a través de la participación, la rebeldía frente a las desigualdades naturalizadas y la constitución del poder popular se creó un sentimiento colectivo muy potente. Nadie sobra, todas eran imprescindibles y cada cual podía aportar desde donde estuviera.

El amor a la vida, creo que fue una de las cosas más importantes. Tú amas la vida a partir de lo que vas produciendo cuando te diste cuen-

ta que valías, que no eras propiedad de otros, que valíamos como personas. Ese es el valor de la organización, te abrieron los ojos (Alicia).

Participar y opinar en la toma de decisiones fue importante (María Angélica).

El tema del poder, evidentemente, la única forma de echar abajo ese gobierno era por la mala. (...) Lo más importante es cuando las personas se sentían parte, eso era su gobierno, su proyecto de país, era un nosotros muy grande (Patricia).

Me enseñó que podías correr el cerco (Narda).

Señalan que vivir el proceso de la UP fue reencontrar a todo un pueblo con la dignidad y la conciencia de clase. Ambas dieron la fuerza necesaria para enfrentar la dictadura de Pinochet. De la misma forma hoy dan fuerza a miles de personas para salir a las calles a manifestarse desde el 18 de octubre de 2019.

La dignidad es muy importante, por eso es tan simbólico para mí el movimiento del 18 de octubre, que coloca la dignidad en el centro del movimiento. En ese tiempo tenías la certeza de que eras mujer, trabajadora y digna (Patricia).

La conciencia de clase es lo más importante. Uno nunca debe olvidar sus raíces y su pueblo. A no renunciar a que teníamos derecho a estar mejor y ser mejores. Y eso está presente en nuestras luchas de hoy (María Inés).

Nos dejó una gran conciencia de clase y la certeza de que las calles son nuestras, es ahí donde se consiguen los cambios (Mercedes).

Pudimos reconocer que las mujeres unidas podemos cambiar las cosas, podemos transformar las cosas (Carmen).

Señalan que pudieron enfrentar el conjunto de luchas posteriores al derrocamiento del compañero Presidente gracias a la fuerza y ejemplo de Salvador Allende, quien no claudicó, ejerciendo hasta el final la tarea que su pueblo le había encomendado. En este sentido, las mujeres sumaron a esta fuerza la certeza de que nunca más iban a

ser invisibilizadas y que contaban con la valentía para defender sus derechos.

La Unidad Popular nos dio la fuerza de la experiencia y el valor que tuvo Salvador Allende en La Moneda de no claudicar en el momento del golpe. Y nosotras las mujeres nos dimos la tarea de seguir adelante y luchamos en todo lo que más pudimos contra la dictadura (América).

Nos dejó la certeza de que las mujeres nunca más íbamos a estar invisibilizadas, (...) nos dejó la valentía, la fuerza para defender nuestros derechos, pero también de sus seres amados. Recuerdo a muchas mujeres buscando a sus familiares en los centros de detención de la dictadura, manifestándose y enfrentándose a los militares, dignas y a rostro descubierto (Verónica).

Ese empoderamiento nos sirvió para vivir el dolor y el compromiso solidario con nuestras hermanas y hermanos hasta lograr recuperar la democracia (Narda).

Hoy como mujeres tenemos el orgullo de haber resistido en dictadura gracias a todo lo que aprendimos durante la Unidad Popular (Carmen).

Con Salvador Allende conocimos la esperanza, ella nunca nos abandonó. Si no hubiésemos tenido esos valores no hubiésemos terminado con la dictadura ni hubiésemos tenido las agallas para enfrentarnos al horror con la esperanza de que terminaría (María Inés).

A contrapelo de la importancia dada al individualismo por el pensamiento neoliberal imperante en Chile desde la dictadura cívico-militar, nuestras entrevistadas no dudan en volver a subrayar que uno de los aprendizajes más importantes fue tener conciencia del valor de lo colectivo, porque ahí se encuentra la solidaridad, el amor, la esperanza, la responsabilidad y la conciencia de clase necesarias para lograr cambios estructurales.

Era una preocupación por mejorar la vida, pero no la vida individual, sino la vida colectiva (Mercedes).

Trabajar en comunidad de manera organizada para lograr bienestar y derechos durante la Unidad Popular (...) nos ayudó a desarrollar estrategias de sobrevivencia durante la dictadura, (...) no solo para cubrir necesidades básicas alimentarias, sino para generar redes para cuidarse de la represión y persecución. Fueron las mujeres las que tuvieron que hacerse cargo de conseguir el sustento porque sus maridos ya no estaban (María Cristina).

Yo me crié a pata' pelá, la pobreza y la miseria me fortaleció a través de lo que aprendí en la organización. El aprendizaje es lo más importante para un ser humano, lo aprendido de forma colectiva no se olvida (Alicia).

Otro aprendizaje que reconocen tiene relación con valorar todas las formas de lucha, y la conciencia de que esta se debe dar desde las distintas dimensiones que componen la vida.

Adquirí el convencimiento de que se podía luchar en cualquier lugar en el que estuvieras. No solo manifestándose en la calle. Y que todo lo que "yo" hiciera por eso, era un granito de arena más. Es decir, sentirme necesaria y partícipe (Gloria).

Que tenemos que seguir luchando, haciendo valer nuestros derechos, hay que ser leal a los principios que consideramos justos (Juana).

Contribuir como profesional (...). Fue un honor vivir la Unidad Popular y trabajar por ese proyecto (María Angélica).

Un aprendizaje fundamental fue que las mujeres aprendieron a organizarse y acompañarse en su dolor. Así como en la UP las mujeres se encontraron con otras en la organización y lucha colectiva. Durante la dictadura cívico-militar fueron las primeras en organizarse a la salida de los centros donde tenía detenidos a sus seres queridos.

La cueca sola es un acto de resistencia tremendo de mujeres (...) demostrar al mundo que estábamos solas sin los hombres detenidos y desaparecidos, pero organizadas como mujeres para luchar por la verdad, la justicia y reparación y garantía de nunca más. Creo que el

movimiento actual feminista, le debe mucho a esa semilla que germinó y floreció durante el gobierno de la Unidad Popular (Carmen).

Muchas de nuestras entrevistadas sufrieron el rigor de la represión dictatorial. Sin embargo, señalan que en ningún momento perdieron la esperanza de cambiar lo que sucedía, porque la UP les enseñó a resistir, luchar, organizarse, y que para eso era necesario romper con una imagen patriarcal de ser mujer vinculada exclusivamente a la realización de tareas domésticas.

Esas enseñanzas nos permitieron a quienes fuimos detenidas, torturadas, relegadas y exiliadas a resistir, a organizarnos (...) el trato que recibimos como presas políticas (...) fue indigno, atroz, cruel, éramos las prostitutas, éramos las “conchesumadre” (...) porque deberíamos haber estado en la casa planchando, haciendo comida, esperando al marido y no estar en la calle luchando y organizándonos para transformar el mundo (Carmen).

Comentario final

Sin duda, la UP fue un proceso histórico-político en el que las mujeres fueron condición de posibilidad para la realización del profundo proyecto de transformaciones que impulsó el compañero presidente Salvador Allende. A través de las acciones e ideas de las mujeres, no solo se aportó para que esto fuera una realidad, sino también se detona un proceso de empoderamiento que rompe con categorías culturales impuestas sobre el rol de las mujeres en la sociedad. Por tanto, podemos decir que hay una transformación colectiva pero también en las vidas de cada una de ellas.

Felicidad, júbilo, esperanza, amor, sueños aparecen de forma constante cuando se trata de dar un significado a la UP. La alegría de sentirse protagonistas y vencedoras por primera vez en la historia del país potencia a las mujeres en valentía, rebeldía, solidaridad, y resistencia, lo que les permite hacer frente a la dictadura cívico-militar

y encantarse con procesos como los acontecidos desde el 18 de octubre del 2019. Donde las banderas de lucha son similares a las que ellas enarbolaron: vivir dignamente y terminar con el sistema de producción capitalista. Sin duda los valores y convicciones presentes en la UP han logrado vincularse con los sueños individuales y colectivos de una nueva generación que hoy lucha por los mismos ideales.

Para terminar, me gustaría quedarme con la reflexión compartida por Carmen, quien muestra que la UP sigue viviendo en ellas, en sus hijas, en sus sobrinas y en todas las mujeres que han sido herederas de su valentía, vivencias y acciones.

Fui torturada y desaparecida. Fui exiliada. Me quitaron la nacionalidad. Fui apátrida. Mi cuerpo fue botín de guerra para la dictadura militar. Eso nos hizo fuertes a todas las mujeres que pasamos por experiencias parecidas. Sin embargo, si tuviéramos que volver a hacer lo que hicimos en esos mil días, de nuevo lo haríamos (...). Porque para mí no hubo un tiempo más feliz, más hermoso, con tanta luz, con tanta música, con tanta pintura (...). Ese período lo recordaremos por siempre. Si tuviese que hacerlo de nuevo, mil veces lo haría, aún sabiendo la pesadilla que viviría luego (Carmen).

Perspectivas desde el MAPU

Allende: de la esperanza a la tragedia

Jaime Gazmuri Mujica

La última vez que vi a Salvador Allende fue la noche del 10 de septiembre de 1973 en su oficina del Palacio de La Moneda. Registré los recuerdos de ese encuentro en un libro publicado en el año 2000:

El contexto de esos días era la sensación de inminencia del golpe. El tema era cuántas fuerzas militares iban a sumarse, su fuerza dentro del Ejército. Sabíamos que la dirección política del golpe estaba en la Armada, y que era inminente. Teníamos reuniones diarias de nuestra Comisión Política y de los Partidos de la Unidad Popular (UP). Había bastante desconcierto. Y ese día se nos ocurrió que, ya que el golpe era inminente, desde el punto de vista táctico era preferible un golpe contra la autoridad presidencial, y que Allende debía ejercer su autoridad tomándolos por sorpresa. Lo que propusimos era que descabezara el mando de la Armada. Yo debía proponerle en nombre del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitario) esta salida, que significaba tomar la iniciativa en el plano militar. Suponíamos que habría resistencia, pero esperábamos el respaldo de los militares leales a la Constitución (Gazmuri y Martínez, 2000, p. 83).

Tuve que hacer una larga antesala en la estancia que ocupaban los edecanos. Después de recibir al canciller Almeyda, que venía de la Cumbre de los Países No Alineados en Argel y de pedirle que lo llamara a primera hora del día siguiente, quedé solo con el Presidente, quien tenía mucho sentido del humor. Le planteé nuestra idea, se rió y me dijo “¿Qué quiere Jaime? ¿Que le preste el sillón un rato?” y me mostró el sillón de O’Higgins. Yo le contesté en el mismo tono: “Presidente, si me los presta doce horas para hacer esto, yo no me opondría”. La reunión terminó con ese clima.

Lo que no sabía esa noche era que el Presidente ya había tomado la decisión de llamar a un plebiscito al mediodía del día siguiente para dirimir mediante un procedimiento institucional el agudo conflicto político que vivía el país. Mantengo también vívido el recuerdo que tuve al bajar las escaleras del Palacio (que daban a la salida de la calle Moneda, hoy desaparecidas): pensé en cuántos años transcurrirían antes de volver a ese lugar, al que había concurrido tantas veces en los últimos casi tres años.

Al día siguiente, desperté temprano con llamadas que informaban que la Armada había regresado a Valparaíso de unas maniobras que regularmente se hacían con la Marina estadounidense y que la ciudad estaba copada. También se reportaban movimientos inusuales de tropas hacia Santiago. Llamé a la residencia presidencial en la calle Tomás Moro, muy cercana al departamento en el que vivía, y hablé con Beatriz (Tati), una de las hijas del Presidente. Me confirmó que tenían la misma información, que la estaban verificando, y qué su padre se estaba preparando para trasladarse a La Moneda. Al escuchar los primeros bandos militares que confirmaban que Pinochet se había plegado al golpe, recuerda María Beatriz, mi pareja de entonces, que mi única reacción fue decir “estamos jodidos”. A pesar de la existencia de un importante, aunque minoritario, contingente de militares que tenía un compromiso con el orden constitucional, el hecho de que el Comandante en Jefe (quien había reiterado su lealtad al Presidente) encabezara la sublevación, significaba que el gobierno

no contaría con ningún apoyo militar activo, sin el cual toda resistencia de masas no tenía ningún destino.

Me trasladé a la sede del Partido en el centro de Santiago, para desalojarla, limpiarla de documentación y comenzar a preparar el paso de la dirección a la clandestinidad. Transmití un mensaje a través de la radio Candelaria (la última en ser acallada) y llamé a La Moneda para despedirme del Presidente. Me contestó Máximo, el jefe del Grupo de Amigos Personales (GAP) quien me informó que en ese momento Salvador Allende estaba despidiendo a los edecanes, por lo que no podía pasar mi llamada. Le pedí le transmitiera mi saludo y mi cariño.

Lo que yo sí sabía era que el Presidente no saldría vivo de La Moneda y que la iba a defender con las armas en la mano junto a su fiel guardia personal, quienes lo acompañaban. Era una decisión largamente meditada, no un arrebato del momento. La había anunciado reiteradamente en público y en privado: Allende no iba a abandonar el lugar que el pueblo y la Constitución le habían encomendado. La presencia de ánimo de Allende en la jornada más decisiva de su prolongada vida política es admirable, así como su profundo sentido de la historia. Es completamente consciente que está dando una batalla imposible, pero transmitiendo un mensaje de un inmenso valor ético y político para los suyos y las nuevas generaciones. Tenía clara consciencia también del valor de la experiencia revolucionaria que encabezó para todas las fuerzas progresistas del mundo.

Por todo ello, desde el comienzo me pareció plausible la tesis del suicidio del Presidente. No solo por mi confianza en el testimonio directo del doctor Patricio Guijón, sino porque con La Moneda en llamas y las tropas en condiciones de ingresar al Palacio, la posibilidad de salir herido en un último enfrentamiento era alta. A mi juicio, es lo que explica que se haya preocupado de que sus hijas, su secretaria, sus médicos y algunos de sus amigos abandonaran el edificio: para salvarles la vida y para tomar la única decisión que garantizaba el cumplimiento de su compromiso de no abandonar con vida el principal símbolo de la República.

La gesta de Allende del 11 de septiembre, el sacrificio de su vida, el tono y el contenido de sus últimos mensajes radiales al país son suficientes para otorgarle un lugar de honor entre las grandes figuras de la izquierda del siglo XX. Pero su legado va más allá del coraje y la consecuencia demostrados en la hora de la derrota. A mi juicio el valor universal de su legado consiste en la naturaleza del proyecto político que impulsó y encabezó una vez que la Unidad Popular asumió el gobierno el 4 de noviembre de 1970: el intento de construir un segundo modelo de socialismo, inédito en la historia, en el que la superación del capitalismo se realizaría en el marco de un sistema político de plena democracia. Se intentaba conjugar, en un país ubicado en el confín del mundo, los dos grandes valores que en siglo XX anduvieron trágicamente desencontrados: la libertad y la igualdad, la democracia y el socialismo. Es cierto que el proyecto de Allende despertaba variadas diferencias y suspicacias en el seno de la izquierda y de la propia alianza que encabezó, pero es indiscutible que permaneció firmemente comprometido con él: porque se fundaba en sólidas convicciones adquiridas a lo largo de una dilatada y fecunda trayectoria política de varias décadas y en la herencia de lo mejor de las tradiciones del socialismo chileno sintetizadas por Eugenio González en el programa del Partido Socialista (PS) de Chile de 1947.

No fue fácil para la izquierda chilena construir la Unidad Popular en 1969, concordar un programa común y elegir un candidato único para la elección presidencial de 1970.

A los 25 años tuve el privilegio de participar activamente en ese proceso, así como en los mil días del Gobierno Popular. En 1969 ejercía el cargo de subsecretario general del MAPU, el más joven de los partidos de la izquierda, surgido de los sectores más radicalizados de la Democracia Cristiana (DC), es decir, de la cultura cristiana revolucionaria de la época, con una fuerte implantación en el vigoroso movimiento campesino surgido de la Reforma Agraria, en el estudiantado y con bases menores en el sindicalismo urbano. A pesar de ser un partido pequeño, su aparición fue cálidamente recibida por los partidos históricos –Comunista y Socialista– e invitado de

inmediato a participar en el proceso de fortalecimiento de la izquierda que estaba en curso. En tal calidad, me correspondió participar activamente en todo el proceso de constitución del nuevo referente, en los debates que dieron origen al programa común, en la definición del candidato único, en la conducción de la campaña y en los mil días del Gobierno Popular.

La Unidad Popular fue convocada por los partidos Socialista y Comunista con el objetivo de ampliar la alianza de izquierda—el Frente de Acción Popular (FRAP)—que había enfrentado bajo el liderazgo de Salvador Allende las campañas electorales de 1958 y 1964, alianza derrotada en ambas oportunidades. En el país, y en muchos lugares del planeta se respiraban aires de transformación y de cambio.

En Chile, la crítica al *estatus quo* no era patrimonio exclusivo de la izquierda: la DC, que en un evento partidario había desechado la hipótesis de buscar la unidad con la izquierda, levantó la candidatura de Radomiro Tomic, dotada de una fogosa retórica anticapitalista. La cuestión de la superación del capitalismo aparecía en la orden del día como una reivindicación no solo necesaria, sino también posible de realizar en el momento histórico que se vivía.

En los debates de la naciente alianza, obviamente, no se discutió la pertinencia de concurrir a la elección presidencial del año siguiente, ni a todas las del futuro. Ninguna fuerza significativa de la izquierda propiciaba en esos años la estrategia de la lucha armada como el camino para la conquista del poder, con la excepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Todos los partidos de la UP compartíamos la utilidad del camino electoral, aunque muchos pensaban que el triunfo era prácticamente imposible. En tal caso, el proceso permitiría acumular fuerzas para futuras batallas que quizá se dieran en otros escenarios.

La amplitud de la alianza sí fue objeto de controversia. Sectores del PS tenían reparos a la incorporación del Partido Radical, clásico representante de sectores medios, y que se había desplazado hacia la izquierda después de su participación en el gobierno de derecha de Jorge Alessandri. Se argumentaba que su inclusión contravenía la

línea del Frente de Trabajadores, que era la consagrada en los congresos del Partido. La línea del naciente MAPU era la del Frente Revolucionario, que ponía el énfasis en garantizar la “dirección proletaria” de una alianza amplia, por lo que estábamos de acuerdo en la participación de pleno derecho de los radicales. El asunto fue resuelto por Aniceto Rodríguez, secretario general del PS, que consiguió el apoyo tácito de su dirección para cuando suscribimos solemnemente el Pacto de Gobierno y de la Unidad Popular, el 26 de diciembre de 1969.

Particularmente intensa fue la discusión sobre el estilo y la conducción de la campaña, y eventualmente del futuro gobierno. A poco andar, percibí que existía entre los partidos del FRAP numerosas críticas a la conducción de la campaña de 1964. La derrota de ese año fue traumática. El ascenso de la izquierda y el temor a la posibilidad cierta de que Allende alcanzara la presidencia –que había estado a punto de conseguir seis años antes–, hizo que la derecha se retirara de la contienda y resolviera apoyar la candidatura reformista de Eduardo Frei. Aunque él pregonara que no cambiaría su programa “ni por un millón de votos”, toleró el desarrollo de una campaña anticomunista sin precedentes, dotada de cuantiosos recursos y el indesmentible apoyo de la CIA. Aunque no siempre se explicitara, la crítica también implicaba al candidato y se podría resumir dos puntos: la pérdida de los partidos del control del proceso y el peso desproporcionado que habrían adquirido sectores tecnocráticos y figuras independientes. La afirmación del rol dirigente de los partidos y de la importancia de institucionalizar su papel en el Comité Político de la UP es un elemento relevante en todos sus acuerdos y documentos fundacionales. También la posición común de que la campaña electoral debía estar basada en un amplio proceso de movilización y organización popular. Se promovió la creación de los Comités de Unidad Popular (CUP) en cada territorio y lugar de trabajo con el objetivo de generar espacios de encuentro de los militantes de todos los partidos y de los y las ciudadanos y ciudadanas independientes de izquierda con objetivos políticos, que incluían ciertamente la lucha electoral, pero que los

trascendían al ser concebidos como instancias vinculadas a las organizaciones de masas y sus reivindicaciones y al apoyo a un eventual Gobierno Popular.

Consecuentemente con lo anterior, se encargó a un colectivo, integrado por un representante de cada uno de los seis partidos, la elaboración del Programa de Gobierno. El debate fue arduo, pero finalmente el reducido número de dirigentes logró consensuar un documento que fue íntegramente ratificado por las direcciones partidarias. En él se establecía el carácter antiimperialista, antimonopólico y antilatifundista de un programa cuyo objetivo era iniciar la construcción del socialismo. Se sorteaba de esta manera una discusión clásica de la izquierda de la época sobre el carácter de la revolución: democrática-nacional o socialista. En el plano político se postulaba la construcción de un Estado Popular, surgido de una nueva Constitución, cuyo órgano superior sería una Asamblea del Pueblo y cuya misión histórica sería profundizar la democracia, en el pleno respeto de todas las libertades.

Difícil fue, en cambio, el acuerdo para acordar el candidato. Como MAPU, propusimos que fuera designado mediante una consulta en la que participaran todos los integrantes de los Comités de la Unidad Popular. La proposición no obtuvo el apoyo de ningún partido. Se acordó que estos serían los encargados de nominarlo.

El problema político de fondo era que por primera vez desde 1964 la izquierda no tenía un líder indiscutido como lo había sido Allende. Se presentaron, por tanto, cuatro precandidaturas: Alberto Baltra, un prestigioso abogado y profesor radical de izquierda, que había adquirido notoriedad, entre otras cosas, por su defensa pública de la construcción del muro de Berlín; Rafael Tarud, senador independiente de izquierda, apoyado por dos pequeños partidos –la Acción Popular Independiente y el Partido Social Demócrata– nucleados principalmente en torno a su figura; Pablo Neruda, el gran poeta nacional, propuesto por los comunistas, y Jacques Chonchol, uno de los principales teóricos e impulsores de la Reforma Agraria, muy bien valorado en amplios círculos de izquierda, incluso al interior del PS,

propuesto por el MAPU. Salvador Allende se convirtió en el candidato del PS solamente después de que su oponente, Aniceto Rodríguez, resignara su candidatura. En la votación del Comité Central que aprobó su candidatura, Allende obtuvo 12 votos y se registraron 13 abstenciones. Rondaba la idea de que era una figura respetable, pero un tanto gastada y que no representaba cabalmente los aires revolucionarios del momento histórico.

Desechada la idea de una consulta popular, se inició una ronda interminable de consultas de los partidos para conseguir un acuerdo. Como Chonchol era candidato, me correspondió encabezar la delegación del MAPU en todo el proceso, y conocer e interactuar con todos los máximos dirigentes de los partidos, a cuya mayoría solo conocía por la prensa y por la incipiente televisión. Fue una sucesión interminable de reuniones bilaterales y del conjunto. Apremiaba una pronta resolución, ya que las candidaturas rivales, la de Alesandri y Tomic, ya estaban desplegadas y la opinión generalizada era que el candidato de la derecha tenía una ventaja considerable. Recuerdo una reunión en el centro de Santiago realizada el último día de 1969, fecha en que nos habíamos comprometido a definir el candidato, clausurada sin acuerdo al filo de la medianoche.

Mantengo claro el recuerdo del momento en que comencé a cambiar mi opinión sobre el futuro candidato y me convertí, hasta el día de hoy, en un allendista convencido. En el MAPU, especialmente a los jóvenes, que éramos la mayoría, no nos convencía la figura de Allende. Sabíamos que la opción de Chonchol solo era viable en la medida que tuviera apoyo del PS, en el que algunas figuras relevantes nos alentaban a insistir en su candidatura. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que solo habría acuerdo con un candidato socialista –Allende u otro–, y para facilitar la solución del entuerto, retiramos nuestra candidatura de la mesa de negociación. De esta manera, nuestra opinión se hizo codiciada, pues nos convertimos en el primer partido en condiciones de apoyar a los candidatos que se mantenían en competencia. Fuimos cortejados por todos los que

estaban en carrera, menos por Neruda, ya que tanto él como los comunistas sabían que la suya era una presencia más bien simbólica.

Allende invitó a un almuerzo en su casa de la calle Guardia Vieja, donde hasta hoy vive su hija Isabel, a las figuras públicas más destacadas del MAPU –Jacques Chonchol, los senadores Gumucio y Jerez, Vicente Sota– y a mí, el único representante de los jóvenes dirigentes, pues sabía que constituíamos la mayoría del Partido. Nos recibió en su pequeño escritorio, poblado de retratos con dedicatorias personales de íconos revolucionarios del siglo XX –Ho Chi Min, Fidel, el Che– y de Pedro Aguirre Cerda, el presidente del Frente Popular chileno, a quien había acompañado en su gobierno como ministro de Salud. Una vez sentados a su mesa bien servida, nos emplazó sin rodeos: los he invitado para que me expliquen por qué se resisten a apoyarme en circunstancias en las que soy el único candidato capaz de encabezar la Unidad Popular y vencer en septiembre próximo. Alberto Jerez, con más lealtad que convencimiento, me apoyó con la siguiente explicación: aun reconociendo sus méritos históricos, lo considerábamos una figura demasiado convencional. Me impresionó su prestancia, confianza en sí mismo y seguridad. Cuando informé del encuentro a mis compañeros de la dirección, les transmití que “Allende puede que sea reformista, pero es un tipo que se las trae”.

Finalmente, en una prolongada reunión en un local de la Alameda, el 22 de enero de 1970 y contando con su presencia, el Comité Político de la Unidad Popular acordó la candidatura de Salvador Allende, previo a la firma de un documento en que se comprometía a configurar un Gobierno con una presencia equilibrada de todos los partidos de la alianza. De la reunión, salimos a la Plaza Bulnes, porque el Partido Comunista había convocado al pueblo de Santiago para exigir a los partidos la definición del candidato único. Frente a la multitud, Luis Corvalán (secretario general) anunció la buena nueva y Allende pronunció el primer discurso de su cuarta campaña presidencial, que esta vez sí lo llevaría a La Moneda diez meses más tarde.

Acompañé al candidato a la primera gira electoral. Quiso comenzar por la circunscripción que lo había elegido senador en mayo de 1970, en una competencia en la que venció por una mayoría abrumadora a su contendor por el liderazgo del socialismo chileno, Raúl Ampuero. Partimos de Magallanes y lo acompañé también en Aysén. Fui testigo de su enorme apoyo entre los trabajadores de las estancias de la Patagonia y de las ciudades de la región. Las resistencias que despertaba en las direcciones y los cuadros intermedios de los partidos se disolvían en el contacto directo con un pueblo izquierdista que lo reconocía como su líder indiscutido.

La campaña que partió tardíamente, y con pocas perspectivas de victoria, comenzó a tomar un impulso creciente, animada por un candidato incesante quien alcanzó la primera mayoría en septiembre. Así y todo, la votación de Allende fue porcentualmente menor que la alcanzada seis años antes: 36.2% frente a 38.6%. La noche del triunfo, la Alameda se desbordó de una multitud alegre y esperanzada. El Presidente electo reiteró su compromiso con el programa de profundas transformaciones revolucionarias. Tan notable como su discurso, fue la presencia de numerosos jóvenes demócratacristianos celebrando en las calles el triunfo de Allende sobre la derecha, portando los afiches de la campaña de Tomic.

No fue sencilla la instalación del nuevo gobierno. Poderosas fuerzas, tanto internas como internacionales, intentaron por todos los medios impedir que Allende asumiera la presidencia. La historia es conocida. Fracasó la maniobra para que en el Congreso Pleno la Democracia Cristiana votara por la segunda mayoría relativa –lo que constitucionalmente era posible– con el compromiso de que Alessandri renunciara para permitir una nueva elección en la que Frei sería el candidato. Fracasó, asimismo, un intento de golpe encabezado por el Comandante en Jefe de la Armada y el General a cargo de la guarnición de Santiago del Ejército. El programado secuestro del general Schneider, quien en su calidad de máximo responsable del Ejército había sostenido que las Fuerzas Armadas respetarían cabalmente la resolución del Congreso Pleno, realizado por un comando

civil inexperto de ultraderecha, culminó en su asesinato. El plan consistía en culpar del secuestro a grupos de izquierda y provocar un clima de conmoción pública que permitiera la intervención de las Fuerzas Armadas antes de la convocatoria del Congreso Pleno. Si este se constituía era inminente la proclamación de Allende después del acuerdo entre la DC y la Unidad Popular, que negociaron un pacto de garantías democráticas que se consagró en una reforma constitucional.

El asesinato de Schneider, el primer magnicidio cometido en Chile desde el ajusticiamiento del ministro Portales en 1837, provocó tal impacto que la proclamación y la asunción de Allende como presidente de la República se realizó en un clima de gran legitimidad. Los devaneos golpistas quedaban, si no completamente extirpados, al menos postergados.

El gobierno, y en particular el Presidente, demostraron desde el primer momento la determinación de aplicar resueltamente el programa de gobierno. Se aceleró la aplicación de la Reforma Agraria, se presentó al Congreso el proyecto de reforma constitucional para la nacionalización del cobre, se comenzó el proceso de constitución del área de propiedad social utilizando diferentes mecanismos para la nacionalización de la banca y el traspaso al estado de las empresas monopólicas. Al mismo tiempo, se inició la implementación de las denominadas “40 medidas”, un conjunto de iniciativas de corto plazo comprometidas paralelamente al programa de Gobierno, que apuntaba a resolver necesidades inmediatas, desde la distribución del medio litro de leche a todos los niños del país, reajustes salariales significativos, intervenciones urbanas, programas de vivienda y recreación popular, entre muchas otras.

El dinamismo y la determinación inicial del gobierno tuvieron un resultado casi inmediato en el aumento sustantivo de su apoyo popular. En la elección municipal de marzo de 1971, a solo cuatro meses de su instalación, los partidos de la Unidad Popular obtuvieron más del 50% de la votación, un aumento de casi 15 puntos porcentuales respecto de la elección presidencial de septiembre del año anterior.

Durante el primer año del gobierno la iniciativa política estuvo básicamente en sus manos, favorecida por un muy buen desempeño económico. Las activas políticas redistributivas estimularon el pleno aprovechamiento de la capacidad productiva instalada, lo que generó un crecimiento del PIB superior al 8%. Las poderosas fuerzas que desde el comienzo apostaron al derrocamiento, con el estímulo activo y declarado del gobierno de Nixon bajo la inspiración de Kissinger, vieron reducido temporalmente su campo de maniobra.

La tradición señala que el primer mensaje del Presidente al Congreso Pleno tiene la importancia de que el nuevo mandatario define allí los que serán los ejes y los objetivos centrales. Allende tenía plena conciencia de la significación de este hito republicano y preparó con esmero su primera comparecencia. Es un documento notable. Define en él su concepción de la naturaleza del proceso que pretende encabezar. Vale la pena citar algunos de sus párrafos más significativos:

Las circunstancias de Rusia en el año 1917 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales

han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista (Primer discurso ante el Congreso de la República, 21 de mayo de 1971).

La formulación de Allende contiene una doble afirmación: por una parte, se vincula la revolución chilena al movimiento de las revoluciones socialistas iniciadas en octubre de 1917 en Rusia; por la otra, se afirma el carácter completamente inédito del proceso chileno: un segundo modelo, cuya característica propia es el pluralismo y la democracia política. Se comparte el carácter anticapitalista de los otros procesos, no su modelo político, acá no habrá dictadura del proletariado, categóricamente.

Obviamente no todas las fuerzas políticas, ni incluso el pensamiento político predominante en la izquierda chilena de la época, compartían el planteamiento teórico del Presidente. Muchos pensaban, los comunistas en primer lugar, que no existía tal segundo modelo; el leninismo y la experiencia de la Revolución Cubana tenían gran influencia en los otros partidos de izquierda, por lo que no les era sencillo abandonar de buenas a primeras la teoría de la dictadura del proletariado. Así y todo, nadie se apresuró a contradecir abiertamente al Presidente, y todos los partidos de la UP, al margen de sus precariedades en el terreno de la teoría política, habían tenido y mantuvieron hasta el final una conducta práctica democrática irreprochable.

Consciente tanto de que ya se había producido un intento de detener el proceso mediante la Fuerza Armada incluso antes de acceder al gobierno, y de la existencia de opiniones en la izquierda chilena

y latinoamericana que negaban la viabilidad de una transición al socialismo por la vía pacífica, en ese mismo documento confronta directamente esas posiciones. Según sus palabras:

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del Pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del general Schneider, en la Fuerzas Armadas, como parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal (Primer discurso ante el Congreso de la República, 21 de mayo de 1971).

Esa fue la posición permanente del Presidente frente a la llamada “cuestión militar”, uno de los nudos estratégicos de toda estrategia revolucionaria. No había ninguna ingenuidad en su planteamiento. Existía plena consciencia de que los poderosos enemigos del proceso estaban dispuestos a sacrificar la democracia en la defensa de sus privilegios. Pero, al mismo tiempo, tenía la convicción de que el dique a sus propósitos golpistas consistía en la profundización de las tradiciones profesionales y democráticas, particularmente en el Ejército y en la organización y movilización popular, principalmente de la clase obrera, para la defensa de la democracia.

En el MAPU, compartimos esa política desde el Congreso de comienzos de 1971 e intentamos desarrollarla activamente. En el informe al Tercer Pleno, realizado los días 28, 29 y 30 de mayo de 1971, rendido por Eduardo Rojas, resolvimos exponer fundadamente nuestra posición sobre este asunto que nos parecía de la mayor importancia política, así como también teórica, dada la fuerte influencia

del marxismo-leninismo prácticamente en todos los partidos de la izquierda chilena. Me correspondió trabajar con Rodrigo Ambrosio –secretario general y líder del Partido– la parte pertinente de dicho informe. En este afirmábamos que “las Fuerzas Armadas... sólidamente asentadas en tradiciones constitucionalistas, profesionales y de progreso comprenden que, en esta etapa, igual que en todas las grandes etapas de nuestra historia, el acrecentamiento de nuestra soberanía es la obra de todo el pueblo, plenamente movilizado” (s/d). Y alertábamos contra el dogmatismo:

En esta materia cualquier analogía simplista con el papel que en otros procesos revolucionarios jugaron otras fuerzas armadas puede conducir a conclusiones equivocadas. Igualmente, un análisis teórico esquemático sobre el papel del Estado y sus aparatos armados en las sociedades clasistas a través de la historia puede llevar a enfoques dogmáticos, que ligen de manera mecanicista las clases dominantes a sus instrumentos institucionales de dominación (s/d).

Por otra parte, destacábamos el aporte que las instituciones armadas podían entregar a las tareas de desarrollo de la independencia económica y, finalmente, reflexionábamos sobre los cambios en los supuestos de la seguridad nacional que implicaba la existencia de un gobierno comprometido a asegurar plenamente la soberanía nacional.

En un gesto audaz para su tiempo, Rodrigo envió el Informe al general Carlos Prats, que sucedió a Schneider y fue ratificado por Allende en la Comandancia en Jefe de su institución. Acompañaba el informe una carta que explicaba nuestro interés en que conociera de primera mano la posición de uno de los partidos de la Unidad Popular sobre el rol de las fuerzas armadas en el proceso histórico que se iniciaba. Para nuestra sorpresa, al poco tiempo recibimos por escrito la respuesta de Prats, en la que no solo acusaba cortésmente recibo del informe, sino que señalaba su acuerdo general con su contenido en la materia específica y reiteraba su interpretación de la que pasó a llamarse “la doctrina Schneider”, del estricto apego del Ejército al

orden constitucional. El intercambio epistolar dio paso a una fluida relación que me correspondió continuar después de la muerte de Rodrigo Ambrosio, en mayo de 1972, que se profundizó durante el período en que asumió el Ministerio del Interior durante el paro insurreccional de octubre de ese año y que se mantuvo hasta las vísperas del golpe, cuando ya había sido desplazado del mando.

El paro de octubre polarizó al país y su repliegue constituyó un triunfo significativo del gobierno y la UP. La presencia de Prats en el gobierno, acompañado de un Almirante y un General de la Aviación, jugó un papel central en su desenlace. La presencia militar en el gobierno fue duramente criticada por el MIR desde fuera y soportada en sordina por sectores al interior de la alianza.

El sorprendente resultado de la elección parlamentaria de marzo de 1973, que registró un apoyo contundente del 43% a los partidos que formaban el gobierno, a pesar de la aguda polarización política y una severa crisis de abastecimiento, hizo que la dirección estratégica de la derecha política y empresarial –con el apoyo activo del gobierno de Estados Unidos– abandonara toda ilusión de terminar con el gobierno por medios constitucionales y resolviera generar las condiciones del golpe de Estado. Para ello resultaba indispensable, en primer lugar, eliminar la figura y la influencia de Prats y sus seguidores en las fuerzas armadas. Y luego, atraer a una estrategia de aguda confrontación con el gobierno al conjunto, o a la mayoría, de la DC, bajo el liderazgo de Eduardo Frei Montalva, entonces presidente del Senado. Desgraciadamente, consiguieron ambos objetivos. Las agudas diferencias que surgieron al interior de la Unidad Popular, sobre el modo de enfrentar la crisis y la debilidad de los sectores democráticos, facilitaron el trágico desenlace. Pero esta es materia de otra reflexión.

Termino citando mi registro del día en que Prats renunció, después de una manifestación de repudio de varias decenas de esposas de oficiales, entre ellas varias de generales, frente a su residencia oficial:

Estaba muy abatido. Me lo encontré en uno de los pasillos de La Moneda, en el segundo piso. Me dice 'supongo que estará de acuerdo con que yo renunciara, con que era el mejor camino'. Le digo: 'perdone que le diga que no don Carlos, yo pienso que es un error'. 'Pero don Jaime, entienda usted que si yo no renuncio eso significa la guerra civil, y eso significa en este país treinta mil muertos'. 'Lo malo, general, es que con la renuncia suya los muertos van a ser solo nuestros' (Gazmuri y Martínez, 2000, p. 114).

Referencias

Allende, S. (1971, 21 de mayo). La "vía chilena al socialismo". Primer discurso ante el Congreso de la República. Marxist Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/21-5-71.htm>

Gazmuri, J. y J. M. Martínez. (2000). *El sol y la bruma*. Santiago: Ediciones B.

Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria

El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica

Carlos Méndez Contreras

El presente artículo es una reseña del documento “Vamos parando el chamullo, para cantar mano a mano...”, escrito por Kalki Glauser en Estocolmo, en enero de 1977. Una edición de 100 ejemplares (156 páginas mimeografiadas) y distribuidos a mano, con el seudónimo Alberto Serrano Castro.

Lionel ‘Kalki’ Glauser era miembro de la Comisión Política, uno de los redactores del Programa del II Congreso del MAPU y secretario político del Regional Santiago (Metropolitano) durante el año 1973. A la fecha (1977) estaba exiliado en Suecia, desde donde realizó varios análisis políticos, de los cuales seleccionamos el que nos parece primordial para entender el debate que se daba en el MAPU –al menos en su cúpula dirigente y militancia activa– en esos años.

Glauser fue un meritorio militante de las Juventudes Comunistas en la década de 1960, a quien su Partido distinguió en delegaciones que visitaron los países socialistas de Europa del Este. Kalki se retiró

del PC e ingresó al MAPU (1969), legando al partido un importante bagaje histórico de las luchas sociales y teoría marxista.

Pasados tres años del golpe de Estado, en el MAPU se perfilaban dos tendencias que manifestaban interpretaciones y perspectivas diferentes de la situación que vivían los chilenos regidos por la dictadura militar. La característica común de esas tendencias era no asumir la real profundidad de la derrota.

No obstante, se esbozó una tercera tendencia, representada por Kalki, quien preparó un documento de análisis que señala en su presentación que “la crisis de nuestro partido ha llegado a una profundidad extrema. El carácter estratégico de la derrota sufrida por nuestra clase obrera, por la izquierda en su conjunto y por nuestro MAPU dentro de ella, no puede ser más evidente. La absoluta incapacidad de nuestras organizaciones ‘revolucionarias’ –por los caminos políticos que han seguido en más de tres años transcurridos desde el golpe– para constituir siquiera en perspectiva una alternativa real de poder frente a la dictadura y menos aún para derribarla o establecer algún ‘gobierno revolucionario’, es ostensible. Ello está, precisamente, en la base de la crisis que viven nuestros partidos”.

El título del trabajo de Glauser –que resumiremos en estas páginas– debe su nombre a “nuestro escepticismo acerca de que el MAPU, y en general la izquierda ‘revolucionaria’, estuviese en condiciones de asumir en los hechos los objetivos que se proponía en las palabras”.

El documento estructurado –por su autor– en 5 títulos, 20 capítulos y 176 párrafos, expone los temas que a su juicio son relevantes para una línea política, orientaciones estratégicas y tácticas del MAPU. Los textos entre comillas son seleccionados del documento de marras y esperamos interpreten el contenido que quiso imprimirle su autor original.

“La cuestión central por investigar y que, si como producto de ello llegábamos a concluir que esos supuestos eran falsos, si se hacía evidente lo ilusorio de tales objetivos y premisas, entonces había que terminar de una vez la fullería y decidirse a cambiar de canción:

empezar, como quien dice, desde Adán y Eva, y declarar, con Carlitos Gardel ‘Vamos parando el chamullo, para cantar MANO A MANO’. La necesidad de mudar de tango no puede ser pues más clara. Hora es ya de terminar con el grotesco ‘chamullo’ triunfalista, que contrasta demasiado con la profundidad de nuestra derrota, y de iniciar con honestidad el ‘mano a mano’ de la discusión abierta, de la confrontación política, teórica y práctica, que nos permita superar la crisis y construir una izquierda revolucionaria y proletaria real”.

“Desde el golpe a esta parte, nuestro partido ha perdido la unidad política (estratégico/táctica) e incluso la unidad ideológica que, buena o malamente, lo mantenía antes cohesionado. Hoy día se enfrentan en su seno definiciones antagónicas sobre cuestiones políticas básicas que son de importancia práctica directa para su acción cotidiana: la política de alianzas, la línea internacional, el carácter de la revolución chilena, la valoración que hacemos del período UP, los objetivos políticos centrales que hemos de proponernos en el período actual, la forma en que entendemos nuestra definición marxista, la naturaleza del socialismo por el cual luchar, la concepción de partido por la que orientamos la acción de nuestra organización, la propia legalidad interna y legitimidad de los órganos de dirección existentes. No son, como se ve, problemas menores”.

“Y es que la derrota sufrida con el golpe y, sobre todo, nuestra impotencia y precariedad política en los años transcurridos desde entonces, han puesto de manifiesto la fragilidad, la insuficiencia y hasta lo ilusorio del marco de referencia político que constituía el consenso partidario, que hacía la unidad del MAPU. Este es, a nuestro modo de ver, el carácter de la crisis que vivimos como partido y que, por lo demás, está presente en las demás organizaciones de la llamada izquierda ‘revolucionaria’ y, en otro sentido, en las reformistas”.

Hablar de derrota estratégica, incapacidad, impotencia, precariedad política, vaivenes, indefiniciones e inoperancia práctica –en aquellos años– era no solo un atrevimiento, sino que el riesgo de recibir la descalificación moral y política del conjunto de la izquierda, principalmente en el exilio. Este análisis crítico de la experiencia del

gobierno de la UP, realizado por Kalki Glauser, la entendemos como la primera revisión rigurosa de la vía chilena al socialismo.

¿Cuál era la situación del MAPU a la que se refiere Glauser y a dónde apuntaba su análisis?

“De hecho, la organización aparece repartida en diversos sectores o corrientes, que es vano querer desconocer. Entre estos distintos sectores, que representan proyectos políticos claramente diferentes, hay dos que hasta aquí han podido ser mejor visualizados, debido a que, habiendo logrado organizarse como tales, han administrado hasta ahora a su amaño el conflicto interno”.

“El primero es el que se expresa a través de la dirección oficial, es decir, la dirección política en Chile y, en el exterior, primero la DIPEX y después la Dirección de Intervención. El segundo es la Oposición que se autodenomina ‘marxista-leninista’ y que aparece dirigida por Juan Pablo, Tomás y los demás compañeros provenientes del PCBR (Partido Comunista-Bandera Roja) en la dirección local de Suecia. Nosotros pensamos que ninguno de estos dos proyectos partidarios tiene algún futuro revolucionario”.

“El primero, que no dispone de una definición política acabada, pero que en los hechos marca un rumbo bien determinado, solo puede conducir a ser una especie de ala izquierda del reformismo o bien un conglomerado ambiguo destinado a dividirse más adelante. El segundo conduce únicamente a una secta que, si bien puede vivir mucho tiempo aferrado a sus dogmas de fe, jamás tendrá ninguna influencia práctica y ni siquiera representará algún aporte teórico en la lucha de nuestro pueblo”.

“Asumir la real profundidad de la derrota”

Para Glauser es fundamental definir el carácter de la derrota y significado de la dictadura.

“De ahí que el golpe no signifique la apertura de tan solo un ‘nuevo período táctico’, de tan solo una nueva fase dentro de la misma

lucha de clases que venía desenvolviéndose anteriormente. Por el contrario, el golpe marca el cierre de todo un ciclo histórico, el comienzo de una nueva etapa, de un nuevo período estratégico de la lucha de clases en nuestro país”.

“La derrota sufrida a raíz del golpe no es pues tampoco solo una derrota ‘táctica’, es decir, una derrota parcial dentro de una guerra que no habría terminado. Lo efectivo es que la ‘guerra’, la lucha frontal y decisiva de clases que venía librándose desde fines del gobierno de Frei, terminó, puesto que hay un vencedor y hay vencidos. Inútil es seguir engañándonos al respecto, transcurridos ya tres años desde el golpe”.

“Que, en suma, ‘la lucha continúa’ y seguirá ‘continuando’ mientras existan clases sociales. Pero la constatación de esos hechos y la afirmación de esta verdad abstracta no pueden ocultar por más tiempo que aquella lucha concreta, esa que desarrollábamos antes del golpe, terminó: que la perdimos estratégicamente, totalmente”.

“Hasta ahora, los análisis y ‘autocríticas’ de la izquierda chilena, tanto de la autodenominada ‘revolucionaria’ como de la llamada ‘reformista’, han consistido pura y simplemente en echarle a los demás –cuando no al ‘empedrado’– la culpa de la derrota”.

“Para unos es la maldad todopoderosa del imperialismo, y en general del enemigo, la explicación suficiente del naufragio de la ‘revolución chilena’. Para otros es la predestinación histórica de un proyecto reformista que nunca tuvo la menor viabilidad”.

“Para unos fueron los perversos ultraizquierdistas que agitando en exceso a las masas, asustaron a los sectores medios, lanzándolos así en brazos del fascismo, aislando a la clase obrera y provocando un vuelco a la derecha de las anteriormente ‘profesionalistas’ y ‘apolíticas’ Fuerzas Armadas. Para otros fue la estupidez inconmensurable de la clase obrera que se dejó llevar por una dirección reformista y revisionista en vez de hacerle caso a los lúcidos consejos de ellos –los ‘revolucionarios’ y ‘marxistas leninistas’– que si se hubiesen seguido, habrían producido la victoria”.

**“No basta con criticar al reformismo,
hay que reconocer también la bancarrota
de lo que bajo Allende fue nuestra propia política”**

Con ese título, Glauser describe el período de Allende y la izquierda ‘revolucionaria’.

“El triunfo electoral de la UP en 1970 llevó al gobierno una coalición organizada en torno al eje PC-PS, es decir, en torno a los dos partidos de masas que la clase obrera reconocía como propios y que constituían también la columna vertebral de la CUT–*Central Única de Trabajadores*. Coalición en la cual la línea política predominante, y en ese entonces hegemónica desde un punto de vista estratégico, era la del PC”.

“El que esa línea política concibiese el ‘socialismo’ y la ‘revolución’ de una manera que la diferenciaba muy poco de la ‘vía no capitalista de desarrollo’ propugnada por los partidarios DC de Tomić –es decir como una serie de reformas enfiladas a configurar un capitalismo de estado de nuevo tipo, ‘primera etapa’ de la supuesta transición al ‘socialismo’– no quita, sin embargo, que ella expresase la forma de conciencia que el bloque social del proletariado tenía entonces de sus propios intereses de clase prácticos, correspondientes a ese momento histórico determinado. Y no impide pues en modo alguno que la Unidad Popular fuese, durante todo un primer período, la expresión real del bloque social obrero”.

“El gobierno UP se constituyó pues, en 1970, como un gobierno del bloque social proletario. Pero se imaginó a sí mismo como un gobierno ‘popular’, como representante de todas las clases y capas sociales opuestas a la gran burguesía, o sea, también del bloque de los sectores medios. Esta ilusión frentepopulista de la gran ‘alianza’ que opondría a todo ‘el pueblo’ a los tres enemigos jurados de la ‘revolución’ pacífica –monopolios, latifundio e imperialismo– no fue por cierto nunca otra cosa que eso, una ilusión o cuando más un engaño, y jamás tuvo asidero práctico; pero persistió porfiadamente hasta

los últimos estertores del gobierno de Allende y persiste hasta ahora mismo en la conciencia reformista que impera en la UP, que es donde tiene su explicación y su única realidad”.

“No el solo y milagroso ‘flujo’ o ‘ascenso’ espontáneo del ‘movimiento de masas’, sino sobre todo las reformas introducidas durante 1971 por el gobierno UP –principalmente la constitución del Área Social, el rápido avance de la Reforma Agraria y el significativo aumento del poder de compra de los estratos de bajos ingresos– es lo que generó una dinámica tal de la lucha de clases que rebasó muy pronto los límites previstos por el proyecto estratégico predominante en la UP. Y el que esto haya sido posible no puede explicarse ni por el mito de una UP puramente ‘reformista’ frente a un MIR auténticamente ‘revolucionario’, ni por el mito de una UP cuyas palabras y hechos serían idénticos a los de las clases que representaba”.

“Se explica, en cambio, en primer lugar, porque esas reformas cambiaron las condiciones reales de existencia del movimiento obrero y popular y, con ello, modificaron también tanto sus intereses prácticos de clase como la conciencia de esos intereses. Se explica, por otro lado, porque los trabajadores concretos que en las fábricas, fundos y poblaciones eran afectados por dichas reformas vivían en condiciones distintas a las de los dirigentes que en la UP los representaban, y tenían pues una visión de sus intereses que podía y debía ir más allá que la imperante en el gobierno. Se explica, además, porque las mencionadas reformas fueron conducidas –esencialmente desde los ministerios de Economía y Agricultura– no por ‘la UP’ en abstracto, sino por determinados partidos, sectores e individuos de la UP que, sin ser propiamente revolucionarios ni menos aún proletarios, concebían y realizaban su labor de una manera menos sólidamente reformista, menos coherente con el proyecto hegemónico en la UP, que las dirigencias del PC o del PS; cual era el caso de personajes como Jacques Chonchol (*ministro de Agricultura*) o Pedro Vuskovic (*ministro de Economía*), o de organizaciones como la Izquierda Cristiana y nuestro MAPU”.

“Y es solo dentro de este contexto, en fin, que se explica también por la actividad radicalizante de grupos exteriores a la clase obrera y al campesinado, fundamentalmente estudiantes, intelectuales y funcionarios que –militantes del MIR, MAPU, IC, PCR, PCBR e incluso PS– se imaginaban sin embargo constituir la vanguardia del proletariado. El papel que en esto jugaron los grupos ‘revolucionarios’ que no pertenecían a la UP fue, a decir verdad, muy secundario, y en todo caso subordinado a las posibilidades que abría la acción reformista del gobierno”.

“Lecciones de la derrota y autocrítica”

Glauser continúa describiendo el desarrollo de la pugna entre los sectores sociales y sus representantes políticos en el gobierno de Allende.

“La realidad fue, naturalmente, otra. Ya desde mediados de 1972 el bloque social de los sectores medios no solo veía en la UP una expresión política de sus ahora principales enemigos de clase, sino que iba también separándose de su anterior dirigencia ‘progresista’ –el ala izquierda de las personalidades DC– cuya línea política de buscar acuerdos con el bloque social proletario ya no correspondía a sus nuevos intereses prácticos de clase, que exigían combatir frontalmente al movimiento obrero y unirse para ello a los monopolios”.

“De allí que, en 1972, fracasaran los intentos de la UP de llegar a un entendimiento con la Democracia Cristiana, y que siguieran fracasando en adelante; pues la única forma en que ‘la alianza’ UP-DC podía concretarse era sobre la base de que el gobierno de Allende reprimiera con toda la fuerza del Estado burgués el proceso revolucionario en curso y lo detuviera definitivamente”.

“Su lucha cada vez más encarnizada contra los dos bloques sociales burgueses y las nuevas formas de conciencia que acerca de sus propios intereses iba en ella desarrollando, llevó a la clase obrera a

buscar y ensayar nuevas formas de organización y de acción que tendieran a sobrepasar al pesado aparato reformista”.

“La primera irrupción global de este fenómeno ocurrió en la Crisis de Octubre (*Paro Patronal contra el Gobierno, por parte de Gremios Camioneros, Transporte urbano, Corporaciones Industriales, Comerciantes, Colegios Profesionales, con apoyo del gobierno de Estados Unidos, medios comunicacionales y partidos opositores*), y fue catalogada de inmediato por los grupos relativamente revolucionarios que habíamos dentro y fuera de la UP, bajo la categoría de ‘poder popular’. Pero, en realidad, la crisis de octubre no solo reveló claramente que cualquier definición burguesa del proceso pasaba por las Fuerzas Armadas como institución, ni dejó solamente al desnudo la bancarrota del gobierno UP como dirección efectiva del movimiento obrero, sino que además mostró ya nítidamente –sobre una inminente salida revolucionaria– que el mentado ‘poder popular’ de octubre era ciertamente importantísimo, pero no era en modo alguno aquel contrapoder frente al estado que nosotros imaginábamos”.

“Mientras que cuando, al terminar la crisis, el reformismo trató de sepultar para siempre esa experiencia, el poder popular real, es decir, la fuerza revolucionaria efectiva de los trabajadores, se mostró tal cual era: sin dirección propia unificada ni carácter general, con una organización precaria, sin línea política revolucionaria de conjunto que le diese vertebración teórica y práctica, y sin ninguna de las características que pudieran justificar llamarla un ‘poder’, en el sentido de un Estado en ciernes, en especial sin fuerza militar”.

“La expresión más alta y más palpable que alcanzó este proceso la constituyeron los Cordones Industriales (*Coordinación territorial de sindicatos*), sobre todo después del Tanquetazo del 29 de junio del 73 (*sublevación militar contra el gobierno de Allende*). Pero la clase obrera no llegó nunca a producir desde sí misma una nueva dirección efectiva, es decir, una línea política y una dirigencia que, unificando en la práctica sus diversas luchas dispersas, dándoles una estructuración única y global a nivel de todo el país, pudiesen conducirla

revolucionariamente y reemplazar definitivamente a la vieja dirección ya caduca”.

Incapacidad de la izquierda ‘revolucionaria’

Glauser prosigue explicando las limitaciones de los sectores ‘revolucionarios’.

“En cuanto a las direcciones revolucionarias que desde el exterior del movimiento obrero nos ofrecimos a este, no fuimos jamás, ni juntas ni por separado, direcciones reales, y no tiene pues nada de extraño el que la masa de los trabajadores reales no nos haya seguido, ni pudiese seguirnos. Nunca una línea de acción política que expresase, en cada situación determinada, los intereses revolucionarios prácticos del bloque social proletario efectivamente existente, es decir, no de este en abstracto, no del concepto de ‘proletariado’, sino del conjunto de los individuos trabajadores y de sus organizaciones de masas, incluyendo allí no solo los sindicatos, JAPs-*Juntas de Abastecimiento y Precios*, Cordones Industriales; sino también las bases obreras del PC y PS, en la medida en que estas tenían un margen de autonomía respecto de los aparatos partidarios reformistas. Nunca una línea política propiamente tal, que fuese capaz de unificar sus diversas luchas reales y de generar los mecanismos de una conducción revolucionaria práctica y no puramente retórica ni declarativa”.

“De allí que la pretensión nuestra, es decir, nuestra ilusión como MAPU de ser una ‘dirección revolucionaria’ para el bloque social proletario, no fue más que eso, un legítimo deseo, al igual que los deseos similares existentes en el MIR, IC y algunos grupos de intelectuales revolucionarios del PS, y hasta en la Juventud Radical Revolucionaria, Partido Comunista Revolucionario y PCBR. Ciertamente es que nuestras organizaciones contribuyeron en más de alguna medida al avance del movimiento obrero y popular. No solo desenmascarando al reformismo y agitando verdades revolucionarias que, a pesar de parciales, abstractas o archisabidas, aquel quería ocultar”.

“Sino también dirigiendo varias luchas concretas y dándoles, en determinadas ocasiones, realmente, un carácter y una perspectiva revolucionarios. O vinculándose a la acción práctica del bloque social obrero mismo y colaborando en ella, como por ejemplo en el caso de los Cordones Industriales o en el de la marinería. Verdad es que mal podían aspirar a ello organizaciones como las nuestras, con escasa presencia entre los obreros y cuyas dirigencias no solo se componían casi totalmente de profesionales universitarios, estudiantes y funcionarios, sino que además –y es lo que realmente importa– asentaban su fuerza como dirigencia partidaria en otra parte que en la organización propia del movimiento obrero mismo. Organizaciones, en suma, que no eran organizaciones proletarias y que, precisamente por eso, se creían en la obligación de afirmar esa condición verbalmente, como por ejemplo nosotros cuando decidimos apellidar al MAPU ‘partido proletario’. Por lo demás, línea revolucionaria ilusoria o abstracta y falta de composición proletaria real son solo las dos caras de una misma y única medalla. Ambas se condicionan mutuamente”.

“Este persistente apoyo de los trabajadores, en el que la Unidad Popular quiere ver la prueba de su propio carácter ‘revolucionario’ y el ‘marxismo-leninismo’ el efecto de la ‘hegemonía ideológica del revisionismo en el seno de las masas’ no era ciertamente ni lo uno ni lo otro. Sino que era el elemental instinto de conservación de una clase obrera carente a esas alturas de toda conducción política positiva y que no podía pues sino volverse hacia la única dirección efectiva que había podido probar en la realidad”.

“El Gobierno mismo no era ya, en su último año, más que un caparazón marchito, incapaz de orientar el movimiento real del bloque de clases que representaba, incapaz por tanto de defenderse a sí mismo como gobierno. Así se entiende que pudiera ser apartado por el Golpe de un solo envión, sin que su base social estuviese en condiciones de resistirlo. Y, a decir verdad, el Golpe no iba orientado primordialmente contra esa dirección reformista; sino contra el movimiento obrero y popular como tal, que era el verdadero peligro

revolucionario y del cual el Gobierno era, a la sazón, el castillo de naipes que lo protegía institucionalmente, y la UP solo el símbolo deslustrado que la burguesía debía destruir”.

“Si bien es cierto que la dirección reformista predominante en la UP y la corriente internacional ‘revisionista’ en que se inscribe son, sin duda, los responsables principales del desastre de septiembre de 1973, lo son, sin embargo, solo en tanto su línea política condujo al movimiento obrero chileno a la derrota. Pero, aplicando esa línea política y siendo consecuente con ella –incluso hasta el heroísmo como en el caso de Allende– los reformistas hicieron solamente lo que tenían que hacer y lo que no podían dejar de hacer como reformistas. Acusarlos a ellos de no haber actuado revolucionariamente es como acusar al olmo de no dar peras. Así pues, su enorme responsabilidad histórica no aminora en nada la nuestra, la de los llamados ‘revolucionarios’, para quienes la cuestión central no puede seguir siendo el comprobar una y otra vez que el reformismo es el reformismo. No puede consistir en el simple lamentarse acerca de una cuestión de hecho, por más importante que sea el dejarla en evidencia. Sino que lo honesto es empezar a reconocer que los ‘revolucionarios’ no hicimos lo que tendríamos que haber hecho como revolucionarios. Es decir, que no fuimos revolucionarios. Salvo en el pensamiento, e incluso esto, no siempre”.

“Lo cual en el caso del MAPU, puede ilustrarse abundantemente. Baste aquí señalar solo algunos hitos que jalonan nuestro camino como partido:

- Supimos, en 1970, resolver acertadamente nuestra participación en la UP y en el Gobierno. Pero, al abandonar de allí en adelante toda acción en torno a la cuestión militar, hicimos de nuestra consigna ‘convertir la victoria en Poder’ solo una bonita frase.
- Imprimimos, en 1971, desde el Gobierno y desde los frentes de masas, una dinámica revolucionaria a las formas que nos tocó impulsar. Pero, al hacer del Gobierno el bastión primordial de nuestra fuerza, perdimos la oportunidad que lo anterior abría

de irnos transformando en una verdadera organización de trabajadores.

- Planteamos en forma revolucionaria, el año 1972, la política económica. Pero ni siquiera en el papel planteamos cómo abordar prácticamente las consecuencias propiamente políticas que su eventual aplicación entrañaba; es decir, la agudización extrema de la lucha de clases y su desenlace armado.
- Levantamos, en el Segundo Congreso, un ‘programa’ con tesis en su mayor parte, revolucionarias y certeras. Pero que no decía nada acerca de qué hacer revolucionariamente en aquellos momentos decisivos de la lucha de clases.
- Gritamos mil veces por las calles ‘crear poder popular’. Pero jamás buscamos la manera práctica de colaborar a que el movimiento obrero fuera construyendo, bajo las condiciones de entonces, un Poder real –político y militar– suyo.
- Forzamos, en enero de 1973, a nuestro ministro Flores, a anunciar a todo el país el control popular sobre la distribución. Pero no tuvimos ni tan solo el decoro revolucionario de retirarnos del Gobierno cuando este, archivando rápidamente ese discurso en el cajón de la basura, confesó públicamente que ya no era más un instrumento activo de los intereses proletarios.
- Hicimos bien, en febrero de 1973, en denunciar otra vez las ilusiones del reformismo acerca de una ‘salida de centro’ a la crisis política que vivía el Gobierno. Pero atribuimos todavía a esas ilusiones una capacidad de realización que hace tiempo no tenían. Y, lo que es más importante, nos negamos a sacar las consecuencias prácticas de esa denuncia al rechazar poco después el eje revolucionario con el PS, IC y MIR, que era en ese momento la manera de ir levantando en los hechos una alternativa política frente al reformismo.

- Nos dividimos en marzo de 1973, entre un ‘MAPU-Gazmuri’ perdidamente reformista y un ‘MAPU-Garretón’ ambiguo, vacilante y revolucionario solo en las palabras.
- Creímos durante meses que era más importante defender frente al reformismo nuestro nombre de ‘MAPU’ que defender siquiera nuestra realidad como partido frente a un golpe de Estado que sabíamos cercano.
- Predicamos la buena nueva ‘marxista-leninista’ en los Plenos del Comité Central y en la revista ‘De Frente’. Pero no explicamos, ni supimos nunca qué cosas concretas hacer en la situación que entonces vivíamos, de desenlace definitivo del proceso.
- Coleccionamos toda suerte de rumores castrenses después del Tanquetazo. Pero no movimos un dedo por organizar de alguna manera la agitación potencialmente revolucionaria que entonces recorría a los soldados.
- Dijimos que en vez de ‘evitar la guerra civil’ había que prepararse para ella. Pero solo jugamos a adivinar las distintas maneras en que podría dividirse la oficialidad ‘en caso’ de guerra civil, y bautizamos rimbombantemente eso como ‘línea militar’.
- Adherimos al movimiento de la marinería en agosto de 1973. Pero *blufando* con unas decenas de ‘guardias verde olivo’ armados de palos. Pasando revista en sueños a supuestos ‘oficiales de masas’. Fingiendo ante los demás poseer un armamento, un ‘aparato’ y unos ‘planos’ militares que nunca tuvimos. Engañando con todo ello, al igual que lo hacían otras organizaciones, no solo a aquellos trabajadores que nos escuchaban y a más de algún militar honesto, sino también a nosotros mismos. Jamás bajo todo el período de Allende realizamos ningún esfuerzo práctico por construir en serio alguna conducción militar revolucionaria real. Y, sobre todo, desde 1970 dejamos totalmente de lado como partido, el trabajo político con los soldados y demás cuadros de base de las Fuerzas Armadas, que, en las condiciones de entonces, era

sin duda la tarea esencial que en este orden de cosas debimos haber llevado adelante.

- Definimos, recién en el Pleno de Comité Central de septiembre de 1973, una línea táctica coherente. Pero que apuntaba a una ‘insurrección’ imposible ya de preparar en una semana, cuando no lo habíamos hecho en tres años. Aunque más imposible aún fuese, en esa semana –por muchas condiciones que, según se decía, ofreciese para ello Concepción – desarrollar aquella ‘guerra popular y prolongada’ que, ya en aquel Pleno, ‘estaba recomendada’ por el ‘marxismo-leninismo’ como receta universal, válida tanto para detener golpes de Estado como para subvertir democracias burguesas o derribar dictaduras.
- Declaramos en las palabras nuestro ‘internacionalismo’. Pero nunca tuvimos ni política internacional ni verdaderas relaciones internacionales.
- Y con esta trayectoria luminosa, a nadie habrá extrañado que hoy día proclamemos, a quien quiera oírlo, nuestro pío deseo de constituir a la brevedad posible un ‘gobierno revolucionario provisional’. Cuando apenas si tenemos fuerzas para evitar que se desmoronen totalmente los restos de nuestro pequeño partido”.

“Nuestras organizaciones ‘revolucionarias’ (fundamentalmente el MIR y el MAPU), situadas al exterior del movimiento obrero, no asumieron esta tarea. Y en la medida en que se plantearon como representantes, no de la clase obrera en su realidad práctica, sino de un proletariado abstracto existente solo en el concepto, en esa medida nuestra línea política no fue la de los obreros reales y, por tanto no existió tampoco realmente. Así pues, si dejamos de lado posiciones revolucionarias aisladas –que en sí mismas no fueron ni podían ser una línea política y que tuvieron influencia práctica principalmente a través de la izquierda del PS, por ser este precisamente una organización realmente de trabajadores, aunque sujeta a un aparato

reformista– no hubo “dos líneas” en el seno de la Izquierda durante el período de Allende”.

“La ‘línea revolucionaria’ que, en nuestra imaginación, le habría disputado la hegemonía a la línea reformista, no fue en realidad más que la crítica al reformismo. Y como mera crítica, dependió siempre de aquello que criticaba; fue solo su otra interpretación. Dicho en pocas palabras, nuestra pretendida ‘Izquierda Revolucionaria’ fue, en los hechos, solo la izquierda de la Izquierda. De esa misma Izquierda cuya derecha era el reformismo. De allí que, en los momentos del Golpe, no haya podido jugar ningún papel diferente al del reformismo. Y que la derrota de éste haya sido también la suya”.

Kalki finaliza su documento con la siguiente indicación:

“Todo lo dicho no constituye una línea política acabada, ni lo pretende. Tampoco consideramos como definitiva la formulación de las tesis anteriores. Ni creemos que estén totalmente libres de fallas. Pero sí estamos convencidos de que dichas tesis delimitan, aproximadamente al menos, el espacio de posibilidad de una línea política revolucionaria, hoy y en Chile. Y que marcan también gruesamente el rumbo por el cual debemos orientar nuestra acción”.

“Es por eso que pensamos que el MAPU no tiene ningún futuro revolucionario, si no sigue un camino político compatible con ese rumbo y al interior de ese espacio. Más aún, creemos que esa ha sido, históricamente, la dirección hacia la cual ha apuntado nuestro partido desde su fundación y que fue señalada más claramente en su Segundo Congreso”.

“A pesar de todas las ambigüedades y vaivenes que la acción del MAPU ha tenido y que son, en parte importante, el precio a pagar por intentar abrir rutas originales adaptadas a la realidad concreta de Chile –en vez de sumarnos fácilmente al PC o al MIR (como lo fue la aparente disyuntiva al comienzo)– y en vez de adherir a las iglesias marxistas-leninistas del trotskismo, del maoísmo o del ‘revisionismo’, como quisieran algunos ahora”.

“El MAPU no es hoy alternativa revolucionaria; pero está en condiciones, por sus características y por su trayectoria previa, de jugar

un papel muy importante en la construcción de una tal alternativa. Siempre y cuando sepa hoy día, en este momento crucial de su existencia, los senderos políticos adecuados”.

La propuesta de Kalki de “poner en marcha un mecanismo de discusión, consulta y decisión de los problemas políticos de fondo, estilo Congreso, sin excluir burocráticamente a ningún sector”, no fue acogida por las cúpulas directivas del MAPU.

En diciembre de 1989, quienes se mantuvieron con ese rótulo, resolvieron disolverse e ingresar al Partido Socialista o al Partido por la Democracia. Varios de los condiscípulos y discípulos de Glauser ocupan y ocuparon cargos legislativos y gubernamentales, durante los gobiernos de la Concertación. Kalki falleció en 1993, en Estocolmo. El estudio y difusión de sus escritos es una tarea pendiente y necesaria.

El MAPU desde Lota

Tito Gutiérrez Contreras

Nada se puede explicar sin historia, por lo que comenzará este relato desde el gobierno de Frei Montalva, desde el Partido Demócrata Cristiano (PDC), desde el Partido Comunista (PC). Todo esto desde Lota, ciudad minera a 45 kilómetros de Concepción y con una incidencia enorme en el movimiento sindical, político y en el esplendor de la explotación del carbón, a la economía nacional.

En Lota, el partido dominante en toda la esfera comunal era el PC, donde la militancia se expandía por toda la ciudad, con un sectarismo enorme hacia todos los otros partidos incluyendo al Partido Socialista (PS), a pesar de las alianzas que con ellos tenían. En Lota no había cabida para “otros” que no fueran comunistas y en medio de ese ambiente existía el PDC muy disminuido, que se abría paso con muchas dificultades en el día a día, hasta que llega Alberto Jerez a presentarse como candidato a diputado. Venía con un discurso diferente al tradicional, más comprometido con los trabajadores que poco a poco fue cautivando a todos aquellos que se sentían distantes de los comunistas y lejos de la derecha; muchos jóvenes se sumaron a su candidatura hasta lograr ganar y convertirlo en diputado de la

república. Con esto, la Juventud Demócrata Cristiana (JDC) en Lota se fortalecía y ampliaba su cantidad de militantes. La marcha de la Patria Joven había producido tanto encantamiento que a sus filas llegaron miles de jóvenes encantados de la mística que provocó la marcha y su arribo a Santiago, además del inicio de la reforma agraria, aún pequeña y tibia y de la “chilenización” del cobre, abrían espacios interesantes de cambios que hizo que muchos jóvenes ingresaran a ese partido.

En la entrada del verano de 1968 llega un dirigente provincial de la JDC a invitarnos a participar de un campamento de formación política en Arauco. Solo teníamos que llevar a 25 jóvenes a esa primera experiencia. Llegado febrero partimos con dirección a la comuna de Arauco, punto de encuentro, la Gobernación de esa ciudad, dónde nos recogen y nos llevan camino a Lebu, pero muy cerca de Arauco. Levantamos campamento y al cuarto día, todos juntos en la carpa central, dónde recibíamos una charla de un dirigente nacional, vemos que ingresa un joven de bigotes, con manta y bufanda, se instala en cuclillas, escucha con mucha atención todo lo que está pasando. Cuando se termina la charla, el profesor lo presenta y nos dice “Camaradas, ha llegado a visitarlo nuestro presidente nacional de la JDC, Rodrigo Ambrosio”. Todos habíamos escuchado mucho de él y nunca pensamos, ni nos dijeron que el vendría a visitarnos por lo que la sorpresa fue mayúscula y nuestros pechos se hincharon de orgullo al sentirlo ahí.

Rodrigo infundía un gran respeto, uno adquiriría casi instantáneamente una admiración por su persona y su cercanía con uno era de afecto y confianza. Todo un líder, de esos que tanta falta hacen hoy. Ambrosio nos da una charla y nos invita a seguir por la senda de estar ligado a la gente, en especial con la clase trabajadora y los pobres de país. Ya llegada la tarde nos avisa que debe irse y juntos entonamos nuestro himno que cantamos con toda la fuerza.

“Demócratas Cristianos a luchar, luchar
Demócratas Cristianos a vencer, vencer

Mientras exista miseria, injusticia social
Y el pueblo incesante no tenga lugar
Lucharemos hasta el final”.

Llegada la tarde noche del quinto día de campamento, se procede a la evaluación. Se recogen opiniones. Cada carpa albergaba a seis camaradas y entre ellos eligen al mejor acampante. Una vez terminada esa designación, entre los seis mejores elegían al mejor del campamento, cuya designación cae en mi persona, lo que me llenó de orgullo. Toda una ceremonia llena de mística y de compromiso político pegado a fuego para el resto de la vida.

Al sexto día regresaríamos como alrededor de las 18, pero cerca de las 10 de la mañana llega una camioneta, muy apresurada. Nos avisan que debemos levantar campamento e irnos rápidamente, ya que hay una acusación del presidente del Senado, Tomás Pablo, militante de la DC. En sesión plena de esa corporación, dice que en Arauco se estaban realizando campamentos subversivos y nada menos por jóvenes de la JDC encabezados por su presidente nacional, Rodrigo Ambrosio. Ya la polarización al interior de la DC comenzaba a expresarse con mucha fuerza, y las diferencias entre “momios” y chascones eran abismales.

Otra expresión de esas diferencias se da en las elecciones parlamentarias de 1969 y la DC nombra a Arturo Frei candidato a diputado por Concepción-Arauco del sector derechista, en desmedro de Jorge Torres del sector chascón. Eso originó que en mi calidad de presidente comunal de la JDC de Lota nos dirigiéramos a la sede de la DC en Concepción a tomarla por 48 horas que después de una negociación se entregó, bajando a la calle Barras Arana, hoy el principal paseo peatonal, e iniciamos una marcha que al poco andar nos damos cuenta que en sentido contrario venían marchando el ala derechista, y lo teníamos ahí frente a frente lo que terminó en una batalla campal, escándalo nacional.

Doy testimonio de todo esto para decir que lo que venía era producto de las diferencias profundas en el seno de un partido de centro,

donde las contradicciones que estaban en la sociedad se expresaban en todo su esplendor al interior de la DC. Lo mismo era en la Universidad de Concepción, donde la JDC ya se veía a la izquierda encabezada por el presidente provincial de ese partido, Eduardo Aquevedo, además dirigente estudiantil universitario. Por lo tanto, había una JDC fuerte, extendida en toda la provincia, en las universidades y en el movimiento secundario de estudiantes.

En el verano de 1969, Rodrigo Ambrosio organiza un nuevo campamento juvenil con jóvenes de Lota y con jóvenes de primer año de la Universidad Católica de Santiago en la ciudad de Quillón, a las orillas del río Itata. Esta vez Rodrigo estuvo de principio a fin con nosotros y al terminar nos pide que cada uno reciba a uno de los jóvenes capitalinos para hacer un trabajo político en Lota durante el verano. Es así que me toca llevarme a Víctor Maturana y otros a otros compañeros y camaradas. Enero y febrero fue de trabajo intenso en Lota, en cada población, con estos amigos de pelo rubio largo, ojos azules y de bonitos rasgos que causaron admiración en las jóvenes lotinas ligadas a padres de muy buen pasar y dinero, pero que Rodrigo no dio espacio para el esparcimiento, solo pidiendo trabajo y compromiso.

Como parte de una anécdota de ese trabajo veraniego, con una disciplina estricta para cumplir las tareas encomendadas por Rodrigo, un día de la semana, con un calor intenso, en pleno verano, los compañeros santiaguinos me piden ir a la playa, aunque sea por un rato. La verdad que lo pensé bastante y con mucho temor los acompañé a Playa Blanca, cercana a Lota. Ya cuando eran como las cinco de la tarde me vino el cargo de conciencia de no estar cumpliendo con el trabajo político poblacional y decidí regresar solo a casa de mi madre, que era el punto de encuentro en las reuniones que teníamos con Rodrigo. Antes de irme de la playa le solicité a los muchachos que en una hora más debían regresar.

Corriendo fui a tomar el bus que me llevaría de regreso y al subir veo que en la tercera línea de asientos iba Rodrigo conversando con otro compañero. Entonces aproveché, y pasé raudo al final para bajarme antes de lo que debía. Corrí como cinco cuadras y llegué a casa

de mamá, para que no nos fuese a sorprender. Luego de 10 minutos golpean la puerta de casa y cuando abro estaba mi Presidente Nacional de la JDC en Lota, quién me saluda y dice: “¿por qué no me saludó cuando subió al bus en la playa?”. Salí pillado e inmediatamente me pregunta por los demás compañeros. En forma estoica le respondo que fueron un rato a la playa, que los había autorizado pues hacía mucho calor. “Ya, esperamos a que lleguen”, me responde. Mientras tanto se sirvió un café con sopaipillas que mi madre había preparado para la ocasión.

Cuando los muchachos santiaguinos llegaron se dio comienzo y Rodrigo de entrada les dice: “Aquí están para hacer trabajo en las poblaciones; además, están en el corazón del mundo sindical y obrero. Por lo que no se pueden dar el lujo de perder ni un minuto, en tanto dar como aprender. Así que al que no le gusta, este es el momento para decidirse, y regresar a Santiago. Y se van esta noche conmigo”. Silencio absoluto, nadie dijo nada. Al cabo de un par de minutos el compañero Ambrosio dice: “bien, proseguimos con la reunión”.

Para terminar este episodio, cuando estábamos por terminar, golpean la puerta y mi madre abre. Cuando salgo, me encuentro con dos jóvenes lotinas, hijas de los más adinerados del pueblo y una de ellas con un Fiat 600, que para esos tiempos era un lujo. En ese momento Rodrigo se estaba retirando de la casa y una de ellas le dice: “Si va para Concepción, nosotras lo podemos ir a dejar”. Ante lo cual, Rodrigo responde: “No gracias, yo viajo en bus”. Y se fue raudamente, dejándonos ahí, no sé si contentos o preocupados por “la falta cometida”, pero que no pasó a mayores. Esa era la formación de esos años, para unos mal y para otros añorados, donde la disciplina y el compromiso eran a toda prueba y no para ambigüedades. Terminado el verano se pone fin a esta experiencia social y política. Nuestros compañeros capitalinos deben volver a sus casas y a sus estudios, después de haber estrechado una gran amistad que dura hasta hoy, como es mi caso con Víctor Maturana.

Con este cuadro se produce el día en que el sector Rebelde de la DC da el paso para salir del partido, dando nacimiento al Movimiento de

Acción Popular y Unitario (MAPU). En este grupo se encontraban, principalmente jóvenes militantes demócratacristianos encabezado por Rodrigo Ambrosio.

Al día siguiente del anuncio nacional de renunciar a la DC, en Lota nos juntamos en la plaza de armas y nos dirigimos a la sede del partido unos 50 jóvenes, a tener nuestra última reunión en ese local. Y nos fuimos llevándonos todo, incluida la escoba para barrer.

Así se formaba en esta ciudad minera el MAPU, cuyo primer secretario político local (SEPOL) fue Alejandro Picheira, profesor lotino, seguido por Concepción, toda la provincia, las universidades, los colegios secundarios, con Alberto Jerez como senador de la República. Nacíamos con mucha fuerza y representación. Y ya en Lota el propio PC debía mirarnos con otros ojos de respeto y de necesidad de aliarnos, para enfrentar lo que venía, que era nada menos que la elección presidencial.

Jorge Alessandri, candidato presidencial de la derecha, se viene a proclamar a Lota, en el teatro de la ciudad, el cine Laurie, el 19 de marzo de 1970. Teatro de madera con galería incluida, anclado frente a la plaza Chillancito. Alessandri con alrededor de 200 personas y fuera del teatro en la plaza, una multitud cercana a las ochocientas personas, gritando consignas contra la derecha y con pancartas de Salvador Allende.

Terminado el acto “del Paleta”, apodo con que la gente le conocía a Alessandri, él y su gente no podían salir del teatro ante la enardecida “chusma”, como el padre de Alessandri le decía a la gente del pueblo que se encontraba afuera. Cubierto por sus adherentes consiguen subirlo a un auto que sale raudo hacia fuera de la ciudad. Pero en el lugar no logran sacar una camioneta, la que es empujada por la gente hasta el estadio de Lota y allí incendiada. Esos hechos, que fueron escándalo nacional por la prensa derechista con grandes titulares, hicieron que el candidato de la izquierda, Salvador Allende, anunciara esa misma noche que al día siguiente se presentaba en Lota junto a los mineros de la cuenca del carbón.

Al mediodía Allende arriba a la ciudad minera, con su Plaza de Armas repleta de miles de personas que se congregaron para escucharlo, con cientos de banderas del PS, del MAPU, Radicales, del PC, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la Unidad Popular (UP). Los diarios de izquierda hicieron una comparación entre el acto de Alessandri con 200 personas y la de Allende con miles de partidarios.

La noche del triunfo de Salvador Allende, la gente se reúne en el Sindicato Minero, ubicado frente a la Plaza de Armas de la ciudad, a celebrar. Y desde ahí sale una marcha que recorre Lota Bajo y Lota Alto completo, cantado y gritando consignas, como “¡Allende, Allende, el pueblo te defiende!”.

Con Allende electo, nuestro trabajo se aboca a respaldar al presidente y al gobierno de la UP. El trabajo político de los partidarios se centra en llevar adelante con éxito la producción del carbón, ya que se había nombrado como su gerente general al dirigente sindical, miembro del comité central del PC, Isidoro Carrillo Tornería. Por lo tanto, se asume como propio el elevar la producción, incluyendo trabajos voluntarios en el yacimiento minero.

Sin embargo, al interior del gobierno y de los partidos de la UP surgen miradas distintas de cómo debe ser la conducción del gobierno, y la intensidad de las reformas o cambios que debía darse en la sociedad chilena. Ello lleva a la conformación de dos corrientes ya conocidas, y que tiene en el MAPU su mayor expresión con la división entre el MAPU Garretón y el MAPU Gazmuri.

Esta división no pasó por Concepción y sus comunas, todo el regional se alineó bajo la conducción de Oscar Guillermo Garretón, que además había sido elegido diputado, y de Eduardo Aquevedo, existiendo un solo MAPU sin discusión alguna. En Lota, el centro de la actividad política se centra con el nombramiento de Isidoro Carrillo Tornería como gerente general de Empresa Nacional del Carbón (ENACAR) y el traslado de la Gerencia General desde Santiago a Lota.

Es necesario recordar que “En 1960, Isidoro Carrillo era un joven pero ya respetado dirigente sindical de los mineros del carbón.

Encabezó ese año una huelga sin precedentes en la historia de Lota, que duró 96 días. Obreros de diferentes ciudades y provincias de Chile enviaron todo tipo de ayuda a la zona del carbón para respaldar a los mineros que hacían ollas comunes en las calles. Los mineros iban acompañados de sus mujeres e hijos adolescentes. A la cabeza de las columnas de mineros iba Isidoro, junto a Clotario Blest, Alberto Jerez, Jorge Montes Moraga y otros dirigentes sindicales, políticos y sociales. Por eso, pocos años después, los viejos mineros, con sus rostros tiznados de carbón, apenas contenían las lágrimas cuando, a principios de 1971, el presidente Salvador Allende, desde una tribuna instalada en la plaza principal, anunció la designación de Isidoro Carrillo como gerente general de las minas de Lota, luego que el 31 de diciembre de 1970, el mandatario socialista estatizara las empresas carboníferas de la región: Lota, Curanilahue, Trongol, Lebu y Schwager” (Salazar Salvo, 2016).

Los mineros, los mismos que en 1920 conquistaron la jornada laboral de ocho horas, luchaban porque dicha jornada fuera real y efectiva. La conseguida en 1920 corría desde que el minero llegaba al frente de laboreo hasta que terminaba su labor productiva; sin embargo, con el transcurso de las décadas, el tiempo de llegada hasta el frente era cada vez mayor, especialmente en minas como Schwager, donde los trabajadores podían demorar casi dos horas en entrar y salir de los piques. Los mineros proponían una jornada de ocho horas, desde que bajaban al interior de la mina y recibían su lámpara de trabajo, hasta el momento en que la entregaban, antes de ser subidos al ascensor. Exigían también la instalación de duchas para bañarse después del trabajo, además de otros puntos domésticos diversos.

La huelga se perdió, pero la gesta de los mineros quedó en la retina de la sociedad y después de que el presidente Eduardo Frei Montalva reemplazara a Jorge Alessandri en La Moneda, se promulgó la ley de “Lámpara a Lámpara”, con votos a favor de la izquierda y de un amplio sector de la DC que encabezó el senador Alberto Jerez. En la conquista de ese logro y de otros muchos, Carrillo tuvo un papel protagónico.

Así el trabajo político en Lota y Coronel estaba centrado en las minas de carbón, y desde esa actividad minera giraba el que hacer en tener éxito en la producción del carbón.

La visita de Fidel Castro a la zona minera el 24 de noviembre del 71 es otro de los hitos que sucedieron en el gobierno de Allende, donde el comandante Castro se reúne en un acto multitudinario con mineros de Lota, Coronel, más un tren repleto de mineros de Curanilahue, Lebu, Pilpilco y otros lugares de la provincia de Arauco, en Playa Blanca, el centro de Chile continental.

Golpe de Estado en Lota

El 11 de septiembre está marcado por la huelga de los camioneros, el desabastecimiento del comercio, y al interior del gobierno las contradicciones entre los que querían acelerar el cambio versus los que querían hacer cumplir el programa de la UP como eje del mandato de Allende. Llega el fatídico día en que muy temprano en la mañana, nos trasladábamos en el tren que era el único medio de transporte público entre las ciudades mineras de Lota, Coronel y San Pedro con Concepción. Al pasar por la Plaza de Armas de la capital regional, donde se encontraba la intendencia, se ven tanquetas y muchos militares rodeándola, lo que causó cierta preocupación e interrogante. Ya llegado al trabajo los compañeros nos dicen que hay golpe de Estado en Chile.

Lota el mismo 11 y sus días posteriores no es la excepción del país y se desata una seguidilla de arrestos, allanamientos en casas y detenciones que en su gran mayoría iban a parar al Estadio Regional, campo de detención de la dictadura, o la Isla Quiriquina, otro centro de reclusión.

La mayor preocupación de la gente era qué pasaría con los dirigentes sindicales, Alcalde, políticos de la UP, pero principalmente de cuál sería la suerte del compañero gerente general de ENACAR, Isidoro Carrillo. Estos hechos son recogidos del informe Rettig que lo relatan de la siguiente manera:

El 22 de octubre de 1973 en el predio de Gendarmería, frente a la autopista que une Concepción, Talcahuano, Coronel, fueron fusilados cuatro dirigentes comunistas de Lota, ellos fueron:

Vladimir Araneda Contreras, con 33 años de edad, profesor de educación física y dirigente gremial del magisterio Lotino.

Bernabé Cabrera Neira, de 39 años, empleado de Celulosa Arauco y presidente del Sindicato de Celulosa Concepción.

Isidoro Carrillo Tornería, 46 años, administrador público, gerente general de la Empresa Nacional del Carbón, ENACAR.

Danilo González Mardones, 39 años, profesor normalista, alcalde de Lota.

Posteriormente a su detención, los militares los acusan de subversivos y en un consejo de guerra los condenan a muerte. Esto logra el efecto deseado por los militares y en la zona minera, históricamente luchadora, se produce un duelo por los cuatro dirigentes, nada menos que de su alcalde en ejercicio, del gerente general de las minas carboníferas y dos destacados dirigentes gremiales. A partir de ese hecho, las detenciones se dejan caer con toda la fuerza, barriendo así con las organizaciones presentes en la zona.

Producido el golpe militar, la dirección provincial del MAPU desaparece de inmediato, muchos de ellos se van de Concepción al extranjero y otros cambian de ciudad. Así se deben enfrentar los primeros años de la dictadura. Sin embargo, a comienzos de 1976 se rearticula un grupo de compañeros encabezados por Alfredo Ardouin y Andrea Bascuñán, entre otros. Luego se suman Bernardo Daroch, Isidoro Mena, Tito Gutiérrez, Leo Rodríguez, Omar Rebolledo, Adriana San Martín, Jorge Venegas, Alfredo Olguín de Coronel, Eduardo Benítez y Eduardo Saavedra, entre los que recuerdo.

Nuestro primer encuentro con la dirección nacional del MAPU se produce de la siguiente manera. Un día de la entrada del invierno golpean la puerta de mi casa, en la población Polvorín de Lota, dos compañeros y una compañera. Entre ellos, pasados muchos años

después, descubrí que los personajes o dirigentes nacionales que llegaron esa mañana estaban encabezados por Eugenio Tironi y Carlos Ortuzar, más la Mané, de la cual nunca supe su nombre verdadero. Las fiestas patrias de ese mismo año nuevamente llegaron, y estos compañeros pasan el 18 de septiembre con nosotros.

En uno de los encuentros que tuvimos con Carlos Ortuzar venía a entregarnos los lineamientos políticos y unas cajas de fósforos en cuyo interior venían microfilmes, documentos que debíamos distribuir y leer con una lupa. Estos encuentros se producían cada cierto mes y para que no nos descubrieran arrendamos un bote y con unas cañas de pescar nos internábamos en la Laguna Grande de San Pedro de la Paz, como tres jóvenes a los que nos gustaba pescar. Nunca tuvimos ningún problema y luego de esa reunión, encuentro o conversación, nuestro dirigente nacional se volvía a Santiago.

El MAPU así se rearticula en la provincia de Concepción, pero también comienza la división. En una oportunidad, después de haber sostenido una reunión en Concepción, al día siguiente nos llega la noticia de la detención de Alfredo Olguín y un par de compañeros más. ¿Qué había pasado? Después de nuestra reunión en la que participó Olguín, este junto a otros compañeros fueron a participar de otro encuentro donde se estaba preparando la división del MAPU, creando el MAPU PT, o MAPU de los trabajadores.

Dentro de los participantes había un compañero que para el 11 de septiembre de 1973 era miembro del Comité Central, y debido a sus responsabilidades políticas se había ido de Talcahuano a vivir a Santiago. Pasado unos años, nuestro compañero se vuelve a vivir a la casa de sus padres en Talcahuano y encuentra trabajo como vendedor de pasajes en la Línea Azul que hacía el trayecto hasta Chillán. En su oficina del terminal de buses, conoce a una mujer que viajaba constantemente en esa línea, comienza con ella un romance y luego de un corto tiempo se casan. Para el encuentro paralelo que antes les mencionaba habían acordado reunirse en una iglesia camino a Talcahuano y para que no fuese sospechoso acuerdan que cada uno invite a sus esposas o compañeras. Estas se quedan en una sala y los demás ingresan a la

reunión. La esposa del compañero de los buses les propone a las mujeres que hagan intercambio de teléfonos donde podrían ubicar a sus respectivos esposos. Acceden y dan los teléfonos de los compañeros.

Al día siguiente del encuentro, esta mujer llama a Alfredo Olgún y le dice que a su compañero lo habían detenido y que urgente se encuentren en calle Chacabuco con Rengo, en el Parque Ecuador. Alfredo se dirige de inmediato a la dirección indicada y en el punto de encuentro es detenido por desconocidos. Lo mismo les sucede a los otros integrantes de la reunión del día anterior, que fueron todos detenidos con el mismo cuento y de la mujer delatora. Nunca más se supo incluyendo a su supuesto marido.

Mal comienzo para los integrantes de esa fracción de MAPU que con los años no tuvo mayor relevancia en la resistencia a la dictadura, por lo menos en Concepción. Los años de resistencia en la clandestinidad da sus frutos ya que de vuelta al SI o NO ya contábamos con un MAPU fuerte que marcó presencia y conducción en la reconquista de la democracia. Es tan así que en la primera elección de diputados, después de Pinochet en 1989, salen electos diputados por Talcahuano Víctor Barrueto con el 34,27% y más de 41 mil votos y José Antonio Viera Gallo con el 30,06% y más 51 mil votos, ambos provenientes del MAPU.

Hoy, a más de 50 años de fundación del MAPU, sus ex integrantes, para cada 19 de mayo nos juntamos a recordar, a reencontrarnos, a añorar, sin censuras con el otro u otra, tanto en Concepción, Santiago, Valparaíso y otra ciudades de Chile. Al parecer, la bandera verde con la estrella roja quedó pegada en nuestros corazones, estemos donde estemos y para siempre.

Referencias

Salazar Salvo, M. (2016). *La lista del Schindler chileno. Empresario, comunista, clandestino*. Santiago: LOM.

Un hombre llamado *Fernando*

Memorias irreverentes en torno
a los orígenes del MAPU,
la Unidad Popular y la militancia
de Juan Pablo Schroeder (1968-1973)

Nicolás Acevedo Arriaza

La primera vez que lo conoció fue en un parque, no recuerda si a fines de 1967 o comienzos de 1968. Acompañado de Kalki Glauser, fue invitado a formar parte del *Manuel Rodríguez*, un grupo con afanes político-militares liderado por Rodrigo Ambrosio. Así recuerda la llegada de *Fernando* a su vida: alto, pelo engominado, de una presencia avasalladora y “un carisma impresionante”. Pareciera tener unos 28 años (no sabe que en realidad tenía solo 21 años). “Yo creo que es argentino”, estima Alfonso Néspolo. Le cuentan los planes: promover la formación de un Frente Revolucionario con militantes de distintos partidos: socialistas, comunistas, miristas, incluso de la Democracia Cristiana (DC). El jefe es Rodrigo Ambrosio, quien en ese momento era dirigente de la Juventud de la DC. Este le cuenta que todos esos partidos tenían bases populares y revolucionarias, pero “sus direcciones tenían encajonado al movimiento por una línea pacífica y gradual”. A esto se le sumaría la formación de un grupo más secreto:

Manuel Rodríguez. Ambrosio, según Néspolo, quería empujar el tren de Allende por los carriles de una insurrección, pero no al estilo cubano. En esta oportunidad sin Sierra Maestra ni foquismo, sino influenciando a una parte de la oficialidad del Ejército y con acciones político-militares de baja intensidad. A eso lo invitaron.

En el parque conversa con *Fernando* y comienza el entrenamiento. Con Ambrosio el asunto era serio y le manda a hacerse exámenes psicológicos. No está loco. Comienzan expropiando automóviles, no para usarlos, solo práctica. El primero fue un FIAT 600, pero en realidad nadie sabía cómo hacerlo.

–No importa, hay que resolverlo –decía *Fernando* y con un palo rompió la chapa.

–Y ahora, ¿cómo se prende? –preguntó *Fernando* al frente del volante.

–Hay que cortar y unir los cables –le dijo Néspolo.

–Cortallo.

–¿Sabís manejar? –le preguntó a *Fernando*.

– ¡Enséñame!

“¿Cómo le iba a enseñar en ese momento! Pero partió y manejó, mientras yo le gritaba: ‘aprieta ese pedal y mueve la palanca pa’ abajo’. Bueno, este muchacho muere con su novia, Lula Palma en febrero 1971, porque iba en una Citroneta y atraviesa a todo chanco una carretera, sin parar, todavía no sabía manejar bien... y choca con un camión y se mataron. Ese era el *Fernando*, y la pareja era la Lula Palma, hija de Ignacio Palma. En ese tiempo él era del MAPU” (A. Néspolo, comunicación personal, 3 de junio de 2018).

* * *

Néspolo nació en la ciudad de Arica. Su padre tenía un negocio y era amigo de militares. En una ciudad militarizada, esto no era extraño, de hecho, Néspolo fue a los doce años a la Escuela de Cadetes de

Reversa. Aprendió a disparar, pero le enseñaron algo más importante: en la historia de Chile, el Ejército era más importante que cualquier partido político. La constitución, el Estado, el neoliberalismo, todo tenía la marca militar. “Era imposible de rebatir creando algo paralelo”. A mediados de la década de 1960 se fue a estudiar Ingeniería en la Universidad de Chile en Santiago y militó en las Juventudes Comunistas. “Allí había gente inquieta, porque el PC era una iglesia –recuerda. Entonces, en el año 1967, algunos comunistas medios disidentes empiezan a buscar gente inquieta para coordinarse, contra la línea del partido, pero sin pretender irse del partido, sino ganar la lucha por dentro”. Uno de ellos era Kalki Glauser. Según Eugenio Tironi (2013), “un tipo extraordinariamente modesto, pero intelectualmente brillante, con un conocimiento de la obra de Marx –a quien leía en alemán– sencillamente descomunal”. Con los años fue académico del Centro de Realidad Nacional de la Universidad Católica e intelectual del MAPU. Glauser lo convenció de unirse al *Manuel Rodríguez* (MR).

“Yo dije: aquí la única posibilidad de transformación es contando con estos hueones, por lo menos diagonal. Ósea, parte de la cúpula”. Néspolo se refiere a los militares. Así comenzaron con un trabajo hacia la suboficialidad (cabos y sargentos). Por medio de un militar en ejercicio, lograron las direcciones de cierta cantidad de suboficiales y les enviaban un boletín llamado *Mi Sargento*. “Yo participé en ir a los buzones, despachábamos 500-800, dirigidos a todos los oficiales que se sabían progresistas, con discurso de acuerdo de los milicos”. Según *Pablo Palma*, que conoció a Ambrosio en junio de 1969 en Concepción, este debate se agudizó a partir del “Tacnazo” del 21 de octubre de 1969, apresurando la creación de una Plana Mayor del MR. “*Fernando* coordinaba las áreas de Informaciones, Seguridad, Operaciones y Logística en Santiago. Rodrigo (*Pedro*) conducía todo el MR” (P. Palma, comunicación personal, 3 de octubre de 2020).

Así comenzaron con pequeñas tareas. Ambrosio lo tenía todo planificado y tenía muchos contactos. “Había curas, en ese tiempo, que trabajaban en el equipo militar, unos curas canadienses. Una vez

chocamos, iba manejando un cura, íbamos cargados de armas, y el cura se manejó súper bien con el carabinero... yo quedé en el hospital con el ojo lleno de vidrios”, recuerda Néspolo al entrevistarlo en junio del 2018.

* * *

Ambrosio era mayor que Néspolo y tenía su propia batalla. Luego de estudiar sociología en la Universidad Católica, viajó a Francia con Marta Harnecker. Allí estudiaron con Louis Althusser, regresando convencido de la alianza entre el cristianismo y el marxismo (Chonchol, 2016, p. 131). En la DC se alió a los *Rebeldes*, el ala de izquierda integrada por Enrique Correa, Oscar Guillermo Garretón, Juan Enrique Vega, Jaime Gazmuri, Ismael Llona y los no tan jóvenes, Rafael Gumucio, Julio Silva, Alberto Jerez, Vicente Sota y Jacques Chonchol. Con este último colaboró en el documento “Vía no capitalista del Desarrollo”, de 1967. Ese año ganó la presidencia de la Juventud de la DC y estableció una serie de relaciones con otras fracciones, como el “11 de marzo” y el “grupo septiembre”. Según Néspolo, conversó con socialistas, comunista y con Miguel Enríquez, quien lo invitó a sumarse al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), pero Ambrosio prefirió continuar con su propuesta del Frente Revolucionario. Jaime Gazmuri lo ratifica: “Rodrigo, a pesar de toda la crítica que dirige hacia los partidos populares históricos, comunistas y socialistas, afirma que la revolución hay que hacerla con ellos”. Ambrosio lo invitó a la integrarse a la JDC y este le dijo: “Está bien, entro, pero si me aseguras que nos vamos a ir” (Martínez, 2000, pp. 53-55). Con el tiempo eso ocurriría.

El momento crucial fue el Pleno Nacional de Peñaflor de 1969, cuando el presidente Frei Montalva no aceptó la propuesta de los *rebeldes* e intervino el evento. Los conservadores lograron prevalecer. Gazmuri recuerda que Pérez Yoma les pregunta que harán: “Nos vamos”. “Estupendo, es eso lo que tienen que hacer” (Martínez, 2000, pp. 48). Fue en ese momento, según el historiador Esteban Valenzuela,

en que se concreta la idea de formar un Frente Revolucionario que hiciera inevitable el quiebre con la DC (Tironi, 2013, pp. 101-102). En palabras de Juan Enrique Vega, presidente de la JDC en 1969, este *Frente* debía constituir una *sólida base obrera y campesina*, para después lograr la unificación de los grupos revolucionarios, pero de una forma amplia. “La lucha armada no debe constituir siempre la forma de lucha predominante dentro de la combinación, aunque en algún momento del proceso deberá transformarse en la modalidad principal, sin la cual será imposible garantizar la transición al socialismo” (*Punto Final*, 78, mayo de 1969, pp. 16-18). Imposibilitados de hacerlo desde la DC, a mediados de 1969 crearon el MAPU en un local del Sindicato de Suplementarios de Santiago. Con esto se le quiso dar una identidad “proletaria” al movimiento, aunque la mayoría no pertenecía necesariamente a los sectores populares.

Según Jacques Chonchol, el MAPU no pretendía ser un partido, sino un movimiento, transitorio para generar una alianza con la izquierda (2016, pp. 135-136). Un movimiento que acelerara la formación de ese mentado *Frente Revolucionario*. Pero esto, al menos para Ambrosio y sus cercanos, debía ir acompañado de una perspectiva insurreccional. No se refería a un foco guerrillero, ni siquiera una guerrilla urbana, sino crear las condiciones para en un alzamiento masivo, que fuese de lo simple a lo complejo. “Ambrosio termina por crear este movimiento propio, suponiendo que no se ganarían las elecciones en 1970, o que iba a ver golpe de Estado si ganaba Allende, entonces había que prepararse para una lucha armada”, recordaría Néspolo. Así lo planteó el propio Ambrosio en la revista *Punto Final* en 1969: “Las armas no hacen milagros, los pueblos en armas sí. Nosotros no concebimos la toma del poder como un asunto distante para las masas, manejada a su antaño por las directivas [sino] es la culminación natural de un proceso ascendente de organización y de lucha” (*Punto Final*, N° 82, julio de 1969, pp. 19). Al retirarse de la DC, se forma el MAPU, pero el grupo *Manuel Rodríguez* continuó vivo tras escenario. “La mayoría del *Manuel Rodríguez* entra al MAPU, pero se mantienen todas nuestras características, clandestinos”, recuerda

Néspolo. Existía aún la desconfianza que la derecha dejara que Allende llegara a la presidencia.

* * *

Habían pasado tres años de la muerte del Che Guevara en La Higuera, cuando algunos sobrevivientes del Ejército de Liberación Nacional (ELN) decidieron volver a las montañas. La primera vez liderados por Inti Peredo y la segunda por su hermano menor Chato Peredo. En Chile, una fracción del Partido Socialista de Chile (*los elenos*), formó parte de la red de apoyo del ELN desde 1966. Uno de sus líderes, Elmo Catalán, se instaló en Cochabamba en 1970, muriendo trágicamente en junio de ese año (Valdés, 2018). Según Néspolo, el contacto de Ambrosio con los *elenos* les permitió destinar a dos militantes a Bolivia, uno de ellos fue Néspolo. Este recuerda: “Nos trasladamos a Arica, preparados con un mínimo equipo, pero termina la guerrilla del Chato Peredo. Entonces nos avisan que no va la guerrilla”. Efectivamente, en julio de 1970, el ejército boliviano se enfrentó a los más de sesenta guerrilleros del ELN y los termina por desmantelar. A su regreso, Néspolo se reintegra a su vida política: el MAPU y el *Manuel Rodríguez*. Además, fue expulsado de las JJCC al salir publicada una reunión que tuvieron un encuentro entre miristas, socialistas y comunistas en un jardín infantil de Ñuñoa. La policía los tomó detenidos, pero no les pudo demostrar cargos.

Ya en el MAPU comienzan a hacer cursos de seguridad a los comités locales. “Yo debí haberles dado charlas y cursos a unos veinte grupos, de cinco o seis jóvenes”, dice Néspolo. El día de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 se dispusieron a movilizarse, aunque con un armamento bastante deficiente. “Detrás de esto estaba el uruguayo, tupamaro, *Fernando*”, recuerda Néspolo. Finalmente, se viene el triunfo de la UP y la alegría inunda las poblaciones, los barrios y las plazas. Allende pronunció un improvisado discurso en la ex sede la FECH en Alameda, actualmente un centro comercial: “Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que

entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre. La victoria alcanzada por ustedes tiene una honda significación nacional”. Al mes siguiente Ambrosio, que apoyaba al nuevo gobierno, fue cauteloso: “No creemos que la llegada del pueblo a La Moneda signifique la conquista del poder por los trabajadores... es una buena posición para luchar por el poder”, dijo a la revista *Punto Final* (Nº 118, noviembre de 1970, pp. 26-29).

Ese mismo mes, el MAPU realizó su primer Congreso para definir su identidad. Néspolo recuerda que Ambrosio organizó una especie de congreso previo y los jóvenes acordaron “imponer el marxismo-leninismo. O sea, otro partido marxista-leninista... yo voté como tres veces en ese Congreso y no era ni delegado [se ríe]”. A pesar de la oposición de Allende, el PC, y los más viejos del MAPU, se impuso esta opción de transformarse en el tercer partido marxista-leninista de Chile. Así, según Néspolo, el conflicto en ese Congreso no fue entre marxistas y cristianos, sino en relación al marxismo-leninismo: “En el MAPU de Ambrosio, antes y después que se forma la Izquierda Cristiana, y por muchos años hubo tantos o más cristianos. La mayor parte de los curas, pertenecientes a *Cristianos por el Socialismo*, se quedaron con Ambrosio: Gonzalo Arroyo, Alfonso Baeza, Enrique Moreno, unos curas canadienses, varios otros... y Ambrosio comulgaba” (Néspolo, junio de 2018).

Ambrosio, que fue elegido secretario general en dicho Congreso, planteó que la lucha no había terminado con la llegada al gobierno, sino que había que enfrentar una contrarrevolución. Para eso invitaron al MIR a dejar el sectarismo y sumarse a la UP. Parte de las conclusiones del Congreso fueron: “La conquista del poder desde el Gobierno, pasa inevitablemente por un enfrentamiento agudo y prolongado cuyo resultado será la destrucción de las formas burguesas del Estado y la construcción de un Estado popular, profundamente democrático, que exprese institucionalmente el nuevo poder del pueblo” (*La Tercera*, 1971, p. 4). La visión insurreccionalista estaba presente, pero era postergada para un futuro lejano. Más tarde, estas frases y otras proclamas incendiarias se utilizaron

burdamente por historiadores de derecha para justificar el golpe de Estado de 1973. Pero lo concreto es que a finales de 1970 el *Manuel Rodríguez* fue disuelto y el MAPU se volcó completamente al trabajo de masas, sobre todo en poblaciones, fábricas, liceos y zonas rurales, pretendiendo colaborar en la defensa del proceso ante las intentonas golpistas. El MR pasó a llamarse Secretaría de Asuntos Especiales (SAE), y focalizaron su trabajo en la seguridad de sus dirigentes, una política más “defensiva” que ofensiva. Según Oscar Guillermo Garretón, el actual empresario y exsocialista, el MAPU tuvo un horizonte “insurreccional”, pero más que nada al comienzo y solo en lo verbal. A *Fernando* lo recuerda muy bien, sobre todo como parte de la SAE, hasta su muerte a comienzos de 1971 (Garretón, 2019). Pero ¿quién fue *Fernando*?

* * *

Poco después de la entrevista a Néspolo, este me envía una fotografía de su matrimonio de enero de 1971. Allí está *Fernando*, alto e imponente, abrazado de su pareja María Luisa Palma, a quien pudimos confirmar si era sobrina o hija del senador Ignacio Palma. Era, probablemente su última foto, donde se demostraba que aparentaba más edad de los 21 años que tenía. Sabiendo además que había sido tupamaro, por ende, uruguayo, le escribí a la historiadora Clara Aldrighi, cuyo libro *Izquierda Armada* es una de las mejores investigaciones sobre MLN-Tupamaros. Ella, sin conocerme, pero con una profunda solidaridad me contactó con uno de los hermanos de *Fernando*: Esteban Schroeder. Este recibió la foto y me contestó gentilmente desde Montevideo, contándome la historia de su hermano mayor: Juan Pablo Schroeder.



Imagen 1. Matrimonio de Néspolo en 1971.

A la izquierda Juan Pablo Schroeder y María Luisa Palma.

De madre profesora de inglés y padre abogado, Juan Pablo fue el mayor de siete hermanos, cuya ascendencia provenía de Alemania. Esteban recuerda que su padre, también llamado Juan Pablo, era profundamente católico y ligado al Partido Nacional: “nos educó a todos los hermanos en esa filosofía, en esa disciplina: rezar todas las noches, hacer las oraciones... y dentro de eso también había un discurso permanente de educarse en el cristianismo”. Con las movilizaciones estudiantiles de 1968, su casa pasó a ser un centro social y político que generó fuertes conflictos entre los hijos mayores y los progenitores. Esteban recuerda que su hermano mayor quiso ser sacerdote, generando una primera crisis familiar, pero al abandonar esta opción ingresó a Derecho a la Universidad de Montevideo y se ligó

silenciosamente a Tupamaros. Con la visita de Nelson Rockefeller a Uruguay, la vida de la familia Schroeder cambió para siempre.

Un grupo de estudiantes decidió hacer lo que se llamó el Plan Aco-dike, que era una marca de unas garrafas [Gas]. Y con una garrafa chica, de kilo y medio, intentaron producir un explosivo para poner en la fachada de la casa presidencial [Jorge Pacheco era Presidente de Uruguay]. Y este fue el motivo que Juan Pablo tuvo que venirse a Chile, porque el operativo falló, un colega de él fue apresado y estuvo preso, como era la justicia civil en aquel momento, estuvo un mes preso; y mi hermano Juan Pablo tuvo que venirse a Chile (Schroeder, comunicación personal, 7 enero de 2019).

En Chile se conectó con la congregación jesuita, donde conoció al cura Gonzalo Arroyo, quien era dirigente del MAPU y probablemente lo conectó con Ambrosio. A los pocos meses le envió una foto a su familia mostrándose feliz en su nueva vida, incluso con empleo. Esteban recuerda: “Fue una sorpresa para mí... una foto en blanco y negro, chiquita, donde él ya estaba trabajando en Chile, y con el nombre de *Fernando Álvarez*”. Esteban aún está sorprendido de lo profundo que caló su hermano en algunos fundadores del MAPU, donde comenzó a militar su hermano. Aunque no supo de la existencia de *Manuel Rodríguez*, le sigue sorprendiendo la amistad que hizo con Ambrosio, quien se vio profundamente afectado en su funeral. Según *Pablo Palma*, el velorio fue en la Capilla Universitaria de calle Villavicencio. “Los mapucistas cantamos por primera vez la Internacional. Como no sabíamos la letra, Glauser la trajo escrita a mano, en varias copias” (Palma, comunicación personal, 3 de octubre de 2020). Entre los amigos que estaban en el velorio estaban Enzo y Teresa, dos amigos que fueron testigos de la muerte de Fernando.

Enzo Gazzolo y Teresa Gómez, eran sus amigos del alma [en Chile]... Juan Pablo murió en Limache, tuvo el accidente automovilístico, a una cuadra y media de la casa de *Teruca*, así le decíamos a Teresa Gómez, quien le iba a prestar las llaves del apartamento de ellos en Santiago, porque Juan Pablo iba a recibir allí a mis padres. Eso fue

un sábado 15 de febrero de 1971. Era el primer viaje que iban a hacer mis padres a Chile a visitar a mi hermano. Esa mañana, mi hermano murió por una imprudencia, no respetó un disco pare, lo atropella un camión, en la avenida principal de Limache (Schroeder, comunicación personal, 7 enero de 2019).

Efectivamente Enzo y Teresa conocieron a *Fernando* en una reunión con el cura Arroyo y Ambrosio. No recuerdan la fecha. Conversé con ellos en agosto del 2019 y confirmaron la madurez y simpatía del uruguayo. Según Gazzolo, quien conversó con Clara Aldrighi, este “era una persona de fuerte personalidad, muy inteligente y que ejercía un fuerte liderazgo, a pesar de su juventud” (Aldrighi y Waksman, 2015, p. 76). Enzo y Teresa se hicieron amigos y le ofrecieron hospedaje por un tiempo, hasta que *Fernando* arrendó un departamento con María Luisa Palma, colega de Teresa Gómez y militante del MAPU. Ella acompañaba a *Fernando* en el momento del accidente. Los padres fueron a Chile a buscar a su hijo, quedándose en la casa de Néspolo. Al año siguiente, Esteban viajó a casa de Enzo y Teresa, entablando una larga relación con ellos. Con el tiempo haría más amigos en el mundo de lo audiovisual e hizo su primera película llamada *Matar a todos*, viviendo en Santiago entre 2002 y 2008.

Quién también vivió en Chile fue Gabriela Schroeder, hija de Gabriel Schroeder (hermano de Esteban y Juan Pablo), militante tupamaro que muere asesinado por militares uruguayos el 14 de abril de 1972. Su compañera, Rosario Barredo, fue detenida estando embarazada de Gabriela, quién nació el 24 de abril de ese año. Al ser liberadas en diciembre de 1972, Rosario y su hija viajaron a Chile donde conocieron a Néspolo y se ligaron al MAPU. Con el golpe militar debieron salir hacia Buenos Aires donde finalmente, tres años después, los militares los detuvieron en mayo de 1976. “Nos secuestraron a mi madre, su compañero (Willy) y padre de mis hermanos, a mí y hasta mi perro”, dijo el 2016. Rosario y Willy fueron asesinados e intentaron repartir a los niños en otras familias.

Tenía 4 años y me criaron *rompebolas*, preguntaba todo y no se me escapaba nada. A mí no me iban a poder meter en una familia, nunca. Lo intentaron, pero a cada lugar que iba, yo iba preguntando y no aceptaba la respuesta. Yo recuerdo por lo menos dos casas, a las que me llevaron después de estar en el centro de detención [...] y yo preguntaba por mamá, por Willy, por mi perro, por mis hermanos (Tourinho, 2016).

Producto de la lucha de su abuelo, Juan Pablo Schroeder, lograron recuperar su identidad y mientras sus hermanos se fueron a Francia, ella se quedó con su abuelo en Uruguay. A los 18 años decidió vivir en Chile, en casa de Enzo y Teresa, los grandes amigos de *Fernando*. Actualmente está nuevamente viviendo en Montevideo.

* * *

El relato anterior, al que considero un trabajo de memoria e historia, plantea una serie de problemáticas, entre ellas metodológicas, pero también políticas. ¿Cuál es la relevancia de contar esta historia a 50 años del triunfo de la Unidad Popular? Incluso, es más, ¿qué tan veraz resulta ser la historia de *Fernando* y este grupo secreto llamado *Manuel Rodríguez*? Y si fuera cierta, ¿por qué no fue mencionada en los libros anteriores referentes al MAPU? Estoy pensando en los textos de Moyano (2009) o Valenzuela (2013). Parto de la base que el MAPU –como organización– tuvo una relevancia menor en comparación a los partidos Comunista, Socialista e incluso el MIR en el período de la UP, por tanto, las investigaciones hacia su corta trayectoria han sido escasas y es válido preguntarse sobre la importancia de estos detalles. A pesar de ello, creo que mediante esta historia podemos mencionar algunas cuestiones.

Primero, si bien la historia del grupo *Manuel Rodríguez*, creado por Rodrigo Ambrosio (*Pedro*), solo la pude corroborar con los testimonios de Alfonso Néspolo y *Pablo Palma* (nombre político), logré indagar en otros testimonios, libros y artículos de prensa, los que me permitieron realizar un relato con cierta coherencia. Por ejemplo,

sobre el boletín *Mi Sargento*, que Néspolo menciona haberlo repartido a los suboficiales del Ejército, Carlos Prats los menciona en sus memorias, diciendo que el 80% de la suboficialidad y parte importante de los oficiales en ese tiempo tenía una tendencia de centroizquierda (Prats, 2014). Según *Pablo Palma*, el nombre del boletín se debía precisamente porque estaba dirigido a sargentos y cabos. “Redactábamos cada boletín con Rodrigo... Se editaron unos 10 a 12 ejemplares o números mensuales, entre diciembre de 1969 a noviembre de 1970. Esos ejemplares están en una causa en la Fiscalía Militar de Concepción” (Palma, comunicación personal, 3 de octubre de 2020). Palma también asegura haber tenido reuniones con René Schneider, donde se respondía a varios argumentos del Boletín. “El objetivo de Schneider era imponer la verticalidad de su mando. En su discurso proclamaba su doctrina de apego al orden constitucional, el respeto de la voluntad ciudadana y la no intervención en política. Por lo que acentuaba a todos los presentes, obedecer las instrucciones y órdenes que les impartieran sus oficiales superiores” (Palma, comunicación personal, 3 de octubre de 2020). Con el triunfo de Allende, el grupo *Manuel Rodríguez* fue disuelto por Ambrosio, creando la SAE, terminando la política hacia las Fuerzas Armadas. Finalmente, sobre el *Frente Revolucionario* y las perspectivas por la lucha armada están en las propias declaraciones dadas por Ambrosio a la revista *Punto Final* en 1969 y 1970.

Segundo, esta historia se inscribe dentro de la desconfianza que existía, en parte de la izquierda chilena, en torno a la posibilidad de ser gobierno mediante una opción electoral (especialmente frente a las elecciones de 1970). Esta desconfianza tenía sus razones, sin duda válidas por el carácter antidemocrático de la derecha chilena o la influencia contrainsurgente estadounidense (el asesinato del comandante Schneider, el 25 de octubre de 1970, lo confirma). Pero, a pesar de este horizonte insurreccional en favor de la lucha armada, con el triunfo de Salvador Allende, las tareas de partidos como el MIR o el MAPU se volcaron cada vez más a un trabajo de masas y no hacia la concreción de una guerrilla urbana o rural. Y si hubo un manejo

de armamento, aunque mínimo, tuvo un carácter defensivo más que ofensivo. De hecho, como plantea Peter Winn, la violencia política entre el período de 1970-1973 no tiene comparación con el período posterior al golpe de Estado, incluso tomando cifras de la historiadora de Patricia Arancibia: solo dos muertos en la UP (Winn, 2013, p. 273).

Tercero, lo más probable es que producto del golpe de Estado y para evitar las acusaciones en torno a la generación de una guerrilla o de promover la violencia, es que la memoria en torno a la UP fue autocensurada y orientada a la denuncia de violaciones a los derechos humanos. Todo lo referente a la defensa armada del gobierno popular pasó a ser silenciado para que no fuese una “excusa” del golpe de Estado. Es lo que le he llamado “los tiempos de la memoria”, producto que estos recuerdos se legitiman colectivamente y en un contexto apropiado. No olvidemos que hasta la década de 1990, dirigentes de derecha, como Jaime Guzmán, afirmaban que la dictadura detuvo una inminente guerra civil, y que existía un PLAN para instalar una “dictadura del proletariado” a partir del 19 de septiembre de 1973 (Secretaría General de Gobierno, 1974, p. 21). Incluso en ese mismo texto, redactado entre otros por el historiador Gonzalo Vial, Néspolo aparece como participante de una reunión con marinos que pretendían tomar unos buques y denunciar las intenciones golpistas comandadas por José Toribio Merino. La acción fue descubierta y los marinos fueron detenidos y torturados en la Esmeralda (Magasich, 2008). Néspolo salió al exilio en 1973 y retornó en 1980 para continuar como dirigente del MAPU-Garretón hasta mediados de la década de 1980. Los años de la Concertación fueron poco auspiciosos para estas “memorias” irreverentes, las cuales hablaban de una defensa armada a la UP, pero a la vez se ironizaban con el carácter irrisorio de estas prácticas: poco armamento, poca capacitación e incluso se ha llegado a afirmar que se mentía en torno a la capacidad de respuesta que se tenía efectivamente en contra del golpe de Estado (Bastías, 2016). Estas memorias irreverentes también eran contraproducentes

para el proyecto de renovación socialista impulsado precisamente por militantes del MAPU.

Quizás, en este contexto, post 18 de octubre, surjan más “memorias irreverentes” en torno a otros períodos como la dictadura o los primeros años de la Concertación. Bienvenido sea.

Referencias

Entrevista a Alfonso Néspolo, 3 de junio de 2018.

Entrevista a Oscar Guillermo Garretón, 18 de enero de 2019.

Entrevista a Esteban Schroeder, por vía telefónica, 7 de enero de 2019

Conversación telefónica con Enzo Gazzolo y Teresa Gómez, agosto de 2019.

Testimonio de *Pablo Palma*, mediante correo electrónico, 3 de octubre de 2020.

Libros y artículos

Aldrichi, C. y G. Waksman. (2015). *Tupamaros exiliados en el Chile de Allende 1970-1973*. Montevideo: Mastergraf.

Bastías Rebolledo, J. (2016). *Memorias de la lucha campesina*. Tomo II. Mapuches, mestizos y estudiantes. Santiago: Lom Ediciones.

Chonchol, J. (2016). *Un cristiano revolucionario en la política chilena del siglo XX. Conversaciones con Claudio Robles Ortiz*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.

Magasich, J. (2008). *Los que dijeron No: historia del movimiento de los marinos*. Vol. 2. Santiago: Lom Ediciones.

Martínez, J. M. (2000). *El sol y la bruma*. Santiago: Ediciones B.

Moyano Barahona, C. (2009). *MAPU o la seducción del poder y la juventud: los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Prats González, C. (2014). *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago: Pehuén Editores.

Tironi, E. (2013). *Sin miedo, sin odio, sin violencia: una historia personal del No*. Santiago: Planeta.

Touriño, R. (2016). "Empecé algo que no sé hasta dónde me va a llevar", *Brecha*, N° 1591, 20 de mayo de 2016. www.brecha.com.uy

Secretaría General de Gobierno. (1974). *Libro Blanco del cambio de Gobierno en Chile. 11 de septiembre de 1973*. Editorial Lord Cochrane.

Valenzuela, E. (2013). *Dios, Marx... y el MAPU*. Santiago: Lom Ediciones.

Valdés Navarro, P. (2018). *El compromiso internacionalista*. Santiago: Lom Ediciones.

Winn, P. (2013). The Furies of the Andes: Violence y Terror in the Chilean Revolution and Counterrevolution en G. Grandin y G. M. Joseph (eds.). *A Century of Revolution. Insurgent and counterinsurgent violence during Latin America's Long Cold War*. Durham: Duke University Press.

La crisis del MAPU

Cómo y de qué manera se divide a un partido de izquierda*

*Oscar Guillermo Garretón,
en colaboración con revista Punto Final*

Reportaje

Para comprender con mayor claridad lo que ha ocurrido en el MAPU, joven partido integrante de la Unidad Popular (UP), es necesario analizar más allá de los hechos recientes, su historia; su definición a partir del segundo congreso nacional efectuado hace tres meses, y finalmente, la ruptura e intento de división del partido encabezado por Jaime Gazmuri, Enrique Correa (ex secretario y ex subsecretario general de la Comisión Política anterior, desplazada por ese congreso), y Fernando Flores (actual ministro de Hacienda).

Está claro que la historia del desarrollo interno de MAPU echa luz sobre el “golpe” de Gazmuri. Sin embargo, la audacia y la seguridad en la planificación de los acontecimientos demuestran que “no están solos”. La mano del centrismo actúa con la fuerza de sus medios de comunicación y su influencia burocrática. No es de extrañar, entonces,

* Reproducido con el permiso de Manuel Cabieses, director histórico de la revista *Punto Final*. El MAPU era el Movimiento de Acción Popular Revolucionaria. Por las ventajas de la computación que no existía en tiempos de la UP, hemos hecho correcciones gramaticales al original, en https://punto-final.org/PDFs/1973/PF_180_doc.pdf

que el grupo de Gazmuri gaste en una semana de publicidad más de lo que el MAPU gastó en la reciente campaña electoral. Tampoco extraña la ausencia de información o la tergiversación sobre el partido dirigido por Garretón, en diarios como *Puro Chile*, *El Siglo*, *Radio Portales*, etc.

Los medios de comunicación de la UP (salvo algunas excepciones relativas) han cometido el error de ir más allá de la tergiversación política-informativa de la realidad. Han cometido el error de reconocer, a través de la información publicada, un método de singular legitimación de fracciones y no de partidos al interior de la Unidad Popular.

Han desconocido los organismos superiores de la organización partidaria, han pasado sobre la instancia máxima, el congreso nacional, han hecho “tabla rasa” de las bases y sus mandatos. Han legitimado la posibilidad de que cualquier grupo o fracción de un partido pueda dar un “golpe” y desconocer la estructura partidaria, proclamándose a sí mismos, por minoritarios que sean, el verdadero partido.

“Nosotros somos el aperitivo” –dijo Oscar Garretón, secretario general del MAPU refiriéndose a este hecho– “el banquete está por venir al interior de la izquierda”. Y esto sucedía en el PR al cierre de esta edición.



El MAPU ha experimentado en carne propia la audacia y falta de escrúpulos del reformismo, que pretende dividirlo para aislar a los sectores revolucionarios.

El Golpe

Vamos a los hechos concretos día a día:

A las 3 a.m. del miércoles 7, un grupo de dirigentes y militantes del MAPU toman los locales de la Dirección Central del partido y la *Radio Sargento Candelaria*, recientemente adquirida. Encabezan la toma: Jaime Gazmuri, Enrique Correa, Eduardo Rojas y Fernando Flores. Durante la mañana, las radios, especialmente *Portales*, informan de un Pleno Extraordinario del MAPU que habría expulsado a 15 miembros de la Comisión Política, entre ellos a Eduardo Aquevedo, subsecretario general, acusado de “ultraizquierdistas”. Gazmuri informa en conferencia de prensa a mediodía que el Pleno realizado contó con 33 miembros del Comité Central y 13 secretarios regionales. Luego hace entrega de la lista de expulsados: Rodrigo González, Gonzalo Ojeda, René Román, René Plaza y Kalki Glauser, de la Comisión Política; y Javier Ureta, Rodrigo Rivas, Fernando Robles, Luis Magallón, Alejandro Bahamondes, Carlos Pulgar, Carlos Lagos, Alfonso Néspolo y Leopoldo Vega, miembros de Comité Central. La situación de Oscar Garretón queda en suspenso, dice Gazmuri, hasta que se tome una decisión, ya que se encuentra en Concepción. Mientras tanto, Gazmuri toma el cargo de secretario general subrogante.

El fraude que esta actuación involucra, dejando de lado las desviaciones estalinistas que implica el método y lo altamente inconveniente que es para la UP desde un punto de vista político, es casi ridículo. Al famoso Pleno no asisten más de 16 personas de un total de 65 del Comité Central, y no más de 30 del total de 92 del Pleno que reúne también a los secretarios políticos regionales. Como dijera Eduardo Aquevedo, “muchos de los que citan como asistentes simplemente no tenían idea de que el supuesto Pleno estuviera siquiera convocado. No lo sabía ni la mayoría de la Comisión Política, ni del Comité Central (CC), ni de los regionales. Ni siquiera tenían idea de él el secretario general, Oscar Garretón, ni los subsecretarios. En segundo lugar, es absolutamente imposible pretender que las enunciadas

expulsiones tengan el más mínimo fundamento legal o estatutario. Allí se establece que las expulsiones de miembros del CC (y de la Comisión Política, por consiguiente), deben ser aprobadas por los dos tercios del Pleno del Comité Central. Y allí como a ellos les consta ni siquiera estaban en condiciones de reunir la simple mayoría”.

El ministro Flores, de Hacienda y Mario Montanari, subsecretario de Agricultura, presentan sus renunciaciones al presidente Allende en vista de la “situación confusa por la cual atraviesa el partido”. Son rechazadas, lo que produce comentarios en torno a la intromisión del presidente en la vida interna de uno de los partidos de la UP. Mientras tanto, el secretario general Oscar Garretón llama desde Concepción y rechaza la actitud cobarde y divisionista del grupo Gazmuri e informa que viaja inmediatamente a Santiago a tomar cargo.

Jueves 8: La fracción Gazmuri anuncia en conferencia de prensa que Oscar Garretón ha sido expulsado y reemplazado por Jaime Gazmuri. El partido MAPU llama para ese mismo día a un Pleno Extraordinario al cual asisten 43 miembros del Comité Central de los 65 y 22 secretarios políticos regionales de un total de 27. Por unanimidad, el Pleno, luego de recibir la información, acuerda la expulsión de los principales implicados en el “golpe” dado al partido por un grupo fraccionalista. Mientras tanto, la prensa ha tomado posiciones. Hay un bloqueo de todos los medios informativos de la UP, salvo radio *Corporación* y *La Nación*. *El Siglo* y *Puro Chile* comentan la imprudencia de abanderarse con Gazmuri, lo mismo que *Clarín*.

Domingo 11: El MAPU se reúne en el teatro Caupolicán, mientras la fracción de Gazmuri lo hace en el Estadio Chile. Órganos de prensa que estuvieron en ambos eventos señalaron enfáticamente la diferencia en cuanto a la calidad de ambos actos. El informe de Investigaciones dio una cifra de 4.200 personas para el Estadio Chile y 8.000 para el Caupolicán. En el acto habla Garretón y explica a la militancia los hechos. A pesar de que el acto comenzó alrededor de las 11, Garretón termina de hablar a las tres de la tarde y nadie se

mueve de sus asientos. Al concluir, el MAPU marcha por las calles del centro, agitando sus consignas.

Lunes 12: La semana comienza con una reunión en el Comité Político de la UP, donde se analiza la situación del MAPU a pedido de su secretario general Oscar Garretón. Por intermedio de sus representantes, el Partido Socialista (PS) y la Izquierda Cristiana (IC) se pronuncian sin vacilar por un problema de principios: sus organizaciones reconocen a los partidos legítimamente instituidos y no a cualquier fracción que aparezca por ahí y se abogue el nombre de todo un partido. El Partido Comunista (PC) dice que su Comisión Política “aún no ha discutido el asunto” y por lo tanto no puede pronunciarse; el API informa que no se mete en los asuntos internos de otros partidos, y por su parte, el representante del Partido Radical hace un llamado a la “unidad de las dos fracciones”, conformando los tres, como era de esperar, el bloque contra el MAPU. En todo caso, la UP resuelve recomendar a su directiva que trabaje por lograr “la reunificación del MAPU”, otorgándole tiempo hasta el lunes 19, para “que vea este asunto”. El MAPU aceptó esta solución sobre la base del respeto a su congreso y a la directiva elegida en esa oportunidad.

Jueves 15: El secretario nacional del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) ofrece una conferencia de prensa, y su secretario general, Miguel Enríquez, anuncia el reconocimiento de la directiva oficial del MAPU, denunciando a su vez las maniobras del reformismo.

Viernes 16: Oscar Garretón se entrevista con el ministro del Interior, Carlos Prats. Este mismo día Garretón inscribe en el Registro Electoral a la nueva directiva del MAPU, con cual se entrará a un juicio con la fracción que había hecho lo mismo con anterioridad. Esa misma tarde, Garretón se reúne con dos seleccionados del partido en el teatro Alcázar, donde da a conocer los últimos acontecimientos políticos.

Al cierre de esta edición, como mencionamos anteriormente, los editoriales de algunos órganos de izquierda tenían otro tono. Las informaciones incluían por lo menos, alguna información sobre Garretón y el MAPU. Sin embargo, este “recoger cañuela” puede bien ser interpretado como un aspecto circunstancial ya que el fondo del problema permanece vigente, tanto en la UP como en el resto de la izquierda. Lo que está en discusión hoy no es el MAPU sino la línea estratégica y política que sustenta la fracción Gazmuri y la política del MAPU: una centrista, la segunda revolucionaria.

Entrevista a Oscar Guillermo Garretón

El secretario general del MAPU, Oscar Guillermo Garretón (OGG), dialogó con *Punto Final* (PF) durante dos horas en la sede regional de esa colectividad política. Al iniciar la conversación, Garretón –también diputado electo por Concepción– definió los orígenes de la situación planteada en su partido dos días después de la jornada electoral del 4 de marzo.

PF: ¿Qué explicación tiene la crisis en el MAPU?

OGG: “La crisis y su fondo no tenemos que explicarla nosotros sino ellos, que la provocaron, entregándola en bandeja a la derecha. En todo caso hay dos tipos de problemas. En primer término, el problema político derivado de diferencias en cuanto a la evaluación del proceso y la forma en que debería actuarse. En la práctica esas diferencias se habían demostrado como superables y la mejor prueba de ello, fueron las decisiones tomadas en el congreso. Hubo tres definiciones: a) La posición del MAPU frente a la política económica del gobierno, expuesta por el ministro Flores, frente a la cual hubo unanimidad; b) La línea antimperialista del partido y la plataforma política antimperialista, también acordadas por unanimidad; y c) La plataforma política de la campaña electoral. Existían, entonces,

bases de unidad claras, salvo que ellos hayan hecho una autocrítica de esas políticas y las hayan considerado “ultraizquierdistas” o que el “ultraizquierdismo” sea un fenómeno poselectoral, que se les vino encima de repente. El segundo problema que también puede haber es una relación subjetiva de desconfianza y eso destruye a los partidos. Se requiere una base de confianza con la militancia y en caso contrario se destruye el partido. Creo que existía esa desconfianza.

PF: La fecha elegida para hacer detonar esta crisis o bien, la fecha en que ella en definitiva detona –48 horas después de las elecciones– ¿fue a su juicio intencional?

OGG: Creo que el 4 de marzo el pueblo obtuvo una gran victoria porque, aunque les parezca raro a los matemáticos, no les debe parecer raro a los políticos: el 44% de la UP vale más que el 54% de la oposición. Vale más porque esas elecciones se dan en condiciones difíciles y ese fue el gran error de la derecha, pensar que el desabastecimiento y la inflación iban a ser el horno para cocinar votos. Así nace el sueño de los dos tercios. Los resultados los dejan paralogizados, porque, aunque esas deficiencias existen –es cierto que hay desabastecimiento, es cierto que hay inflación– la derecha no dice por qué hay esos problemas y el pueblo sí sabe las razones y para cualquiera que no sea un ciego, lo que ese 44% dijo al gobierno no fue que estaba satisfecho con el desabastecimiento y la inflación –el pueblo no es masoquista– sino dijo que sabía con mayor o con menor conciencia, que la lucha se estaba dando contra el imperialismo y los patrones, y la solución no está en devolver al país al imperialismo y los patrones sino seguir adelante con la UP. Esta es, entonces, una gran base granítica, dadas las condiciones en que se dan las elecciones, para poder avanzar y el hecho de que la UP se esté desgastando en su pugna interna, objetivamente, significa favorecer a la derecha porque es una alternativa menor la paralogiza por un tiempo y en una alternativa mayor, puede salir rota la UP. En segundo lugar, estas elecciones son una derrota para la derecha, porque nosotros podemos hacer mucho con el 44%; ella no puede hacer nada con su 54%, dentro

de los marcos legales. La CODE no tiene ningún destino político. Podía tener el 56 o el 57% y habría sido igual. No hay un empate institucional, sino, por el contrario, la UP tiene condiciones óptimas para avanzar. A la derecha le queda como alternativa o el golpe militar o atacar a la UP por dentro, sea para romperla, sea para intentar seducir un golpe de timón. En ese contexto, ellos eligen la fecha, para la toma del MAPU y está claro que, cuáles sean las palabras, en los hechos ellos han paralizado a la UP en sus posibilidades de ofensiva, porque hoy, en lugar de estar discutiendo las tareas para avanzar, se encuentra desgastada en su pugna interna. La gran pregunta que el pueblo entero se hace es si la alineación política que tiende a producirse en torno al hecho de MAPU es un simple fruto de una inercia o si intencionalmente es el aperitivo de un largo banquete.

PF: Concretamente, ¿estima usted que la acción del grupo divisionista tendía, en el fondo, a propiciar las negociaciones entre el PC y gobierno y ciertos sectores de la Democracia Cristiana que se sabe son proclives a una alianza de esa naturaleza?

OGG: Yo creo que se verá en los pasos futuros que siga el conflicto en la UP y para eso será necesario analizar no solo lo que ocurre en el MAPU, sino en el resto de los partidos de la UP. Independientemente de quién sea el que conversa en la UP, si buscan resolver la discusión política por la vía de la represión de aquellas posiciones que plantean seguir un proceso ininterrumpido hacia el socialismo, objetivamente se favorecen aquellas posiciones que plantean un proceso por etapas, de manera gradual y que pretenden detenerse hoy en alguna forma –por lo demás imposible– en un capitalismo de estado.

PF: ¿La actitud de algunos partidos políticos en relación, al reconocimiento de la directiva legítima del MAPU transgredió, a su juicio, los principios marxistas-leninistas de respeto por las conducciones que esas agrupaciones se dan democráticamente?

OGG: El pronunciamiento del PS y la DC indican una consecuencia con sus principios y el deseo objetivo de no destruir a la UP. Nosotros creemos que ese es un principio que no es ni siquiera marxista-leninista, sino un mínimo de conveniencia entre los partidos políticos, que quieren convertir a la UP en una montanera. En ese plano, el PC, el Partido Radical y el AP se pronuncian en este mismo sentido. Nosotros no entendemos el apoyo del PS ni el de la IC como una mayor simpatía hacia nosotros, sino que ellos tienen su línea política y no renunciarán por tanto a plantearla con sus coincidencias y sus discrepancias con el MAPU. Lo que sí plantean es que esas discusiones deben hacerse en el marco de respeto a lo que legitima y soberanamente cada partido se plantea. Yo espero que otros partidos hagan lo mismo. En todo caso, hay posiciones diversas: el Partido Radical fue uno de los que insistió en la necesidad de una gestión previa de Rafael Agustín Gumucio para una reunificación.

PF: ¿Esa reunificación era ya imposible?

OGG. Nosotros respondimos a Gumucio que, aunque vemos muy difícil la reunificación –por no decir imposible– estamos dispuestos a conversar sobre la base de que reconozcan el congreso del MAPU y sus acuerdos en cuanto al programa del partido, sus estatutos y su dirección. Si no aceptan esas condiciones, puede ser una conversación muy interesante entre dos grupos de izquierda, pero no será una discusión del MAPU y en todo caso, mientras se realicen esas conversaciones, el MAPU no cambiará una coma de los acuerdos que tomó en torno a la situación planteada.

PF: Salvo una o dos excepciones, los medios de comunicación de la izquierda bloquearon prácticamente las informaciones que proporcionaba, en las primeras instancias del conflicto, la dirección del MAPU ¿A qué atribuye usted ese bloqueo?

OGG: En primer lugar, muchos medios fueron confundidos por la audacia de la maniobra de Gazmuri. En segundo lugar, quienes controlan esos medios en vez de seguir un criterio de principios, se cargaron según sus coincidencias políticas, y no actuaron según el criterio de principios. Ello significa querer resolver la lucha ideológica dentro de la UP por la vía de la represión de algunas posiciones.

PF: *¿Cuál es la situación exacta de la radio Candelaria?*

OGG: La *radio Candelaria* es una radio del MAPU y aunque esté a nombre de algunas personas, sigue siendo del partido. Por eso, es un nuevo acto de usurpación que se hayan apoderado de la radio, como también es un acto que los refleja de cuerpo entero el que hayan despedido a tres militantes del partido que repudiaron la maniobra divisionista. Reprodujeron así los viejos métodos de persecución que la reacción utiliza, en el pasado, contra los trabajadores.



Oscar Guillermo Garretón, secretario general del MAPU, durante el acto que su partido efectuó en el Teatro Caupolicán para responder a la maniobra divisionista lanzada por el ala reformista de este partido.

Medición de respaldo al MAPU

PF: Analicemos ahora el respaldo efectivo de las bases que la dirección del partido tiene. Se ha sostenido que ese respaldo no es claro en el sector obrero-campesino del partido. ¿Es efectivo esto o no?

OGG: No, ellos se han aprovechado de datos superestructurales para dar una versión. Es, en primer lugar, efectivo que los dirigentes que están en la Central Única de Trabajadores (CUT) están con el grupo disidente y también con la mayoría de la dirección de la Confederación Obrera-Campesina. Sin embargo, a nivel sindical, la situación es muy distinta. La Confederación de Unidad Obrera-Campesina (CUOC) comprende 15 federaciones campesinas y tiene diez dirigentes. Los dirigentes nacionales, salvo uno, están con el sector disidente, pero de las federaciones campesinas, que son los organismos que generan esos dirigentes, 11 federaciones están con la directiva del MAPU, dos están aún dudosas y tres con ellos. Puedo señalarle, concretamente, que están con el MAPU las federaciones de Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso, O'Higgins, Colchagua, Linares, Ñuble, Concepción, Cautín y Osorno. Malleco está dudoso. Con "ellos" están las federaciones de Talca y Llanquihue.

PF: ¿Cuál es la situación de las bases de Santiago?

OGG: En Santiago y en el sector campesino el MAPU tiene poco poder. Lo controla el sector socialista y comunista. Pero la federación en Santiago apoya la línea de la dirección del partido. Están alineados con la dirección los cuatro regionales de Santiago, los tres territoriales –norte, centro, y sur– y el regional juvenil.

PF: ¿Hubo por parte del grupo disidentes un trabajo previo en las bases para empujarlas a su lado al momento de la crisis?

OGG: De hecho, fue así. Hubo trabajo previo. Pero por los resultados se ha visto que el partido, salvo excepciones, mantiene su consecuencia marxista-leninista y su estructura de cuadros que todos los militantes que ingresaron al partido se comprometieron a respetar.

PF: Usted mencionó días atrás, en la asamblea con los trabajadores de los medios de comunicación, discrepancias entre el MAPU y el MIR, pero también coincidencias. ¿Puede resumirlas?

OGG: Sí. Nosotros estamos dispuestos a realizar acciones conjuntas con todos aquellos que comparten tareas consideradas prioritarias para la UP y la izquierda, y al mismo tiempo estamos dispuestos a dar la lucha ideológica contra conductas que estimamos no correctas: así, luchamos contra desviaciones de izquierda. Contra desviaciones de derecha que pretende contener el proceso en el nivel que hoy se encuentra. Me refiero, por ejemplo, a que no se aplique con fuerza la política económica que anunció el ministro Fernando Flores. Esa política es central desde el punto de vista ideológico, no como batalla técnica sino como batalla para conquistar el poder. También luchamos en contra de las desviaciones de izquierda, la principal de las cuales es la calificación del gobierno como reformista y las consecuencias que derivan de ello.

Creemos que coexisten posiciones políticas deferentes y mientras algunas plantean un proceso ininterrumpido al socialismo, otras plantean un proceso gradual. Sin embargo, nosotros, que compartimos la primera posición (proceso ininterrumpido al socialismo), creemos que tenemos el tiempo a nuestro favor porque hoy los hechos mismos demuestran la consecuencia de esa posición, y en ese sentido en el gobierno existen voluntad, fuerza y potencialidad revolucionaria.

De la consideración que el gobierno es reformista se deriva la consecuencia de que es necesario reagrupar las fuerzas revolucionarias de dentro y fuera de la UP. Nosotros creemos que esa también es una posición ultraizquierdista, que desconoce la realidad porque

significa desconocer la potencialidad revolucionaria de la clase obrera y el pueblo, la dinámica de la historia a partir de hechos provocados por la UP que le obligan a avanzar más allá, y en tercer lugar, porque ese polo alternativo significa emprender la conquista del poder sin el gobierno e incluso con políticas antagonistas al gobierno, en la medida que este es considerado reformista y hay que combatirlo. También significa emprender esa conquista sin el PC y sin una parte del PS. Eso significa cancelar, en los hechos, la posibilidad de la conquista del poder. Ese polo no es alternativo de conducta de la UP, es una simple ilusión, pero peligrosa porque su política consecuente debería ser tratar de romper la UP.

PF: ¿No se detecta una contradicción en su anterior respuesta? ¿Usted estima necesario aprovechar la “potencialidad revolucionaria del pueblo” y preguntamos, a su juicio, las medidas generales adoptadas por el gobierno, vistas en un contexto total, han tendido a aprovechar o a frenar esa potencialidad revolucionaria con la que usted cuenta para el proceso?

OGG: Aunque a partir del conclave de la UP en lo Curro, se observa una hegemonía de tendencia que busca, de hecho, detener, sin embargo, los hechos son tan porfiados que, aunque si bien se intenta una política económica como el proyecto de ley Millas-Matus, ella fracasa y surge como política de gobierno, la que entrega Fernando Flores. Ello muestra la contradicción entre los intentos de detener y los de avanzar ininterrumpidamente, aunque los hechos no permitían todavía que se imponga una conducción que garantice que esa política se llevará a la práctica con decisión.

PF: ¿Cuáles son las tareas prioritarias que el MAPU propone en esta instancia política?

OGG: La tarea de desarrollar el poder popular es el número uno en esta etapa y está vinculada con las tareas económicas. Implementar la política económica que, en nombre del gobierno, entregó al país el

ministro Flores. Ella implica desde la formación del área de propiedad social en la producción y distribución de modo que se garantice el control sobre los productos esenciales y su flujo por canales que lleguen a las masas, hasta el control por los trabajadores de la dirección de las empresas y el aparato planificación del Estado.

En el área privada propugnamos la formación de comités de vigilancia, que vigilen la producción, resguarden la normalidad en las empresas y controlen el destino de los productos. A nivel poblacional, el desarrollo de las JAP y el control del abastecimiento. A partir de esto, debe irse al desarrollo de formas cualitativas mayores de organización como los encuentros sectoriales de trabajadores, los cordones industriales y por, sobre todo, los comandos comunales. En esas tareas estamos dispuestos a trabajar con todos los partidos de izquierda que están en esa línea. En el campo, estamos por el desarrollo de las organizaciones campesinas y la dirección de una nueva ley de reforma agraria, que rebaje la cabida a 40 hectáreas básicas. Además, por la formación de centros de abastecimiento rural.

Creemos también que hay que desarrollar con fuerza tareas antimperialistas en esta etapa. En este sentido saludamos los esfuerzos realizados por el comando de trabajadores de la empresa ITT en Chile, que lucha por la nacionalización, sin pago, de todos los bienes de la ITT en nuestro país y, consecuentemente, nuestra militancia agitará, a nivel de bases nuestra plataforma antimperialista de diez puntos.

PF: En cuanto a la posición del MAPU en la orientación que deba tener la política externa de Chile, quisiéramos que hiciera usted referencia a tres puntos: a) la actuales conversaciones chilenas-estadounidenses; b) el problema de las indemnizaciones (en el sentido que existían grupos proclives dentro de la UP a pagarlas); y c) en materia del tratamiento dado en los Estados Unidos a las agencias del gobierno chileno.

OGG: La posición, que fue unánime del MAPU, es que sabemos que el imperialismo es el enemigo más poderoso que tiene la revolución

chilena y la historia enseña que es un enemigo del cual no hay que descuidarse. Sabemos que el imperialismo solo cede cuando ve ante sí el peligro de una derrota. Esta es la experiencia de Vietnam, Cuba y de todos los pueblos que han luchado contra él.

En ese sentido entendemos que las conversaciones con Estados Unidos, que se desarrollan ahora, no pueden hacernos pensar que el imperialismo está por un *modus vivendi* con el gobierno de la UP. Porque en Chile la cuestión del poder NO está resuelta y, por lo tanto, el imperialismo siempre jugará por tratar de atacar el gobierno o plantearle condiciones inaceptables. Nosotros creemos que las conversaciones son positivas, no dependiendo de un problema de principios... si conversamos o no... sino sobre qué se conversa, y creemos que hay dos condiciones previas en la conversación. Primero, sobre el cobre no hay más que discutir. El cobre es chileno. Segundo, que Estados Unidos termine su agresión porque, de no ser así, en el hecho, significaría sostener una relación en la cual Chile se mantendría con una soga al cuello y no tiene sentido realizarla.

En cuanto al último punto que usted menciona, se debe destacar que, dentro de decenas de agresiones desatadas por el imperialismo contra Chile, desde septiembre de 1970, hay una a la cual no se ha dado mucha publicidad: se refiere al carácter dado por el gobierno estadounidense a las oficinas del gobierno chileno en territorio de Estados Unidos. El gobierno estadounidense les ha dado carácter de "agencias de potencia extranjera", lo que, de acuerdo con la ley de ese país, significa que el FBI puede revisarlas. Esta situación es inaceptable y nosotros planteamos que se les de en Chile a sus oficinas el mismo trato que se da en Estados Unidos a las nuestras.

Plataforma antimperialista del MAPU

El siguiente es el capítulo referido a la acción antimperialista, contenido en la plataforma política levantada por el MAPU para las elecciones de marzo, y a la que hace referencia en la entrevista otorgada

a *Punto Final*, el secretario general de ese partido, Oscar Guillermo Garretón:

“El imperialismo es el enemigo principal de nuestro pueblo y de todos los pueblos del mundo. En 1973, año en que debe definirse en todos los planos el enfrentamiento con el imperialismo, año en que se debe decidir si el vencedor será el pueblo de Chile o el imperialismo, la lucha con el agresor extranjero deberá intensificarse. El MAPU plantea al pueblo a la UP, a toda la izquierda, y se compromete a impulsar la plataforma siguiente:

- 1° Defensa de nuestro cobre nacionalizado. El cobre es chileno y nada ni nadie puede obligarnos a devolverlo o pagar indemnización alguna. Nadie paga por lo que es propio.
- 2° Exigir del Congreso Nacional, en base al proyecto enviado por el Gobierno, el pronto despacho de la ley que nacionaliza la Compañía de Teléfonos de propiedad de la ITT, y la ampliación de esa legislación con el fin de expropiar todos los bienes que la ITT tiene en nuestro país. Dicha expropiación, dada la actitud agresora de la compañía imperialista, debe ser sin compensación de ningún tipo.
- 3° Rechazar y denunciar ante las masas las presiones ejercidas por el Gobierno de Estados Unidos destinadas a impedir que nuestro país pueda servir la deuda externa contraída por los gobiernos anteriores de Chile con otras naciones.
- 4° Rechazar y denunciar ante el pueblo las presiones ejercidas gobierno de Estados Unidos a través de los organismos internacionales de créditos.
- 5° Suspensión inmediata del pago de la deuda externa a Estados Unidos, mientras el imperialismo estadounidense mantenga su agresión económica en contra de Chile.

- 6° Confiscación inmediata de aquellos bienes de las empresas estadounidenses que se sumen a la política de agresión del Gobierno de ese país.
- 7° Expulsar del país aquellos ciudadanos estadounidenses que realizan actividades contrarias a los intereses, la soberanía y la seguridad del país. De igual manera, prohibir el funcionamiento de institutos aparentemente altruistas, pero que en la realidad cumplen labores antinacionales y de espionaje como, por ejemplo, los llamados Cuerpos de Paz.
- 8° Dar en Chile a las oficinas y misiones comerciales de Estados Unidos un trato recíproco al que reciban las nuestras en ese país.
- 9° Revisar todos los pactos o compromisos bilaterales contraídos por nuestro país con Estados Unidos, en caso de que su Gobierno mantenga su agresión a Chile.
- 10° Acentuar y profundizar la batalla por la defensa de nuestras divisas. Constituye una tarea antimperialista, una tarea patriótica de primer orden, el ahorro de divisas en la adquisición de repuestos mediante su fabricación en Chile; a través del ahorro de materias primas importantes; a través del aumento de nuestra producción agropecuaria. Ganar la batalla de la producción en el campo y la ciudad es un triunfo patriótico sobre el imperialismo yanqui.
- 11° Acrecentar y elevar a primer plano nuestra solidaridad con la lucha de los pueblos contra el imperialismo estadounidense, especialmente con la heroica lucha de los pueblos de Vietnam, Camboya y Laos. La expresión más alta de nuestra solidaridad con la lucha de esos pueblos contra el agresor yanqui debe ser, en todo caso, el desarrollo y profundización de nuestro propio proceso revolucionario, conquistando acá el poder y construyendo el socialismo. Los éxitos en nuestro combate contra el imperialismo serán nuevas estacas clavadas en el corazón de los explotadores de todos los pueblos oprimidos del mundo”.

Carta pública del MAPU a la UP

Compañero Rafael Agustín Gumucio

Presidente del Partido de la UP

Presente.

Compañeros:

La situación que en el MAPU provocó un grupo divisionista, aunque es problema interno de nuestro partido, coloca al conjunto de la UP frente a una definición cuyas repercusiones pueden ser decisivas para el futuro de nuestros partidos y sus normas de convivencia. En concreto, creemos que esta situación plantea la necesidad que los partidos se pronuncien con claridad acerca del criterio que para esta situación u otras similares del futuro adoptará la UP en cuanto al reconocimiento de los partidos integrantes y sus dirigentes legítimos.

El MAPU, uno de los fundadores de la UP, realizó en noviembre de 1972 su II Congreso Nacional, cuya legitimidad fue reconocida por ustedes y por los partidos obreros del mundo entero que participaron en nuestros debates. En ese II Congreso Nacional, el MAPU eligió un Comité Central de sesenta y cinco miembros, y al finalizar, los partidos de la UP asistieron al acto del Estadio Santa Laura, ratificando con su presencia el respeto a las decisiones del MAPU. En ese mismo acto escucharon la palabra del nuevo secretario general, Oscar Garretón, a quien además felicitaron por su designación.

En los meses posteriores al Congreso, hasta hoy, el compañero Presidente, la UP y Chile entero han reconocido la legitimidad incontestable de la nueva directiva del MAPU. Fueron, por lo demás, innumerables las reuniones de jefes de partidos de la UP, donde la voz del partido fue llevada por su Secretario General, o por quienes lo representaban. Más allá de la mayor o menor coincidencia política con nuestras posiciones, a ningún partido de la UP se le pasó por la mente poner en duda la validez y autoridad de las decisiones que soberanamente el MAPU tomaba en sus organismos regulares.

Sin embargo, en esta semana un grupo de militantes de nuestro partido –hoy expulsados– ha pretendido cuestionar lo que nadie ha puesto en duda: la legitimidad de las decisiones tomadas por los organismos del MAPU. Una minoría divisionista pretendió arrogarse la autoridad del pleno del Comité Central y pretender “de facto” adoptar decisiones inaceptables.

Nuestra posición es que resulta un precedente de proyecciones incalculables que la UP permanezca indefinida frente a estos procedimientos, o los avale. Eso significaría consagrar el criterio de que las relaciones entre partidos se rigen, no por una política de principios, de respeto a ellos, sino por otras razones. La necesidad de definir un criterio ya se presentó cuando un grupo divisionista abandonó el Partido Radical, para formar luego el PIR. Hoy, ante la repetición de estos hechos esta definición es impostergable.

La UP, a nuestro juicio, solo puede reconocer a quienes legítimamente representan los organismos máximos de cada uno de los partidos integrantes de nuestra alianza. Para el reconocimiento de estos organismos hay elementos de evidencia y constatación universales, que se manifiestan en actos y eventos partidarios de alta significación, como los congresos, plenos, convenciones u otros unánimemente aceptados por los respectivos partidos y de conocimiento público. Nos parecería un grave error el que se aceptaran otros criterios que no fueran los que representan la legitimidad dentro de cada partido. Nos parece más grave aún que por uno u otro motivo de carácter particular se establecieran criterios de reconocimiento circunstanciales, propios de cada ocasión y acordes con la conveniencia o simpatía de cada agrupación.

Muy por el contrario, estamos por una política de principios, que es la única que puede garantizar el respeto mutuo y la seguridad de una alianza que se rige por normas claras y categóricas, normas que no hacen depender de las eventualidades del momento la fortaleza de la unidad en torno a una política común, y regida por un programa y por un pacto político como el que hemos definido en diciembre de 1969 y a comienzos de 1970, y que nos proporcionaron la base para

el gran triunfo de septiembre. El MAPU, su dirección, las definiciones programáticas del Segundo Congreso, mantienen imperturbablemente la línea de adhesión a la UP y al gobierno que contribuimos a elegir y desarrollar.

Dentro de este marco de unidad programática, el MAPU no renunció nunca, al igual que los otros partidos, a su autonomía, y a su perfil propio, a la elaboración de su línea política. Es así como después del triunfo, realizamos nuestro Primer Congreso, y en diciembre de 1972, el segundo, eligiendo cada vez nuestras direcciones, las cuales fueron unánimemente respetadas, tanto internamente como fuera de nuestro partido.

Creemos que así seguirá siendo en el futuro. Ya hemos extirpado de nuestro partido los elementos fraccionistas, y divisionistas, y lo seguiremos haciendo con todos aquellos que no respeten nuestras definiciones programáticas o nuestra unidad de dirección. Ello es tanto más legítimo cuanto que la abrumadora mayoría de los dirigentes y de las bases de nuestro partido han repudiado siempre el divisionismo, porque está reñido con los métodos y conductas permanentes de la clase obrera.



Algunos de los miembros de la comisión política del MAPU: de izquierda a derecha, Francisco González, Eduardo Aquevedo, Eduardo Olivares y Kalki Glauser, elegidos en el último congreso ordinario de ese partido.

Por las razones que hemos aducido, creemos urgente ratificar los principios que hemos delineado, y por ello solicitamos a cada partido y al conjunto la UP, la realización de una discusión que tenga como tema de fondo este problema de la relación entre nuestros partidos, y de los criterios de principio acerca de su mutuo reconocimiento. De este modo, podremos fijar una norma común, válida para todos, que proporcione seguridad y firmeza a nuestra alianza, fortaleciéndolo más allá de cualquier situación contingente.

Con saludos revolucionarios, Oscar Guillermo Garretón (secretario general del MAPU)

Algunos antecedentes acerca del desarrollo histórico del MAPU

Podríamos distinguir en el MAPU tres períodos fundamentales. El primero, que parte desde su fundación, en mayo-agosto de 1969 y que termina con la realización del I Congreso Nacional (noviembre de 1970); un segundo período, desde esa fecha hasta el II Congreso Nacional (diciembre de 1972); y un tercero a partir de entonces hasta la marginación y expulsión del partido de la fracción reformista de Gazmuri, el 7 de marzo reciente. Un documento del MAPU explica:

“1. El antecedente inmediato y la columna vertebral del MAPU de ese período era la izquierda “rebelde” que rompe en mayo de 1969 con el PDC. Pues bien, esta no es otra cosa que “pequeña burguesía radicalizada”. En lo ideológico, esto se expresaba en su heterogeneidad, es decir, en la coexistencia de sectores “cristianos” o pseudo-cristianos con sectores premarxistas. En lo político, también en su heterogeneidad, en la coexistencia de sectores con posiciones reformistas y sectores con posiciones revolucionarias o “izquierdistas”.

2. El MAPU no podía ser, en su primer período, mucho más que una reproducción corregida y ampliada del “rebeldismo”. Y de hecho no

lo fue. En rigor, y a despecho de cualquier interpretación más o menos “romántica” y subjetiva, ningún sector o grupo estaba ideológicamente preparado para asumir e impulsar en el seno de la naciente organización (en el terreno ideológico, político y orgánico) las posiciones del proletariado, esto es, el marxismo-leninismo.

3. Hubo un sector que “intuía” y que busca con honestidad la ideología de la clase obrera, que trataba de acercarse a ella y asumirla, y que estaba integrado principalmente por los equipos que condujeron a la JDC durante 1967-1969. Sin embargo, se trataba de un sector estrictamente “pre-marxista”, fuertemente influido por posiciones pequeñoburguesas. Era un sector de gran capacidad orgánica y notable sensibilidad política. Era el sector que “hacia el trabajo” dentro del partido.

4. Era otro sector, sin embargo, el que controlaba formalmente el naciente partido: un sector socialdemócrata y reformista, también pequeñoburgués. Era el grupo que le daba al MAPU la “imagen” externa, de izquierda, pero también de “ponderación” y “serenidad”. Era un sector ideológicamente débil y políticamente sin arraigo en la base del partido, que fundaba su fuerza en factores como el “caudillismo”, el “prestigio” público, la capacidad de maniobras, etc. En esto radicaba, al mismo tiempo, buena parte de su precariedad.

5. Ambos sectores entraron en conflicto apenas se constituyó el MAPU (conflicto que se arrastraba desde los tiempos del “rebeldismo”). El núcleo revolucionario debió organizarse fraccionalmente para disputar el control del partido al otro sector. La lucha culminó en el I Congreso, en noviembre de 1970, con la derrota del sector pequeñoburgués-reformista y con el ascenso a la dirección del partido de los sectores revolucionarios (aún pre-marxistas y pequeñoburgués. En suma, el MAPU fue durante su primera etapa una organización fundamentalmente pequeñoburgués tanto en el plano ideológico como político y orgánico. Su lucha interna y su desarrollo

se dieron, en lo básico, dentro de los marcos ideológicos de la pequeña burguesía. Tal es la verdad que es necesario tener presente acerca de ese período, si es que pretendemos reconstruir la historia del MAPU sin mitos y sin falsificaciones.

8. El segundo gran período del desarrollo histórico del MAPU es el que empieza con el I Congreso Nacional y que se extiende hasta el II Congreso. Sin lugar a dudas, es esta la etapa más fecunda del desarrollo histórico del partido. Un nuevo contexto histórico viene a cambiar la “problemática” interna, modifica el sentido de la lucha ideológica en el seno del partido y los “alineamientos” de fuerzas correspondientes. La realidad política, es decir, la lucha de clases impone al partido exigencias nuevas y diferentes. El carácter del gobierno popular, las nuevas formas de la lucha de masas, la cuestión del poder, etc., son ahora los temas en torno a los cuales es necesario discutir y defender posiciones. El partido, a través de su Dirección, debe pues responder frente a las nuevas urgencias tácticas, y de hecho responde. El problema, sin embargo, no era simplemente responder, sino cómo hacerlo. Y solo había dos métodos generales: un modo pequeñoburgués y otro proletario. ¿De qué manera lo hizo la Dirección del MAPU?

9. La forma de enfrentar y responder a las exigencias que planteaban las masas y la lucha revolucionaria en Chile por parte de la Dirección, desde el I Congreso hasta el II Congreso, es lo que determina el desarrollo general del partido en el plano orgánico, político, e ideológico, y su situación actual y sus problemas. En la medida en que la Dirección del partido elegida en el I Congreso no era aun hegemónicamente marxista-leninista (a menos que reemplacemos la verdad por los mitos); y en la medida en que las concepciones estratégicas aprobadas en dicho Congreso adolecían de manifiestas insuficientes, errores y debilidades (desde un punto de vista proletario, es decir, marxista-leninista), en esa medida la Dirección del partido estaba de por sí incapacitada para enfrentar y responder a las nuevas

exigencias de la lucha de clases de una manera revolucionaria y proletaria. El partido y la Dirección no estaban armados ideológicamente para hacerlo. Un salto cualitativo en el plano ideológico y estratégico era indispensable para asumir un rol no pequeñoburgués, en la etapa que se iniciaba.

10. El desarrollo del MAPU durante los últimos dos años ha estado condicionado por los factores señalados anteriormente. Sobre la base de una interpretación más o menos correcta del “estado de ánimo” de las masas (y no siempre ni necesariamente de sus intereses de clase), y en el marco de un ascenso global del movimiento de masas, el partido crece y se extiende extraordinariamente en lo cuantitativo. El MAPU, en esos casi dos años, se implanta sólidamente entre las masas obreras de la ciudad y del campo. Su organización se desarrolla. Se forman nuevos regionales y se fortalecen los existentes.

Políticamente, sin embargo, la Dirección aquella es sobrepasada por el desarrollo de la lucha de masas. El partido no llega a percibirse por las masas como el principal destacamento conductor o como uno de los más importantes y decisivos. En este sentido, el rol del partido resulta objetivamente subalterno. Es para muchos, un importante “núcleo de reflexión y elaboración”, pero no una vanguardia proletaria y revolucionaria. La Dirección del partido era, en consecuencia, políticamente débil desde un punto de vista proletario. ¿Cómo explicar este hecho, que la propia Dirección debió por lo demás reconocer? ¿Incapacidad personal de los integrantes de la Dirección? Evidentemente, no. La explicación fundamental debía buscarse en el terreno ideológico.

11. Debe destacarse el Tercer Pleno de la Dirección Nacional (28-30 de mayo de 1971) como el punto de inicio de las divergencias ideológicas y políticas significativas durante la segunda fase. En los Planes posteriores (IV y V) las divergencias se reiteraron y profundizaron. En el Pleno Extraordinario de fines de julio de 1972, la situación hace crisis, situación que se reproduce más o menos aproximadamente en

los meses siguientes en relación con el Regional Norte-Costa y que se expresa en el Pleno número VI, en los primeros días de noviembre. ¿Cuál ha sido el desarrollo aproximado de tales discrepancias? Veamos, en síntesis:

- I. Tercer Pleno, mayo de 1971: Se plantea por primera vez el problema del Estado.
- II. Cuarto Pleno, diciembre de 1971: Relación entre los problemas orgánicos y políticos del partido. Debilidades estratégicas del partido y de la UP.
- III. Sucesos de mayo en Concepción: Concepción de las movilizaciones de masas y carácter de la crisis de dirección en la UP.
- IV. Quinto Pleno, junio de 1972: Caracterización de la situación, significado de la política “consolidacionista” del PC y tipo de hegemonía dentro de la UP y del gobierno (hegemonía revolucionaria o centrista).
- V. Pleno Extraordinario, julio 1972: Significado de la Asamblea del pueblo en Concepción, significado del poder popular y forma de construcción de este poder. Es decir, nuevamente el problema en debate es el del Estado y del poder planteado ya en el Tercer Pleno, en mayo 1971.
- VI. Sexto Pleno, octubre de 1972: La crisis de octubre. Análisis de la coyuntura, causa y consecuencias.
- VII. Julio, octubre de 1972: Carácter y significado de las sanciones en contra de dos regionales calificados de “ultras”: el Regional Concepción y el Regional Santiago Norte-Costa. Relación entre dichas sanciones y la lucha interna del partido.

Tal ha sido aproximadamente la forma en que se plantearon los problemas internos del partido desde el punto de vista de su desarrollo hasta el II Congreso Nacional. Ahora bien, ¿cómo podrían

sintetizarse los problemas o discrepancias desde el punto de vista ideológico y político? Creemos que del modo siguiente:

- I. Caracterización del proceso revolucionario chileno (cuestión del poder, tareas estratégicas, fuerzas motrices, vía estratégica, hegemonía proletaria, etc.).
- II. Caracterización del gobierno popular (significado, tareas, etc.).
- III. Alternativas estratégicas actuales (centrismo –“Democracia Avanzada”– fascismo o socialismo).
- IV. El Partido Revolucionario del proletariado (actitud hacia la UP, hacia el PC, rol del MAPU).

12. El II Congreso del MAPU fue la ocasión en que se enfrentaron globalmente las dos grandes tendencias que se habían gestado y desarrollado en su seno. La tendencia reformista y pequeñoburguesa, por un lado, y la tendencia proletaria y leninista, por el otro.

La primera se presenta al Congreso con un proyecto de programa (denominado Proyecto 1, elaborado por el subsecretario de entonces, Enrique Correa). La segunda tendencia la hace con un proyecto (conocido dentro del partido como Proyecto 2, elaborado por Gonzalo Ojeda, Rodrigo González, Kalki Glauser y Eduardo Aquevedo, todos ellos legados de alguna manera a los regionales más poderosos y representativos del partido). El Proyecto 2 incluía, además, una crítica global al proyecto de la Comisión Política de ese entonces. (Dicha crítica se denominó *Por un Partido Realmente Proletario*, y se adjunta al final de esta reseña.)

El Congreso finaliza con un amplio triunfo de los sectores de izquierda y proletarios del MAPU. Estos representaron más del 60% del total de los delegados (1.500). Se aprobó el Proyecto 2, se aprobaron nuevos Estatutos y se eligió un Comité Central de 65 miembros titulares, de los cuales 38 representaban a la mayoría y 27 a la minoría. El Comité Central, a su vez eligió una Comisión Política de 15 miembros, con 9 de mayoría y 6 de minoría. Fue la mayoría del

Comité Central, en fin, la que eligió a Oscar Garretón como secretario general del MAPU. Así queda cerrada esta segunda gran etapa de la historia del MAPU.

13. La última fase es la que se inaugura al clausurarse el Congreso y que se extiende hasta los días recientes. Los hechos básicos de este último período son, en síntesis:

- El trabajo obstruccionista del grupo de minoría, dentro de todos los organismos de dirección del partido desde el día siguiente del Congreso.
- La organización y el comportamiento fraccional de un sector de la minoría desde mediados de diciembre de 1972 hasta el mismo 7 de marzo pasado, distribuyendo sus cuadros fraccionales a lo largo del país, operando sincronizadamente con la minoría de la Comisión Política (Gazmuri, Correa) donde naturalmente radicaba el núcleo central de la fracción.
- El impulso por parte de la fracción, de campañas de desprestigio contra los dirigentes de la mayoría del partido.
- La proliferación de actos de indisciplina en algunos regionales del país (en Santiago, sobre todo), tendencia a romper la unidad de mando y de dirección, y a limitar la eficacia de los organismos dirigentes del partido.
- Las denuncias desde sectores y militantes de base acerca de actividades fraccionales dentro de algunos comités locales y regionales por parte de dirigentes ligados a la minoría derrotada en el Congreso. Esto empieza a ocurrir a mediados de enero.
- La Comisión Nacional de Control y Cuadros recibe tales denuncias y empieza a investigar a fines de enero.
- La Comisión Política aprueba por unanimidad una plataforma antiimperialista y una plataforma general de campaña que incluye a la anterior, logrando subordinar ideológicamente al

sector de minoría; después de una discusión prologada deliberadamente, dicha plataforma (que se adjunta y reproduce al final) expresa en su lenguaje simple las principales tareas políticas del proletariado para este período.

- A fines de febrero, cuando había ya en la Comisión Nacional de Control y Cuadros más de 40 “casos” acusados de indisciplina y de actividades fraccionales, el propio grupo fraccional empezó a acusar a la Dirección de estar actuando “represivamente”. Las investigaciones siguen adelante y ya a principios de marzo la red fraccional estaba prácticamente identificada y al descubierto.
- El 2 de marzo *El Mercurio* publica un Informe aprobado por la Comisión Política del partido para la discusión interna. El ministro Fernando Flores, que había cometido reiterados actos de indisciplina y desacato a la dirección, y que estaba actuando también orgánicamente con la fracción, se apresura a declarar públicamente su desacuerdo con dicho informe. Flores atropelló así consciente y deliberadamente, normas elementales de disciplina partidaria. Por cierto, estaba cumpliendo instrucciones del centro fraccional, que desesperado ante el desarrollo de las investigaciones en Control y Cuadros, necesitaba urgentemente crear “hechos políticos” que permitieran acelerar el desenlace de la lucha interna.
- La Comisión Política, al mismo día de la elección, el 4 de marzo, adoptó el acuerdo de convocar a una reunión del Comité Central para el viernes 9 de marzo, con el propósito de analizar el resultado electoral y la situación interna del partido. Allí se darían a conocer los resultados de las investigaciones de la Comisión de Control y Cuadros, y otros antecedentes especiales que entregaría la Comisión Política acerca del problema interno.
- La fracción se desesperó. Pensó equivocadamente que se expulsaría a algunos de sus integrantes. No era ese el propósito de la Dirección. Tampoco era posible, pues, a pesar de haber una

mayoría clara en contra de la fracción en todos los organismos de Dirección y en el Comité Central, no había los dos tercios necesarios. Allí solo se haría la denuncia política del problema, pero Gazmuri estaba resuelto a marginarse del partido y a intentar su división. Eso es lo que trataron de hacer el 7 de marzo y los días siguientes, con grandes y poderosos apoyos externos. Su fracaso empieza ya a reconocerlo públicamente ellos y sus aliados.

Un documento revelador

En el II Congreso del MAPU las posiciones se definen en torno a dos documentos. Entregamos aquí parte del que sirvió de base para la elaboración del Programa definitivo surgido de ese evento, y que contiene los lineamientos principales de la actual línea política del MAPU:

Por el Partido Realmente Proletario (Crítica al Proyecto Uno de Programa)

Introducción

“El propósito de este documento es criticar algunos de los aspectos más relevantes del Proyecto Uno de Programa entregado para la discusión previa al Congreso Nacional. No se trata, por lo tanto, de una crítica exhaustiva. Muchas cuestiones quedan sin ser examinadas y criticadas. Criticar dicho Proyecto, aunque fuera de manera insuficiente, nos ha parecido una necesidad y una obligación. Se trata, en efecto, de un documento que expresa las posiciones de un sector importante de nuestro partido, del sector que hasta ahora ha predominado dentro de su Dirección. Pero, además, se trata de documento que expone una línea política que de ser adoptada por el partido, lo mantendría ideológica y políticamente desarmado e incapacitado para entregar una dirección proletaria y revolucionaria a las masas.

El MAPU ha jugado hasta ahora un rol importante, aunque secundario en el desarrollo de las luchas obreras y de masas. Ello ha sido así, principalmente por las debilidades e insuficiencias ideológicas en su Dirección, por la ausencia de una línea estratégica coherente y proletaria. El Proyecto Uno Programa no hace otra cosa que consagrar o preservar esa misma precariedad ideológica. Reitera en lo central, las mismas posiciones y contradicciones vigentes hasta hoy. Por consiguiente, tiende a ratificar la misma función subalterna desempeñada por el MAPU hasta el presente.

Si lo anterior es grave, más lo es el hecho de que, en consecuencia, nuestro partido quedaría objetivamente al margen de las grandes tareas actuales del proletariado; construir su vanguardia, edificar se partido, y simultáneamente luchar por el poder y el socialismo.

El MAPU debe constituirse, a breve plazo, en el destacamento más decisivo y fundamental del proletariado marxista-leninista más consecuente. Pues bien, una de las condiciones imprescindibles de ello es combatir y derrotar en su seno las posiciones o tesis centrales expresadas, en el Proyecto Uno de Programa. Por lo tanto, ayudar a ser objetivo es otro de los propósitos de este documento.

Acerca del carácter de la Revolución Chilena

1. La caracterización de la revolución chilena que el Proyecto Número Uno nos presenta de confusiones y contracciones. En él se mezclan afirmaciones correctas con otras claramente inaceptables o incorrectas.
2. En dicho Proyecto, en efecto, se afirma que “la revolución chilena tiene un carácter socialista” (Tesis 41). En esto estamos todos de acuerdo. Pero el problema no es estar de acuerdo con el apellido que le pongamos a nuestra revolución, si no qué se quiere decir cuando se afirma que es socialista. El problema es saber de qué clase de socialismo se nos está hablado y cómo se llega a él. Pues bien, aquí es donde el documento empieza a fallar. Porque

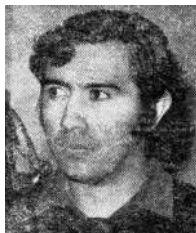
afirma, al mismo tiempo, que es “la destrucción de los monopolios” lo que “abrirá las puertas a la construcción del socialismo chileno”. Sostiene que “al destruir los monopolios y terminar con el dominio que sobre Chile ha establecido el capital imperialista, se está hiriendo de muerte al capitalismo”, debido a que “en las condiciones actuales chilenas, el capitalismo no puede subsistir sin monopolios y sin un consistente apoyo del capital extranjero imperialista” (Tesis 39). Estas últimas afirmaciones son claramente erróneas e incorrectas, ¿Por qué?

3. Nadie duda de que al expropiar los monopolios y nacionalizar las empresas yanquis se está dando un gran paso adelante, se está avanzando por un campo que puede conducir a la destrucción de capitalismo y a la construcción del socialismo en nuestra patria. Pero eso no significa, de manera alguna, que se esté “hiriendo de muerte al capitalismo”. La historia reciente ha demostrado que en países tan subdesarrollados y dependientes como lo es Chile “en las condiciones actuales”, el capitalismo puede subsistir perfectamente bien “sin monopolios” y “sin un consistente apoyo” del capital imperialista. Hay países en que se han estatizado todas las empresas importantes, se ha terminado con los monopolios y se han roto los lazos con el imperialismo, sin que por eso el capitalismo haya desaparecido. Lejos de ello, se ha fortalecido al entrar en una nueva forma de capitalismo de Estado sin monopolios privados, que le permite mecanismos más eficientes de planificación capitalista de la economía. Estos regímenes se han denominado “democracias nacionales avanzadas”, cuyo ejemplo más ilustrativo es Egipto, desde la “revolución” de Gamal Abdel Nasser. Por su parte, la república africana de Ghana demostró de manera trágica los límites y debilidades de estos regímenes. Lo mismo puede decirse de Indonesia.

¿Por qué esto es así? Porque destruir los monopolios sin destruir el Estado burgués, y porque sin demoler Estado e instaurar uno nuevo, un Estado popular a través del cual el proletariado ejerza

su dictadura, el capitalismo como régimen sigue funcionando. Sin la destrucción del Estado burgués no hay capitalismo “herido de muerte”. Sin la destrucción de Estado burgués y construcción de otro nuevo, no hay construcción del socialismo, aunque se expropien todos los monopolios y latifundios, y se nacionalicen todas las riquezas básicas.

4. ¿Qué es, entonces, lo que asegura o define el “carácter socialista” de la revolución? En primer lugar, la conquista del poder por el proletariado, es decir, la destrucción del Estado burgués y la construcción de otro diferente, el Poder Popular. En segundo lugar, la expropiación de los medios de producción básicos, y la forma democrática de la relación entre dirigentes y dirigidos. En otras palabras, para asegurar el “carácter socialista” de la revolución el proceso no debe ser solo antimonopolista, sino también anticapitalista, y esto asegura, antes que nada, al resolver revolucionariamente el problema del Estado y del Poder, sin lo cual ninguna socialización es posible.
5. Ahora bien, como ocurre en el Proyecto de Programa Número Uno, se plantea incorrectamente el problema del Estado y del Poder, todas las afirmaciones que se hacen acerca del “carácter socialista” de la revolución y acerca de su desarrollo “ininterrumpido” no pasan de ser hermosas definiciones y lindas palabras. La línea política que nos ofrece el Proyecto 1, es pues, contradictoria e incoherente.



Eduardo Aquevedo
Subsecretario general del MAPU

Acerca del problema del Estado y el Poder

6. La cuestión más importante y definitoria del Proyecto 1, la que deja más en claro su verdadero carácter y orientación, es la que tiene que ver con el Problema del Estado y el Poder. Es aquí donde la ambigüedad y las contradicciones son más evidentes y graves.
7. Se nos dice, por un lado, en efecto, que “la tarea central para iniciar este proceso es la de cambiar el contenido de clases del Estado, de instrumentos de la dictadura de la burguesía en la más elevada expresión de la dictadura del proletariado. Esta transformación no es posible sino mediante la destrucción del Estado burgués. Rechazamos la alusión reformista de que la transformación de la sociedad pueda llevarse a cabo sin este requisito indispensable” (Tesis 23). Luego se expresa: “La victoria en la lucha por el poder de la clase obrera y sus aliados dará como resultado la destrucción del Estado burgués y la construcción en su lugar de un Estado Popular con hegemonía proletaria; en otras palabras, una forma específica de dictadura proletaria la victoria solo será posible si la alianza del pueblo construye un poder alternativo” (Tesis 42 y 44). Más allá de ciertas confusiones o errores secundarios, las afirmaciones anteriores son en general correctas. Las aceptamos y las aplaudimos.
8. Sin embargo, el autor o los autores del Proyecto 1 dan, en las líneas siguientes, un tremendo salto atrás. Consciente o inconscientemente rectifican el contenido de sus anteriores palabras. Veamos como lo hacen.
9. Primera contra-afirmación: “Ha alcanzado una parte del poder una coalición popular que principalmente se propone la tarea de conquistar el poder a partir de la nueva posición ganada: el Gobierno; posesión del Gobierno que asume así... el carácter de principal centro de poder conquistado hasta hoy por el proletariado y sus aliados” (Tesis 49 y 59).

¿Qué significan estas expresiones del Proyecto 1? Significan algo muy claro y que muy poco tiene que ver con el marxismo: que a juicio de los que suscribieron dicho Proyecto, “conquistar el poder” es más o menos sinónimo de ocupación del Estado burgués por parte del proletariado; que “conquistar el poder” constituye un proceso gradual en que primero se gana tal parte del Estado o Poder burgués (por ejemplo, la rama ejecutiva) y después, progresivamente, las demás partes (el Parlamento, el Judicial, etc.); significan que, a su juicio, es posible separar en el tiempo el proceso de destrucción de tal aparato y el proceso de construcción del nuevo poder y Estado alternativo. Ahora bien, tales concepciones acerca del Poder son falsas y, por supuesto, completamente ajenas y contrarias al marxismo-leninismo.

10. Segundo contra-afirmación: “La existencia del Gobierno Popular lleva a su máxima expresión la dualidad de poderes que entran en contradicción en Chile... Estas tareas serán posibles sobre la base de extender a todos los ámbitos de la vida nacional el poder popular que el Gobierno expresa en su máximo nivel; no habrá poder popular sin un Gobierno que lo exprese de manera principal; el poder popular alternativo y opuesto al de las viejas clases separa y divide en su interior al Estado burgués, gracias a la posesión del Gobierno que asume así el carácter de principal centro de poder conquistando hasta hoy por el proletariado y sus aliados” (Tesis 48, 52, 59).

He aquí nuevas afirmaciones falsas que echan por tierra las tesis correctas señaladas al comienzo (Tesis 23, 42, y 44 indicadas en el punto 7 nuestro). Se sugiere, en efecto, que antes del Gobierno Popular ya existía una situación de doble poder, que ahora solo es llevada a su “máxima expresión”. Esto no es efectivo. El poder doble o alternativo del proletariado frente al de la burguesía solo comienza a gestarse después de septiembre de 1970 y un modo solo embrionario. ¿Qué órganos, qué instituciones expresaban antes de 1970 ese poder popular, ese contrapoder? ¿Acaso se insinúa el

disparate de que organismos gremiales como la CUT o destacamentos políticos populares eran la forma de manifestarse de tal poder antes de aquella fecha?

Sin embargo, aún más grave es la afirmación de que el Gobierno es hoy la máxima expresión del poder popular naciente y que en virtud de su existencia se habría instaurado una situación de “doble poder” dentro del Estado burgués que lo “separa y divide en su interior.

Naturalmente, eso es imposible. Lo más que podría ocurrir es que el Gobierno comenzase a dejar de ser parte del Estado burgués, rompiéndolo así de hecho. Pero tal cosa es impensable sin que cambie la forma de funcionamiento del Gobierno, una forma en que las decisiones son tomadas por altos funcionarios al margen de todo control de masa, y que es entre otras cosas lo que hace del Gobierno una parte del Estado burgués. Ahora bien, romper esa forma burguesa de funcionamiento implica subordinar el Gobierno a un Poder Popular de masas existente fuera de él. Cualquier expresión significativa de poder popular, como lo demuestran todas las revoluciones contemporáneas, es por definición alternativa al poder burgués, ajena y exterior a él, autónoma respecto a la institucionalidad burguesa, dependiente solo de la fuerza y capacidad de combate de las masas. El mero hecho de que la UP o el proletariado controlen el Gobierno no significa en modo alguno de que cambie su carácter de clase o se “independice” del Estado burgués del cual es integrante. Es decir, no significa que se haya transformado en un “centro de poder” popular, en un órgano de poder popular con las características primarias que estos deben tener y que ya indicábamos antes.

11. Tercera contra-afirmación: “la ilusión reformista de que en Chile sería posible destruir el Estado burgués y el poder capitalista sin pasar por una etapa de dictadura del proletariado... La utilización de la legalidad burguesa, si no existe una dirección política clara,

puede conducir a desviaciones legalistas... que no se plantee las tareas de transformar y posteriormente destruir esta legalidad. Estas desviaciones, de prevalecer, terminarían por empantanar y paralizar el curso del proceso revolucionario” (Tesis 58 y 60).

¿Qué se nos quiere decir con esto? ¿Que la destrucción del Estado burgués es posterior a la instauración de la dictadura del proletariado, y no un proceso simultáneo e incluso previo en muchos aspectos, como lo muestra la historia y el ABC del marxismo? ¿Se pretende acaso que el proletariado puede ejercer su dominio o dictadura de clase a través del viejo aparato estatal de la burguesía, y no a través necesariamente, de un Estado nuevo, de un Estado proletario y popular?

Se nos habla de “transformar y posteriormente destruir” la legalidad burguesa. Dicho así, tal cosa parece correcta. Pero si uno se atiene al conjunto del Proyecto 1 para interpretar su sentido, entonces resulta claro que esta afirmación está orientada a avalar la tesis de una etapa previa de la conquista del poder en que se trata solo de reformar la institucionalidad vigente sin simultáneamente ir destruyéndola. Pero no es posible avanzar un paso en la conquista del poder sin destruir el Estado burgués, es decir, sin reemplazar las viejas instituciones u órganos de ese Estado, sin construir nuevos órganos e instituciones a través de los cuales la clase obrera y las masas ejerzan su dominio. Todo lo cual no impide, simultáneamente, volver en contra de la burguesía las armas institucionales y jurídicas que ella misma ha creado. Usarlas precisamente para destruir el viejo Estado.

Plantear la “transformación” de la institucionalidad burguesa, esto es, del Estado vigente, como una supuesta “etapa revolucionaria” previa a su destrucción, significa plantear el desarrollo de las luchas del proletariado, fundamentalmente dentro de los marcos de dicha institucionalidad, eludiendo sistemáticamente su ruptura, buscando su modificación fundamentalmente “desde

adentro”, asignándole una importancia estratégica tanto al respeto como al uso de esa institucionalidad. En otras palabras, se trataría de dar vida a un camino básicamente gradualista, legalista y reformista hacia el socialismo. Pues bien, un camino semejante conduciría a cualquier parte menos al socialismo. Con toda seguridad ayudaría a la burguesía a consolidar su dictadura de clase sobre el proletariado y el pueblo.

12. Los tres aspectos señalados hasta aquí del Proyecto 1, que dicen relación con la cuestión del Poder, dejan de manifiesto (cada uno de ellos, pero sobre todo el conjunto) la existencia de concepciones e “ilusiones reformistas” que condiciona inevitablemente la orientación global del Documento. La línea política que fluye del Proyecto 1 expresa ciertamente dichas “ilusiones” o “desviaciones legalistas” que, como acertadamente se señala en él, “de prevalencia, terminaría por empantanar y paralizar el curso del proceso revolucionario” (Tesis 60). Precisamente por esta razón es que criticamos y estamos en completo desacuerdo con las tesis centrales del Proyecto 1. Por esta razón es que consideramos un deber proletario insoslayable combatirlas con mucha fraternidad, pero con absoluta franqueza. Porque estamos convencidos en efecto, que “de prevalecer, terminarían por empantanar y paralizar” también la acción de nuestro propio partido.
13. El Proyecto 1 demuestra, además, que las simples afirmaciones generales no son en absoluto suficientes para formular una línea estratégica y táctica acertada. Demuestra que no es suficiente, por ejemplo, hablar de “poder popular”, “dictadura del proletariado”, “destrucción” del Estado burgués, etc., sin guardar completa o fundamental coherencia con las afirmaciones particulares, con las expresiones concretas que traducen lo general. Por eso es que el Proyecto 1 es un documento ambiguo, contradictorio e incoherente en lo que al problema del Poder se refiere, así como otros asuntos.

Acerca del significado y tareas del Gobierno Popular

14. Las concepciones acerca del carácter de la revolución chilena y acerca del Poder que exponen en el Proyecto 1 tienen necesariamente, una manifestación concreta en lo que se refiere al Gobierno Popular, a su significado y tareas. Aquí se expresa y traducen dichas concepciones. Aquí las “ilusiones reformistas” se vinculan y se enfrentan más directamente con la realidad.
15. Se nos dice: “Ha alcanzado una parte del poder una coalición popular que principalmente se propone la tarea de conquistar el poder a partir de la nueva posición ganada: el Gobierno” (Tesis 49). Nosotros sostuvimos y repetimos: no, no hemos alcanzado una parte del poder en el sentido en que el Proyecto 1 lo plantea, es decir, una parte del Poder que el proletariado necesita para construir el socialismo, sino una parte del poder burgués. El Gobierno no es un órgano o “centro de poder popular”, por el solo hecho de que esté hoy controlado o manejado por la izquierda y por la UP.
16. La conquista del Gobierno no es pues la conquista de “una parte del poder” a partir de la cual sea ahora posible conquistar otras “partes” hasta llegar a disponer de “todo el poder”. Esta es, repetimos, una “ilusión reformista” y gradualista. La conquista del Gobierno significó, estrictamente, que la izquierda ganó el derecho legal de disponer y utilizar la rama Ejecutiva del Estado y Poder burgués, a partir de la cual podría y puede luchar ventajosamente (respecto a la situación anterior) por conquistar efectivamente el Poder para el proletariado y el pueblo, es decir, por destruir el estado burgués y construir simultáneamente un nuevo poder y un nuevo estado.
17. Por lo tanto, no se puede mistificarse. No debe asignársele al Gobierno un significado o un carácter que no tiene. No debe subestimarse su importancia ni tampoco exagerarla. Sin embargo, en el Proyecto 1 se mistifica. Se le da al Gobierno un carácter que no

tiene y, en consecuencia, se le atribuyen tareas que no puede cumplir y se le restan otras que debería cumplir.

18. A diferencia de lo que plantea dicho Proyecto, el Gobierno es un instrumento al servicio del proletariado en la medida en que actúa en función de la destrucción de las instituciones del Estado capitalista; en la medida en que impulse y apoye la constitución de nuevas instituciones u órganos de poder, es decir, en la medida en que ayude a crear y desarrollar un *doble poder* sostenido fundamentalmente en las fuerzas de masas; en la medida, además, en que facilita, estimula y apoya la movilización constante de los trabajadores de la ciudad y del campo, subordinando a dicha movilización el uso de los aparatos burocráticos del Estado para golpear a los enemigos; en la medida, por lo tanto, de que realmente es utilizado para conquistar el Poder y empezar la edificación del socialismo.

Acerca de la relación entre acumulación de fuerzas y líneas estratégicas

19. En el Proyecto 1 se plantea la cuestión de la “acumulación de fuerzas” o “modificación de la correlación de fuerzas” en favor del proletariado de una manera también incorrecta. Se expresa, por ejemplo, “la primera tarea a cumplir es la de alterar la correlación de fuerzas en favor del pueblo: para ello es indispensable ampliar y fortalecer la alianza de clase que sustenta al Gobierno, de tal manera que en ella jueguen su rol todos los sectores objetivamente interpretados por el programa de la UP” (Tesis 51). Se agrega después: “Hay importantes sectores de la clase obrera y de los trabajadores en general que están todavía bajo la influencia del enemigo; es indispensable, derrotando el sectarismo, atraer a esos sectores a las verdaderas posiciones de su clase. La lucha ideológica y el trabajo en común, la participación en las múltiples

tareas del Gobierno y las masas crearán un terreno favorable a que ello sea posible” (Tesis 51).

20. Es decir, a juicio de los autores del Proyecto 1 se acumulan fuerzas en favor del proletariado y del pueblo, fundamentalmente:
- 1) ampliando la alianza hacia la burguesía pequeña y mediana (“sectores objetivamente interpretados por programa de la UP”);
 - 2) atrayendo a sectores y trabajadores en general a través del combate contra el sectarismo y a través de la participación en las tareas de Gobierno (o apoyándose en estas).

Nosotros preguntamos ¿cómo se amplía la alianza hacia dichos “sectores medios”? ¿Haciendo más concesiones económicas y políticas que las que se han hecho hasta hoy? ¿Es principalmente un problema de sectarismo el que explica que algunos sectores de obreros o trabajadores no estén con el Gobierno? ¿A qué se debe la falta de participación de dichos sectores obreros en las tareas de Gobierno hasta ahora? ¿Solo o principalmente a problemas de sectarismo o de burocratismo?

21. Creemos que los consejos que se dan en el Proyecto 1 para “acumular fuerzas” se han mostrado ya como ineficaces e incluso negativos durante estos 2 años. En la práctica, en lugar de “acumular” ha habido deterioro. Sectores medios que estuvieron originalmente con el Gobierno hoy apoyan a las fuerzas de la contrarrevolución. Sectores del proletariado y del subproletariado que deberían estar en posiciones de izquierda, hoy luchan junto a partidos burgueses. Es decir, en vez de haberse modificado la correlación de fuerzas en favor de la clase obrera, se ha modificado en favor de la burguesía, pese a haberse denunciado reiteradamente el sectarismo, pese a haberse hecho mil y una concesión a la burguesía pequeña y mediana y a otros sectores medios para atraerlos hacia las posiciones de la izquierda.

Pero la política seguida por la UP para acumular fuerzas, que no es diferente a la que recomienda el Proyecto 1, ha tenido otra

característica. En efecto, la pasividad neutralizada o alejamiento de algunos sectores proletariados o subproletariados respecto del Gobierno ha resultado ser cada vez más una consecuencia de la propia política y del empeño infructuoso de la UP por ganar a los sectores señalados. ¿Podía tener otro efecto el freno sistemático puesto por el Gobierno y la UP a las movilizaciones de masas o la obstaculización directa o indirecta a la creación y desarrollo del poder popular? Es decir, por lograr la adhesión de las “capas medias” se ha detenido el avance de las masas proletarias y subproletarias. Como consecuencia de ello, el apoyo político de las “capas medias” a la burguesía monopólica y la derecha en general se ha fortalecido y simultáneamente, la adhesión del proletariado y subproletariados al Gobierno se ha debilitado.

22. ¿Qué lecciones elementales resultan de la anterior? La primera lección es que la estrategia para “acumular fuerzas” desarrollada por la UP hasta hoy y recomendada ahora en el Proyecto 1, es una estrategia fracasada. Segundo, que la causa fundamental de la ineptitud de dicha política para “acumular fuerzas” no radica en una supuesta “mala aplicación” sino en las debilidades, insuficiencias y contradicciones de la línea estratégica general que está detrás de ella. Tercero, que solo una modificación significativa de la línea estratégica dentro de la UP permitirá iniciar un proceso real de acumulación de fuerzas en favor del proletariado.
23. Hay, pues una relación muy estrecha entre proceso de acumulación de fuerzas y línea estratégica. Solo una línea estratégica proletaria, marxista-leninista, permite desarrollar una política correcta de alianzas, ganar fuerzas entre los sectores medios, fortalecer el apoyo del proletariado y de otras capas “pobres”, neutralizar a otros sectores, etc. Una línea estratégica incorrecta, en cambio, solo es eficiente para ayudar al enemigo a acumular fuerzas. La UP ha demostrado esto con excesiva claridad durante los dos años recientes. El Proyecto 1, por su parte, no hace sino reafirmar la misma línea estratégica incorrecta desarrollada por

la UP durante estos 2 años y, al mismo tiempo, reiterar una línea de acumulación de fuerzas fracasada en todos los planos.

Esclarecimiento necesario

Estos antecedentes entregados a los lectores de *Punto Final* tienen como objeto aportar al esclarecimiento tanto político como informativo de lo que está sucediendo en el MAPU y, de manera indirecta, en la Unidad Popular. Obedece a una política de fortalecimiento de la discusión ideológica al interior de la izquierda, contrapuesta a una política represiva que anula toda posibilidad de enriquecimiento del proceso a través de los aportes que pueden otorgar los partidos y movimientos comprometidos con el socialismo y la lucha por la liberación de nuestro pueblo.

Impresores: Presa Latinoamericana S. A. – Root 537 – Santiago

Miradas extranjeras

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular

*Graham E. L. Holton,
en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.*

El 11 de septiembre de 1973, la Fuerza Aérea de Chile atacó el Palacio de La Moneda, la sede de gobierno ocupado entonces por el presidente Salvador Allende Gossens, el primer presidente socialista que fue elegido democráticamente en el mundo. Las imágenes imborrables de la prensa internacional mostraban a las tropas de militares chilenos deteniendo a sus ciudadanos, obligándolos a subir a los camiones militares, para ser llevados a centros de tortura o campos de concentración. Como cantara Víctor Jara en honor a Amanda, “muchos no volvieron”.

Llegué a Santiago de Chile el 27 de marzo de 1974, el mismo mes que una delegación sindical australiana investigaba abusos contra los derechos humanos en el país. Sabía por quiénes habían estado en el momento del golpe que sería difícil encontrar a alguien de izquierda con quién conversar francamente sobre la vida antes y después del golpe de Estado. Tendría que ser muy cauteloso con quién conversaba, sin saber la contraparte quién era yo o quién podría estar

escuchándonos. No había podido establecer contacto con miembros de sindicatos o partidos políticos antes de ingresar al país, por las mismas razones. Lo que pude hacer fue observar todo lo que pasaba alrededor mío.

Fui testigo de la opresión militar y la pobreza en unos barrios marginales de Santiago. Pero también experimenté la gran amabilidad y solidaridad duradera de su gente. Ser de izquierda –maestros, reformadores rurales y sindicalistas– era una sentencia de muerte. Este paisaje de pobreza, violencia y lucha diaria por sobrevivir lo he recordado como tierra de trauma: el impacto físico, social y psicológico colectivo de sobrevivir la pobreza y la violencia cotidianas. El sufrimiento estallaba improvisadamente en las calles contra la dictadura, en búsqueda de una revolución postergada. Vi también cómo vivían los burgueses en sus oasis de gran riqueza, bien protegidos por sus guardias de seguridad. No se aventuraron en las calles de las poblaciones, no les interesaba ni la pobreza ni la violencia ahí, salvo para mantener sus privilegios. Aprendí que si tenían interés cuando estuvo Allende de presidente en entrar en los barrios populares para sembrar la hambruna, el terror, la confusión y su mentalidad feudal, pero con limitado éxito. La Resistencia estuvo incipiente.

A partir de este montaje de observaciones, cada una con una memoria y una experiencia particular, enmarcadas en un contexto físico y social, he construido una comprensión de cómo era la vida de los pobres en la época de Allende, en comparación con los 6 meses posteriores al golpe. Era un tiempo antes de los cajeros automáticos, Internet, teléfonos inteligentes y laptops. Si quería contactar a mi familia en Australia, debía enviar un telegrama. Si necesitaba dinero, debía ir al banco local para cambiar cheques viajeros o dólares estadounidenses a la moneda local. Como mochilero, y en general todos los mochileros nos basamos en el *South American Handbook*, conocido como la “biblia” para encontrar hoteles baratos, mientras continuábamos por el camino jipi (“Hippie Trail”) que se extendía desde Panamá hasta el sur de Chile. Se estableció una red de solidaridad

entre nosotros, en la que sabía qué le había pasado a cada una y uno de los mochileros en ese período.

Lo siguiente está tomado de mis agendas y recuerdos vívidos de lo que fue viajar como mochilero en Chile, seis meses después del golpe. Esto, enmarcado dentro de un contexto político y social de control militar apabullante. Lo que más noté a mi llegada a Santiago fue la aparente erradicación de todo lo relacionado con la Unidad Popular (UP). Caminando desde la Estación Central no pude ver sus logros e influencias que deberían haberse manifestado en alguna forma. Era como si la era de la UP nunca hubiera existido.

El régimen de Pinochet fue más que una violenta represión contra la UP, y la izquierda en general. Se propuso asegurar que no existiera nada para que las nuevas generaciones recordaran ni reflexionaran con calma sobre los avances culturales, sociales y económicos que se habían realizado en esa época. Los crímenes que la junta fascista estaba llevando a cabo en contra de la mayoría del pueblo chileno daban ese sentido de un proyecto de reemplazo total. Era el año cero, desprovisto de su pasado marxista. Miles de militantes de izquierda fueron detenidos; unos buscaron refugio en las embajadas, otros salieron al exilio y un gran número fueron asesinados. La UP había desaparecido de la historia chilena.

Pinochet desgarró el tejido de la sociedad tratando de arrancar el corazón de la izquierda. Percibí que un velo siniestro había caído sobre el país, como una plaga de langostas arrasando todo en su camino. La política de Pinochet era erradicar sistémicamente todo lo que inmortalizara los mil días de la UP y su pueblo. En este proceso también se incluyeron imágenes como grafitis y murales, que eran parte de la cultura popular desde 1930 hasta 1973, representando el apoyo al gobierno popular además de a la izquierda en general. Si bien la música callejera y los grafitis se habían suprimido en gran medida, todavía había algunas pruebas importantes de su supervivencia en las zonas más pobres. Los militares borraban continuamente grafitis y declaraciones políticas de izquierda de las paredes ahí, pero volvían como sustento de la memoria viva. L@s luchadores no tenían hora fija.

Mientras caminaba por la Plaza de Armas, en pleno centro de la capital, me propuse buscar evidencia filatélica de la UP y su entorno. Traté de reconstruir las pruebas que pude descubrir en una ciudad presa del miedo. Había un mercado de puestos ambulantes donde la gente había instalado mesas para vender libros, muestras de mineras y otras pertinencias. Encontré unas pruebas llamativas entre las cosas simples que el régimen militar había pasado por alto.

En uno de los puestos, un vendedor tenía una colección de estampillas en paquetes, y en otras cajas había sobres con estampillas todavía adheridas. A estas últimas se les llaman “cubiertas”. Hojeé la colección y me sorprendí al ver varias emitidas por el gobierno de Allende. Aquí, entre estos humildes papeles, encontré evidencia de sus prioridades que habían volado por el mundo. Aprendí que todos los billetes emitidos bajo la UP representaban los logros durante los mil días de su gobierno. También saltaba a la vista la gran diferencia entre los íconos de la UP y del régimen militar.

De acuerdo con la imagen a continuación, una de las estampillas celebraba el Año Internacional de Libro (1972), mostrando a dos niños con un libro en el que se leía “IBBY: LEER ES VIVIR”. IBBY, por su sigla en inglés, es el Consejo Internacional sobre Libros para Jóvenes, fundado en la década de 1960. La estampilla promovía también una plataforma educativa central para la UP: “Libros para Todos”. Aludía a la difusión más grande en la historia del país de libros baratos al alcance de la gran mayoría de la población, publicados por las editoriales estatales e icónicas Zig Zag y Quimantú. Las librerías habían estado bien abastecidas de una amplia gama de libros de bolsillo, no solo en castellano sino en idiomas extranjeros. Tales imágenes muestran también lo trascendental que era la erradicación del analfabetismo por parte del gobierno de Allende; se esforzó por educar a la

población. Cuando la compré, la estampilla estaba cubierta como si fuera el primer día de su emisión.



Estampilla 1: Año Internacional del Libro, 1º día de emisión, 31 de octubre de 1972.

En la imagen siguiente y claramente congruente con la política educativa de la UP, se ve una estampilla dedicada a promover la Semana Internacional de la Carta. De nuevo se demostró la estima que el pueblo y su gobierno depositaron en las distintas formas de la educación, en este caso la escritura comunicacional.



Estampilla 2: Se celebra la semana Internacional de la Carta, a partir del 9 de octubre de 1972.

Otra estampilla que adquirí a este valiente vendedor celebraba el Mes Mundial del Corazón, en abril de 1972, como vemos a continuación. La imagen del corazón con el mapamundi expresaba el gran esfuerzo del gobierno para mejorar las condiciones históricamente desfavorables

de salud de la gran mayoría del pueblo chileno. En particular, el Gobierno Popular planteó el mejoramiento de la calidad de vida de los niños y niñas de los sectores postergados. Uno de sus énfasis fue eliminar la desnutrición en la edad escolar. El presidente siempre dijo que “el niño nace para ser feliz”. También aludía a la salud como derecho universal, tema que el médico presidente había valorado desde su tesis de pregrado, publicada como *Higiene Mental y Delincuencia* (2005).



Estampilla 3: “En el corazón late la salud”, abril de 1972.

Igual que la estampilla previa y la que viene a continuación, las “40 Medidas” en el *Programa de la Unidad Popular* (1970) reflejan una gran preocupación por la salud pública. Las medidas 14 y 15 se refieren a la nutrición de los niños y niñas. La 25 propone eliminar “todas las trabas burocráticas y administrativas que impiden o dificultan la atención médica de imponentes y cesantes”. Luego, la medida 26 se compromete con abolir “el pago de todos los medicamentos y exámenes en los hospitales”, mientras la 27 propone rebajar “drásticamente los precios de los medicamentos, reduciendo los derechos e impuestos de internación de las materias primas”. Dichas medidas se articulaban con el proyecto UP de nacionalización de las industrias esenciales para el bienestar del pueblo, y la disminución de la explotación capitalista en dichas esferas.



Estampilla 4: Mes Mundial del corazón, abril de 1972, primer día de emisión.

En esta hermosa colección guardada por 46 años, también hay una estampilla dedicada a la icónica Ley N° 17.450 por la nacionalización del cobre en 1971. El presidente Allende, junto con la clase obrera probablemente más organizada en América Latina de aquel entonces, hicieron grandes avances para asegurar que las ganancias del país permanecieran dentro de Chile para beneficio del pueblo y no se entregaran a las transnacionales, principalmente estadounidenses. Como es bien conocido, dichas empresas imperialistas jugaron un rol central en los planes de la CIA y el gobierno de Nixon para fomentar el golpe militar de 1973, en pos de subordinar el pueblo de nuevo a las corporaciones foráneas. Ejemplos de esto pueden leerse en Soto y Villegas (1999) y Kornbluh (2013).



Estampilla 5: Ley de Nacionalización de Cobre 17.450 de 1971, emitida el 11 de julio de 1972.

Relacionada con la anterior, la próxima imagen vino de la misma fuente donde había adquirido esta preciosa colección. Muestra otro símbolo de la nacionalización del cobre. Es un billete de 500 escudos chilenos –la moneda nacional de la época– que en un lado retrata a un minero con casco y en el reverso la enorme mina de cobre de tajo abierto, Chuquicamata, que se había nacionalizado. El billete fue emitido por el Banco Central de Chile en 1971 para celebrar dicha estatización. Juan Manuel Martínez (2003) califica al billete aquí reproducido como “sin dudas el caso más emblemático” de la iconografía del dinero de la UP. Como agrega, “estas imágenes de la historia de Chile se interpretaron desde un punto de vista de ruptura con un pasado de dependencia, a través de los héroes emancipadores”.

Pero el fascismo militar destruyó esos billetes en 1975, remplazándolos con otros que representaban a los grandes héroes militares, siempre masculinos. El Estado terrorista cambió el lema de los billetes, promoviendo a sus héroes de la guerra de Independencia (como O’Higgins, pero no Manuel Rodríguez), además de la iconografía bélica nacionalista como la Guerra del Pacífico (1879-1884), intentando glorificar a los supuestos salvadores militares de la nación.



Billete de Quinientos Escudos: en el lado 1, se celebra “1971 Año de la nacionalización del cobre, salitre y hierro”. En el lado 2, se recuerda una famosa cita del presidente independentista José Manuel Balmaceda de 1891: “No debemos consentir que esa vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera”.

La próxima estampilla tiene dos partes. La primera muestra al pueblo de Chile –campesinos, trabajadores y mineros, madres con sus hijos e hijas, profesores y estudiantes– celebrando un nuevo amanecer donde cada chileno y chilena podrá participar forjando y siendo dueños de su propio destino. La segunda parte es una muestra del famoso discurso pronunciado por el presidente Allende en la conferencia de las Naciones Unidas conocida como UNCTAD III, en Santiago, sobre Comercio y Desarrollo (Allende, 1972). En la cita reproducida en la estampilla, Allende dice que “Chile solo va a progresar sobre la base de un pueblo organizado, disciplinado y consciente que trabaje más y que produzca más”. Dicha conferencia tomó lugar entre abril y mayo de 1972, en un edificio de vanguardia que fue construido en apenas 275 de los mil días de la UP, gracias a un gran contingente de trabajadores voluntarios y el espíritu solidario histórico de la clase obrera de la época.



Estampilla 6: La primera parte muestra la gran alegría popular por la nueva soberanía. La segunda es un recorte del discurso del presidente Allende, en UNCTAD III, publicado el 13 de abril de 1972.

El número 17 de las 40 Medidas (1970) no solo se compromete con “verdaderas vacaciones para todos los estudiantes” –clara medida a favor de la mayoría, empobrecida y obligada a pedir limosna en sus vacaciones y quedarse en casa– sino señala que el presidente Allende abriera las puertas del Palacio Presidencial de Viña del Mar para todos los estudiantes de enseñanza básica con alto rendimiento escolar, seleccionados a través del país. Relacionado con esto, la Medida 29 anunció que el gobierno organizaría y fomentaría el turismo popular, en conjunto con un programa de educación física en todas las escuelas y poblaciones. Dicha medida se relacionaba con el proyecto realizado por el gobierno de crear balnearios populares a través de todo el litoral chileno. Estos lugares se componían de cabañas con comedores comunes y dormitorios cómodos a disposición de los y las trabajadores del país y sus familias. Consistente con lo que sería el programa de “buen vivir” en el Ecuador del presidente Rafael Correa en el nuevo milenio, y el turismo popular de la época de Allende, la próxima estampilla celebra el Año de Turismo de las Américas (1972).



Estampilla 7: “Año del Turismo de las Américas”, mostrando folclore y artesanía autóctonos, publicado el 20 de noviembre de 1972.

Un contraste a la historia felizmente relatada hasta ahora, la última estampilla que recogía el mochilero canguro a los seis meses del

golpe demuestra la contrarrevolución fascista en pleno desarrollo. A continuación, vemos la primera estampilla emitida por el régimen militar de Pinochet, el 23 de septiembre de 1973. Celebra el quincuagésimo aniversario de la Comisión Internacional de Policía Criminal (Interpol), organismo íntimamente relacionado con el nazismo alemán y la policía federal de Estados Unidos (Deflem, 2002). En mi experiencia, fue una ironía que no pasaba desapercibida por la población chilena: una imagen que apoyaba el mantra del régimen, “Orden y progreso”, siendo el mismo régimen que eliminó a velocidad vertiginosa todas las conquistas sociales y económicas de las y los trabajadores durante la época de la UP. Léase, un progreso profundo e inédito para la gran mayoría del país, no enfocado en la minoría burguesa aludida.

Eso, sin entrar en el complicado debate sobre el carácter, la velocidad e intensidad de la implementación de su programa por el propio gobierno de Allende, además de las razones por la incapacidad final de la izquierda en su conjunto para resistir la reacción militar junto al imperialismo predador, hasta el advenimiento del Frente Popular Manuel Rodríguez y la resistencia armada, una década después del golpe militar (Smirnow, 1979; Rojas, 2011; Loveman, 1993).



Estampilla 8: emblema de la Interpol en la primera estampilla emitida por la dictadura militar, el 23 de septiembre de 1973. Está puesta en un sobre franqueado por la Dirección General de Investigaciones, siniestro organismo de tortura y desapariciones durante el régimen militar.

Concluyendo esta modesta historia

Otro vendedor en la Plaza de Armas tenía una colección de postales antiguas. Retrataron una historia de Chile a través de imágenes mudas, un testimonio atemporal de un pasado perdido. Tenían un diseño muy distintivo. A menudo conmemoraron hitos políticos conservadores y describían cómo el Estado quería que el público viera al país. Las estampillas son documentos legales diseñados y vendidos por la institución estatal. Falsificar una estampilla es un delito nacional. Están producidas por el Estado, y son más que un medio de publicidad nacional, ya que ellas reflejan la agenda política nacional e internacional del régimen de turno. Se incluyen a veces los mapas en las estampillas, que muestran los reclamos territoriales del gobierno, y los controles políticos. Durante la dictadura, enfatizaron el reclamo chileno sobre el territorio de la Antártida, como una distracción de la miseria. Aún indirecta, dicen también relación con la vida cotidiana bajo la dictadura de Pinochet.

Otra muestra viva de la UP que encontré fueron los grafitis, ya que fue parte importante de la cultura popular. Pude hallar todavía algunas representaciones. Una de ellas fue la imagen del Che Guevara que sobrevivió a la represión militar, escondido en un callejón de un barrio obrero. En otro lado alguien había pintado “¡Allende Vive!”, junto a un martillo y una hoz rojos. En otro edificio estaba pintado una gran “R” roja y una estrella en un círculo al lado. La “R” era de Resistencia, el círculo era de unidad y la estrella era el símbolo de la Brigada Ramona Parra, que hasta hoy es un ícono del arte muralista sobre la histórica rebeldía chilena. Así fue como el pueblo guardó recuerdo de los tiempos de la Unidad Popular.

Mientras estaba en Santiago tomé un autobús a una de las zonas más pobres de la ciudad para entender mejor cómo sobrevivía su gente. En una de sus calles había una cola para el pan (en algunas poblaciones ni siquiera había para comprar pan y se dependía del pan añejo que las panaderías regalaban a los vecinos). Me uní a la

cola y les pregunté a algunas personas cómo estaba la vida ahora. Estaban cautelosos; antes de responder miraron a sus alrededores. “¡Esto es en lo que nos hemos convertido! Una nación de pobres”. Con la inflación creciente, a la gente común le resultaba difícil comprar suficientes alimentos.

A fines de abril, tomé buses desde la capital hacia Iquique, con la intención de vincularme con la delegación sindical de Australia. En el camino pasé por varios pueblos donde supuestamente la delegación había estado, sin encontrarla. Tomaba fotos cuando pude, abierta pero ingenuamente, noticias de lo cual quizá me precedía. Poco antes de llegar a Iquique nos topamos con un punto de control militar, donde nos bajaron a todos. Cuando los milicos vieron mi maleta, llena de libros de arqueología que había comprado en Perú y Bolivia, me preguntaron si eran libros políticos. Se los mostré, diciéndoles que buscaba ruinas de los incas en Iquique. No obstante, me arrestaron a punto de bayoneta, me botaron la mochila y la maleta. Luego me llevaron al desierto de Atacama, donde esperaba ser ejecutado. No fue así; me desvistieron a medianoche, ordenándome a caminar hacia Bolivia. Milagrosamente me salvaron unos compañeros indígenas de Bolivia, regresando de su trabajo. Los soldados solían dejar abandonados a los mochileros en la intemperie árida y fría, ya que así se morían supuestamente de causas naturales, sin poder culpar a los mismos soldados.

Durante mi viaje conocí a numerosos mochileros: ingleses, estadounidenses, franceses, holandeses y otros, que habían estado en Chile durante el golpe militar. En Buenos Aires después, un neocelandés me dijo haber sido detenido en el sur de Chile el día del golpe. Al no ser estadounidense, los militares no los llevaron a los campos de concentración, sino que lo llevaron a la frontera con Argentina. Apuntándolo con sus armas, los soldados le dijeron al neocelandés que siguiera caminando hacia la frontera con Argentina. Afortunadamente, fue encontrado esa noche por un granjero argentino que pasaba por el lugar y lo rescató.

De estos eventos surgió un ávido interés por la política y la historia de América Latina. El miedo y el sufrimiento son grandes maestros. Son estos traumas que presencié en las calles de las poblaciones de los indigentes que dejaron un recuerdo permanente de la vida bajo Pinochet, pero también de la UP y su hermosa gente. Al final de mi viaje tenía sentimientos de amor y odio por el continente. Lo que hizo esta experiencia fue convertirme en marxista. Hoy este escrito quiere recordar una pequeña parte de una historia tan importante como la celebración de los 50 años de la Unidad Popular.

Referencias

Allende, S. (1972). “Discurso inaugural de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo realizado en Santiago de Chile” (UNCTAD III). https://www.archivochile.com/S_Allende_UP/doc_de_sallende/SAde0027.pdf

Allende, S. (2005). *Higiene Mental y Delincuencia*. Santiago: CESOC.

Deflem, M. (2002). “The Logic of Nazification: The Case of the International Criminal Police Commission (‘Interpol’)”. *International Journal of Comparative Sociology* 43(1): 21-44. DOI: 10.1177/002071520204300102.

Kornbluh, P. (2013). *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*. New York: The New Press.

Loveman, B. (1993). The Political Left in Chile, 1973-1990 en S. Ellner y B. Carr (eds.). *The Latin American Left, From the Fall of Allende to Perestroika*. Boulder, Co.: Westview Press (pp. 23-39).

Martínez, J. M. (2003). Iconografía del Dinero, del Frente Popular a la Unidad Popular. Chile 1938-1973. https://www.mhn.gob.cl/618/articulos-9480_archivo_07.pdf

Programa de la Unidad Popular. (1970). Las Primeras 40 Medidas del Gobierno Popular. Editorial Prensa Latinoamericana. https://www.archivo-chile.com/S_Allende_UP/doc_de_UP/SAdocup0003.pdf

Rojas Núñez, L. (2011). *De la Rebelión Popular a la Sublevación Imaginada*. Santiago: Lom Ediciones.

Smirnow, G. (1979). *The Revolution Disarmed: Chile 1970-1973*. Nueva York: Monthly Review Press.

Soto, H. y S. Villegas (eds.). (1999). *Archivos Secretos: Documentos Desclasificados de la CIA*. Santiago: Lom Ediciones.

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte, ni educación popular, ni solidaridad internacional), o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973

Norma Stoltz Chinchilla

Hoy podría parecer extraño pero, en mi época, se fomentaba que los estudiantes de doctorado en el departamento de sociología de la Universidad de Wisconsin hicieran su investigación de tesis sobre temas relacionados con personas con quienes nunca hablarían y sobre lugares que nunca habían visitado.

Ello se debía, en parte, a que vivir por largos períodos en un lugar diferente, participando en la vida cotidiana y hablando con la gente, o sea, haciendo lo que los científicos sociales llaman investigación etnográfica, se asociaba a los antropólogos cuyo trabajo de investigación se consideraba demasiado descriptivo e “impresionista”, esto es, poco teórico o científico.

Explorar los interrogantes de investigación utilizando información contenida en bases de datos preexistentes, usualmente recopilaciones de grandes muestras de personas, de manera estandarizada

y mediante entrevistadores capacitados, se consideraba no solo más rápido y barato, sino también “más científico”, porque se podía hacer análisis con estadística avanzada. Estudios más científicos, ellos creían, serían más respetados por los que tomaban las decisiones sobre políticas sociales y, por esto, asegurarían más dinero para hacer futuras investigaciones.

Así fue como en 1969 me embarqué en mi tesis doctoral sobre “La conciencia de clase campesina durante la reforma agraria del gobierno de Frei”, sin haber hecho ningún plan concreto para visitar Chile ni para hablar directamente con trabajadores del campo. En vez de ello, me dedicaría a ver la información recogida en un estudio a gran escala sobre reforma agraria realizado durante el gobierno de Eduardo Frei Montalvo (1964-1970) por el Centro sobre la Tenencia de la Tierra de la Universidad de Wisconsin, en colaboración con el Instituto Chileno de Reforma Agraria (ICIRA). Se trataba de entender si las distintas categorías de “campesinos” que habían sido entrevistados reflejaban las posturas, comportamientos políticos y visión del mundo de pequeños propietarios o de los trabajadores del campo asalariados y más “proletarios” (o algo entre ambos). Acceder a esta base de datos me permitiría hacer análisis estadísticos de respuestas previamente codificadas así como también revisar comentarios textuales y abiertos que los campesinos habían compartido con los entrevistadores.

Ya conocía bastante sobre Chile por haber leído sobre su historia, estructura agraria y económica, y el movimiento de reforma agraria durante el gobierno de Frei. Mi fluidez en español era aceptable, había pasado un verano en México y un año en Guatemala. También había escrito trabajos sobre las condiciones sociales y económicas en América Latina durante mis estudios de licenciatura y maestría, y estaba casada con un guatemalteco. Así es que no era una neófita en cuanto a conocimientos de política y sociología de América Latina. Aun así, hoy me parece insólito realizar una tesis doctoral sobre reforma agraria y trabajadores en Chile que no contemplara una visita de campo.

Todo esto cambió cuando Salvador Allende Gossens, candidato de la coalición de la Unidad Popular (UP), ganó por escaso margen, a través del voto popular, la presidencia de Chile el 4 de septiembre de 1970, dando paso al primer presidente socialista electo en un país latinoamericano. Este momento clave en la historia de América Latina tuvo lugar justo cuando empezaba mi primer trabajo académico como profesora asistente de Sociología en Pitzer College. Iba a impartir un curso sobre “Desarrollo económico y social en América Latina” durante el primer semestre y había solicitado impartir otro sobre “Revoluciones campesinas” en el segundo semestre, ya en 1971.

La bibliografía de mi curso sobre desarrollo en América Latina ya estaba preparada con estudios de caso sobre intentos previos de realizar cambios sociales y económicos profundos en diferentes países latinoamericanos y en distintos períodos históricos. Pero ahora había un laboratorio vivencial en el cual observar los cambios en “tiempo real”: la “vía chilena al socialismo” de la UP, o lo que también se llamó la vía electoral al socialismo.

Como en ese entonces no teníamos Internet, YouTube ni Twitter, monitoreábamos la situación por medio de la prensa estadounidense y chilena, y reportajes en revistas, radio y televisión, así como el ocasional testigo que volvía de Chile y uno que otro ensayo académico que llegaba a nuestras manos. De esa manera dimos seguimiento a los intentos de la UP por implementar su programa de cambio social acelerado y las reacciones de las élites terratenientes y económicas, así como de los medios de comunicación masivos como *El Mercurio*, en franca oposición a la UP. Para una profesora de sociología, monitorear en tiempo real los movimientos sociales y el cambio social en Chile, era un sueño hecho realidad.

Durante ese primer año del gobierno de la UP, con mis alumnos aprendimos sobre la nacionalización de grandes industrias, la expansión de la reforma agraria, la formación de comités campesinos y de trabajadores para aumentar su poder en el proceso político, el programa de leche gratuita para mujeres embarazadas, lactantes y niños en las escuelas y barrios marginales de Chile, la creación de

3.000 becas para estudiantes mapuche universitarios, y los 55.000 voluntarios que fueron al sur chileno para alfabetizar y brindar atención en salud a sectores de la población que anteriormente habían sido ignorados.

Al terminar mi primer año como profesora en la temática de cambio social en América Latina, sabía que tenía que viajar a Chile a ver por mí misma algunos de los cambios más importantes y para conversar directamente con obreros, campesinos, estudiantes, artistas y profesionales que se movilizaban para hacerlos realidad.

Mi primera oportunidad para viajar a Chile sería durante el período intersemestral en enero de 1972. Dos meses antes, apareció un problema en potencia: descubrí que estaba embarazada. Sin embargo, el médico me dio luz verde para hacer el viaje. ¡Sobra decir que no dijo nada sobre el consumo de vino chileno, porque esto fue en un período previo a que se recomendara a las mujeres embarazadas limitar o evitar totalmente el consumo de alcohol!

Formación política/educación popular

Lo primero que notamos al llegar a Chile fue que no entendíamos, ni mi esposo, ni yo, ninguno de los nombres de las comidas en el menú de almuerzo –Barros Luco (sándwich que llevaba el nombre del expresidente chileno Ramón Barros Luco), Barros Jarpa (sándwich nombrado por el ministro chileno del siglo XIX Ernesto Barros Jarpa), y el Chacarero (sándwich hecho de carne de res a la parrilla, rodajas de tomate y porotos verdes cocidos)– a pesar de que ambos hablábamos castellano. Nos dimos cuenta que nos tomaría un tiempo aprender el castellano chileno y que hasta los nombres de los sándwiches tenían relación con la política en Chile.

Lo segundo y más importante que encontramos en esos primeros días fue que los chilenos parecían ser muy conocedores de la política. Esta parecía ser el tema que todos tenían en mente y que se discutía de manera apasionada en la calle y en los hogares.

Cada día, al caminar desde la casa de mi profesor, donde nos hospedábamos, hasta la parada del autobús, nos tomaba unos veinte minutos adicionales el adquirir ejemplares de cinco periódicos distintos o bien leer versiones de estos colocadas en los muros a lo largo de nuestra ruta. Ciertamente, cada medio trataba las noticias con su propio sesgo político, pero el leerlos todos significaba que empezábamos el día bien informados sobre lo que estaba sucediendo.

No pude evitar pensar en el bajo nivel de educación política, en promedio, de la gente en California, un estado de Estados Unidos con un nivel relativamente alto de escolaridad. No solo era bajo el porcentaje de ciudadanos que votaban cada cuatro años en las elecciones presidenciales, sino que también, entre una elección y otra, era bajo el nivel de conocimiento sobre quiénes resultaban electos y quién representaba qué intereses. En Los Ángeles tenemos un solo periódico grande, *Los Angeles Times*, y aunque el interés de los lectores por conocer noticias del extranjero aparentemente había aumentado en la década de 1960 como resultado de la incursión en Vietnam, el conocimiento general sobre la política de otros países y el involucramiento de Estados Unidos en el resto del mundo se restringía a pequeños grupos y a quienes escuchaban una estación de radio pública alternativa, tales como *KPFK* en el sur de California y periódicos como el *Weekly*, de Los Angeles.

La mayoría de la gente en Estados Unidos se informaba mediante radio o televisión comercial o los grandes medios impresos como *Los Angeles Times*, que generalmente reflejaban los sesgos pro iniciativa privada, contra los movimientos populares y contra la clase trabajadora. Todos estos elementos eran parte del encuadre ideológico de los marcos de referencia de la Guerra Fría propios de sus dueños, y esto pese a que supuestamente suscribían el “código de neutralidad” que se enseñaba en las escuelas de periodismo.

Los medios masivos estadounidenses generalmente presentaban la elección de Allende como “una amenaza a la democracia” (porque se proponía construir el socialismo), un “precedente peligroso” que se podía extender a otros países del Hemisferio, o bien como “una

intromisión de la influencia soviética” en un hemisferio que “pertene-
cía” a Estados Unidos. Pocos periodistas se aventuraron más allá de la
información que recopilaban de la embajada en Chile o de *El Mercurio*,
diario chileno proempresarial que buscaba activamente minar al go-
bierno de la UP. Cuando los reporteros intentaban ir más allá, algunos
decían que sus notas solían ser rechazadas por los editores o bien por
los dueños de los medios.

Los medios masivos estadounidenses aducían que en el Chile de
Allende había censura de la prensa, pero la gama de diarios y otras
fuentes de noticias (carteles murales, radio, partidos políticos y sin-
dicatos con sus medios) que vimos en los primeros días de nuestra
estadía, nos llevó a pensar en la censura velada de los grandes diarios
citadinos como *Los Angeles Times*.

El arte, la música y el teatro, guiada por la política de “La Nueva
Cultura” también servían de medios de comunicación de masa des-
de un enfoque de la clase trabajadora. Por todas partes en nuestras
travesías de Santiago se veían coloridos murales que reflejaban la
alegría y promesas contenidas en el triunfo de la UP, así como el pa-
pel histórico de los obreros, mineros y otros activistas y también los
retos que traería el futuro.

Obra de las Brigadas Ramona Parra (BRP) de las Juventudes Co-
munistas (JJCC), en colaboración con artistas profesionales compro-
metidos con el proceso, los murales compartían algunos elementos
con la pintura mural mexicana de un período anterior: imágenes de
historias de los trabajadores entremezcladas con héroes y heroínas
de la historia de Chile, denuncias del imperialismo e ideas socialistas
inspiradoras. Pero, el estilo chileno era completamente diferente en
su uso de intensos colores primarios, la celebración de los cambios
hechos realidad por la UP y en sus mensajes de esperanza y alegría
para inspirar a la movilización y la acción.

El más impresionante, por su tamaño y quizá porque se presentó
ante nuestra vista de manera inesperada, fue el mural de 459 metros
de extensión a lo largo del río Mapocho, entre el Puente de Loreto y
el Puente Purísima, pintado en conmemoración del 50 aniversario

del Partido Comunista. La obra de gran escala ilustraba historias del Partido y el movimiento obrero en Chile, con líderes políticos entretejidos con pobladores y trabajadores.

Adquirí mi lección más importante sobre la riqueza y profundidad de la cultura política chilena durante la visita que realizamos a un gran fundo (hacienda) que había sido expropiado durante el gobierno de Frei y que ahora era un asentamiento, es decir que estaba siendo manejado por los trabajadores por un período de dos a cinco años con asesoría técnica. Eduardo, agroeconomista demócrata cristiano, y hermano de mi amigo chileno Max, que vivía en Los Ángeles, ofreció llevarnos a esta experiencia y yo a duras penas contenía mi emoción de poder conocer con mis propios ojos un ejemplo de la reforma agraria.

Resultó que al llegar al fundo nos encontramos con que todos estaban reunidos en una de las grandes construcciones rectangulares del lugar, la que quizá también servía de bodega. No pude oír todo lo que decía quien presentaba, pero alcancé a escuchar que hablaba de lo que en casa, en la Universidad de Wisconsin, llamaríamos “economía política agraria” y la importancia de la reforma agraria que había hecho más productiva la agricultura chilena. Recuerdo claramente que dijo, “hemos aprendido que en una economía capitalista no basta con expropiar la tierra y entregarla a los trabajadores, sino que es necesario expropiar las empresas de alimentos para animales, como Ralston Purina, porque sabotean nuestra capacidad de preparar el ganado para el mercado, manipulando los precios y creando artificialmente escasez de productos”.

Apenas me aguantaba las ganas de conocer a quien explicaba tan lúcidamente el capitalismo agrario en el contexto de la reforma. En la Universidad de Wisconsin había tomado cursos de posgrado en sociología rural y economía agrícola, y había leído muchos libros para mejorar mi comprensión de las dinámicas de los sistemas capitalistas y los factores que podían potenciar o limitar el éxito de las reformas agrarias. Al finalizar la reunión, tuve oportunidad de conversar con Jaime, cuya exposición tanto me había impresionado, así como con otros

dirigentes varones que habían organizado la reunión. Ansiosa por conocer más sobre Jaime, hombre de una gran sonrisa y rostro curtido, de unos cuarenta y tantos años, entré en mi modalidad de socióloga entrevistadora y le pregunté “¿De qué parte de Chile es usted?” Soy de aquí, me respondió. “Ah, bueno, ya veo,” y lancé la siguiente: “Usted es originario de esta área, pero ¿dónde estudió?” Aquí mismo, respondió con mirada perpleja, como si no comprendiera por qué le hacía esa pregunta.

Entonces entendí. Jaime, el expositor que tanto me había impresionado con su conocimiento de economía política agraria, no había dejado la tierra para irse a la universidad. Quizá ni siquiera había completado la educación secundaria. Jaime no era un técnico ni un economista agrícola llegado de alguna otra parte, sino que era un dirigente campesino del fundo.

Le dije que me había gustado mucho su charla y le pregunté sobre cómo los trabajadores del fundo obtenían la información que necesitaban, incluyendo la situación económica y la reforma agraria. “De ciertos programas de radio, de nuestro sindicato y dirigentes políticos”, me respondió. Luego conversamos sobre lo que producía el fundo y dónde comercializaban sus productos. Según recuerdo, me dijo que exportaban la cebolla que cultivaban, pero que el cierre del Canal de Suez en 1967 les ocasionó problemas. Cuando le pregunté si podía tomar una foto de todos antes de irnos, Jaime nos preguntó en son de broma si la misma aparecería en el *New York Times*, y nos morimos de la risa. ¿Cómo conocía el *New York Times*? Había escuchado hablar de ese periódico en la radio, en el contexto de una discusión en torno a cómo en el extranjero se cubrían las reformas en Chile.

Jaime nos había hecho reír con su broma pero tuve que reírme de mí misma también. Con toda mi extensa capacitación en investigación sociológica, inconscientemente procedí sobre la base de asumir que ciertos tipos de conocimiento solo se adquieren con estudios de posgrado o mediante escolaridad formal. Intelectualmente sabía que no era así, pero al verme frente a una situación de la vida real, generalicé a partir de mi propia experiencia. Jaime era un dirigente

campesino que probablemente sabía más que yo sobre las dinámicas del capitalismo agrario, las mismas que podía explicar con mayor claridad. También tenía en la cabeza un mapa global de cómo los productos del fundo llegaban al mercado y sabía que un importante medio escrito de Estados Unidos no simpatizaba con Allende ni la UP.

Muchas veces he compartido con mis alumnos la historia de mi encuentro con Jaime, no solo para recordarles que revisen sus supuestos subyacentes, sino también para llamar su atención sobre el hecho de que el talento y la inteligencia existen en todos los grupos humanos, incluso en aquellos que han tenido acceso limitado a la escolaridad formal. También para recalcar el poder de la educación popular y los medios de comunicación alternativos para el desarrollo y despliegue de esa inteligencia y esos conocimientos.

Espectáculo y la UP

Llevaba menos de una semana en Chile cuando nuestros amigos de posgrado en la Universidad de Wisconsin, Pat y Adam Schesch, nos invitaron a una celebración del 50 aniversario del Partido Comunista de Chile en el Estadio Nacional a las 4 el sábado 8 de enero. Habría música y teatro a cargo de la Juventud Comunista, así como un discurso del presidente Allende. No dudé en aceptar la invitación. No había mejor manera posible de conocer más acerca del partido cuyos militantes encabezaban la mayoría de los comités de campaña que habían trabajado para la elección de Allende.

Pero conforme se acercaba el 8 de enero me asaltaron nervios y temores. ¿Qué sucedería si alguien de Estados Unidos—incluso algún agente de la CIA o del FBI— me veía en el estadio y me incluía en su lista como posible comunista o simpatizante del comunismo? ¿Y si terminaba apareciendo en una lista negra, aunque fuera una informal, y eso implicara tropiezos para conseguir empleo en una universidad pública de California, donde en las décadas de 1950 y 1960, muchos profesores habían perdido su trabajo por rehusarse a firmar

juramentos de lealtad anticomunista? Yo me consideraba de izquierda e incluso miembro de “La Nueva Izquierda”, pero había crecido en Estados Unidos durante lo que se conoció como el “segundo terror rojo” (1946-1954), cuando figuras públicas nacionales argumentaron que en una democracia no hay lugar para quienes quieren abolirla, aunque sea mediante el voto pacífico (van den Haag, 1955).

De joven escuché hablar sobre el Communist Control Act (Ley de Control Comunista) aprobada por el poder legislativo en 1954 y que criminalizaba la pertenencia a o el apoyo al Partido Comunista o a organizaciones de “acción comunista”, caracterizando a ambas como agentes de una potencia extranjera hostil y un peligro claro e inminente para la seguridad de Estados Unidos. Cuando cursaba la secundaria, leí el libro de J. Edgar Hoover, quien presidió el FBI durante treinta y siete años, titulado *Maestros del engaño*, en el que argumentaba que los comunistas infiltraban organizaciones democráticas y progresistas, incluso iglesias para, furtivamente, encaminarlos hacia sus propios fines. Mi muy querido profesor de historia en la secundaria, el Sr. Hickerson, había sido citado para rendir declaración en una de las últimas audiencias del House Un-American Activities Committee (Comité de la Cámara Baja del Congreso sobre Actividades No-Americanas) que se realizó en San Francisco en 1960, porque su nombre estaba en una lista de sospechosos de ser comunistas o simpatizantes. Después de que él dejara nuestra escuela supe que ya había perdido varios empleos debido a que su nombre aparecía en esa lista.

La parte racional de mi cerebro sabía que el Partido Comunista de Chile era de las fuerzas más moderadas dentro de la coalición de la Unidad Popular y que eran quienes más empujaban “la vía chilena”, la vía pacífica y electoral hacia el socialismo. Pero, también sabía que el gobierno de Estados Unidos consideraba que los partidos comunistas eran exógenos a los países en los cuales se formaban y más bien existían bajo control soviético y eran un medio para ampliar el poder de influencia de la Unión Soviética.

Así pues, para mí, la posibilidad de ser incluida en una lista negra y no poder conseguir un trabajo universitario aparecía como un temor fundamentado y muy real en enero de 1972. Ya sabía que mi contrato trianual en curso no sería renovado, y nuevamente me encontraría buscando trabajo. Estaba embarazada de mi primera hija y aún no había terminado mi tesis. ¿Será que valía la pena arriesgarme asistiendo a un evento oficial del Partido Comunista, aun cuando pudiera justificar que era con “propósitos de investigación”

Nuestros amigos descartaron mis preocupaciones aduciendo que carecían de fundamento. Ellos llevaban varios meses en Chile y habían participado en eventos de izquierda y colaborado con una gama de activistas. Decidí ir con el grupo de amigos hasta la entrada del estadio, y allí tomaría la decisión sobre si entraba o los esperaba afuera.

Al llegar al estadio, desde los altoparlantes irradiaba música más allá de los confines del evento. No tengo idea qué música de la Nueva Canción se escuchaba, puede haber sido Inti-Illimani con una canción del “Canto al Programa”, versión musicalizada del programa de la UP, o bien pudo haber sido una pieza coral de la popular cantata Santa María de Iquique realizada por Quilapayún. Pero, fuera lo que fuera, contribuyó a impulsarme hacia la entrada del estadio y a entrar a un mundo lleno de espectáculo, alegoría y emoción que barrió de una vez por todas el microchip de miedo que individuos como J. Edgar Hoover habían implantado en mí desde que era niña.

Dentro del estadio me encontré en otro mundo. Estaba hasta el tope con más de 50.000 chilenos de todas clases y tipos: campesinos, trabajadores urbanos, mineros, estudiantes, profesionales, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, así como diplomáticos y funcionarios electos que representaban a sus países, especialmente los aliados socialistas.

Allí estaban los mineros con sus cascos y sus familias, con comida desplegada sobre manteles colocados en las sillas de al lado al igual que nosotros hacemos en Los Ángeles durante un concierto de verano en el Hollywood Bowl. Durante los primeros diez minutos, vi

maravillada el ambiente de festejo y los rostros felices. Para cuando llegamos a nuestros asientos ya la gramilla del estadio se había llenado con cientos de jóvenes de la Juventud Comunista, quienes en sus pantalonetas marrón y sus camisas de color amaranto, marchaba en manera sincronizada y ondeaban banderas al compás de la música. Quizá no del todo diferente del espectáculo de medio tiempo durante un juego de fútbol americano, salvo que estos protagonistas estaban allí por su pasión por la causa, y su espectáculo tenía un mensaje político. En este caso, el mensaje consistía en la historia de Chile y la del movimiento de los trabajadores, entretelado con la historia del Partido Comunista, espectáculo dirigido por el cantautor Víctor Jara y representado en estilo teatral por actores no profesionales. El espectáculo de tantos jóvenes uniformados, desempeñándose con energía y pasión en la gramilla del estadio en medio de la aclamación del público, me llenó de emoción y conmovió todos mis sentidos.

El momento culminante de la noche fue cuando Allende se levantó a dar su discurso. No he podido encontrar copia y no recuerdo mucho de su contenido. Pero, probablemente fue similar a otros entre diciembre de 1971 y enero de 1972, de los cuales sí he encontrado copias, e incluía la impugnación de toda la falsa información que la prensa derechista diseminaba cotidianamente. El discurso terminó con un estruendoso aplauso y los miles y miles que allí nos encontramos cantamos “Venceremos”, canción compuesta originalmente durante la campaña de Allende y cuyas estrofas reescritas pasaron a la historia como el “himno” informal de la Unidad Popular.

Son innumerables las veces que he cantado esta canción, a veces en medio de multitudes y otras veces estando sola, con mi reproductor de CD a todo volumen, cuando he querido levantarme el espíritu, y siempre con el recuerdo vívido de esa noche en el estadio.

El golpe: bombas, disparos y desapariciones

Cuando sintonicé *KPFK*, estación de radio pública en el sur de California el 11 de septiembre de 1973 para escuchar el noticiero matutino, ya se estaba desencadenando el golpe contra el gobierno de Allende. Se había iniciado durante la noche y el periodista angelino Marc Cooper, quien vivía en Chile y se desempeñaba como traductor de Allende, transmitía lo que parecían ser reportajes de testigos de primera mano desde La Moneda, donde se encontraba junto con otros periodistas, amigos y personal que habían acudido a acompañar a Allende. Estos reportajes incluían el ruido de los disparos y las bombas, así como de las demandas que los generales transmitían por la radio y la respuesta de Allende en mensajes al pueblo chileno. Me infundían temor pese a estar a miles de kilómetros de distancia. Yo había vivido bajo una dictadura *de facto* en Guatemala, pero nunca había experimentado un golpe de Estado “en vivo”, aunque fuera vía radio.

Me preocupaba qué pasaría con Allende y sus colaboradores más cercanos que se encontraban en el Palacio de la Moneda, rodeados de tanquetas enemigas y bajo los aviones militares que sobrevolaban. Si el golpe tenía éxito, ¿qué les sucedería a otros partidarios de la UP a lo largo y ancho de Chile? ¿Cuál sería el destino de mis nuevas amistades, los trabajadores, campesinos y estudiantes que conocí durante mi visita, así como mis amigos de antes, los chilenos que habían estudiado conmigo en la Universidad de Wisconsin y los alumnos y profesores de posgrado que aún vivían en Chile? ¿Podrían sobrevivir? ¿Serían reprimidos?

Durante los días siguientes, *KPFK* siguió cubriendo el golpe con reportajes de Marc Cooper desde el lugar de los hechos. Escuchamos sobre desapariciones, allanamientos de casas y quemas de libros. Supimos de los llamados a que la gente denunciara a sus vecinos extranjeros por ser probables “subversivos”. Escuchamos reportes de cómo los militares se habían llevado a quienes fueron delatados por sus vecinos, para interrogarlos, torturarlos, e incluso ejecutarlos en

el mismo Estadio Nacional donde habíamos celebrado el 50 aniversario del PCCh.

De repente, entre todos estos reportajes, escuchamos los nombres de Adam y Pat Schesch, mis dos amigos que trabajaban sus tesis en Chile, los mismos que nos habían invitado a la celebración del 50 aniversario. Un vecino los había denunciado y los soldados se los habían llevado. Nos dijeron que estaban detenidos en el Estadio Nacional donde estaban realizando torturas y ejecuciones. Por radio, nos urgía presionar a la Embajada de Estados Unidos y al senador Edward Kennedy, jefe del Subcomité de Refugiados del Congreso de Estados Unidos para que los soltaran. Diez días después supimos que habían salido del estadio con vida pero marcados por haber presenciado las evidentes muestras de tortura de otros prisioneros y escuchado el estruendo de cientos de ejecuciones. Una condición de su liberación fue que no dijeran nada sobre lo que habían visto y oído, pero tan pronto estuvieron de vuelta en Estados Unidos, denunciaron ante todo el público que fue posible, incluyendo miembros del Congreso, lo que habían visto en el estadio.

El trabajo de solidaridad en Los Ángeles

A mi regreso de Chile en enero de 1972, mi involucramiento en el trabajo de solidaridad con Chile adquirió renovada pasión y sentido de urgencia. A través de Los Angeles Group for Latin America (LAGLAS, su sigla en inglés, Grupo de Los Angeles para América Latina), al cual me había incorporado en septiembre de 1970, redoblé mis esfuerzos por construir solidaridad con los trabajadores, campesinos, estudiantes, artistas y pobladores de las barriadas, movilizados por el cambio en Chile, así como para sacar a luz el papel de Estados Unidos en contra del gobierno de Allende. Publicitamos los logros de la UP por medio de nuestros boletines, la radio, foros comunitarios y conferencias académicas, instando a oponerse activamente a los intentos del gobierno de Estados Unidos de socavar al gobierno

democráticamente electo. Con el apoyo de David Valjalo, agregado cultural del Consulado de Chile en Los Ángeles antes del golpe, promovimos la Nueva Canción al llevar grupos de música chilena a los campus universitarios y para que realizaran presentaciones comunitarias.

Después del golpe marchamos en las calles, y denunciábamos el papel de Estados Unidos en el socavamiento del gobierno de Allende y a la dictadura por sus violaciones de los derechos humanos. Todo esto por medio de boletines, programas de radio e incluso documentales y películas producidas con presupuestos mínimos (como el documental *Chile with Poems and Guns* (Chile con poemas y fusiles) realizado por el colectivo angelino Lucha Films). Organizamos paneles y conferencistas para coloquios académicos y junto con Bill Bollinger, fui editora de un número especial dedicado a Chile de nuestra recién formada revista *Latin American Perspectives*.¹

Nos organizamos para oponernos a que atracara La Esmeralda en Estados Unidos, buque de la Marina chilena enviado de gira de buena voluntad, pero que también se había utilizado como centro de detención y tortura después del golpe y durante la dictadura de Pinochet. Intentamos que se cortara la ayuda a la dictadura, denunciábamos las violaciones de derechos humanos cometidas por el régimen y fuimos parte de la campaña por cancelar el convenio entre la Universidad de California y la Universidad de Chile, en protesta contra la dictadura.

Sin embargo, nada impactó las mentes y los corazones de tantas personas expuestas a nuestro movimiento de solidaridad con Chile como la música que presentamos en conciertos (Inti-Illimani, Quilapayún, Ángel Parra y otros) y el arte de los afiches que se usaron para promover los eventos, influidos por los estilos de los artistas de la UP.

Al igual que la Nueva Canción ayudó a convocar grandes públicos durante la campaña presidencial de Allende, junto con el arte y el teatro, así como agitaron e inyectaron fervor en las marchas, mítines

¹ 1(2), "Blood on the Peaceful Road".

y celebraciones de la UP; también fueron esas mismas canciones y muchas nuevas, las que generaron entusiasmo para nuestro trabajo de solidaridad con Chile después del golpe. Las letras sobre la lucha popular, el amor, la democracia y el sueño de una vida mejor, resonaron mucho más allá de la situación de los trabajadores chilenos. Aun cuando las letras eran para Chile, al cantarlas parecía que todos nos sentíamos parte del sueño de construir una vida mejor para el pueblo. Más allá de los versos, la música misma tenía un impacto emocional y estético; las melodías, las combinaciones de instrumentos, la incorporación de tradiciones musicales del pasado y el presente.

Reflexiones

En mis estudios de doctorado aprendí mucho sobre política y economía, y sobre cómo los gobiernos y las agencias internacionales diseñan planes de cambio “desde arriba”. Pero durante mi visita a Chile aprendí más de lo que jamás hubiera esperado sobre cómo las masas movilizadas también generan y dan forma al cambio. Aprendí que crear cambio desde la base requiere no solo organización sino también arte, música y teatro, pues ayudan a construir una identidad común que vincula el pasado con el futuro ansiado y le da a la gente la capacidad de enfrentar los retos y nutrir sus espíritus. Por primera vez entendí por qué Allende dijo “No puede haber revolución sin canciones”. Y, antes y después del golpe, comprendí la importancia de la solidaridad en todas sus formas, tanto para quienes la brindan como para quienes la reciben. En las palabras de Margaret Powers, “Los movimientos de solidaridad (con América Latina) no tratan solo de ayudar a los movimientos revolucionarios en América Latina a alcanzar sus metas. También son sobre *nuestros* sueños. Nosotros hemos soñado sobre lo que podría ser una revolución no solo para Nicaragua o Chile, sino para los socialistas en cualquier parte y en todas partes” (Power, 2009, p. 8).

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte, ni educación popular, ni solidaridad...

Y pese a que los sueños a veces colisionan contra una cruel realidad, como lo fue en el caso del golpe y la dictadura de Pinochet, la experiencia también puede dejarnos importantes lecciones y fortalecernos para los retos de los cambios que perseguimos.

Referencias

Power, M. y J. A. Charlip. (2009, November). Introduction: On Solidarity, *Latin American Perspectives*, 36(6) 3-9.

Van den Haag, E. (1955). Controlling Subversive Groups. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 300. Internal Security and Civil Rights, 620-671.

La visión chilena medio siglo después

Ronald H. Chilcote

Vivimos en Chile a fines de 1971 y la mayor parte de 1972, motivados por el amor al país, entusiasmados con sus perspectivas de cambios significativos, y para estar con amigos. También para colaborar con los chilenos en investigaciones que podrían ser útiles en la reforma municipal que el gobierno de la Unidad Popular (UP) estaba considerando. Mi trayectoria académica en América Latina comenzó con la Revolución Cubana, además de mis estudios en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Luso brasileños de la Universidad de Stanford, a fines de la década de 1950. Allí trabajamos en la revista mensual *Hispanic American Report*, siendo la primera, a fines de 1960, en exponer que los exiliados cubanos en el norte de Guatemala estaban preparando lo que se convertiría en su fallida invasión de la Bahía de Cochinos (Playa Girón).

Mi primeros estudios en el extranjero fueron en la Universidad de Lisboa y la Universidad de Madrid. Los de Lisboa dieron lugar a conversaciones con la oposición política al dictador Ant3nio Salazar, con estudiantes africanos de las colonias portuguesas de Angola, Mozambique y, en particular, Guinea Bisáu y Cabo Verde. Produjeron, además, publicaciones en revistas estadounidenses y europeas,

que culminaron en mi eventual expulsión de Portugal, encarcelamiento en Angola, y un libro (1967) siendo un esfuerzo temprano por retratar una perspectiva histórica africana y una respuesta al colonialismo, al contrario de los estudios predominantes del imperio portugués y su impacto. La experiencia madrileña desembocó en la tesis doctoral y la publicación de un libro (1968) sobre la economía política de las industrias de hierro y siderurgia a través de los siglos, y las perspectivas de una panacea para el desarrollo.

La experiencia portuguesa hizo que viviéramos muchos años en Brasil. Lo visité por primera vez en 1958, durante cuatro meses de viaje por América Latina, terminando en septiembre unos meses antes de que Fidel, el Che y su revolución llegaran a La Habana. En el camino, pasé cuatro semanas en Chile, investigando y escribiendo sobre el complejo de la industria pesada de Huachipato en Concepción, lo que me llevó a otra publicación académica (1961). También conocí a seis generaciones de la familia Babul, originalmente de ascendencia libanesa e involucrada en el comercio, y en ese momento una joven pareja con la que nos mantenemos cercanos hasta hoy. Con nuestros hijos, de alguna manera nos convertimos en una familia extensa, viajando juntos dentro y fuera de Chile.

La familia Babul no era diferente a muchas familias chilenas, en ese momento abiertas al diálogo político pero con posturas políticas que iban desde el nacionalismo de extrema derecha, al demócrata cristiana y a las de socialista y comunista. Su diversidad política y, en ese momento, su disposición a trascender las diferencias políticas, me ayudaron a darle sentido a la política chilena. También la lectura de seis o siete diarios por día, cada uno con un sesgo político pero útil durante nuestros meses en Chile. Con frecuencia los leía todos como medio de ahondarme en el contexto político durante 1972. A pesar de sus marcadas divisiones, un desafío, se mantuvo débilmente unido de manera que el progreso parecía posible.

Mi extensa investigación de campo comenzó en 1969 con un estudio comunitario de familias dominantes en Juázeiro, Bahía y Petrolina, Pernambuco en el interior, e involucró a 118 entrevistas

informales pero en profundidad, con personas de la clase política y económica dominante, culminando años más tarde en un monografía (1991). El plan de investigación de mi estudio pretendía extenderse a dos comunidades contiguas en otras partes de América Latina, en México y Chile. Varios de mis estudiantes intentaron replicar partes de mi estudio comunitario en Mexicali y Calexico, pero no se logró ningún estudio completo. Otro de mis alumnos, William Culver, había realizado un estudio comunitario anterior en los municipios de Coquimbo y La Serena; se trataba de la estructura de poder de la comunidad y me proporcionó un incentivo para aplicar mi estudio a esas comunidades. Es por eso que, al terminar mi trabajo en el noreste de Brasil, me mudé con la familia a Chile a fines de 1971.

Mi proyecto de Chile fue apoyado por el Instituto Nacional de Administración (INSORA) de la Universidad de Chile, ubicada en Santiago. Me brindó espacio de oficina, asistencia en investigación y apoyo. Trabajamos en estrecha colaboración en la preparación de un cronograma de entrevistas para personas destacadas en Coquimbo y La Serena, y los colegas de INSORA llevaron a cabo unas cincuenta entrevistas. Los datos se codificaron y tabularon, luego se realizó un análisis preliminar. El deseo era proporcionar una base sustantiva para una posible reforma municipal. Creía firmemente que era importante que el trabajo de campo fuera útil para las comunidades bajo estudio; siempre he buscado la afiliación y el apoyo institucional local e insisto en ello para todas las investigaciones para mí y mis estudiantes.

Estaba entusiasmado con la afiliación con INSORA y la posibilidad de que los datos y hallazgos de la investigación pudieran ser relevantes para la reforma municipal bajo la Unidad Popular y el gobierno de Allende. Por desgracia, no fue así: el golpe de 1973 puso fin al proyecto y, a partir de entonces, no supe nada de INSORA ni de aquellos con quienes me había asociado. Pero los datos de la investigación, los documentos y las publicaciones periódicas están disponibles en mi archivo personal (Colección N° 012, "Guía de la Colección Chilcote sobre América Latina", Colecciones y Archivos Especiales,

Biblioteca Rivera, Universidad de California, Riverside). De hecho, no regresé a Chile hasta el final del gobierno de Pinochet, todo el tiempo respetando y admirando el compromiso autoimpuesto de muchos amigos exiliados como mi colega Kemy Oyarzún, quien a principios de la década de 1990 renunció a su cátedra en la universidad y regresó a casa, después de muchos años de exilio, y se incorporó en la planta de la Universidad de Chile.

La política en Chile durante el período de Salvador Allende dejó impresiones profundas, aspiraciones esperanzadoras y una profunda amargura en cuanto al resultado. Pero todo fue una experiencia que moldeó gran parte de mi perspectiva a partir de entonces. Esta experiencia incluyó la atención a las elecciones presidenciales de 1958, 1964 y 1970. Estuve allí en 1958 cuando Allende, respaldado por el Partido Socialista (PS), perdió ante el conservador Jorge Alessandri (32,2% contra 28,5%). El candidato del Partido Democrática Cristiano (PDC), Eduardo Frei, alcanzó un 20,5%. Asistí a una de las manifestaciones masivas, abrumadoras, por más o menos un millón de simpatizantes que aparecieron en las calles. Me dejaron con la esperanza de que la democracia participativa posiblemente evolucionara a través del sistema multipartidista del país.

Estos tres candidatos dieron forma a los años siguientes. Alessandri, director de un conglomerado de periódicos y apoyado por conservadores, liberales y algunos radicales enfocados en controlar la inflación y congelar los salarios del sector público, pronto enfrentaron disturbios laborales generalizados en la región de mi estudio de Huachipato. También incluyendo los mineros del carbón de Lota, que marcharon sobre Concepción exigiendo salarios más altos, y luego en 1960 tuvieron que enfrentar un devastador terremoto en Concepción y Puerto Montt.

Frei y su PDC derrotaron a Allende y su Frente de Acción Popular (FRAP) en las elecciones de 1964 (56,09% a 38,93%). Pero la campaña fue vista con profunda preocupación por Estados Unidos, como supe durante mi única visita a la Embajada de Estados Unidos, en Santiago. Ahí entrevisté al agregado político, quien reveló que “de

ninguna manera Estados Unidos permitiría que un marxista asuma la presidencia”. En ese momento, la campaña de Allende había impresionado tanto el interés nacional como a la prensa internacional. Nunca más me pondría en contacto con el personal oficial de Estados Unidos; estaba claro que se implementaría cualquier medio para frustrar un cambio progresivo en la política chilena. Sin embargo, Allende y la Unidad Popular ganaron una estrecha mayoría en 1970, y esta vez derrotaron a Alessandri (37,3% a 35,8%).

La victoria de Allende y la UP con su “vía pacífica” abrió la posibilidad de un cambio estructural sustancial dentro de Chile, a través del tenue sistema político y la interacción entre la multitud de partidos políticos. La vía chilena ofreció un nuevo camino hacia el cambio progresivo: frente a una Revolución Mexicana (1910) que había desafiado una orden vieja pero se marchitó durante el último medio siglo, la Revolución Boliviana de corta duración (1952), y la Revolución Cubana (1959) que trajo el socialismo y la esperanza a través de la lucha revolucionaria. Permítanme resaltar su impacto sobre mí.

Legitimando la planificación a través de la política

Me impresionó especialmente la planificación abierta que se llevó a cabo antes de las elecciones, y las metas y direcciones que se establecieron explícitamente al principio y se manifestaron durante la campaña electoral, además después de la victoria. Recuerdo haber pasado varias horas con el economista Max Nolff, quien revisó conmigo una pila de documentos sobre cómo la UP implementaría sus planes, con enfoque en la reforma agraria, abriendo la economía a los trabajadores agrícolas a través de cooperativas y otros medios.

Había estado siguiendo a Jacques Chonchol, quien bajo Frei había abogado por una sociedad comunitaria. Luego formó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), y sirvió bajo Allende como ministro de agricultura, donde presionó para acelerar la reforma agraria. Nolff también discutió cómo el gobierno reestructuraría

la extracción de cobre, siendo Chile entonces el mayor exportador mundial del metal.

Mientras que las fuerzas políticas tienden a no manifestar sus planes de cambio durante los momentos electorales, quedó claro que la presentación abierta de planes y objetivos legitimó su implementación después de la victoria electoral. Entonces no fue una sorpresa que Nolf se convirtiera en presidente de la Corporación Chilena del Cobre (CODELCO), acompañado de un plebiscito y una votación para nacionalizar su producción. Esta lección me influyó como miembro de una junta escolar local en California, donde durante una campaña política expuse una agenda detallada de reformas. Aunque inicialmente todas mis iniciativas fueron rechazadas por una junta conservadora, me centré en los problemas más que en la política y llevé a cabo un amplio apoyo entre los constituyentes. Pudimos recortar los costos administrativos, implementar un presupuesto participativo, más una participación abierta a un movimiento en evolución de cientos de padres y estudiantes que deseaban dar soluciones a los problemas que les preocupaban.

Buscando la comprensión del atraso, el subdesarrollo y la dependencia

Dentro de INSORA mi enfoque estuvo en nuestro proyecto de investigación en La Serena y Coquimbo, pero hubo tiempo para el diálogo sobre la dirección teórica. Dentro del Instituto hubo influencia del Partido Comunista, y posiblemente para compensar mi presencia, había un joven académico soviético trabajando en una tesis doctoral. En un momento, los colegas sugirieron que los dos debatiéramos nuestras opiniones sobre las diferentes posiciones sobre el subdesarrollo y la dependencia. En ese momento, la línea soviética atribuyó el atraso al semifeudalismo, una postura de larga data desafiada por el análisis de varios volúmenes del historiador Luis Vitale sobre el desarrollo chileno (1967-2000). Recuerdo que, encarcelado en Santiago por un libro

crítico del PDC bajo Frei, me pidió que le enviara una copia de la biografía en tres volúmenes de Isaac Deutscher sobre León Trotsky (1954) y se produjo un intercambio de correspondencia entre nosotros hasta su fallecimiento en 2010. Se organizó el debate, pero nuestro colega soviético no apareció.

Mientras Vitale en Chile y Rodolfo Stavenhagen en México revisaron la comprensión pasada de cómo había persistido el atraso en América Latina, otros jóvenes académicos recurrieron a nuevas explicaciones del subdesarrollo y la dependencia. Algunos de ellos, liderados por el economista argentino Raúl Prebisch y el chileno Rodolfo Sunkel, se habían asociado con la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), volcado al análisis estructural del capitalismo dentro de sus países. Históricamente, la izquierda había atribuido condiciones de atraso al imperialismo fuera de la región. La Revolución Cubana mostró que es posible enfrentar al imperialismo. También provocó intervenciones militares reaccionarias en otros lugares, y aseguró a las clases dominantes dentro de muchos países continuar mediante golpes de estado y la fuerza militar.

Chile también ofreció refugio a los intelectuales que habían huido al exilio. De particular importancia fue la contribución de intelectuales brasileños como Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vânia Bambirra. Theotônio, un joven profesor de la Universidade de Brasília, había huido a Rio donde lo conocí en julio de 1964. A lo largo de los años nos hicimos amigos cercanos, pero fue en Santiago donde me uní a él y a muchos otros interesados en el nuevo pensamiento teórico sobre la dependencia y el subdesarrollo.

Por invitación de la UP se había convertido en el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) asociado con la Universidad de Chile. Arribó a Chile en 1966 y durante ese tiempo escribió sus trabajos principales sobre teoría de la dependencia (Kay, 2019). Uno publicado prominentemente en inglés, desafió el pensamiento económico ortodoxo estadounidense (1970). También contribuyó con un capítulo sobre Brasil a un volumen popular de extensos ensayos compilado por mí y Joel Edelstein (1974; véase también 1986) que contrastaban

los entendimientos de la corriente principal por un lado, y la dependencia por el otro, de seis países latinoamericanos, incluido Chile.

El economista André Gunder Frank también había estado en Chile, y sus escritos sobre el subdesarrollo iban a influir en el pensamiento fuera del país. También le interesaba el pensamiento del economista marxista Paul Baran, de la Universidad de Stanford, cuyo trabajo sobre el atraso se había convertido en un libro de gran éxito de ventas (1958) en América Latina. Estudié con él brevemente como estudiante en Stanford y él influyó en mi trabajo; también visitó Cuba después de la Revolución y escribió favorablemente sobre ella.

También fue en Chile donde conocí al economista brasileño Celso Furtado y al sociólogo político Fernando Henrique Cardoso, cuyo trabajo me había impresionado. Furtado así, con sus importantes estudios de la economía brasileña y sus esfuerzos de desarrollo en el empobrecido noreste de Brasil donde se concentraba mi propio trabajo. Cardoso así, por sus primeros estudios y escritos bajo el renombrado sociólogo Florestán Fernández. En Chile Cardoso estableció con el sociólogo chileno Enzo Falletto, una perspectiva popular sobre la dependencia asociativa (1979), que luego se volvió especialmente influyente en el cambio de entendimiento académico en Estados Unidos.

Momentos personales que dieron forma a mi visión de Chile

La Revolución Cubana había inspirado el interés académico en América Latina, pero en la década siguiente estuvo marcada por la intervención militar en Brasil, República Dominicana y otros lugares. En 1964, el Ejército de Estados Unidos lanzó un estudio llamado “Proyecto Camelot”, destinado a predecir e influir en el cambio en América Latina. Estuvo vinculada a la Universidad Americana e involucró a científicos sociales. Llegó a Chile donde fue expuesta por profesores de la Universidad de Chile y denunciada en el parlamento chileno. Fue en este contexto que los académicos progresistas encontraron su

camino hacia Chile. Era el deseo de la mayoría de nosotros colaborar de manera que no solo avanzara la erudición chilena, sino también la resolución de sus problemas.

Hubo momentos fascinantes e interacciones ocasionales con destacados chilenos. Uno de ellos fue para conversar y cenar en la casa del canciller y líder del PS, el sociólogo marxista Clodomiro Almeyda, junto con otros cinco académicos externos, para conocer su investigación de campo y su progreso. Uno de ellos, Maurice Zeitlin, desarrollaba un análisis de clase de terratenientes y capitalistas en un esfuerzo ambicioso por comprender la relación rural-urbana en el surgimiento del capitalismo en Chile. Su publicación posterior fue una importante monografía académica (1988). Otro encuentro fue con la intelectual, académica y socióloga marxista Marta Harnecker, quien estuvo activa en el gobierno del PS y la UP; nuestra discusión se centró en la cultura popular y sus posibilidades movilizadoras.

Lo más destacado de nuestra experiencia familiar incluyó viajar al desierto de Atacama, a la Patagonia, a Punta Arenas, y a los observatorios astronómicos en las afueras de La Serena. Entre nuestros preciosos encuentros estuvieron los memorables conciertos de Inti Illimani y Quilapayún, y la “nueva canción chilena”, en la plaza central de La Serena cerca de donde vivíamos. Nos sumergimos en la música de los cantantes reconocidos Violeta Parra y Víctor Jara. Nunca olvidaremos nuestro regreso a California, viajando a través de la Isla de Pascua, una lejana posesión chilena. Increíblemente fuimos los únicos visitantes durante una semana encantadora, explorando sus tesoros históricos y sitios mencionados en el relato de Thor Heyerdahl de su viaje en 1947, en la balsa Kon Tiki, desde Sudamérica a la isla polinesia.

La visión y los logros de la vía pacífica chilena hacia el progreso y una sociedad justa durante los primeros años de la década de 1970 fueron reprimidos por el brutal golpe de septiembre de 1973 pero hoy seguimos construyendo sobre su ejemplo mientras celebramos sus logros. Mucho antes del Golpe, algunos de nosotros en el sur de California habíamos seguido activos en el Grupo de Los Ángeles para la

Solidaridad Latinoamericana (LAGLAS), una de las coaliciones más exitosas del país en defensa de América Latina. LAGLAS produjo conciertos del New Song Movement y dio lugar a un colectivo de documentales, Lucha Educational Films, y una película “Chile: con armas y poemas”.

LAGLAS también brindó apoyo a nuestro proyecto que lanzó la publicación de la revista *Latin American Perspectives* (Perspectivas Latinoamericanas: LAP, su sigla en inglés) en 1974, incluyendo a muchos de sus primeros editores que tenían experiencia en Chile: Marjorie y Don Bray, Bill Bollinger, Ronald y Frances Chilcote, Norma Chinchilla, Dale Johnson, James Petras, Kemy Oyarzún y más tarde Richard Harris, Lois Oppenheim, Rosalind Bresnahan, Jan Rus y Robert Austin. Su propósito era avanzar en el campo de los estudios latinoamericanos (Chilcote, 2018). Su primer número en 1974 se centró en una crítica de la teoría de la dependencia, incluida una respuesta de Gunder Frank a decenas de evaluaciones críticas de su trabajo en América Latina.

El segundo número de LAP se dedicó a un análisis crítico del golpe de Estado en Chile y a una celebración de lo que se había avanzado bajo Allende. Nuestro número de septiembre de 2020 celebra el cincuentenario de la Vía Chilena al Socialismo y sus avances, con un recordatorio de que en palabras del cineasta Patricio Guzmán, “la Batalla de Chile aún no ha terminado”. Además, un número futuro, editado por Joana Salém y yo, retoma los viejos debates sobre la dependencia y el subdesarrollo (Chilcote Editor, 2003) y evalúa críticamente a una nueva generación de científicos sociales (particularmente en Argentina, Brasil, Chile y México) quienes, a medida que retrocede la “Marea Rosa” de los regímenes progresistas en América Latina, están repensando la importancia de la “Teoría marxista de la dependencia”.



Referencias

Baran, P. (1957). *The Political Economy of Growth*. Nueva York: Monthly Review Press.

Cardoso, F. H. y E. Falletto. (1979). *Dependency and Development in Brazil*. Berkeley: University of California Press.

Chilcote, R. y C. L. White. (1961). Chile's New Iron and Steel Industry. *Economic Geography*, Worcester, Massachusetts. Julio, 258-266.

Chilcote, R. (1964). Brazil: Suppressing the Future. *The Nation*, 199, noviembre 23, 368-370. También publicado como Brasil: suprimiendo el futuro. *Marcha* 1235, diciembre 11, 1964, 16-17.

Chilcote, R. (1967). *Portuguese Africa*. New Jersey: Prentice-Hall. Englewood Cliffs.

Chilcote, R. (1968). *Spain's Iron and Steel Industry*. Austin, TX: Bureau of Business Research, The University of Texas.

Chilcote, R. 1974. *The Brazilian Communist Party: Conflict and Integration, 1922-1972*. Nueva York: Oxford University Press.

Chilcote, R. (1974). *Partido Comunista Brasileiro: conflito e integração*. Rio de Janeiro: GRAAL, 1982, pp. 413.

Chilcote, R. y J. C. Edelstein (Eds.). (1974). *Latin America: The Struggle with Dependency and Beyond*. Nueva York: Schenkman and John Wiley & Sons, p.781. Introducción contribuida, pp. 1-87.

Chilcote, R. y J. C. Edelstein. (1986). *Latin America: Capitalist and Socialist Perspectives of Development and Underdevelopment*. Boulder: Westview Press.

Chilcote, R. (Ed.). (2003). *Development in Theory and Practice: Latin American Perspectives*. Lanham, Md: Rowman and Littlefield Publishers.

Chilcote, R. (2010). *The Portuguese Revolution: State and Class in the Transition to Democracy*. Lanham, Md: Rowman and Littlefield.

Chilcote, R. (2014). *Intellectuals and the Search for Identity in Twentieth Century Brazil*. Nueva York: Cambridge University Press.

Chilcote, R. (2018). The Cold War and the Transformation of Latin American Studies in the United States. *Latin American Perspectives* 45:4, 6-41.

Deutscher, I. (1954). *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*. Nueva York: Oxford University Press.

- Dos Santos, T. (1970). The Structure of Dependence. *The American Economic Review* 60(2), 231-236.
- Dos Santos, T. (1974). Brazil: the Origins of a Crisis en R. Chilcote y J. C. Edelstein (Eds.). *Latin America: The Struggle with Dependency and Beyond*. Nueva York: Schenkman and John Wiley & Sons.
- Frank, A. G. (1967). *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Kay, C. (2019). Theotônio dos Santos (1936-2018): The Revolutionary Intellectual Who Pioneered Dependency Theory, *Development and Change*, 51(2): 599-630.
- Vitale, L. (1967-2000). *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*. Santiago: LOM Ediciones. 8 vols.
- Zeitlin, M. (1988). *Landlords and Capitalists: The Dominant Class of Chile*. Princeton: Princeton University Press.

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974

Joan Domicelj

*Gracias a la vida que me ha dado tanto
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto,
Así yo distingo dicha de quebranto,
Los dos materiales que forman mi canto ...*

Violeta Parra, 1964

Presentación

Soy australiana. Viví y trabajé en Santiago de Chile desde enero de 1972 hasta enero de 1975, y todavía me afecta esa experiencia. Mis informes a la familia en el exterior en el tiempo previo al golpe militar, ahora me parecen ingenuos.

Sergio, mi esposo argentino y yo, nos conocimos como compañeros de estudio en Edimburgo en 1962. Tres años después, él me presentó a América Latina en una expedición arqueológica, entre las cúpides espléndidas de la cordillera y el desierto de Atacama.

Vivimos y trabajamos en Europa y Australia hasta 1972, cuando Sergio fue designado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de las Naciones Unidas, con sede en Santiago, como asesor de Planificación Regional. Finalmente obtuve cátedras a tiempo parcial en la Universidad de Chile y la Universidad Católica. Inmediatamente después del golpe militar, trabajé con la Asociación de Refugiados, ayudando a sacar de contrabando a las personas, autorizadas o no, y buscando a los desaparecidos, como Charles Horman, cuya historia se ha contado en la película *Missing* (Perdido).

Cuando llegamos a Chile nuestras hijas tenían 2 y 5 años. Cuando retornamos a Australia, las hijas tenían 5 y 8 años. A pesar del amor que Sergio tenía por su trabajo, y nuestro creciente amor por Chile, salimos porque no estábamos dispuestos a criar nuestras niñas bajo el fascismo.

El comienzo

Con mis dos niñas pequeñas volamos directo al este desde Sydney, cruzando el inmenso Océano Pacífico hacia nuestra franja hermana de tierra, Chile, que nos espera al otro lado, bordeada por la corriente de Humboldt y los altísimos Andes.

Fue el 30 de diciembre de 1971 cuando aterrizamos en Tahití, ansiosas por camas y la piscina prometida. “No”, nos dicen: debíamos volver al avión, ya que había cambio de planes. La tripulación aérea quiere estar en casa para la víspera de Año Nuevo, un día antes de lo programado. La oficina de Sergio en Santiago está cerrada por vacaciones; el piloto con mala ganas envía un mensaje a Sergio de que llegábamos un día antes de lo previsto. Sergio se sorprende a media bocada en un asado de oficina. Se apresura al aeropuerto y hemos llegado; estamos juntos. He vuelto.

Enero de 1972

De regreso, a un lugar diferente y una época muy desemejante. Se nos da la bienvenida a esta hermosa ciudad y estamos hechizados por la emoción y la confusión de ese tiempo.

Mientras Sergio salta como ping-pong por el subcontinente, fascinado por los desafíos de su trabajo, yo lucho con el idioma, la búsqueda de trabajo, el bienestar de las niñas y la nueva vida doméstica, incluyendo la escasez y la ayuda doméstica puertas adentro que nunca había experimentado. Nuestra casa alquilada es elegante, demasiado. El monte Manquehue se eleva detrás del muro de nuestro hermoso jardín japonés. Mientras, al lado, los vecinos de los cobertizos a lo largo del seco del río arrojan cables para compartir nuestra electricidad. Me alegra.

¡Y el desconcierto político! Intento entender, al no estar familiarizada con los políticos o eventos locales, estoy perdida. Un veterano, un amigo argentino, aconseja: “Esta semana absorbe solo los medios de comunicación (periódico, radio, televisión) de la derecha. La próxima semana, solo de la izquierda. Entonces irás entendiendo”. Lo hago y me sorprende. La derecha y la izquierda informan sobre un accidente de tráfico de manera tan distinta que es irreconocible como un solo evento. Esto es la polarización, y es alarmante. Incluso a través de la impenetrabilidad inicial del castellano, puedo verlo. (Ahora, el año 2020, sabemos todo sobre lo que pasó.)

Leímos el escalofriante texto *Los documentos secretos de la ITT*, publicado por la Secretaría General de Gobierno, el 29 de marzo. Es impactante: Capítulo 1: *Impedir que Salvador Allende sea presidente de Chile*. Mi hermano y su nueva esposa vienen a visitarnos en unos meses. Ahora, mientras escribo, él recuerda “la abrumadora emoción política en el aire, el arte callejero, el hecho de que el primer tema de conversación fue siempre la política, no el clima”.

Mayo de 1972

El Congreso chileno ha aprobado la enmienda sobre la nacionalización en la Constitución. Esta sostiene que las empresas mineras extranjeras, como Anaconda y Kennecott, han extraído ganancias excesivas, por lo cual la compensación por la expropiación de sus minas de cobre debería ser mínima. La relación frágil entre Estados Unidos y Chile se deteriora aún más, y continúa la interferencia política encubierta. El acceso a la ayuda exterior casi desaparece.

Mientras nos rodea un debate político furioso, también somos testigos de las recompensas de la vía chilena al socialismo. Mensajes de esperanza, los avances en salarios y condiciones, el deleite en la acción comunitaria, los estudiantes ilusionados en la calle y un aluvión de jóvenes optimistas, huyendo de países vecinos bajo regímenes represivos, deseosos de participar en el gran experimento. Nos hacemos amigos de un hermano y una hermana bolivianos, a través de un colega de la Cruz Roja Internacional, y los ayudamos a encontrar trabajo.

En la Peña de los Parra disfrutamos de vino tinto, bancas toscas, velas en botellas y, una vez más, una creciente sensación de esperanza. Allí, las exquisitas voces de Isabel y Ángel Parra cantan historias en honor al pueblo chileno. Palabras de su madre, Violeta, y del poeta Pablo Neruda, llamando al cambio social, a la acción inmediata. Nos deleitamos con todas estas actividades que la Peña brinda al público santiaguino.

El país en sí era impresionante. Un fin de semana visitamos la nieve a 3.000 metros de altura en la cordillera de los Andes. Hay aguas termales subterráneas. Luego, abajo, en la costa, vemos una colonia de pingüinos, arrastrados por la corriente de Humboldt. Sin olvidar la escasez de alimentos, papel higiénico e interminables colas.

De manera persistente pero infructuosa, buscaba trabajo. Siempre he trabajado y felizmente trabajaría sin pago. Los decanos de las universidades me entrevistan diciéndome que mi experiencia es

justo lo que necesitan. Luego, nada. Solo más tarde lo entiendo. Las facultades universitarias están tan profundamente alineadas políticamente que no pueden arriesgarse con una extraterrestre adentro. No tienen idea de mis alianzas.

Las marchas en las calles, tanto a favor como en contra del gobierno. Burbujas de descontento en las cenas diplomáticas, sobre los miristas y la expropiación de fundos. Una reorganización del gabinete: ¿para fortalecer a los socialistas?

Tenemos una nueva y encantadora empleada socialista, su nombre es Sylvia. Ella friega y canta, ocasionalmente rompiendo cosas. Sylvia está estudiando la vida en la Unión Soviética y los fines de semana enseña a los niños en un autobús, en las afueras de la ciudad. Es muy optimista. Para asistir a su boda en el campo viajamos en la parte trasera de un camión. Se lleva a cabo en un galpón lleno de fardos de heno, la gente bailando, muchas risas, y abundantes comida y bebidas: empanadas y limonadas. Las niñas la adoran.

Agosto de 1972

Los precios se han duplicado. Hemos tenido cinco neumáticos pinchados, casi imposibles de reemplazar. La escasez de productos básicos nos afecta a todos, pero especialmente a los pobres, muchos de los cuales, gracias al gobierno, ahora pueden pagarlos. Es raro encontrar papel higiénico, carne, mantequilla, aceite, arroz, papas, cebollas o café. Todavía están disponibles el pescado fresco, las frutas y verduras frescas. Comemos lo suficientemente bien. Otra marcha ensordecedora de “cacerolas vacías” a través de los barrios más ricos.

En septiembre se celebrará una Conferencia Internacional sobre Vivienda, EXPO VI, en el edificio de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) recién terminado. Llega una carta: “su participación en el Encuentro, Chile 1972, ha sido debidamente considerada y aceptada por la Comisión Organizadora de ese evento”. ¡Por fin, un trabajo! Traducción de ponencias al inglés

para delegados extranjeros. EXPO VI es extraordinaria. Entre sus cientos de delegados se encuentran habitantes de barrios populares, llevados en buses para la ocasión, ocupantes ilegales, arquitectos, planificadores, constructores, comerciantes y ministros del gobierno. Una voz para todos los que están directamente interesados. Entre ellos, destaca la alta figura del compañero Allende, a quien encuentro por un instante sorprendente. Los carteles de EXPO VI, de colores brillantes, siguen siendo una de mis posesiones más preciadas.



Fuente: Foto del original en noviembre de 2020, proveída por la autora.

Hemos visto las callampas –asentamientos para gente pobre– surgir durante la noche en terrenos vacíos, con banderas flameando. Y

aquí hay una historia: en respuesta a la aguda escasez de viviendas, el gobierno brinda capacitación y materiales para que estos pueblos edifiquen sus propias casas en pequeños terrenos asignados a cada familia. Una comunidad, ofendida por la mala calidad de los ladrillos que se les han entregado, los arrojan en medio de la ciudad, exigiendo mejor calidad, ¡y la obtienen! Esta confianza nuevamente encontrada es impresionante.

La cultura popular brota por todas partes: música, arte callejero, murales gigantes, libros para niños. También el gobierno de Allende creó el libro de bolsillo, muy barato, en castellano y otros idiomas.

Tenemos una nueva amiga, una monja estadounidense de la Orden de Loreto, la Madre María. Vive y trabaja en la Población José Mario Caro y tiene más o menos mi edad. Décadas más tarde, su amiga, Cecilia, que todavía vive allí, me muestra su salón comunitario y jardín con paredes de mosaico, construidos bajo el programa “Quiero a mi Barrio” de la presidenta Bachelet. María es una soprano excelente. Canta con el coro de la Universidad Técnica de Estado (UTE) que actúa en diferentes lugares de trabajo, escuelas y lugares públicos para llevar música gratis a la gente: ¡cien conciertos al año! Debido a que su casa es tan lejana, a veces, después de un concierto, se queda a pasar la noche con nosotros y hace palomitas de maíz para las niñas.

Septiembre de 1972

Entre 700.000 y 1.000.000 de personas jubilosas marchan por el centro de Santiago para celebrar los dos años del presidente Allende, como líder del primer gobierno marxista elegido democráticamente en el mundo. Durante las últimas dos semanas, también se ha estado gestando un estado de ánimo alterado, con apedreados, gases lacrimógenos, desfiles de cacerolas vacías y precios disparados.

Octubre de 1972

Chile vende al mundo su cobre y salitre del norte, y vive de alimentos cultivados en sus llanuras fértiles y valles centrales, o extraídos del mar. Su supervivencia económica y social depende, por tanto, de los camiones que transitan mercancías por su sistema vial Norte-Sur. Sucede. Los camioneros se declaran en huelga por un mes entero, paralizando las exportaciones y los suministros nacionales. Simultáneamente, el valor del dólar estadounidense en el mercado ilegal cae drásticamente. Es evidencia de que el país está saturado de dólares extranjeros, que han entrado en masa para apoyar a los huelguistas y quebrar la economía nacional. Para contrarrestar eso, multitudes de voluntarios, que conducen una variedad de vehículos, trabajan con el gobierno para llenar el vacío, lo mejor que puedan.

Conozco a la cirujana británica, Sheila Cassidy, y a veces escalamos juntas las colinas circundantes de Santiago: ella con sus dos perros pequeños y yo con mis dos hijas pequeñas. En 1975 será capturada y torturada por el régimen militar. Su crimen: el tratamiento médico de un sospechoso político herido. Sus memorias de 1977 se titulan *Audacity to Believe* (La Audacia de Creer).

Escribo a casa: “No se preocupen, la política es agitada pero pacífica; las manifestaciones son amplias y alegres”.

¡Acabo de ser aceptada para enseñar la planificación urbana en la Universidad de Chile! Sospecho que un colega me ayudó. Es un trabajo exigente, con mi falta de textos, mi castellano risible y horarios de clase completamente impredecibles. Los fines de semana mis valientes estudiantes, acostumbrados a los jardineros pagados en casa, intentan cultivar los terrenos de la Universidad, como contribución al esfuerzo nacional. Las niñas y yo ayudamos con el desyerbe, al sonido de las guitarras.

Diciembre de 1972

Sergio finalmente ha regresado de todos sus viajes subcontinentales y vamos de vacaciones a Argentina, visitando familiares y amigos durante la Navidad. Podemos comprar llantas, zapatos y comida enlatada para animar nuestras comidas restringidas en Santiago. Conducimos a casa a través del paisaje maravilloso de lagos, las cumbres andinas, reaprovisionados, pero, incómodos de alguna manera por nuestra buena suerte.

Enero de 1973

A nuestro regreso, para mi gran alivio, nos mudamos a una villa más modesta, menos “momia”, en una ladera con vista a la ciudad. La tranquila Josefina se convierte en nuestra empleada doméstica puertas afuera, con los fines de semana libres: es la libertad para ambas partes. Y tenemos vecinos chilenos más amigables, con niños en el 2° piso.

Febrero de 1973

Las elecciones se celebrarán el 4 de marzo y las tensiones políticas aumentan. El mercado ilegal florece y la gente acapara bienes. Es obvio quiénes llevan la peor parte de esto. Los autobuses destartados rebosan de pasajeros cansados, mientras que los coches con chofer pasan a su lado. Finalmente cocino carne de ballena, a regañadientes, en hierbas y vino.

Ahora enseño a tiempo parcial en dos universidades. Comencé el pasado mes de octubre en la Facultad de Arquitectura y Planificación de la Universidad de Chile, que apoya la Unidad Popular, con un toque democratacristiano. Y también en el Instituto de Planificación

Urbana de la Universidad Católica, con su hermoso patio colonial. Su personal es demócratacristiano, con un toque del derechista Partido Nacional. Para los colegas, sigo siendo un enigma extranjera.

Marzo de 1973

Después de la elección. Es maravilloso, todo el mundo ha ganado estas elecciones, de manera manifiesta. La UP ha aumentado su voto del 36% al 43% y la oposición recién combinada ganó el 54%, una mayoría, pero no los dos tercios necesarios para bloquear los proyectos de ley al Congreso. Todo el mundo celebra en calles, bares y balcones. Por supuesto, hay desconcierto, pero nadie parece capaz de provocar tanta ira, como lo hicieron antes de las elecciones.

Julio de 1973

Sergio y yo volamos a una conferencia de planificación en una Gran Bretaña sorprendentemente soleada, y regresamos a Santiago, a nuestras queridas hijas, a la criada, a los amigos y a un grupo de gatitos recién nacidos.

Mientras tanto, ha habido un intento de golpe de estado, el Tanquetazo, más un breve toque de queda, y ahora no hay gasolina. Los tanques intentaron tomar el Palacio de La Moneda, con ocho muertos y cuarenta y seis heridos. Que los militares hayan cometido un error tan grave parece extraño; los partidos de oposición no están implicados directamente. Es probable que las industrias tomadas por los trabajadores durante los combates sigan en manos del gobierno.

Agosto de 1973

Una segunda gran huelga de camiones devastadora. “Chile sin ruedas”, grita el diario *El Mercurio*. En la prensa opositora hay convocatorias de paro general y se denuncian todo tipo de escándalos por la banca central, los campamentos guerrilleros y la escasez.

El presidente Allende anuncia un nuevo gabinete “para la seguridad nacional” que incluirá a los jefes de las Fuerzas Armadas: general Prats, del Ejército (luego asesinado con su esposa en Argentina); almirante Montero, de la Armada; general Ruiz, de la Fuerza Aérea y general Sepúlveda, de la Policía.

Principios de septiembre de 1973

Un conductor de camión recibe un disparo. Una gran manifestación callejera de “Mujeres contra el gobierno”. Muchos médicos y académicos se suman al paro general, criticando ferozmente a los profesionales comprometidos que optan por seguir trabajando al servicio de la comunidad.

Solo una vez tuve un diario. Fue durante 27 días en 1973, cuando el mundo se puso de cabeza. Por el bien de todos, estaba escrito en castellano, en código. Dudo tener la clave de todo ese dolor, fue algo accidental.

Luego siguen meses de trabajo clandestino, revoloteando de un escondite a otro con pasajeros aterrorizados, presenciando por primera vez lo que el miedo y la tortura pueden hacer, y buscando desesperadamente formas indirectas de enseñar la verdad a mis estudiantes en las universidades militarizadas. Una vez, un anciano fue asesinado a tiros frente al automóvil. Les grito mentiras a las niñas: “Estúpidos, tirando piedras”. De todos modos, aquí están esos dos primeros días...

Lunes 10 de septiembre de 1973

5 p.m. Veo mi primer blindado en la carretera y pregunto qué es.

6 p.m. Se convoca una reunión de personal no programada en el Instituto de Planificación Urbana de la Universidad Católica para discutir la crisis nacional. El personal del Partido Nacional exige que el Departamento se declare públicamente a favor de la intervención militar inmediata. El líder demócratacristiano se resiste con firmeza (y valentía), tanto a esto como a la demanda de participación del Departamento en el paro nacional. La reunión es larga y extremadamente tensa. La conclusión es suspender la docencia normal, pero sin cerrar el Departamento, para que el personal valiente y los estudiantes que lo deseen, aún puedan asistir.

Martes 11 de septiembre de 1973

8 a.m. Música fuerte crepitante o marcial en todas las estaciones de radio, excepto Radio Magallanes. En ella, el presidente Allende y el líder de la Central Única de Trabajadores (CUT) advierten de un golpe militar, agradecen a los trabajadores, y los llaman a ocupar y defender sus lugares de vida y trabajo. Se reproducen canciones familiares de protesta. Allende no renunciará: “pagaré con mi vida, la lealtad del pueblo... la historia es nuestra, ¡Viva Chile!”. El mensaje del presidente ahora es bien conocido.

Posteriormente leímos las palabras de su hija Beatriz, quien se dirigió al pueblo cubano el 28 de septiembre describiendo la serie de hechos dentro de La Moneda, desde la madrugada a través de ese día violento. Su discurso se publica inmediatamente en el Instituto Cubano del Libro. Se titula “El más alto ejemplo de heroísmo”.

8.30 a.m. Las tropas marchan hacia el centro. Un vecino envuelto en una toalla sale corriendo, delirante, a su balcón y grita: “¡Un día glorioso, el Nuevo Chile!” Nos retiramos en estado de shock.

9 a.m. Nuestra empleada, Josefina, llega relativamente tranquila, a su hora habitual. Nuestra amiga Clara, refugiada de Bolivia, ha estado enseñando castellano a nuestras hijas y sus amigas. Llega angustiada. Su hermano Pepe abandona el centro de la ciudad. Más tarde es asesinado cuando regresa confiadamente a Bolivia, dejándome con mi objeto más preciado: su charango (ver imagen abajo).



Tres tesoros de Chile, guardados por 50 años. Fuente: autora.

10.30 a.m. Se corta Radio Magallanes. La red de radio militar reclama el control total del país.

11.30 a.m. Ahora, Josefina está desesperada por volver a su casa. Titubeamos. Luego, dejando a las niñas con Clara, nos ponemos en camino para llevarla a la estación de autobuses en el centro. En la radio del auto escuchamos: "Allende acepta dejar La Moneda si hay un alto de fuego, pero eso es imposible". Llegamos al centro de la ciudad. Aviones de combate vuelan muy bajo, cinco Hawker-Hunters. Las bombas caen cerca

de nosotros. Las calles están llenas de multitudes corriendo, gente llorando. Dejamos a Josefina en su bus, y llevamos a los que podemos. Pero no tenemos cómo ofrecer consuelo. Aviones, bombas, tanques, disparos, mientras conducimos a casa a través del fuego de francotiradores.

3 p.m. Toque de queda. Cualquier persona en las calles será fusilada. Las radios y las televisiones nombran a extranjeros y funcionarios de la UP que deben presentarse a los puestos militares antes de las 4.30 p.m.

Un final

Fuertes explosiones y disparos durante la noche. ¿Qué cerca? Consolamos a las niñas con mentiras y distracciones. Ha comenzado una pesadilla.



Fuente: diario *Sydney Morning Herald*, 16 de septiembre de 1987. Según el caricaturista, “They said you couldn’t make it” (dijeron que no podrías hacerlo), fueron palabras de un aviso conocido de Swan Lager (una cervecería propiedad de Bond) en la década de 1980. Hacían referencia a la victoria de Bond en la Copa América de yates en 1983, por la cual ganó fama. Bond estaba tratando de comprar CTC en ese momento, congraciándose con el dictador. De ahí, “Coming Soon” (por llegar pronto) (Comunicación electrónica con equipo editorial, 5 de noviembre de 2020). Reproducido con permiso del caricaturista: <https://www.moir.com.au/>

A pesar de 33 años de cambios sísmicos desde entonces, mi carta al diario *Sydney Morning Herald*, publicada el 16 de septiembre de 1987, todavía se siente relevante. Su contexto se explica a continuación.

Dios te bendiga, Moir, por la caricatura de Pinochet/Bond de ayer.

Las paredes de Santiago estaban teñidas de lemas cuando llegamos a Chile en 1972.

Todos hicimos cola desordenadamente en tiendas vacías, y quedamos ensordecidos por el debate político.

En 1973, miré hacia arriba para ver a cinco Hawker Hunters bombardeando la Casa de Gobierno de Chile con su presidente electo, Allende, adentro, y la gente gritando. En poco tiempo, las murallas de la ciudad fueron encaladas y la gente bien vestida compraba en estantes bien abastecidos.

“Milagroso”, gritó la prensa y los visitantes quedaron impresionados. ¿Cómo se superaron las escaseces? ¿Y dónde estaban los pobres?

Fácil: de la noche a la mañana, los “precios de mercado” acabaron con su poder de compra y el miedo los arrastró de las calles con toques de queda, perros y tanques.

Después de 14 años de práctica, la máquina funciona suavemente para seducir a gente como Bond, aunque se deslizó un poco con el Papa. Respetuosamente les recuerdo al resto de nosotros, que quizá tenemos mucho que perder, que mientras la ley y el orden atraen (“no te preocupes por eso”), es más fácil invitar a un Pinochet que sacarlo.

Nota editorial: Alan Moir es un distinguido caricaturista neocelandés, residente en Australia. En 1987 el empresario australiano Alan Bond compró la acción mayoritaria en la Compañía de Teléfonos de Chile –CTC– a precio de venta de fuego, cortesía de la dictadura. Expresó públicamente su admiración para el “presidente Pinochet”. CTC formó parte de la red de vigilancia de la dictadura, permanentemente intervenida.

En abril del mismo año, la visita de “conciliación” del Papa Juan Pablo II a Chile provocó levantamientos en una manifestación

masiva en el centro de Santiago. Algunos dicen que su influencia privada, durante esa visita, llevó a Pinochet a ofrecer el plebiscito de 1988 sobre el gobierno civil. La oración “no te preocupes por eso” era la insignia del premier del estado norteño de Queensland, Jo Bjelke-Petersen, conocido como ultraderechista.

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos

Entrevista com Joana Salém Vasconcelos,
São Paulo, agosto 2018

Almino Affonso

Rota de fuga: o golpe de 1964 no Brasil

Eu estava em Brasília quando o golpe militar se concretizou e instalou a ditadura no Brasil, em 1º de abril de 1964. Brasília tinha acabado de se tornar capital da República, por isso todo processo administrativo perdurava ainda no Rio de Janeiro, inclusive as embaixadas.

No dia do golpe militar, existiam apenas três embaixadas em Brasília, porque as demais ainda estavam no Rio de Janeiro. Eram as dos Estados Unidos, da França e da Iugoslávia. A primeira havia participado direta e quase ostensivamente do golpe de Estado; a segunda não contemplava juridicamente a figura do asilo diplomático, só do asilo territorial, ou seja, só podia ser solicitado com os pés em território francês. Nos países da América Latina, com o Tratado de Caracas,

bastava entrar na embaixada para pedir asilo, mas estas estavam no Rio.

A terceira embaixada no Distrito Federal era a da Iugoslávia. Como eu morava em Brasília no dia do golpe, não tive outra opção. Apelei para um asilo diplomático na embaixada da Iugoslávia. Por isso, comecei o exílio lá longe, junto com meu amigo Rubens Paiva.

Da Iugoslávia, soube que Montevideú tinha se transformado em uma espécie de capital dos exilados. Lá estavam o presidente João Goulart, Leonel Brizola, ministros do governo brasileiro, enfim, a cúpula do período Goulart se juntou em Montevideú. Eu recebia chamados: “Venha, venha”. Não tinha ilusão de ficar na Europa. Assim que pude, fui para o Uruguai.

Houve um instante em que o governo uruguaio decidiu me expulsar, considerando que eu tinha entrado no país com documentos falsos. Eu dialoguei com o Ministro da Justiça: quem bate à porta de um governo pedindo asilo está com documentos em ordem? Como? Saí do Brasil sem nenhum documento. Não me deram nada, até a cédula de identidade me tomaram. Como chegar legalizado, se você precisou fugir?

Mas não adiantou. Ficou estabelecido no Uruguai que eu seria “devolvido” à Iugoslávia. Por conta disso, houve um belo movimento no Uruguai contra minha expulsão, iniciado por uma figura que depois se tornou famosa, o Eduardo Galeano. Na época, ele era um jovem que trabalhava no jornal *Época*, de tendência socialista. O jornal fez um movimento amplo contra minha expulsão do país, cuja tradição era predominantemente democrática. Foi um movimento de rua, com trabalhadores, intelectuais, com artigos publicados. Nesse contexto, acabei escapando de ser expulso com ajuda do adido cultural do Brasil no Chile, o Thiago de Mello, que além de grande poeta, era meu amigo de infância de Manaus. Através do Thiago de Mello, obtive um salvo-conduto e o governo do Uruguai já não podia mais me acusar de não ter documentos.

Um detalhe saboroso, se vocês me permitem: quem me levou a carta com o salvo-conduto para que eu escapasse do Uruguai foi

ninguém menos que Pablo Neruda. Tocou o telefone e uma voz disse: “*Señor Affonso, le traigo una correspondencia para usted desde Chile*”. Eu pensei que era um trote! Mas a voz insistiu: “*Es de parte de Thiago de Mello*”. Me passaram um endereço e eu fui. Encontrei Pablo Neruda com um envelope para mim, com o salvo-conduto e mais 200 dólares. Aquilo era riqueza!

Cheguei ao Chile por circunstâncias que escaparam à minha vontade, como consequência dessas dificuldades. Consegui escapar de ser devolvido à Iugoslávia. Nesse pequeno período, minha família conseguiu passar o Natal comigo em Montevidéu. Minha mulher e quatro filhos tinham ficado no Brasil, sendo que meu filho mais novo tinha nascido quando eu já estava asilado e eu o conheci brevemente no Uruguai. Tudo, nessa hora, é de acordo com as circunstâncias, não com nossa vontade. Por isso, no dia que eu embarquei para o Chile, minha família embarcou de volta para o Brasil.

Entre exilados brasileiros no Chile

Cheguei ao Chile em 11 de abril de 1965, meu aniversário. Logo fui formalizado como asilado. Durante oito meses, minha família permaneceu no Brasil e eu passei dificuldades em Santiago. Praticamente um ano, fiquei desempregado e sem recursos para sustentar a viagem dos meus filhos. Lendo, tentando escrever, vivendo a angústia do asilado.

Em novembro de 1965, recebi um convite do ministro Jacques Chonchol para um jantar. Eu estranhei: Jacques era democrata-cristão e eu não tinha nenhuma relação com a DC. Paulo de Tarso (ministro da Educação de João Goulart) era DC, Plínio de Arruda Sampaio (relator do projeto de reforma agrária de João Goulart) também. Mas eu não tinha nada a ver com a DC.

Fui para o jantar na casa do Chonchol e lá estavam personalidades de exilados brasileiros. Fernando Henrique, Francisco Weffort, Celso Furtado, era toda uma elite política e intelectual. Quando

cheguei, fui recebido por uma jovem que abriu a porta: “Almino, que alegria!”. Era uma antiga amiga, combatente das lutas estudantis: Maria Edy Ferreira. Ela era casada com Chonchol. Quando éramos estudantes, ela cursava Sociologia e eu Direito, fomos companheiros de movimento estudantil e eu fui presidente na União Estadual dos Estudantes (UEE-SP).

A Maria Edy então me perguntou: “Por que você não trouxe sua esposa?”. E eu expliquei que estava desempregado, que não tinha recursos e minha família ainda estava no Brasil. “Você continua desempregado?”, ela se surpreendeu. O Plínio já era da FAO, o Paulo de Tarso já era da FAO, Furtado e FHC já eram da CEPAL, o Paulo Freire era da UNESCO. Ou seja, aquela elite intelectual brasileira já estava bem empregada. Aí a Maria Edy chamou o marido: “Jacques, já te falei quem é o Almino? Ele continua desempregado. E aquela vaga da OIT no ICIRA?”. Jacques disse: “Está aberta”. E Maria Edy propôs me convidar.

Em 48 horas, eu estava conversando com Jacques Chonchol no seu escritório no INDAP. Ele era um homem solto, aberto, muito generoso. Era um homem profundamente democrático, que estava conversando com um perseguido político desempregado há oito meses, com a família distante. Isso gerou um grau de solidariedade e conversa que ia muito além de qualidades minhas ou méritos meus. Tenho humildade suficiente para reconhecer que foi uma bênção das circunstâncias. Saí de lá contratado pela OIT para trabalhar no ICIRA. E, portanto, passei a receber salário em dólar, com direito a carro, com status diplomático. Foi uma guinada na minha situação. Passei de exilado desempregado a funcionário da ONU, ganhando 2 mil dólares. Na mesma hora liguei para minha esposa: “Lygia, pode arrumar as malas!”.

Fui bastante amigo do Paulo Freire nessa época. Éramos vizinhos de mesma parede em Santiago, em casas geminadas. O principal livro dele, *Pedagogia do Oprimido*, eu vi nascer página a página. Era uma pessoa extraordinária. Sua técnica de alfabetização veio do Brasil para o Chile e depois ganhou o mundo. Nossos filhos estudavam

juntos no Seminário Menor, um colégio cristão progressista, onde estudavam também os filhos do Plínio Sampaio, do Paulo Freire, do Paulo de Tarso, do Radomiro Tomic e também... o filho de Pinochet. Eu até participei de reuniões de pais do colégio em que o Pinochet esteve presente.

Pouco depois, os exilados brasileiros no Chile criamos uma “Caixinha”. Quem chegava exilado, tinha nosso apoio. Pagávamos a moradia, o cigarro, garantíamos o acolhimento e batalhávamos para um emprego. O Chile é excepcional na capacidade hospitaleira. Naquelas circunstâncias, era uma adesão total ao cidadão exilado. Quando eu cheguei, ainda não existia a Caixinha. Mas desde o golpe, houve um movimento de centenas de pessoas para me ajudar a sobreviver, a mim e minha família, durante um ano e cinco meses. Com base nessa solidariedade que recebi, ajudei a organizar a Caixinha: entre exilados brasileiros, quem estivesse empregado, colocava uma parte do seu salário.

Nós que amávamos tanto a reforma agrária

Aí vieram os desafios de trabalho no ICIRA. Fui contratado para pesquisar o campesinato chileno e dar aulas sobre reforma agrária. Qual era minha relação com a reforma agrária? Eu tinha sido ministro do Trabalho e parlamentar, tinha um currículo político. Tinha feito a luta política pela reforma agrária no Brasil e encampado a tese de que era necessário criar melhores condições para os trabalhadores rurais, permitir-lhes acesso à terra. Tinha colaborado intensamente para o Estatuto do Trabalhador Rural. Quando fui líder do PTB na Câmara dos Deputados, trabalhei pela extensão dos direitos trabalhistas ao campo. A situação rural no Brasil era medieval, não havia sequer direito ao salário! O Estatuto do Trabalhador Rural foi assinado pelo Jango e estava articulado ao problema da estrutura da terra.

Como político, eu havia lutado pela reforma agrária no Brasil, combinando forças com as Ligas Camponesas, que começaram em

Pernambuco e foram se espalhando. Desde jovem, eu tive um empenho pela causa social. Meu avô foi uma liderança fundamental na luta pela abolição da escravatura no Nordeste brasileiro, nos anos de 1880. Minha família tinha essa figura marcante de compromisso com a causa social. Virei advogado trabalhista e vi de perto o drama do trabalhador. No parlamento brasileiro, durante o governo Jango, a reforma agrária precisava antes ultrapassar a reforma da Constituição e permitir a indenização das terras em títulos de longo prazo (não em dinheiro). Era uma tese central do PTB: alterar a Constituição para fazer a reforma agrária.

Essa era minha experiência no Brasil. Mas fazer pesquisa era muito diferente e desafiador. Isso eu tive que aprender no Chile. Eu já tinha lido sobre a reforma agrária no México, na Bolívia, em Cuba. Mas aquilo não tinha nada a ver com o Chile. Era totalmente diferente. No ICIRA, minha tarefa inicial era fazer um estudo sobre as condições do campesinato chileno na perspectiva da reforma agrária. A reforma agrária tinha se tornado politicamente central. Meu trabalho era escrever um livro sobre o grau de organização social dos trabalhadores do campo. Quais eram os sindicatos? Quais eram as organizações e as lideranças?

Foi um período profundamente angustiante. Entre ter uma obrigação de pesquisar e começar a entender minimamente a complexidade do campo chileno, levou tempo. Devo muito ao sociólogo brasileiro Wilson Cantoni, que me ensinou sobre métodos de *survey*. Também entraram os jovens pesquisadores trabalhando comigo: Sergio Gomez, Emilio Klein, Pablo Ramírez. Eles me ajudaram muito! Porque entravam em contatos com os militantes camponeses, permitindo-me fazer entrevistas. Isso tudo que está no livro *Movimiento Campesino Chileno*, demoramos quatro anos para pesquisar. Sofri bastante, porque eu não sabia como cumprir meu compromisso contratual, eu não era pesquisador, nem sociólogo. “Como eu vou fazer essa pesquisa?”, eu pensava. O objetivo era municiar informações para a reforma agrária, processo que escapava da minha mão. A reforma agrária do Allende foi maravilhosa. Mas o ponto de partida

foi com Frei. A quantidade de terras expropriadas foi enorme durante o Allende, só que a lei foi feita antes.

No ICIRA, também tive que dar aulas para funcionários do setor agrário. Quando fui estudante na Faculdade de Direito do Largo São Francisco (São Paulo), eu me mantive um tempo como professor de História do Brasil para ginásios. Eu sempre tive gosto de dar aulas! Mas em espanhol? O que eu sabia de espanhol? Eu não sabia. E lá vou eu dar minha primeira aula: comecei pedindo perdão, porque eu precisava falar portunhol. Foi uma adaptação difícil.

Eu dava aulas para funcionários de Estado e o Paulo de Tarso, brasileiro, era diretor de capacitação, meu superior imediato. Parte das aulas acontecia no ICIRA, mas na outra parte viajávamos para outras regiões. Conheci o Chile! Éramos quatro brasileiros que dávamos aula no ICIRA: eu, Plínio, Paulo de Tarso e Paulo Freire. Nós terminávamos as aulas com aplausos. Batiam palmas! Nós irradiávamos algo, que era a frustração de não ter avançado na reforma agrária, que nem chegou a começar entre nós. Não passamos da campanha e da pressão social: *“Reforma Agrária, na lei ou na marra”*. Paradoxalmente, como exilados brasileiros, vivemos no Chile um processo que nós teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos. Não era um fato banal para mim!

Um dos conteúdos das aulas que eu ministrava era sobre o papel da pressão social como fundamento para a reforma agrária. Eu precisava explicar como a reforma agrária regride sem apoio popular, porque os interesses contrários seguem vivos. Nas aulas, eu dava exemplos dos países em que a reforma agrária emperrava e regredia por falta de apoio popular. Se não tem um fator que ajuda, os fatores contrários acabam predominando. Isso era importante para que os funcionários chilenos sentissem, como cidadãos, que estavam cumprindo um papel fundamental. Na hora de conversar com um dirigente camponês, era esse funcionário que ia. Ele precisava perceber o tremendo valor daquela conversa para o processo de mudança.

Também dei aula para dirigentes sindicais camponeses sobre implicações da reforma agrária. Se não percebessem suas dificuldades,

ficariam na expectativa que a terra ia chegar e ponto. Mas como organizar a produção depois? Por isso, em novembro de 1970, quando Jacques Chonchol virou ministro da Agricultura do Allende, foi criado o Conselho Camponês. Eu ajudei a formular essa proposta.

Quem entraria nos conselhos? No primeiro momento, todos. Mas havia diferenças. Uma coisa é o *inquilino* assalariado, que vivia dentro da *hacienda*; outra eram os *afuerinos* sem-terra, que eram trabalhadores temporários e migrantes; outro era o minifundista. Em qual instância cada camponês poderia falar com o governo? Fazia falta uma instância unificada. Quando eu dava aula aos dirigentes camponeses de sindicatos, eu explicava isso: a importância de usar os conselhos camponeses para organizar demandas unificadas. Para isso, também havia o Conselho Nacional Camponês, formado pelas confederações camponesas. Havia uma instância para cada organização camponesa ser escutada. Isso teve uma importância muito grande. O quanto, não sei medir. Escrevi um texto com Solon Barraclough sobre isso. Aos poucos, fui aprendendo.

Éramos UP

Eu trabalhei quatro anos para a OIT. Em 1970, publicamos o livro *Movimiento Campesino Chileno*, em dois volumes. Aí fiquei de novo na iminência de ficar desempregado. Eu já sabia o que era aquilo e tive receio.

Antes disso, fui convidado para trabalhar na FLACSO. O Fernando Henrique e o Serra tinham relação direta com o Secretário Geral da FLACSO em Santiago, o Ricardo Lagos, que depois virou presidente do Chile, em 2000. Fernando Henrique e Serra falavam assim para o Ricardo: “É importante ter um diretor de Ciência Política com experiência política real, não apenas teoria”. Era o que eu tinha: trajetória política. O Ricardo achou excelente ideia: “Você aceitaria, ministro?”, ele me perguntou. Demorou um pouco até eu deixar de ser chamado de ministro. Respondi: “Claro que sim”.

Durante o governo da Unidade Popular, trabalhei na FLACSO. Minha sala ficava ao lado do Ricardo Lagos, com quem tive uma amizade estreita. Quantas vezes eu vi o Ricardo ser convidado pelo Allende, que já era presidente, para tomar um pisco e conversar. Eram bastante amigos. Se me lembro bem, Ricardo era militante do Partido Radical, não era marxista. Apesar de muito mais novo que o Allende, o Presidente o escutava.

Nunca participei de nenhum partido no Chile, inclusive porque nem poderia. Quando um país nos recebe como asilado, temos que dar garantias de que não vamos atuar na política. Isso nunca impediu que eu fosse partidário da candidatura do Allende em 1970. Embora o Tomic (DC) tenha feito uma campanha admiravelmente progressista, com propostas até similares à Unidade Popular, naquele momento a candidatura do Allende era muito atraente. Seu programa era mais definido na linha do socialismo democrático. E não havia melhor orador que o Allende, que era um tribuno.

O projeto da Unidade Popular era muito próximo de nós. Eu fui do Partido Socialista Brasileiro em São Paulo, junto com Rubens Paiva e tantos outros. Eu era receoso da luta armada, não acreditava nesse caminho. Muitos de nós éramos assim, socialistas democráticos, então nosso melhor representante foi o Allende. As empresas nacionalizadas, as terras expropriadas, foi uma mudança imensa e maravilhosa promovida pela Unidade Popular.

O Chile viveu uma contribuição plural para o processo de mudança. Preciso dizer que as reformas da DC, que antecederam à UP, foram extraordinárias. A sindicalização camponesa (1967) foi uma enorme mudança que pude conhecer de perto. O Allende deu continuidade de maneira socialista. E o MIR queria fazer a revolução radical. Era uma efervescência.

E a visita do Fidel? O Fidel passou um mês no Chile em 1971. Era uma pessoa admirável, a minha geração se apaixonou por ele. Eu acompanhei o que pude dessa visita chilena. Havia ido a Cuba em 1960 com uma delegação de brasileiros chefiada pelo Josué de Castro. Mas... um mês inteiro de visita ao Chile? Nisso Fidel não foi

diplomático. Os setores conservadores ficaram furiosos. A divergência foi virando ódio. A polarização foi aumentando. Aí, em 1973, Allende fez discursos convocando um plebiscito para definir o impasse entre Executivo e Legislativo. Eduardo Frei não apoiou o plebiscito, o que, na minha opinião, foi um erro brutal da DC.

Resistência à ditadura no exílio

Nós, exilados, seguíamos a luta contra a ditadura brasileira. Articulamos no Chile uma Comissão de Denúncia da Repressão no Brasil. Éramos 10 ou 12 pessoas. O José Serra (da AP), o Theotônio dos Santos (da POLOP), o Armênio Guedes (do PC), e muitos outros. Nós nos reuníamos toda semana para analisar a situação. Líamos notícias, relatórios e estudávamos. Armávamos denúncias sobre a tortura e as violências do Regime Militar. Criamos até um jornal que se chamava *Frente Brasileña de Información*, cujo editor era o Serra. Escrevíamos em espanhol para difundir entre as lideranças chilenas.

Nunca vou esquecer o dia em que soube do desaparecimento do meu amigo Rubens Paiva. Em 1971, telefonei para ele, que pouco antes havia se convencido de que era hora de voltar ao Brasil. Uma voz metálica respondeu “Não está, não se sabe onde está e nem quando vai voltar”. Liguei novamente depois e escutei a mesma gravação. Percebi que alguma coisa dramática estava acontecendo.

Num certo instante, a Comissão de Denúncia da Repressão no Brasil decidiu escrever um livro para reunir o que já sabíamos sobre crimes de Estado, tortura, assassinatos, sequestros e desaparecimentos. Em Santiago, nosso grupo recebia, com frequência, relatórios e informações de companheiros brasileiros que investigavam e apuravam a situação das vítimas e o *modus operandi* da Ditadura. Verificávamos as informações com diferentes fontes. Tenho que dizer que eram heroicos os amigos que se arriscavam passando tantas informações pela fronteira. Sem internete, tudo na base do papel.

Juntando todo aquele material, eu e o Serra pudemos escrever o livro “*Brasil: repressão e tortura*”, que assinamos com um pseudônimo único: Rodrigo Alarcón. Tínhamos acabado de editar o livro, quando veio o golpe de 1973. Por isso, não conseguimos publicar no Chile e acabamos publicando nos Estados Unidos e no Canadá. Meu texto está lá, nesse livro. Creio que ainda é um documento válido de pesquisa sobre a ditadura brasileira.

Quando veio o golpe no Chile, nós sofremos e choramos. Da minha casa, dava para ver claramente os aviões bombardeando o Palácio de La Moneda. E saber que o Allende estava lá dentro?! Foi um choque, uma tristeza enorme. Escutamos na rádio ao vivo aquele discurso fantástico em que o Allende se recusou a renunciar. Nunca vou me esquecer.

Três anos de exílio no Chile ensinaram o que é um processo revolucionário

Zillah Branco

Transcorrido meio século da experiência de um processo revolucionário no Chile, a memória de quem participou e vivenciou aquele momento funciona como uma lente para a compreensão do seu valor. Fundem-se as memórias com a reflexão e o amadurecimento pessoal.

No momento em que Allende foi eleito pelas forças políticas chilenas, com as suas várias tendências democráticas de origens ideológicas, religiosas e éticas que se juntaram na Unidade Popular, o Chile passou a ser uma luz para as nações latino-americanas. Naquele ano, em 1970, a América Latina sofria a perda da sua soberania sob as ditaduras apoiadas pelo imperialismo estadunidense. Cuba era o exemplo que tinha introduzido o socialismo mais perto de nós, em aliança com a União Soviética (URSS). Mas, com a Guerra Fria, as políticas anticomunistas eram impostas aos países latino-americanos, bloqueando o desenvolvimento independente das nações.

Digerindo frustrações da época

Eu saí do Brasil em 1969 por não suportar mais a repressão ditatorial que me impedia de criar meus filhos pequenos com liberdade. Buscava um lugar pacífico, no qual pudesse viver fora da clandestinidade. Encontrei as condições desejadas no Chile, onde já se encontravam amigos exilados depois do golpe militar de 1964 no Brasil.

Eu sempre me considerei comunista por seguir um casal de tios, militantes do PCB, clandestinos, nas suas atividades de distribuição de propaganda e nos encontros populares festivos. Aos 11 anos, participei da campanha eleitoral quando o PCB saiu da clandestinidade e meu tio –Catullo Branco– foi eleito deputado por São Paulo, em 1947. Mais tarde, ingressei na Juventude Comunista, novamente na clandestinidade. Com a ditadura, em 1964, mergulhei nos trabalhos de solidariedade de esquerda, mas a perseguição feita em moldes selvagens, com torturas, mortes, prisão de crianças, deixava-me apavorada pelos meus filhos, que dependiam unicamente de mim.

Decidi emigrar, saindo em uma viagem turística com eles e os tios para visitar a Argentina, o Chile e a Bolívia, à procura da possibilidade de emprego e vida estável. Fiquei com os pequenos no Chile e meus tios interromperam também a viagem para voltar ao Brasil e avisar meus pais sobre a minha decisão.

A “via chilena ao socialismo”, proposta pelo líder socialista Salvador Allende, apoiava-se na consciência histórica da população, através de luta permanente dos trabalhadores pelos seus direitos. Isso repercutia na cultura política das escolas públicas, algumas administradas de maneira comunitária com o apoio dos *centros de madres*, mas também na cultura política da classe média. Ao contrário do Brasil, a classe média chilena me parecia mais próxima da classe trabalhadora e distante da elite burguesa, que se considerava superior, como se fossem “os ingleses da América Latina”.

A sociedade chilena, que eu comparava com a brasileira, parecia mais humanizada, mais consciente dos seus valores nacionais, com uma cultura mais equilibrada e mais sólida, sem as exibições

frenéticas e frívolas que a burguesia no Brasil absorvia como modelo da modernidade estadunidense. No Chile de 1969, diferente do Brasil, pelo menos até aquele momento parecia que as Forças Armadas mantinham-se fiéis ao compromisso de honra militar na defesa da independência nacional, baseada na Constituição, e contra a interferência estrangeira. O que, no final, acabou se quebrando.

Minha condição de emigrada política

Em 1969, aluguei uma casinha em La Reina, em Santiago e, com meus três filhos, começamos a habitá-la ainda sem móveis. No início, dormíamos em sacos de dormir e cozinhávamos em uma panela elétrica. Aos poucos, criamos um lar com móveis comprados no mercado de segunda mão. Para trabalhar, deixava as crianças na escola pública com os seus “overoles” [uniformes] e contratei uma pessoa para cuidar delas durante a tarde. Era uma mulher mestiça, ou “*chola*” como diziam no Chile, no entanto, pareceu-me ter um surpreendente preconceito contra “los indios”. Era uma boa mulher, que assumiu um papel de “*ama de la casa*” com muita responsabilidade, o que me permitiu dedicar-me à minha profissão. Essa chilena prezava muito o que chamava de “rango” [status], uma categoria que determinava distâncias sociais muito sutis para definir os bairros onde se vivia ou trabalhava, ou as roupas e linguagem utilizadas. Curiosamente, fui encontrar cultura semelhante em Portugal muito mais tarde.

Com os filhos, de 7, 8 e 11 anos, nos fins de semana visitávamos os arredores em uma *citroneta* que comprei. Íamos a Las Condes, onde vivia a alta burguesia, que tinha até *llamas* domesticadas em belos jardins, e ao Cajón del Maipo, para conhecer um pouco da cordilheira dos Andes. Viajamos a caminho da costa, em Isla Negra, Algarrobo, Pomaire, onde conhecemos as cerâmicas negras, e fomos em busca de empanadas e *pastel de choclo*. Assim, íamos convivendo com o povo chileno, que foi muito acolhedor. As escolas públicas me pareciam excelentes. Lembro bastante quando ocorriam desastres

naturais, os Centros de Madres organizavam visitas dos alunos às *callampas* (favelas), para serem conhecidas as necessidades sociais de apoio às camadas mais pobres. Depois, levavam os alunos aos bairros mais ricos para recolher roupas e objetos domésticos ou reforços para as casas atingidas por terremotos.

Frequentávamos as manifestações populares de apoio a Allende contra as pressões da direita. Era interessante ver os cartazes escritos à mão pelo povo quando começaram a escassear os alimentos por causa da sabotagem provocada por empresas e transportadores: “*No tenemos harina, no tenemos arroz, no tenemos azúcar, pero tenemos SOCIALISMO!*”. Um verdadeiro curso de política que ia do primeiro ano primário, onde estava meu filho menor, até o fim da Universidade, que eu já tinha feito. Me encantava ver minhas crianças folhear o jornal chileno, que assinei para que lessem as notícias do país e pudessem conversar com os colegas.

Pela primeira vez, percebi que tinha encontrado no Chile de Allende as condições para educar e formar ideologicamente os meus filhos, mesmo sozinha. Estávamos igual ao povo, a quem falta muita coisa, mas sente-se amparado por um processo revolucionário. Enquanto isso, as notícias do Brasil, atolado na ditadura militar, eram cada vez piores e mais sangrentas. No Chile, não parávamos de receber companheiros de esquerda em fuga.

A vitória de Allende, um grande passo para a humanidade

Allende abria uma “via pacífica”, de sentido revolucionário, para a população mais pobre, sem ameaçar diretamente o sistema capitalista vigente. Era visto por alguns como “reformista” - uma afirmação que, na minha opinião, era precipitada, porque negava o efeito positivo na formação da consciência de luta solidária com a coletividade. Através da organização da produção nacional e dos trabalhadores nos sindicatos, Allende mantinha-se fiel aos princípios da dignidade do povo e do patriotismo.

A vitória de Allende convenceu o MIR (*Movimiento de Izquierda Revolucionária*) de que era possível avançar no seu próprio caminho ideológico de esquerda e contou com o trabalho árduo daqueles militantes sob a sua liderança, muitos deles oferecendo suas vidas. O programa da UP apontava para uma valiosa utopia, que estabeleceu a ligação entre a dignidade pessoal e a defesa da pátria, atraindo os que a consideraram como a meta da própria vida. Por solidariedade, voluntários entregavam seu trabalho para qualquer tarefa considerada útil. Os chilenos buscavam uma vitória histórica coletiva, às vezes, às custas da vida pessoal. A entrega de cada um era um grande passo no desenrolar de um processo revolucionário. Allende tinha a grandeza de um líder e uma sólida formação cultural, de princípios humanistas.

O apoio das Forças Armadas à tomada de posse de Allende depois das eleições foi controversa, inclusive passando pelo assassinato do general Schneider, que defendeu o direito de Allende à posse. Schneider, baseado na tradição de respeito à Constituição e no Código de Honra na Defesa da Pátria, jurado na Escola Militar, sofreu pressão de alguns colegas que partilharam com políticos de direita uma campanha midiática de mentiras, que visava quebrar a firmeza dos militares na defesa da Constituição. Enfrentou com dignidade o seu dever, apoiando a posse de Allende, mas foi morto em outubro de 1970. Quem o substituiu nas Forças Armadas foi o general Prats, que assegurou a defesa da honra militar, não interferindo na posse de Allende e tornando-se seu braço direito no governo.

Meu trabalho em Cautín: capacitação e reforma agrária

Com o apoio do grupo brasileiro que já trabalhava no Chile, ligado profissionalmente à CEPAL (Comissão Econômica para América Latina e Caribe) e ao ICIRA (Instituto de Capacitação e Investigação para Reforma Agrária), consegui um trabalho como técnica na equipe que foi a campo em Cautin. Alguns brasileiros atuantes no governo de

Jango, derrubado em 1964, estavam envolvidos nessas instituições. Era a primeira vez, depois de formada em Ciências Sociais pela Universidade de São Paulo, que o trabalho profissional que eu exercia coincidia com a minha formação ideológica, voltada para o fomento dos direitos dos trabalhadores, a sua organização na produção nacional e o combate à exploração latifundiária das elites.

A ideia que eu guardava da formação universitária era de uma fundamentação teórica aparentemente de esquerda, mas com flexibilidade para se adaptar à “camisa de força” capitalista nos países dependentes. E assim eram organizados os trabalhos a que eu tinha tido acesso profissional no Brasil, dando a impressão de que a Sociologia estaria sempre a serviço das empresas capitalistas para vender os seus produtos. Certamente, para exercer funções profissionais no sistema capitalista, deve-se ter flexibilidade para não ser afastada e punida pelo mercado de trabalho. Mas, quando fui socióloga no Chile da UP, senti que estava sendo mais coerente na minha profissão.

A reforma agrária de Eduardo Frei foi feita nos moldes da FAO. A grande novidade da reforma agrária da UP foi a criação de Conselhos Comunais Campesinos, uma organização de base para que os camponeses juntassem suas demandas nos territórios e se comunicassem diretamente com o governo popular. Nestas condições, era iniciado um processo com características revolucionárias de unidade de um proletariado rural bastante diverso, que tive a oportunidade de ver e de participar.

No ICIRA, dirigido por Solon Barraclough, norte-americano e representante da FAO, havia um ambiente de esquerda socialista e cristã que não se confundia com a social-democracia europeia, da qual o Partido Socialista chileno se afastava. A admiração popular pelo governo cubano apontava para um caminho revolucionário, que precisava enfrentar o habitual sentimento anticomunista criado pela Guerra Fria.

Aprendi a importância de combater os preconceitos que deterioravam as teorias revolucionárias e dividiam as esquerdas, disfarçados sob os laços de afeto e solidariedade. O trabalho de capacitação

para a Reforma Agrária nos colocava em diálogo permanente com camponeses chilenos e mapuches que, na pobreza, em luta pela subsistência, não se preocupavam em analisar as sutilezas teóricas de uma linguagem própria da burguesia intelectual privilegiada.

Como eu não estava integrada a nenhum partido chileno, a não ser no movimento da Unidade Popular, o meu relacionamento com colegas de trabalho e camponeses – huincas ou *mapuches* – era pessoal. Isso me permitiu conhecer algumas críticas e desconfianças deles em relação aos técnicos do ICIRA e de outras instituições que agiam em nome do governo. Havia uma tensão histórica entre indígenas e brancos, e vice-versa, que explodia em preconceitos diante de qualquer desentendimento. Mas a solidariedade política levava à superação.

Lembro-me de assistir a um encontro do MIR com os seus ativistas camponeses, em que discutiam a necessidade da preparação militar. Como estavam no período da colheita do trigo, o líder do setor indígena disse: “*Hacer la producción es también revolución. Nosotros tenemos que cosechar el trigo para tener el pan. No somos como ustedes que, si no tienen el pan, van a comer con sus padres en la ciudad*”. Fiquei impressionada com a firmeza daquele líder *mapuche* com os seus próprios companheiros.

Eu me tornei professora de camponeses e indígenas em Cautín. O modelo de aula proposto pelo ICIRA era semelhante ao ensino escolar no Chile, com mapas e gráficos de apoio. Fui dar um curso de História para camponeses de uma localidade no interior de Cautín, com a proposta de formar *Consejos Comunales*. Estudei, li o material e me muni de mapas regionais e gráficos com dados estatísticos da população.

Ao iniciar a exposição sobre a história “deles”, abri o mapa para situar aquela região e me dei conta de que estava “falando grego” e mostrando um quadro de rabiscos ininteligíveis para expor o que eles sabiam ou sentiam melhor do que eu, mas que precisava ser traduzido na sua linguagem. Interrompi para tomarmos um chá por causa do frio, conversamos descontraidamente e comecei novamente a

aula com o mapa virado no verso sobre a mesa, para que eles desenhasssem os pontos principais da região que envolvia a comunidade. Passei a perguntar como era a relação com os latifúndios, entre os trabalhadores e os pequenos agricultores, quem pagava o trabalho, quem abria a água, o papel do padre (que era amigo dos pobres, mas frequentava a casa dos latifundiários).

Discutiam entre si, traçavam caminhos, fontes de água, obstáculos naturais, terras boas e más, casas grandes, casinhas camponesas e “*rucas mapuches*”. Com o entusiasmo das discussões, foram contando a história das relações sociais, os sofrimentos, as formas de exploração, o uso da força patronal com a ajuda da Igreja e da repressão policial. Abri um gráfico de barras para indicar a população dividida em classes e as terras de cada um. Meus alunos ficaram quietos e desinteressados. Sobre a mesa redesenhei os gráficos em forma de “queijos”, como os que produziam, e eles indicaram o tamanho das fatias que, elas sim, indicavam a dimensão social e do poder sobre a terra e os trabalhadores, da maneira que entendiam.

O diretor Barraclough recolhia as avaliações feitas pelos alunos aos professores dos cursos e chamou-me para dizer que eu tinha obtido uma ótima nota, pedindo-me para explicar a razão. Eu disse que, ao contrário de ensinar a história do Chile aos camponeses e indígenas do Chile, eu tinha usado uma técnica de perguntar o que eles sabiam da realidade e adaptei os mapas e gráficos para que pudessem compreender e registrar, ou seja, a realidade conhecida por eles foi preencher os quadros propostos pela teoria.

Uma história engraçada que nos ocorreu foi que passávamos dias visitando aldeias onde os camponeses nos ofereciam, para disfarçar a fome, “*chicha de manzana con harina tostada*”. No começo estranhámos a bebida, mas com o passar dos dias passamos a gostar muito. No final de uns meses, Barraclough nos reuniu para agradecer o empenho e prometeu uma rodada de whisky. Riu muito ao ouvir da equipe em uníssono: “*pero con harina tostada!*”

Uma brasileira entre mapuches

Para evitar as distâncias sociais, eu conversava com os camponeses sobre as diferenças culturais e das classes sociais. Apresentei a eles, em linhas gerais, o povo brasileiro, seus preconceitos, seus medos de errar, suas crenças, sua escravidão. Eles falaram dos seus pensamentos e do comportamento habitual. Eu busquei desenvolver uma identidade entre professora e aluno sem peso de autoridade.

Uma vez fui procurada por um jovem *mapuche* que me levou para conhecer uma aldeia onde a comunidade indígena queria colaborar com os trabalhos da reforma agrária, mas ainda havia muitas dúvidas. Pediram-me para conversar com a “matriarca”, a chefe da aldeia. Então, fui pela primeira vez conhecer uma *machi*, ou seja, uma mulher chefe de uma comunidade indígena.

Estava acompanhada pelo jovem que fazia a tradução. Atravessamos parte da Cordilheira até chegar à casinha dela, que era uma *ruca*, com o fogo aceso dentro para aquecer. Ficamos esperando por uma hora a chegada da *machi*, que veio paramentada com as roupas de ritual e uma espécie de diadema na cabeça, um pingente na testa preso a um colar de prata, outros colares de prata com pedras da cor que identificava a sua comunidade. Ela entrou e me cumprimentou com a cabeça, ao estilo oriental, e eu fiz o mesmo. Então, começou a fazer perguntas ao meu tradutor em *mapudungum* e eu respondia. Fez perguntas como: de onde você vem? Como é o Brasil? Como são os indígenas de lá? E assim seguimos conversando.

De repente, ela levantou-se e tomou na mão um relógio que eu tinha pendurado por uma corrente no pescoço e disse em castelhano: “que lindo seu relógio”. Entendi que a necessidade de usar a tradução *mapuche* era para afirmar as diferenças culturais, exercer a sua resistência à habitual dominação colonial, resistência dela e da comunidade. Ela tinha ficado satisfeita com as respostas que eu dei. Convidou-me para almoçar com a família, filhas, genros, filhos. Um almoço gostoso de carneiro, muito bem preparado, acompanhado

de um pão delicioso feito na brasa. Sentamos e comemos, falando pouco, de vez em quando um fazia uma pergunta, um convívio mais informal.

Quando acabou o almoço, ela pediu a um neto um aparelho de rádio à bateria. Ligou na Rádio Cultura, que tocava um concerto de Vivaldi. Quando acabou o concerto, que ouvimos calados, ela me perguntou: “Quer conhecer as terras da comunidade?”. Claro que sim. Ela disse: “primeiro vou mostrar os títulos de posses da terra que temos”. Abriu um baú onde tinha uma porção de papéis amarelados, que eram os títulos.

Depois saímos ao quintal dela, que devia ter uns quatro metros quadrados, e começamos a passar por debaixo de cercas, na propriedade do vizinho por onde ela andava à vontade dizendo: “bom, hoje existem estas cercas, mas esta terra é toda nossa, como consta naqueles papéis. A nossa esperança com o presidente Allende é que ele nos restitua as propriedades que essa gente roubou”. E assim fomos, conversando e ela perguntando: “Você acredita que o Presidente Allende vai fazer isto?”, e eu respondi: “Se vai conseguir, eu não sei, mas é a intenção dele, que é um homem honesto.” Ela acrescentou, “mas ele é um *huinca*”. Eu disse: “Ele conhece a realidade do Chile, a realidade dos *mapuches*, sabe que vocês têm direitos e são tão chilenos quanto ele. Não devemos confundir-lo com os *huincas* colonizadores”.

Caminhamos para um lugar amplo, debaixo de uma árvore, onde a comunidade estava reunida. E ela fez a minha apresentação dizendo que eu era uma pessoa amiga, que merecia confiança. Mas foi uma longuíssima apresentação em *mapudumgum* e o tradutor me traduziu quase uma hora de discurso em cinco minutos. E eu nunca entendi se o *mapudumgum* usa palavras demais ou se resume para o branco. Em todo o caso, fui apresentada, todos sorriam para mim e me cumprimentavam. Fiquei benquista ali.

Por vários encontros como este com os *mapuches*, notei que faziam distinção entre os “funcionários” das instituições do governo, que apareciam com menos frequência no campo e os “técnicos militantes”, que eram subordinados. Algumas vezes me pediram para traduzir o

que diziam os “funcionários” chilenos, alegando que eu, que falava mal o castelhano, “já era mais conhecida por eles, dava palestras e sabiam que falava verdades”. Perguntavam-me simplesmente: “¿qué dijo él?”. No ICIRA, passei a ser referida como “*nosotros, mapuches que somos*”. Creio que a consciência anticolonial que tinham contra os que chamavam *huincas* era aplicada aos funcionários devido a um comportamento burguês de alguns deles, do qual me excluía por falar o idioma com erros como eles e procurar o diálogo sem doutrinação.

Uma tarde chegou uma informação de que uma estrada fora fechada por *mapuches* em uma barricada e alguns funcionários foram destacados para dialogar com eles. Pedi para ir como observadora. Chovia muito quando saímos dos carros e eu fiquei uns passos atrás da delegação, que dialogava com os *mapuches* reunidos atrás de uma cerca de troncos que cortava a estrada. Eles não eram antagonistas, mas divergiam naquele momento. Não chegavam a nenhum acordo.

Senti-me sacudida da situação de espectadora quando ouvi o dirigente mapuche propor: “diga à senhora brasileira que passe para cá, para dentro, para conversarmos com ela”. Todos olharam para mim interrogativamente. Creio que o olhar que devolvi traduzia a mesma surpresa. Mas o trabalhador acrescentou: “Ouvimos o que falou na semana passada e compreendemos. Ela explica o que vocês pretendem”. Adiantei-me, mas a delegação disse que era perigoso, porque queriam me passar sobre a cerca.

Eu disse que não havia problema, porque já conhecia alguns. Subi nos troncos e me receberam sob uma tenda. Sentaram em pedras e me ofereceram lugar para tomar um chá. Tomamos, como era habitual para iniciar uma conversa, e perguntaram o que eu achava. Disse que a delegação de funcionários havia prometido transmitir as reivindicações a Allende e que seria melhor abrir a estrada para dialogar como amigos. Agradeceram e me passaram de volta por cima da cerca, dizendo à delegação que aceitavam a proposta e abririam a estrada. Não sei se consegui explicar aos funcionários o motivo por que eles confiavam nas minhas “verdades”, como diziam aqueles “*nosotros, mapuches que somos*”.

O golpe

Na época, eu desconhecia que a CIA exercia o seu poder nas Forças Armadas chilenas, levando Pinochet a trair o seu voto de honra militar e defesa da pátria, da Constituição, e do Presidente Allende. Allende tratava Pinochet com confiança até pouco antes do golpe. Esta participação estadunidense junto aos militares chilenos foi confessada por Frank Carlucci, embaixador dos Estados Unidos em Portugal, após a Revolução dos Cravos que derrubou a ditadura Salazarista em 25 de abril de 1974.

A fidelidade do general Prats a Allende foi várias vezes demonstrada. Em 1973, teve início um movimento de indisciplina no interior do Exército, que fez um ensaio de golpe em 29 de junho, com cinco tanques para cercar Allende no Palácio de La Moneda. Prats atuou com a coragem e a determinação de um grande herói. Desceu do seu carro carregando uma metralhadora e prendeu os responsáveis, desarmando os tanques e soldados.

Na tarde do *tanquetazo*, fomos a uma inesquecível manifestação de apoio ao governo Allende, quando gritavam uma frase que depois escutei novamente em Portugal: “*Soldado, amigo, el pueblo está contigo*”. Não sabíamos que, sob fortes ameaças, o general Prats iria renunciar e Pinochet o substituiria no comando das Forças Armadas, 18 dias antes do golpe. O resultado da quebra dos princípios de Honra e Dignidade, que eram jurados pelos militares, foram os bombardeios que destroçaram uma democracia recém-nascida e mataram seu líder e muitos irmãos, junto com a esperança de um povo.

Para combater o pessimismo e a profunda tristeza diante da selvageria dos golpistas, registro algumas lembranças leves daquele momento. Com ajuda dos filhos, esvaziei a nossa casa doando livros e objetos úteis para os companheiros da Unidade Popular, que viveriam um longo período de clandestinidade. Queimei toda a documentação que poderia me comprometer na linda lareira de cobre que tinha instalado na sala. No meio da tarde, a vizinha, que

era democrata-cristã, veio delicadamente me avisar que as chamas apareciam em cima da chaminé e que eu devia diminuir a quantidade antes que os “momios” me denunciassem. Fiquei emocionada e muito grata.

Precisei de um documento de trabalho que me liberasse para sair do país. O meu nome era o segundo na lista de demissões do ICIRA posta à entrada, talvez pelo sobrenome com “B”. Falei com um funcionário democrata-cristão e ele arranjou uma maneira hábil de dizer que eu não devia nenhum trabalho. O ambiente criado por Allende no Chile alimentava o espírito fraternal da sua gente.

Quando consegui que o pai dos meus filhos viesse buscá-los, para saírem sem o meu nome, antes de fazer a minha documentação, voltei para casa e tomei uma pastilha para dormir. De madrugada, fui acordada por barulhos da buzina do meu carro e golpes nas portas e janelas da casa. Ainda com sono e de pijama, abri a porta e entraram uns 12 carabineros ficando lá fora, no jardim, um policial com uma arma enorme instalada no tronco transformado em banco no gramado, cercado de florzinhas. Fiquei em estado de choque achando que tudo era absurdo.

Aqueles autômatos abriam gavetas e viravam tudo para baixo, derrubavam roupas e objetos, parecia um bando de loucos. Vi quando um pegou a minha carteira e tirei da mão dele. Então o tenente responsável sentou-se junto à escrivaninha e me fez sentar do outro lado, talvez para eu não ver o que me roubavam. E começou a fazer perguntas: por que veio para o Chile, quem pagou esta casa, onde estão os filhos? Eu estava preparada para me fazer de idiota e respondia com ar de choro: “vim porque me separei do meu ex-marido, meu ex-marido pagou a casa, levou as crianças”... Ele viu a manha e acrescentou: “Boa pessoa, esse ex-marido”. Concordei. Nisso, um carabinero veio com um documento tirado da mesa de cabeceira. Eu gelei, sem saber o que era. O oficial leu com muita atenção e disse: “Bem, vamos falar calmamente. Como explica um documento encaixado pelo título: “*Desquite Amigável*”, com um carimbo do Ministro de Relações Exteriores, Clodomiro Almeyda?”. Este Ministro era

procurado pela polícia de Pinochet como agulha em palheiro. Deve ter pensado: “Desquite... parece suspeito.”

Lembrei que no Chile “desquite” é “vingança”, mas “amigável”...? Parecia senha clandestina. Eu tive um ataque de riso que me fez cair lágrimas. O tenente ficou sério, com raiva e eu expliquei: “é um documento de tutela dos meus filhos que o meu ex-marido assinou para eu vir para o Chile. Desquite é o termo de divórcio em português, de separação de um casal”. Aí ele se levantou apressado, gritando com os policiais para saírem logo e foi embora. Fiquei outra vez em choque. Sem querer dobrar a dose do remédio para dormir, bebi um whisky na garrafa quando deitei e, procurando pousar a garrafa no chão, pensei: e se eles voltarem? Mas, felizmente, dormi em seguida.

Heróis que deram a vida pela Pátria

O conceito de “Pátria” é amplo e complexo, abstrato e realista ao mesmo tempo. Resulta das relações com a cultura nacional, as tradições de princípios éticos, a solidariedade com o povo, a preservação das riquezas naturais e da força produtiva, o desenvolvimento mental e físico da população, a defesa da soberania e do patrimônio nacionais, a projeção da história nacional para o seu engrandecimento internacional. O sentimento que desperta é o dos mitos ancestrais relativos ao povo integrado no seu território e carregado de princípios que valorizam a cultura e formam as forças produtivas capazes de transformar as riquezas naturais e organizar as condições de vida necessários à coletividade. A “Pátria” abrange o território com suas riquezas, sua população, seu Estado, suas realizações.

Salvador Allende fez uma caminhada política de 40 anos com estes propósitos, defendendo o socialismo como modelo de vida social e econômica para tornar possível um regime democrático sem aderir à Segunda Internacional, sob liderança europeia, defensora do Imperialismo. Para manter-se dentro da História do Chile, que tinha produzido uma sociedade equilibrada e fortalecida por um nível

de consciência cultural unificadora, Allende criou laços de amizade com pessoas de diferentes ideologias, mas que convergiam para as suas metas e partilhavam os seus princípios éticos.

O general Prats escreveu, em 1974, pouco antes de ser assassinado em Buenos Aires, após o golpe de Pinochet: [afirmo] “meu respeito pela personalidade do Presidente Allende, tragicamente falecido, depois de pretender honestamente abrir um caminho diferente e controverso, em busca de um novo destino para o povo do Chile. Não compartilhei a sua ideologia marxista, mas considero-o como um dos nossos governantes mais lúcidos e ousados no século XX e, ao mesmo tempo, o mais incompreendido” (Prats, 1985). Prats, braço direito de Allende, deixou no seu testemunho em 20 de setembro de 1974: “apoei o Programa de Governo e fui vilipendiado pela minha ‘ingenuidade’ de desejar uma fórmula genuinamente política que resolvesse o trágico dilema chileno e que, ao mesmo tempo, resguardasse tanto o profissionalismo do Exército como o direito de auto-determinação nacional, frente às pressões intervencionistas” (Prats, 1985).

As Forças Armadas, que se vangloriavam com o compromisso de defesa da Pátria, sofriam uma turbulência interna naquele momento. A ação da CIA minava especialmente as estruturas militares dos Estados latino-americanos, para que dessem golpes, evitando que governos formados com a doutrina do desenvolvimentismo preconizada pela CEPAL, da soberania nacional e da industrialização, quebrassem o poder imperialista que tinha substituído o colonialismo.

As críticas aos possíveis “erros” de análise que não evitaram o golpe militar e a morte de Allende deixam de lado a confiança que havia sido construída ao longo do percurso político que o levou à Presidência, unindo personalidades de “defensores da Pátria” e forças partidárias de esquerda e cristãs, onde não se supunha a existência da “traição” e a “desonra”. O fator mais forte, capaz de anular princípios éticos e a honra pessoal, foi a presença do imperialismo através de anos, comprando consciências e degradando a formação cultural

através dos meios de comunicação, com as mentiras antirrevolucionárias da Guerra Fria em todo o mundo.

No momento da preparação do golpe, o expoente da CIA, Frank Carlucci, estava em Santiago, de onde partiu para ser Embaixador em Portugal durante os governos do período revolucionário do 25 de Abril. Eu também fui a Portugal, viver outra revolução. Carlucci desempenhou um papel importante na destruição da reforma agrária feita pelos trabalhadores do Alentejo e Ribatejo, e combateu todas as conquistas democráticas depois de ter minado as consciências inseguras que se uniram contra o Governo de Vasco Gonçalves, militar de Abril e herói nacional. O próprio Carlucci (2014), diretor da CIA, declarou ao jornal “Expresso” ter trazido equipamentos para influenciar a organização militar em Portugal como tinha feito no Chile de Allende.

Visto o papel destruidor do imperialismo, meio século depois da iniciativa patriótica de Allende e de tantos heróis populares que foram assassinados pelos militares liderados por Pinochet, que traiu a Pátria e a Honra Militar, eu não utilizaria a palavra “erro”. Allende dedicou sua vida à construção de um mundo livre, a partir da dignidade, sem mácula na defesa de uma pátria soberana. A confiança no processo revolucionário a partir do exemplo pessoal e político de Allende, reconhecido por sua honra e capacidade de ação, estimulava a luta de todos nós.

Referências

Carlucci, Franck (2014). Entrevista. Jornal Expresso, Lisboa.

Prats, Carlos (1985). Memórias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén.

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo

La Revolución Chilena desde abajo

Peter Winn

Mi experiencia del Chile de la Unidad Popular (UP) comenzó en un vuelo entre Lima y Santiago en febrero de 1972. Dio la casualidad de que me tocara el asiento junto a un estadounidense que encabezaba un tour de la Revolución Chilena de un grupo de compatriotas. Eran parte de lo que por entonces se conocía como “la izquierda festiva”, una gira política por la mañana, con visita a una fábrica o población, y playa por la tarde. Cuando se percató de que yo hablaba español y conocía algo de Chile y su revolución, se empeñó en conversar conmigo y convencerme de ayudarlos. “Pasado mañana”, me dijo, “vamos a visitar la primera fábrica de Chile tomada por sus trabajadores después de la elección de Salvador Allende. Si te interesa puedes acompañarnos. Incluso puedes ser nuestro intérprete, ya que ninguno de nosotros habla español”.

Su propuesta me puso en una disyuntiva. Por un lado, no quería que se me asociara con esa gente poco seria, menos aún frente a la vanguardia revolucionaria del proletariado. Por otro, era una oportunidad única para un historiador de izquierda que pensaba pasar

solo unas semanas en Chile haciendo un reportaje sobre la reforma agraria para Radio Pacífica de Nueva York y el semanario estadounidense *The Nation*. Era una propuesta muy tentadora. Afortunadamente, ganó el historiador en mí. Me dejé tentar y los acompañé. No me imaginaba entonces cómo cambiaría mi vida esa decisión.

En la fábrica fuimos recibidos en la sala del directorio, un lujoso salón al que no había entrado jamás ningún obrero antes de la toma. Nuestros anfitriones eran el interventor del gobierno, Vicente Poblete, dirigentes de los dos sindicatos (el obrero y el de los empleados) y los consejeros elegidos por los trabajadores para representarlos en el Consejo Administrativo, que era como “un directorio socialista”. Todos eran muy abiertos y nos trataron con gran amabilidad, oficiando de guías en un recorrido por la Ex Yarur. Las instalaciones eran impresionantes, desde el edificio de mármol y madera de la administración y la ruidosa fábrica donde el aire estaba saturado de polvo, hasta el orgulloso lema pintado en una tela colgada entre las dos chimeneas que rezaba: “EX YARUR: TERRITORIO LIBRE DE EXPLOTACIÓN”.

Luego del recorrido, los líderes obreros nos contaron la historia de su lucha contra los Yarur, una de las familias más ricas y poderosas de Chile. Al principio, lucharon por el derecho a organizarse como sindicato independiente. Una vez lograda esa conquista, y ante la intransigencia de los Yarur, impulsaron una lucha desde abajo para estatizar la fábrica. Así fue que Yarur se convirtió en la primera fábrica tomada por sus trabajadores y estatizada en el Chile de la UP, y la que inauguró en el país la coparticipación de los trabajadores en la administración de la empresa, transformando a la “ex” Yarur en una democracia económica.

Quedé fascinado por lo que vi y escuché, y cuando el grupo se fue, me quedé conversando con Poblete (profesor universitario como yo) y con dirigentes sindicales y consejeros administrativos, que me hablaron con orgullo del gran volumen de producción y la alta productividad de la empresa.

También hablé con obreros, veteranos que habían nacido y pasado su infancia como inquilinos en fundos del sur chileno y que nunca antes habían vivido una revolución industrial y mucho menos una socialista como la que ahora protagonizaban, con cambios de mentalidad extraordinarios. Me acuerdo que escribí en mi cuaderno: “¡Eso sí es una revolución!”.

Me quedé charlando horas allí y salí convencido de que contar la lucha de sus trabajadores era la historia que debía escribir sobre la Revolución Chilena. Porque todos en el Chile de la UP hablaban de la “revolución del proletariado”, pero nadie hablaba *con* el proletariado, solo con sus líderes y con los políticos.

Entonces me propuse que si por alguna razón volvía a visitar Chile –en ese momento tenía previsto viajar a Uruguay– iba a escribir esa historia. Tenía planes de ir a Montevideo para realizar una investigación histórica que me permitiría transformar mi tesis de doctorado sobre el imperialismo económico británico en el siglo XIX en un libro publicable. Pero era 1972, el año en que estalló la “guerra tupamara” en Uruguay. Empecé a recibir mensajes de colegas en Montevideo advirtiéndome que no era el mejor momento para una investigación histórica en Uruguay. Decidí quedarme en Chile y escribir la historia de los trabajadores de Yarur. Fue una decisión que cambió mi vida y me vinculó a Chile para siempre.

Primero tenía que cumplir con el compromiso de escribir un artículo sobre la reforma agraria, como constaba en mi carta de presentación del semanario *The Nation* al Centro de Estudios Sociales (CESO), un centro de destacados intelectuales extranjeros de izquierda, como el economista alemán Andre Gunder Frank y el sociólogo brasileño Theotônio dos Santos. Allí trabé amistad con Cristóbal Kay, un economista chileno especializado en economía rural y reforma agraria, y decidimos escribir juntos un artículo sobre el tema.

Era 1972 y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) promovía las tomas de fundos a lo largo y ancho del Valle Central, causando problemas políticos para Salvador Allende y su gobierno. En febrero, los líderes del gobierno y de la UP se reunieron en El

Arrayán, en las afueras de Santiago, para analizar la coyuntura. Decidieron que la mejor solución para el problema político del campo era acelerar la reforma agraria y terminarla en 18 meses en vez de los seis años previstos al principio de la gestión, disputándole así al MIR el liderazgo de la revolución rural desde sus sindicatos campesinos unidos en la Confederación Ránquil.

Pero un mes más tarde, la reforma agraria estalló en las páginas de la prensa derechista con la denuncia de la supuesta “toma del juzgado de Melipilla” por campesinos de otras localidades que habían tomado todos los fundos de Melipilla. Esta zona rural al sur de Santiago estaba dividida en fundos de propiedad de líderes de la contrarrevolución que se habían reunido allí para un almuerzo que los medios denominaron “el complot del pastel de choclo”, por el plato principal que se sirvió y el orden del día planteado: pararle el carro a la vía chilena.

Cris Kay tenía un amigo inglés, el sociólogo Ian Roxborough, que estaba en Melipilla realizando una investigación para su tesis de doctorado sobre el movimiento de campesinos de ese lugar y que conocía toda la historia. Entonces viajamos hasta allí. Fue mi primera toma y nunca la olvidaré. Campesinos con rifles de caza antiguos y una expresión amenazante en el rostro montaban guardia apostados sobre troncos que bloqueaban la entrada al fundo. Solo pudimos pasar y hablar con los campesinos gracias a que Ian los conocía. La conversación reveló que los informes en la prensa de derecha eran falsos. No era una toma del MIR. Tampoco una acción de afuerinos provenientes de otras zonas. Los fundos habían sido tomados por campesinos del lugar para presionar al gobierno a que los expropiaran de una vez, junto con la maquinaria y el ganado que los campesinos guardaban en los predios. Fue una revolución desde abajo. Quien más participó en las tomas de Melipilla fue el MAPU, un partido moderado de la UP, que fue más que nada un movimiento social campesino con reivindicaciones locales. Era la culminación de una revolución rural desde abajo que empezó con los mapuches en el sur en diciembre de 1970 y siguió por el Valle Central hacia el norte. También era mentira que hubieran tomado el

juzgado. Fuimos para allá para platicar con los campesinos y nos enteramos de que lo que había pasado realmente era que los carabineros de la zona habían detenido a los líderes del movimiento con ayuda de los jueces locales y los habían encarcelado en el juzgado local. Ante la noticia, los campesinos reaccionaron no por órdenes de ningún partido sino espontáneamente, y se movilizaron frente al juzgado pidiendo la libertad de sus líderes. Era mi primera experiencia de revolución desde abajo, pero no sería la última.

De vuelta en Santiago y con la ayuda de Andre Gunder Frank, que estaba asesorando al MIR, pasé un día en Nueva Habana, el campamento modelo del MIR. Era el campamento más ordenado que he visto, construido por los propios pobladores, pero con las calles en ángulo recto y un autogobierno admirable. Fui además a Lo Hermida, también bajo la dirección del MIR, con muchos pobladores de otros colores políticos y una historia representativa de los campamentos en los que vivían uno de cada seis santiagueños en 1972. Lo Hermida fue producto de una toma de sitio suburbano por un Comité de Pobladores Sin Casa, que cosecharon y vendieron el trigo sembrado en ese terreno para obtener recursos y después presionaron al gobierno para tener una escuela (¡aunque fuera en micros escolares!), una clínica, agua potable, electricidad, alcantarillado, transporte y demás servicios urbanos que transformarían a un campamento de carpas sin nada en una población permanente.

La revolución de los pobladores, que comenzó con sus tomas de sitios, fue otra revolución desde abajo, en la que los pobladores hicieron suyo el proceso revolucionario. Si bien estas acciones eran algo que ya se había dado muchas veces en Chile desde la toma de La Victoria en 1957, lo que las hacía novedosas bajo la UP era su carácter masivo.

Lo que nadie en Chile había experimentado antes del triunfo de Allende era la toma de fábricas, y sobre todo la toma de una tan importante como Yarur, con 3.000 trabajadores, una producción de hilados y telas de primera necesidad y una historia de paternalismo represivo que provocó la toma del 28 de abril de 1971.

Ya a fines de abril de 1972, con el artículo sobre la reforma agraria terminado, podía dedicarme a mi otro proyecto: la historia de Industria Yarur y las luchas de sus trabajadores. El problema era cómo entrar a la fábrica y conseguir la colaboración de sus trabajadores.

Afortunadamente, tenía credenciales de prensa y me enteré de que el 28 de abril se celebraría “el Día de la Liberación” en la Ex Yarur, al cumplirse un aniversario de la toma. Los trabajadores planeaban una gran fiesta con sus familias e invitados. Con mis credenciales no fue difícil conseguir un lugar en la lista de invitados. Fue una fiesta extraordinaria, con empanadas y vino tinto, música y baile. Estuve en una mesa con un veterano que me contó sobre sus 30 años de trabajo allí, y con un joven de 25 años que me relató en detalle la lucha que culminó con la toma y la estatización de la fábrica. Hablé con mucha gente sobre mi proyecto y todos vieron con buenos ojos mi idea de escribir su historia. Incluso saludé a Poblete y a Orlando Rojas, el presidente del sindicato obrero, que me recordaba de mi visita a la fábrica en febrero, y los dos me invitaron a volver y conversar sobre mi proyecto. Terminé esa noche entusiasmado porque mi proyecto de escribir la historia de Yarur y sus trabajadores era viable y ya estaba en marcha.

Pasé las siguientes semanas yendo a la fábrica casi diariamente y hablando de mi proyecto con los interventores, los dirigentes sindicales y los miembros del Consejo Administrativo (el directorio socialista). Logré el visto bueno de todos los líderes pero aún me quedaba un obstáculo por sortear: ganarme la confianza de los trabajadores. La Ex Yarur era una democracia en la que los trabajadores tenían la última palabra. Tuve que exponer y defender mi proyecto frente a 3.000 trabajadores reunidos en Asamblea General. Fue la presentación más difícil de mi vida, mucho más que presentar mi tesis ante el comité de doctorado. Y tuve que hacerlo todo en castellano, que no es mi lengua materna. Empecé hablando de mi padre, que dedicó muchos años de su vida a organizar a los trabajadores textiles del noreste de Estados Unidos. Después les conté cómo decidí cambiar de tema luego de visitar la Ex Yarur en febrero, aún a riesgo de perder mi cargo

universitario, porque creía que su historia era sumamente importante y quería contársela al mundo. Me hicieron preguntas difíciles: “¿Por qué necesitamos que un gringo cuente nuestra historia?” A lo que respondí: “Porque los chilenos están demasiado ocupados haciendo la revolución para escribir su historia”. Y también les expliqué que sería un libro de historia oral, en el que sus palabras serían la fuente principal y gran parte del texto. Les dije, además, que escucharía sus historias de lucha contra los Yarur y en base a ello escribiría un libro que se publicaría no solo en castellano sino también en inglés, para que todo el mundo conociera su historia, que para mí era la historia emblemática de la Revolución Chilena. Gané la votación por unanimidad. Mi proyecto tenía luz verde.

Se me abrieron las puertas de la Ex Yarur. Tuve acceso al archivo del sindicato y de la empresa (algo casi inusitado en el sector privado chileno) y a todas las estadísticas. Podía ir dónde quería y hablar con quién quisiera. Podía participar de reuniones como observador. Fue ideal. Mi mayor problema fue convencer a los obreros de la validez e importancia de sus historias, y no solo de las historias de los dirigentes. Siempre que pedía una entrevista con un obrero me derivaba a un dirigente, diciendo que él (o ella, porque el 10 % de los trabajadores eran mujeres) no tenía nada importante que contar. Tuve que insistir en que todos y todas tenían una historia propia y que me interesaba conocer *su* historia.

De mayo a agosto fui casi diariamente, consciente de que mi tiempo de investigación y entrevistas estaba acotado por mi licencia académica. Me impactó mucho la experiencia, incluso mi propia experiencia de la democracia económica de la Ex Yarur: desde ver a los trabajadores participando exitosamente en el manejo de la empresa a través de los Comités de Producción de cada sección de la fábrica, hasta la elección por voto secreto de sus representantes en el Consejo Administrativo (un especie de directorio socialista). Me impactó también la toma de “conciencia” de los trabajadores que fui percibiendo en nuestras conversaciones. Pero lo que más me impresionó, que tiene que ver con lo teórico de mi libro, surgió al entrevistar a los

dirigentes sobre la historia de la toma y la estatización de la industria. Allí nació mi análisis del proceso revolucionario chileno como una lucha entre una revolución desde arriba y una revolución desde abajo. Yarur fue mi caso emblemático.

Cuando Salvador Allende visitó Yarur durante la campaña electoral y habló con los trabajadores bajo la mirada recelosa de Amador Yarur, dijo que podía ser muy amigo de Amador Yarur, pero si resultaba electo iba a quitarle su fábrica que pasaría a pertenecer a sus trabajadores y al pueblo de Chile. Solo cuatro trabajadores se animaron a aplaudirlo, pero todos escucharon y recordaron su promesa. Cuando Amador Yarur se negó a reconocer a los dirigentes elegidos por los obreros y a negociar un contrato y rechazó las demandas en su pliego de peticiones, fue la dinámica local la que llevó a los trabajadores a tomar la fábrica y pedir su estatización. Al hacerlo, los trabajadores creían que sus acciones estaban impulsando el proceso revolucionario y cumpliendo la promesa de Allende. De ahí su total sorpresa cuando Allende intentó frenar la toma y rechazar la estatización.

Para Allende, la toma de Yarur significaba una amenaza para su vía chilena al socialismo, que en el fondo era una revolución socialista desde arriba. Allende era consciente de que la vía chilena era un camino estrecho y que los tiempos y el orden en que debía darse eran clave. Por eso creía que era un camino que requería su control y “muñeca”, y en cuestiones de muñeca, Allende era el mejor.

En el caso de los Yarur, dueños de varias fábricas textiles, un banco y una estación radial, el objetivo de Allende era quitarles las fábricas, el banco y Radio Balmaceda, pero en orden inverso, cuidándose de no provocar la resistencia de la clase alta en sí. Además, sin arriesgar la revolución por fases que podía mantener el apoyo o la neutralidad de la clase media al tiempo que debilitaba a las élites y satisfacía las necesidades básicas del pueblo. Por eso rechazó esa toma y el reclamo de estatización, considerándolo un objetivo “prematureo” y fuera de secuencia, y por consiguiente una amenaza a su gran estrategia de la vía chilena. Allende insistió además que le correspondía a

él, como líder electo, y no a ellos, decidir cuándo y cómo iniciar esa nueva fase del proceso revolucionario.

Más allá de los detalles del caso, fue una lucha de poder entre Allende y los trabajadores de Yarur y sus dirigentes, y en definitiva entre los líderes y las masas, entre la revolución desde arriba y la revolución desde abajo. Como les dijo Allende a los dirigentes de Yarur, su revolución desde abajo planteaba cuestiones fundamentales sobre cómo debía ser la conducción revolucionaria: “Las masas no pueden sobrepasar a los dirigentes”, les aclaró, “porque estos tienen la obligación de dirigir y no dejarse dirigir por las masas”. Y concluyó enfáticamente: “¡Yo soy el presidente y el que manda aquí soy yo!”.

Pero a pesar del poder de Allende y su “muñeca”, esa lucha interna entre la revolución desde abajo y la revolución desde arriba no se resolvió como él pretendía. Los reclamos de los dirigentes de Yarur por la intolerable situación interna y la dinámica local llevaron a los trabajadores a la toma de la fábrica y ya no fue posible retroceder. Ganaron el apoyo de los dirigentes sindicales nacionales y del Ministerio de Economía. Allende podía tener la mejor “muñeca”, pero los dirigentes sindicales de Yarur movilizaron desde abajo una alianza formidable. Y en última instancia, Allende no podía arriesgarse a perder el apoyo de los obreros, su base central. Por eso, luego de resistir fuertemente las presiones de los trabajadores, Allende accedió a estatizar Yarur e iniciar el experimento de participación de los trabajadores en su administración.

Pero los temores de Allende sobre las consecuencias de la estatización de Yarur eran fundados, al igual que los temores de los dirigentes sindicales de Yarur sobre las consecuencias de *no* estatizarla. Los dirigentes de Yarur tenían razón en que la dinámica local había llevado a los trabajadores a tomar la empresa y pedir su estatización y no podían dar marcha atrás sin destruir su movimiento. Pero Allende también tenía razón cuando les dijo a los dirigentes de Yarur: “Si le doy el visto bueno a esto, van a venir otro y otro y otro, porque ya me arrancaron uno”. Y eso fue lo que pasó, empezando con las otras fábricas del sector textil liderado por la Ex Yarur. Así, Allende y su revolución

desde arriba perdieron el control de los tiempos y el orden y las fases del proceso revolucionario. Y su conflicto con la oposición centroderecha se enfocó en las tomas y las estatizaciones del Área de la Propiedad Social (APS), agudizándose al punto tal que motivó que la Cámara de Diputados declarará que el gobierno estaba actuando fuera de la ley, declaración que las Fuerzas Armadas buscaban para justificar su intervención y el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973.

Para triunfar, la revolución desde arriba y la revolución desde abajo debían avanzar juntas, apoyándose mutuamente. Eso se logró durante el Paro de Octubre de 1972, cuando la revolución desde abajo salvó a la revolución desde arriba con la creación de la institución más original y revolucionaria de la revolución chilena: el cordón industrial.

En su origen, los “Cordones Industriales” eran concentraciones de industrias de distintos rubros en zonas urbanas delimitadas y en su mayoría se trataba de concentraciones planificadas. Pero con la UP, y sobre todo con la revolución desde abajo en 1972, el término “cordón industrial” cobraría nuevo sentido y designaría la organización territorial de todas las industrias de una zona y sus trabajadores más revolucionarios. Desde el punto de vista sindical, el cordón industrial era una solución a las limitaciones del Código Laboral que solo permitía que los sindicatos organizaran a sus trabajadores por rubro y no por ubicación geográfica. Eso significaba que los trabajadores textiles de distintas zonas podían conformar una federación (FENATEX) con otros sindicatos textiles, pero no con sindicatos de industrias contiguas de otros rubros, como la industria metalúrgica o de alimentos.

El primer cordón industrial, organizado a mediados de 1972, fue el Cordón Cerrillos-Maipú, al sur de Santiago, que surgió cuando los trabajadores de Perlak, una industria de conservas demasiado chica para ser estatizada en el marco de las políticas de la UP (reafirmadas por esos días en el cónclave de Lo Curro), tomaron su empresa y pidieron ayuda a las otras empresas de la zona para socializarlas.

La mayoría de los Cordones Industriales nacieron durante octubre de 1972 en respuesta al Paro de los Patrones, cuando los capitalistas trataron de paralizar la economía chilena como forma de crear las condiciones para un golpe de estado militar o parlamentario. Ante esa ofensiva contrarrevolucionaria, los trabajadores de las distintas zonas de Santiago formaron varios –Cordón Vicuña Mackenna, Cordón O’Higgins, etc.– que ayudaron a los trabajadores de las pequeñas y medianas empresas de cada zona a tomarlas y mantener su producción o servicio. Además, organizaron la defensa de “su territorio” contra los ataques de grupos paramilitares de derecha, como Patria y Libertad.

La capacidad de los Cordones Industriales de mantener su producción y organizar la defensa de sus territorios y la distribución de sus productos frenó el Paro de los Patrones y salvó a la UP y al gobierno de Allende. Incluso despertó dentro de la izquierda chilena fantasías de un “poder popular” en el cual serían “los soviets” de la Revolución Chilena, aunque sin soldados ni armas, de ahí el llamado al “pueblo armado”.

Toda revolución, para consolidarse, tiene que romper las condiciones que la restringen. Con el Paro de Octubre, Allende tuvo que elegir entre la revolución desde abajo y la revolución desde arriba. Tuvo la opción de ponerse a la cabeza de la revolución desde abajo de los pobladores, campesinos y trabajadores y usar su fuerza y creatividad para tratar de romper las condiciones que restringían su revolución, o confiar en el general Prats y las Fuerzas Armadas y su capacidad de generar las condiciones para una elección parlamentaria que podría estabilizar su gobierno y reencauzar al escenario político por la vía chilena, sacrificando los cordones y la revolución desde abajo en el altar de la revolución desde arriba. Conociendo la trayectoria de Salvador Allende y su compromiso con la vía chilena, no fue ninguna sorpresa que eligiera la opción electoral, en la que las Fuerzas Armadas cumplieron un papel político que culminaría en el golpe de estado del 11 de septiembre.

Al principio, parecería que Allende tuvo razón, primero, porque las Fuerzas Armadas no habrían permitido una revolución desde abajo, y la Ley de Armas, que Prats convenció a Allende de no vetar, dio a las Fuerzas Armadas el derecho a allanar cualquier lugar y detener a cualquier persona en busca de armas “ilegales”, ley que las Fuerzas Armadas aplicaron con dureza contra la revolución desde abajo en las semanas previas al golpe. Teniendo eso en cuenta, si Allende hubiera optado por liderar la revolución desde abajo, el resultado más probable hubiera sido que el golpe de estado se habría producido mucho antes.

Segundo, parecería haber tenido razón porque las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 terminaron en un empate político que debería haber garantizado la permanencia de Allende en la presidencia hasta el término de su mandato en 1976. La oposición obtuvo un 55% de la votación, que le daba una mayoría, aunque demasiado estrecha para impulsar un juicio político contra Allende, cuya coalición de la UP logró el 44% de los votos e incluso ganó escaños en el Congreso. Muchos pensaron entonces que si la UP era capaz de obtener tantos votos en una crisis económica, quizá podría ganar una mayoría para el socialismo en 1976 si llegaba a solucionar esos problemas económicos.

Pero a la revolución desde arriba le faltaba dinamismo y creatividad, y a la revolución desde abajo recursos y liderazgos nacionales. Solo tenían chance de triunfar si actuaban en conjunto y se apoyaban mutuamente, como lo hicieron en el paro de octubre. Sin esa colaboración, la Revolución Chilena estaba condenada al fracaso. Desgraciadamente, las tensiones entre las dos revoluciones no pudieron resolverse nunca.

La decisión de Allende de abandonar la revolución desde abajo, que estaba en auge luego del Paro de Octubre, la dejó huérfana y sin horizonte. En Santiago se formó un coordinador de los Cordones Industriales del área metropolitana y se crearon varios cordones en distintas provincias. Pero sin el apoyo de Allende y su revolución desde arriba, le faltaban recursos, liderazgos y estrategias nacionales.

En definitiva, la revolución desde abajo fue capaz de defender sus territorios contra los paramilitares de derecha, y tomar y socializar más de 500 empresas, muchas más que las 91 previstas en la lista de estatización de la revolución desde arriba. Pero no fue capaz de resistir un golpe de estado de las Fuerzas Armadas, ni las acciones de estas con la Ley de Armas que equivalían a un golpe gradual que, incluso antes del 11 de septiembre de 1973, puso a gran parte de Chile bajo estados de emergencia comandados por militares.

Solamente la revolución desde arriba y la revolución desde abajo juntas hubieran tenido los recursos, los guerrilleros y la legitimidad para resistir un golpe de estado por un tiempo. Y es probable que ni eso hubiera frenado el golpe. En la tarde del 11 de septiembre, en la reunión de los sobrevivientes armados, Miguel Enríquez dijo que el MIR podía contribuir con 50 combatientes, no más, y eso frente a un ejército con miles de soldados. Allende no llamó a sus seguidores a tomar las calles y defenderlo porque sabía que esa resistencia terminaría en una masacre, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio por “la lealtad del pueblo”. Los pocos guerrilleros que sobrevivieron el golpe desaparecieron en la clandestinidad para empezar otra lucha. “Poder Popular” y “el pueblo armado” eran lemas de aspiraciones, no de hechos.

También para la revolución desde arriba las apariencias engañaban. Podía ser que después de las elecciones de marzo de 1973 no hubiera ninguna manera *legal* de terminar la presidencia de Allende antes del fin de su mandato en 1976. Pero justamente por eso era una victoria pírrica. Un mes después de las elecciones, el Partido Demócrata Cristiano echó a sus líderes moderados que buscaban una resolución pacífica a sus conflictos con la UP y eligió un equipo de líderes que apoyaban una solución militar (un golpe de estado), encabezado por el entonces senador Patricio Aylwin, que frustró todos los intentos de Allende de encontrar una solución pacífica a sus diferencias sobre las tomas y las estatizaciones. Allende postergó por 24 horas fatales la convocatoria a un plebiscito que hubiera evitado el golpe,

esperando la respuesta de la Democracia Cristiana que nunca llegó porque quería el golpe.

Epílogo

Después del golpe, cuando la gran mayoría de los intelectuales extranjeros se fueron de Chile, yo me quedé por múltiples razones: para ayudar a encontrar asilo a gente perseguida por la dictadura y para escribir y enviar informes al senador Edward Kennedy sobre las violaciones de derechos humanos cometidas por la Junta. Pero más que nada, para terminar la investigación para mi libro. Seguí entrevistando a los trabajadores de Yarur en la clandestinidad hasta que fui detenido en la fábrica. Me quedé a pesar del riesgo porque, como me dijo un dirigente sindical de Yarur, tenía que quedarme para terminar el libro porque la dictadura estaba reescribiendo la historia de la UP y yo tenía una responsabilidad política de publicar la verdadera historia. Y también como me manifestó un trabajador de Yarur: ellos me habían confiado sus historias y yo tenía la obligación de cumplir con mi promesa de publicarlas.

Había sobrevivido cinco meses en el Chile de la Junta cuando me detuvieron en Yarur, donde había ido a entrevistar a Amador Yarur y ver cómo estaba la fábrica luego de que la recuperara. Había sido víctima de una denuncia anónima y fui conducido a la fuerza al Regimiento Tacna, maniatado y con la pistola del teniente encargado de la seguridad de Yarur clavada en mi espalda. “Tenemos hartas pruebas de actividades extremistas tuyas”, me dijo con evidente placer.

Pero después de dos largas noches de interrogatorios en Tacna y tres días de investigaciones del Ejército, el comandante del regimiento dictó mi sentencia con palabras que no olvidaré jamás: “Profesor Winn, no tenemos pruebas de un delito propiamente dicho”, sentenció el coronel. “Pero que hable con interventores y dirigentes sindicales y trabajadores es muy sospechoso. No queremos que nadie hable con nuestros trabajadores. Y lo que Chile necesita, profesor, en esta

hora difícil, es paz, orden y trabajo. Por eso el gobierno estima que mejor usted se vaya, en 24 horas a más tardar. Y para asegurar que tenga buen viaje yo mismo estaré en el aeropuerto para despedirlo”.

 Mi experiencia chilena, que había empezado con la UP, había llegado a su fin. Pero mi compromiso con el pueblo chileno perduraría por siempre.

Sobre los autores y las autoras

Sobre los autores y las autoras

Nicolás Acevedo Arriaza Doctor en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Director de *Revueltas. Revista de Historia Social Popular*. Miembro de Taller *Memorias en Construcción*. Tiene múltiples publicaciones en torno a temáticas como la izquierda en relación con movimientos sociales urbanos y rurales, siglo XX chileno; infancia popular, SENAME y violencia política en la transición chilena. Correo: nicoacevedo@gmail.com

Almino Affonso Ministro do Trabalho do governo brasileiro de João Goulart (1961-1964); líder do PTB na Câmara de Deputados, quando atuou na aprovação do Estatuto do Trabalhador Rural. Cassado e perseguido pelo golpe militar (1964), exilou-se no Chile em 1965-1973, sendo apoiador de Salvador Allende. Em Santiago, trabalhou no ICI-RA, na FLACSO, e organizou a Comissão de Denúncia da Repressão no Brasil, que editava o boletim Frente Brasileira de Informação.

Carmen Gloria Aguayo Carmen Gloria Aguayo nació en 1929. Fue militante de la DC, actuando en el Departamento Femenino. En 1968, salió de la DC para participar del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Durante la campaña de Allende dirigió el Frente de Mujeres. Entre 1970 y 1973, fue directora del Instituto de Desarrollo Social, destinado a convertirse en Ministerio de la Familia. Después

del golpe, se exilió en Francia, donde hizo labor de denuncia de la dictadura. En 1986, volvió a Chile y creó la ONG “Derechos de la Mujer”.

Yolanda Álvarez Yolanda Fuentes de Alvarez nació en Santiago de Chile en febrero del 1953. Es la menor de 13 hijos del matrimonio entre Humberto Fuentes y Mercedes Mardones. Casada con Roberto Alvarez desde el 1968. Juntos tienen tres hijos y ocho nietos; viven en Australia desde el año 1985.

Beatrice Ávalos Profesora titular, CIAE, Universidad de Chile. Se agradece el financiamiento otorgado por el Proyecto Basal FB0003 del Programa de Investigación Asociativa de ANID.

Zillah Branco Brasileira, nascida em São Paulo em 28/07/1936. Formou-se em Ciências Sociais na USP em 1964, exilou-se com os três filhos no Chile no final de 1969 para escapar da ameaça da ditadura militar no Brasil. Viveu em Santiago até novembro de 1973 e voltou ao Brasil, onde viveu até setembro de 1974. Nessa data, partiu para Portugal, onde participou da reforma agrária da Revolução dos Cravos. Passou alguns meses em Cabo Verde, onde colaborou com o PAI-CV em análises das populações locais.

José Miguel Carrera Carmona Internacionalista 1979-1984, fundador y asesor del Ejército Popular Sandinista. Militó en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Integrante, Sociedad de Escritores de Chile; autor de *Misión Internacionalista: de una Población Chilena a la Revolución Sandinista* (Chile, Editorial Latinoamericana, 2012, 2020), en *Basta+de 100 cuentos contra el abuso infantil* (Chile, Editorial Asterión, 2012), *Somos tranquilos, pero nunca tanto...* (Chile, Ceibo, 2013; Chile, Editorial Latinoamericana, 2ª ed., 2020).

Ronald H. Chilcote Profesor emérito de Economía y Ciencia Política en la University of California, Riverside. Fundador y editor de la revista académica *Latin American Perspectives*.

Joan Domicelj Magister en Planificación Urbana (Edimburgo). Sirvió en agencias de patrimonio australianas, el Tribunal de Tierras y Medio Ambiente de Nueva Gales del Sur, y la mediación de disputas de tierras sobre el patrimonio indígena. Participó en dos órganos consultivos internacionales del Patrimonio Mundial, UNESCO; nombrada una de las “60 mujeres que contribuyen a los 60 años de la UNESCO” en 2006.

Marcela Gajardo Graduada en Educación (Pontificia Universidad Católica de Chile: PUC); master of Arts, Sociología (Universidad de Essex, Inglaterra). Ex profesora e investigadora, PUC (1972-1977); consultora UNESCO, IICA, OEA, IDRC-Canadá (1978-1990); presidenta del Consejo Asesor del Global Education Monitoring Report (2001-2011); cofundadora/directora PREAL (1995-2014). Actualmente académica, FLACSO Chile; coordina plataforma digital Educación y Desarrollo (www.preal.online).

Caterine Galaz Valderrama Doctora en Ciencias de la Educación

Mafalda Galdames Castro Poeta, Profesora, Magister en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos. Socia fundadora de Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI). Integrante del Comité Internacional Marcha Mundial de Mujeres. Socia de la Sociedad Escritores de Chile. Obras publicadas: *20 Poemas en el Desierto* (1984); *Mujeres Bonitas* (2010); *Hoy es el Tiempo* (2016).

Jaime Gazmuri Mujica Ingeniero agrónomo de la Universidad de Chile. Secretario general del MAPU. Integrante del Comité Político de la Unidad Popular. Después del golpe dirigió su partido en la clandestinidad, estuvo exiliado en Italia y Argentina. Senador por el Partido Socialista entre 1990-2010 y embajador de Chile en Brasil 2014-2018.

Sergio Gómez Echenique Doctor en Sociología, Universidad de Sao Paulo. Trabajó en ICIRA, FLACSO y FOSIS, Chile; consultor de FAO. Docencia en Chile, Brasil y México. Autor de *Movimiento Campesino*

Chileno, Los Empresarios Agrícolas, La Agricultura Chilena: las dos caras de la modernización y La Nueva Ruralidad ¿qué tan nueva? Para su contribución en este volumen, el autor agradece a Cecilia Leiva sus valiosos comentarios.

Alejandro “Mono” González Encargado artístico de las Brigadas Ramona Parra, 1970-1973; activo en el muralismo internacional hasta nuestros días: <http://monogonzalez.blogspot.com/2005/12/prensa-para-la-memoria.html>

Tito Gutiérrez Contreras Comunicador Social, con toda una historia de trabajo comunitario en los municipios de Lota, Talcahuano y actualmente en la Municipalidad de San Pedro de la Paz. Colaborador de varias publicaciones sobre historia del movimiento obrero en la zona del carbón.

Graham E. L. Holton Ph.D en Historia Latinoamericana, La Trobe University (1995); licenciado en Letras (con Honores), La Trobe (1989); licenciado en Ciencias Aplicadas, RMIT (1980). Enseñó Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, U. de Queensland; Historia Latinoamericana, La Trobe, U. de Melbourne y RMIT (todas en Australia). <https://independent.academia.edu/GrahamHolton>.

Loreto López González Doctora en Ciencias Sociales

Carlos Méndez Contreras Chileno. Antropólogo cultural / sociólogo no occidental de la Universidad de Ámsterdam. Cursa Maestría en Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de La Plata. Oficial de Ejército hasta 1970. Dirigente del Regional Santiago (Metropolitano) del MAPU en 1973. Exiliado en Holanda (1974-1984) y residente en Argentina desde 1985.

Militza Meneses López Socióloga (Universidad de Artes y Ciencias Sociales). Diploma en Estudios Avanzados en Análisis sociopolítico

de la sociedad contemporánea (Universidad de Granada); máster en Políticas Sociales y mediación comunitaria (Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP). Profesora universitaria e investigadora en temas laborales y territoriales.

Tomás Moulian Sociólogo y cientista político chileno, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile 2015.

Alicia Muñoz Toledo Campesina nacida en la provincia de Maule, fue una joven activista por la reforma agraria durante el gobierno de la Unidad Popular (UP). Actúa hasta hoy como militante rural, siendo dirigente de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI).

Zabrina Pérez Allende Segunda de tres hermanos. Mi padre contador, empleado público, militante socialdemócrata. Mi madre, profesora. Ambos allendistas. Fui dirigente del centro de alumnas, dirigente sindical en la *Revista Cauce* y del diario *Fortín Mapocho* y dirigente nacional de la Federación de los Medios de Comunicación, Chile.

Rolando Pinto Contreras Académico en Epistemología Educativa, profesor de Filosofía (1968); licenciado en Sociología del Desarrollo (1976), doctor en Ciencias de la Educación (1980). Asesor curricular con comunidades mapuche lafquenche de Llaguepulli y urbanas populares, Santiago, Valparaíso, Concepción. Profesor, dirige Tesis de Magíster y Doctorado, Universidad de Playa Ancha y Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Isabel Piper Shafir Doctora en Psicología Social, integrantes del Programa Psicología Social de la Memoria de la Universidad de Chile y del Grupo de Trabajo CLACSO Memorias colectivas y prácticas de resistencia.

Valentina Rey Domínguez Egresada de periodismo de la Universidad de Chile. Actualmente estudiante de magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile (USACH).

Miguel Silva Autor entre otros libros de *La CUT de 1953 y Clotario Blest* (2000, 2019), *Recabarren en Vivo y en Directo* (1992, 2005, 2012), *Carlitos Marx, rebelde* (2011, 2013), *¡Todo el poder a los Soviets! Los bolcheviques 100 años después* (2017); *Los truenos del silencio (Che Guevara)* (2013), y *Los Cordones Industriales y el socialismo de abajo* (1997, 2013).

Oscar Torres Rivera Oscar Torres Rivera es licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales (UCH). Entre 1960 y 1970 trabajó en el Instituto de Capacitación Sindical (INCASIS), en el Centro de Desarrollo Popular (CEDEP), en el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y el FEES. Luego de 1973, en el Grupo de Estudios Agro-Regionales (GEA).

Francisca Rodríguez Huerta Dirigente de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI). Es militante comunista hace más de 60 años.

Norma Stoltz Chinchilla Doctora en sociología de la Universidad de Wisconsin, Madison, y catedrática emérita de la Universidad Estatal de Long Beach (CSULB), en sociología y estudios sobre mujeres, género y sexualidad; es coautora con Nora Hamilton del libro *Seeking Community in a Global City: Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*.

Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek Director, Convergencias Regionalistas de Estudios Aplicados del Sur (CREASUR), Universidad de Concepción. Doctor en Historia (Valencia), magíster en C. Política (PUC-Chile) y Desarrollo (Wisconsin, Madison). Consultor GIZ y H. Böll en gobernanza y desarrollo regional sustentable. Presidió la Comisión de Estado para la Descentralización 2014. Fue alcalde y diputado por Rancagua. Jefe juvenil del MAPU, 1985-1989.

Carmen Vargas Torres Nací en el año 1950 en Santiago de Chile; somos 8 hijos de una familia de formación católica. Licenciada de Educación (Educación General Básica, Especialidad de Matemática-Inglés), Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago de Chile (1996); postítulo en Gestión Estratégica para Establecimientos Educativos (2005).

Héctor Vega Abogado (Chile), doctor de Estado en Ciencias Económicas de la Universidad de Aix-Marseille, consultor Internacional, experto NN.UU en África Occidental, Panamá y El Salvador. Economista senior de la Confederación Helvética en África Occidental Saheliana. Ex profesor Universidad de Chile (Escuelas de Derecho y de Economía), ARCIS (doctorado).

Peter Winn Profesor de la Historia de América Latina a Tufts University (Estados Unidos). Es autor de *La revolución chilena* (2013) y *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (2004), y coautor de *No hay mañana sin ayer: Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur* (2014)

Sobre los compiladores

Robert Austin Henry Doctor en Historia Latinoamericana (La Trobe). Su investigación se enfoca en la historia postcolonial y neocolonial, a partir de la Guerras por la Independencia. Ha trabajado en Chile, México, Cuba y Venezuela periódicamente desde 1978, en varias universidades. Es autor o coautor de 70+ publicaciones académicas, entre ellas 10 libros; y 70+ publicaciones en revistas populares. Ver <https://sydney.academia.edu/RobertAustin>. Se le negó la entrada a Chile en 1997, por presunta participación en la fuga de prisioneros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez de la Cárcel de Alta Seguridad en Santiago, capturado elocuentemente por el protagonista Ricardo Palma Salamanca en su libro *El*

Gran Rescate. Esto, lamenta, no es cierto. Correo: r.austin@sydney.edu.au

Viviana Canibilo Ramírez Vivió 25 años en el combativo barrio de La Legua en Santiago de Chile, hasta 1979. Participó en el programa de trabajo voluntario de la Unidad Popular; y es egresada de la Universidad Técnica del Estado, 1973-78 (con honores). Se desempeñó como profesora de Castellano y Economía Doméstica en escuelas secundarias públicas durante 35 años en Australia, abogando por la latinoamericanización curricular de Castellano. En 2018 el gobierno cubano la premió por su solidaridad vitalicia con la Revolución Cubana. Con Robert Austin H. es coautora intelectual del proyecto vigente, entre otros proyectos editoriales, más el archivo “ALAS” de solidaridad con América Latina y el Caribe, 1970-2020, Biblioteca Estatal de NSW, Sidney. Ver <https://independent.academia.edu/VivianaRam%C3%ADrez8>. Correo: vrcanibilo@gmail.com

Joana Salém Vasconcelos Doctora en Historia Económica por la Universidad de São Paulo (USP), con una tesis sobre la reforma agraria chilena y las pedagogías campesinas para transformación económica. Hizo una pasantía doctoral en la Universidad de California, Irvine (UCI). Tiene un Máster en Desarrollo Económico por la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP), que resultó en el libro *História agrária da revolução cubana: dilemas do socialismo na periferia* (2016). Investiga las reformas agrarias en América Latina con enfoque en Cuba y Chile. Es asociada al Centro de Estudios de Historia Agraria de América Latina (Chile) y editora de *Latin American Perspectives* (EUA). Es activista de educación popular en la Rede Emancipa (Brasil). Correo: joana.salem@gmail.com. Ver <https://fflch.academia.edu/JoanaSal%C3%A9m>

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

50 AÑOS DESPUÉS

La vía chilena al socialismo. 50 años después representa un hito historiográfico y un extraordinario ejercicio de memoria que ilumina, desde una multiplicidad de lecturas, la experiencia de la Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende.

CLACSO presenta un escrito donde se entrelazan historias y memorias para construir una aproximación crítica y comprometida de uno de los acontecimientos más impactantes del siglo XX latinoamericano. Más de 80 autores y autoras confluyen con sus trabajos para producir una gran reflexión histórica sobre las izquierdas latinoamericanas que invita a pensar alternativas para el futuro de nuestros pueblos, renovando las luchas por sociedades más justas y humanas.



OCHOLIBROS



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais